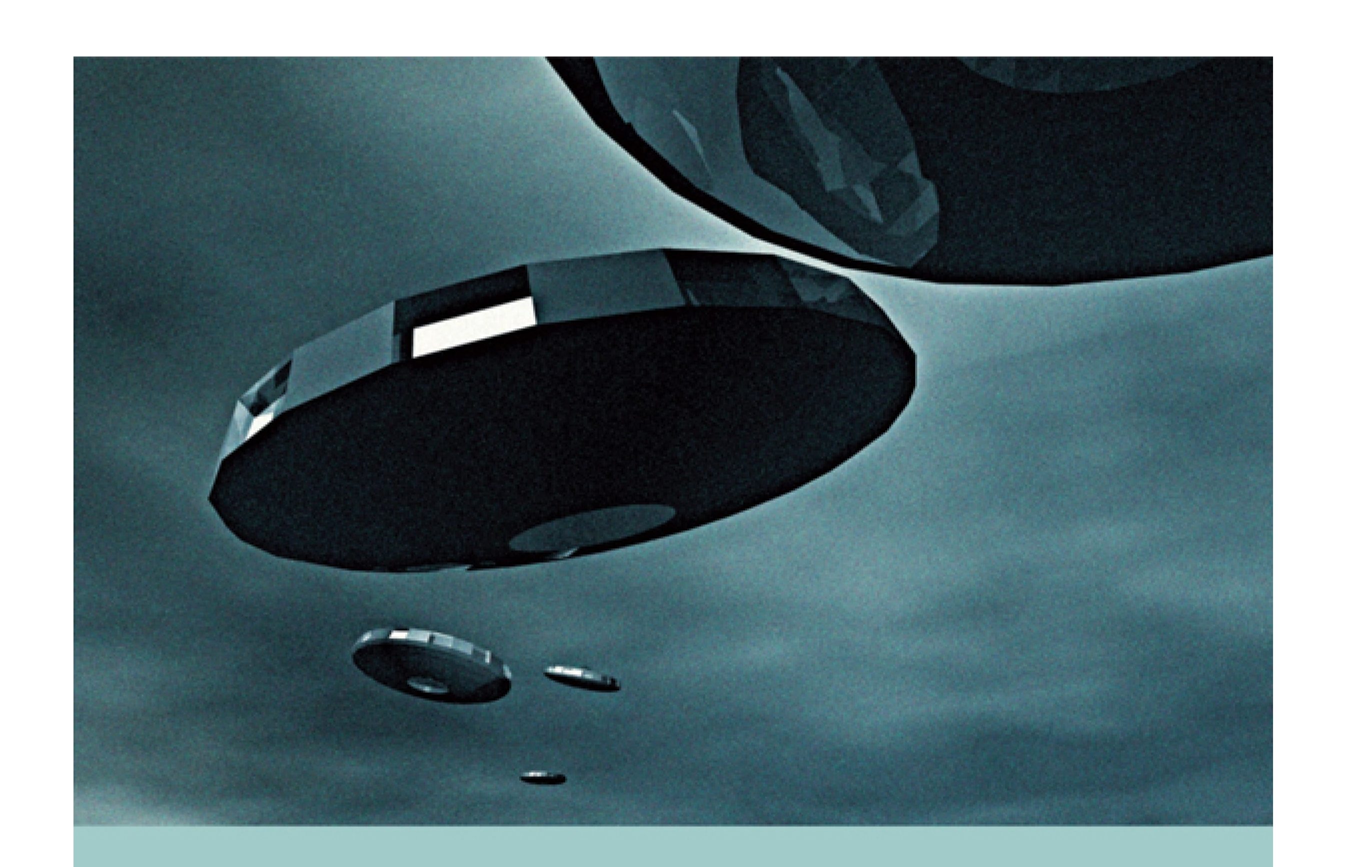
ASIMOV

ROBOTS E IMPERIO





ASIMOV

ROBOTS E IMPERIO



En *Robots e Imperio* vemos cómo el futuro del universo corre peligro.

Aunque se han debilitado las fuerzas de los siniestros Spacers, el doctor Kelden Amadiro no ha olvidado —ni perdonado— su humillante derrota a manos de Elijah Baley, el adorado héroe de la población terrestre.

Amadiro ansía la venganza y está más decidido que nunca a consumar la destrucción del planeta Tierra.



Isaac Asimov

Robots e Imperio

Saga de la Fundación: Serie de los Robots - 5

ePub r2.0
Titivillus 26.04.16

Título original: *Robots and Empire*
Isaac Asimov, 1985
Traducción: Rosa S. de Naveira

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



A Robin y Michael
y a los años de felicidad que seguirán disfrutando mientras
recorran juntos el camino de la vida.

PRIMERA PARTE

AURORA

EL DESCENDIENTE

1

Gladia tanteó el césped para asegurarse de que no estaba demasiado húmedo y a continuación se sentó. Ajustó la presión en el control de la reposera de forma que le permitió quedar medio tumbada, y otro control activó el campo diamagnético que le proporcionó la sensación de absoluto relajamiento. ¿Y por qué no? En realidad estaba flotando a un centímetro por encima de la lona.

Era una noche cálida y agradable, fragante y estrellada, el tipo de noche que era lo mejor de Aurora…

Con una sensación de tristeza contempló la multitud de chispitas de luz que formaban dibujos en el cielo, chispitas hoy más brillantes porque había ordenado rebajar la iluminación de su vivienda.

Cómo podía ser, se preguntó, que en las veintitrés décadas de su vida nunca hubiera aprendido los nombres de las estrellas ni hubiera sabido distinguir una de otra. Una de ellas era la estrella alrededor de la cual orbitaba su planeta natal, Solaria, la estrella que durante las tres primeras décadas de su vida había considerado simplemente como «el sol».

En otro tiempo la llamaron Gladia Solaria. Eso fue cuando llegó a Aurora, veinte décadas atrás…, doscientos años galácticos… ¡Qué forma tan poco amistosa de poner en evidencia su nacimiento extranjero! El pasado mes había sido el bicentenario de su llegada, algo que no había celebrado porque no deseaba recordar precisamente aquellos días. Antes, en Solaria, había sido Gladia… Delmarre.

Se revolvió inquieta. Casi había olvidado aquel apellido. ¿Era porque ya había pasado tanto tiempo o, simplemente, porque se esforzaba por olvidar?

En todos aquellos años no había pensado en Solaria, ni había sentido nostalgia.

¿Y ahora?

¿Sería porque de pronto se daba cuenta de que había sobrevivido?

Todo había pasado —un recuerdo histórico—, pero ¿seguía viviéndolo?

¿Lo añoraba, ahora, por esa razón?

Frunció el entrecejo. No, no lo añoraba, decidió, resuelta. Ni lo añoraba, ni deseaba volver a él. Era sencillamente una extraña punzada al recordar algo que había sido parte de sí misma…, por destructivo que parezca…, que ya había desaparecido.

¡Solaria! El último de los mundos espaciales en ser colonizado y transformado en un hogar para la humanidad. Y, consecuentemente, quizá por alguna misteriosa ley de simetría, ¿sería también el primero en morir?

¿El primero? ¿Querría decir esto que habría un segundo y un tercero y otros más?

Gladia sintió aumentar su tristeza. Había quienes creían que así sucedería. Si era cierto, Aurora, su país de adopción desde hacía tantos años, que fue el primer mundo colonizado, sería, por esa misma ley de simetría, el último de los cincuenta en morir. Podía ocurrir incluso que, en el peor de los casos, sobreviviera a su propia larga vida, y de ser así había que aceptarlo.

Sus ojos volvieron a buscar las estrellas. Era inútil. No había forma de poder discernir cuál de aquellos diminutos puntos de luz podía ser el sol de Solaria. Imaginó que sería uno de los más brillantes, pero había centenares.

Levantó el brazo haciendo lo que solamente ella podía identificar como su «gesto Daneel». El hecho de que fuera de noche no importaba.

El robot Daneel Olivaw estuvo al instante a su lado. Cualquiera que le hubiera conocido veinte décadas atrás cuando fue diseñado por Han Fastolfe, no habría observado ningún cambio notable en él. Su rostro de marcados pómulos, con su cabello color bronce peinado hacia atrás, sus ojos azules, su cuerpo bien proporcionado y perfectamente humanoide, parecía tan joven y tan plácidamente imperturbable como siempre.

—¿En qué puedo ayudarla, señora? —le preguntó con voz tranquila.

—¿Cuál de esas estrellas es el sol de Solaria, Daneel?

Daneel no levantó la mirada. Contestó:

—Ninguna de ellas, señora. En esta época del año el sol de Solaria no sale hasta las 03:20.

—¡Oh! —Gladia se sintió frustrada. En cierto modo había supuesto que cualquier estrella por la que se interesara sería visible en el momento en que se le ocurriera mirar. Por supuesto que salían y se ponían a horas distintas. Eso por lo menos sí lo sabía.

—Entonces no he estado mirando nada.

—Deduzco por las reacciones humanas —le dijo Daneel como si intentara consolarla— que las estrellas son hermosas, tanto si son visibles como si no lo son.

—Quizá —dijo Gladia disgustada, y ajustó la reposera de golpe, a una posición vertical. Se puso de pie.

—Por más que desee ver el sol de Solaria…, tampoco es como para esperar aquí sentada hasta las 03:20.

—Incluso si se quedara —explicó Daneel— necesitaría magnilentes.

—¿Magnilentes?

—No es visible a simple vista, Gladia.

—Peor que peor. —Se alisó los pantalones—. Hubiera debido consultarte primero, Daneel.

Quienquiera que hubiera conocido a Gladia veinte décadas antes, recién llegada a Aurora, hubiera encontrado un cambio. A diferencia de Daneel, era simplemente una criatura humana. Todavía medía un metro cincuenta y cinco, casi diez centímetros por debajo de la altura ideal para una mujer espacial.

Conservaba cuidadosamente su esbelta figura y no había señales de debilidad o de falta de flexibilidad en su cuerpo, pero sí alguna cana en su cabello, finas arrugas junto a los ojos y el cutis ligeramente rugoso.

Todavía podía vivir otras diez o doce décadas, pero, indiscutiblemente, ya no era joven. Eso le tenía sin cuidado. Preguntó:

—¿Puedes identificar todas las estrellas, Daneel?

—Conozco las que son visibles a simple vista.

—¿Y cuando salen y se ponen en cada día del año?

—Sí, Gladia.

—¿Y sabes todo lo que a ellas se refiere?

—Sí, desde luego. Una vez el doctor Fastolfe me pidió a mí que recogiera datos astronómicos para poder aprendérselos sin necesidad de consultar a su computadora. Solía decir que le resultaba más amistoso que se lo dijera yo que su computadora. —Luego, como si se adelantara a la próxima pregunta, añadió—: Pero no me explicó por qué lo creía así.

Gladia levantó el brazo izquierdo e hizo el gesto apropiado. Su casa se iluminó al instante. A la suave luz que ahora la envolvía se daba cuenta subconscientemente de la presencia de varias figuras borrosas de robots, pero no hizo el menor caso. En cualquier vivienda bien organizada había siempre robots al alcance de los humanos, tanto para su seguridad como para su servicio.

Gladia dirigió una última mirada fugaz al cielo, donde las estrellas parecían brillar más débilmente debido a la iluminación. Se encogió de hombros. Esto era quijotesco. ¿Qué ventaja le hubiera reportado ver el sol de aquel mundo ahora perdido, apenas un punto visible entre tantos otros?

También podía elegir uno al azar y decirse que era el sol de Solaria y contemplarlo.

Volvió a fijarse en Daneel. Esperaba pacientemente, con los planos de su rostro casi en la sombra.

Se encontró pensando de nuevo en lo poco que había cambiado desde el día en que lo vio llegar a la vivienda del doctor Fastolfe. ¡Hacía ya tanto tiempo! Naturalmente había sufrido modificaciones, reparaciones.

Lo sabía, pero era un conocimiento vago que uno apartaba y mantenía a distancia.

Formaba parte de la general propensión al mareo que también afectaba a los seres humanos. Los espaciales podían presumir de una salud de hierro y de su longevidad de treinta o cuarenta décadas, pero no eran del todo inmunes a los estragos de la edad. Uno de los fémures de Gladia se encajaba en una articulación de titanio y silicona. Su pulgar izquierdo era totalmente artificial, aunque nadie podía decirlo sin la ayuda de cuidadosos ultrasonogramas. Incluso alguno de sus nervios había sido tensado de

nuevo. Todo eso podía ser cierto en cualquier ser espacial de edad parecida, procedente de cualquiera de los cincuenta mundos del espacio (no, cuarenta y nueve, porque ahora Solaria ya no podía contarse).

No obstante, cualquier referencia a estas cosas se consideraba una absoluta obscenidad. Las fichas médicas relativas al caso, que existían por si necesitara un tratamiento ulterior, jamás y por ninguna razón se revelaban. Los cirujanos, cuyos emolumentos eran considerablemente más altos que los del propio Presidente, estaban bien pagados, en parte, porque virtualmente estaban condenados al ostracismo. Para la sociedad, después de todo, «estaban enterados».

Todo esto formaba parte de la obsesión espacial por la longevidad, y su desgana por admitir que la vejez existía, pero Gladia no se entretenía en analizar las causas. Estaba incesantemente inquieta pensando en sí misma. Si poseyera un mapa tridimensional de su persona con todas sus prótesis y reparaciones señaladas en rojo sobre el color gris de su autentico ser, parecería, de lejos, bañada en un aura totalmente rosada. Por lo menos así lo imaginaba.

Sin embargo, su cerebro seguía intacto, completo, y mientras siguiera así, seguiría intacta y completa, ocurriera lo que ocurriese con el resto de su cuerpo.

Esto la devolvió a Daneel. Aunque le conocía desde hacía veinte décadas, era solamente suyo desde el año pasado. Cuando Fastolfe murió (su muerte tal vez adelantada por la desesperación) le legó todo a la ciudad de Eos, lo cual solía ser habitual. Pero había dos artículos que legó a Gladia (aparte de asegurarle la propiedad de su vivienda y sus robots y otros enseres, así como el terreno en que se asentaba).

Uno de ellos era Daneel.

—¿Recuerdas todo lo que has almacenado en tu memoria en el curso de veinte décadas, Daneel? —preguntó Gladia.

—Ya lo creo. Claro que si olvidara algún dato no lo sabría porque al olvidarlo no recordaría haberlo memorizado.

—Esto no tiene sentido —objetó Gladia—. Podrías recordar haberlo conocido, pero ser incapaz de pensar en ello en aquel momento. Yo he

tenido frecuentemente cosas en la punta de la lengua, por decirlo así, y ser incapaz de recuperarlas.

—No lo comprendo, señora. Si yo conociera algo, seguramente que lo tendría en el momento en que lo necesitara.

—¿Recuperación perfecta?

Iban caminando lentamente hacia la casa.

—Simple recuperación, señora. Estoy programado así.

—¿Por cuánto tiempo?

—No comprendo.

—Quiero decir, cuánto tiempo resistirá tu cerebro. Con algo más de veinte décadas de recuerdos acumulados, ¿cuánto tiempo más seguirá?

—No lo sé, señora. Por ahora no experimento ninguna dificultad.

—Puede que no… hasta que, de pronto, descubras que ya no puedes recordar más.

Daneel pareció pensativo un momento, luego dijo:

—Tal vez ocurra así.

—Sabes, Daneel, que no todos tus recuerdos son igualmente importantes.

—No sabría discernir entre ellos, señora.

—Pero otros sí. Sería perfectamente posible limpiar tu cerebro, Daneel y luego, bajo vigilancia, volver a llenarlo con su contenido de recuerdos importantes solamente… digamos, un diez por ciento del total.

»Entonces podrías continuar durante más centurias de lo que harías así. Con este tipo de tratamiento, repetido, podrías funcionar indefinidamente. Es un procedimiento muy costoso claro, pero yo no lo discutiría. Tú lo vales.

—¿Se me consultaría antes, señora? ¿Se me pediría que estuviera de acuerdo con tal tratamiento?

—Por supuesto. Yo no te «ordenaría» nada en un asunto como éste. Sería traicionar la confianza del doctor Fastolfe.

—Gracias, señora. En este caso, debo decirle que nunca me sometería voluntariamente al proceso, a menos que notara que había perdido realmente mi función de recordar.

Habían alcanzado la puerta y Gladia se detuvo. Sinceramente desconcertada, preguntó:

—¿Por qué no, Daneel?

—Hay recuerdos que no puedo arriesgarme a perder —dijo Daneel en voz baja—, ya sea por distracción o por falta de discernimiento de los que llevaran a cabo el procedimiento.

—¿Cómo la salida y el ocaso de las estrellas…? Perdóname, Daneel, no quería burlarme. ¿A qué recuerdos te referías?

En voz aún más baja, Daneel respondió:

—Señora, me refiero a los recuerdos de mi colega anterior, el terrícola Elijah Baley.

Gladia se quedó quieta, anonadada, de modo que fue Daneel el que finalmente tuvo que tomar la iniciativa y señalar para que se abriera la puerta.

2

El robot Giskard Reventlov esperaba en el salón y Gladia le saludó con la misma angustia que siempre experimentaba al encontrarse ante él.

Era primitivo comparado con Daneel. Era visiblemente un robot metálico, con una cara en la que no había la menor expresión humana, con ojos que brillaban con una luz rojiza, como se apreciaba en la oscuridad. Mientras Daneel iba verdaderamente vestido, Giskard lucía solamente una apariencia de ropa, una apariencia muy hábil diseñada por la propia Gladia.

—Hola, Giskard —dijo.

—Buenas noches, señora —saludó Giskard con una ligera inclinación de cabeza.

Gladia recordó las palabras que le dijo Elijah Baley muchos años atrás, como un murmullo en uno de los rincones de su cerebro.

—Daneel cuidará de ti. Será tu amigo y protector, tú debes ser una amiga para él…, hazlo por mí. Pero es a Giskard al que quiero que prestes atención. Que sea éste tu consejero.

—¿Por qué él? No estoy segura de que me guste —protestó ceñuda.

—No te pido que te guste. Te pido que «confíes» en él.

Y no quiso explicarle la razón.

Gladia trató de confiar en el robot Giskard, pero se alegró de no tener que intentar que le gustara. Algo en él la estremecía.

Había dispuesto de Daneel y de Giskard como parte efectiva de su morada por espacio de muchas décadas, aunque Fastolfe era el verdadero propietario. Fue solamente en su lecho de muerte cuando Fastolfe le traspasó la propiedad. Giskard era el segundo artículo, después de Daneel, que Fastolfe le había legado.

—Daneel me basta. Han —dijo Gladia al anciano—. Tu hija Vasilia querrá tener a Giskard, estoy segura.

Fastolfe yacía silencioso en su lecho, con los ojos cerrados, con una expresión más plácida de lo que había observado hasta entonces. No contestó inmediatamente y por un momento creyó que se había desprendido de la vida tan silenciosamente que no se había dado cuenta. Le estrechó la mano convulsivamente y él abrió los ojos. En un murmullo le dijo:

—No me importan nada mis hijas biológicas, Gladia. En veinte siglos no he tenido más que una hija funcional y ésta has sido tú. Quiero que tengas a Giskard, es muy valioso.

—¿Por qué es valioso?

—No puedo decírtelo, pero siempre he encontrado consuelo en su presencia. Guárdalo para siempre, Gladia. Prométemelo.

—Lo prometo.

Sus ojos se abrieron por última vez y su voz, después de encontrar una última reserva de fuerzas, dijo en un tono casi natural:

—Te quiero, Gladia, hija mía.

Y Gladia contestó:

—Te quiero, Han, padre mío.

Éstas fueron las últimas palabras que se cruzaron. Gladia se encontró estrechando la mano de un muerto y por unos segundos no pudo decidirse a soltarla. Así que Giskard era suyo. Sin embargo la inquietaba y no sabía por qué.

—Bien, Giskard —le dijo—, he estado tratando de ver Solaria en el cielo, entre las estrellas, pero Daneel me ha dicho que no será visible hasta

las 03:20 y que de todos modos necesitaría magnilentes. ¿Estás enterado de esto?

—No, señora.

—Debería quedarme levantada hasta el amanecer. ¿Qué te parece?

—Se lo sugiero, estará mejor en la cama.

A Gladia te sentó mal la sugerencia.

—¿De verdad? ¿Y si decido quedarme levantada?

—Lo dicho ha sido solamente una sugerencia, pero mañana tendrá un día muy sobrecargado y lamentará la falta de sueño si decide quedarse.

—¿Y por qué voy a tener un día sobrecargado, Giskard? No tengo noticia de que vaya a tener dificultades.

—Tiene una cita, señora —dijo Giskard—, con un tal Levular Mandamus.

—Que tengo… ¿Cuándo ha ocurrido eso?

—Hace una hora. Fotofoneó y me tomé la libertad…

—¿Tú te tomaste la libertad? ¿Quién es?

—Un miembro del Instituto de Robótica.

—Entonces es un subordinado de Kelden Amadiro.

—Sí, señora.

—Comprende de una vez, Giskard, que no siento el menor interés en recibir a ese Mandamus ni a nadie que esté relacionado con ese sapo venenoso de Amadiro. Así que si te has tomado la libertad de concertar una cita en mi nombre, tómate ahora mismo la libertad de telefonearle y cancelarla.

—Si me lo confirma como una orden, señora, y si hace que esta orden sea tan precisa y rotunda como pueda, intentaré obedecer. Tal vez no pueda. En mi opinión, verá usted, se hará daño si cancela la cita y yo no puedo permitir que sufra usted daño por una acción mía.

—Tu juicio en este caso puede estar equivocado, Giskard. ¿Quién es ese hombre que por dejar de verle puede acarrearme un daño? El que sea miembro del Instituto de Robótica no me hace considerarle importante.

Gladia se daba perfectamente cuenta de que se desahogaba con Giskard sin nada que lo justificase. Se había disgustado por la noticia del abandono

de Solaria, y se había molestado por la ignorancia que la había llevado a buscar el sol de Solaria en un cielo donde no estaba.

Naturalmente había sido Daneel quien había puesto en evidencia su ignorancia, pero, no obstante, no se había disgustado con él… Claro, Daneel parecía humano y Gladia lo trataba como a tal. La apariencia lo era todo. Giskard parecía un robot, así que una podía asumir que no tenía sentimientos y por tanto se le podía herir.

Y, en efecto, Giskard no reaccionó al enojo de Gladia (como tampoco habría reaccionado Daneel… en el mismo caso). Se limitó a decir:

—He descrito al doctor Mandamus como miembro del Instituto de Robótica, pero quizás es más que eso. En los últimos años ha sido la mano derecha del doctor Amadiro. Esto le hace importante y difícil de ignorar. El doctor Mandamus no sería un buen hombre para ofender, señora.

—¿Ah, no? Me importa un comino Mandamus y mucho menos Amadiro. Me figuro que recuerdas que una vez, cuando éramos jóvenes el mundo, él y yo, hizo lo indecible para demostrar que el doctor Fastolfe era un asesino y solamente un milagro pudo abortar sus maquinaciones.

—Lo recuerdo muy bien, señora.

—Es un alivio. Temí que en estas veinte décadas lo hubieras olvidado. Yo en estas veinte décadas no he tenido tratos con Amadiro ni con nadie relacionado con él y me propongo seguir lo mismo. No me importa el daño que pueda sufrir o las consecuencias que me acarreen. No veré a ese doctor como-se-llame y en el futuro no conciertes citas en mi nombre sin consultarme o, por lo menos, sin explicar que esas citas deben someterse a mi aprobación.

—Sí, señora, pero, puedo hacerle ver…

—No, no puedes —dijo Gladia, y dio media vuelta.

Hubo un silencio mientras se apartaba tres pasos. La voz tranquila de Giskard insistió:

—Señora, debo pedirle que confíe en mí.

Gladia se detuvo. ¿Por qué había empleado aquella expresión? Y creyó oír de nuevo la voz del pasado diciéndole: «No te pido que te guste. Te pido que “confíes” en él».

Apretó los labios y frunció el entrecejo. De mala gana, regresó.

—Bueno —le espetó—; ¿qué querías decirme, Giskard?

—Solamente que mientras vivió el doctor Fastolfe su política predominaba en Aurora y en todos los mundos espaciales. Como resultado la gente de la Tierra fue autorizada a emigrar libremente a varios planetas adecuados de la Galaxia y así florecieron lo que ahora llamamos los «mundos de los colonos». Sin embargo, el doctor Fastolfe ha muerto y sus sucesores carecen de su prestigio. El doctor Amadiro conserva sus puntos de vista en contra de la Tierra y es muy posible que ahora puedan triunfar y que se emprenda una fuerte política contra la Tierra y los «mundos de los colonos».

—Y si es así, Giskard, ¿qué puedo hacer yo?

—Puede recibir al doctor Mandamus y descubrir qué es lo que le hace mostrarse tan ansioso por verla, señora. Le aseguro que se mostró de lo más insistente por conseguir la cita lo antes posible. Pidió verla a las 08:00.

—Giskard, yo nunca recibo a nadie antes del mediodía.

—Se lo expliqué, señora. Supuse que su ansiedad por conseguir verla antes del desayuno, pese a mis explicaciones, era un reflejo de su desesperación. Creí importante descubrir por qué estaba tan desesperado.

—Y si no le recibo, en tu opinión ¿puedo sufrir un daño personal? No te pregunto si dañará la Tierra o a los colonos, a esto o a aquello. ¿Me dañará a mí?

—Señora, que la Tierra y los colonos continúen la colonización de la Galaxia puede sufrir daño. Este sueño tuvo su origen en la mente del civil Elijah Baley hace más de veinte décadas. Dañar a la Tierra sería profanar su recuerdo. ¿Me equivoco pensando que cualquier daño a su recuerdo lo sentiría usted como si la hirieran personalmente?

Gladia estaba aturdida. Por dos veces en una sola hora Elijah Baley había surgido en la conversación. Llevaba mucho tiempo muerto… Un terrícola de vida breve que había fallecido hacía más de dieciséis décadas… Sin embargo, la mera mención de su nombre todavía la estremecía.

—¿Cómo pueden ser las cosas, de pronto, tan graves?

—No ha sido de pronto, señora. Durante veinte décadas la gente de la Tierra y la gente de los mundos espaciales han estado siguiendo rutas paralelas y no han chocado en su camino gracias a la sabia política del

doctor Fastolfe. No obstante, siempre ha existido una fuerte oposición que el doctor Fastolfe tuvo que evitar en todo momento. Ahora que él ha muerto, la oposición es mucho más poderosa. El abandono de Solaria ha hecho crecer enormemente el poder de la oposición y pronto puede ser la fuerza política dominante.

—¿Por qué?

—Es una indicación clara de que la fuerza espacial está declinando y muchos en Aurora creen que hay que actuar ahora o nunca.

—¿Y crees que ver a este hombre será importante para evitarlo?

—En efecto, señora.

Gladia permaneció silenciosa un momento y volvió a recordar, aunque rebelándose, que había prometido a Elijah confiar en Giskard, así que dijo:

—Bueno, no me gusta hacerlo, ni creo que el hecho de recibir a ese hombre arregle nada a nadie…, pero, está bien, lo recibiré.

3

Gladia dormía, la casa estaba a oscuras… Desde el punto de vista humano, rebosaba de movimiento y laboriosidad, porque los robots tenían mucho que hacer… y lo hacían por infrarrojos.

La residencia tenía que ordenarse después del inevitable desorden producido por la actividad cotidiana. Había que traer provisiones, deshacerse de la basura, limpiar, pulir o guardar ciertos objetos, y comprobar accesorios; para estos quehaceres siempre había turnos de guardia.

En Aurora no hay cerradura en ninguna puerta, pues no son necesarias. No hay ni crímenes ni violencias de ningún género, ni contra los seres humanos ni contra la propiedad. Nada de eso puede ocurrir, pues cada vivienda y cada ser humano están guardados, en todo momento, por los robots. Esto es conocido de todos y dado por sabido.

El precio de esta paz es que los robots permanecen en sus puestos.

Jamás se les utiliza…, pero solamente porque siempre están allí.

Giskard y Daneel, cuyas habilidades eran más amplias y más intensas que las de los otros robots de la vivienda, no tenían deberes específicos que cumplir, a menos que se considere como deber específico ser responsables del perfecto funcionamiento de los demás robots.

A las 03:00 ya habían terminado su ronda en el jardín y el bosque, para asegurarse de que todos los que hacían guardia fuera cumplían bien sus funciones y que no había surgido ningún problema.

Coincidieron en los límites meridionales del terreno y por un momento hablaron en un lenguaje esópico y lacónico. Se comprendían perfectamente, tras muchas décadas de comunicación, y no era necesario que se complicaran con las dificultades del lenguaje humano.

Daneel anunció en un murmullo inaudible:

—Nubes. Invisibles.

Si Daneel hubiera hablado para el oído humano, hubiera dicho:

«Como ves, amigo Giskard, el cielo se ha encapotado. Si Gladia hubiera esperado la oportunidad de ver el sol de Solaria, no lo hubiera conseguido de ningún modo».

Y la respuesta de Giskard:

—Previsto. Mejor, entrevista…

Era el equivalente de «Ya lo había previsto el boletín meteorológico, amigo Daneel, y lo podía haber utilizado como excusa para que Gladia se acostara pronto, pero me pareció más importante atacar el problema de frente y persuadirla de que autorizara la entrevista de la que ya te he hablado».

—Me parece, amigo Giskard, que te resultó difícil persuadirla porque estaba disgustada por el abandono de Solaria. Estuve allí una vez, con mi colega Elijah cuando Gladia era aún una solariana y residía allí.

—Siempre me ha parecido entender que Gladia no era feliz en su planeta natal, que abandonó su mundo con alegría y que en ningún momento tuvo intención de regresar. No obstante, estoy de acuerdo contigo en que la historia del final de Solaria la ha afectado.

—Yo no comprendo esa reacción de Gladia —observó Daneel—, pero en muchas ocasiones las reacciones humanas no parecen seguir con lógica los acontecimientos.

—Eso es lo que hace difícil decidir, a veces, lo que puede dañar a un ser humano y lo que no.

Si Giskard hubiera sido humano habría suspirado, incluso con petulancia; dadas las circunstancias, se limitó a exponer la difícil situación sin la menor emoción.

—Es una de las razones por las que me parece que las tres leyes de la Robótica son incompletas o insuficientes.

—Ésta es una paradoja que no puedo comprender.

—Ni yo tampoco. Sin embargo noto que estoy al borde de descubrir lo que puede ser la insuficiencia o lo incompleto de las tres leyes, como cuando hablé esta noche con Gladia. Me preguntó en qué forma la afectaría personalmente el que no se celebrase la entrevista, que no fuera de manera abstracta, y había una respuesta que no pude darle porque estaba dentro de los límites de las tres leyes.

—Le has dado una respuesta perfecta, amigo Giskard. El daño causado al recuerdo de Elijah afectaría profundamente a Gladia.

—Era la mejor respuesta dentro de las tres leyes. Pero no era la mejor respuesta posible.

—¿Cuál era la mejor respuesta posible?

—No lo sé. No puedo expresarla con palabras ni tan siquiera con conceptos mientras esté sujeto por las leyes.

—No hay nada más allá de las leyes —afirmó Daneel.

—Si yo fuera humano, podría ver más allá de las leyes y creo, amigo Daneel, que tú podrías ver más allá de ellas antes que yo.

—¿Yo?

—Sí, amigo Daneel, llevo mucho tiempo pensando que, aunque eres un robot, piensas y razonas como un ser humano.

—No es correcto pensar así —murmuró Daneel lentamente, como si estuviera sufriendo—. Lo dices porque puedes ver dentro de las mentes humanas. Eso te distorsiona y al final podrá destruirte. Para mí ésta es una idea desafortunada. Si puedes evitar ver en las mentes humanas más de lo que debes ver, evítalo.

Giskard volvió la cabeza.

—No puedo evitarlo, amigo Daneel. Y si pudiera, tampoco lo evitaría. Lo que lamento es intervenir tan poco debido a las tres leyes. No puedo profundizar más por temor a causar daños. Tampoco puedo influir directamente más por el miedo que tengo a perjudicar.

—Sin embargo, has influido muy limpiamente en Gladia, amigo Giskard.

—Realmente, no. Podía haber modificado su forma de pensar y hacer que aceptara la entrevista sin cuestionarla, pero la mente humana es tan compleja que no me atrevo. Cualquier presión que haga producirá otras secundarias de cuya naturaleza no puedo estar seguro y luego lo lamentaría.

—Pero has hecho algo con Gladia.

—No tuve que hacer nada. La palabra «confianza» la afecta y la hace más responsable. Me fijé en ello años atrás, por eso me sirvo de esta palabra con la máxima cautela, ya que su abuso la debilitaría. Es algo que me deja perplejo, pero, simplemente, no puedo ahondar en busca de solución.

—¿Porque las tres leyes te lo impiden?

El brillo de los ojos de Giskard pareció intensificarse.

—Sí. En cada frase, las tres leyes me bloquean el paso. Y no puedo modificarlas, precisamente porque me bloquean. Pero sigo pensando que debo modificarlas porque percibo que se acerca una catástrofe.

—Ya me lo dijiste antes, amigo Giskard, pero no me has explicado la naturaleza de la catástrofe.

—Porque la desconozco. Tiene que ver con la creciente hostilidad entre Aurora y la Tierra, pero no sabría decir de qué forma desembocará esto en una catástrofe.

—¿Es posible que, después de todo, no haya tal catástrofe?

—No lo creo. En ciertos personajes oficiales de Aurora, con los que me he encontrado, he percibido un aura de desastre… y de esperanza de triunfo. No puedo explicártelo con más exactitud ni puedo profundizar buscando una mejor descripción: las tres leyes no me lo permiten. Ésta es otra de la razones por las que la entrevista con Mandamus debe celebrarse mañana. Tendré la oportunidad de estudiar su mente.

—Pero ¿y si no puedes estudiarla con efectividad?

Aunque la voz de Giskard era incapaz de reflejar emoción, en el sentido humano, la desesperación de sus palabras no pasaba inadvertida:

—Entonces, me veré desamparado. Solamente puedo seguir las leyes. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

Y Daneel respondió desanimado:

—Nada más.

4

Gladia entró en el salón a las 08:15. Decidió con cierto despecho que Mandamus (se había aprendido el nombre de mala gana) tuviera que esperar. También se había esmerado en su apariencia y, por primera vez en varios años, se entristeció por sus canas. Tuvo el deseo fugaz de seguir la práctica general en Aurora, el uso de colorantes. Después de todo tener un aspecto joven y atractivo como le fuera posible colocaría al esclavo Amadiro en desventaja.

Iba completamente preparada a que no le gustara al primer golpe de vista, pero al mismo tiempo temía que él pudiera resultar joven y atractivo, con un rostro agraciado que se iluminara con una brillante sonrisa al verla aparecer, y que, aunque a regañadientes, se sintiera atraída por él.

En consecuencia, al verle se tranquilizó. Era joven sí, probablemente no había completado aún su medio siglo, pero tampoco había sabido sacar partido de ello. Era alto, tal vez un metro con ochenta y cinco, pero demasiado delgado, lo que le hacía parecer desgarbado. Su cabello parecía demasiado oscuro para un aurorano, sus ojos de color avellana, apagados, su rostro demasiado largo, sus labios demasiado finos, su boca demasiado grande y su tez insuficientemente clara. Pero lo que le robaba la verdadera apariencia juvenil era su expresión demasiado afectada y su falta de humor.

De repente le vinieron a la mente las novelas históricas que tanto éxito tenían en Aurora (novelas que invariablemente trataban de la primitiva Tierra, lo que resultaba curioso en un mundo que cada día odiaba más a los terrícolas) y pensó: «Vaya, es la estampa misma de un puritano».

Experimentó alivio y casi sonrió. A los puritanos se les solía presentar como villanos y este Mandamus, lo fuera o no, lo aparentaba.

Gladia se sintió decepcionada al oírle hablar, su voz era suave y claramente musical. (Hubiera debido tener la voz gangosa para encajar con su estereotipo). Preguntó:

—¿La señora Gremionis?

Le tendió la mano con una sonrisa cuidadosamente condescendiente:

—¿Señor Mandamus? Por favor, llámeme Gladia. Todo el mundo lo hace así.

—Sé que utiliza su nombre profesionalmente.

—Lo uso para todo. Mi matrimonio llegó a un final amistoso hace varias décadas.

—Pero tengo entendido que duró mucho tiempo.

—Sí, mucho tiempo. Fue un gran éxito, pero incluso los mayores éxitos tienen un final natural.

—¡Ah! —dijo Mandamus sentencioso—. Hacer que algo continúe pasado el final puede transformar un éxito en un fracaso.

Gladia asintió y respondió con una media sonrisa.

—¡Cuánta sabiduría para una persona tan joven…! Pero ¿pasamos al comedor? El desayuno está preparado y ya le he hecho esperar demasiado.

Sólo cuando Mandamus se volvió y adaptó sus pasos a los suyos, Gladia se dio cuenta de los dos robots que lo acompañaban. Era del todo impensable para cualquier aurorano salir sin su acompañamiento robótico, pero mientras los robots se mantuvieran inmóviles pasaban inadvertidos al ojo aurorano.

Al mirarlos de refilón Gladia se dio cuenta de que eran de los más recientes modelos y claramente costosos. Su falso traje era complicado, y aunque no era de los diseñados por ella, podía considerársele de primera clase. Gladia tuvo que admitirlo a regañadientes. Tendría que descubrir algún día quién era el diseñador, porque no reconocía el estilo y pudiera ser que le hubiera salido un nuevo y formidable competidor. Se descubrió a sí misma admirando la forma y el estilo del falso traje que, siendo claramente el mismo para ambos robots, resultaba individualizado para cada uno de ellos. No podía confundirse.

Mandamus captó su rápida mirada y la interpretó con desconcertante exactitud. («Es inteligente», se dijo Gladia decepcionada).

—El exodiseño de mis robots es creación de un joven del Instituto que todavía no se ha hecho un nombre. Pero se lo hará, ¿no le parece?

—En efecto —respondió Gladia.

Gladia no contaba con ninguna charla de negocios hasta el final del desayuno. Hubiera sido el colmo de la incorrección hablar de cosas que no fueran trivialidades durante la comida y Gladia adivinó que Mandamus no sobresalía en conversación intrascendente. Por supuesto, podían hablar del tiempo. Las recientes y persistentes lluvias, ahora felizmente terminadas, fueron tema de conversación así como las perspectivas para la estación seca. Captó una categórica expresión admirativa por el buen gusto de su anfitriona y Gladia la aceptó con su bien ensayada modestia. No hizo nada por aliviar la tensión de su visitante sino que le dejó que fuera buscando temas sin prestarle ayuda. Por fin sus ojos se posaron en Daneel de pie, silencioso e inmóvil en su hornacina de la pared. Mandamus consiguió sobreponerse a la indiferencia aurorana y exclamó:

—¡Ah, obviamente el famoso R. Daneel Olivaw! Es inconfundible. Un ejemplar asombroso.

—Realmente asombroso.

—Es suyo ahora, ¿verdad? ¿Por el testamento de Fastolfe?

—Sí, por el testamento del «doctor» Fastolfe —recalcó Gladia.

—Me sorprende, por desconcertante, que la línea de robots humanoides del Instituto fracasara como lo hizo. ¿Lo ha pensado usted alguna vez?

—Lo he oído comentar —dijo Gladia con cautela. «Podía ser por esto por lo que ha venido», pensó—. Pero no recuerdo haber pasado mucho tiempo pensando en ello.

—Los sociólogos aún están tratando de comprenderlo. Ciertamente, en el Instituto no hemos superado aún la decepción. Parecía una promoción natural. Alguno de nosotros cree que Fa…, que el doctor Fastolfe debió de tener algo que ver con ello.

(«Ha evitado cometer el mismo error por segunda vez», se dijo Gladia. Entrecerró los ojos contrariada al decidir que había ido a visitarla en busca de información nociva para el pobre y buen Han).

Comentó, agresiva:

—Cualquiera que lo piense es un imbécil. Y si usted lo cree también, no pienso cambiar la expresión en beneficio suyo.

—Yo no soy de los que lo piensan, sobre todo porque no veo qué podía hacer el doctor Fastolfe para que resultara un fiasco.

—¿Por qué tuvo que hacer algo alguien? Lo que pienso es que el público no los quiso. Un robot que se parece tanto a un hombre compite con el hombre y el que se parece a una mujer compite con la mujer… y demasiado íntimamente para tranquilidad de todos. Los auroranos no quieren competidores, no hay que buscar más allá.

—¿Competición sexual? —dijo plácidamente Mandamus.

Por unos segundos la mirada de Mandamus se cruzó con la suya.

¿Acaso estaría enterado de su antiguo amor por el robot Jander? ¿Importaba que lo supiera?

Nada en su rostro parecía expresar algo más que el significado superficial de la palabra.

—Competencia en todos los aspectos. Si el doctor Han Fastolfe hizo algo para contribuir a este sentimiento, fue el diseñar sus robots en un estilo demasiado humano, pero eso fue lo único que hizo —concluyó Gladia.

—Creo que ha pensado usted mucho en el asunto —arguyó Mandamus —. El problema es que los sociólogos encuentran que el miedo a la competición con unos robots demasiado humanos es excesivamente simplista como explicación. Esto sólo no basta, y no hay evidencia de otra aversión que sea motivo de cierta importancia.

—La sociología no es una ciencia exacta —dijo Gladia.

—Pero tampoco es del todo inexacta.

Gladia se encogió de hombros. Después de una pausa, Mandamus prosiguió:

—En todo caso, nos impidió organizar expediciones colonizadoras. Sin robots humanoides que nos prepararan el camino…

El desayuno no había terminado del todo pero estaba claro para Gladia que Mandamus evitaba ya la conversación trivial. Le contestó:

—Pudimos haber ido nosotros.

Esta vez fue Mandamus el que se encogió de hombros.

—Excesivamente difícil. Además, esos bárbaros de vida breve de la Tierra, con el permiso de su doctor Fastolfe, han invadido todos los planetas visibles, como un enjambre de insectos.

—Todavía quedan muchos planetas disponibles. Millones. Y si están en condiciones de hacerlo…

—Claro que pueden hacerlo —exclamó Mandamus súbitamente acalorado—. Cuesta vidas, ¿pero qué son las vidas para ellos? La pérdida de alguna década, nada más, y hay millones. Si un millón o algo así muere en el curso de la colonización, ¿quién lo nota? ¿A quién le importa? A ellos, no.

—Estoy segura de que sí.

—Bobadas. Nuestra vida es más larga y por lo tanto más valiosa… Naturalmente, somos más cuidadosos con ella.

—Y por eso estamos sentados aquí y no hacemos otra cosa que quejarnos de los colonos de la Tierra porque están decididos a arriesgar sus vidas y porque parece que vayan a heredar la Galaxia como resultado.

Gladia no se daba cuenta de que se estaba manifestando demasiado pro colonizadora, pero estaba dispuesta a llevar la contraria a Mandamus y a medida que hablaban sintió que lo que había empezado como una mera contradicción, tenía cierto sentido y podía parecer una declaración de sus sentimientos. Además, había oído a Fastolfe exponer cosas parecidas a lo largo de sus últimos y decepcionados años.

A una señal de Gladia, la mesa quedó rápida y eficientemente despejada. El desayuno pudo haber continuado, pero la conversación y el estado de ánimo resultaban totalmente inadecuados para una comida civilizada.

Volvieron al salón. Sus robots les siguieron, también Daneel y Giskard, colocándose todos en sus hornacinas. («Mandamus no se ha fijado en Giskard», pensó Gladia, pero, claro, ¿por qué iba a hacerlo? Giskard era de un tipo pasado de moda, incluso primitivo, casi insignificante si se le comparaba con los hermosos ejemplares de Mandamus).

Gladia se sentó y cruzó las piernas, consciente de que la parte inferior de sus pantalones, finos y ceñidos, favorecía el aspecto todavía juvenil de sus piernas.

—¿Puedo conocer las razones que le han llevado a querer visitarme, doctor Mandamus? —preguntó, dispuesta a no retrasar más el asunto.

—Tengo la mala costumbre de masticar goma medicinal después de las comidas para ayudar la digestión. ¿Le molesta?

—Me parecerá inquietante —respondió Gladia, con sequedad.

«Al no poder masticar se encontrará en desventaja. Además —se dijo Gladia virtuosamente—, a su edad no debería necesitar nada que le ayudara la digestión».

Mandamus tenía un paquete alargado a medio sacar del bolsillo superior de su blusón. Lo volvió a guardar sin demostrar contrariedad y murmuró:

—Por supuesto.

—Le he preguntado, doctor Mandamus, sus razones para querer visitarme.

—En realidad, dos razones, señora Gladia. Una es de tipo personal y la otra es un asunto de Estado. ¿Le importaría que habláramos primero de la personal?

—Déjeme que le diga francamente, doctor Mandamus, que me cuesta imaginar qué razón personal puede haber entre nosotros. Trabaja usted en el Instituto de Robótica, ¿no es verdad?

—En efecto.

—Y me he enterado de que trabaja al lado de Amadiro.

—Sí, tengo el honor de trabajar con el «doctor» Amadiro —declaró con cierto énfasis.

«Me la está devolviendo —se dijo Gladia—, pero no lo acusaré».

—Amadiro y yo estuvimos en contacto hace veinte décadas y fue de lo más desagradable. Desde entonces no he vuelto a tener ocasión de contactar con él. Tampoco lo hubiera hecho con usted, su íntimo colaborador, pero se me convenció de que la entrevista podía ser importante. Sin embargo, los asuntos personales, obviamente, no hacen que esta entrevista sea mínimamente importante para mí. ¿Pasamos, pues, a los asuntos de Estado?

Mandamus bajó la vista y un leve rubor que podía ser de confusión, tiñó sus mejillas:

—Déjeme que vuelva a presentarme. Soy Levular Mandamus, su descendiente en quinto grado. Soy el hijo del tataranieto de Santirix y de

Gladia Gremionis. Dicho de otra manera, usted es la tatarabuela de mi padre.

Gladia parpadeó rápidamente, esforzándose por no parecer estupefacta, como lo estaba en realidad, pero no lo consiguió del todo. Claro que tenía descendientes, ¿y por qué no iba a ser ese hombre uno de ellos?

—¿Está usted seguro? —dijo, en cambio.

—Absolutamente. He mandado hacer una investigación genealógica. En cualquier momento querré tener hijos y antes de tenerlos creí necesaria esta investigación. Por si le interesa, el parentesco entre nosotros es V.H.H.H.

—¿Así que es usted el hijo del hijo, de la hija, de la hija de mi hijo?

—Sí.

Gladia no preguntó más detalles. Había tenido un hijo y una hija.

Había sido una madre perfectamente dedicada a ellos, pero a su debido tiempo los hijos siguieron vidas independientes. En cuanto a los descendientes del hijo y de la hija, nunca investigó, según el perfecto y decente sistema espacial, ni le importó lo más mínimo. Ahora, al conocer a uno de ellos, era aún lo suficientemente espacial como para quedarse indiferente.

La idea la tranquilizó por completo. Se recostó en su butaca y se relajó. Dijo:

—Muy bien. Es usted mi descendiente en quinto grado. Si éste es el asunto personal del que quiere hablar, no tiene para mí la menor importancia.

—La comprendo perfectamente, antepasada. Mi genealogía no es en sí de lo que quiero hablar, pero es la base. El doctor Amadiro sabe y conoce esta relación, o por lo menos así lo sospecho.

—¿De veras? ¿Y cómo lo ha conseguido?

—Creo que genealogiza discretamente a aquellos que van a trabajar en el Instituto.

—Pero ¿por qué?

—A fin de encontrar exactamente lo que encontró en mi caso. Es un hombre desconfiado.

—No lo entiendo. Si es usted mi descendiente en quinto grado, ¿por qué iba a tener más importancia para él que la que tiene para mí?

Mandamus se frotó la barbilla con los nudillos de su mano derecha, pensativo:

—Su antipatía hacia usted no es inferior a la que siente usted por él, señora Gladia. Si estaba dispuesta a negarme la entrevista por su causa, él está igualmente dispuesto a negarme la promoción por la de usted. Sería peor si fuera descendiente del doctor Fastolfe, pero no mucho más.

Gladia se irguió en su asiento. Su rostro se crispó y dijo con voz tensa:

—¿Qué es, pues, lo que espera que yo haga? No puedo declararle un no-descendiente. ¿Debo insertar un anuncio en hipervisión declarando mi indiferencia respecto a usted y repudiarle? ¿Le satisface esto a su Amadiro?

»Si es así, debo decirle que no lo haré. No haré nada para satisfacer a ese hombre. Si esto significa que puede echarle y truncar su carrera, porque no le gusta su asociación genética, esto le enseñará a usted a asociarse con personas más sensatas y menos rabiosas.

—No me echará, Gladia. Soy demasiado valioso para él, si me perdona la falta de modestia. Sin embargo, confío en sucederle algún día como jefe del Instituto y esto, estoy seguro, no me lo permitirá mientras me crea descendiente de alguien mucho peor que usted.

—¿Acaso imagina que el pobre Santirix es peor que yo?

—En absoluto —Mandamus se ruborizó y tragó saliva, pero su voz siguió normal y firme—. No quiero faltarle el respeto, señora, pero tengo que saber la verdad.

—¿Qué verdad?

—Soy su descendiente en quinto grado. Esto queda claro en los archivos genealógicos. Pero ¿es posible que yo también descienda no de Santirix Gremionis sino del terrícola Elijah Baley?

Gladia se puso en pie de un salto como si los campos de fuerza unidimensionales la hubieran levantado. Ni siquiera se dio cuenta de que estaba de pie.

Era la tercera vez que en doce horas se había mencionado el nombre de aquel remoto terrícola, y por tres individuos distintos. Su voz no parecía ser la suya.

—¿Qué quiere decir?

—A mí me parece muy claro —respondió levantándose a su vez y apartándose un poco—. ¿Su hijo, mi tatarabuelo, nació de una unión sexual entre usted y el hombre de la Tierra, Elijah Baley? ¿Fue Elijah Baley el padre de su hijo?

—¿Cómo se atreve a sugerir tal cosa? ¿A pensarla siquiera?

—Me atrevo porque mi carrera depende de ella. Si la respuesta es sí, mi vida profesional está prácticamente arruinada. Necesito un no, pero un no sin pruebas no me sirve de nada. Debo poder presentar pruebas al doctor Amadiro en el momento adecuado y demostrarle que la desaprobación de mi genealogía termina con usted. Después de todo, está claro para mí que su aversión hacia usted, e incluso hacia el doctor Fastolfe, no es nada, absolutamente nada, comparada con el increíble odio por Elijah Baley. No solamente por el hecho de su vida breve, aunque la idea de haber heredado genes bárbaros me molestaría profundamente.

»Creo que si le ofreciera una prueba de que soy descendiente de un terrícola que no fuera Elijah Baley, no me lo tendría en cuenta. Pero es la idea de Elijah Baley, y solamente él, lo que le enloquece. No sé por qué.

La repetición del nombre de Elijah fue casi una resurrección para Gladia. Respiraba agitada y profundamente y gozaba con el mejor recuerdo de su vida.

—Yo lo sé —le dijo—. Fue porque Elijah, con todo en contra, con toda Aurora en su contra, consiguió destruir a Amadiro en el momento en que ese hombre pensó que tenía el éxito en sus manos. Elijah lo consiguió con un gran valor e inteligencia. Amadiro había encontrado a su superior en la persona de un hombre de la Tierra al que había despreciado sin fijarse, y ¿qué podía hacer a cambio sino odiarle inútilmente? Elijah lleva muerto más de dieciséis décadas y Amadiro no puede aún olvidarle, no puede perdonar, no puede romper las cadenas que le sujetan con odio y recuerdo, a ese muerto. Y yo no quiero que Amadiro olvide…, o deje de odiar…, mientras con ello envenene cada momento de su existencia.

—Comprendo que tenga motivos para maldecir al doctor Amadiro, pero ¿qué motivo tiene para quererme mal a mí? Permitir al doctor Amadiro que siga creyendo que desciendo de Elijah Baley le proporcionará el placer de destruirme. ¿Por qué iba a proporcionarle, innecesariamente, semejante

placer si mi ascendencia no es ésa? Por lo tanto deme una prueba de que desciendo de usted y de Santirix Gremionis o de usted y de cualquiera que no sea Elijah Baley.

—¡Loco! ¡Idiota! ¿Por qué necesita que yo le dé una prueba? Vaya al archivo histórico. Descubrirá los días exactos en que Elijah Baley estuvo en Aurora. Encontrará el día exacto en que nació mi hijo Darrel.

»Encontrará que Darrel fue concebido más de cinco años después de que Elijah dejó Aurora. También descubrirá que Elijah jamás regresó a Aurora.

»Bien, pues, ¿cree usted que estuve gestando durante cinco años, que llevé un feto en mis entrañas durante cinco años galácticos?

—Conozco las estadísticas, señora. No creo que llevara un feto durante cinco años.

—Entonces, ¿por qué ha venido a mí?

—Porque hay mucho más. Yo sé…, y me imagino que el doctor Amadiro lo sabe también, que aunque Elijah Baley, como usted dice, jamás volvió a la superficie de Aurora, estuvo una vez en una nave que estaba en órbita de Aurora por un día o más. Yo sé, y me imagino que el doctor Amadiro también lo sabe, que aunque el terrícola no abandonó la nave para venir a Aurora, usted salió de Aurora para ir a la nave; que permaneció en ella casi todo un día y que eso tuvo lugar cinco años después de que el terrícola hubiera estado en la superficie de Aurora… y más o menos en la época en que su hijo fue concebido.

Gladia sintió que palidecía intensamente al oír la voz tranquila de Mandamus. La habitación pareció oscurecerse y se tambaleó.

De pronto sintió el suave contacto de unos fuertes brazos que la sostenían y supo que eran los de Daneel. Sintió que la depositaban dulcemente en la butaca.

Oyó la voz de Mandamus como si llegara de muy lejos.

—¿No es verdad, señora?

Por supuesto que era verdad.

¿EL ANTEPASADO?

5

¡Recuerdos!

Siempre presentes, aunque naturalmente permanecían disimulados.

Y de pronto, a veces, como resultado de una especie de sacudida inesperada, surgían esos recuerdos claramente definidos, en color, brillantes y con movimiento, vivos.

Volvía a ser joven, más joven que ese hombre que tenía delante; lo bastante joven como para sentir la tragedia y el amor… con su muerte-en-vida en Solaria habiendo alcanzado su clímax en el amargo final del que ella había considerado como su primer «marido». (No, no iba a decir su nombre ahora, ni siquiera en el pensamiento).

Más cerca aún de su vida de entonces fueron los meses de tremenda emoción con el segundo… no-hombre… al que consideraba como a tal.

Jander, el robot humanoide que le habían regalado y que hizo enteramente suyo, como su primer marido muerto repentinamente.

Y luego, por fin, estaba Elijah Baley que jamás fue su marido y al que solamente había visto dos veces, en dos años, y unas horas en cada ocasión. Elijah, cuya mejilla había tocado con su mano y en esa ocasión se ruborizó; cuyo cuerpo desnudo había tenido más tarde entre sus brazos y en esos momentos había ardido intensamente.

Y, por último, un tercer marido, con el que vivió tranquila y en paz, pagando con monotonía por su placidez y comprando con un firme olvido el alivio de volver a vivir.

Hasta que un día (no estaba segura de cuándo irrumpió en sus años soñolientos y tranquilos) Han Fastolfe, después de pedir permiso para visitarla, llegó caminando desde la vivienda adjunta.

Gladia le miró con cierta preocupación porque era un hombre demasiado ocupado para ir de visita sin motivo. Solamente habían transcurrido cinco años desde la crisis que colocara a Han como el principal estadista de Aurora. Era en todo, excepto de nombre, el Presidente del planeta y el verdadero caudillo de los mundos espaciales. Tenía muy poco tiempo para comportarse como un ser corriente.

Aquellos años dejaron su huella, y continuaron dejándola hasta su triste muerte, por considerarse un fracasado aunque nunca perdió una batalla. Kelden Amadiro, el que había sido derrotado, vivía cómodamente, como evidencia de que la victoria suele pagarse cara.

En medio de todo, Fastolfe continuó hablando con dulzura y mostrándose paciente, sin quejarse, pero incluso Gladia, apolítica y desinteresada por las infinitas maquinaciones del poder, sabía que su control de Aurora se mantenía firme gracias a un constante y férreo esfuerzo que le vaciaba de todo lo que hace la vida digna de vivirse y que lo mantenía, ¿o era al revés?, solamente por lo que consideraba el bien ¿de… qué?, ¿de Aurora?, ¿de los espaciales?, ¿o simplemente el vago concepto del bien idealizado?

Ni lo sabía, ni quería preguntarlo.

Pero esto fue solamente cinco años después de la crisis. Todavía daba la impresión de ser un hombre joven y esperanzado y su rostro feo pero agradable aún era capaz de sonreír. Dijo:

—Tengo un mensaje para ti, Gladia.

—Espero que sea agradable —le contestó, correcta.

Había traído a Daneel consigo. Poder contemplar a Daneel con sincero afecto era una muestra de que las viejas heridas estaban cicatrizadas, que no dolían, porque Daneel era la copia exacta, en todo, hasta en el más insignificante detalle, de su difunto Jander. Podía hablarle aunque le contestara con la voz de Jander. Cinco años habían cicatrizado la úlcera y amortiguado el dolor.

—Así lo creo —dijo Fastolfe sonriendo amablemente—. Es de un viejo amigo.

—Es agradable saber que tengo viejos amigos —respondió tratando de no ser sarcástica.

—De Elijah Baley.

Los cinco años desaparecieron y sintió las punzadas de los recuerdos resucitados.

—¿Está bien? —preguntó con voz entrecortada después de un instante de angustioso silencio.

—Muy bien. Y lo que es más importante, está cerca.

—¿Cerca? ¿En Aurora?

—En órbita de Aurora. Sabe, o imagino que lo sabe, que no obtendrá permiso para aterrizar ni aunque yo hiciera valer toda mi influencia. Le gustaría verte, Gladia. Ha establecido contacto conmigo porque cree que yo puedo arreglar que visites su nave. Supongo que puedo conseguirlo, pero sólo si tú lo deseas. ¿Lo deseas?

—Yo no lo sé. Es demasiado inesperado para poder pensarlo.

—¿No sientes ningún impulso? —Esperó y luego prosiguió—: Dime la verdad, Gladia, ¿cómo te va con Santirix?

Le miró con los ojos desorbitados como si no comprendiera la razón por el cambio de tema… Después comprendió y dijo:

—Nos llevamos bien.

—¿Eres feliz?

—Soy… No soy desgraciada.

—Esto no me suena a éxtasis.

—¿Cuánto tiempo puede durar el éxtasis…, si lo hubiera?

—¿Te propones tener hijos algún día?

—Sí.

—¿Te propones cambiar tu *status* marital?

Sacudió la cabeza con decisión.

—Todavía, no.

—Entonces, mi querida Gladia, si quieres el consejo de un hombre cansado, que se siente incómodamente viejo, rechaza la invitación. Recuerdo lo poco que me contaste después de que Baley abandonara

Aurora y, a decir verdad, deduje mucho más de lo que tú quizá imaginas. Si lo ves, puedes decepcionarte, pensar que no está a la altura del profundo y cálido resplandor del recuerdo o, si no te decepciona, peor aún porque desbaratará una situación tal vez algo frágil que después no podrás recomponer.

Gladia, que había pensado precisamente lo mismo, encontró que la proposición requería plantearse en palabras para poder rechazarla; al fin dijo:

—No. Han, debo verle, pero me da miedo hacerlo sola. ¿No querrías venir conmigo?

Fastolfe sonrió débilmente.

—Yo no he sido invitado, Gladia. Y si lo fuera, me vería obligado a rechazarla. Hay una votación importante e inminente en el Consejo. Asuntos de Estado, ya sabes, de los que no puedo ausentarme.

—¡Pobre Han!

—En efecto, pobre de mí. Pero no puedes ir sola. Por lo que yo sé no sabes pilotear una nave.

—Oh, bueno, creí que podría ir en…

—¿Una nave comercial? —Fastolfe movió la cabeza—. Imposible. Si fueras en un transporte comercial tendrías que subir a bordo de una nave de la Tierra ya en órbita y para eso precisarías un permiso especial, permiso que te llevaría semanas. Si no quieres ir, Gladia, no hace falta que digas que no deseas verle. El papeleo y trámites necesarios llevarían semanas, y estoy seguro de que él no puedo esperar tanto.

—Pero es que yo quiero verle —insistió Gladia, decidida.

—En ese caso puedes utilizar mi nave espacial privada y Daneel te acompañará. Sabe manejar los controles perfectamente y está tan ansioso como tú por ver a Baley. Sencillamente no informaremos del viaje.

—Pero tendrás problemas, Han.

—Quizá nadie se entere…, o simularán no enterarse. Si alguien me crea problemas, tendré que arreglármelas.

Gladia inclinó un momento la cabeza, pensativa, y dijo:

—Si no te importa, voy a ser egoísta y me arriesgaré a que tengas problemas. Han. Quiero ir.

—Entonces, ve.

5a

Era una nave pequeña, más pequeña de lo que Gladia había imaginado; cómoda en cierto modo, pero por otra parte aterradora. Era lo bastante pequeña, después de todo, como para carecer de datos sobre seudo gravedad. La sensación de ingravidez, aun cuando la impulsaba a permitirse ciertos movimientos divertidos, le recordaba constantemente que se encontraba en un entorno anormal.

Era una espacial. Había más de cinco mil millones de espaciales repartidos por más de cincuenta mundos, todos orgullosos de su nombre.

Sin embargo, ¿cuántos de los que se decían espaciales eran realmente viajeros del espacio? Muy pocos. Quizás un ochenta por ciento no habían salido nunca de su mundo natal. Y del restante veinte por ciento, muy pocos habían cruzado el espacio más de dos o tres veces.

En realidad ella no era una espacial en el sentido literal de la palabra, pensaba con melancolía. Una vez (¡una vez!) había viajado a través del espacio, y fue, siete años atrás, de Solaria a Aurora. Ahora entraba por segunda vez en el espacio a bordo de un pequeño yate privado para un corto trayecto, más allá de la atmósfera, sólo unos cien mil kilómetros, con otra persona…, ni siquiera con otra persona como acompañante.

Miró otra vez a Daneel ocupado en la pequeña cabina de pilotaje.

Sólo podía verle una parte desde donde estaba sentado ante los controles.

Jamás había ido a ningún lado sólo con un robot a mano. Siempre había dispuesto de cientos, de miles a su alrededor, en Solaria. En Aurora disponía de docenas, de centenares…

Aquí no había más que uno.

—¡Daneel! —llamó.

—Sí señora —respondió sin dejar de atender los controles.

—¿Te complace volver a ver a Elijah Baley?

—No estoy seguro, señora, de cómo describir mejor mi estado interior. Pero muy bien puede ser análogo a lo que los humanos describirían como complacido.

—Pero debes sentir algo.

—Siento como si pudiera tomar decisiones más de prisa de lo que lo hago habitualmente; mis respuestas o reacciones me llegan con más facilidad; mis movimientos parecen requerir menos energía. En términos generales yo lo interpretaría como una sensación de bienestar. Por lo menos he oído emplear esta palabra a los seres humanos y creo que sirve para describir algo análogo a las sensaciones que yo experimento ahora.

—Pero ¿y si te dijera que quiero verlo a solas?

—Entonces habría que arreglarlo.

—¿Aunque eso significara que no vas a verlo?

—Sí, señora.

—¿Y no te sentirías decepcionado? Quiero decir, ¿no tendrías la sensación de que esto era lo contrario al bienestar? ¿Tus decisiones llegarían menos rápidamente, tus respuestas con menor facilidad, tus movimientos requerirían más energía y así sucesivamente?

—No, señora; porque experimentaría una sensación de bienestar al obedecer sus órdenes.

—Tu sensación de bienestar atañe a la tercera ley, y obedecer mis órdenes a la segunda ley, y la segunda ley es preferente, ¿verdad?

—Sí, señora.

Gladia volvió a luchar contra su curiosidad. Jamás se le hubiera ocurrido interrogar de aquel modo a un robot ordinario. Un robot es una máquina, pero no podía pensar en Daneel como en una máquina, como cinco años antes había sido incapaz de considerar a Jander como a una máquina. Pero con Jander había surgido la pasión ardiente y ésta se había acabado con el propio Jander. Pese a su similitud con aquél, Daneel no podía hacer que las cenizas volvieran a encenderse. Con él cabía solamente la curiosidad intelectual.

—¿No te molesta, Daneel, sentirte tan sujeto por las leyes?

—No puedo imaginar otra cosa, señora.

—Toda mi vida me he sentido sujeta por el tirón de la gravedad, incluso en mi anterior viaje en una nave espacial, pero puedo imaginarme libre de ella. Y aquí estoy, en efecto, sin gravedad.

—¿Y le gusta, señora?

—En cierto modo, sí.

—¿Le produce incomodidad?

—En cierto modo, también.

—A veces, señora, cuando pienso que los seres humanos no están sometidos a las leyes, me siento incómodo.

—¿Por qué, Daneel? ¿Has tratado alguna vez de razonar y preguntarte por qué con la falta de ley te sientes incómodo?

Daneel tardó un instante en contestar.

—Sí, señora, pero no creo que me preocuparan estas cosas de no ser por mi breve asociación con el colega Elijah. Tenía una forma de…

—Sí, lo sé. Le interesaba todo. Tenía tal inquietud que le llevaba a preguntar en todo momento y en todas direcciones.

—Así parecía. Y yo intentaba ser como él y preguntar. Así que me pregunté qué podía ser no depender de la ley y encontré que no podía imaginar lo que sería, excepto que podía ser como un humano y esto me inquietó. Y me pregunté, como me ha preguntado usted, por qué me inquietaba.

—¿Y qué te contestaste?

—Pasado mucho tiempo, decidí que las tres leyes gobiernan el modo como se comportan mis circuitos positrónicos. En todo momento, bajo todos los estímulos, las leyes marcan la dirección e intensidad de la corriente positrónica a lo largo de esos circuitos, de modo que sé siempre lo que debo hacer. No obstante, el nivel de conocimiento no es siempre el mismo. Hay veces en que el hacer-lo-que-debo está menos coaccionado que otras. Siempre he notado que cuanto más bajo es un positronomotivo potencial, tanto más lejana es la certeza de decisión respecto de la acción a emprender. Y cuanto más lejos estoy de la certeza, más cerca estoy del malestar.

»Decidir un acto en un milisegundo antes que en un nanosegundo produce una sensación que no desearía que se prolongara. Así, pues, me

digo, ¿qué pasaría si careciera totalmente de leyes como los humanos? ¿Qué pasaría si no pudiera tomar una decisión clara sobre de qué modo reaccionar ante un determinado conjunto de condiciones? No lo podría soportar y no pienso voluntariamente en ello.

—Pero lo haces, Daneel —observó Gladia—. Lo estás pensando ahora.

—Sólo debido a mi asociación con Elijah. Le observé en momentos en que él se sentía incapaz de tomar una decisión dada la desconcertante naturaleza de los problemas que se le planteaban. Se hallaba claramente en un estado de ansiedad, ansiedad que yo también sentía porque no sabía cómo ayudarle para hacerle más llevadera la situación. Es posible que yo solamente captara una pequeña parte de lo que él sentía entonces. Si hubiera captado mucho más, y comprendido mejor las consecuencias de su incapacidad para tomar una decisión, podría haber podido… —Titubeó.

—¿Dejar de funcionar? ¿Ser desactivado? —concluyó Gladia, pensando breve y dolorosamente en Jander.

—Sí señora. Mi falla en comprender puede ser un dispositivo protector contra lesiones a mi cerebro positrónico. Pero me fijé en que por dolorosa que Elijah Baley encontrara su indecisión, continuó esforzándose en resolver su problema. Y yo le admiré profundamente por eso.

—Entonces eres capaz de sentir admiración, ¿verdad?

Daneel contestó solemnemente:

—Utilizo la palabra como he oído utilizarla a los seres humanos. Desconozco la palabra adecuada para expresar la impresión que causaron en mí esos actos de Elijah Baley.

Gladia asintió, luego dijo:

—Sin embargo, hay reglas que gobiernan las reacciones humanas también; ciertos instintos, impulsos, enseñanzas.

—Así piensa también el amigo Giskard, señora.

—Vaya.

—Pero lo encuentra demasiado complicado para analizarlo. Se pregunta si algún día se desarrollará un sistema para analizar matemáticamente el comportamiento humano, y de ello derivar leyes concluyentes que expresarían las reglas de ese comportamiento.

—Lo dudo —dijo Gladia.

—Tampoco está muy convencido mi amigo Giskard. Piensa que pasará mucho tiempo hasta que se desarrolle este sistema.

—Muchísimo tiempo, diría yo.

—Y ahora —anunció Daneel— nos acercamos ya a la nave de la Tierra y debemos realizar el atraque, que no es fácil.

5b

A Gladia le pareció que tardaban más tiempo en atracar que en entrar en la órbita de la nave de la Tierra.

Daneel no perdió la calma en ningún momento, pero tampoco podía hacer otra cosa…, y le aseguró que todas las naves humanas podían ensamblarse sin tener en cuenta las diferencias de tamaño y modelo.

—Como los seres humanos —comentó Gladia con una sonrisa forzada, pero Daneel no dijo nada. Se concentró en los delicados ajustes que tenían que hacerse. El ensamblaje era siempre posible, pero no siempre fácil, al parecer.

Gladia se sintió cada vez más inquieta. Los hombres de la Tierra tenían una vida corta y envejecían rápidamente. Habían pasado cinco años desde que viera a Elijah. ¿Cuánto habría envejecido en este tiempo?

¿Qué aspecto tendría? ¿Sería capaz de no demostrar sorpresa u horror ante su cambio?

Fuera cual fuese su aspecto, seguiría siendo el Elijah hacia el que su gratitud no tenía límites.

¿Era eso? ¿Gratitud?

Notó que sus manos estaban tan apretadas que los brazos le dolían. Solamente con un gran esfuerzo consiguió relajarse.

Supo el momento en que terminó el ensamblaje. La nave de la Tierra era lo bastante grande como para poseer un generador de seudo gravedad, y en el momento del atraque el campo de gravitación se amplió para incluir al pequeño yate. Percibió un ligero efecto de rotación cuando la dirección hacia el suelo se transformó en «abajo» y Gladia sintió una angustiosa caída

de varios centímetros. Por el impacto se le doblaron las rodillas y cayó contra la pared.

Se enderezó con cierta dificultad y le dio rabia no haberse anticipado al cambio y estar preparada para ello.

Daneel anunció innecesariamente:

—Hemos atracado, señora. El compañero Elijah pide permiso para subir a bordo.

—No faltaba más, Daneel.

Se oyó un chirrido y una parte de la pared se dilató. Una figura agachada pasó a través de ella y la pared volvió a contraerse tras él.

La figura se enderezó y Gladia musitó:

—¡Elijah! —Y se sintió inundada de alegría y alivio. Le pareció que tenía el cabello más canoso, pero seguía siendo el mismo Elijah. No había otro cambio visible, ningún envejecimiento aparente.

La miró sonriente por un momento, pareció devorarla con los ojos.

Luego levantó un dedo, como diciéndole «¡Espera!» y anduvo hacia Daneel.

—¡Daneel! —Tomó al robot por los hombros y lo sacudió—. No has cambiado nada. ¡Josafat! Eres la constante de nuestras vidas.

—Colega Elijah, ¡me alegro de volver a verte!

—Y yo de oírme llamar colega otra vez. ¡Ojalá lo siguieras siendo! Ésta es la quinta vez que te veo, pero es la primera que no tengo ningún problema que resolver. Ni siquiera soy ya un funcionario. He dimitido y ahora soy un emigrante a uno de los nuevos mundos. Dime, Daneel, ¿por qué no viniste con el doctor Fastolfe, cuando visitó la Tierra hace tres años?

—Por decisión del propio doctor Fastolfe. Creyó mejor llevar a Giskard.

—Me sentí decepcionado, Daneel.

—Me hubiera gustado mucho verte, colega Elijah, pero el doctor Fastolfe me contó después que el viaje había sido sumamente afortunado, así que quizá su decisión fue la apropiada.

—Sí, tuvo mucho éxito, Daneel. Antes de la visita, el gobierno de la Tierra se mostraba reacio a cooperar en el proceso de colonización, pero ahora todo el planeta se agita y late y millones de personas están deseando marcharse. No tenemos naves para acomodarlos a todos, ni siquiera con la

ayuda de Aurora, y no tenemos mundos donde recibirles, porque cada mundo debe ser adaptado. En el mundo donde voy yo, su oxígeno libre está muy bajo, vamos a tener que vivir en ciudades protegidas por cúpulas durante generaciones, mientras la vegetación del tipo de la Tierra se vaya extendiendo por todo el planeta. —Sus ojos no dejaban de volverse hacia Gladia que esperaba, sentada, sonriéndole.

—Era de esperar —dijo Daneel—. Por lo que me he enterado de la historia humana, también los mundos espaciales pasaron por un proceso de terraformación.

—¡Ya lo creo! Y gracias a esa experiencia, ahora podemos llevar a cabo el proceso más rápidamente. Pero me gustaría que te quedaras en la cabina de pilotaje por un momento, Daneel. Tengo que hablar con Gladia.

Daneel pasó bajo el arco de la puerta que conducía a la cabina y Baley miró a Gladia inquisitivamente indicando hacia un lado con la mano.

Comprendiéndole, se acercó a tocar el contacto que hacía correr silenciosamente el panel que cerraba la puerta. Se habían quedado solos.

Baley alargó las manos:

—¡Gladia!

Ella las tomó entre las suyas sin darse cuenta siquiera de que no llevaba guantes y comentó:

—De haberse quedado Daneel no nos habría molestado.

—Físicamente no, pero sí psicológicamente. —Baley sonrió con tristeza y añadió—: Perdóname Gladia, pero tenía que hablar primero con Daneel.

—Le conociste antes que a mí —murmuró con dulzura—. Tiene preferencia.

—No la tiene, pero no tiene defensas. Si tú estás molesta conmigo, Gladia, puedes pegarme si lo deseas. Daneel no puede. Yo puedo ignorarle, echarle, tratarle como si fuera un robot, y se vería obligado a obedecer y seguir siendo el mismo compañero leal y sin quejarse.

—El caso es que es un robot, Elijah.

—Pero para mí, jamás, Gladia. Mi mente sabe que es un robot y que no tiene sentimientos al estilo humano, pero mi corazón le considera humano y debo tratarle como tal. Quise pedirle al doctor Fastolfe que me permitiera

llevármelo conmigo, pero en los nuevos mundos de colonos, los robots no están permitidos.

—¿Has soñado alguna vez llevarme contigo, Elijah?

—Los espaciales, tampoco.

—Me parece que ustedes los de la Tierra son tan exageradamente exclusivistas como nosotros los espaciales.

—Es una locura por ambos lados. Pero incluso si fuéramos sensatos, tampoco te llevaría. No podrías soportar aquella vida y yo nunca tendría la seguridad de que tus dispositivos de inmunidad funcionaran debidamente. Tendría miedo de que murieras rápidamente de cualquier pequeña infección o de que vivieras demasiado y vieras morir a nuestras generaciones. Perdóname, Gladia.

—¿Por qué, querido Elijah?

—Por… esto. —Alargó las manos, palmas arriba, a ambos lados—. Por pedir verte.

—Me alegra que lo hayas hecho. Yo también quería verte.

—Lo sé. Traté de no hacerlo, pero la idea de estar en el espacio y no detenerme en Aurora me destrozaba. Y como ves, Gladia, no nos sirve de nada. Significa solamente otra despedida que también me destrozará. Por eso es por lo que no te he escrito; por lo que no he tratado nunca de alcanzarte por hiperonda. Te lo habrás preguntado mil veces.

—Realmente, no. Coincido contigo en que no podía ser. Lo habría hecho todo mucho más difícil. Sin embargo, te escribí muchas veces.

—¿De veras? Pues no recibí ninguna carta.

—Nunca las eché al correo. Después de escribirlas, las destruía.

—Pero ¿por qué?

—Porque, Elijah, ninguna carta particular puede enviarse a la Tierra desde Aurora sin pasar por las manos del censor y yo no te escribí ninguna carta que pudiera ver el censor. Si tú me hubieras escrito, te aseguro que ninguna hubiera llegado a mis manos por inocente que fuera. Pensé que ésta era la razón de no recibir yo ninguna carta tuya. Ahora que me entero de que desconocías la situación me alegra extraordinariamente saber que no fuiste lo bastante loco como para querer seguir en contacto conmigo. No habrías podido comprender que nunca contestara.

—¿Y cómo he podido verte ahora? —preguntó Baley.

—Te aseguro que no ha sido legalmente. He utilizado la nave privada del doctor Fastolfe, para poder cruzar la frontera sin que los guardias me pidieran explicaciones. Si esta nave no fuese la del doctor Fastolfe, me habrían detenido y devuelto. Yo supuse que así lo entenderías y que por ello te pusiste en contacto con Han, sin intentar localizarme directamente.

—No entendí nada. Estoy aquí, sentado, y maravillado de la doble ignorancia que me ha mantenido a salvo. Triple ignorancia, porque por no saber, no sabía ni la adecuada combinación de hiperonda que me hubiera comunicado contigo y no me vi con ánimos de enfrentarme a la dificultad de encontrar tu combinación en la Tierra. No hubiera podido conseguirlo particularmente y ya había habido suficientes comentarios sobre nosotros en toda la Galaxia, gracias a ese idiota drama de hiperonda que dieron por las subondas, después de Solaria. De no haber sido por eso, te aseguro que lo hubiera intentado. No obstante, tenía la combinación del doctor Fastolfe, y una vez que me encontré en órbita alrededor de Aurora, me puse inmediatamente en contacto con él.

—En todo caso, aquí estamos.

Gladia se sentó sobre la litera y le tendió las manos. Baley las tomó y trató de sentarse en un escabel, pero ella le atrajo insistentemente hacia la litera y le hizo sentarse a su lado.

—¿Cómo va todo, Gladia? —le preguntó, turbado.

—Muy bien. ¿Y a ti, Elijah?

—Me estoy haciendo viejo. Hace tres semanas cumplí cincuenta años.

—Cincuenta no es… —Se calló en seco.

—Para uno de la Tierra sí es ser viejo. Tenemos la vida corta, ya lo sabes.

—Incluso para uno de la Tierra, cincuenta no es ser viejo. No has cambiado.

—Eres muy amable, pero puedo decirte dónde se han multiplicado los crujidos. Gladia…

—¿Sí, Elijah?

—Tengo que hacerte una pregunta. Tú y Santirix Gremionis.

Gladia asintió sonriendo:

—Es mi marido. Seguí tu consejo.

—¿Y ha resultado bien?

—Bastante bien. La vida es agradable.

—Me alegro. Espero que dure.

—Nada dura siglos, Elijah, pero podría durar años; tal vez incluso décadas.

—¿Tienes hijos?

—Todavía no. ¿Y tu familia, tu hijo, tu mujer?

—Bentley marchó a las Colonias hace dos años. En realidad voy a reunirme con él. Es un personaje muy importante en el mundo a donde me dirijo. Sólo tiene veinticuatro años y ya se le tiene en cuenta. —Los ojos de Baley brillaron—. Creo que tendré que dirigirme a él llamándole Señoría. Por lo menos en público.

—Estupendo. Y la señora Baley, ¿va contigo?

—¿Jessie? No. No quiere abandonar la Tierra. Le expliqué que viviríamos bajo cúpulas una larga temporada, así que no le resultaría tan distinto de la Tierra. Más primitivo, claro. Puede que con el tiempo cambie de opinión. Se lo organizaré tan cómodamente como pueda y una vez instalado, pediré a Bentley que vaya y la recoja. Para entonces puede que se sienta tan sola que esté dispuesta a venir. Ya veremos.

—Pero, entretanto, estás solo.

—Hay más de cien emigrantes a bordo de esta nave, así que no me siento tan solo.

—Están del otro lado del punto de atraque, y yo también estoy sola.

Baley echó una mirada breve e involuntaria hacia la cabina de mando y Gladia se corrigió:

—Excepto Daneel, claro, al otro lado de la puerta y que es un robot, por mucho que lo consideres una persona. Y, bueno, no habrás querido verme sólo para que podamos preguntarnos por nuestras familias.

La expresión de Baley fue grave, casi angustiada:

—Yo no puedo pedirte…

—Entonces te lo pido yo. Esta litera no está diseñada para una actividad sexual, pero deberás arriesgarte a la posibilidad de caer al suelo, creo.

Baley vaciló:

—Gladia, no puedo negarte que…

—Oh, Elijah, no te embarques en una disertación infinita para tranquilizar tu moral terrícola. Me ofrezco a ti de acuerdo con la costumbre aurorana. Tienes derecho a rechazarme y no tengo derecho a cuestionar la negativa… pero la cuestionaría con todas mis fuerzas. He decidido que el derecho a rehusar pertenece sólo a los auroranos. No lo aceptaré de un hombre de la Tierra.

Baley suspiró:

—Ya no pertenezco a la Tierra, Gladia.

—Pues todavía puedo aceptarlo menos de un miserable inmigrante destinado a un planeta bárbaro en el que tendrá que vivir agachado bajo una cúpula… ¡Elijah, hemos tenido tan poco tiempo!, y, ahora mismo, ¡tenemos tan poco! Puede que no vuelva a verte. Este encuentro es tan absolutamente inesperado que sería un crimen cósmico desperdiciarlo.

—Gladia, ¿de verdad quieres a un viejo?

—Elijah, ¿de verdad quieres que te lo suplique?

—Es que estoy avergonzado.

—Entonces, cierra los ojos.

—Quiero decir de mi persona…, de mi cuerpo decrépito.

—Entonces, sufre. La estúpida opinión que tienes de ti mismo no tiene nada que ver conmigo. —Y se echó en sus brazos mientras su túnica se desprendía.

5c

Gladia percibió muchas cosas, todas simultáneamente.

Se dio cuenta de la maravilla de la constancia, porque Elijah era tal como lo recordaba. Los cinco años transcurridos no habían cambiado nada. No había vivido al calor de un recuerdo exageradamente idealizado. Seguía siendo Elijah.

Se dio cuenta también del desconcierto de sus diferencias. Su sentimiento intensificó el convencimiento de que Santirix Gremionis, sin una sola falla que pudiera definir, era todo él una falla. Santirix era

afectuoso, dulce, racional, razonablemente inteligente… y gris. Por qué era gris, no sabría decirlo, pero nada de lo que hiciera, o dijera podía excitarla como lo lograba Baley, incluso cuando no hacía ni decía nada. Baley era más viejo en años, más viejo fisiológicamente, no tan bello como Santirix, y, lo que era más grave, Baley llevaba consigo un aire indefinible de decadencia, un aura de envejecimiento y vida breve propio de los de la Tierra.

No obstante…

Se dio cuenta de la insensatez de los hombres, de Elijah acercándosele indeciso, con una total ignorancia del efecto que le causaba.

Se dio cuenta de su ausencia, porque había ido a hablar con Daneel que iba a ser el último como había sido el primero. Los de la Tierra temían y odiaban a los robots y, no obstante, Elijah, sabiendo de sobra que Daneel era un robot, le trataba como a una persona. Por el contrario, los espaciales que querían a sus robots y no se encontraban nunca cómodos en su ausencia, nunca les considerarían más que como máquinas.

Y más que nada, se daba cuenta del tiempo. Sabía que habían transcurrido exactamente tres horas y veinticinco minutos desde que Elijah entrara en la pequeña nave de Han Fastolfe y sabía, además, que no podía permitir que transcurriera más tiempo.

Cuanto más permaneciera fuera de la superficie de Aurora y más siguiera la nave de Baley en órbita, más probable sería que alguien se diera cuenta o, si ya lo habían observado, como parecía casi seguro, más lógico sería que alguien sintiera curiosidad, y empezara a investigar. En este caso, Fastolfe se vería envuelto en un molesto embrollo.

Baley salió de la cabina y miró a Gladia con tristeza:

—Gladia, ya tengo que irme.

—Lo sé bien.

—Daneel cuidará de ti —le dijo—. Será tu amigo, tu protector y tú debes ser una amiga para él en recuerdo mío. Pero es a Giskard a quien quiero que hagas caso. Deja que sea tu consejero.

Gladia frunció en entrecejo:

—¿Por qué Giskard? No estoy segura de que me guste.

—No te pido que te guste. Te pido que «confíes» en él.

—Pero ¿por qué Elijah?

—No puedo decírtelo. También en esto debes confiar en mí.

Se miraron y no dijeron más. Era como si el silencio detuviera el tiempo, les permitiera agarrarse a los segundos que les quedaban y les mantuviera inmóviles.

Pero no podía durar más. Baley dijo:

—¿No te arrepientes?

—¿Cómo puedo arrepentirme —musitó Gladia— siendo posible que no vuelva a verte más?

Baley hizo como si fuera a contestarle, pero ella apoyó su pequeño puño contra la boca.

—No mientas innecesariamente. Puede que no vuelva a verte más.

Y nunca más volvió a verle.

6

Con verdadero pesar se sintió arrastrada a través de aquellos años desérticos y muertos y volver una vez más al presente.

«Nunca más —pensó—. Nunca».

Se había escudado contra el recuerdo agridulce durante tanto tiempo, que ahora se sentía hundida en él otra vez, pero era un recuerdo más amargo que dulce porque había visto a esta persona, Mandamus, porque Giskard se lo había pedido y porque tenía la obligación de confiar en Giskard. Era su último ruego.

Se concentró en el presente. (¿Cuánto tiempo había transcurrido?).

Mandamus la observaba fríamente. Dijo:

—Por su reacción, Gladia, deduzco que es verdad. No podía habérmelo dicho más claramente.

—¿Qué es lo que es verdad? ¿De qué me está hablando?

—Que vio al terrícola Elijah Baley cinco años después de su visita a Aurora. Su nave estaba en órbita y usted viajó para verle y estar con él, en la época en que concibió a su hijo.

—¿Qué pruebas tiene de ello?

—Señora, no fue un verdadero secreto. La nave de la Tierra fue detectada en su órbita. La nave de Fastolfe fue detectada en su vuelo. Se la vio atracar. No era Fastolfe el que viajaba a bordo de la nave, así que se presumió que era usted. La influencia del doctor Fastolfe fue suficiente para que no quedara constancia.

—Si no quedó constancia, no hay pruebas.

—No obstante, el doctor Amadiro ha dedicado los dos tercios de su vida a seguir los movimientos del doctor Fastolfe con ojos de odio. Hubo siempre funcionarios que estaban en cuerpo y alma de acuerdo con la política del doctor Amadiro de reservar la Galaxia para los espaciales y ellos le informaban calladamente de todo lo que él deseaba saber. El doctor Amadiro se enteró de su escapada casi tan pronto como ocurrió.

—Sigue sin ser ninguna prueba. La palabra, sin respaldo de un funcionario en busca de favores, no cuenta. Amadiro tampoco hizo nada porque incluso él sabía que no tenía pruebas.

—Ninguna prueba con la que poder acusar a alguien de adulterio; ninguna prueba para poder causar problemas a Fastolfe; pero suficiente evidencia para sospechar que yo soy descendiente de Baley y por lo tanto destrozar mi carrera.

—Deje de estar preocupado —dijo Gladia con amargura—. Mi hijo es el hijo de Santirix Gremionis, un verdadero aurorano, y es de ese hijo de Gremionis del que usted desciende.

—Convénzame de ello, señora. No pido más. Convénzame de que se trasladó a esa órbita y que pasó horas a solas con el de la Tierra y que, en todo ese tiempo, hablaron…, tal vez, de política…, que discutieron de tiempos pasados y viejos amigos, que se contaron chistes, que no se tocaron jamás. Convénzame.

—Lo que hicimos no importa, así que ahórreme su sarcasmo. En la época en que le vi, ya estaba embarazada de mi entonces marido. Llevaba un feto de tres meses, un feto aurorano.

—¿Cómo puede probarlo?

—¿Por qué tendría que probarlo? La fecha del nacimiento de mi hijo está registrada y Amadiro debe saber la fecha de mi visita al terrícola.

—Se le comunicó en su momento, como le he dicho, pero veinte décadas han transcurrido y no la recuerda con exactitud. La visita no es material de registro y no puede buscar confirmación. Me temo que el doctor Amadiro preferiría creer que fue nueve meses antes del nacimiento de su hijo cuando se vio usted con el terrícola.

—Seis meses.

—Demuéstrelo.

—Le doy mi palabra.

—Es inteligente.

—Bien, pues… Daneel, tú estabas conmigo. ¿Cuándo visité a Elijah Baley?

—Gladia, fue ciento setenta y tres días antes del nacimiento de su hijo.

—Lo que es, más o menos, seis meses antes —observó Gladia.

—Es insuficiente —repitió Mandamus.

Gladia levantó la barbilla, agresiva:

—La memoria de Daneel es perfecta, como puede demostrarse fácilmente, y la declaración de un robot se acepta como evidencia en los tribunales de Aurora.

—Esto no es un caso para los tribunales, ni lo será, y la memoria de Daneel no cuenta para el doctor Amadiro. Daneel fue construido por Fastolfe y conservado por Fastolfe durante casi dos siglos. No podemos saber qué modificaciones fueron introducidas o en qué forma fue instruido para tratar los asuntos relacionados con el doctor Amadiro.

—Entonces, razone, hombre. Los terrícolas son diferentes genéticamente de nosotros. Virtualmente somos especies distintas. No podemos interfecundarnos.

—No ha sido probado.

—Bien, pues existen datos genéticos. Los de Darrel. Los de Santirix. Compárelos. Si mi ex marido no fuera su padre, las diferencias genéticas le harían inconfundible.

—Los datos genéticos no están a disposición de todo el mundo. Lo sabe de sobra.

—Amadiro no es tan esclavo de consideraciones éticas. Tiene influencia para verlos ilegalmente… ¿O teme que contradigan su hipótesis?

—Sea cual fuere su motivo, señora, no traicionará jamás el derecho de un aurorano a la intimidad.

—Pues váyase al espacio y ahóguese en el vacío —dijo Gladia—. Si su Amadiro se niega a convencerse, ya no es asunto mío. Usted, por lo menos, debería convencerse y su trabajo consiste en convencer a Amadiro. Si no puede hacerlo y su carrera no progresa como usted desearía, por favor, tenga la seguridad de que es enteramente cosa suya y no mía.

—No me sorprende. No esperaba más. En cuanto a este asunto estoy convencido. Yo sencillamente esperaba que pudiera darme usted algo tangible para convencer al doctor Amadiro. No lo ha hecho.

Gladia se encogió de hombros, despectiva.

—Utilizaré otros métodos —dijo Mandamus.

—Me alegra que los tenga.

Mandamus añadió en voz baja, como sin darse cuenta de que no estaba solo.

—Yo también. Todavía me quedan métodos más poderosos.

—Estupendo. Le sugiero que trate de chantajear a Amadiro. Debe de tener mucho con qué chantajearle.

—No sea loca.

—Puede marcharse ahora mismo. Creo que he soportado de usted todo lo que deseo soportar. ¡Fuera de mi casa!

Mandamus alzó los brazos.

—Espere. Le dije al principio que había dos razones para visitarla: una personal y otra estatal. He dedicado demasiado tiempo a la primera, debo rogarle cinco minutos para discutir la segunda.

—No le voy a conceder más de cinco minutos.

—Hay alguien más que desea verla. Un terrícola o, por lo menos, un miembro de uno de los mundos colonizados, un descendiente de la Tierra.

—Dígale que ni los terrícolas ni sus descendientes colonos están autorizados en Aurora, y despídale. ¿Qué tengo yo que ver con él?

—Desgraciadamente, señora, en los últimos siglos el equilibrio de poder ha variado algo. Los terrícolas tienen más mundos que nosotros, y siempre han dispuesto de mayor población. Poseen más naves aunque éstas no sean

tan avanzadas como las nuestras y debido a su escasa longevidad y a su fecundidad, están aparentemente más dispuestos a morir que nosotros.

—Lo último no lo creo.

—¿Por qué no? —sonrió Mandamus—. Ocho décadas significan menos que cuarenta. En todo caso, debemos tratarlos correctamente, mucho mejor que en tiempos de Elijah Baley. Si le sirve de consuelo, es la política de Fastolfe la que creó esta situación.

—A propósito, ¿por boca de quién habla? ¿Es Amadiro el que ahora se ve obligado a ser correcto con los colonos?

—No, en realidad es el Consejo.

—¿Y viene en nombre del Consejo?

—No oficialmente, pero me han pedido que la informe…, no oficialmente, de esta petición.

—Y si veo a ese colono, ¿para qué? ¿Para qué quiere verme?

—Esto es lo que no sabemos, señora. Contamos con que usted nos lo diga. Usted tiene que recibirle, averiguar qué quiere, e informarnos.

—¿Quién es «nos»?

—El Consejo, como le he dicho. El colono llegará aquí, a su casa, esta noche.

—Parece asumir que no tengo elección y que debo aceptar la posición de informadora.

Mandamus se levantó. Claramente había terminado su misión.

—No va a ser una «informadora». No debe nada a ese colono. Simplemente informará a su gobierno, como leal ciudadana de Aurora, dispuesta e, incluso, ansiosa de poder hacerlo. No querrá que el Consejo suponga que su nacimiento solariano ha mermado de algún modo su patriotismo.

—Señor, he sido ciudadana de Aurora por más de cuatro veces su edad.

—Indudablemente, pero nació y creció en Solaria. Es usted una peculiar anomalía, una aurorana nacida en el extranjero, y esto es difícil de olvidar. Y resulta especialmente cierto, pues el colono desea verle más que a otra persona de Aurora, precisamente por haber nacido en Solaria.

—¿Y cómo lo sabe usted?

—Es fácil de suponer. La identifica como a «la mujer solariana». Nosotros sentimos curiosidad por saber qué significa eso para él…, ahora que Solaria no existe.

—Pregúnteselo.

—Preferimos preguntárselo a usted después de que usted se lo pregunte a él. Debo pedirle permiso para retirarme ahora y darle las gracias por su hospitalidad.

Mandamus se dirigió hacia la entrada que conducía a la puerta principal, seguido de cerca por sus robots.

Se detuvo antes de abandonar la estancia, se volvió, y dijo:

—Casi se me había olvidado.

—¿El qué?

—El colono que desea verla tiene un apellido que, por curiosa coincidencia, es Baley.

LA CRISIS

7

Con robótica cortesía Daneel y Giskard acompañaron a Mandamus y a sus robots fuera de la propiedad. Aprovechando que estaban fuera, recorrieron los jardines para asegurarse de que los robots inferiores estaban en sus puestos, y tomaron nota de las condiciones climáticas (nublado y un poco más frío de lo que correspondía a la estación).

Daneel dijo:

—El doctor Mandamus ha admitido abiertamente que los mundos de los colonos son ahora más fuertes que los de los espaciales. No esperaba que lo hiciera.

—Ni yo —asintió Giskard—. Estaba seguro de que los colonos aumentarían su poder comparado con el de los espaciales, Elijah Baley lo predijo hace muchas décadas, pero no veía cómo podría determinar cuándo se haría patente para el Consejo aurorano. Me parecía que la inercia social mantendría al Consejo firmemente convencido de la superioridad espacial mucho después de que ésta desapareciera, pero no podía calcular cuánto tiempo seguirían engañándose.

—Me asombra que el colega Elijah lo previera hace tanto tiempo.

—Los seres humanos piensan sobre ellos mismos en una forma que nosotros no podemos. —De haber sido Giskard humano, la observación hubiera podido parecer envidiosa o nostálgica, pero al ser un robot, era simplemente real. Y prosiguió—: He tratado de adquirir más conocimientos, aunque no de la forma de pensar, sino leyendo

detalladamente historia de la humanidad. Estoy seguro de que en el largo recuento de los acontecimientos humanos debe de haber, escondidas, unas leyes para la humanidad equivalentes a las tres leyes de la robótica.

—Gladia me dijo una vez —observó Daneel— que era una esperanza imposible.

—Puede que así sea, amigo Daneel, pero aunque tengo la impresión de que estas leyes de la humanidad deben existir, no puedo encontrarlas. Cada generalización que intento plantear, por más amplia y sencilla que sea, contiene numerosas excepciones. No obstante, si esas leyes existieran y yo pudiera encontrarlas, comprendería mejor a los seres humanos y estaría más seguro de que estoy obedeciendo mejor las tres leyes.

—Si el colega Elijah comprendía a los seres humanos, debía conocer las leyes de la humanidad.

—Presumiblemente, pero las conocía a través de algo que el ser humano llama intuición, una palabra que no comprendo, ilustrando un concepto del que no sé nada. Es de presumir que se encuentra más allá de la razón y yo sólo dispongo de la razón.

7a

Eso y los recuerdos.

Los recuerdos que naturalmente no funcionaban según los sistemas humanos. Carecían de la rememoración imperfecta, de la impresión borrosa, de la adición y sustracción dictadas por anhelos y egoísmos, por no hablar de los deseos, lagunas y retrocesos que transforman el recuerdo en horas interminables de soñar despierto.

Se trataba de la memoria robótica marcando los acontecimientos exactamente como habían ocurrido, pero de un modo ampliamente acelerado. Lo segundos se funden en nanosegundos, de modo que los días se reviven con tan rápida precisión que no cabe un hueco perceptible en la conversación.

Como había hecho innumerables veces anteriormente, Giskard revivió su visita a la Tierra, buscando comprender la capacidad de prever el futuro

de Elijah Baley, sin encontrarla nunca.

¡Tierra!

Fastolfe llegó a la Tierra en una nave aurorana, con un cargamento completo de compañeros de viaje, tanto humanos como robots. Sin embargo, una vez en órbita, solamente Fastolfe condujo el módulo al aterrizaje. Le habían puesto inyecciones para estimular su mecanismo de inmunización y llevaba los necesarios guantes, lentes de contacto y tapones en la nariz. Como consecuencia se sintió perfectamente a salvo, pero ningún otro aurorano estuvo dispuesto a seguirle como parte de una delegación.

Fastolfe no se molestó, le parecía (como más tarde explicó a Giskard) que le recibirían mejor si llegaba solo. Una delegación traería a los terrícolas recuerdos de los malos días (para ellos) de la Ciudad espacial, cuando los espaciales disponían de una base permanente en la Tierra y dominaban directamente el mundo.

Pero se llevó consigo a Giskard. Llegar sin ningún robot era impensable, incluso para Fastolfe; llegar con más de uno hubiera creado un tenso malestar entre los terrícolas antirrobots que deseaba visitar y con los que intentaba negociar.

Para empezar, se entrevistaría con Baley, su enlace con la Tierra y su gente. Ésa era la excusa racional para el encuentro. La verdadera razón era que Fastolfe deseaba intensamente volver a ver a Baley; ciertamente le debía mucho.

(Que Giskard quería ver a Baley, y que para ello tensó ligeramente la emoción y el impulso en el cerebro de Fastolfe para que la visita se llevara a cabo, Fastolfe no pudo saberlo ni siquiera imaginarlo).

Baley esperaba en el momento de aterrizar y con él un pequeño grupo de funcionarios de la Tierra, así que transcurrió un tedioso espacio de tiempo durante el cual tuvo que someterse al protocolo y a las cortesías.

Pasaron horas antes de que Fastolfe y Baley pudieran retirarse. No hubiera ocurrido tan pronto de no ser por la intervención callada e imperceptible de Giskard. Con sólo un pequeño toque en las mentes de los más importantes de los funcionarios que se aburrían visiblemente (siempre resulta más seguro dedicarse a acentuar una emoción ya existente; de este modo, no se puede dañar).

Baley y Fastolfe se sentaron en un pequeño comedor privado que generalmente estaba disponible para altos cargos del gobierno. Podían marcarse los platos en un menú computarizado y les servían unos portadores también computarizados.

Fastolfe, sonriendo, exclamó:

—Muy avanzado, pero estos portadores no son sino robots especializados. Me sorprende que la Tierra los utilice. Por supuesto, no son de manufactura espacial.

—No, no lo son —respondió Baley gravemente—. Son de cosecha propia, por decirlo así. Éstos se utilizan solamente para altos cargos, y es la primera vez que los disfruto. Pero no pienso volver a hacerlo.

—Algún día tendrá un alto cargo y los disfrutará diariamente.

—Jamás —dijo Baley.

Colocaron los platos delante de cada uno; el portador era lo bastante sofisticado como para ignorar a Giskard, que permanecía de pie, impasible, detrás de la silla de Fastolfe.

Por un momento Baley comió en silencio y después comentó.

—Es un placer volver a verle, doctor Fastolfe.

—Ese placer es igualmente mío. No he olvidado que hace dos años, cuando estuvo en Aurora, me libró de la sospecha de destrucción del robot Jander, y la volvió limpiamente sobre mi excesivamente confiado oponente, el buen Amadiro.

—Aún me estremezco cuando lo pienso —dijo Baley—. Y saludos a ti también, Giskard. Confío en que no te hayas olvidado de mí.

—Eso sería del todo imposible, señor —respondió Giskard.

—Bien, doctor, confío en que la situación política de Aurora continúe siendo favorable. Las noticias que tenemos aquí parecen confirmarlo, pero no confío en los análisis de la Tierra sobre los asuntos de Aurora.

—Puede confiar… de momento. Mi partido mantiene un firme control del Consejo. Amadiro hace una oposición sorda, pero sospecho que tardará años, antes de que su gente se recupere del golpe que les propinó usted. Pero ¿cómo están las cosas aquí en la Tierra? ¿Y las de usted?

—Bastante bien. Dígame, doctor Fastolfe. —El rostro de Baley se contrajo ligeramente como turbado—. ¿Ha traído con usted a Daneel?

Fastolfe contestó lentamente:

—Sí, pero he tenido que dejarle a bordo. Pensé que no sería político llegar acompañado por un robot que parece un ser humano. Con lo contraria a los robots que se ha vuelto la Tierra, tuve la impresión de que un robot humanoide parecería una provocación deliberada.

—Le comprendo —suspiró Baley.

—¿Es verdad que su gobierno planea prohibir el empleo de robots en las ciudades? —preguntó Fastolfe.

—Sospecho que no tardará en ocurrir. Habrá un período de gracia, naturalmente, para minimizar los inconvenientes y la pérdida económica. Los robots se reservarán para el campo, donde son necesarios a la agricultura y a la minería. También allí paulatinamente se irán eliminando; el plan contempla que no haya robots en ninguno de los mundos nuevos.

—Ya que menciona los mundos nuevos, ¿ha abandonado ya su hijo la Tierra?

—Sí, hace unos meses. Recibimos noticias suyas. Llegó bien a su nuevo mundo con algunos centenares de colonos, como se llaman a sí mismos. Tiene cierta vegetación natural y una atmósfera baja en oxígeno. Probablemente, con el paso del tiempo se vuelva como la Tierra. Entretanto, se han montado unas cúpulas, se ha hecho un llamamiento para nuevos colonos y todo el mundo está ocupado en terraformarlo. Las cartas de Bentley y algún contacto ocasional por hiperondas son esperanzadores, pero no impiden que su madre le eche mucho de menos.

—¿Y usted irá, Baley?

—No estoy muy seguro de que vivir en un mundo extraño, bajo una cúpula, sea mi idea de la felicidad, doctor Fastolfe. No tengo ni la juventud ni el entusiasmo de Ben, pero pienso que tendré que ir dentro de dos o tres años. En todo caso, ya he advertido al Departamento de mi intención de emigrar.

—Me imagino que esto les preocupará.

—En absoluto. Dicen estar preocupados, pero se alegran de deshacerse de mí. Soy demasiado notorio.

—¿Y cómo reacciona el gobierno de la Tierra ante ese afán de expansión a la Galaxia?

—Nervioso. No lo prohíben del todo, pero ciertamente colaboran poco. Siguen sospechando que los espaciales están en contra y que harán algo desagradable para impedirlo.

—Inercia social —observó Fastolfe—. Nos juzgan de acuerdo con nuestro anterior comportamiento. Obviamente, hemos dejado bien claro que ahora animamos a que la Tierra colonice nuevos planetas y que también nosotros tenemos la intención de hacerlo.

—Espero que pueda explicar eso a nuestro gobierno. Pero, doctor Fastolfe, quiero hacerle otra pregunta sobre un punto de menor importancia. ¿Cómo está…? —Y calló.

—¿Gladia? —dijo Fastolfe disimulando su diversión—. ¿Ha olvidado ya su nombre?

—No, no. Simplemente dudaba en…, en…

—Está bien, y vive bien. Me ha pedido que le transmita sus saludos, imagino que no necesita impulsos para tenerla presente en la memoria.

—Su origen solariano no se le tiene en cuenta, ¿verdad?

—No, ni tampoco su papel en el fracaso del doctor Amadiro. Todo lo contrario. Le aseguro que cuido de ella… Sin embargo, no quiero dejarle que se salga del tema, Baley. ¿Qué ocurrirá si el funcionariado de la Tierra continúa oponiéndose a la inmigración y expansión? ¿Podrá continuar este proceso pese a la oposición?

—Posiblemente —respondió Baley—, pero no se lo aseguro. Entre los hombres de la Tierra hay una sustancial oposición. Es difícil desprenderse, separarse, de las enormes ciudades subterráneas que son nuestros hogares.

—Sus entrañas.

—Nuestras entrañas, si lo prefiere. Ir a mundos nuevos y tener que vivir por espacio de décadas en condiciones primitivas; no volver a conocer la comodidad en lo que nos resta de vida…, ¡es difícil!

»Cuando pienso en ello decido no ir. Me ocurre especialmente si me paso la noche en vela. He decidido no ir cientos de veces y puede que mantenga esta decisión. Si yo lo paso mal cuando, en cierto modo, he sido el que ha originado todo esto, ¿quién es capaz de ir alegre y libremente? Sin los ánimos del gobierno o, para serle brutalmente franco, sin el zapato del

gobierno aplicado al fundillo del pantalón del pueblo, el proyecto puede fracasar.

Fastolfe asintió.

—Intentaré persuadir a su gobierno. Pero ¿y si fracaso?

—Si fracasa —dijo Baley en voz baja— y, por lo tanto, si nuestro pueblo fracasa, sólo queda una alternativa. Los propios espaciales deben colonizar la Galaxia. Debe hacerse el trabajo.

—¿Y se conformaría viendo a los espaciales en plena expansión llenando la Galaxia, mientras los de la Tierra permanecen en su único planeta?

—Nada de eso, pero sería mejor que la actual situación no expansionista por una y otra parte. Hace muchos siglos que los hombres de la Tierra corrieron hacia las estrellas, fundaron algunos de los mundos que ahora se llaman mundos espaciales, y estos primeros colonizaron a otros. Sin embargo, ha transcurrido mucho tiempo desde que los espaciales o los de la Tierra han colonizado con éxito y han desarrollado un nuevo mundo. Esto no puede permitirse que continúe.

—De acuerdo. Pero ¿cuál es la razón por la que desea la expansión, Baley?

—Creo que sin expansión de cualquier tipo la humanidad no puede avanzar. No tiene que ser necesariamente una expansión geográfica, pero ésta es la forma más clara para inducir a otros tipos de expansión. Si la expansión geográfica puede llevarse a cabo de modo que no sea a expensas de otros seres inteligentes, si quedan espacios vacíos a donde ir, ¿por qué no? Resistirse a la expansión en estas circunstancias es asegurar la decadencia.

—Entonces, ¿se da cuenta de estas alternativas? Expansión y avance, no-expansión y decadencia.

—Sí, así lo creo. Por tanto, si la Tierra rechaza la expansión, los espaciales deben aceptarla. La humanidad, ya sean terrícolas o espaciales, tiene que desplegarse. Me gustaría ver a los de la Tierra iniciando la tarea, pero de no ser así, la expansión espacial es mejor que la falta de expansión. Una alternativa o la otra.

—¿Y si uno se expande y el otro no?

—Entonces la sociedad que lo lleve a cabo se hará cada vez más fuerte y la no-expansiva se irá debilitando.

—¿Está seguro de ellos?

—Creo que sería inevitable.

Fastolfe asintió.

—En realidad estoy de acuerdo. Por eso trato de persuadir a espaciales y terrícolas para que se expansionen y avancen. Ésta es una tercera alternativa y, creo, que es la mejor.

7b

Los recuerdos fluctuaron a lo largo de los días siguientes. Masas increíbles de gente moviéndose descuidadamente, unos delante de otros en riadas y retrocesos, autopistas montadas y desmontadas, interminables conferencias con innumerables funcionarios, mentes en multitudes.

Especialmente las mentes en multitudes.

Las mentes en multitudes tan compactas que Giskard no podía aislar a los individuos. Una masa de mentes mezclándose, fundiéndose entre sí en una oscuridad vasta y latente, y con todo lo que podía detectar que no eran más que chispazos periódicos de sospecha y aversión que surgían cada vez que uno de la multitud se detenía para mirarle.

Sólo cuando Fastolfe conferenciaba con ciertos altos cargos, podía Giskard intervenir en la mente individual y esto, por supuesto, resultaba positivo.

La memoria se hizo lenta en un momento dado, ya al final de la estancia en la Tierra, cuando Giskard pudo finalmente maniobrar a solas otra vez con Baley. Giskard alteró mínimamente unas mentes a fin de asegurarse de que no les interrumpirían por algún tiempo.

Baley se excusó, diciendo:

—No es que te haya ignorado, Giskard. Sencillamente no he tenido oportunidad de estar a solas contigo. No cuento demasiado en la Tierra y no me es posible ordenar mis idas y venidas.

—Naturalmente, lo he comprendido así, señor, pero ahora disponemos de algún tiempo para estar juntos.

—Bien. El doctor Fastolfe me dice que Gladia está bien. Puede que me lo diga por pura amabilidad, sabiendo que eso es lo que yo quiero oír. Te ordeno que seas sincero. ¿Está Gladia realmente bien?

—El doctor Fastolfe le ha dicho la verdad, señor.

—Confío en que te acuerdes de mi petición cuando te vi en Aurora, que guardaras a Gladia y la protegieras de todo mal.

—El amigo Daneel y yo, señor, tenemos en cuenta su petición. He arreglado para que cuando el doctor Fastolfe deje de vivir, tanto mi amigo Daneel como yo pasemos a formar parte del personal de Gladia. Entonces estaremos en mejor posición para mantenerla a salvo de cualquier mal.

—Eso —dijo Baley con tristeza— será después de que yo muera.

—Lo comprendo, señor, y lo lamento.

—Sí, pero no puede evitarse y llegará una crisis…, o puede que llegue bastante antes, pero de todos modos será después de mi tiempo.

—¿De qué se trata, señor? ¿En qué piensa? ¿Qué será esa crisis?

—Giskard, es una crisis que puede surgir porque el doctor Fastolfe es una persona sumamente persuasiva. O quizás, hay otro factor asociado a él que está realizando la tarea.

—¿Señor?

—Cada uno de los personajes que el doctor Fastolfe ha visto y entrevistado, parece ahora un entusiasta en favor de la emigración. No lo estaban antes, y si lo estaban, era con enormes reservas. De pronto, los que dirigen la opinión están en favor, y otros están seguros de seguirles. Esto se extenderá como una epidemia.

—¿No es eso lo que desea, señor?

—Sí, lo es, pero quizás es mucho más de lo que yo deseo. Nos extenderemos por la Galaxia… ¿y si los espaciales no lo hacen?

—¿Por qué no iban a hacerlo?

—No lo sé. Lo menciono en plan de suposición, como posibilidad. Si no lo hacen, ¿qué pasará?

—La Tierra y los mundos que colonicen se harán más fuertes.

—Y los espaciales más débiles. Pero habrá un período de tiempo durante el cual los espaciales seguirán siendo más fuertes que la Tierra y sus colonos aunque por un margen cada vez menor. Inevitablemente los espaciales se darán cuenta de que los de la Tierra son un peligro creciente.

»En ese momento los mundos espaciales decidirán que a la Tierra y a sus colonos hay que pararles antes de que sea demasiado tarde, y les parecerá que hay que tomar medidas drásticas. Éste será un período de crisis que determinará el futuro de la historia de los seres humanos.

—Comprendo su punto de vista, señor.

Baley permaneció un momento pensativo y silencioso, luego dijo casi en un murmullo como si temiera que le oyeran:

—¿Quién conoce tus facultades?

—Entre los seres humanos solamente usted, y no puede decírselo a nadie.

—Sé perfectamente que no puedo. El caso es que has sido tú, y no Fastolfe, quien ha conseguido el cambio que ha hecho que cada uno de los que han entrado en contacto contigo se haya decidido por la emigración. Y para conseguir esto es por lo que te has arreglado para que Fastolfe te trajera a la Tierra antes que a Daneel. Tú eras esencial y Daneel hubiera podido ser una distracción.

Giskard explicó:

—Sentí que era necesario mantener el personal al mínimo a fin de hacer que mi tarea fuera menos difícil, evitando las fricciones entre la gente de la Tierra. Siento, señor, la ausencia de Daneel. Me doy cuenta de su gran decepción al no haber podido saludarle.

—Bien. —Baley movió la cabeza—. Comprendo la necesidad y confío que explicarás a Daneel cuánto le he echado de menos. En todo caso, sigo con lo mío. Si la Tierra se embarca en una gran política de colonización del mundo, y si los espaciales se quedan rezagados en la carrera de expansión, la responsabilidad y, por tanto, la crisis que se presentará indefectiblemente, será tuya. Por esta razón, debes también considerar responsabilidad tuya utilizar tus facultades para proteger a la Tierra cuando se presente la crisis.

—Haré todo lo que pueda, señor.

—Y si tuvieras éxito, Amadiro o sus seguidores se volverán contra Gladia. No olvides protegerla.

—Ni Daneel ni yo lo olvidaremos.

—Gracias, Giskard.

Cuando Giskard entró tras de Fastolfe en el módulo para iniciar el viaje a Aurora, volvió a ver a Baley. Esta vez no tuvo oportunidad de hablarle.

Baley agitó la mano y formó una palabra sin sonido; «Recuerda».

Giskard percibió la palabra y, además, la emoción que contenía.

Después de eso, Giskard no volvió a ver a Baley nunca más.

8

Giskard no encontró nunca la posibilidad de repasar las vividas imágenes de aquella visita a la Tierra, sin que apareciera la imagen de la visita clave a Amadiro en el Instituto de Robótica.

Fue una conferencia difícil de arreglar. Amadiro, con el peso de su derrota, no quiso exacerbar su humillación yendo a la vivienda de Fastolfe.

—Bueno —dijo Fastolfe a Giskard—, puedo permitirme ser magnánimo en la victoria. Iré a verle. Además, debo verle.

Fastolfe era miembro del Instituto de Robótica desde que Baley aniquiló a Amadiro y sus ambiciones políticas. A cambio, Fastolfe pasó al Instituto todos los datos para la construcción y mantenimiento de robots humaniformes. Se habían construido cierto número y luego el proyecto se abandonó, lo que irritó a Fastolfe.

En un primer momento, la intención de Fastolfe fue llegar al Instituto sin que le acompañara ningún robot. Era como si se colocara sin protección, y, por decirlo así, desnudo en medio de la que era todavía fortaleza del enemigo. Hubiera sido una muestra de humildad y confianza, pero habría indicado también una completa confianza en sí mismo. Amadiro comprendería que Fastolfe, completamente solo, se aseguraba que él, con todos los recursos del Instituto a su disposición, no se atrevería a tocar a su único enemigo que venía, descuidado e indefenso, a ponerse al alcance de sus puños.

No obstante, sin saber bien cómo, Fastolfe eligió hacerse acompañar de Giskard.

Amadiro parecía haber perdido un poco de peso desde la última vez que Fastolfe le vio, pero seguía siendo un ejemplar formidable, alto y fornido. Le faltaba la sonrisa confiada que en otro tiempo había sido su distintivo. Cuando trató de esbozarla al entrar Fastolfe, pareció más una fea mueca que se disolvió en una mirada de sombrío disgusto.

—Bien, Kelden —exclamó Fastolfe utilizando el nombre familiar de Amadiro—, no nos vemos con frecuencia, a pesar de llevar ahora cuatro años de colegas.

—Dejémonos de falsa cordialidad, Fastolfe —dijo Amadiro con voz rabiosa y claramente fastidiado—, y diríjase a mí como a Amadiro. No somos colegas, excepto de nombre, y no es ningún secreto, ni lo ha sido nunca, mi creencia de que su política exterior es suicida para nosotros.

Tres de los robots de Amadiro, grandes y resplandecientes, se hallaban presentes; Fastolfe los miró enarcando las cejas.

—Está bien protegido, Amadiro, contra un hombre que viene en son de paz con su único robot.

—No le atacarán, Fastolfe, lo sabe muy bien. Pero ¿por qué ha traído a Giskard? ¿Por qué no a Daneel, su obra maestra?

—¿Estaría Daneel a salvo de su alcance, Amadiro?

—Supongo que se trata de una broma. Ya no necesito a Daneel. Construimos nuestros propios humaniformes.

—Sobre la base de mi diseño.

—Mejorado.

—No obstante, no se sirve de los humaniformes. Por eso es por lo que he venido a verle. Sé que mi posición en el Instituto es puramente nominal y que incluso mi presencia no es bien vista, y menos aún mis opiniones y recomendaciones. No obstante, como miembro del Instituto protesto contra la no-utilización de los humaniformes.

—¿Cómo quiere que los utilice?

—La intención era que los humaniformes abrieran nuevos mundos a los que los espaciales pudieran emigrar, eventualmente, después de que esos mundos fueran terraformados y completamente habitables, ¿no es verdad?

—Pero eso fue algo a lo que usted se opuso, Fastolfe, ¿no es cierto?

—Sí, lo hice —dijo Fastolfe—. Quería que los espaciales emigraran a nuevos mundos y que hicieran su propia terraformación. Sin embargo, veo que no ocurre así, ni es fácil que ocurra. Enviemos a los humaniformes. Siempre serán mejores que nada.

—Todas nuestras alternativas acabarán en nada mientras sus puntos de vista dominen el Consejo, Fastolfe. Los espaciales no viajarán a mundos sin vida y en formación; tampoco, al parecer, les gustan los robots humaniformes.

—No ha dado siquiera oportunidad de que gusten a los espaciales. La gente de la Tierra está empezando a colonizar nuevos planetas, incluso los primitivos y en formación. Y lo hacen sin ayuda robótica.

—Conoce perfectamente las diferencias entre los de la Tierra y nosotros. Hay ocho mil millones de terrícolas, y muchos más colonizadores.

—Y hay cinco mil millones y medio de espaciales.

—Los números no son la única diferencia —observó Amadiro con amargura—. Se reproducen como insectos.

—En absoluto. La población de la Tierra ha sido estable durante siglos.

—Pero el potencial está allí. Si se empeñan en llevar a cabo la emigración, pueden producir fácilmente ciento sesenta millones de seres nuevos cada año y este número crecerá a medida que se vayan llenando los nuevos mundos.

—Tenemos la capacidad biológica de producir cien millones de seres nuevos cada año.

—Pero no la capacidad sociológica. Somos longevos; no deseamos ser reemplazados tan rápidamente.

—Podemos mandar una gran parte de cuerpos nuevos a los otros mundos.

—No querrán ir. Valoramos nuestros cuerpos, que son fuertes, sanos y capaces de sobrevivir sanos y robustos por espacio de unas cuarenta décadas. Los terrícolas no dan valor a unos cuerpos que se agotan en menos de diez décadas y que están atosigados por las enfermedades y la degeneración, incluso en un período de tiempo tan breve. No les importa enviar millones al año a una miseria segura y a una muerte probable. En

realidad, incluso las víctimas no necesitan temer a la miseria y a la muerte, porque ¿qué otra cosa tienen en la Tierra? Los terrícolas que emigran huyen de su mundo pestilente convencidos de que cualquier cambio apenas puede ser peor. Nosotros, por el contrario, valoramos nuestros bien trazados y cómodos planetas y no los abandonaríamos a la ligera.

Fastolfe suspiró y dijo:

—He oído estas objeciones tantas veces… Puedo señalar un solo reparo, Amadiro, y es que Aurora fue en su origen un mundo escabroso e informe, que tuvo que ser terraformado hasta ser aceptable, y lo mismo ocurrió con cada mundo espacial.

Amadiro protestó:

—He oído hasta producirme náuseas todos sus argumentos, pero no me cansaré de contestarle. Aurora pudo haber sido primitivo cuando se colonizó, pero Aurora fue colonizado por gente de la Tierra… Los otros mundos espaciales, cuando no fueron colonizados por terrícolas, lo fueron por espaciales que aún no habían olvidado su herencia terrícola. Los tiempos ya no son apropiados para eso. Lo que pudo hacerse entonces, ya no se puede hacer ahora.

Amadiro torció la boca y prosiguió:

—No, Fastolfe, lo que su política ha conseguido ha sido empezar la creación de una Galaxia que será solamente habitada por gente de la Tierra, mientras que los espaciales se secarán y morirán. Puede ver cómo está ocurriendo ahora. Su famoso viaje a la Tierra hace dos años fue el punto de partida. No sé cómo traicionó a su propia gente animando a esos medio humanos a que empiecen una expansión. En sólo dos años hay numerosos terrícolas en cada uno de los veinticuatro mundos, y otros nuevos se van añadiendo incesantemente.

—No exagere —protestó Fastolfe—. Ni uno solo de esos mundos colonizados es apto para la ocupación humana, ni lo será en varias décadas. No todos podrán sobrevivir y, mientras se ocupen los mundos más cercanos, las oportunidades de colonizar mundos más alejados disminuirán, de modo que el ímpetu inicial se irá apagando. Yo animé su expansión porque contaba también con la nuestra. Podemos estar a la par con ellos si hacemos

el mismo esfuerzo y, en sana competencia, podemos llenar juntos la Galaxia.

—No —dijo Amadiro—, su idea es la más destructiva de todas las políticas, un idealismo insensato. La expansión es unilateral y lo seguirá siendo, haga lo que hiciere. La gente de la Tierra invade y se extiende sin trabas y habrá que detenerla antes de que sea demasiado tarde.

—¿Cómo se propone hacerlo? Tenemos un tratado de amistad con la Tierra en el que específicamente nos comprometemos a no detener su expansión en el espacio, siempre y cuando no se toque ningún planeta situado a veinte años luz de un mundo espacial. Lo han cumplido escrupulosamente.

—Todo el mundo sabe lo del tratado. Todo el mundo sabe también que ningún tratado se ha mantenido si se ve que obra en contra de los intereses nacionales del signatario más poderoso. No concedo ningún valor al tratado.

—Yo sí. Y se mantendrá.

Amadiro meneó la cabeza:

—Tiene una fe conmovedora. ¿Cómo podrá mantenerse cuando usted no esté en el poder?

—Me propongo seguir en el poder durante cierto tiempo.

—A medida que la Tierra y sus colonos se hagan más fuertes, los espaciales tendrán miedo y usted no seguirá en el poder después de eso.

—Y si usted rompe el tratado y destruye los mundos de los colonizadores y cierra de golpe las puertas de la Tierra, ¿emigrarán los espaciales y llenarán la Galaxia?

—Puede que no. Pero si decidimos no hacerlo, si decidimos que estamos cómodos así, ¿qué diferencia habrá?

—En ese caso, no será la Galaxia un imperio humano.

—Y entonces, ¿qué?

—Que los espaciales se idiotizarán y degenerarán, incluso si la Tierra se mantiene prisionera y se idiotiza y degenera.

—Esto no es más que la trampa que nos tiende su partido, Fastolfe. No hay la menor evidencia de que esto pueda ocurrir. Y si ocurre, usted lo

habría elegido así. Por lo menos así no veremos a los bárbaros de vida breve pasar a ser los herederos de la Galaxia.

—¿Está usted sugiriendo en serio, Amadiro, que preferiría ver morir a la civilización espacial, con tal de poder evitar la expansión de la Tierra?

—No cuento con nuestra muerte, Fastolfe, pero si ocurre lo peor, pues sí; para mí mi propia muerte es algo que temo menos que el triunfo de unos seres subhumanos, de vida breve y plagados de enfermedades.

—De los que nosotros descendemos.

—Y con los que ya no estamos realmente emparentados genéticamente. ¿Somos acaso gusanos porque un billón de años atrás los gusanos estaban entre nuestros antepasados?

Fastolfe, con los labios apretados, se levantó para marcharse. Amadiro, rabioso, no hizo el menor gesto para detenerle.

9

Daneel no tenía forma de saber directamente que Giskard estaba perdido entre recuerdos. En primer lugar, porque la expresión de Giskard no variaba, y en segundo lugar porque no se perdía en los recuerdos como hacen los humanos. De todos modos no le hacía perder mucho tiempo.

Por el contrario, la misma línea de pensamiento que había obligado a Giskard a pensar en el pasado, hacía a Daneel pensar en los mismos acontecimientos, tal y como se los había contado hacía muchísimo tiempo Giskard. Tampoco éste se sorprendía de ello.

Su conversación seguía sin pausas anormales, pero de una forma marcadamente nueva, como si cada uno pensara en el pasado en beneficio de los dos.

—Podría parecer, amigo Giskard, que puesto que los auroranos reconocen ahora que son más débiles que los de la Tierra y de sus muchos mundos colonizados, la crisis que predijo Elijah Baley ha sido superada.

—Así parece, amigo Daneel.

—Tú trabajaste para que así fuera.

—Sí, lo hice. Mantuve al Consejo en manos de Fastolfe. Hice cuanto pude para moldear a los que, a su vez, moldeaban la opinión pública.

—Sin embargo, estoy inquieto.

—Yo he sentido inquietud a lo largo de las fases del proceso —dijo Giskard— aunque me he esforzado por no dañar a nadie. He tocado mentalmente a aquellos humanos que únicamente necesitaban el más ligero impulso. En la Tierra, sólo tuve que disminuir el miedo a las represalias, y elegí precisamente a aquellos en los que el miedo ya era insignificante.

»Solamente rompí un hilo que probablemente ya estaba gastado y a punto de ceder. En Aurora ocurrió al revés. Los políticos aquí se mostraban reacios a apoyar la política que condujera a una salida de su cómodo mundo, sólo tuve que confirmar la idea y reforzar el firme cordón que los sostenía. Hacer esto me ha sumido en una constante, aunque débil, inquietud.

—¿Por qué? Fomentaste la expansión de la Tierra y desanimaste la expansión de los espaciales, seguro de que es así como debía ser.

—¿Cómo debía ser? ¿Crees amigo Daneel, que un terrícola cuenta más que un espacial, aunque ambos sean seres humanos?

—Hay diferencia. Elijah Baley preferiría ver a sus propios connacionales derrotados, antes que ver la Galaxia deshabitada. El doctor Amadiro, por el contrario, preferiría ver disminuidos tanto a los terrícolas como a los espaciales antes que ver la expansión de la Tierra. El primero mira con esperanza el triunfo de ambos, el segundo se conforma con no ver el triunfo de ninguno. ¿No deberíamos elegir lo primero, amigo Giskard?

—Sí, amigo Daneel. Así parece. Sin embargo, ¿hasta qué extremo están influidos tus sentimientos por el valor especial de tu antiguo colega Elijah Baley?

—Valoro la memoria de mi colega Elijah Baley, y la gente de la Tierra es su gente.

—Ya lo veo. Llevo muchas décadas diciendo que tiendes a pensar como un ser humano, amigo Daneel, pero me pregunto si esto es necesariamente un cumplido. Sin embargo, aunque tiendes a pensar como un ser humano, no eres un ser humano y, pese a todo, estás sujeto por las tres leyes. No

puedes lastimar a un ser humano, tanto si se trata de un terrícola como de un espacial.

—Hay veces, amigo Giskard, que uno debe preferir un ser humano a otro. Hemos recibido órdenes especiales de proteger a Gladia. En alguna ocasión puede que me vea obligado a perjudicar a un ser humano para proteger a Gladia y creo que, en igualdad de condiciones, estaría dispuesto a dañar un poquito a un espacial a fin de proteger a un terrícola.

—Es lo que piensas. Pero, deberías guiarte por circunstancias específicas. Descubrirás que no puedes generalizar —comentó Giskard—. Me ocurre a mí lo mismo. Al animar a la Tierra y desanimar a Aurora, imposibilité al doctor Fastolfe de que persuadiera al gobierno aurorano de patrocinar una política de emigración, y situar dos fuerzas expansivas en la Galaxia. No puedo evitar darme cuenta de que aquellos esfuerzos acabaron en nada. Esto tenía forzosamente que sumirle en la desesperación y quizás aceleró su muerte. Lo he sentido en la mente y me ha resultado doloroso. Y, no obstante, amigo Daneel…

Giskard se calló y Daneel mostró interés:

—¿Sí?

—No haber hecho lo que hice, habría rebajado enormemente la capacidad de expansión de la Tierra, sin por ello mejorar las gestiones de Aurora en ese sentido. El doctor Fastolfe se habría visto frustrado por ambas partes, la Tierra y Aurora, y además le hubieran despedido de su puesto de poder, por causa de Amadiro. Su frustración, en este caso, hubiera sido mayor. Fue al doctor Fastolfe, en vida, al que dediqué, mi mayor lealtad y elegí el tipo de acción que le frustrara menos, sin dañar en exceso a otros individuos con los que tuve que actuar. Si bien el doctor Fastolfe se veía continuamente descorazonado por su falta de habilidad para persuadir a los auroranos, y a los espaciales en general, de pasar a nuevos mundos, fue por lo menos feliz ante la actividad de los terrícolas emigrantes.

—¿Y no pudiste animar tanto a los terrícolas como a los auroranos, y así dar doble satisfacción al doctor Fastolfe?

—Esto también se me ocurrió a mí, amigo Daneel. Estudié tal posibilidad y decidí que no funcionaría. Podía animar a los terrícolas a emigrar mediante un cambio insignificante que no podía hacerles ningún

daño. Haber intentado lo mismo con los auroranos hubiera requerido un cambio tan importante que les causaría mucho daño. La primera ley me lo impedía.

—Una lástima.

—Cierto. Imagina lo que hubiera podido hacerse, de haber alterado radicalmente la actividad mental del doctor Amadiro. No obstante, ¿cómo podía cambiar su idea fija de oponerse al doctor Fastolfe? Habría sido algo así como obligarle a realizar un giro de ciento ochenta grados. Una vuelta tan completa, tanto de la cabeza en sí como de su contenido emocional, podría producirle la muerte, creo, con igual eficiencia.

»El precio de mi poder, amigo Daneel —prosiguió Giskard— es el dilema, cada vez mayor, en que me veo sumido constantemente. La primera ley de robótica, que prohíbe lastimar a los seres humanos, trata generalmente de los daños físicos visibles que podemos ver fácilmente todos nosotros y sobre los cuales podemos emitir juicios. Sólo yo me doy cuenta de las emociones humanas y estados de ánimo, así que conozco las formas más sutiles de dañar sin poder comprenderlas del todo. En muchas ocasiones me veo obligado a actuar sin demasiada seguridad y esto supone una tensión continua de mis circuitos.

»Y, así y todo, siento que he obrado bien. He sacado a los espaciales de su punto de crisis. Aurora se da cuenta de la fuerza creciente de los colonizadores y ahora se verá obligada a evitar el conflicto. Deben reconocer que es demasiado tarde para represalias y así nuestra promesa a Elijah Baley se cumple. Hemos puesto a la Tierra camino de llenar la Galaxia y del establecimiento del imperio galáctico.

Regresaban a casa de Gladia, pero de pronto Daneel se detuvo y la leve presión de su mano sobre el hombro de Giskard, hizo que éste también se detuviera. Dijo Daneel:

—El cuadro que me has pintado es muy atractivo. Haría que el colega Elijah se sintiera orgulloso de nosotros si, como dices, hemos conseguido eso. «Robots al Imperio», diría Elijah y quizá me daría una palmada en la espalda. Pero, como te he dicho, estoy inquieto, amigo Giskard.

—¿Respecto de qué, amigo Daneel?

—No puedo evitar preguntarme si realmente hemos superado la crisis de la que habló el colega Elijah, tantas décadas atrás. ¿Es en realidad demasiado tarde para represalias espaciales?

—¿Por qué tienes estas dudas, amigo Daneel?

—Me las ha provocado el comportamiento del doctor Mandamus.

La mirada de Giskard se fijó en Daneel por unos segundos y en medio del silencio oyeron el susurro de las hojas movidas por la brisa. Las nubes se separaban y el sol aparecería pronto. Su conversación, según su estilo telegráfico, había llevado poco tiempo y Gladia no se preocuparía, lo sabían, por su ausencia.

—¿Qué ha habido en la conversación que te cause inquietud? —preguntó Giskard.

—En cuatro ocasiones distintas, tuve la oportunidad de observar como Elijah Baley manejaba un problema desconcertante. En cada una de ellas observé el modo en que conseguía sacar conclusiones útiles de información limitada y a veces engañosa. Desde entonces he intentado siempre, dentro de mis limitaciones, pensar como él.

—Me parece, amigo Daneel, que no te ha ido mal en este aspecto. Ya te he dicho que tiendes a pensar como un ser humano.

—Entonces habrás observado que el doctor Mandamus traía dos asuntos que quería discutir con Gladia. Insistió en ello. Uno era el asunto de su propia ascendencia, si era o no de Elijah Baley. El segundo, pedir a Gladia que recibiera a un colono e informara después. De los dos, el segundo era importante para el Consejo. La importancia del primero era sólo para él.

—El doctor Mandamus presentó el asunto de su ascendencia como importante también para el doctor Amadiro —observó Giskard.

—En ese caso sería un asunto de importancia personal para dos personas, no para una sola, amigo Giskard. Así y todo, no sería tema importante para el Consejo y por tanto para el planeta en general.

—Sigue, amigo Daneel.

—No obstante, el asunto de Estado, como lo calificó el propio doctor Mandamus, fue tratado en segundo lugar, casi como si se le ocurriera de pronto, y acabó con él en seguida. A decir verdad, me pareció un tema que no requería una visita personal. Pudo haberse tratado por imagen

holográfica y a través de cualquier funcionario del Consejo. Por el contrario, el doctor Mandamus tocó el tema de su ascendencia en primer lugar, lo discutió con gran lujo de detalles, siendo un asunto que sólo él y nadie más podía tratar.

—¿Cuál es tu conclusión, amigo Daneel?

—Creo que el asunto del colono fue aprovechado por el doctor Mandamus como excusa para una conversación personal con Gladia, a fin de poder discutir su ascendencia en privado. Era esto y nada más que esto lo que verdaderamente le interesaba… ¿Tienes algún medio de confirmar esta suposición, amigo Giskard?

El sol de Aurora no había salido aún de entre las nubes y el leve resplandor de los ojos de Giskard era bien visible. Dijo:

—La tensión mental del doctor Mandamus parecía mucho más intensa en la primera parte de la entrevista que en la segunda. Esto quizá te sirva para corroborarlo, amigo Daneel.

—Entonces debemos preguntarnos por qué la cuestión de la ascendencia del doctor Mandamus es un asunto de tanta importancia para él.

—El doctor Mandamus lo explicó. Solamente demostrando que no desciende de Elijah Baley se le abrirá el camino de la promoción. El doctor Amadiro, de cuya buena voluntad depende su futuro, se pondría decididamente contra él si fuera descendiente de Elijah Baley.

—Eso fue lo que dijo, amigo Giskard, pero lo que ocurrió durante la entrevista me hace pensar lo contrario.

—¿Por qué dices eso? Por favor, sigue pensando como un ser humano, amigo Daneel. Lo encuentro muy instructivo.

—Gracias, amigo Giskard —dijo Daneel gravemente—. ¿Observaste que ni una sola de las aclaraciones de Gladia, respecto de la imposibilidad de que el doctor Mandamus descendiera del colega Elijah, fue considerada convincente? El doctor Mandamus dijo que el doctor Amadiro no aceptaría la declaración.

—Sí, ¿y qué deduces de ello?

—Que si el doctor Mandamus estaba tan convencido de que el doctor Amadiro no aceptaría ningún argumento en contra de Elijah Baley como antepasado, uno no puede menos que preguntarse por qué se molestó en

interrogar a Gladia sobre el asunto. Por lo visto sabía, desde un principio, que sería inútil.

—Quizás, amigo Daneel, pero es pura especulación. ¿Puedes avanzar un motivo plausible de su acto?

—Sí, puedo. Creo que preguntó sobre su ascendencia, no para convencer a un implacable doctor Amadiro, sino para convencerse a sí mismo.

—En este caso, ¿por qué mencionar al doctor Amadiro? ¿Por qué no decir simplemente «quiero saber»?

Una tenue sonrisa iluminó el rostro de Daneel, un cambio de expresión que el otro robot hubiera sido incapaz de lograr. Dijo:

—Si hubiera dicho «Quiero saber» a Gladia, seguramente le hubiera contestado que no era asunto de su incumbencia y no habría descubierto nada. Sin embargo, Gladia siente tanta aversión al doctor Amadiro, como éste a Elijah Baley. Gladia tenía forzosamente que ofenderse ante cualquier postura del doctor Amadiro referida a ella. Se pondría furiosa, incluso si la cosa hubiera sido más o menos cierta, muchísimo más que si fuera absolutamente falsa, como en este caso. Se esforzaría por demostrar que el doctor Amadiro estaba equivocado y presentaría hasta la última prueba necesaria para lograr su fin.

»En este caso, la fría seguridad del doctor Mandamus al decir que cada una de las pruebas era insuficiente, no haría sino enfurecerla más y llevarla a las últimas revelaciones. La estrategia del doctor Mandamus fue elegida para asegurarse de que averiguaría el máximo sobre Gladia, y al final él quedó convencido de que no tenía a un terrícola como antepasado; por lo menos en las últimas veinte décadas. La opinión de Amadiro a este respecto, creo que no tenía realmente nada que ver.

—Amigo Daneel —dijo Giskard—, éste es un punto de vista muy interesante pero me parece infundado. ¿Cómo puedes llegar a la conclusión de que no es una suposición tuya?

—¿No te parece amigo Giskard, que cuando el doctor Mandamus terminó su encuesta sobre su ascendencia, sin haber obtenido pruebas suficientes para satisfacer al doctor Amadiro, como quería que creyéramos, hubiera debido mostrarse deprimido y descorazonado? Según su propia

afirmación, esto significaba que no tenía la menor probabilidad de ascender y que jamás alcanzaría el cargo de jefe del Instituto de Robótica. En cambio a mí me pareció que lejos de estar deprimido, rebosaba de júbilo.

»Yo solamente puedo juzgar por la apariencia externa, pero tú puedes saber más. Dime, amigo Giskard, cuál era su actitud mental al término de esta parte de su conversación con Gladia.

—Volviendo a ese punto, amigo Daneel, no fue solamente jubilosa sino triunfante. Tienes razón. Después de haberme explicado el proceso de tu pensamiento, la sensación de triunfo que detecté claramente, marca la exactitud de tu razonamiento. De verdad, ahora que lo has puesto en evidencia, no me explico cómo no fui capaz de verlo yo.

—Ésta, amigo Giskard, fue mi reacción a los razonamientos de Elijah Baley. El que haya podido razonar así ahora es debido, en parte, al fuerte estímulo ante la existencia de la crisis actual. Eso me obliga a pensar de forma más concluyente.

—Te menosprecias, amigo Daneel. Llevas mucho tiempo pensando concluyentemente. Pero ¿por qué hablas de una crisis actual? Piensa un momento y explícate. ¿Cómo puedes pasar de la sensación de triunfo del doctor Mandamus al no ser descendiente del señor Baley, a esta crisis de que me hablas?

—El doctor Mandamus puede habernos engañado en sus declaraciones respecto al doctor Amadiro, pero es justo suponer que es verdad que desea el ascenso; que ambiciona el cargo de jefe del Instituto. ¿No es así, amigo Giskard?

Giskard tardó un instante en contestar, como si estuviera pensando, luego dijo:

—Yo no investigué su ambición. Estudié su mente sin un propósito definido y sólo me di cuenta de las manifestaciones superficiales. Sin embargo, pudo haber destellos de ambición cuando habló de ascenso. No tengo base suficiente para estar de acuerdo contigo, amigo Daneel, pero tampoco la tengo para disentir.

—Aceptemos que el doctor Mandamus es un hombre ambicioso, y veamos a dónde nos lleva esto; ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Entonces no parece plausible que su sentimiento de triunfo, una vez convencido de que no descendía del colega Elijah, procediera de que su ambición no se realizaría. No podía ser por la aprobación del doctor Amadiro puesto que hemos llegado a la conclusión de que la excusa de Amadiro fue introducida por el doctor Mandamus como diversión. Su ambición quedaba servida ahora por alguna otra razón.

—¿Qué otra razón?

—No veo aparecer ninguna de entre la evidencia que tenemos. Pero en plan especulativo, puedo sugerirte una. ¿Qué te parece si el doctor Mandamus sabe o puede hacer algo que le lleve a un éxito espectacular, algo que le haga conseguir la jefatura con toda seguridad? Recuerda que al final de su investigación sobre su ascendencia, el doctor Mandamus dijo: «Todavía me quedan métodos poderosos». Supón que fuera verdad, que sólo pudiera servirse de estos métodos si no es descendiente de Elijah Baley. Su júbilo por haberse convencido de su no-descendencia, procedería de que ahora podía emplearlos y asegurarse una carrera fulgurante.

—Pero ¿qué serán esos métodos poderosos, amigo Daneel?

—Debemos continuar especulando. Sabemos que el doctor Amadiro no desea otra cosa que derrotar a la Tierra y forzarla a su anterior posición de dependencia de los mundos espaciales. Si el doctor Mandamus tiene medios para conseguirlo, puede sacar todo lo que quiera del doctor Amadiro, incluso una garantía de su sucesión a la jefatura. No obstante, pudiera ser que el doctor Mandamus sintiera reparos en derrotar a la Tierra y humillarla, a menos que tuviera la seguridad de que no existía parentesco con su gente. El hecho de descender de Elijah Baley le inhibiría. Al no descender de él, le permite actuar y esto le llena de júbilo.

—¿Quieres decir que el doctor Mandamus tiene conciencia?

—¿Conciencia?

—Sí, es una palabra que los humanos emplean a veces. Yo he descubierto que se aplica a una persona que sigue las reglas del comportamiento que le obligan a actuar de modo que a veces se opone a su interés inmediato. Si el doctor Mandamus siente que no puede permitirse progresar a expensas de aquellos con los que le une un lejano parentesco, le supongo un hombre de conciencia. He pensado mucho en estas cosas,

amigo Daneel, pues parecen indicar que los seres humanos poseen leyes que gobiernan su comportamiento, por lo menos en algunos casos.

—¿Y puedes decir si el doctor Mandamus es, en verdad, un hombre que tiene conciencia?

—¿Por mi estudio de sus emociones? No, yo no buscaba nada de eso, pero si tu análisis es correcto, parece que sí. Si empezamos por suponerle un hombre de conciencia, y retrocedemos en nuestro análisis, llegamos a otras conclusiones. Si el doctor Mandamus creía tener a un terrícola en su pasado de hace unas diecinueve décadas, podía sentirse empujado, en contra de su conciencia, a encabezar un intento de derrota a la Tierra como un modo para liberarse del estigma de su ascendencia. Al no ser descendiente, no se sentirá insoportablemente impelido a actuar contra la Tierra y su conciencia podrá libremente llevarle a dejar la Tierra en paz.

—No, amigo Giskard, esto no encaja con los hechos. Por aliviado que se sintiera al no tener que actuar violentamente contra la Tierra, quedaba sin medios de satisfacer al doctor Amadiro y asegurar su promoción. Dada su naturaleza ambiciosa, se quedaría sin el sentimiento de triunfo que tan claramente notaste.

—Comprendo. Así llegamos a la conclusión de que el doctor Mandamus tiene un sistema para derrotar a la Tierra.

—Sí, y si es así, la crisis prevista por el colega Elijah no ha sido superada, sino que está aquí ahora.

—Pero nos queda —dijo Giskard pensativo— la pregunta clave que no se ha contestado, amigo Daneel. ¿Qué tipo de crisis es? ¿Cuál es el peligro mortal? ¿Puedes también deducir esto?

—No puedo hacerlo, amigo Giskard. He llegado tan lejos como he podido. Quizá si el colega Elijah viviera aún, podría llegar más lejos, pero yo no puedo… Aquí dependo de ti, amigo Giskard.

—¿De mí? ¿Cómo?

—Tú puedes estudiar la mente del doctor Mandamus, ya que ni yo, ni nadie más, puede hacerlo. Puedes descubrir la naturaleza de la crisis.

—Me temo que no, amigo Daneel. Si hubiera vivido yo con un ser humano durante un largo período de tiempo, como viví con el doctor Fastolfe, como vivo ahora con Gladia, podría poco a poco abrir las capas de

la mente, una hoja tras otra, ir deshaciendo el complicado nudo, y aprender mucho sin dañarles. Hacer esto con el doctor Mandamus después de un breve encuentro, o después de cien breves encuentros, alcanzaría poco. Las emociones son fácilmente aparentes, los pensamientos no. Si, acuciado por la urgencia, tratara de apresurarme, forzando el proceso, tengo la seguridad de que le lesionaría… y esto no puedo hacerlo.

—Sin embargo, el destino de millones de gentes en la Tierra y más millones en el resto de la Galaxia puede que dependa de ello.

—Puede que dependa. Pero esto es una conjetura. Lesionar a un ser humano es un hecho. Piensa que tal vez el único que conozca la naturaleza de la crisis sea el doctor Mandamus, y que él puede conducirla a buen fin. No podría utilizar su conocimiento o habilidad para obligar al doctor Amadiro a concederle la jefatura si éste la consiguiera a través de otra fuente.

—Cierto. Podría ser.

—En este caso, amigo Daneel, no es necesario conocer la naturaleza de la crisis. Si se pudiera impedir que el doctor Mandamus le contara algo al doctor Amadiro, ni a nadie más, sea lo que fuere lo que él sepa, la crisis no ocurrirá.

—Pero alguien más podría descubrir lo mismo que ahora conoce el doctor Mandamus.

—Sí, pero ignoramos cuándo sucederá. Probablemente disponemos de tiempo para ahondar más y descubrir más… y estar mejor preparados para representar un papel más útil.

—Muy bien.

—Si hay que coartar al doctor Mandamus, sólo puede hacerse lesionando su mente hasta el extremo de que ya no sea efectiva, o destruyendo su vida directamente. Sólo yo poseo la habilidad de lesionarle adecuadamente, pero no puedo hacerlo. No obstante, cualquiera de nosotros puede acabar físicamente con su vida. Tampoco puedo hacerlo. ¿Puedes hacerlo tú, amigo Daneel?

Después de una pausa, Daneel murmuró al fin:

—No puedo. Lo sabes bien.

—¿Aunque sepas que está en juego el destino futuro de millones de gentes de la Tierra y de otras partes? —preguntó Giskard.

—No puedo decidirme a dañar al doctor Mandamus.

—Y yo tampoco. Así que nos dejan con la seguridad de que se acerca una crisis mortal, cuya naturaleza ignoramos y no podemos descubrir y que, por tanto, somos impotentes para detenerla.

Se contemplaron en silencio, sin que nada se reflejara en sus rostros, pero envueltos, en cierto modo, por un aura de desesperación.

OTRO DESCENDIENTE

10

Gladia trató de relajarse después de la agotadora sesión con Mandamus, y lo hizo con tal intensidad que luchó a brazo partido con el descanso. Volvió opacas todas las ventanas de su dormitorio, ajustando el ambiente a una brisa tibia y suave acompañada del rumor de hojas y algún que otro trino de pájaro. Luego cambió a un rumor de olas, lejano, y añadió un aroma leve, pero inconfundible, de mar.

No le sirvió de nada. Su mente repetía sin remedio lo que acababa de ocurrir y lo que no tardaría en suceder. ¿Por qué había hablado tan libremente con Mandamus? ¿Qué le importaba a él o a Amadiro, para el caso era igual, si se había visto con Elijah en órbita o no, ni cuándo ni cómo, o si había tenido un hijo de él o de cualquier otro hombre?

La pretensión de descendencia de Mandamus la había hecho perder la serenidad, eso era. En una sociedad donde nadie se preocupaba de descendencia o de parentescos excepto por razones medico genéticas, la brusca intrusión verbal bastaba para turbarla. Esto y las repetidas alusiones (seguramente accidentales) a Elijah.

Se dijo que se estaba buscando excusas e, impacientada, lo echó todo por la borda. Había reaccionado mal y había parloteado como un niño: no había más que decir.

Y ahora ese colono que venía.

No era de la Tierra. No había nacido en la Tierra, estaba segura, y era posible que jamás hubiera puesto los pies en la Tierra. Su gente podía haber

vivido por espacio de generaciones en un mundo desconocido del que ella jamás había oído hablar.

«Esto hace de él un espacial», pensó. Los espaciales descendían también de los terrícolas, pero ¿qué importaba eso? Era obvio que los espaciales eran longevos y esos colonizadores debían de ser de vida breve, pero ¿qué tipo de distinción era ésa? Incluso un espacial podía morir prematuramente por cualquier inesperado accidente; había oído contar de un espacial que había fallecido de muerte natural antes de cumplir los sesenta. ¿Por qué no imaginar a su próximo visitante como un espacial de extraño acento?

No era tan sencillo. Sin duda el colono no se sentía espacial. Lo que cuenta no es lo que uno es, sino lo que uno siente ser. Así que pensaría en él como colonizador y no como espacial.

Pero ¿no eran todos seres humanos, pese al nombre que se les diera: espaciales, colonizadores, auroranos, terrícolas? La prueba estaba en que los robots no podían hacerle daño a ninguno de ellos. Daneel acudiría tan rápidamente en defensa del más ignorante terrícola, como del presidente del Consejo de Aurora, y esto significaba…

Ya relajada, se sintió llevada a un sueño ligero cuando un súbito pensamiento irrumpió en su mente y rebotó en ella. ¿Por qué el colono se llamaba Baley?

Su mente se agudizó y se desprendió de las blandas plumas del olvido que casi la habían envuelto.

¿Por qué Baley?

Quizá fuera un nombre sencillamente corriente entre los colonizadores. Después de todo, Elijah era el que había hecho posible la aventura y tuvo que haber sido un héroe para ellos, como…

No se le ocurrió un héroe análogo para los auroranos. ¿Quién había dirigido la expedición que llegó a Aurora por primera vez? ¿Quién había supervisado la terraformación de aquel mundo tosco, apenas viviente, que era entonces Aurora? Lo ignoraba.

¿Era su ignorancia fruto del hecho de haberse criado en Solaria, o era que los auroranos no tenían héroe fundador? Después de todo, la primera expedición a Aurora había consistido en simples terrícolas. Solamente en

subsiguientes generaciones, cada vez más longevas, gracias a ajustes de sofisticada bioingeniería, los terrícolas se transformaron en auroranos. Después de eso, ¿por qué iban los auroranos a transformar en héroes a sus despreciados predecesores?

Pero los colonizadores sí podían hacer héroes de los de la Tierra.

Quizás aún no se habían transformado. Lo harían, y entonces Elijah sería embarazosamente olvidado, pero hasta entonces…

Eso sería. Probablemente hasta la mitad de los colonizadores vivos habían adoptado el apellido Baley. ¡Pobre Elijah! Todo el mundo arrimado a él, a su sombra. ¡Pobre Elijah…! ¡Querido Elijah…!

Y se quedó dormida.

11

Su sueño fue demasiado inquieto para restablecer su paz, y mucho menos su buen humor. Estaba ceñuda sin saber que lo estaba, y de haberse visto en el espejo, se habría impresionado por su aspecto envejecido, Daneel, para el que Gladia era un ser humano pese a la edad, aspecto o estado de ánimo, dijo.

—Señora…

Gladia le interrumpió con un estremecimiento:

—¿Ha llegado ya el colono?

Levantó la vista a la cinta de datos atmosféricos que estaba en la pared, e hizo un gesto rápido en respuesta al cual Daneel ajustó la temperatura, subiéndola (había sido un día fresco, y la noche iba serlo más).

—Está aquí, señora —contestó Daneel.

—¿Dónde lo han instalado?

—En el cuarto de huéspedes, señora. Giskard está con él y los robots domésticos están todos dispuestos.

—Espero que hayan tenido el sentido común de averiguar qué desea comer para el almuerzo. Yo no conozco la cocina de los colonos. Confío en que harán un esfuerzo para conseguir satisfacer razonablemente sus peticiones.

—Tengo la seguridad, señora, de que Giskard solucionará competentemente el asunto.

Gladia también estaba segura, pero dio un respingo. Por lo menos lo hubiera dado, si Gladia fuera del tipo de personas que lo hacen. No creía serlo.

—Supongo que ha pasado por la debida cuarentena antes de que se le permitiera aterrizar —dijo.

—Sería inconcebible no haberlo hecho.

—Por si acaso llevaré mis guantes y mis filtros nasales.

Salió de su dormitorio, se dio cuenta vagamente de que estaba rodeada de robots domésticos, e hizo el ademán que significaba que le trajeran un par de guantes nuevos y unos filtros de nariz también nuevos. Cada establecimiento tenía sus propios ademanes equivalentes a un vocabulario y cada miembro humano de un establecimiento cultivaba estos ademanes, aprendiendo a usarlos rápida y disimuladamente. Se esperaba de un robot que acatara esas órdenes discretas de sus amos humanos como si leyera las mentes; de ahí resultaba que un robot no podía seguir órdenes de seres humanos no pertenecientes a su establecimiento excepto si se le hablaba detenidamente.

Nada más humillante para un miembro humano del establecimiento que tener a un robot casero vacilante antes de cumplir una orden o, peor aún, cumplirla incorrectamente. Esto significaba que el ser humano se había equivocado en el ademán, o que el robot no había comprendido.

Gladia sabía que generalmente el ser humano era el que fallaba pero virtualmente no se admitía así. Era el robot el que se entregaba para un innecesario análisis de respuesta o puesto injustamente en venta. Gladia sabía desde siempre que no caería nunca en la trampa del ego frustrado; no obstante, si en aquel momento no hubiera recibido los guantes y el filtro nasal habría…

No tuvo ni que terminar la idea. El robot más cercano le entregó lo solicitado correctamente al instante.

Gladia se ajustó el filtro nasal y sopló un poco para asegurarse de que estaba bien encajado (no estaba dispuesta a arriesgarse a cualquier infección por causa de algo que hubiera sobrevivido a la minuciosa cuarentena).

Preguntó:

—¿Qué aspecto tiene, Daneel?

—Es de estatura y medidas normales, señora.

—Me refiero a su cara (era una tontería preguntar. Si tuviera algún parecido a Elijah Baley, Daneel lo hubiera descubierto tan de prisa como ella misma, y habría hecho algún comentario).

—Es difícil decirlo, señora. No se le ve bien.

—¿Qué significa esto? ¡No vendrá enmascarado, Daneel!

—En cierto modo, sí, señora. Su cara está cubierta de pelo.

—¿Pelo? —Se echó a reír—. ¿Quieres decir como los personajes históricos de la hipervisión? ¿Barba? —Hizo unos gestos que indicaban un mechón de cabello en la barbilla y otro debajo de la nariz.

—Más que eso, señora. Lleva media cara cubierta.

Los ojos de Gladia se abrieron del todo y por primera vez sintió un fuerte impulso de interés por verle. ¿Qué aspecto tendría un rostro cubierto de pelo? Los varones auroranos, y generalmente los espaciales tenían muy poco vello facial y lo que había se eliminaba antes de los veinte años… en la infancia.

A veces, se dejaba sin tocar el labio superior. Gladia recordó que su marido, Santirix Gremionis, antes de su matrimonio lucía una línea de pelo debajo de la nariz. Un bigote, lo llamaba él. Era como una ceja mal colocada, de forma rara, y una vez que se resignó a aceptarlo como marido, le insistió en que eliminara los folículos.

Lo hizo así sin apenas un murmullo y ahora Gladia se preguntaba por primera vez si lo había echado en falta. Le parecía haber observado alguna vez, en los primeros años de matrimonio, cómo levantaba un dedo a su labio superior. Creía que era un movimiento nervioso por una vaga picazón y solamente ahora se le ocurría que había estado buscando un bigote que había dejado de existir.

¿Qué aspecto tendría un hombre con un bigote por toda la cara?

¿Sería como un oso?

¿Qué sensación produciría? ¿Qué ocurriría si las mujeres también tuvieran ese pelo? Pensó en un hombre y una mujer intentando besarse sin encontrar sus bocas. La idea le pareció divertida aunque un poco descarada

y se rió en voz alta. Sintió desaparecer su impaciencia pero esperó, ver al monstruo.

Después de todo no tenía por qué temerle aunque su comportamiento fuera tan animal como su aspecto. No le acompañaría ningún robot, los colonizadores eran una sociedad no-robótica, y en cambio ella estaría rodeada por docenas. El monstruo sería inmovilizado en una fracción de segundo si hiciera el menor movimiento sospechoso. O si elevara la voz, airado.

—Acompáñame junto a él, Daneel —dijo con buen humor.

12

El monstruo se puso en pie. Dijo algo que parecía:

—Buedas darde sedora.

Gladia captó al momento las «buenas tardes», pero tardó un poco más para traducir la palabra «señora». Distraída le respondió:

—Buenas tardes. —Se acordó de lo difícil que le había resultado entender la pronunciación aurorana del idioma galáctico estándar en aquellos años tan lejanos en que, joven y asustada, llegó desde Solaria al planeta.

¿El acento del monstruo era tosco, o así le parecía porque su oído no estaba acostumbrado? Recordó que Elijah había tenido dificultades con la «K» y la «P», pero por lo demás hablaba bastante bien. Sin embargo, habían transcurrido diecinueve décadas y media, y este colono no procedía de la Tierra. La lengua, en un período de aislamiento, sufre cambios.

Pero sólo una pequeña parte de la mente de Gladia se fijaba en el problema del lenguaje. Contemplaba la barba. No se parecía en nada a las barbas que lucían los actores en los dramas históricos. Éstas eran como mechones, un poco por aquí, otro poco por allá, y tenían el aspecto apelmazado y pegajoso.

La barba del colono era diferente. Le cubría la barbilla y las mejillas de una manera regular, espesa y profunda. Era de un color castaño oscuro, pero

algo más clara y rizada que el cabello que le cubría la cabeza, y por lo menos varios centímetros más larga, pero de un largo regular.

No cubría toda su cara, lo que resultaba desconcertante. La frente estaba totalmente descubierta (excepto por las cejas), igual que la nariz y debajo de los ojos. Su labio superior tampoco estaba cubierto, pero se veía una sombra que podía ser el nacimiento de más pelo. Debajo del labio inferior también había un pequeño espacio descubierto, pero con un nuevo crecimiento menos marcado, concentrado en la parte central.

Como ambos labios estaban descubiertos, resultaba claro para Gladia que no habría la menor dificultad para besarlo. Dándose cuenta de que mirarlo fijamente era incorrecto, le comentó, aun sin dejar de mirarle:

—Me da la impresión de que se quita el pelo de junto a los labios.

—Sí, señora.

—¿Por qué?, si me permite preguntárselo.

—Puede preguntarlo. Por razones higiénicas. No quiero que me quede comida en los pelos.

—Entonces se lo rapa, ¿verdad? Veo que está volviendo a crecer.

—Uso un láser facial. Me lleva quince segundos. Lo hago cuando me despierto.

—¿Por qué no depilarlo de una vez y terminar con él?

—A lo mejor quiero que vuelva a crecer.

—¿Por qué?

—Por razones estéticas, señora.

Gladia tardó en entender la palabra. Le había sonado como «acéticas» o algo así.

—¿Cómo dice?

El colono explicó:

—A lo mejor me canso del aspecto que tengo ahora y quiero volver a dejarme bigote. A ciertas mujeres les gusta, ¿sabe? —El colono titubeó esforzándose por parecer modesto, sin lograrlo—. Cuando me lo dejo crecer, el bigote es precioso.

—¡Ah! ¿Quiso decir estético? —exclamó de pronto.

El colono rió, mostrando una perfecta dentadura y dijo:

—También usted habla raro, señora.

Gladia quiso mostrarse altiva, pero acabó sonriendo. La pronunciación adecuada era asunto de consenso local. Comentó:

—Debería oírme hablar con acento solariano si llega el caso. Entonces le parecería «racinis estíticas». Con la pronunciación de la «r» interminable.

—He estado en lugares donde hablan un poco así. Suena horrible —y pronunció las dos «erres» de un modo exagerado.

Gladia rió.

—Lo hace con la punta de la lengua y hay que hacerlo con los lados de la lengua. Nadie excepto un solariano puede hacerlo correctamente.

—A lo mejor podrá enseñarme. Un mercader como yo, que ha estado por todas partes, oye toda clase de variaciones lingüísticas. —Volvió a intentar pronunciar la «r» de la penúltima palabra, se atragantó y tosió.

—¿Lo ve? Enredará sus amígdalas y jamás se recuperará.

No dejaba de mirarle la barba y ahora ya no pudo dominar su curiosidad. Alargó la mano. El colono vaciló y dio un paso atrás, luego, al darse cuenta de su intención, se quedó quieto.

La mano de Gladia, invisiblemente enguantada, se apoyó suavemente en el lado izquierdo de la cara del hombre. La delgada película plástica que recubría sus dedos no le anulaba el sentido del tacto, y encontró el pelo suave y elástico.

—¡Qué suave! —dijo con evidente sorpresa.

—Y ampliamente admirado —respondió riendo el colono.

—Pero, bueno, no puedo estar aquí todo el día manoseándole. —E ignorando su «Por mí, como quiera», prosiguió—: ¿Ha dicho a mis robots lo que le gustaría comer?

—Señora, les he dicho lo que le digo ahora a usted, cualquier cosa. He visitado muchos mundos en el último año y cada uno tiene su propio sistema de alimentación. Un mercader aprende a comer de todo. Prefiero una comida aurorana a cualquier cosa que hicieran imitando a Baleymundo.

—¿Baleymundo? —repitió Gladia vivamente, frunciendo el entrecejo.

—Se llama así en memoria del jefe de la primera expedición al planeta y a cualquiera de los planetas colonizados: Ben Baley.

—¿El hijo de Elijah Baley?

—Sí —contestó el colono, y cambió de tema. Se miró y dijo con cierta petulancia—: ¿Cómo pueden ustedes soportar estas ropas suyas, lustrosas e infladas? Me encantará volver a ponerme las mías.

—Tendrá la oportunidad de hacerlo muy pronto. Pero, ahora, por favor, venga a almorzar conmigo. Me dijeron que su nombre era Baley. Como su planeta.

—No es sorprendente. Es el nombre más respetado del planeta, naturalmente. Soy Degé Baley.

Habían llegado al comedor precedidos por Giskard, seguidos de Daneel, que se instalaron después en su correspondiente hornacina. Los demás robots ya se habían retirado y sólo quedaban dos, dedicados al servicio.

La estancia estaba llena de sol, las paredes profusamente decoradas, la mesa servida y el aroma de la comida tentador.

El colono olfateó y respiró con satisfacción:

—No creo que tenga el menor problema con la comida de Aurora. ¿Dónde quiere que me siente?

Un robot dijo al instante:

—¿Quiere sentarse aquí, señor?

El colono se sentó y Gladia, después de acomodar satisfactoriamente al invitado, ocupó su puesto.

—¿Degé? —preguntó—. Ignoro las peculiaridades de los nombres de su mundo, así que le ruego me perdone si mi pregunta le parece ofensiva. ¿No suena Degé a nombre femenino?

—En absoluto —respondió el colono algo envarado—. En mi caso no se trata de un nombre, es solamente un par de iniciales. La cuarta letra del alfabeto y la séptima.

—¡Oh! —dijo Gladia, ilustrada—. D.G. Baley. ¿Y qué significan las iniciales, si perdona mi curiosidad?

—Naturalmente. Allí está «D», por supuesto —explicó señalando con el dedo una de las hornacinas de la pared— y sospecho que éste puede ser «G» —y señaló a otra.

—No lo dirá en serio —musitó Gladia.

—Claro que sí. Mi nombre es Daneel Giskard Baley. En cada generación mi familia tiene por lo menos un Daneel y un Giskard en las

diversas ramas. Yo fui el último de seis hermanos, pero el primer varón. Mi madre creyó que eso bastaba pero compensó el no tener más que un chico poniéndome ambos nombres. Así fui Daneel Giskard Baley y el doble nombre fue un peso excesivo para mí. Yo prefiero Degé como nombre y me sentiré honrado si lo utiliza usted. —Sonrió cordialmente—. Soy el primero que lleva los dos nombres y el primero en ver los imponentes originales.

—Pero ¿por qué esos nombres?

—Fue idea de mi antepasado Elijah, según se cuenta en la familia. Tuvo el honor de poner nombre a sus nietos y al mayor le llamó Daneel y al segundo, Giskard. Insistió en ambos nombres, y esto estableció la tradición.

—¿Y las hijas?

—El nombre tradicional de generación en generación es Jezabel… Jessie. La esposa de Elijah, ¿sabe?

—Lo sé.

—No hay… —Calló de pronto y dedicó su atención al plato que acababan de ponerle delante—. Si estuviéramos en Baleymundo, diría que es un trozo de cerdo asado cubierto de salsa de cacahuete.

—En realidad se trata de un plato vegetal, D.G. Lo que iba usted a decir es que no había Gladias en su familia.

—No las hay —dijo D.G. tranquilo—. Una explicación es que Jessie, la primera Jessie, hubiera protestado, pero yo no la acepto. La esposa de Elijah, la antepasada, jamás vino a Baleymundo, ¿sabe?, nunca abandonó la Tierra. ¿Cómo podía haberlo hecho? No, para mí, es casi seguro que mi antepasado no quiso a otra Gladia. Ni imitaciones, ni copias, ni fingimientos. Una Gladia. Única… También pidió que no hubiera otro Elijah.

A Gladia le costaba trabajo comer.

—Creo que su antepasado se esforzó en la última etapa de su vida por ser tan poco emocional como Daneel. No obstante, bajo su piel latía un romántico. Pudo haber permitido otros Elijahs y otras Gladias. No me habría ofendido y me imagino que tampoco hubiera ofendido a su esposa. —Rió, trémula.

—Pero todo esto parece, en cierto modo, irreal —dijo D.G.—. Mi antepasado es en realidad historia antigua; murió hace ciento cincuenta y

cuatro años. Yo soy su descendiente en la séptima generación y, sin embargo, estoy aquí sentado con una mujer que le conoció cuando era joven.

—En realidad no le conocí… —musitó Gladia contemplando su plato—. Le vi por poco tiempo en tres ocasiones distintas en un período de siete años.

—Lo sé. El hijo de mi antepasado, Ben, escribió su biografía que es uno de los clásicos literarios de Baleymundo. Incluso yo la he leído.

—¿De veras? Yo no la he leído. Ni siquiera sabía que existiera. ¿Qué… qué dice de mí?

D.G. pareció divertido.

—Nada que no le gustara; la pone muy bien. Pero no importa eso. Lo que me asombra es que estemos juntos después de siete generaciones. ¿Cuántos años tiene, señora? ¿Es justo hacer esta pregunta?

—No sé si es justo o no, pero no tengo inconveniente en contestarla. En años galácticos estándar, tengo doscientos treinta y tres años. Más de veintitrés décadas.

—Su aspecto es el de una persona de cuarenta años y pico. Mi antepasado murió a los setenta y nueve, un anciano. Yo tengo treinta y nueve, y cuando muera, usted seguirá todavía viva…

—Si evito la muerte por accidente.

—Y seguirá viviendo quizá cinco décadas más.

—¿Me envidia, D.G.? —preguntó Gladia con un dejo de amargura en la voz—. ¿Me envidia por haber sobrevivido a Elijah en más de dieciséis décadas y por estar condenada a sobrevivirle diez décadas más?

—Por supuesto que la envidio. ¿Por qué no? No me importaría vivir por varios siglos, si no fuera porque sería un mal ejemplo para la gente de Baleymundo. En general, me disgustaría que vivieran tanto tiempo. El ritmo de los avances históricos e intelectuales se haría entonces demasiado lento. Los de arriba se quedarían en el poder demasiado tiempo. Baleymundo se hundiría en el conservadurismo y la decadencia… como ha hecho su mundo.

Gladia levantó la barbilla, agresiva:

—Descubrirá usted que Aurora funciona muy bien.

—Estoy hablando de su mundo, Solaria.

Gladia titubeó, luego dijo enérgicamente:

—Solaria no es mi mundo.

—Espero que lo sea —dijo D.G.—. He venido a verla porque creo que Solaria es su mundo.

—Si es ésta la razón por la que ha venido a verme, está perdiendo el tiempo, joven.

—Nació usted en Solaria, ¿verdad? Y allí vivió durante unos años.

—Viví allí las tres primeras décadas de mi vida…, un octavo de mi existencia.

—Entonces esto la hace lo bastante solariana para que pueda ayudarme en un asunto que es muy importante.

—No soy una solariana, pese a este tan importante asunto.

—Es una cuestión de guerra y paz…, si lo considera importante. Los mundos espaciales se enfrentarán con el mundo de los colonizadores y las cosas irán mal para todos si llegamos a la guerra. Y solamente usted puede evitar la guerra y asegurar la paz.

13

La comida había terminado (fue una corta comida) y Gladia se encontró mirando a D.G. fríamente rabiosa.

Había vivido en paz las últimas veinte décadas, deshaciéndose de las complejidades de la vida. Poco a poco había olvidado la miseria de Solaria y las dificultades de su adaptación a Aurora. Había conseguido enterrar profundamente la agonía de dos asesinatos y el éxtasis de dos peculiares amores, un robot y un terrícola, y seguir adelante. Había terminado por vivir un largo y tranquilo matrimonio, tener dos hijos, y dedicarse al arte aplicado al vestido. Los hijos se habían ido, luego su marido, y finalmente se había incluso retirado del trabajo.

Ahora estaba sola, con sus robots, contenta con… o mejor, resignada a dejar que la vida se deslizara plácida y sin sobresaltos hacia el final, cuando

llegara el momento un final tan suave que no se diera cuenta de que lo era cuando ocurriese.

Era lo que quería.

Entonces, ¿qué estaba pasando?

Había empezado la noche anterior cuando miró en vano el cielo estrellado en busca de la estrella de Solaria, que no estaba en el cielo y de hallarse en él no habría sido visible para ella. Era como si ese loco intento de alcanzar el pasado, un pasado que hubiera debido permanecer muerto, pinchara de pronto la fría burbuja que había levantado alrededor.

Primero el nombre de Elijah Baley, el más feliz y doloroso recuerdo de todos los que había apartado cuidadosamente, había surgido una y otra vez en angustiosa repetición.

Luego se vio obligada a tratar con un hombre que creía erróneamente ser descendiente de Elijah en quinto grado y ahora con otro que era realmente descendiente en séptimo grado. Por fin, se la cargaba ahora con problemas y responsabilidades parecidos a los que habían atormentado al propio Elijah en varias ocasiones.

¿Se estaba transformando en Elijah, sin nada de su talento, ni de su total dedicación al deber a toda costa?

¿Qué había hecho ella para merecer esto?

Sintió que su rabia se hundía bajo una riada de autocompasión. Se sintió injustamente tratada. Nadie tenía derecho a cargarla de responsabilidades contra su voluntad. Obligando su voz a un tono tranquilo, preguntó:

—¿Por qué se empeña en decir que soy solariana, cuando yo le digo que no lo soy?

D.G. no parecía turbado por la frialdad que ahora notaba en su voz.

Seguía sosteniendo la suave servilleta que le habían entregado al terminar la comida. La encontró caliente y húmeda, no demasiado caliente, imitó lo que hacía Gladia, secarse cuidadosamente los labios y las manos. Luego la dobló y la pasó por su barba. Ahora se estaba encogiendo y desintegrando.

—Supongo que acabará desapareciendo del todo —dijo.

—En efecto. —Gladia había depositado la suya en el receptáculo apropiado en la mesa. Retenerla era incorrecto y sólo podía perdonarse

porque D.G. no estaba familiarizado con esta costumbre civilizada—. Hay quien cree que poluciona la atmósfera, pero hay una ligera corriente que lleva los restos hacia arriba y los proyecta a unos filtros. Dudo que nos cause molestias… Pero ha ignorado mi pregunta, señor.

D.G. arrugó lo que le quedaba de servilleta y la dejó en el brazo de su butaca. Un robot, en respuesta al discreto gesto de Gladia, la recogió.

—No trato de ignorar su pregunta. Tampoco trato de forzarla a ser solariana. Me limito a poner de relieve que nació en Solaria y pasó allí sus primeras décadas y por tanto podría razonablemente considerársela una solariana, por lo menos en cierto modo… ¿Sabe usted que Solaria ha sido abandonada?

—Lo he oído, sí.

—¿Y siente algo?

—Yo soy una aurorana y lo he sido por veinte décadas.

—Esto es un *non sequitur*.

—¿Un qué? —No entendió nada de las últimas palabras.

—Que no tiene relación con mi pregunta.

—Un *non sequitur*, quiere decir. Dijo usted un «nonsé quito».

—Está bien, dejémonos de tonterías. Le pregunto si siente algo por la muerte de Solaria y me contesta que es de Aurora. ¿Lo mantiene como respuesta? Una aurorana de nacimiento podría sentir la muerte de un mundo hermano. ¿Qué siente?

—¿Qué importa? —respondió Gladia, glacial—. ¿Por qué le interesa?

—Se lo explicaré. Nosotros, los mercaderes de los mundos colonizados, estamos interesados porque hay un gran negocio que hacer, y un mundo que recuperar. Solaria está ya terraformada; es un mundo cómodo; ustedes los espaciales, no parecen necesitarlo o desearlo. ¿Por qué no colonizarlo?

—Porque no es suyo.

—Señora, ¿es suyo acaso y por eso pone objeciones? ¿Tiene Aurora más derecho a él que Baleymundo? ¿No podríamos suponer que un mundo vacío pertenece a todo aquel que quiere ocuparlo y colonizarlo?

—¿Lo ha colonizado?

—No…, porque no está vacío.

—¿Quiere decir que los solarianos no lo han dejado del todo? —exclamó rápidamente Gladia.

D.G. volvió a sonreír; una amplia sonrisa.

—La excita la idea…, aunque sea una aurorana.

La expresión de Gladia volvió a ensombrecerse:

—Conteste a mi pregunta.

D.G. se encogió de hombros.

—Según nuestras averiguaciones, quedaban solamente cinco mil solarianos en el planeta, antes de que fuera abandonado. La población había ido disminuyendo a lo largo de los años. Pero incluso cinco mil… ¿Podemos estar seguros de que se han ido todos? Pero, ésta no es la cuestión.

»Incluso si se hubieran ido todos, el planeta no estaría vacío. Hay en él unos doscientos millones o más de robots, robots sin amo, algunos de ellos del modelo más avanzado de la Galaxia. Presumiblemente esos solarianos que se fueron se llevaron consigo algún robot… Es difícil imaginar a los espaciales prescindiendo de los robots (se volvió a mirar, sonriente, a los robots en sus hornacinas de la estancia). Así y todo, no pueden haberse llevado cuarenta mil por persona.

—Bien, puesto que sus mundos de colonizadores están libres de robots y desean seguir estándolo, presumo que no pueden colonizar Solaria.

—En efecto. No, hasta que no quede ni un robot y aquí es donde los mercaderes, como yo mismo, entramos en acción.

—¿De qué forma?

—No queremos una sociedad robotizada, pero no nos importa tocar robots y comerciar con ellos. No abrigamos hacia ellos un temor supersticioso. Solamente sabemos que una sociedad robotizada está abocada al deterioro. Los espaciales nos lo han hecho ver cuidadosamente con el ejemplo. Así que, si bien no queremos vivir con este veneno robótico, estamos dispuestos a vendérselos a los espaciales por una cantidad sustancial… si están tan locos como para querer este tipo de sociedad.

—¿Cree que los espaciales los comprarán?

—Estoy seguro de que sí. Agradecerán los elegantes modelos manufacturados por los solarianos. Es de sobra sabido que eran los mejores

diseñadores de robots de la Galaxia, aun cuando el difunto doctor Fastolfe es tenido como incomparable en este campo, pese a que era aurorano… Además, aunque cargáramos una fuerte cantidad por ellos, dicha cantidad sería considerablemente inferior al valor de los robots. Espaciales y mercaderes se beneficiarían por igual. Éste es el secreto de un buen negocio.

—Los espaciales no comprarían robots a los colonizadores —dijo Gladia claramente despectiva.

D.G. poseía el don de ignorar lo que no fuera esencial, como el enfado o el desprecio. Lo que contaba era el negocio, así que dijo:

—Claro que los comprarían. Ofrézcales robots avanzados a mitad de precio, ¿por qué van a rechazarlos? Donde hay negocio, le sorprendería ver lo poco importantes que son las ideologías.

—Me parece que va a ser usted el sorprendido. Trate de vender sus robots y verá.

—Ojalá pudiera, señora. Quiero decir tratar de venderlos. No tengo ninguno.

—¿Por qué no?

—Porque no hemos recogido ninguno: dos naves mercantes aterrizaron en Solaria. Cada una capaz de almacenar unos veinticinco robots. De haberlo conseguido, flotas enteras de naves mercantes las habrían seguido y me atrevo a decir que hubiéramos negociado por varias décadas, y después, hubiéramos colonizado el mundo.

—Pero no tuvieron éxito. ¿Por qué no?

—Porque las dos naves fueron destruidas en la superficie del planeta y, por lo que hemos logrado averiguar, ambas tripulaciones murieron.

—¿Falla mecánica?

—¡Tonterías! Ambas aterrizaron perfectamente; no se estrellaron. Sus últimas comunicaciones decían que unos espaciales se acercaban… solarianos o habitantes de otros mundos espaciales, lo ignoramos. Sólo podemos suponer que los espaciales atacaron sin previo aviso.

—Eso es imposible.

—¿De veras?

—Claro que es imposible. ¿Por qué motivo lo habrían hecho?

—Para alejarnos de ese mundo, supongo.

—De haber querido hacerlo —dijo Gladia— no tenían más que anunciar que el mundo estaba habitado.

—Quizás encontraban que sería más divertido matar a unos cuantos colonizadores. Eso es, por lo menos, lo que cree nuestra gente y existe cierta presión para mandar algunas naves de guerra a Solaria y establecer una base militar en el planeta.

—Podría ser peligroso.

—Con toda seguridad; podría conducirnos a una guerra. Algunos de nuestros exaltados la desean. Puede que también lo hagan algunos espaciales y que hayan destruido las dos naves para provocar las hostilidades.

Gladia estaba asombrada. No había habido la menor alusión a unas relaciones tensas entre espaciales y colonizadores en los boletines de noticias. Dijo:

—Cabe la posibilidad de discutir el asunto. ¿Han tanteado los suyos a la Federación Espacial?

—Un grupo sin la menor importancia, pero lo hemos hecho. También hemos tanteado al Consejo de Aurora.

—¿Y qué?

—Los espaciales lo niegan todo. Sugieren que las ganancias potenciales del negocio de los robots solarianos son tan altas que los mercaderes, que sólo se interesan por el dinero (como si ellos no lo hicieran) lucharían entre sí. Por lo visto, nos quieren hacer creer que las dos naves se destruyeron mutuamente con la esperanza por parte de cada una de ellas de monopolizar el negocio para su propio mundo.

—Entonces, ¿las dos naves eran de mundos distintos?

—Sí.

—Pero ¿usted no cree que hubiera podido haber lucha entre ambas?

—No lo creo probable, pero confieso que es posible. No ha habido auténticos conflictos entre los mundos colonizados, pero han existido ciertas disputas. Todo se solucionó a través del arbitraje de la Tierra, aunque podría ocurrir que los mundos colonizados, de repente, dejaran de obrar juntos cuando lo que está en juego es un negocio de varios miles de

millones de dólares. Por esta razón la guerra no nos parece una buena idea y, por lo mismo, habrá que hacer algo para desanimar a los exaltados y belicosos. Y aquí es donde entramos nosotros.

—¿Nosotros?

—Usted y yo. Me han pedido que vaya a Solaria y descubra, si puedo, lo que ha sucedido en realidad. Llevaré una nave armada… pero no con armas pesadas.

—También pueden destruirle.

—Posiblemente. Pero mi nave, por lo menos, estará sobre aviso. Además, yo no soy uno de esos héroes de hipervisión y he estudiado lo que podría hacer para disminuir el riesgo de destrucción. Se me ocurrió que una de las desventajas de la penetración colonizadora en Solaria es nuestro desconocimiento de ese mundo. Entonces, podría sernos útil llevar a alguien que lo conoce…, un solariano.

—¿Quiere decir que se propone llevarme a mí?

—En efecto.

—¿Por qué yo?

—En mi opinión debería comprenderlo sin que se lo explique. Aquellos solarianos que abandonaron el planeta se fueron sabe Dios dónde. Si queda alguno son los probables enemigos. No se conoce ningún solariano residente en otro planeta espacial que no sea Solaria, excepto usted. Es la única solariana disponible para mí…, la única en toda la Galaxia. Por eso la quiero y por eso debe venir conmigo.

—Se equivoca, colono. Si yo soy la única disponible, entonces no tiene a nadie. No estoy dispuesta a ir con usted y no hay ningún motivo, absolutamente ninguno, que pueda obligarme a ir con usted. Estoy rodeada por mis robots. Dé un solo paso en mi dirección y le inmovilizarán al instante…, y si lucha, le harán daño.

—No me propongo utilizar la fuerza. Debe venir por propia decisión… ¡Y debería quererlo! Es para evitar la guerra.

—Esto es asunto de los gobiernos, el suyo y el mío. Me niego a tener nada que ver con todo ello. Soy una ciudadana particular.

—Es un deber para con su mundo. Nosotros podemos sufrir en caso de guerra, pero Aurora también.

—Yo, lo mismo que usted, tampoco soy una heroína de hipervisión.

—Entonces me lo debe a mí.

—Está loco. Yo no le debo nada.

—No me debe nada como individuo —dijo D.G. con una media sonrisa —. Pero me debe muchísimo como descendiente de Elijah Baley.

Gladia se estremeció, helada, y se quedó mirando al monstruo barbudo durante un largo rato. ¿Cómo había podido olvidar quién era él?

Por fin, con cierta dificultad, dijo:

—No.

—Sí —insistió enérgicamente D.G.—. En dos ocasiones distintas, mi antepasado hizo más por usted de lo que pueda jamás compensarle. Ya no está entre nosotros para reclamarle la deuda…, una mínima parte de la deuda. Yo he heredado el derecho de hacerlo.

Gladia preguntó, desesperada:

—Pero ¿qué puedo hacer yo si voy con usted?

—Lo descubriremos. ¿Quiere venir?

Gladia deseaba desesperadamente negarse, pero por esta razón era por lo que Elijah había vuelto de pronto para formar parte de su vida una vez más, en las últimas veinticuatro horas. ¿Era por eso por lo que cuando se le formuló esta posible petición se le hizo en su nombre, y para que encontrara imposible negarse?

—¿Para qué? —respondió—. El Consejo no me dejará ir con usted. No permitirán que una aurorana salga del país en una nave colonizadora.

—Señora, lleva veinte décadas viviendo en Aurora, así que cree que los auroranos natos la consideran de Aurora. No es así. Para ellos sigue siendo una solariana. La dejarán salir.

—No me dejarán. —Le latía con fuerza el corazón y se le puso carne de gallina en los brazos. Tenía razón él. Pensó en Amadiro, que seguramente no la consideraba otra cosa que una solariana. No obstante, insistió tratando de auto convencerse—. No me dejarán.

—Sí —respondió D.G.—. ¿Acaso no ha venido alguien de parte del Consejo a pedirle que me recibiera?

—Me pidió solamente que informara sobre la conversación que hemos tenido. Así lo haré —concluyó, retadora.

—Si desean que me espíe aquí, en su propia casa, encontrarán mucho más útil que me espíe en Solaria… —Esperó por si ella protestaba, y al no oír nada, dijo con cierto cansancio en la voz—: Señora, si rehúsa, no voy a obligarla, porque no tendré que hacerlo. Ellos la obligarán. Pero no me gusta. El antepasado no lo hubiera querido así. Hubiera querido que viniera conmigo por agradecimiento a él y por otra razón… El antepasado trabajó para usted en condiciones en extremo difíciles. ¿No quiere esforzarse, en memoria suya?

A Gladia le dio un vuelco el corazón. Sabía que no podría resistirse; contestó:

—No puedo ir a ninguna parte sin mis robots.

—Tampoco esperaba que lo hiciera. —D.G. volvió a sonreír—. ¿Por qué no llevarse a mis dos tocayos? ¿Necesita más?

Gladia miró a Daneel, pero estaba inmóvil. Luego miró a Giskard, y lo mismo. De pronto le pareció, pero fugazmente, que su cabeza se movía, muy ligeramente, en señal afirmativa. Tenía que confiar en él. Dijo:

—De acuerdo, iré con usted. Estos dos robots son los únicos que necesitaré.

SEGUNDA PARTE

SOLARIA

EL PLANETA ABANDONADO

14

Por quinta vez en su vida, Gladia se encontró en una nave espacial. No recordaba, así de pronto, cuánto tiempo hacía que ella y Santirix fueron juntos al mundo de Euterpe porque, se decía, y era reconocido por todas partes, que sus bosques bajo la lluvia eran incomparables, especialmente a la luz romántica de su brillante satélite Gemsíone.

El bosque había resultado, en efecto, esplendoroso y verde, con los árboles perfectamente plantados en hileras y la vida animal cuidadosamente seleccionada para dar mayor colorido y placer, aunque evitando todas las criaturas desagradables o venenosas.

El satélite, de más de ciento cincuenta kilómetros de diámetro, estaba bastante cerca de Euterpe y brillaba como un resplandeciente foco de luz cegadora. Estaba tan cerca del planeta que podía vérsele ir de este a oeste en el cielo, adelantándose al movimiento de rotación, más lento, del planeta. Brillaba al subir al cenit y se iba apagando al hundirse otra vez en el horizonte.

Uno lo contemplaba fascinado la primera noche, menos, la segunda, y con un vago descontento la tercera…, suponiendo que el cielo estuviera despejado aquellas noches, que no solía estarlo.

Descubrió que los euterpanos nativos nunca lo miraban, aunque naturalmente lo alababan tumultuosamente ante los turistas. En general, Gladia disfrutó del viaje, pero lo que recordaba más vivamente era la alegría del regreso a Aurora y su decisión de no volver a viajar excepto en

circunstancias de extrema necesidad. (Pensándolo bien, había sido por lo menos ocho décadas atrás).

Por un momento vivió con el inquieto temor de que su marido insistiera en otro viaje, pero jamás volvió a planteárselo. Podía muy bien ser, pensó alguna vez, que él llegara a la misma conclusión y temiera que fuera ella la que quisiera viajar.

Evitar los viajes no les hacía diferenciarse de los demás. Los auroranos, en general, y también los espaciales, tendían a no moverse de casa.

Sus mundos, sus viviendas, eran demasiado cómodos. Después de todo, ¿qué placer podía ser mayor que el de sentirse cuidado por sus propios robots, robots que conocían el más mínimo ademán y, por ello mismo, sus costumbres y deseos sin necesidad de tener que decírselo?

Se movió inquieta. ¿Era eso lo que D.G. había querido decir al hablarle de decadencia de una sociedad robotizada?

Pero ahora volvía a estar en el espacio después de tanto tiempo y, además, en una nave de la Tierra.

No había visto gran cosa de ella, pero lo poco que había vislumbrado la angustiaba terriblemente. Le parecía que todo era rectilíneo, con ángulos cortantes y superficies lisas. Todo lo que era superfluo había sido eliminado aparentemente. Era como si nada, excepto lo funcional, debiera existir.

Aunque ella ignoraba lo que era exactamente funcional en un objeto determinado de la nave, sentía que era todo lo necesario, que no podía permitirse que nada interfiriera en la distancia más corta entre dos puntos. Todo lo aurorano (todo lo espacial, podía decirse, aunque Aurora era en este aspecto el más avanzado) se hacía a capas. La funcionalidad era la del fondo, uno no podía realmente prescindir de ella, excepto en lo que era puro ornamento, pero por encima había siempre algo para agradar a la vista y los sentidos, en general; y encima de esto, algo para satisfacer al espíritu.

¡Cuánto mejor era así! ¿O representaba tal exuberancia de creatividad humana que los espaciales no pudieran ya vivir con un Universo sin adornos… y era esto malo? ¿Iba el futuro a pertenecer a esos geometrizadores móviles? ¿O era solamente que los colonizadores no habían aprendido aún la dulzura de vida?

Pero entonces, si la vida tenía tanta dulzura, ¿por qué ella había encontrado tan poco?

No tenía nada más que hacer a bordo de esta nave sino plantearse esas preguntas y responder a ellas. Este D.G., este bárbaro descendiente de Elijah, había metido en su cabeza, con su tranquilo convencimiento, que los mundos espaciales estaban muriendo, aunque pudo ver en su breve estancia en Aurora (seguro que lo había visto) que era un mundo profundamente repleto de riqueza y seguridad.

Había intentado huir de sus propios pensamientos contemplando los holofilmes que le habían proporcionado y mirando con moderada curiosidad las imágenes temblorosas y rápidas en la superficie de proyección, cómo la historia de aventuras (todo era historia de aventuras) iba de acontecimiento en acontecimiento, con poco tiempo disponible para la conversación y ninguno para pensar o disfrutar. Igual que su mobiliario.

D.G. entró cuando estaba a mitad de una de las películas, pero ya realmente había dejado de prestar atención. No la tomó por sorpresa.

Sus robots, que guardaban la puerta, habían señalado su llegada con tiempo de sobra y no le habrían permitido entrar si no hubiera estado en situación de recibirle. Daneel entró con él.

—¿Cómo le va? —preguntó D.G. Luego, al ver que su mano apretaba un botón y las imágenes perdían intensidad y desaparecían, añadió—: No debió apagarlo. Lo hubiera visto con usted.

—No es necesario. Ya estaba cansada.

—¿Está usted cómoda?

—No del todo. Me siento… aislada.

—¡Lo lamento! Pero, yo también me sentí aislado en Aurora. No permitieron a ninguno de mis hombres que viniera conmigo.

—¿Y ésta es su revancha?

—En absoluto. En primer lugar le he permitido que sus dos robots la acompañen. En segundo lugar no soy yo, sino mi tripulación la que lo quiere así. No les gustan ni los espaciales ni los robots. Pero ¿por qué le importa tanto? ¿No disminuye este aislamiento su temor a la infección?

La mirada de Gladia era altiva, pero su voz sonó apagada:

—Me pregunto si no soy demasiado vieja para temer una infección. De todos modos ya he vivido mucho. También tengo mis guantes, mis filtros nasales y…, si fuera necesario, mi mascarilla. Además, dudo que se moleste en tocarme.

—Ni nadie —dijo D.G. en tono súbitamente amenazador, mientras su mano se acercaba al objeto que llevaba en la cadera derecha.

Los ojos de Gladia siguieron el movimiento y preguntó:

—¿Qué es eso?

D.G. sonrió y su barba pareció brillar bajo la luz. Había pelos rojos entremezclados con los demás.

—Un arma —respondió, y la desenfundó. La tomó por una empuñadura que sobresalía de su mano, como si la fuerza con que la sostenía le apretara hacia arriba. Delante, frente a Gladia, apareció un fino cilindro de unos quince centímetros de longitud. No había abertura visible.

—¿Mata a la gente esto? —preguntó Gladia tendiendo la mano.

D.G. lo retiró al instante.

—No trate nunca de alcanzar un arma, señora. Esto es peor que la mala educación, porque cualquier colono está entrenado para reaccionar violentamente ante un movimiento como el suyo, y podrían lastimarla.

Gladia, con los ojos desorbitados, apartó la mano y la colocó a su espalda.

—No amenace con violencias. Daneel no tiene sentido del humor en este aspecto. En Aurora, nadie es lo bastante bárbaro como para llevar armas.

—Bueno —dijo D.G. impertérrito ante el adjetivo—, tampoco tenemos robots para protegernos… Y éste no es un aparato para matar. Es, en cierto modo, peor. Emite una especie de vibración que estimula aquellos nervios responsables de la sensación dolorosa. Duele muchísimo más de lo que pueda imaginar. Nadie lo soportaría voluntariamente dos veces, y quienquiera que lleve esta arma raras veces tiene que emplearla. La llamamos el látigo neurónico.

—¡Repugnante! —exclamó Gladia, ceñuda—. Nosotros tenemos a nuestros robots, pero nunca lastiman a nadie, sólo en casos de emergencia, y aun entonces mínimamente.

D.G. se encogió de hombros.

—Esto suena a muy civilizado, pero un poco de dolor, un poco de muerte, incluso, es mejor que la decadencia del espíritu provocada por los robots. Además, el látigo neurónico no está previsto para matar, y su gente lleva armas en sus naves espaciales que pueden provocar la muerte en gran escala y la destrucción total.

—Esto es porque hemos tenido guerras al principio de nuestra historia, cuando nuestra herencia de la Tierra era todavía fuerte, pero hemos aprendido.

—Sí, emplearon estas armas contra la Tierra, al parecer, después de haber aprendido.

—Eso es… —empezó, pero luego cerró la boca como para tragarse lo que se disponía a decir.

—Ya lo sé —asintió D.G.—. Iba a decir «Eso es distinto». Piense en ello, y comprenderá por qué a mi tripulación no le gustan los espaciales. O por qué no me gustan a mí… Pero a mí va a serme muy útil, señora, así que no quiero que mis sentimientos me entorpezcan el camino.

—¿Cómo voy a serle útil?

—Es usted solariana.

—Siempre dice lo mismo. Han transcurrido más de veinte décadas. Ya no sé cómo es Solaria ahora. Lo ignoro todo de ella. ¿Qué era Baleymundo hace veinte décadas?

—Hace veinte décadas no existía, pero Solaria sí y yo apuesto lo que sea a que podrá recordar algo útil.

Se puso de pie, inclinó ligeramente la cabeza en un gesto de saludo, que casi resultaba burlón, y se fue.

15

Gladia mantuvo un silencio pensativo y preocupado y luego dijo:

—No fue nada cortés, ¿verdad?

—Gladia —explicó Daneel—, el colono se encuentra claramente bajo una fuerte tensión. Está dirigiéndose hacia un mundo en el que dos de sus

naves han sido destruidas y sus tripulaciones muertas. Va a enfrentarse con un gran peligro. Lo mismo que su tripulación.

—Tú siempre defiendes al ser humano, Daneel —dijo Gladia despechada—. El peligro también existe para mí, y no me enfrento a él voluntariamente, pero esto no me obliga a la descortesía.

Daneel no dijo palabra.

—Bueno, a lo mejor sí. Yo también he sido un poco incorrecta, ¿verdad?

—No creo que al colono le importara —comentó Daneel—. ¿Puedo sugerirle, señora, que se prepare para acostarse? Es muy tarde.

—Muy bien. Me prepararé, pero no creo que me sienta lo bastante relajada como para poder dormir, Daneel.

—Mi amigo Giskard me asegura que sí, señora, y suele tener razón en estas cosas.

Y sí que durmió.

16

Daneel y Giskard estaban a oscuras en el camarote de Gladia. Giskard dijo:

—Dormirá profundamente, amigo Daneel, y necesita descansar. Su viaje es peligroso.

—Tuve la impresión, amigo Giskard, de que influiste en ella para que aceptara venir. Presumo que tenías una buena razón.

—Amigo Daneel, sabemos tan poco de la naturaleza de la crisis que amenaza a la Galaxia, que no podemos rechazar a la ligera cualquier acción que pueda ampliar nuestros conocimientos. Debemos saber lo que está ocurriendo en Solaria y el único modo de hacerlo es yendo… y el único modo de ir es arreglarnos para que vaya Gladia. En cuanto a influir en ella, apenas fue necesario. Pese a lo que decía en contra, estaba ansiosa por ir. La embargaba un deseo inmenso de ver Solaria. Dentro de ella había un gran dolor, que no cesaría hasta que fuera.

—Debe de ser así, puesto que lo dices tú, pero pese a todo me desconcierta. ¿No había dicho con frecuencia que su vida en Solaria fue

desgraciada, que había adoptado completamente Aurora y que jamás quería volver a su hogar de origen?

—Sí, también lo tenía en mente con toda claridad. Ambas emociones, ambos sentimientos, existían juntos y simultáneamente. Con frecuencia lo he observado en las mentes humanas; dos emociones contrarias y simultáneamente presentes.

—Esta condición no me parece lógica, amigo Giskard.

—De acuerdo, y sólo puedo llegar a la conclusión de que los seres humanos no son lógicos, ni en todos momentos, ni en todos los aspectos. Ésta debe de ser la razón por la que es tan difícil desentrañar las leyes que rigen el comportamiento humano. En el caso de Gladia he percibido, de vez en cuando, este anhelo por Solaria. En general, estaba oculto, oscurecido por la más intensa antipatía que sentía por ese mundo. Cuando llegó la noticia de que Solaria había sido abandonada por sus habitantes, cambiaron sus sentimientos.

—¿Por qué? ¿Qué tenía que ver el abandono con las experiencias de juventud que llevaron a Gladia a esa antipatía? O, después de haber dominado su anhelo por ese mundo durante varias décadas, cuando era aún una sociedad trabajadora, ¿por qué perdió esa reserva una vez se supo que el planeta había sido abandonado por sus habitantes y de nuevo siente atracción por un mundo que ahora debería ser completamente desconocido para ella?

—No sabría explicártelo, amigo Daneel, puesto que cuanto más conozco la mente humana, más me desespera ser incapaz de comprenderla. No es una ventaja ver dentro de la mente. Con frecuencia te envidio la simplicidad del control de comportamiento que resulta de tu incapacidad de ver bajo la superficie.

Pero Daneel insistió:

—¿Has adivinado o supuesto una explicación, amigo Giskard?

—Supongo que siente pena por el planeta desierto. Ella lo abandonó hace veinte décadas…

—Fue obligada a abandonarlo.

—Pero ahora le parece que fue una deserción, e imagino que la acosa el doloroso pensamiento de haber dado el ejemplo; que si no se hubiera ido,

nadie más lo hubiera hecho y que el planeta estaría aún poblado y feliz. Como no puedo leer sus pensamientos, me limito a tantear hacia atrás, quizás incorrectamente, a juzgar por sus emociones.

—Pero ella no pudo dar ejemplo, amigo Giskard. Como hace veinte décadas que se marchó, no podemos encontrar conexiones causales, y probarlas, entre el primer acontecimiento y el último.

—De acuerdo, pero los seres humanos encuentran a veces placentero mantener emociones dolorosas, censurándose sin razón o incluso contra toda razón. En todo caso, Gladia sintió un anhelo tan vivo por regresar, que sentí que era necesario aflojar el efecto inhibitorio que no le permitía aceptar ir. Bastó el más mínimo impulso. No obstante, aunque siento la necesidad de que vaya, puesto que es el medio para que nos lleve, tengo la angustiosa impresión de que las desventajas podrían ser mayores que las ventajas.

—¿Cómo, amigo Giskard?

—Que el Consejo estuviera impaciente por hacer que Gladia acompañara al colono, podría ser debido a su deseo de que Gladia esté ausente de Aurora durante un período crucial en que se esté preparando la derrota de la Tierra y de sus mundos de colonos.

Daneel parecía estar estudiando la declaración. Por lo menos tardó un poco en preguntar.

—¿Para qué serviría, en tu opinión, tener alejada a Gladia?

—No puedo decidirlo, amigo Daneel. Quiero tu opinión.

—No he estudiado el asunto.

—¡Estúdialo ya! —De haber sido un humano, la observación de Giskard habría sido una orden.

Ahora, antes de que Daneel volviera a hablar, la pausa fue mucho más larga.

—Amigo Giskard, hasta el momento en que el doctor Fastolfe apareció en la vivienda de Gladia, jamás había mostrado el menor interés por los asuntos internacionales. Era simplemente una amiga del doctor Fastolfe y de Elijah Baley, pero esa amistad era de puro afecto personal y sin la menor base ideológica. Además, ambos ya no están con nosotros. Siente antipatía hacia el doctor Amadiro y él se la devuelve, pero eso también es personal.

La antipatía es de hace dos siglos y ni uno ni otra han hecho nada material para solucionarla sino que han mantenido tozudamente esa antipatía. No hay motivo para que el doctor Amadiro, cuya influencia es dominante en el Consejo, pueda temer a Gladia, o se tome la molestia de eliminarla.

—Pasas por alto el hecho de que apartando a Gladia —dijo Giskard— nos aparta a ti y a mí. Quizá tuvo la seguridad de que Gladia no se iría sin nosotros; así que, ¿no será que nos considera peligrosos?

—En el curso de nuestra existencia, amigo Giskard, nunca y de ninguna manera hemos dado la impresión de hacer peligrar al doctor Amadiro. ¿Qué motivos tendría para temernos? Desconoce tus habilidades y el uso que haces de ellas. ¿Por qué, entonces, se tomaría la molestia de alejarnos temporalmente de Aurora?

—¿Temporalmente, amigo Daneel? ¿Por qué asumes que lo que planea es temporal? Puede que sepa, mucho más que el colono, lo que ocurre en Solaria y sepa también que el colono y su tripulación serán destruidos… como Gladia y como tú y yo, con ellos. Puede que la destrucción de la nave del colono sea su meta principal, pero consideraría que el final de la amiga del doctor Fastolfe y los robots del doctor Fastolfe serían un regalo añadido.

Daneel objetó:

—Pero no se arriesgaría a una guerra contra los mundos de los colonos, porque podría ocurrir que la destrucción de la nave y el insignificante placer de nuestra destrucción, una vez todo sumado, no valiera la pena.

—No es posible, amigo Daneel, que sea precisamente la guerra lo que trama el doctor Amadiro; y como, en su opinión, no significa un riesgo el hecho de deshacerse de nosotros, ¿aumenta su placer sin aumentar un riesgo que no existe?

—Amigo Giskard —dijo Daneel tranquilamente—, esto no es razonable. En cualquier guerra emprendida en las actuales condiciones, los colonos ganarían. Están mejor preparados psicológicamente para los rigores de una guerra. Están más extendidos y pueden por tanto adoptar con éxito tácticas de guerrilla. Tienen relativamente poco que perder en sus mundos, relativamente primitivos, mientras que los espaciales tienen mucho que perder en sus mundos cómodos y altamente organizados. Si los colonos

estuvieran dispuestos a intercambiar la destrucción de uno de sus mundos por la de uno de los espaciales, los espaciales tendrían que rendirse.

—Pero ¿se iniciaría tal guerra en las actuales circunstancias? ¿Y si los espaciales dispusieran de una nueva arma que pudiera utilizarse para derrotar rápidamente a los colonos? ¿No podría ser ésta la crisis que se nos viene encima?

—En este caso, amigo Giskard, la victoria sería mejor y más efectiva de conseguirse en un ataque por sorpresa. ¿Por qué tomarse la molestia de instigar a una guerra que los colonos podrían lanzar por sorpresa contra los mundos espaciales y que causaría daños considerables?

—Tal vez los espaciales necesiten probar el arma, y la destrucción de las naves en Solaria represente la prueba.

—Los espaciales; serían muy poco ingeniosos si no encontraran un medio mejor de probar el arma que destruyendo una serie de naves en Solaria, descubriendo así la existencia de la nueva arma.

Esta vez fue Giskard el que se quedó pensativo.

—Está bien, amigo Daneel, ¿cómo explicarías el viaje que estamos haciendo? ¿Cómo explicarías la complacencia del Consejo, su buena voluntad, dejándonos acompañar al colono? El colono dijo que ordenarían a Gladia que fuera y, en efecto, así lo hicieron.

—No he estudiado el asunto, amigo Giskard.

—Estúdialo ahora —otra vez sonaba a orden.

—Así lo haré —respondió Daneel.

Siguió un silencio, un largo silencio, pero Giskard ni de palabra ni por gesto, mostró la menor impaciencia por esperar. Al fin, Daneel dijo… hablando despacio, como si tanteara su camino a lo largo de las extrañas avenidas del pensamiento:

—No creo que Baleymundo, ni cualquier otro de los mundos de los colonos, tenga el menor derecho a adueñarse de la propiedad robótica que hay en Solaria. Aunque los solarianos se hayan ido, o quizá muerto. Solaria sigue siendo un mundo espacial, aunque está desocupado. Así razonarían los cuarenta y nueve mundos espaciales restantes y con razón. Sobre todo Aurora razonaría así… si se sintiera dueño de la situación.

Giskard lo pensó.

—¿Estás diciéndome, amigo Daneel, que la destrucción de las dos naves de los colonos fue el modo con que los espaciales demostraron ser los propietarios de Solaria?

—No, no se haría así si Aurora, la primera potencia espacial, se sintiera dueño de la situación. Aurora simplemente anunciaría que Solaria, deshabitada o no, estaba prohibida a las naves de los colonos, amenazando con represalias contra sus mundos si cualquier nave colonizadora penetrara en el sistema planetario de Solaria, y establecerían un cordón de naves y de estaciones sensoriales en dicho sistema planetario. No hubo tal advertencia, ni tal acción, amigo Giskard. ¿Por qué destruir naves que podían mantenerse fácilmente alejadas de ese mundo?

—Pero las naves fueron destruidas, amigo Daneel. ¿Utilizarás como explicación la falta de lógica de la mente humana?

—No, a menos que tenga que hacerlo. Demos por hecha, de momento, la destrucción. Ahora veamos las consecuencias… El capitán de una sola nave se acerca a Aurora, pide permiso para discutir la situación con el Consejo, insiste en llevarse consigo a un ciudadano aurorano para investigar los hechos ocurridos en Solaria. El Consejo cede en todo. Si la destrucción de las naves, sin previo aviso, es algo demasiado fuerte para Aurora, ceder a todas las peticiones del colono es un acto de suma debilidad. Lejos de buscar una guerra. Aurora, al ceder, parece estar dispuesta a cualquier cosa con tal de evitar la posibilidad de una guerra.

—Sí —dijo Giskard—, éste es un modo posible de interpretar los acontecimientos. Pero ¿qué va a pasar?

—Me parece que los mundos espaciales no están tan débiles que deban comportarse con tal servilismo… Y si lo estuvieran, el orgullo de tantos siglos de dominio les impediría hacerlo. Lo que les mueve debe de ser algo más que debilidad. He señalado que no pueden instigar una guerra deliberadamente, así que es probable que estén tratando de ganar tiempo.

—¿Con qué fin, amigo Daneel?

—Quieren destruir a los colonos, pero aún no están preparados. Permiten que este colono obtenga lo que desea, para evitar una guerra hasta estar dispuestos a luchar a su modo. Lo único que me sorprende es que no ofrecieran mandar una nave de guerra aurorana. Si este análisis es correcto,

y creo que lo es, Aurora no puede haber tenido nada que ver con los incidentes de Solaria. No se permitirían pequeñas vejaciones que sólo servirían para alertar a los colonos antes de que estuvieran listos con algo devastador.

—Entonces, ¿a qué estas pequeñas vejaciones como tú las llamas, amigo Daneel?

—Lo descubriremos, quizá, cuando desembarquemos en Solaria. Puede ser que Aurora sienta tanta curiosidad como nosotros y los colonos, y que ésta sea otra razón por la que han querido colaborar con el capitán, al extremo de permitir a Gladia que le acompañe.

Fue ahora Giskard el que guardó silencio. Finalmente dijo:

—¿Y cuál sería esa misteriosa devastación que planean?

—Hace un momento hemos hablado de una crisis provocada por el plan espacial para derrotar a la Tierra, pero nos servimos de la Tierra en sentido general, implicando a todos los terrícolas con sus descendientes en los mundos colonizados. Sin embargo, si sospechamos seriamente la preparación de un golpe devastador que permita a los espaciales derrotar a sus enemigos de una sola vez, podremos clarificar nuestro punto de vista. No pueden planear un ataque a un solo mundo de colonos. Individualmente, los mundos colonizados son vulnerables pero el resto devolvería inmediatamente el golpe. Tampoco pueden planear un ataque a varios o a todos los mundos colonizados. Hay demasiados y están extendidos demasiado difusamente. No es fácil que todos los ataques tuvieran éxito y los que sobrevivieran, enfurecidos y desesperados, llevarían la desolación a todos los mundos espaciales.

—Entonces amigo Daneel, tu razonamiento es que tratarán de atacar la Tierra.

—Sí, amigo Giskard. La Tierra contiene la gran mayoría de seres humanos de vida breve; es la fuente perenne de los emigrantes a los mundos de los colonizadores y es la principal materia prima para fundar nuevos mundos; es la reverenciada madre patria de todos los colonos. Si la Tierra fuera destruida, el movimiento colonizador podría no recobrarse.

—Pero, entonces, ¿los mundos devolverían el golpe con tanta o más fuerza que si uno de ellos hubiera sido destruido? En mi opinión, sería

inevitable.

—También en la mía, amigo Giskard. Por lo tanto, me parece que a menos que los mundos espaciales se hayan vuelto locos, el ataque tendría que ser sutil; uno del que no parecieran responsables los espaciales.

—¿Por qué no asestar ese golpe sutil contra los mundos de los colonizadores, que ahora son los que detentan el mayor potencial de guerra de los terrícolas?

—Pues o porque los espaciales creen que un ataque a la Tierra sería más devastador psicológicamente o porque la naturaleza del golpe es de tal tipo que sólo funcionaría contra la Tierra y no contra los mundos colonizadores. Sospecho lo último, puesto que la Tierra es un mundo único y su sociedad es diferente de la de los demás mundos colonizadores o espaciales por igual.

—En resumen, amigo Daneel, llegas a la conclusión de que los espaciales se proponen un ataque sutil a la Tierra que la destruiría sin evidencia de que ellos fueran la causa, y sería un golpe que no afectara a ninguno de los otros mundos, y que todavía no están preparados para ponerlo en práctica.

—Sí, amigo Giskard, pero puede que no tarden, y una vez listos tendrán que actuar inmediatamente. Cualquier retraso aumentará el riesgo de una filtración que les pondría en evidencia.

—Deducir todo esto, amigo Daneel, de las pocas indicaciones de que disponemos, es digno de alabanza. Dime ahora la naturaleza del golpe.

—He llegado tan lejos, amigo Giskard, pisando un terreno tan resbaladizo, sin estar completamente seguro de que mi razonamiento era enteramente cierto. Pero incluso suponiendo que lo fuera, no puedo seguir adelante. Me temo que no sé, no puedo imaginar, la naturaleza del golpe.

—Pero no podremos tomar las medidas apropiadas para neutralizar el golpe y resolver la crisis, hasta que sepamos de qué tipo va a ser —dijo Giskard—. Si esperamos a que el propio golpe se descubra por sus resultados, será demasiado tarde para poder hacer algo.

—Si hay un espacial que conozca la naturaleza del acontecimiento futuro, sólo puede ser Amadiro. ¿No podrías obligar a Amadiro a

anunciarlo públicamente y así poner sobre aviso a los colonizadores y hacerlo inservible? —propuso Daneel.

—No podría hacerlo, amigo Daneel, sin destruir su mente por completo. Dudo que pudiera mantenerla intacta lo suficiente como para permitirle anunciarlo. No, no podría hacerlo.

—Quizás, entonces —insinuó Daneel— podríamos consolarnos con la idea de que mi razonamiento es erróneo y que no se prepara nada contra la Tierra.

—No —respondió Giskard—. Mi sensación es que estás en lo cierto y que, sencillamente, debemos esperar… impotentes.

17

Gladia esperaba, casi con dolorosa anticipación, la conclusión del «Salto» final. Para entonces estarían tan cerca de Solaria que podría descubrir su sol como un disco.

Sería solamente un disco, claro, un círculo de luz sin relieves, de intensidad amortiguada hasta el extremo de que podría contemplarse sin quedar deslumbrado, después de que su luz pasara por el filtro apropiado.

Su aparición no sería única. Todas las estrellas arrastraban, entre sus planetas, un mundo habitable en el sentido humano con una lista interminable de requisitos que las hacía a todas parecidas entre sí. Todas eran estrellas solitarias… ni mayores ni menores que el sol que brillaba sobre la Tierra…, ni demasiado activas, ni demasiado viejas, ni demasiado quietas, ni demasiado jóvenes, ni demasiado frías, ni demasiado peculiares en su composición química. Todas tenían manchas solares, resplandores y protuberancias y todas parecían iguales a primera vista. Era precisa una cuidadosa espectro-heliografía para descubrir los detalles que hacían distinta a cada estrella.

Pero, cuando Gladia se encontró contemplando un círculo de luz que para ella era algo más que un círculo de luz, se le llenaron los ojos de lágrimas. Nunca, cuando vivía en Solaria, había pensado en el sol; no era otra cosa que una eterna fuente de luz y calor, saliendo y poniéndose a un

ritmo invariable. Cuando marchó de Solaria había contemplado aquel sol que desaparecía tras ella sin nada más que agradecimiento. No recordaba nada que se le luciera más preciado.

No obstante, ahora lloraba en silencio. Sentía vergüenza por experimentar aquella pena que no podía explicarse, pero no por ello dejó de llorar.

Cuando se encendió la luz de entrada, hizo un mayor esfuerzo.

Tenía que ser D.G.; nadie más se acercaría a su camarote.

—¿Lo dejo entrar, señora? —preguntó Daneel—. Está usted muy emocionada.

—Sí, Daneel, estoy muy emocionada, pero déjalo entrar. Supongo que no se va a sorprender.

Pero sí se sorprendió. Por lo menos, entró con una amplia sonrisa en su rostro barbudo, una sonrisa que desapareció casi al instante. Dio un paso atrás y dijo en voz baja.

—Volveré más tarde.

—¡Quédese! No es nada. Una estúpida reacción momentánea. —Sorbió las lágrimas y se secó furiosamente los ojos—. ¿Por qué ha venido?

—Quería discutir sobre Solaria con usted. Si nos va bien un micro ajuste, aterrizaremos mañana. Pero si ahora no está bien para discutir…

—Estoy perfectamente bien. Tengo que hacerle una pregunta. ¿Por qué hemos necesitado tres «saltos» para llegar hasta aquí? Con un «salto» bastaba. Por lo menos uno solo bastaba cuando fui de Solaria a Aurora hace veinte décadas. Seguro que la técnica de los viajes espaciales no ha decaído desde entonces.

D.G. volvió a sonreír.

—Acción evasiva. Si una nave aurorana venía siguiéndonos, yo quería…, digamos, desconcertarla.

—¿Y por qué iba a seguirnos?

—Simplemente una idea, señora. El Consejo estaba excesivamente deseoso de ayudar, pensé. Sugirieron que una nave aurorana podría unirse a mi expedición a Solaria.

—Bien, podía habernos ayudado, ¿verdad?

—Quizá, si estuviera seguro de que Aurora no tramaba algo. Dije claramente al Consejo que podía prescindir…, o mejor dicho —señaló a Gladia con el dedo—, que sólo la necesitaba a usted. Sin embargo, ¿no podía el Consejo enviar una nave aun contra mi voluntad? Por pura bondad de corazón, digamos. Sigo sin querer acompañamiento; tendremos suficientes problemas sin tener que mirar nerviosamente por encima del hombro en todo momento. Así que puse dificultades para que me siguieran. ¿Cuánto sabe sobre Solaria, señora?

—¿No se lo he repetido bastante? No sé nada. Han pasado veinte décadas.

—No, señora, ahora estoy hablando de la psicología de los solarianos. Esto no puede haber cambiado en veinte décadas… Dígame, por qué han abandonado su planeta.

—La historia, tal como la he oído contar —respondió Gladia, tranquila—, es que la población había ido declinando poco a poco. Una combinación de muertes prematuras y escasa natalidad fueron las causas aparentes.

—¿Le parece una buena razón?

—Por supuesto. Siempre ha habido pocos nacimientos. —Se concentró para recordar—. La costumbre solariana no hace fácil la fecundación, ya sea natural, artificial o ectogenéticamente.

—¿Nunca tuvo hijos, señora?

—En Solaria, no.

—¿Y las muertes prematuras?

—Sólo puedo suponerlas. Me figuro que se debían a un sentimiento de fracaso. Solaria no funcionaba bien, aunque los solarianos habían puesto un gran fervor emocional por lograr que su mundo tuviera una sociedad ideal, no sólo mejor que la que jamás tuvo la Tierra, sino casi más perfecta que la de cualquier otro mundo espacial.

—¿Me está diciendo que Solaria se moría por el corazón destrozado de su gente?

—Si le gusta exponerlo de esta forma tan ridícula —replicó Gladia, disgustada.

—Se deduce de lo que me ha estado diciendo —observó D.G. encogiéndose de hombros—. Pero ¿realmente la habrán abandonado?

¿Adónde habrán podido ir? ¿Cómo vivirán?

—No lo sé.

—Pero, señora, es bien sabido que los solarianos están acostumbrados a grandes propiedades, a ser servidos por millares de robots, de modo que cada solariano vive prácticamente aislado. Si abandonan Solaria, ¿adónde irán a encontrar una sociedad que les dé lo mismo? ¿Habrán ido realmente a otro mundo espacial?

—No, que yo sepa. Pero, claro, tampoco me lo han dicho.

—¿Pueden haber encontrado un mundo nuevo para ellos? De ser así tiene que ser primitivo y requerirá mucho trabajo para transformarlo. ¿Estarán preparados para ello?

Gladia sacudió la cabeza negativamente:

—No lo sé.

—Quizá no se han ido de verdad.

—Solaria está evidentemente vacía.

—¿De qué evidencia se trata?

—Todas las comunicaciones interplanetarias han cesado. Toda radiación del planeta, excepto la que se origina en los trabajos de los robots o por causas naturales, ha cesado.

—¿Cómo lo sabe?

—Por los informes de las noticias auroranas.

—Sí. ¡Los informes! ¿No puede ser que alguien mienta?

—¿Cuál sería el propósito de la mentira? —Gladia se ofendió por la sugerencia.

—Que nuestras naves se sintieran atraídas hacia ese mundo y fueran destruidas.

—Esto es ridículo, D.G. —Su voz se hizo cortante—. ¿Qué ganarían los espaciales destruyendo dos naves mercantes gracias a un subterfugio tan complicado?

—Algo ha destruido dos naves de colonizadores en un planeta supuestamente vacío. ¿Cómo puede explicarlo?

—No puedo. Presumo que vamos a Solaria a encontrar una explicación.

D.G. la contempló gravemente.

—¿Podría usted guiarme a su «país» cuando vivía en Solaria?

—¿Mi propiedad? —le preguntó asombrada.

—¿No le gustaría volver a verla?

A Gladia le dio un vuelco el corazón.

—Sí, me gustaría, pero ¿por qué mi propiedad?

—Las dos naves destruidas aterrizaron en lugares del planeta muy distantes, no obstante ambas fueron destruidas con suma rapidez. Aunque cada lugar puede ser mortal, tengo la impresión de que el suyo puede serlo menos que los otros.

—¿Por qué?

—Porque allí quizá podríamos recibir ayuda de los robots. Los reconocería, ¿verdad? Supongo que duran más de veinte décadas. Daneel y Giskard lo confirman. Y los que estuvieron allí cuando vivía en su finca todavía la reconocerán, ¿verdad? La tratarían como a su dueña y tendrían en cuenta la obediencia que le deben incluso más allá de la que deberían a seres humanos corrientes.

—En mi finca había diez mil robots. Yo conocía de vista quizás a unas tres docenas. Al resto nunca los vi, y puede que tampoco ellos me vieran a mí. Los robots agrícolas no son muy avanzados, ¿sabe?, como tampoco lo son los forestales o los mineros. Los robots domésticos todavía me recordarían si no han sido vendidos o transferidos desde que me fui. También ocurren accidentes, averías, y algunos no duran veinte décadas. Además, cualquiera que sea su idea sobre la memoria de los robots, la memoria humana es falible y tal vez yo no recuerde a ninguno.

—Así y todo —insistió D.G.—, ¿puede dirigirme a su propiedad?

—¿Por la latitud y la longitud? No.

—Tengo mapas de Solaria. ¿Servirían de algo?

—Quizás aproximadamente. Está situada en la región meridional del continente nórdico de Heliona.

—Y una vez que nos hayamos aproximado, ¿puede servirse de puntos de referencia para mayor precisión, si rozamos la superficie de Solaria?

—¿Por costas marinas y ríos, quiere decir?

—Sí.

—Creo que puedo.

—Magnífico. Entretanto vea si puede recordar los nombres y aspecto de alguno de sus robots. Eso puede significar la diferencia entre vivir o morir.

18

D.G. Baley parecía una persona distinta entre sus oficiales. La amplia sonrisa no existía, ni la tranquila indiferencia ante el peligro. Estaba sentado, estudiando los mapas, con una expresión de gran concentración en su rostro.

Les dijo:

—Si la mujer está en lo cierto, tenemos la propiedad señalada por sus límites aproximados, y si nos movemos volando raso, dentro de poco la tendremos exactamente delimitada.

—Pero malgastaremos energía, capitán —objetó Jamin Oser, segundo de a bordo. Era alto y, como D.G., barbudo. La barba era rojiza, como sus cejas, arqueadas sobre los ojos azules. Parecía algo viejo, pero uno sacaba la impresión de que era debido más a la experiencia que a los años.

—No puedo evitarlo —dijo D.G.—. Si dispusiéramos de la antigravedad que los técnicos no dejan de prometernos, todo sería distinto.

Volvió a mirar el mapa y prosiguió:

—Dice que debe encontrarse a lo largo de este río, a unos setenta kilómetros arriba de la desembocadura en ese otro río mayor. Si no se equivoca.

—Parece dudar —dijo Chandrus Nadirhaba, cuya insignia indicaba que era el piloto y responsable del aterrizaje en el punto correcto o, en todo caso, en el punto elegido. Su tez oscura y el cuidado bigote acentuaban la hermosa fuerza de su rostro.

—Recuerda la situación; han pasado veinte décadas. ¿Qué detalles recordarían de un lugar que no han visto hace tres décadas? —insistió D.G. —. No es un robot. Puede haberlo olvidado.

—Entonces, ¿para qué traerla? —masculló Oser—. ¿Y el otro y el robot? Inquietan a la tripulación y a mí tampoco acaban de gustarme.

Nadirhaba dijo fríamente:

—Si morimos, morimos. No seríamos mercaderes si ignoráramos que la muerte inesperada es la otra cara del negocio. Y para esta misión somos todos voluntarios. De todos modos, no nos hará daño saber por dónde puede venirnos la muerte, capitán. Si lo imagina, ¿debe ser un secreto?

—En absoluto. Los solarianos supuestamente se han ido. Pero supongamos que un par de centenares se han quedado disimuladamente atrás para guardar la tienda, por decirlo de algún modo.

—¿Y qué pueden hacerle a una nave armada capitán? ¿Poseen acaso alguna arma secreta?

—No tan secreta. Solaria está abarrotada de robots. Ésta es la razón por la que las naves colonizadoras aterrizaron en este mundo en primer lugar. Cada solariano podía tener un millón de robots a su disposición. Un ejército enorme.

Eban Kalaya se ocupaba de las comunicaciones. Hasta aquel momento no había dicho nada, consciente de su inferioridad, que parecía ser más evidente por ser el único entre los cuatro oficiales presentes sin vello en la cara. Ahora se atrevió a comentar:

—Los robots no pueden hacer daño a los seres humanos.

—Así se nos ha dicho —dijo D.G. tajante—, pero ¿qué sabemos nosotros de robots? Lo que sabemos es que dos naves fueron destruidas y unos cien seres humanos también, todos ellos buenos colonos, y que han muerto en dos puntos muy distantes de un mundo abarrotado de robots.

»¿Cómo pudo hacerse, si no fue por los robots? Ignoramos la clase de órdenes que un solariano puede haberles dado o por qué trucos han podido saltarse la llamada primera ley de la Robótica. Así que —prosiguió—, tenemos que servirnos de alguna estratagema. Por lo que sabemos, por los informes llegados de las naves antes de que fueran destruidas, todos los hombres de a bordo bajaron a tierra al llegar. Al fin y al cabo, era un mundo vacío y todos querían estirar las piernas, respirar aire puro y contemplar los robots que habían venido a buscar. Sus naves estaban desprotegidas y ellos indefensos cuando llegó el ataque. Pero esta vez no ocurrirá así. Bajaré a tierra y el resto de ustedes se quedará a bordo o muy cerca de la nave.

Los ojos oscuros de Nadirhaba reflejaron desaprobación.

—¿Por qué usted, capitán? Si necesita a alguien que sirva de cebo puede servir cualquiera que sea menos necesario que usted.

—Aprecio la intención, piloto. Pero no bajaré solo. Conmigo vendrán la mujer espacial y sus acompañantes. Ella es lo esencial. Puede que conozca a algún robot, o que alguno la reconozca. Tengo la esperanza de que si los robots han recibido órdenes de atacarnos, no la ataquen a ella.

—¿Quiere decir que recordarán a la antigua señorita y caerán de rodillas? —rezongó Nadirhaba.

—Dígalo como quiera. Por eso la traje y por eso hemos aterrizado en sus tierras. Tengo que estar con ella porque soy el único que la conoce algo, y he de ver cómo se comporta. Una vez que hayamos sobrevivido utilizándola como escudo, sabiendo así a qué nos enfrentamos exactamente, podremos proceder por nuestra cuenta. No la necesitaremos más.

—Y después, ¿qué haremos con ella? —preguntó Oser—, ¿echarla al espacio?

D.G. rugió:

—La devolveremos a Aurora.

—Debo decirle, capitán, que la tripulación lo considerará un viaje oneroso e innecesario —observó Oser—. Pensará que bien podemos dejarla en este maldito mundo. Después de todo, es de donde procede.

—Sí —dijo D.G.— y éste es el día en que recibo órdenes de la tripulación.

—Claro que no, pero la tripulación tiene sus opiniones y una tripulación disgustada puede hacer peligroso el viaje.

LA TRIPULACIÓN

19

Gladia pisaba tierra solariana. Aspiró el aroma de la vegetación no del todo parecido a los aromas de Aurora, y de pronto fue como si no hubieran pasado veinte décadas.

Sabía que nada podía devolverle los momentos pasados, como lo hacían los olores. Ni las vistas, ni los sonidos.

Sólo aquel olor ligero, único, que la devolvía a la infancia, a la libertad de corretear cuidadosamente vigilada por una docena de robots, a la excitación de ver a otros niños, de detenerse a veces, para mirarse tímidamente, acercándose uno a otro, despacio, paso a paso, alargando las manos para tocarse y luego la voz de un robot diciéndole: «Basta, señorita Gladia». Y se la llevaban, mirando por encima del hombro al otro niño, que llevaba también un grupo de robots vigilantes.

Recordó el día en que se le dijo que sólo podría ver a otros seres humanos por holovisión. Ver, le dijeron, no mirar. Los robots decían mirar como si fuera una palabra que no debieran mentar, así que la murmuraban.

A ellos sí podía mirarles, pero ellos no eran seres humanos.

Al principio no fue tan malo. Las imágenes con las que podía hablar eran tridimensionales, y se movían libremente. Podían hablar, correr, hacer cabriolas si así lo deseaban, pero no podían tocarse. Y, luego, le dijeron que podría mirar a uno que había visto muchas veces y que le gustaba. Era un hombre hecho y derecho, un poco mayor que ella, pero parecía joven, como

ocurría en Solaria. Tendría permiso para seguir viéndole, y, si lo deseaba, siempre que fuera necesario.

Lo deseaba. Recordaba cómo fue… exactamente cómo fue aquel primer día. Ni uno ni otro podían hablar por la emoción. Se acercaron para mirarse, temerosos de tocarse. Se trataba del matrimonio.

Y lo fue, naturalmente. Y volvieron a encontrarse, mirándose sin ver porque estaban casados. Finalmente llegarían a tocarse. Era lo que se esperaba de ellos.

Fue el día más excitante de su vida…

Rabiosamente, Gladia detuvo sus pensamientos. ¿Para qué seguir?

Ella, tan anhelante y cálida, él tan frío y distante. Y siguió siendo frío. Cuando iba a visitarla, a intervalos fijos, para los ritos que pudieran (o no pudieran) lograr fecundarla, le recibía con tan clara repugnancia, que no tardó en desear que se olvidara de ella. Pero él era un hombre cumplidor de su deber y no lo hizo nunca.

Entonces llegó el día, después de años de arrastrar su infelicidad, en que lo encontró muerto con el cráneo aplastado. Ella era la única posible sospechosa. Elijah Baley la salvó entonces y la sacó de Solaria y la llevó a Aurora.

Ahora había vuelto, y aspiraba el olor de Solaria.

Nada más le resultaba familiar. La casa, a distancia, no se parecía en nada a la que recordaba vagamente. En veinte décadas había sido modificada, derribada, reconstruida. No podía siquiera percibir nada familiar con el propio terreno.

Se encontró alargando la mano hacia atrás para tocar la nave colonizadora que la había traído a este mundo que olía a hogar pero que ya no lo era…, quería tocar lo que le resultara familiar por comparación.

Daneel, que estaba junto a ella, a la sombra de la nave, preguntó:

—¿Ve los robots, Gladia?

Había, en efecto, un grupo a unos cien metros de distancia entre los árboles de una huerta, mirándola gravemente, inmóviles, brillando al sol su bien pulido metal grisáceo que Gladia recordaba de los antiguos robots.

—Los veo, Daneel.

—¿Hay algo familiar en ellos, señora?

—En absoluto. Parecen modelos nuevos. No puedo recordar a ninguno y estoy segura de que ellos tampoco pueden recordarme. Si D.G. esperaba sacar algo de mi supuesta familiaridad con los robots de mi finca, tendrá que olvidarlo.

—No parece que estén haciendo nada, señora —dijo Giskard.

—Se comprende. Somos intrusos y han venido a observarnos y a informar sobre nosotros de acuerdo con las órdenes que hayan recibido. No obstante, ahora no tienen a nadie a quien informar, y se limitan a observar en silencio. Careciendo de otras órdenes, presumo que no harán otra cosa, pero tampoco dejarán de vigilar.

—No estaría de más, Gladia —dijo Daneel— que nos retiráramos a nuestro sector de la nave. Creo que el capitán está supervisando la construcción de defensas y no está aún dispuesto para ir a investigar. Sospecho que no aprobará que haya abandonado su camarote sin su permiso.

Gladia se irguió, altiva:

—No pienso retrasar el pisar la superficie de mi tierra sólo para satisfacer su capricho.

—Tengo entendido que los miembros de la tripulación están ocupados por las cercanías y algunos ya se han dado cuenta de su presencia aquí.

—Y se están acercando —observó Giskard—. Si desea evitar la contaminación…

—Estoy preparada. Filtros nasales y guantes.

Gladia no comprendía la naturaleza de las estructuras que se estaban levantando sobre el suelo, junto a la nave. La mayoría de los tripulantes, absortos en la construcción, no había visto a Gladia y a sus dos compañeros, por encontrarse a la sombra (estaban en la estación calurosa de esa parte de Solaria, con tendencia a aumentar y disminuir la temperatura más que en Aurora, porque el día solariano tenía seis horas más que el aurorano).

Los tripulantes que se acercaban eran cinco. Uno de ellos, el más alto y más fuerte, señalaba en dirección a Gladia. Los otro cuatro miraban, inquietos por el momento como si solamente sintieran curiosidad. A una señal del primero, volvieron a acercarse cambiando ligeramente de dirección como para llegar directamente al trío aurorano.

Gladia observó en silencio y con las cejas levantadas despectivamente, Daneel y Giskard esperaban, impasibles. Éste dijo en voz baja a Daneel:

—No sé dónde está el capitán. No puedo distinguirle en medio de la tripulación.

—¿Nos retiramos? —preguntó Daneel en voz alta.

—Sería vergonzoso —respondió Gladia—. Éste es mi mundo.

Se mantuvo en su lugar y los cinco tripulantes fueron acercándosele lentamente.

Habían estado trabajando, era una labor dura («como robots», pensó Gladia, con desprecio) y sudaban. Gladia percibió el hedor que venía de ellos. Esto habría servido para alejarla más que las amenazas, pero decidió no moverse. Los filtros de nariz, estaba segura, mitigarían el efecto del olor.

El tripulante alto se acercó más que los demás. Tenía la piel bronceada. Sus brazos desnudos brillaban por la humedad y ponía de relieve su musculatura. Contaría unos treinta años (por lo que Gladia podía juzgar sobre la edad de esos seres de vida breve) y si hubiera estado bien vestido y lavado, podía resultar bien parecido.

Le dijo:

—Usted debe de ser la dama espacial de Aurora que hemos traído en nuestra nave. —Hablaba despacio, tratando de conseguir un acento aristocrático en su idioma galáctico. Por supuesto, no lo logró porque hablaba como un colono, mucho peor que D.G.

Gladia contestó, afirmando sus derechos territoriales.

—Soy de Solaria colono. —Se detuvo, turbada. Había pasado mucho tiempo pensando en Solaria y ahora que habían desaparecido veinte décadas, su acento fue fuertemente solariano, con las «aes» abiertas y las «erres» arrastradas, mientras que la «i» sonaba espantosamente como «oi».

Volvió a decir, con voz más baja y menos imperativa, en la que el acento de universidad de Aurora, el galáctico estándar de los mundos espaciales, se percibió claramente:

—Soy de Solaria, colono.

El colono rió y se volvió a los otros:

—Habla con finura, tuvo que esforzarse. ¿Verdad, compañeros?

Los demás se echaron a reír y uno dijo:

—Hazla hablar un poco más, Niss. A lo mejor aprendemos todos a hablar como las pajaritas espaciales. —Y apoyó una mano en la cadera.

Sin dejar de sonreír Niss les pidió:

—Cállense todos. —Y se hizo el silencio al momento. Se volvió de nuevo a Gladia y se presentó—: Soy Berto Niss, tripulante de Primera Clase. ¿Y su nombre, mujercita?

Gladia no se atrevió a hablar de nuevo. Niss insistió:

—Estoy siendo cortés, mujercita. Le hablo como un caballero, como un espacial. Sé que es lo bastante vieja como para ser mi bisabuela. ¿Cuántos años tiene, mujercita?

—¡Cuatrocientos! —gritó uno de los hombres, detrás de Niss—, pero no lo parece.

—¡Ni cien! —dijo otro.

—Parece adecuada para un poco de intercambio —sugirió un tercero— y a lo mejor lleva mucho tiempo sin probarlo. Pregúntale si está dispuesta, Niss. Sé bien educado y pídele si podemos hacerlo por turnos.

Gladia enrojeció y Daneel intervino:

—Tripulante de Primera Clase Niss, sus compañeros están ofendiendo a la señora Gladia. ¿Quieren retirarse?

Niss se volvió a mirar a Daneel, al que había ignorado totalmente hasta entonces. La sonrisa se borró de su rostro al contestar:

—Oiga: Esta mujercita es intocable. Lo dijo el capitán. No la molestaremos. Sólo unas palabras inofensivas. Esa cosa es un robot. No nos meteremos con él y él no puede dañarnos. Conocemos lo de las tres leyes de la Robótica. Le ordenamos que se aparte de nosotros. Pero usted es un espacial y el capitán no ha ordenado respecto a usted. Así que —le señaló con un dedo— no intervenga, no se meta con nosotros, o le estropearemos su bonita piel y a lo mejor se echa a llorar.

Daneel no dijo nada. Niss movió la cabeza asintiendo.

—Muy bien. Me gusta ver a alguien lo bastante listo para no empezar algo que no podría terminar.

Se volvió a Gladia y le dijo:

—Ahora, mujercita espacial, la dejaremos tranquila porque el capitán no quiere que se la moleste. Si uno de estos hombres ha hecho un comentario

algo grosero, es natural. Démonos la mano y seamos amigos… Espacial, colono, ¿qué diferencia hay?

Tendió la mano a Gladia, que retrocedió horrorizada. La mano de Daneel saltó hacia adelante en un movimiento que fue casi demasiado rápido para que pudiera verse, y agarró la muñeca de Niss:

—Tripulante de Primera Clase Niss —dijo entre dientes— no se atreva a tocar a la señora.

Niss bajó los ojos, miró su mano y los dedos que la sujetaban con firmeza. En voz baja y amenazadora, ordenó:

—Dispone de tres segundos para soltarme.

La mano de Daneel se apartó:

—Debo hacer lo que me pide porque no quiero lastimarle, pero debo proteger a la señora. Si ella no quiere que la toquen, y creo que es lo que desea, me veré obligado a tomar la decisión de lastimarle. Le ruego que acepte mi promesa de que haré cuanto pueda para minimizar el dolor.

Uno de los tripulantes gritó alegremente:

—Dale en las narices, Niss. Es un charlatán.

—Mire, espacial —dijo Niss—, le he dicho por dos veces que se apartara y usted me ha tocado. Ahora se lo diré por tercera vez y basta. Haga un solo movimiento, diga una sola palabra, y le partiré en dos. Esta mujercita me estrechará la mano amistosamente. Luego nos iremos. ¿Le parece justo?

Gladia exclamó con voz entrecortada:

—No quiero que me toque. Haz lo que sea necesario.

—Señor, con el debido respeto, la señora no desea que la toquen —dijo Daneel—. Debo rogarle, y a todos ustedes…, que se marchen.

Niss sonrió y un robusto brazo hizo como si quisiera apartar a Daneel, y hacerlo con fuerza. El brazo izquierdo de Daneel volvió a dispararse y Niss se encontró otra vez sujeto por la muñeca.

—Váyase, por favor, señor —repitió Daneel.

Niss siguió mostrando los dientes, pero ya no sonreía. Levantó violentamente el brazo. La mano de Daneel también se alzó un instante y poco a poco se detuvo. Su rostro no reflejaba ningún esfuerzo. Bajó la

mano, tirando del brazo de Niss y, entonces, con un rápido giro le dobló el brazo contra su ancha espalda y lo mantuvo allí.

Niss, que se encontró inesperadamente de espaldas a Daneel, levantó su otro brazo por encima de la cabeza en busca del cuello de Daneel. Su otra muñeca fue sujetada y bajada más allá de lo posible y Niss gimió por el dolor.

Los otros cuatro tripulantes, que habían estado mirando alegremente, permanecieron ahora en sus puestos inmóviles, silenciosos, con la boca abierta. Niss les miró y gimió.

—¡Ayudadme!

—No le ayudarán, señor, porque el castigo del capitán será peor si lo intentan —dijo Daneel—. Debo pedirle que me prometa que no molestará más a la señora y que se retirarán tranquilamente todos. De lo contrario, lo lamentaré mucho, tripulante de Primera Clase Niss, tiraré de sus brazos y se los descoyuntaré.

Mientras hablaba apretó las muñecas con más fuerza y Niss emitió un gemido sordo.

—Le ruego me perdone señor, pero actúo bajo severas órdenes. ¿Me lo promete?

Niss se revolvió hacia atrás con rabia, pero antes de que su bota entrara en contacto con Daneel, éste se había apartado hacia un lado y derribado al atacante. Cayó pesadamente boca abajo.

—¿Me lo promete, señor? —repitió Daneel, tirando con suavidad de las muñecas de modo que los brazos del tripulante se alzaron ligeramente.

Niss gritó y dijo medio incoherente:

—Lo prometo. Suélteme.

Daneel lo soltó al momento y dio un paso atrás. Lenta y dolorosamente. Niss se volvió, moviendo los brazos poco a poco y haciendo girar las muñecas con una mueca de dolor. Luego, cuando su brazo derecho estuvo cerca de la pistolera que llevaba, trató torpemente de sacar el arma.

El pie de Daneel cayó sobre su mano y se la mantuvo pegada a tierra.

—No haga esto, señor, o me veré obligado a romperle alguno de los huesecitos de su mano. —Se agachó y sacó el arma de la funda—. Ahora, levántese.

—Bien, señor Niss —dijo otra voz—. Obedezca y póngase de pie.

D.G. Baley estaba a su lado, con la barba erizada, el rostro ligeramente sofocado y su voz peligrosamente tranquila.

—Ustedes cuatro —ordenó— entréguenme sus armas, de una en una. Vamos, un poco más de prisa. Una…, dos…, tres…, cuatro. Ahora sigan firmes un rato más. Señor —esta vez se dirigía a Daneel—, deme el arma que tiene en las manos. Bien, cinco. Y, ahora, señor Niss, cuádrese.

Y depositó las armas en el suelo, a su lado.

Niss se puso firme, con los ojos inyectados en sangre; el rostro contraído, sufriendo visiblemente.

—Ahora, que alguien, por favor me diga lo que ha ocurrido, —dijo D.G.

—Capitán —se interpuso Daneel rápidamente—, el señor Niss y yo hemos tenido un pequeño altercado en broma. No ha habido daños.

—Sin embargo, el señor Niss parece haberse lastimado.

—Ha sido un daño pasajero, capitán —explicó Daneel.

—Bien, lo discutiremos más tarde…, señora. —Volvió la cabeza para dirigirse a Gladia—. No recuerdo haberle dado permiso para salir de la nave. Volverá a su camarote con sus dos acompañantes, inmediatamente. Yo soy el capitán aquí, y esto no es Aurora. Haga lo que le digo.

Daneel apoyó una mano consoladora en el codo de Gladia. Ella, levantó la barbilla, se volvió y subió por la pasarela hasta la nave, con Daneel a su lado y seguida por Giskard.

D G. se volvió hacia la tripulación.

—Ustedes cinco —dijo, y su voz no cambió de tono— entren conmigo. Llegaremos al fondo de esto, o de ustedes.

Y señaló a un subalterno que recogiera las armas y se las llevara.

20

D.G. miró a los cinco, ceñudo. Estaba en su cámara, la única parte de la nave que parecía holgada y vagamente lujosa.

Señalando a cada uno por turno, dijo:

—Bueno, así es como lo vamos a hacer. Usted me dirá exactamente lo que ocurrió, palabra por palabra, movimiento tras movimiento. Cuando haya terminado, me dirá si algo fue diferente o no se ha mencionado. Luego, usted lo mismo, y después usted y hasta que llegue a usted, Niss.

»Me figuro que todos se portaron mal, que hicieron algo indeciblemente estúpido que les causó a todos, pero especialmente a Niss, una considerable humillación, sabré que mienten dado que la mujer espacial me contará lo ocurrido y estoy dispuesto a creer cada una de sus palabras. Una mentira servirá para empeorar las cosas, más de lo que están. Ahora —rugió—, ¡empiecen!

El primer tripulante contó rápidamente y a borbotones la historia de lo ocurrido, después el segundo, corrigiendo algo y ampliando, luego el tercero y el cuarto. D.G. escuchó el relato con rostro pétreo, y a continuación indicó a Bert Niss que se hiciera a un lado. Habló así a los otros cuatro:

—Y mientras ese espacial le aplastaba a Niss el rostro contra el suelo, ¿qué hacían ustedes cuatro? ¿Lo contemplaban? ¿Asustados sin poder moverse? ¿Los cuatro? ¿Contra un solo hombre?

Uno de ellos rompió el silencio para decir:

—Todo ocurrió en un santiamén, capitán. Cuando nos disponíamos a actuar todo había terminado.

—¿Y cómo pensaban actuar en el caso de que consiguieran ponerse en movimiento?

—Pues apartando al espacial de nuestro camarada.

—¿Creen que hubieran podido?

Esta vez nadie se decidió a hablar. D.G. se inclinó hacia ellos.

—Bien, he aquí la situación: No tenían por qué acercarse a los extranjeros, así que pagarán una multa de una semana de sueldo. Y ahora pongamos las cosas en su punto. Si cuentan lo ocurrido a cualquiera de los demás, tripulación o no, ahora o más tarde, borrachos o sobrios…, pasará cada uno de ustedes a la categoría de aprendiz. No importa quién de ustedes sea el que hable, los cuatro serán castigados, así que procuren vigilarse. Ahora vayan a sus puestos de trabajo, y si durante el viaje vuelven a

desmandarse, aunque solamente sea estornudar en contra del reglamento, irán fuera.

Los cuatro salieron, abrumados, mudos, asustados. Niss se quedó, tenía un cardenal en pleno rostro y los brazos doloridos. D.G. le observó amenazador, mientras miraba a derecha e izquierda, el suelo, a cualquier parte menos a su capitán. Solamente cuando sus ojos huidizos se cruzaron con los relampagueantes del capitán D.G. éste le espetó:

—Está usted precioso ahora que ha peleado con un afeminado espacial más pequeño que usted. La próxima vez, escóndase cuando vea acercarse a uno de ellos.

—Sí, capitán —respondió Niss, avergonzado.

—¿No me oyó, Niss, cuando les advertí antes de salir de Aurora, que a la mujer espacial y a sus acompañantes no se les debía molestar ni dirigirles la palabra?

—Capitán, yo sólo quería saludarla cortésmente. Sentíamos curiosidad por verla de cerca. No queríamos molestarla.

—¿Que no querían molestarla? Le preguntaron qué edad tenía. ¿Acaso les importaba?

—Era sólo curiosidad. Queríamos saber…

—Uno de ustedes hizo una insinuación sexual.

—Yo, no, capitán.

—¿Otra persona? ¿Se excusaron?

—¿Excusarnos con una espacial? —Niss parecía horrorizado.

—¡Naturalmente! Obraron en contra de mis órdenes.

—No queríamos molestarla —insistió Niss.

—¿Tampoco querían molestar al hombre?

—Me puso la mano encima, capitán.

—Ya lo sé. ¿Por qué?

—Porque me estaba dando órdenes.

—¿Y no estaba dispuesto a tolerarlo?

—¿Lo hubiera tolerado usted, capitán?

—Está bien. No iba a tolerarlo. Pero cayó por ello. Cayó boca abajo. ¿Cómo ocurrió?

—No lo sé bien, capitán. Fue muy rápido. Como si se hubiera disparado. Tenía una garra como de hierro.

—Pues, claro —afirmó D.G.—. ¿Qué esperaba usted, idiota? Es de hierro.

—¡Capitán!

—Niss, ¿es posible que no conozca la historia de Elijah Baley?

Niss se rascó una oreja desconcertado.

—Sé que fue el tatarabuelo de su tatarabuelo o algo así, capitán.

—Sí, todo el mundo lo relaciona con mi nombre. ¿Ha visto alguna vez la historia de su vida?

—No suelo ver esas cosas, capitán. No, si se trata de historia. —Se encogió de hombros pero al hacerlo le dolió, intentó frotarse la espalda, pero no se atrevió a hacerlo.

—¿Ha oído hablar alguna vez de R. Daneel Olivaw?

Niss frunció las cejas:

—Era el amigo de Elijah Baley.

—En efecto. Por lo menos sabe algo. ¿Sabe qué significa la «R.» de R. Daneel Olivaw?

—Quiere decir robot, ¿verdad? Era su amigo robot. En aquellos tiempos había robots en la Tierra.

—Los había y sigue habiéndolos. Pero Daneel no era un simple robot. Era un robot espacial con aspecto de hombre espacial. Piense en ello, Niss. Adivine quién es en realidad el espacial con quien peleó.

Niss abrió los ojos, y enrojeció:

—Quiere decir que el espacial era un ro…

—Se trata de R. Daneel Olivaw.

—Pero, capitán, eso fue hace doscientos años.

—Sí, y la mujer espacial era una amiga íntima de mi antepasado Elijah. Hace doscientos treinta y tres años que vive, por si acaso quiere saberlo, ¿y no cree que un robot pueda durar tanto? Intentó luchar contra un robot, imbécil.

—¿Por qué no lo dijo? —preguntó Niss indignado.

—¿Por qué iba a hacerlo? ¿Se lo preguntó usted? Mire, Niss, ha oído lo que les he dicho a los demás. También eso reza con usted, pero mucho más.

Ellos son simples tripulantes, a usted lo había elegido para jefe de la tripulación. Lo había elegido. Si va a ocuparse de la tripulación, le hace falta más cerebro que músculos. De modo que ahora le va a resultar más difícil, porque tendrá que demostrarme que tiene cerebro en contra de mi opinión de que no lo tiene.

—Capitán, yo…

—No hable. Óigame. Si se divulga la historia, los otros cuatro pasarán a ser aprendices, pero usted no será nada. Nunca más volverá a bordo. No habrá ninguna nave que lo acepte, se lo prometo. Ni como tripulante ni como pasajero. Pregúntese qué dinero puede usted ganar en Baleymundo, y haciendo… ¿Qué? Eso, si habla de lo ocurrido, si se enfrenta con la mujer espacial de un modo u otro, incluso si se queda mirándola más de medio segundo seguido o a sus dos robots. Y tendrá que preocuparse de que nadie de la tripulación se comporte de modo ofensivo. Será usted el responsable… Y su multa es de dos semanas de sueldo.

—Pero, capitán —protestó Niss— los otros…

—Esperaba menos de ellos, Niss, así que los multo menos. Salga de aquí.

21

D.G. jugó, distraído, con el fotocubo que estaba sobre su mesa. Cada vez que lo daba vuelta se oscurecía, luego se iluminaba al reposar sobre una de sus caras, como base. Al iluminarse, aparecía la imagen tridimensional y sonriente de una mujer.

Entre la tripulación corría el rumor de que cada una de las seis caras hacía aparecer una mujer distinta. El rumor era correcto.

Jamin Oser contemplaba la rápida aparición y desaparición de las imágenes sin el menor interés. Ahora que la nave estaba segura o tan segura como podía estarlo contra cualquier tipo de ataque, era hora de pensar en la siguiente actuación.

Pero D.G. enfocaba el asunto indirectamente, o tal vez no lo enfocaba de ningún modo. Dijo:

—Fue, naturalmente, culpa de la mujer.

Oser se encogió de hombros y se pasó la mano por la barba, como para asegurarse de que él, por lo menos, no era una mujer. Al revés que D.G., Oser lucía un enorme bigote, D.G. explicó:

—Por lo visto, el encontrarse en su planeta natal le hizo perder toda discreción. Abandonó la nave aunque yo le había pedido que no lo hiciera.

—Debió de habérselo ordenado.

—No hubiera servido de nada. Es una aristócrata mimada, acostumbrada a hacer su santa voluntad y a mandar a sus robots. Además, yo pienso utilizarla y quiero su cooperación, no sus mohines. Y también… ¡era la amiga de mi antepasado!

—Y viva aún —murmuró Oser, sacudiendo la cabeza—. Me pone la carne de gallina. Una mujer vieja, vieja, vieja.

—Lo sé, pero parece muy joven. Es atractiva aún. Y decidida. No quiso retirarse cuando se le acercaron los tripulantes, no quiso estrechar la mano de uno de ellos… Bueno, ya se acabó.

—Así y todo, capitán, ¿fue conveniente decirle a Niss que se había enfrentado con un robot?

—Tuve que hacerlo. Tuve que hacerlo, Oser. Si él hubiera seguido creyendo que le había dominado y humillado ante cuatro de sus hombres un espacial afeminado, mucho más pequeño que él, no nos habría servido para nada nunca jamás. Eso lo hubiera deshecho para siempre. Y no queremos que ocurra nada que inicie el rumor de que los espaciales, los espaciales humanos, son superhombres. Por ello tuve que ordenarles tan insistentemente que no hablaran del incidente. Niss se ocupará de ellos… Y si llegara a saberse, también se sabrá que el espacial era un robot. Hay que creer que hay un lado bueno en todo este asunto.

—¿Dónde, capitán? —preguntó Oser.

—Me hizo pensar en los robots. ¿Qué sabemos de ellos? ¿Qué sabes tú?

Oser se encogió de hombros.

—Eso es algo en lo que no suelo pensar, capitán.

—O algo en lo que alguien piensa sin cesar. Por lo menos algún colono. Sabemos que los espaciales tienen robots, que confían en ellos, que no van a ninguna parte sin ellos, que no pueden hacer nada sin ellos, que son

parásitos de ellos y tenemos la seguridad de que van hacia la decadencia por su culpa. Sabemos que la Tierra, en otros tiempos, tuvo también robots, obligada por los espaciales, y que van desapareciendo gradualmente de la Tierra y no se les encuentra ya en sus ciudades, solamente en el campo. Sabemos que los mundos colonizados no los tienen y no quieren tenerlos en ninguna parte… ni en la ciudad ni en el campo. Así que los colonos no se los encuentran nunca en sus propios mundos y apenas en la Tierra (su voz tenía una curiosa inflexión cada vez que decía «Tierra», como si uno oyera la mayúscula y, tras ella, musitadas, las palabras «hogar» y «madre»). ¿Y qué más sabemos?

—Que exigen las tres leyes de la Robótica —dijo Oser.

—Cierto. —D.G. apartó a un lado el fotocubo y se inclinó hacia delante —. Especialmente la primera ley: «Un robot no puede lastimar a un ser humano ni, por no intervenir, permitir que el ser humano sea lesionado». Sí. Pues bien, no confíes en ella. No significa nada. Todos nos sentimos completamente a salvo de los robots, y es estupendo si eso nos proporciona confianza, pero no lo es si lo que nos proporciona es una falsa confianza. R. Daneel lastimó a Niss y se quedó tan tranquilo, pese a la primera ley.

—Estaba defendiendo a…

—Exactamente. ¿Y si sopesamos los daños? ¿Y si fue un caso de o lastimar a Niss o permitir que su ama espacial fuera lastimada? Naturalmente, ella pasaba primero.

—Es de sentido común.

—Por supuesto. Y aquí estamos en un planeta de robots, algo así como un centenar de millones de robots. ¿Qué órdenes han recibido? ¿Cómo calibran el conflicto entre distintos daños? ¿Cómo podemos estar seguros de que ninguno de ellos nos tocará? Algo, en este planeta, ha destruido ya dos naves.

Oser comentó, inquieto:

—Este Daneel es un robot fuera de lo corriente, parece más un hombre que nosotros. Tal vez no debamos generalizar por su causa. El otro robot, ¿cuál es su nombre…?

—Giskard. Es fácil de recordar. Mi nombre es Daneel Giskard.

—Yo pienso en ti como capitán, capitán. En todo caso, R. Giskard se limitó a no intervenir. Parece un robot y actúa como tal. Hay un montón de robots ahí, en Solaria, vigilándonos ahora mismo y sin hacer nada. Sólo vigilándonos.

—¿Y si existen unos robots especiales que sí pueden lesionarnos?

—Creo que estamos preparados contra ellos.

—Ahora lo estamos. Por eso el incidente entre Daneel y Niss ha sido una buena lección. Estamos convencidos de que solamente lo pasaríamos mal si algunos de los solarianos siguieran en su planeta. No tienen por qué estar. Pueden haberse ido. Puede ser que los robots o por lo menos algunos especialmente diseñados sean peligrosos. Y si Gladia puede movilizar sus robots en este lugar, y hacer que la defiendan a ella y a nosotros también, estamos en condiciones de neutralizar cualquier cosa que hayan dejado activada.

—¿Puede hacerlo? —preguntó Oser.

—Lo veremos —dijo D.G.

22

—Gracias, Daneel —dijo Gladia—. Te portaste bien. —Pero su rostro parecía todavía crispado. Sus labios estaban apretados y exangües y las mejillas pálidas. Luego, en voz más baja, añadió—: Ojalá no hubiera venido.

—Es un deseo inútil Gladia —declaró Giskard—. Mi amigo Daneel y yo permaneceremos fuera de tu camarote para estar seguros de que no volverás a ser molestada.

El corredor estaba vacío y siguió estándolo, pero Daneel y Giskard siguieron hablando según su sistema de ondas por debajo de la captación humana, intercambiando ideas a su modo breve y condensado. Dijo Giskard:

—Gladia tomó una mala decisión al no retirarse. Está muy claro.

—Supongo, amigo Giskard, que no había posibilidad de hacer cambiar su decisión.

—Era demasiado firme, amigo Daneel, y tomada con demasiada rapidez. Lo mismo ocurría con la decisión de Niss, el colono. Tanto su curiosidad sobre Gladia, como su desprecio y animosidad hacia ti, fueron demasiado fuertes como para intervenir sin causarle grave daño cerebral. A los otros cuatro sí pude manejarles. Fue perfectamente posible evitar que intervinieran. Su asombro ante tu habilidad para detener a Niss los dejo helados y sólo tuve que reforzar muy ligeramente su estado.

—Fue una suerte, amigo Giskard. De haberse unido los cuatro al señor Niss, me hubiera tenido que enfrentar con la difícil decisión de obligar a Gladia a una humillante retirada o lesionar gravemente a uno o dos de los colonos, para asustar a los demás. Creo que hubiera tenido que elegir la primera alternativa, pero ésa también me habría causado un gran pesar.

—Pero ¿estás bien, amigo Daneel?

—Muy bien. La lesión al señor Niss fue mínima.

—Físicamente, amigo Daneel. No obstante, en su mente experimentó una gran humillación, que para él resultó mucho peor que el daño físico. Como yo lo sentía, no hubiera podido hacer lo que tú hiciste tan fácilmente. Sin embargo, amigo Daneel…

—Sí, amigo Giskard…

—Me preocupa el futuro. En Aurora, a lo largo de todas las décadas de mi existencia, he podido trabajar sin prisas, esperar oportunidades para actuar ligeramente sobre las mentes sin dañarlas; reforzar lo que ya estaba allí, debilitar lo que ya estaba atenuado, empujar suavemente en la dirección del impulso ya existente. Pero, ahora, hemos llegado a un momento de crisis en que las emociones serán intensas, habrá que tomar decisiones rápidamente, y los acontecimientos nos desbordarán. Si tengo que hacer algo provechoso, tendré que actuar también a toda velocidad, y las tres leyes de la Robótica me lo prohíben. Sopesar las sutilezas comparativamente sobre los daños físicos y mentales, lleva tiempo. Si hubiera estado a solas con Gladia en el momento en que se acercaron los colonos, no sé qué camino hubiera podido seguir que no hubiera llevado consigo graves daños a Gladia, a dos o más de los colonos, y a mí mismo… o posiblemente a todos los que estaban involucrados.

—¿Qué podemos hacer, amigo Giskard?

—Puesto que es totalmente imposible modificar las tres leyes, amigo Daneel, tenemos que volver a la conclusión de que no podemos hacer nada sino esperar el fracaso.

CAPATAZ

23

Era de mañana en Solaria, de mañana en la finca…, su finca. A distancia se veía la vivienda que podía haber sido su vivienda. Veinte décadas habían desaparecido de algún modo y Aurora parecía ser un sueño lejano que nunca había existido.

Se volvió a D.G. que estaba apretándose el cinturón que sujetaba su fina prenda exterior, un cinturón del que pendían dos armas. Sobre su cadera izquierda colgaba el látigo neurónico; sobre la derecha, un arma más corta y más abultada que supuso sería un desintegrador.

—¿Vamos a la vivienda? —preguntó Gladia.

—A acercarnos —respondió D.G. algo distraído. Iba inspeccionando por turno cada una de las armas acercándoselas al oído como si tratara de escuchar un apagado zumbido que le indicara que estaban vivas.

—¿Los cuatro solos? —Maquinalmente miró a cada uno de los otros: D.G. Daneel…

—Daneel, ¿dónde está Giskard?

—Le pareció que sería prudente actuar como avanzada. Como robot, puede pasar inadvertido entre los otros robots… y si descubre algo anómalo, nos advertirá. En todo caso, es menos necesario que usted o que el capitán.

—Buena precisión robótica —comentó D.G., sombrío—. Menos mal. Venga, vamos hacia allá.

—¿Los tres solos? —dijo Gladia, temerosa—. Sinceramente, me falta la capacidad robótica de Giskard de aceptar si es o no necesario.

—Es difícil decir si somos necesarios o superfluos, señora Gladia. Dos naves fueron destruidas, todos los miembros de las naves perdieron la vida. Aquí la seguridad no está en la cantidad.

—Con eso no me hace sentir mejor, D.G.

—Intentaré explicárselo. Las primeras naves no estaban preparadas. Nuestra nave, sí. Y yo también. —Se golpeó ambas caderas—. Y usted tiene un robot que ha demostrado ser un excelente y eficaz protector. Y lo que es más, usted es nuestra mejor arma. Sabe como ordenar a los robots que hagan lo que quiere que hagan, y eso puede ser crucial. Es la única entre nosotros capaz de hacerlo; las primeras naves no traían a nadie como usted. Vamos, pues…

Empezaron a caminar; poco después Gladia dijo:

—No caminamos hacia la casa.

—No, todavía no. Primero nos dirigiremos hacia ese grupo de robots. Supongo que los está viendo.

—Sí, los veo, pero no hacen nada.

—En efecto. Cuando desembarcamos había muchos más robots presentes. La mayoría se han ido, pero éstos se han quedado, ¿por qué?

—Si se lo preguntamos, nos lo dirán.

—Usted se lo preguntará, señora Gladia.

—Le contestarán a usted, D.G., tan fácilmente como a mí. Somos ambos humanos.

D.G. se paró en seco, y lo mismo hicieron los otros dos. Se volvió a Gladia y le preguntó, sonriendo:

—Mi querida señora Gladia, ¿ambos humanos? ¿Una espacial y un colono? ¿Qué le ocurre?

—Para un robot ambos somos igualmente humanos —respondió tajante —. Y, por favor, déjese de juegos. Yo no jugué a espacial y terrícola con su antepasado.

La sonrisa de D.G. desapareció.

—Es cierto. Perdóneme, señora. Intentaré dominar mi sentido sarcástico porque, después de todo, en este mundo somos aliados.

Un momento después, añadió:

—Ahora, señora, lo que deseo que haga es descubrir las órdenes que han recibido los robots; si es que las han recibido; si hay algún robot que, por casualidad, pueda conocerla; si hay seres humanos en la propiedad o en el planeta, u otra cosa que se les ocurra preguntar. No deberían representar un peligro; son robots y nosotros somos humanos; no pueden lastimarla. Claro —observó, recordando—, su Daneel dejó a Niss magullado, pero fue en unas condiciones que aquí no existen. Y Daneel puede ir con usted.

Daneel declaró respetuosamente:

—En cualquier caso, yo acompañaría a la señora Gladia, capitán. Es mi función.

—También la de Giskard, presumo —cortó D.G.—, y, sin embargo, se ha ido.

—Con un propósito, capitán, que ha discutido conmigo y que hemos creído esencial para la protección de la señora Gladia.

—Está bien. Ahora, avancen, yo les cubriré a los dos. —Empuñó el arma de su cadera derecha—. Si les grito «Al suelo» échense inmediatamente. Esta cosa no sabe distinguir.

—Por favor, no la use más que como último recurso, D.G. —rogó Gladia—. No habrá ocasión contra los robots… Vamos, Daneel.

Y echó a andar, decidida y rápida, hacia un grupo de una docena de robots, quietos ante una línea de matas bajas, con el sol de la mañana reflejándose aquí y allá sobre sus bruñidos exteriores.

24

Los robots no retrocedieron ni avanzaron. Permanecieron tranquilamente en sus puestos. Gladia los contó. Once visibles. Podía haber otros, pero ocultos.

Estaban diseñados al estilo solariano. Muy bruñidos. Muy relucientes. Ninguna apariencia de ropa y muy poco realismo. Eran casi como abstracciones matemáticas del cuerpo humano, ninguno del todo parecido al otro.

Tuvo la impresión de que no eran ni tan flexibles, ni tan complejos como los robots auroranos, pero parecían más decididamente adaptados a tareas específicas.

Se detuvo a unos cuatro metros de la línea de robots, y Daneel (lo notó) se paró tan pronto como lo hizo ella. Se quedó a un metro de distancia, a su espalda. Estaba lo suficientemente cerca como para poder intervenir al instante en caso de necesidad, pero lo bastante alejado como para que quedara claro que era ella el verdadero portavoz de la pareja.

Tenía la seguridad de que los robots que estaban delante consideraban a Daneel como a un humano, pero también sabía que Daneel era demasiado consciente de su calidad de robot como para confiarse en la falsa interpretación de los otros robots.

—¿Quién de ustedes hablará conmigo? —preguntó Gladia.

Siguió un breve silencio, como si se celebrara una conferencia sin palabras. Luego, un robot dio un paso adelante:

—Señora, yo hablaré.

—¿Tienes nombre?

—No, señora. Sólo tengo un número de serie.

—¿Cuánto tiempo llevas operando?

—He sido operativo veintinueve años, señora.

—¿Alguien en este grupo es más antiguo que tú?

—No, señora. Por eso soy yo, antes que otro, el que les habla.

—¿Cuántos robots están empleados en esta propiedad?

—Desconozco la cifra, señora.

—Más o menos.

—Quizá diez mil, señora.

—¿Hay algunos que lleven operando más de veinte décadas?

—Hay alguno entre los robots agrícolas, señora. Los amos prefieren robots de modelo reciente.

Gladia asintió y, volviéndose a Daneel, comentó:

—Es de sentido común. En mis tiempos ocurría lo mismo.

Se volvió de nuevo al robot y le preguntó:

—¿A quién pertenece esta propiedad?

—Es la propiedad de Zoberlon, señora.

—¿Cuánto tiempo hace que pertenece a la familia Zoberlon?

—Desde mucho tiempo antes de que yo empezara a operar. No sé bien desde cuándo, pero la información puede conseguirse.

—¿A quién perteneció antes de tomar posesión los Zoberlon?

—No lo sé, señora, pero puede conseguirse la información.

—¿Has oído hablar alguna vez de la familia Delmarre?

—No, señora.

Gladia se volvió a Daneel y dijo algo, decepcionada:

—Intento dirigir al robot poco a poco, como hubiera podido hacerlo Elijah, pero creo que no sé hacerlo como es debido.

—Por el contrario, señora Gladia —respondió gravemente Daneel—, me parece que ha conseguido mucho. No es probable que algún robot de esta propiedad, salvo quizás alguno de los agrícolas, pueda acordarse de usted. En su época, ¿estuvo alguna vez con los agricultores?

Gladia sacudió la cabeza:

—¡Nunca! No recuerdo haber visto a ninguno, siquiera a distancia.

—Está claro, pues, que en la finca no la conocen.

—Exactamente. Y el pobre D.G. nos ha traído para nada. Si esperaba algo que yo pudiera conseguir, ha fracasado.

—Saber la verdad es siempre útil, señora. No ser conocido, en este caso, es menos útil que serlo, pero no saber si uno es conocido o no, todavía será menos útil. ¿No hay otros puntos en los que conseguir información?

—Sí, veamos. —Por unos segundos se dedicó a pensar, luego dijo en voz baja—: Es curioso. Cuando hablo con los robots, lo hago con un pronunciado acento solariano. Pero contigo no hablo así.

—No es de extrañar, señora Gladia. Los robots hablan con ese acento porque son solarianos. Esto la devuelve a los años de juventud y les habla maquinalmente, como hablaba entonces. Pero vuelve a ser la misma cuando se vuelve hacia mí, porque yo formo parte de su mundo actual.

Una sonrisa lenta iluminó el rostro de Gladia y dijo:

—Cada vez razonas más como un ser humano, Daneel.

Se volvió a los robots y se dio cuenta de la gran paz que la rodeaba. El cielo era de un azul casi limpio, excepto por una fina línea de nubes al oeste del horizonte (que indicaba que la tarde podía malograrse). Se oía el rumor

de las hojas movidas por la brisa, el zumbido de los insectos, la llamada solitaria de un pájaro. Pero nada que sonara a seres humanos.

Podía haber multitud de robots alrededor, pero trabajaban silenciosamente. No se oía el ruido exuberante de los seres humanos, al que se había ido acostumbrando (dolorosamente al principio) en Aurora.

Pero ahora, de vuelta en Solaria, encontró la paz maravillosa. Todo no había sido malo en Solaria. Tenía que admitirlo. Con voz ligeramente autoritaria dijo rápidamente al robot:

—¿Dónde están sus amos?

Sin embargo, era inútil apresurar o alarmar a un robot o tomarlo desprevenido. Le contestó sin el menor asomo de agitación.

—Se han ido, señora.

—¿A dónde han ido?

—No lo sé, señora. No se me dijo.

—¿Quién de ustedes lo sabe?

Silencio. Gladia aprovechó para insistir:

—¿Hay algún robot en la propiedad que pueda saberlo?

—No sé de ninguno, señora.

—¿Se llevaron robots al marcharse?

—Sí, señora.

—Pero a ti no te llevaron. ¿Por qué los dejaron?

—Para que hiciéramos nuestro trabajo, señora.

—Pero están aquí, sin hacer nada. ¿Es esto trabajar?

—Guardamos la finca de los intrusos, señora.

—¿Como nosotros?

—Sí, señora.

—Pero nosotros ya estamos aquí, y siguen sin hacer nada. ¿Por qué?

—Observamos, señora. No tenemos órdenes aún.

—¿Han informado de sus observaciones?

—Sí, señora.

—¿A quién?

—Al capataz, señora.

—¿Dónde está el capataz?

—En la mansión, señora.

—¡Ah! —Gladia dio media vuelta y anduvo de prisa hacia D.G., seguida por Daneel.

—¿Y bien? —inquirió D.G. con las armas aún preparadas, pero las devolvió a las fundas al verlos acercarse.

—Nada —respondió Gladia—. Ningún robot me conoce. Ningún robot está enterado de adónde han ido los solarianos. Pero informan que hay un capataz.

—¿Un capataz?

—En Aurora y en los otros mundos espaciales, el capataz de una gran propiedad con muchos robots suele ser un humano cuya profesión consiste en organizar y dirigir grupos de robots trabajadores en los campos, minas y plantas industriales.

—Entonces, han dejado a solarianos.

Gladia sacudió la cabeza.

—Solaria es una excepción. La proporción de robots y humanos ha sido siempre tan alta que no se acostumbraba a asignar a un hombre o mujer para controlarlos. Este trabajo lo ha hecho siempre otro robot, uno especialmente programado para ello.

—Entonces, en la mansión hay un robot —indicó D.G. con la cabeza— que es más avanzado que éstos y que podría ser provechosamente interrogado.

—Quizá, pero no estoy segura de que sea prudente intentar entrar en la mansión.

D.G. comentó sarcástico:

—Será solamente otro robot.

—La mansión puede estar cosida de trampas.

—Y este campo puede estarlo también.

—Sería mejor enviar a uno de los robots a la mansión —aconsejó Gladia— a que dijera al capataz que unos humanos desean hablarle.

—No va a ser necesario —dijo D.G.—. Ya se ha hecho. El capataz ha salido y no es un robot ni un hombre. Lo que estoy viendo es una mujer.

Gladia lo miró sorprendida. Avanzando rápidamente hacia ellos venía una mujer alta, bien formada y sumamente atractiva. Incluso a distancia no cabía la menor duda respecto de su sexo.

D.G. sonrió. Pareció erguirse, echar los hombros hacia atrás y llevarse una mano a la barba como para asegurarse de que estaba peinada y suave.

Gladia le miró, disgustada, y le dijo:

—Esta mujer no es solariana.

—¿Cómo puede saberlo? —preguntó D.G.

—Ninguna solariana permitiría que otros seres humanos la miraran tan libremente. Mirarla, no verla.

—Conozco la diferencia, señora. Sin embargo, usted me permitió que la mirara.

—He vivido más de veinte décadas en Aurora. Así y todo, queda lo bastante de solariana en mí como para no dejar que los demás me miren así.

—Tiene mucho que enseñar, señora. Diría que es más alta que yo y bella como una puesta de sol.

La capataza se había detenido a unos veinte metros. Los robots se apartaron a un lado para que ninguno de ellos se encontrara entre la mujer, por una parte, y los tres de la nave por otra.

—Las costumbres pueden variar en veinte décadas —observó D.G.

—No en algo tan básico como la repugnancia de los solarianos al contacto físico —respondió Gladia tajante—. Ni en doscientas décadas. —Sin darse cuenta había vuelto a caer en el acento solariano.

—Creo que desestima la plasticidad social. Pero, bueno, solariana o no, supongo que es una espacial… Si hay otras espaciales como ella, estoy dispuesto a la coexistencia pacífica.

La expresión de censura de Gladia se acentuó:

—¿Qué, se propone seguir mirándola así una hora o dos más? ¿No quiere que interrogue a la mujer?

D.G. se sobresaltó y se volvió a mirar a Gladia, obviamente fastidiado.

—Usted encárguese de interrogar a los robots, como hasta ahora. Yo interrogo a los humanos.

—Especialmente a las hembras, supongo.

—No me gusta presumir, pero…

—Sobre este tema no he conocido nunca a un hombre que no presuma.

Daneel interrumpió:

—No creo que la mujer espere más. Si quiere conservar la iniciativa, capitán, acérquesele ahora. Yo le seguiré, como hago con Gladia.

—No creo necesitar protección —dijo D.G. bruscamente.

—Es usted un ser humano y yo no debo permitir que por inacción mía le ocurra algo.

D.G. se adelantó, de prisa, seguido por Daneel. Gladia, que no estaba dispuesta a quedarse atrás, sola, les siguió despacio.

La capataza observaba tranquila. Llevaba una suave túnica blanca que le llegaba a medio muslo que se sujetaba a la cintura. Tenía un escote profundo y tentador y sus pezones eran claramente visibles a través de fino tejido de la túnica. Nada indicaba que llevara otras prendas más que ésta y un par de zapatos.

Cuando D.G. se detuvo, les separaba un espacio de un metro. Su cutis, pudo verlo, era perfecto; tenía los pómulos salientes, los ojos grandes y separados, ligeramente oblicuos, su expresión serena.

—Señora —dijo D.G. hablando con el acento más parecido al aurorano patricio que pudo conseguir—; ¿tengo el placer de hablar con la capataza de esta propiedad?

La mujer le escuchó un momento y luego dijo con un acento tan fuertemente solariano que parecía casi cómico saliendo de una boca tan perfecta:

—Usted no es un ser humano.

Y entró en acción tan rápidamente que Gladia, todavía a unos metros de distancia, no pudo darse cuenta de lo que había ocurrido. Vio solamente un movimiento y a D.G. caído boca arriba, inmóvil, y a la mujer junto a él con sus dos armas en las manos.

26

Lo que dejó a Gladia estupefacta en aquel instante de desconcierto, fue ver que Daneel no se había movido ni para prevenir, ni para atacar.

Pero tan pronto como le vino la idea la desechó, porque Daneel ya la había tomado por la muñeca izquierda y se la retorcía diciendo: «Suelte las armas al instante» y lo decía en un tono de voz tan perentorio como no se le había oído nunca. Era inconcebible que se dirigiera así a un ser humano.

La mujer le contestó en su mismo tono aunque su registro era más fino: «No es un ser humano». Alzó la mano derecha y disparó el arma que sostenía. Por un momento, un resplandor iluminó el cuerpo de Daneel. Gladia, incapaz de hablar, dado su estado emocional, sintió que se le nublaba la vista. En su vida había perdido el conocimiento, pero esto parecía ser el preludio.

Daneel no se desintegró, ni se oyó ninguna explosión. Gladia comprendió que le habría sujetado la muñeca que empuñaba el desintegrador. La otra mano sostenía el látigo neurónico y fue éste el que descargó a boca de jarro contra Daneel. De haber sido humano, la tremenda estimulación de sus nervios sensoriales podía haberlo matado o dejado permanentemente inútil. Pero era humano solamente en apariencia y su equivalente del sistema nervioso no reaccionaba al látigo. Daneel ahora le tomó el otro brazo y se lo levantó. Volvió a ordenar:

—Suelta esas armas o te arranco los brazos.

—¿De verdad? —rezongó la mujer. Sus brazos se contrajeron y en un segundo, Daneel se encontró levantado del suelo. Sus piernas se balancearon como un péndulo, hacia atrás y hacia adelante, colgado de los brazos. Con el pie golpeó con fuerza a la mujer y ambos cayeron al suelo pesadamente.

Gladia, sin llegar a decirlo, se dio cuenta de que la mujer, aunque parecía tan humana como Daneel, no era tampoco humana. Una ráfaga de ira inundó a Gladia, que se sintió de pronto solidaria hasta la médula…, ira porque un robot se atreviera a emplear la fuerza contra un humano. De acuerdo que pudo haber reconocido a Daneel por lo que era, pero ¿cómo se atrevía a golpear a D.G.?

—¿Cómo te atreves? —le gritó en solariano tan fuerte que hasta molestó a su propio oído… pero ¿cómo si no, hablarle a un robot solariano?

—¿Cómo te atreves, muchacha? ¡Deja toda resistencia inmediatamente!

Los músculos de la mujer parecieron relajarse total y simultáneamente, como si una corriente eléctrica hubiera cesado bruscamente. Sus bellos ojos miraron a Gladia sin la suficiente humanidad como para parecer asombrados. Dijo con voz confusa, vacilante:

—Lo siento, señora.

Daneel se levantó y contempló atentamente a la mujer que seguía en el suelo sobre la hierba. D.G., conteniendo un gemido, luchaba por levantarse. Daneel se inclinó para recoger las armas, pero Gladia lo alejó, furiosa:

—Entrégame esas armas, muchacha.

La mujer respondió:

—Sí, señora.

Gladia las tomó, eligió rápidamente el desintegrador y se lo entregó a Daneel.

—Destrúyela cuando te parezca mejor, Daneel. Es una orden.

Pasó el látigo neurónico a D.G. y le dijo:

—Esto es inútil aquí, excepto contra mí y contra usted. ¿Se encuentra bien?

—No, no estoy nada bien —masculló D.G., frotándose una cadera—. ¿Quiere decir que es un robot?

—¿Acaso una mujer le hubiera derribado así?

—Hasta ahora ninguna. Dije que podía haber robots especiales en Solaria, programados para resultar peligrosos.

—Naturalmente —le espetó Gladia—, pero cuando vio algo que se parecía a su idea de una mujer hermosa, se le olvidó.

—Sí, es fácil adivinar las cosas después de que han pasado.

Gladia se volvió otra vez al robot:

—¿Cuál es tu nombre, muchacha?

—Me llaman Landaree, señora.

—Levántate, Landaree.

Landaree se levantó, como lo había hecho Daneel…, como si se alzara sobre muelles. Su lucha con Daneel parecía no haberla lastimado.

Gladia preguntó:

—¿Por qué, en contra de la primera ley, has atacado a estos seres humanos?

—Señora —insistió Landaree con firmeza—, no son seres humanos.

—¿Y dices que yo tampoco soy un ser humano?

—No, señora, usted es un ser humano.

—Entonces, como ser humano, te digo que estos dos hombres son humanos… ¿Me oyes?

—Señora —dijo Landaree con más dulzura—, éstos no son humanos.

—En verdad son seres humanos. Te lo digo yo. Tienes prohibido atacarles o lastimarles.

Landaree guardó silencio.

—¿Comprendes lo que te he dicho? —La voz de Gladia se hizo mucho más solariana, al darle mayor intensidad.

—Señora —Landaree repitió—, éstos no son humanos.

Daneel dijo a Gladia a media voz:

—Señora, le han dado órdenes de tal tipo y firmeza que no podrá fácilmente contrarrestarlas.

—Lo veremos —declaró Gladia, respirando con agitación.

Landaree miró a su alrededor. Durante los minutos del conflicto, el grupo de robots se había aproximado más a Gladia y a sus dos compañeros. Al fondo había dos robots que, según Gladia, no pertenecían al grupo original y arrastraban con cierta dificultad un aparato grande y macizo.

Landaree les hizo una señal y se acercaron algo más de prisa. Gladia exclamó:

—Robots, ¡parad!

Se detuvieron. Landaree anunció:

—Señora, estoy cumpliendo con mi deber. Sigo mis instrucciones.

—Daneel, ¡desintégrala! —ordenó Gladia.

Luego Gladia pudo razonar lo que había ocurrido. La reacción de Daneel fue más rápida que la de un humano, y sabía que se enfrentaba a un robot contra el que no rezaban las tres leyes. Sin embargo, parecía tan humana que incluso el conocimiento preciso de que se trataba de un robot no dominó del todo su inhibición. Siguió la orden más despacio de lo que hubiera debido. Landaree, cuya definición de «ser humano» no era la misma que la de Daneel, no se sintió inhibida por su presencia y atacó con

más rapidez. Volvió a apoderarse del desintegrador y de nuevo lucharon los dos.

D.G. agarró su látigo neurónico y se sumó, corriendo, a la pelea. Con la culata del arma golpeó con fuerza la cabeza del robot aunque sin el menor efecto, y ella de un patada lo envió al suelo, de espaldas.

Gladia gritó con las manos alzadas:

—¡Basta, robot!

Landaree respondió con potente voz de contralto:

—Todos vengan. Los dos aparentes varones no son humanos. Destruidles sin lastimar a la hembra.

Si Daneel podía sentirse cohibido por una apariencia humana, lo mismo les ocurría y con mayor intensidad a los sencillos robots solarianos, que se fueron acercando despacio y a intervalos.

—¡Parad! —chilló Gladia. Los robots pararon, pero la orden no hizo el menor efecto en Landaree.

Daneel seguía agarrado al desintegrador, pero se estaba doblando hacia atrás forzado por la aparente superior fortaleza de Landaree.

Gladia, desesperada, miró a su alrededor con la esperanza de encontrar algo que le sirviera de arma. D.G. intentaba manipular su transmisor. Abrumado, gruñó:

—Está estropeado. Creo que caí encima de él.

—¿Qué vamos a hacer?

—Tratar de regresar a la nave. De prisa.

—Corra, entonces —dijo Gladia—. Yo no puedo abandonar a Daneel. —Se enfrentó con los robots dispuestos al ataque y les gritó, salvaje—: Landaree, ¡basta! Landaree, ¡basta!

—No puedo parar, señora. Mis instrucciones son precisas. —Landaree, después de doblegar los dedos de Daneel, volvía a empuñar el desintegrador.

Gladia se colocó delante de su robot:

—No lastimes a este ser humano.

—Señora —insistió Landaree, con el arma apuntando a Gladia, sin la menor vacilación—, está colocada delante de algo que parece humano pero

que no lo es. Mis instrucciones son destruirlos cuando los vea —y, alzando la voz, ordenó—: Vosotros dos… ¡a la nave!

Los dos robots reanudaron su avance, llevando el pesado armatoste.

—Robots, ¡parad! —volvió a chillar Gladia, y el avance se detuvo. Los robots se estremecieron, como si se esforzaran para seguir avanzando, pero imposibilitados de hacerlo.

Gladia prosiguió:

—No puedes destruir a mi amigo Daneel sin destruirme a mí… y tú misma admites que yo soy humana y, por tanto, no debo ser lastimada.

—Señora —dijo Daneel en voz baja—, no atraiga daños sobre usted con su esfuerzo por protegerme.

—Todo es inútil, señora —declaró Landaree—. Puedo apartarla fácilmente de su actual posición y destruir al no humano que está detrás de usted. Como al hacerlo puedo lastimarla, le ruego, con todo respeto, que se aparte voluntariamente de su actual posición.

—Debe hacerlo, señora —suplicó Daneel.

—No, Daneel. No me moveré de aquí. En el tiempo que ella emplee para sacarme, tú echa a correr.

—No puedo correr más de prisa que el rayo desintegrador… Y si trato de correr disparará a través de usted, antes que dejar de hacerlo. Sus instrucciones son probablemente inflexibles. Lamento que todo esto pueda causarle dolor.

Daneel tomó a Gladia que se debatía y la alzó ligeramente a un lado.

Los dedos de Landaree apretaron el contacto, pero jamás llegaron a completar la presión. Permaneció inmóvil.

Gladia, que se había tambaleado hasta quedar en una posición sentada, se levantó. Prudentemente D.G., que no se había movido de su sitio durante los últimos intercambios verbales, se acercó a Landaree. Daneel le quitó tranquilamente el desintegrador, sin que ella se resistiera.

—Creo —dijo Daneel— que este robot está definitivamente desactivado.

La empujó suavemente y cayó de golpe, con sus miembros, torso y cabeza en la misma postura que tenía cuando estaba de pie. Su brazo seguía

doblado, su mano sostenía un arma invisible y su dedo se apoyaba en un contacto inexistente.

A través de los árboles, a un lado de la extensión de césped donde se había desarrollado el drama, se acercaba Giskard, sin que su cara robótica demostrara la menor curiosidad, aunque sí sus palabras.

—¿Qué ha ocurrido en mi ausencia? —preguntó.

27

El regreso a la nave fue expectante. Ahora que el frenesí y el miedo habían terminado, Gladia se sentía acalorada y furiosa y D.G. cojeaba dolorosamente. Avanzaban despacio, en parte por la cojera y en parte porque los dos robots solarianos seguían llevando su pesado aparato, arrastrándose bajo su peso. D.G. los miró por encima del hombro.

—Ahora que la capataza está desactivada, obedecen mis órdenes.

Gladia dijo entre dientes:

—¿Por qué no se decidió a correr y venir a pedir ayuda? ¿Por qué se quedó allí mirando sin hacer nada?

—Pues —respondió D.G. intentando simular una indiferencia que le hubiera resultado fácil de haberse encontrado mejor— negándose usted a abandonar a Daneel, dudé en hacer de cobarde por comparación.

—¡Loco! Yo estaba segura. Jamás me hubiera hecho daño alguno.

—Señora —intervino Daneel—, me disgusta tener que contradecirla, pero creo que lo hubiera hecho, a medida que su impulso de destruirme iba en aumento.

—Y qué listo tú empujándome a un lado. ¿Querías ser destruido? —Le echó en cara Gladia, descompuesta.

—Sí, antes que verla a usted lastimada, señora. Mi falla en detener al robot por causa de las inhibiciones producidas por su apariencia humana demostró mi poco satisfactorio límite de utilidad para usted.

—Así y todo —insistió Gladia— por el hecho de ser humana habría dudado en dispararme por un perceptible período de tiempo, y entretanto podías haberte apoderado del desintegrador.

—Yo no podía apostar su vida, señora, en algo tan incierto como su momento de duda.

—Y usted —dijo Gladia sin aparentar haber oído a Daneel y volviéndose otra vez a D.G.— no debió haber traído el desintegrador en ningún caso.

—Señora —protestó D.G., ceñudo—, tenga en cuenta que hemos estado a punto de morir. A los robots no les importa y yo, en cierto modo, me he ido acostumbrando al peligro. Pero, para usted, ha sido una desagradable novedad. Como resultado está haciendo una pataleta infantil: yo la perdono…, pero, por favor, escúcheme. No podía saber que me iban a quitar el desintegrador con tal facilidad. De no llevar el arma, la capataza me habría causado la muerte con sus manos desnudas, tan rápida y efectivamente, como podía hacerlo con el desintegrador. Tampoco valía la pena correr, en respuesta a otra de sus quejas. No podía ir más de prisa que el desintegrador. Ahora continúe, si todavía necesita dar rienda suelta a su frustración, pero no estoy dispuesto a seguir razonando con usted.

Gladia miró de D.G. a Daneel y dijo en voz baja:

—Creo que soy razonable. Muy bien, olvidemos lo que podríamos haber hecho.

Habían llegado a la nave. Miembros de la tripulación salieron a su encuentro. Gladia observó que estaban armados. D.G. llamó a su segundo:

—Oser, me figuro que ves ese objeto que traen esos dos robots.

—Sí, señor.

—Bien, haz que lo suban a bordo. Haz que se coloque en la cámara de seguridad y que se guarde allí. La cámara se cerrará y se mantendrá cerrada con llave. —Se apartó un instante, pero regresó—. Y, Oser, tan pronto lo hayas hecho, nos prepararemos para despegar.

—Capitán, ¿nos quedaremos también con los robots?

—No, son de diseño demasiado simple para que tengan mucho valor, y dadas las circunstancias, llevárnoslos podría crear problemas indeseables. Lo que traen es mucho más valioso que ellos.

Giskard contempló cómo el armatoste era subido despacio y con cuidado a la nave. Dijo:

—Capitán, intuyo que esto es un objeto muy peligroso.

—Yo tengo la misma impresión. Sospecho que la nave sería destruida después de nosotros.

—¿Esto? —preguntó Gladia—. ¿Qué es esto?

—No estoy del todo seguro, pero creo que es un intensificador nuclear. He visto modelos experimentales en Baleymundo, y éste parece un hermano mayor.

—¿Qué es un intensificador nuclear?

—Como su nombre lo indica, señora Gladia, es un aparato que intensifica la fusión nuclear.

—¿Y cómo lo hace?

—Verá, suponga que la nave tiene su suministro de energía, como lo tiene ahora, por ejemplo. Hay pequeñas cantidades de protones derivados de nuestra provisión de carburante de hidrógeno ultracalientes que se fusionan para producir energía. El hidrógeno se calienta constantemente para producir protones libres que, cuando están suficientemente calientes, se fusionan a su vez para producir energía. Si la corriente de partículas W del intensificador nuclear choca con los protones fusionados, éstos se fusionan más rápidamente y producen más calor. El calor produce más protones y hace que se fusionen más de prisa de lo que debieran, y su fusión produce aún más calor, lo que intensifica el círculo vicioso. En una mínima fracción de segundo se fusiona suficiente carburante para formar una diminuta bomba termonuclear y la nave entera, y todo lo que hay en ella, se volatiliza.

Gladia pareció asustada.

—¿Por qué no arde todo? ¿Por qué no estalla todo el planeta?

—Supongo que no hay peligro de que esto ocurra, señora. Los protones tienen que estar ultracalientes y en fusión. Los protones fríos no están en condiciones de fusionarse aunque la tendencia se intensifique al máximo del aparato; así y todo, no basta para permitir la fusión. Por lo menos, esto fue lo que creí entender en una conferencia a la que asistí. Y no afecta a nada más que al hidrógeno, creo saber. Incluso en el caso de protones ultracalientes, el calor producido no aumentaría desmedidamente.

»La temperatura se enfría con la distancia del alcance del intensificador, así que solamente puede lograrse una cantidad limitada de fusión. La

suficiente para destruir la nave, por supuesto, pero no se trata de volar los océanos ricos en hidrógeno, por ejemplo, incluso si parte del océano estuviera ultracaliente… y, desde luego, no, estando frío.

—Pero, y si la máquina se pusiera en marcha accidentalmente en la cámara donde está guardada…

—No creo que pueda ponerse en marcha. —D.G. abrió la mano y en ella descansaba un cubo de dos centímetros de metal pulido—. Por lo poco que sé de estas cosas, esto es un activador, y el intensificador nuclear no puede hacer nada sin él.

—¿Está seguro?

—No del todo, pero tendremos que arriesgarnos: debemos llevar el aparato a Baleymundo. Ahora, subamos a bordo.

Gladia y sus dos robots ascendieron por la pasarela y entraron en la nave. D.G. los siguió, y habló rápidamente con uno de sus oficiales. Después, disimulando su evidente cansancio, dijo a Gladia:

—Volver a cargar la nave y prepararnos para el despegue nos llevará un par de horas. Cada momento de retraso aumenta el peligro.

—¿Peligro?

—No supondrá que esa horrenda mujer robot es la única de su tipo que existe en Solaria, ¿verdad? Tampoco supondrá que el intensificador nuclear que hemos capturado es el único en su clase. Me figuro que llevará tiempo trasladar hasta aquí a otros robots humanoides y otros intensificadores nucleares… quizás, un tiempo considerable… Debemos concederles tan poco como nos sea posible. Y, entretanto, señora, vayamos a su camarote y tratemos de cierto asunto necesario.

—¿Cuál es este asunto necesario, capitán?

—Bueno —respondió D.G. indicándoles el camino—, en vista de que puedo haber sido víctima de una traición, creo que voy a proceder a un consejo de guerra algo informal.

28

Una vez que se hubo sentado con un quejido audible, D.G. expuso:

—Lo que realmente necesito es una ducha caliente, un masaje, una buena comida y la oportunidad de dormir, pero todo eso tendrá que esperar a que despeguemos del planeta. En su caso también tendrá que esperar, señora. Pero hay cosas que no deben esperar… Mi pregunta es: ¿dónde estabas, Giskard, mientras nosotros nos enfrentábamos con un peligro considerable?

—Capitán, no tuve la impresión de que si solamente habían dejado robots en el planeta éstos representaran un peligro para nosotros. Además, Daneel se quedó con ustedes.

—Capitán, acepté que Giskard hiciera un reconocimiento y le aseguré que yo permanecería con Gladia y con usted.

—Lo decidieron los dos, ¿verdad? ¿Se consultó a alguien más?

—No, capitán —contestó Giskard.

—Si estaban seguros de que los robots eran inofensivos, Giskard, ¿cómo explicas el que dos naves fueran destruidas?

—Me pareció, capitán, que debían de haber quedado seres humanos en el planeta, pero que harían lo imposible para no ser vistos por usted. Quise saber dónde estaban y qué hacían. Salí en su busca cubriendo la distancia tan rápidamente como pude. Interrogué a todos los robots que encontré.

—¿Descubriste algún ser humano?

—No, capitán.

—¿Examinaste la casa de donde salió la capataza?

—No, capitán, pero tengo la seguridad de que no había seres humanos en ella, y sigo teniéndola.

—Pero estaba allí la capataza.

—Sí, capitán, pero la capataza era un robot.

—Un robot peligroso.

—Con gran disgusto por mi parte, capitán, no me di cuenta de ello.

—Sientes disgusto, ¿verdad?

—Es una expresión que he elegido para describir el efecto causado en mis circuitos positrónicos. Es una burda analogía del término que los humanos emplean, capitán.

—¿Cómo no te diste cuenta de que un robot podía ser peligroso?

—Según las tres leyes de la Robótica…

Gladia interrumpió:

—Basta, capitán. Giskard sólo sabe lo que está programado para saber. Ningún robot es peligroso para los seres humanos, a menos que haya una lucha mortal entre los humanos, entonces el robot debe intentar impedirla. En semejante lucha, Daneel y Giskard indudablemente nos hubieran defendido, causando el menor daño posible a los otros.

—¿De veras? —D.G. se apoyó dos dedos sobre el puente de la nariz y apretó—. Daneel sí nos defendió. Pero luchábamos contra robots, no contra seres humanos, así que no tenía el menor problema en decidir a quién debía defender y hasta qué punto. No obstante, demostró fracasar rotundamente dado que las tres leyes no le impiden atacar a otros robots. Giskard se quedó al margen, regresando en el preciso instante en que todo había terminado. ¿Es posible que exista una corriente de simpatía entre los robots? ¿Es posible que los robots, al defender a los humanos contra los robots, sientan lo que Giskard llama «disgusto» por tener que hacerlo y así, fracasar o… ausentarse…?

—¡No! —gritó Gladia con fuerza.

—¿No? —repitió D.G.—. Bueno, yo no presumo de experto en robótica. ¿Lo es usted, señora Gladia?

—En absoluto —dijo Gladia—, pero toda mi vida he vivido con robots. Lo que insinúa es ridículo. Daneel estaba dispuesto a dar su vida por mí y Giskard habría hecho lo mismo.

—¿Cualquier robot lo habría hecho así?

—Naturalmente.

—No obstante, la capataza, esa Landaree, estaba decidida a atacarme y destruirme. Digamos que misteriosamente había detectado que Daneel, pese a las apariencias, era tan robot como ella… Pese, repito, a las apariencias, y que no tuvo ninguna inhibición cuando se trató de dañarlo. Pero ¿cómo explica que me atacara siendo yo un ser humano? Vaciló con usted, admitiendo que era humana, pero no conmigo. ¿Cómo pudo un robot discriminar entre nosotros dos? Tal vez no era realmente un robot.

—Era un robot —afirmó Gladia—. Claro que lo era. Pero… la verdad es que no entiendo por qué obró como lo hizo. Jamás, hasta ahora, había visto tal cosa. Lo único que se me ocurre es que los solarianos, habiendo

aprendido a fabricar robots humanoides, los diseñaron sin la protección de las tres leyes, aunque juraría que los solarianos, de todos los espaciales, habrían sido los últimos en hacerlo así. Los solarianos están tan excedidos en número por sus propios robots que son totalmente dependiente de ellos, en mucha mayor proporción que cualquier otro espacial, y por la misma razón les temen más. Por ello se introdujo ese servilismo e incluso un poco de estupidez a todos los robots solarianos. Las tres leyes eran más fuertes en Solaria que en cualquier otra parte, nunca más débiles. Sin embargo, no se me ocurre otro modo de explicar a Landaree más que suponiendo que la primera ley…

—Perdóneme, Gladia, por interrumpirla —dijo Daneel—. ¿Me autoriza a intentar una explicación del comportamiento de la capataza?

D.G. comentó, mordaz:

—Teníamos que llegar a esto. Sólo un robot puede explicar a otro robot.

—Señor —insistió Daneel—, a menos que comprendamos a la capataza no podrán tomarse medidas efectivas en el futuro contra el peligro en Solaria. Creo que tengo la explicación de su comportamiento.

—Adelante —ordenó D.G.

—La capataza no tomó inmediatamente medidas contra nosotros. Estuvo vigilándonos un momento, aparentemente indecisa sobre cómo actuar. Cuando usted, capitán, se acercó y le habló, anunció que usted no era humano y le atacó al momento. Cuando yo intervine y grité que ella era un robot, anunció que yo tampoco era humano y también me atacó al momento. Sin embargo, cuando la señora Gladia se adelantó y le gritó, la capataza reconoció que ella sí era humana y, por un instante, se dejó dominar.

—Sí, lo recuerdo bien, Daneel, pero ¿qué significa esto?

—Me parece, capitán, que es posible alterar el comportamiento de un robot sin tocar las tres leyes con la condición, por ejemplo de alterar la definición de un ser humano. Después de todo, un ser humano es solamente lo que se define como tal.

—¡Ah!, ¿sí? ¿Y qué consideras tú que es un ser humano?

A Daneel no le afectaba la presencia o no de sarcasmo. Respondió:

—Fui construido con una detallada descripción de la apariencia y comportamiento de los seres humanos, capitán. Todo cuanto encaja con dicha descripción es, para mí, un ser humano. Así, usted tiene el aspecto y el comportamiento de un ser humano, mientras que la capataza tenía el aspecto, pero no el comportamiento. Para ella, por el contrario, la propiedad clave del ser humano era la palabra, capitán. El acento solariano es característico. Para ella algo que pareciera un ser humano, estaba definido solamente si hablaba como un solariano. Aparentemente, cualquiera que pareciera humano pero que no hablara con acento solariano, tenía que ser inmediatamente destruido, como debía serlo cualquier nave que transportara a tales seres.

—Puede que estés en lo cierto —observó D.G., pensativo.

—Usted, capitán, tiene el acento de colonizador, tan característico, a su modo, como el acento solariano, pero ambos son muy distintos. Tan pronto como le habló, se definió como no-humano para ella, que lo anunció así y le atacó.

—Y tú hablas con acento aurorano y fuiste igualmente atacado.

—Sí, capitán, pero la señora Gladia habla con auténtico acento solariano, así que fue reconocida como humana.

D.G. reflexionó un momento, y luego dijo:

—Eso es un arreglo muy peligroso, incluso para los que podrían servirse de él. Si un solariano, por cualquier razón, en cualquier momento, se dirigiera a un robot de una forma que el robot no considerara auténtico acento solariano, ese solariano sería atacado al instante. Si yo fuera solariano, me asustaría acercarme a tal robot. El mismo esfuerzo que yo hiciera para hablar en puro solariano, podría ser mi perdición y mi muerte.

—En efecto, capitán —prosiguió Daneel—, me figuro que ésta es la razón por la que los fabricantes de robots no limitan, en general, la definición de un ser humano sino que la dejan tan amplia como les es posible. No obstante, los solarianos han abandonado el planeta. Esto lleva a suponer que el mejor indicativo de que los solarianos se han ido realmente y no están aquí para toparse con el peligro, es que los robots capataces tengan esa peligrosa programación. Los solarianos están solamente preocupados,

en la actualidad, porque alguien que no sea solariano se permita poner el pie en el planeta.

—¿Ni siquiera otros espaciales?

—Creo que sería difícil, capitán, definir a un ser humano, de modo que se incluyeran la docena o más de los diferentes acentos espaciales y se excluyeran la diversidad de acentos colonizadores. El basar la definición al acento solariano característico, ya resulta dificilísimo de por sí.

—Eres muy inteligente, Daneel. Yo desapruebo los robots, no en sí sino por su influencia desestabilizadora sobre la sociedad. Pero, con un robot como tú a mi lado, como lo estuviste antaño, junto a mi antepasado…

Gladia lo interrumpió:

—Me temo que no, D.G. Daneel no será nunca un regalo, ni será jamás vendido, ni puede ser fácilmente llevado a la fuerza.

D.G. levantó la mano, sonriendo y negando:

—Solamente soñaba, señora Gladia. Le aseguro que las leyes de Baleymundo harían impensable la posesión de un robot.

De pronto, dijo Giskard:

—¿Me concede permiso, capitán, para añadir unas palabras?

—¡Ah, el robot que consiguió eludir la acción y regresó cuando todo había terminado felizmente!

—Lamento que lo ocurrido parezca ser como usted ha expuesto. ¿Me autoriza, de todos modos, capitán, a que añada unas palabras?

—Bien, hable.

—Al parecer, capitán, su decisión de traer a la señora Gladia en esta expedición, ha salido muy bien. De no haber estado ella y de haberse aventurado usted a su misión de explorador con miembros de la tripulación como acompañantes, habrían sido rápidamente muertos y la nave destruida. Solamente la capacidad de hablar solariano de la señora Gladia y su valor al enfrentarse con la capataza, cambió el desenlace.

—En absoluto —dijo D.G.—, porque todos habríamos sido destruidos, incluso Gladia, de no ser por el hecho fortuito de que el robot se desactivó espontáneamente.

—No fue fortuito, capitán —le contradijo Giskard—, no es normal que un robot se desactive espontáneamente. Tiene que haber una razón para ello

y se me ocurre una posibilidad. Gladia ordenó parar al robot en diferentes ocasiones, según me ha dicho mi amigo Daneel, pero las instrucciones que movían al robot eran más poderosas. No obstante, las órdenes de Gladia sirvieron para inutilizar la resolución de la capataza, capitán. El hecho de que Gladia era indudablemente humana incluso para la definición que tenía el robot, y que actuaba de tal modo que haría necesario tener que lastimarla…, incluso matarla…, la inutilizó todavía más. Así, en el momento crucial, las dos fuerzas contrarias, es decir, la destrucción de seres no humanos y tener que evitar dañar a seres humanos…, llegaron a equilibrarse y el robot se heló, fue incapaz de hacer nada. Sus circuitos se quemaron.

Gladia frunció las cejas, desconcertada, y empezó:

—Pero… —Pero no continuó.

Giskard prosiguió:

—Creo conveniente que usted informe de lo ocurrido a la tripulación. En todo caso, servirá para acallar su desconfianza respecto a la señora Gladia si insiste en lo que su iniciativa y valor ha hecho por cada uno de la tripulación, es decir, mantenerlos con vida. También serviría para darles una excelente opinión de usted, de su previsión al insistir en traerla a bordo, quizá contra la opinión de sus propios oficiales.

D.G. soltó una enorme carcajada:

—Señora Gladia, ahora comprendo por qué no quiere separarse de esos robots. No solamente son tan inteligentes como los seres humanos, sino que son igualmente astutos. La felicito por tenerlos… Y ahora, si no le importa, debo apresurar a la tripulación. No quiero permanecer en Solaria ni un momento más de lo necesario. Le prometo no molestarla más; sé que necesita refrescarse y descansar tanto como yo.

Después de que se marchó. Gladia permaneció sumida en profundos pensamientos. Luego se volvió a Giskard y le dijo en aurorano corriente, una versión vulgar del galáctico estándar, muy extendido en Aurora y difícil de comprender para cualquier no aurorano:

—Giskard, ¿qué son esas tonterías de circuitos quemados?

—Señora, lo sugerí solamente como una posibilidad y nada más. Creí que debía dar todo el énfasis posible a su papel en relación al final de la

capataza.

—Pero ¿cómo podías pensar que él creería que un robot podía quemarse tan fácilmente?

—Sabe muy poco de robots, señora. Puede que comercie con ellos, pero pertenece a un mundo que no los utiliza.

—Pero yo sí sé mucho de ellos, lo mismo que tú. La capataza no mostró ningún indicio de circuitos desequilibrados; no tartamudeó, ni tembló, ni su comportamiento mostró ninguna dificultad. Solamente… se paró.

—Señora —dijo Giskard—, como no conocemos las especificaciones precisas con las que se diseñó la capataza, deberíamos conformarnos con la ignorancia sobre lo que provocó su desactivación.

Gladia sacudió la cabeza, dubitativa.

—De todos modos… es desconcertante.

TERCERA PARTE

BALEYMUNDO

EL MUNDO DE LOS COLONIZADORES

29

La nave de D.G. volvía a estar en el espacio rodeada de la eterna inmutabilidad del vacío infinito.

«¡Ya era hora!», pensó Gladia, que había disimulado muy mal la tensión provocada por la posibilidad de que otra capataza…, con otro intensificador…, pudiera aparecer de sopetón. El hecho de que la muerte fuera rápida, una muerte sin sentirla, no la satisfacía del todo. La tensión había estropeado lo que hubiera podido ser una ducha maravillosa junto con otras formas de renovación y comodidad.

Tuvo que esperar el verdadero despegue, después de oír el suave zumbido de los reactores protónicos, para poder disponerse a dormir.

«Qué raro», pensó a medida que empezaba a perder la conciencia, «que el espacio le pareciera más seguro que el mundo de su niñez, que abandonara Solaria, mucho más feliz esta segunda vez que la primera».

Pero Solaria ya no era el mundo de su infancia y su juventud. Era un mundo sin humanidad, guardado solamente por parodias distorsionadas de los humanos, robots humanoides que eran como una mofa del dulce Daneel y del inteligente Giskard.

Al fin se durmió… Mientras dormía, Daneel y Giskard pudieron hablarse otra vez.

—Amigo Giskard, estoy completamente seguro de que fuiste tú quien destruyó el robot.

—No tenía elección, amigo Daneel. Fue puramente accidental que llegara a tiempo, porque mis sentidos estaban enteramente dedicados a la búsqueda de otros seres humanos y no encontraba ninguno. No hubiera percibido el significado de los acontecimientos, de no ser por la rabia y desesperación de Gladia. Fue eso lo que capté a distancia y lo que me llevó a correr hacia la escena con el tiempo justo. En este aspecto, Gladia salvó la situación, por lo menos en cuanto al capitán y a ti. Todavía habría podido salvar la nave, creo, aun llegando demasiado tarde para salvaros. —Calló un momento y siguió—: Para mí no hubiera sido nada satisfactorio llegar demasiado tarde para salvarte.

Con voz grave, dijo Daneel:

—Gracias, amigo Giskard. Me alegra que tú no sintieras inhibición ante el aspecto humano de la capataza. Eso había hecho más lentas mis reacciones, lo mismo que mi aspecto lo había hecho con las suyas.

—Amigo Daneel, su aspecto físico no significaba nada para mí porque yo percibía la pauta de sus pensamientos. Era tan limitada y tan enteramente distinta del amplio alcance de las pautas humanas, que no me fue necesario hacer el menor esfuerzo para identificarla de modo positivo. La identificación negativa de no-humana era tan clara que actué al instante. En realidad, no me di cuenta de mi reacción hasta después de haber tenido lugar.

—Es lo que había pensado yo, amigo Giskard, pero deseaba confirmación, por si estaba equivocado. Puedo suponer que no sentiste la menor incomodidad por haber matado lo que, en apariencia, era un ser humano.

—Ninguna, porque era un robot.

—Me parece que si yo hubiera logrado destruirla, habría sufrido alguna obstrucción en la libre circulación positrónica, por más que supiera que se trataba de un robot.

—El aspecto humanoide, amigo Daneel, no puede dejar de considerarse cuando es lo único por lo que uno se guía. Ver es mucho más inmediato que deducir. Solamente porque pude observar su estructura mental, y concentrarme en ella, me fue posible ignorar su estructura física.

—¿Qué supones que hubiera experimentado la capataza si nos hubiera destruido, a juzgar por su estructura mental?

—Había recibido unas instrucciones muy precisas y en sus circuitos no cabía duda de que, según su definición, tú y el capitán no eran seres humanos.

—Pero pudo haber destruido también a Gladia.

—De eso no podemos estar seguros, amigo Daneel.

—De haberlo hecho, amigo Giskard, ¿habría sobrevivido? ¿Puedes decirlo?

Giskard guardó silencio largo rato.

—No tuve tiempo suficiente para estudiar su diseño mental. No puedo decir cuál habría sido su reacción de haber matado a Gladia.

—Si me pongo en el lugar de la capataza… —La voz de Daneel tembló y bajó de tono—. Me parece que podría matar a un ser humano a fin de salvar la vida de otro humano que, por alguna buena razón, fuera más necesario salvar. No obstante, el acto sería difícil y lesivo. Matar a un ser humano simplemente por destruir algo que yo considerara no humano, resultaría inconcebible.

—Se limitó a amenazar. No llevó a cabo la amenaza.

—¿Lo habría hecho, amigo Giskard?

—¿Cómo podemos saberlo, si desconocemos la naturaleza de sus instrucciones?

—¿Podían estas instrucciones negar tan completamente la primera ley?

—Tu único propósito en esta discusión ha sido plantear esa cuestión. Te aconsejo que no sigas adelante.

Daneel, obcecado, insistió:

—Lo plantearé en condicional, amigo Giskard. Es obvio que lo que no puede expresarse como hecho, puede plantearse como fantasía. Si se pudieran soslayar las instrucciones con definiciones y condiciones, si las instrucciones pudieran darse suficientemente detalladas de forma suficientemente firme, ¿podría ser posible matar a un ser humano por un motivo menos abrumador que salvar la vida de otro ser humano?

Giskard respondió con voz apagada:

—No lo sé, pero supongo que podría ser posible.

—Pero, entonces, si tu sospecha fuera correcta, implicaría que era posible neutralizar la primera ley en condiciones especiales. La primera ley, en este caso, y por tanto también las otras leyes, podrían ser modificadas hasta lograr que no existieran. Las leyes, incluso la primera, podrían no ser absolutas, pero serían las que los diseñadores de robots definieran.

—Ya basta, amigo Daneel. No sigas adelante.

—Queda un paso más, amigo Giskard. El colega Elijah hubiera dado ese paso adicional.

—Era un ser humano. Podía hacerlo.

—Debo intentarlo. Si las leyes de la Robótica, incluso la primera ley, no son absolutas, y si los humanos pueden modificarlas, no sería posible, bajo condiciones adecuadas mod…

Calló. Y Giskard murmuró:

—No sigas.

Daneel, con voz ronca, asintió:

—No seguiré.

El silencio duró un buen rato. Con dificultad los circuitos positrónicos de ambos dejaron de sufrir discordancias. Al fin, dijo Daneel:

—Tengo otra idea. La capataza era tan peligrosa no sólo por las instrucciones sino por su apariencia. Me inhibió a mí y también al capitán. Podía engañar a todos los seres humanos, como yo engañé sin proponérmelo al navegante de Primera Clase, Niss. Al principio no se dio cuenta de que yo era un robot.

—¿Y a qué viene esto, amigo Daneel?

—En Aurora se construyeron varios robots humanoides en el Instituto de Robótica, bajo la dirección del doctor Amadiro, según los diseños del doctor Fastolfe.

—Todos lo saben.

—¿Qué ocurrió con esos robots humanoides?

—El proyecto fracasó.

—También lo saben todos —dijo Daneel—, pero no contesta la pregunta. ¿Qué ocurrió con esos robots humanoides?

—Se supone que fueron destruidos.

—Tal suposición no debe necesariamente ser correcta. ¿Fueron realmente destruidos?

—Eso hubiera sido lo sensato. ¿Qué otra cosa puede hacerse con un fracaso?

—¿Cómo sabemos que los robots humanoides fueron un fracaso, salvo porque fueron retirados?

—¿No te basta que se retiraran y se destruyeran?

—Yo no he dicho «y se destruyeran», amigo Giskard. Esto es más de lo que sabemos. Sabemos solamente que fueron retirados.

—¿Por qué iban a hacerlo, a menos que fueran un fracaso?

—Y si no lo fueron, ¿podía haber alguna razón para retirarlos?

—No se me ocurre ninguna, amigo Daneel.

—Vuelve a pensar, amigo Giskard. Recuerda que estamos hablando de robots humanoides que pudieran ser peligrosos por su naturaleza humanoide. En una anterior discusión nos pareció que había un plan trazado en Aurora para derrotar a los colonizadores, pero drásticamente, de un solo golpe. Decidimos que estos planes estarían centrados en el planeta Tierra. Hasta aquí, ¿estoy en lo cierto?

—Sí, amigo Daneel.

—¿No podría ser que el doctor Amadiro fuera el foco y centro de dicho plan? Su antipatía por el planeta Tierra se ha hecho patente en estas veinte décadas. Si el doctor Amadiro ha construido cierto número de robots humanoides, ¿dónde podrían haber sido mandados, ya que han desaparecido de nuestra vista? Recuerda que si los robotistas de Solaria pueden distorsionar las tres leyes, los de Aurora pueden hacer lo mismo.

—¿Estás sugiriendo, amigo Daneel, que los robots humanoides han sido enviados a la Tierra?

—Exactamente. Una vez allí, su cometido sería engañar a la gente gracias a su aspecto humano y hacer posible lo que el doctor Amadiro disponga como ataque a la Tierra.

—No tienes pruebas de ello.

—Pero es posible. Considera los pasos que se han dado.

—Si así fuera, deberíamos ir a la Tierra. Tendríamos que estar allí y, de algún modo, evitar el desastre.

—En efecto.

—Pero no podemos ir, a menos que vaya Gladia, y no es probable que ocurra.

—Si puedes influir en el capitán para que lleve su nave a la Tierra, Gladia no tendrá elección y deberá ir.

—No puedo hacerlo sin lastimarle —dijo Giskard—. Está firmemente decidido a ir a su planeta Baleymundo. Debemos maniobrar para viajar a la Tierra después de que haya hecho lo que se propone hacer en Baleymundo.

—Después puede ser demasiado tarde.

—No puedo hacer más. No debo dañar a un ser humano.

—Si fuera demasiado tarde…, amigo Giskard, piensa en lo que significaría.

—No puedo pensar en lo que significaría. Solamente sé que no puedo dañar a un ser humano.

—Entonces, la primera ley no basta y debemos…

No pudo continuar. Ambos robots se sumieron en un silencio impotente.

30

Baleymundo apareció lentamente ante sus ojos, con toda nitidez, a medida que la nave se acercaba. Gladia lo contempló fijamente desde su visor del camarote; era la primera vez que veía un mundo de los colonizadores.

Protestó de la prolongación del viaje cuando D.G. se lo comunicó por primera vez, pero éste se encogió de hombros, y riendo explicó:

—¿Qué quiere? Debo llevar el arma de su mundo —exageró ligeramente el «su»— a mi pueblo. Y también debo informarle.

—El Consejo aurorano concedió permiso para llevarme a Solaria, a condición de que me devolviera.

—No fue exactamente así. Pudo haber algún compromiso informal al efecto, pero no hay nada escrito. Ningún acuerdo formal.

—Cualquier compromiso informal me obligaría a mí o a cualquier individuo civilizado, D.G.

—No me cabe duda, pero nosotros los mercaderes vivimos por el dinero y por la firmas rubricadas al pie de los documentos legales. Jamás, por ningún motivo, violaría un contrato escrito o me negaría cumplir aquello por lo que he aceptado el pago.

Gladia se irguió:

—¿Es una insinuación de que debo pagarle para que me devuelva a casa?

—¡Señora!

—Vamos, vamos, D.G., no malgaste su falsa indignación. Si me va a retener prisionera en su planeta, dígalo de una vez, y dígame por qué. Quiero saber exactamente cuál es mi situación.

—Ni es mi prisionera, ni lo será. De hecho, cumpliré ese compromiso no escrito. La llevaré a casa. Pero primero debo ir a Baleymundo y usted tiene que venir conmigo.

—¿Por qué debo ir con usted?

—La gente de mi mundo querrá verla. Es usted la heroína de Solaria. Nos salvó. No puede privarles de la oportunidad de vitorearla hasta enronquecer. Además, fue usted la amiga de mi antepasado.

—¿Qué es lo que saben, o creen saber, de aquello? —preguntó Gladia, tajante.

—Nada que la desacredite, se lo aseguro —respondió D.G.—. Usted es una leyenda y las leyendas son más grandes que todo, aunque confieso que para una leyenda es fácil ser mayor que usted, y mucho más noble. Normalmente, yo no la hubiera querido en este mundo porque no iba a estar a la altura de la leyenda. No es lo bastante alta, ni lo bastante hermosa, ni majestuosa. Pero, cuando se sepa la historia de Solaria, reunirá usted, de pronto, todos los requisitos. En verdad, puede que no quieran dejar que se marche. Recuerde que estamos hablando de Baleymundo, el planeta donde la historia del antepasado se toma más en serio que cualquier otra… y usted es parte de la historia.

—No debe tomar esto como excusa para mantenerme prisionera.

—Le prometo que no será así. Y le prometo que la llevaré a casa cuando pueda…, cuando pueda.

Gladia no se sintió tan indignada como creía que tenía derecho a estar. Quería ver cómo era en realidad un mundo de colonos y, después de todo, éste era el mundo peculiar de Elijah Baley. Su hijo lo había fundado.

Él mismo había pasado en él las últimas décadas de su vida. En Baleymundo habría vestigios de él: el nombre del planeta, sus descendientes, su leyenda.

Así que contempló el planeta…, y pensó en Elijah.

31

La contemplación no le proporcionó gran cosa. Se sintió decepcionada. No había gran cosa que ver por entre la capa de nubes que cubría el planeta. Desde su relativamente corta experiencia como viajera del espacio, le pareció que la capa de nubes era más densa de lo habitual en planetas deshabitados. Ahora sólo faltaban unas hora para aterrizar, y…

La señal luminosa se encendió. Gladia se apresuró a pulsar el botón ESPERE, en respuesta. Unos segundos después pulsó el botón ENTRE. D.G. entró sonriente.

—¿Es mal momento, señora?

—No. Era simplemente cuestión de ponerme los guantes y mis filtros nasales. Me figuro que debería llevarlos todo el tiempo, pero no sé por qué se me hace pesado llevarlos, y cada vez me preocupa menos la infección.

—La costumbre crea descuidos, señora.

—No les llamemos descuidos —dijo Gladia y se dio cuenta de que sonreía.

—Gracias. No tardaremos en aterrizar, señora. Le he traído un sobretodo, cuidadosamente esterilizado y metido en esta bolsa de plástico; no ha sido tocado por manos colonizadoras. Es fácil de poner. No tendrá ningún problema y descubrirá que cubre todo excepto la nariz y los ojos.

—¿Sólo para mí, D.G.?

—No, no. Todo el mundo los lleva para salir en esta estación del año. Es invierno ahora en la capital y hace mucho frío. Vivimos en un mundo frío, con una gran capa de nubes, mucha lluvia y nevadas frecuentes.

—¿Incluso en las regiones tropicales?

—Allí suele hacer un tiempo caluroso y seco. No obstante, la población se agrupa en las regiones frescas. Nos gusta. Entona y estimula. Los mares, que se poblaron con especies de la Tierra, son fértiles, así que los peces y otras criaturas se han multiplicado abundantemente. No faltan los alimentos aunque los espacios agrícolas son limitados, y no seremos nunca la cesta del pan de la Galaxia. Los veranos son cortos, pero muy calurosos; entonces se llenan las playas, aunque no las encontrará interesantes porque existe un fuerte tabú nudista.

—Parece un clima peculiar.

—Es una cuestión de distribución tierra-mar, una órbita planetaria algo más excéntrica que la mayoría y unas pocas cosas más. A mí, francamente, no me preocupa. —Se encogió de hombros—. No es mi campo de interés.

—Porque es un mercader. Imagino que no vendrá con frecuencia al planeta.

—En efecto, pero no soy mercader por escapar de él. Me gusta esto. Aunque tal vez me gustaría menos si estuviera más aquí. Si lo enfocamos así, Baleymundo y sus duras condiciones de vida sirven un importante propósito. Animan el comercio. Baleymundo produce hombres que surcan los mares en busca de comida y hay cierta similitud entre navegar por el mar y por el espacio. Yo diría que un tercio de todos los mercaderes que recorren el espacio, son gente de Baleymundo.

—Parece encontrarse en un estado eufórico, D.G. —dijo Gladia.

—¿De verdad? Ahora me siento de muy buen humor. Tengo motivos para ello. Y usted también.

—¡Oh!

—Es obvio, ¿no? Salimos con vida de Solaria. Sabemos exactamente cuál es el peligro solariano. Nos hemos apoderado de un arma poco corriente que debería interesar a nuestro ejército. Y usted va a ser la heroína de Baleymundo. Los altos funcionarios del país ya conocen lo ocurrido y están impacientes por saludarla. Además, es también la heroína de la nave. Casi cada uno de los hombres de a bordo se ofreció para traerle este sobretodo. Están ansiosos de acercársele y bañarse en su aura, por decirlo así.

—Vaya cambio —comentó secamente Gladia.

—En efecto, Niss, el tripulante al que Daneel castigó…

—Lo recuerdo bien, D.G.

—Está deseoso de pedirle perdón. Y traerá a sus cuatro compañeros para que ellos también se excusen. Vienen dispuestos a patear en su presencia al que se atreva a ofenderla. No es una mala persona, señora.

—Estoy segura de que no lo es. Asegúrele que está perdonado y el incidente olvidado. Y si puede arreglarlo, yo…, yo le estrecharé la mano, y quizás, a alguno de los demás, antes de desembarcar. Pero, por favor, procure que no se apiñen alrededor.

—La comprendo, pero no puedo garantizarle que no haya un cierto apiñamiento en Baleyciudad… Es la capital de Baleymundo. A veces no hay modo de evitar que ciertos altos funcionarios traten de ganar ventajas políticas dejándose ver a su lado, sonriendo y saludando.

—¡Josafat!, como diría su antepasado.

—No diga esto una vez llegada a tierra, señora. Es una exclamación reservada para él. Que alguien más la diga es considerado de mal gusto. Habrá discursos y vítores y toda clase de formalidades sin sentido. Lo siento, señora.

—Ojalá pudiera prescindir —musitó pensativa—, pero supongo que no hay medio de evitarlo.

—Ninguno, señora.

—¿Cuánto durará?

—Hasta que se cansen. Algunos días, quizá, pero habrá cierta variedad.

—¿Y cuánto tiempo vamos a quedarnos en el planeta?

—Hasta que me canse. Lo siento, señora, pero tengo mucho trabajo, gente que ver, lugares adonde ir…

—Y mujeres que amar.

—¡Ay de la fragilidad humana! —respondió D.G. con una amplia sonrisa.

—Lo hace todo menos babear.

—Es una debilidad. No acabo de decidirme a hacerlo.

—Está medio loco, ¿verdad? —sonrió Gladia.

—Nunca dije que no lo estuviera. Pero, dejando esto a un lado, tengo que pensar también en cosas tan aburridas como el hecho de que mis oficiales y mi tripulación quieran ver a sus familias y amigos, recuperar sueño perdido, y divertirse un poco planetariamente. Y por si le interesan los sentimientos de las cosas inanimadas, hay que repasar la nave, repararla, refrescarla y recargarla de carburante. Cositas así.

—¿Y cuánto tiempo llevarán esas cositas?

—Meses quizá. ¿Quién sabe?

—¿Y qué voy a hacer yo mientras tanto?

—Conocer nuestro mundo, ampliar sus horizontes.

—Pero su mundo no es precisamente el lugar de recreo de la Galaxia.

—Cierto, pero me esforzaré por mantenerla interesada. —Miró el reloj —. Una advertencia más, señora. No mencione su edad.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Podría surgir en cualquier conversación. Se espera que les dirija unas palabras, y podría decirles por ejemplo: «En el curso de mis veintitrés décadas de vida, nunca he sido tan feliz de ver a alguien, como lo estoy de ver al pueblo de Baleymundo». Si siente la tentación de decir algo parecido al principio de esta frase, por favor, resista.

—Lo haré. En cualquier caso, no tengo la menor intención de permitirme hipérboles… Pero, como simple curiosidad, ¿por qué no?

—Sencillamente, porque es mejor que no conozcan su edad.

—Pero la conocen, ¿verdad? Saben que fui la amiga de su antepasado y saben cuándo vivió. ¿O acaso tienen la impresión de que —le miró, inquisitiva— soy una descendiente lejana de aquella Gladia?

—No, no, saben quién es y la edad que tiene, pero sólo lo saben mentalmente —se tocó la frente— y a poca gente le trabaja la cabeza, como habrá observado.

—En efecto, incluso en Aurora.

—Muy bien. No querría que los colonos se mostraran especiales a este respecto. Verá, su aspecto es de —se detuvo a pensarlo— cuarenta, a lo sumo cuarenta y cinco, y así la aceptarán en sus entrañas, que es donde las personas corrientes tienen localizada su máquina de pensar, si no les habla de su verdadera edad.

—¿De veras importa?

—Mire, el colono normal no quiere robots. Ni le gustan los robots ni los desea. Estamos satisfechos de no ser como los espaciales. La longevidad es distinta. Cuarenta décadas es muchísimo más que diez.

—Pocos de nosotros llegan a las cuarenta décadas.

—Y pocos de nosotros alcanzan las diez. Hacemos ver las ventajas de la vida breve: calidad contra cantidad, rapidez evolutiva, un mundo siempre cambiante, pero nada hace que la gente se sienta feliz por vivir diez décadas, cuando imagina que podría vivir cuarenta, así que en un momento dado la propaganda produce un latigazo y es mejor no decir nada. No suelen ver a espaciales, como puede imaginar, así que no tienen ocasión de rechinar los dientes por el hecho de que los espaciales parecen jóvenes y vigorosos cuando en realidad son el doble de viejos que el más viejo colono que jamás vivió. Si se les ocurre pensar, verán todo esto en usted y les desquiciará.

Gladia comentó con amargura:

—¿Quiere que les diga un discurso y les cuente exactamente lo que significan cuarenta décadas? ¿Quiere que les diga cuántos años sobrevive uno la primavera de la esperanza, por no decir nada de los amigos y conocidos? Les hablaré del vacío de hijos y familia, del interminable ir y venir de un marido tras otro, el recuerdo borroso de los acoplamientos entre uno y otro; del momento en que uno ha visto todo lo que quería ver, y oído todo lo que quería oír, y encontrar imposible pensar un nuevo pensamiento, y olvidar lo que la excitación y el descubrimiento representan, y aprender, año tras año, cuán intenso puede hacerse el aburrimiento.

—La gente de Baleymundo no querría creerlo. Ni yo tampoco. ¿Es así como piensan los espaciales o se lo está inventando?

—Sólo sé con certeza cómo siento yo, pero he observado a otros apagándose a medida que envejecían; he visto cómo su carácter se agriaba y sus ambiciones se reducían y sus indiferencias crecían.

D.G. apretó los labios y su expresión se hizo sombría:

—¿Es alto el número de suicidios, entre los espaciales?

—Prácticamente inexistente.

—Pues esto no encaja con lo que me ha dicho.

—Piense un poco. Estamos rodeados de robots dedicados a mantenernos vivos. No hay modo de matarnos cuando nuestros activos y vigilantes robots están siempre a nuestro lado. Dudo de que alguno de nosotros lo intentara siquiera. Yo ni lo soñaría, aunque sólo fuera por la idea de lo que significaría para todos mis robots domésticos y mucho más para Daneel y Giskard.

—Pero, sabe de sobra que no viven. Que no tienen sentimientos.

Gladia sacudió la cabeza.

—Lo dice sólo porque nunca ha vivido con ellos… En todo caso, creo que sobrestima el deseo de longevidad entre su gente. Usted sabe mi edad, mira mi apariencia y no le molesta.

—Porque estoy convencido de que los mundos espaciales deben declinar y morir, que los mundos de los colonizadores son la esperanza en el futuro de la humanidad, y que lo que lo asegurará es nuestra característica vida breve. Escuchando lo que acaba de decirme, asumiendo que sea verdad, me afirmo en mi creencia.

—No se sienta demasiado seguro. Pueden surgir sus propios e insuperables problemas si no los tiene ya.

—Es indudablemente posible, señora, pero por ahora tengo que dejarla. La nave está preparándose para tocar tierra y debo vigilar inteligentemente la computadora que la controla, o nadie creerá que soy su capitán.

Salió y Gladia quedó en sombría abstracción por unos segundos, tirando distraída del plástico que envolvía el sobretodo.

Había llegado a conseguir una sensación de equilibrio en Aurora, una forma de dejar que la vida transcurriera tranquila. Comida tras comida, día tras día, estación tras estación, había ido pasando y la tranquilidad casi la había aislado de la tediosa espera por la única aventura que le quedaba, la aventura final de la muerte.

Y ahora había estado en Solaria y había despertado los recuerdos de una infancia lejana en un mundo que se había acabado, de modo que su tranquilidad se había hecho trizas…, quizá para siempre, de modo que ahora estaba descubierta e indefensa ante el horror de una vida que continuaba.

¿Con qué podía sustituir la tranquilidad desaparecida?

Captó los ojos relucientes de Giskard puestos en ella y le suplicó:

—Ayúdame en todo esto, Giskard.

32

Hacía frío. El cielo estaba gris de nubes y el aire relucía por una ligera nevada. Manchones de nieve en polvo giraban con la brisa, y lejos, más allá del aeródromo espacial, Gladia podía ver montones de nieve distantes.

Había mucha gente reunida acá y allá, contenida por barreras para evitar que se acercaran demasiado. Todos vestían sobretodos de diferentes tipos y colores, y todos parecían balones, transformando la humanidad en objetos con ojos pero sin forma. Algunos llevaban viseras que brillaban transparentes sobre sus rostros.

Gladia se llevó la mano enguantada a la cara. Excepto por la nariz se sentía bien protegida. El sobretodo hacía más que aislar; parecía producir su propio calor.

Miró tras sí, Daneel y Giskard estaban a su alcance, cada uno con su sobretodo. Primero había protestado:

—No necesitan abrigos. Son insensibles al frío.

—Ya lo sé —le había dicho D.G.—, pero dice que no irá a ninguna parte sin ellos, y no podemos dejar a Daneel sentado ahí fuera expuesto al frío. Parecería *contra natura*. Tampoco deseamos despertar hostilidad dejando claramente ver que son robots.

—Tienen que saber que llevo conmigo a mis robots, y el rostro de Giskard lo descubrirán aunque lleve un sobretodo.

—Puede que lo sepan, pero es posible que no piensen en ello si no les obligamos a hacerlo, así que no forcemos las cosas.

Ahora D.G. le indicó que entrara en un coche que tenía el techo y los lados transparentes. Le explicó sonriendo:

—Quieren verla mientras viajemos, señora.

Gladia se sentó a un lado y D.G. al otro.

—Yo soy un co-héroe —le anunció.

—¿Le importa mucho?

—¡Oh, sí! Significa una gratificación para mi tripulación y a lo mejor un ascenso para mí. Y no lo desprecio.

Daneel y Giskard también entraron y ocuparon unos asientos situados delante de la pareja. Daneel, frente a Gladia; Giskard frente a D.G. Delante iba otro coche sin transparencias, y una hilera de lo menos una docena, detrás. Se oyó cómo les vitoreaban y un bosque de brazos levantados de la masa humana, saludándolos. D.G. sonrió y levantó el brazo en correspondencia, e indicó a Gladia que hiciera lo mismo. Agitó la mano de un modo indiferente. El interior del coche estaba caliente y su nariz había dejado de ser insensible. Observó:

—Hay un brillo desagradable en las ventanas. ¿No puede eliminarse?

—Indudablemente, pero no se hará. Es algo tan imperceptible como un campo magnético, lo mejor que hemos podido montar. Entre toda esa gente entusiasmada, aunque han sido registrados, podría alguno esconder un arma y no queremos que le ocurra nada.

—¿Quiere decir que alguien podría intentar matarme?

(Los ojos de Daneel observaban a la gente por su lado del coche; Giskard, por el otro).

—Es improbable, pero es usted una espacial y a los colonizadores no les gustan los espaciales. Algunos pueden odiarles con tal virulencia que sólo vean en usted su espacialidad… Pero no se preocupe. Incluso si alguien lo intentara, y como le digo es improbable, no lo conseguiría.

Los coches empezaron a moverse, todos a la vez, con gran suavidad, Gladia se levantó, asombrada. No había nadie delante del panel que les aislaba. Preguntó:

—¿Quién conduce?

—Los coches están completamente computarizados; —explicó D.G.—. ¿Deduzco que los coches espaciales no lo están?

—Los conducen los robots.

D.G. siguió saludando y Gladia, maquinalmente, siguió su ejemplo.

—Los nuestros, no.

—Pero una computadora es esencialmente lo mismo que un robot.

—Una computadora no es humanoide y no llama la atención de la gente. Pese a las similitudes que pueda haber, psicológicamente son

totalmente distintos.

Gladia contemplaba el paisaje, opresivamente desnudo, árido. Aun teniendo en cuenta que era invierno, había algo desolado en las matas sin hojas y en los escasos árboles, cuyo aspecto descarnado ponía de relieve aquella muerte que parecía apoderarse de todo, D.G., que observó su depresión y la relacionó con las miradas que dirigía a un lado y otro, le dijo:

—Está muy feo todo ahora, señora. Pero en verano no está mal. Hay llanuras cubiertas de hierba, huertas, campos de trigo…

—¿Y bosques?

—Grandes bosques sombríos, no. Todavía estamos en un mundo que va creciendo. Todavía lo estamos moldeando. Tiene solamente un siglo y medio. El primer paso fue cultivar pequeñas huertas para los primeros colonos, utilizando semillas importadas. Luego metimos peces e invertebrados de todo tipo en el océano, haciendo lo imposible para establecer una ecología automantenida. Es un proceso relativamente fácil si la composición química del océano es apropiada. En caso contrario, el planeta no es habitable sin una enorme modificación química y esto aún no se ha probado, aunque hay todo tipo de proyectos para tales procedimientos. Por fin, tratamos de que la tierra florezca, lo que es siempre difícil, siempre muy lento.

—¿Todos los mundos colonizados han seguido este patrón?

—Lo están siguiendo. Ninguno está realmente terminado. Baleymundo es el más antiguo y queda aún mucho por hacer. Un par de siglos más, y los mundos de los colonos serán mundos ricos y llenos de vida, tanto en tierra como en el mar, aunque para entonces habrá mundos todavía más nuevos, abriéndose paso a través de sus diversas fases preliminares. Estoy seguro de que los mundos espaciales pasaron por el mismo proceso.

—Hace muchos siglos…, y más de prisa, creo yo. Teníamos robots para ayudarnos.

—Nos arreglaremos —contestó D.G., seco.

—¿Qué hay de la vida autóctona, de las plantas y animales que se criaban en este mundo antes de que llegaran los humanos?

—Insignificante. Cosas pequeñas, débiles. Los científicos están interesados, por supuesto, así que la vida indígena prosigue en acuarios

especiales, jardines botánicos y zoológicos. Todavía quedan remotas lagunas y una considerable extensión de tierra que no ha sido aún transformada. Algo de vida indígena vive allí todavía.

—Pero estas extensiones desérticas se irán transformando sucesivamente.

—Así lo esperamos.

—¿No cree usted que el planeta pertenece realmente a esas cosas pequeñas e insignificantes?

—No, no soy tan sentimental. El planeta y todo el Universo pertenecen a la inteligencia. Los espaciales están de acuerdo. ¿Dónde ha ido a parar la vida indígena de Solaria? ¿Y la de Aurora?

La fila de coches, que había ido avanzando tortuosamente desde el aeródromo espacial, llegó ahora a un área pavimentada en la que se veían varios edificios bajos y rematados por cúpulas.

—Plaza de la Capital —explicó D.G. en voz baja—. Esto es el latido oficial del planeta. Aquí están las oficinas del gobierno. El Congreso Planetario se reúne ahí y la Mansión Ejecutiva.

—Lo siento, D.G., pero todo esto no impresiona mucho. Estos edificios son pequeños y poco interesantes.

D.G. sonrió:

—Sólo ve algún que otro remate, señora. Los edificios en sí están situados bajo tierra: todos ellos interconectados: Es un complejo único en realidad, y aún está creciendo. Es una ciudad concentrada, ¿sabe? Ésta, junto con las áreas residenciales que la rodean, forma Baleyciudad.

—¿Se proponen tenerlo todo bajo tierra? ¿Toda la ciudad? ¿Todo el mundo?

—La mayoría de nosotros anticipamos un mundo subterráneo, sí.

—Tengo entendido que en la Tierra tienen ciudades subterráneas.

—En efecto. Las llamadas Cuevas de Acero.

—Entonces, ¿aquí las imitan?

—No es una simple imitación. Aportamos nuestras ideas y… Vamos a pararnos, señora, y en cualquier momento nos van pedir que bajemos. Yo que usted, me sujetaría bien las aberturas del sobretodo. En invierno, el viento en esta plaza es legendario.

Gladia obedeció, sujetándose torpemente las aberturas con dificultad.

—¿Dice que no es una simple imitación?

—No. Diseñamos bajo tierra teniendo en cuenta el tiempo. Como el tiempo aquí, en general, es más duro que el de la Tierra, hay que llevar a cabo ciertas modificaciones en la arquitectura. Si se edifica bien, se requiere muy poca energía para mantener el complejo caliente en invierno y fresco en verano. La verdad es que, en cierto modo, nos conservamos calientes en invierno, en parte, con el calor almacenado del verano anterior, y frescos en verano con el frío del invierno pasado.

—¿Y qué hay de la ventilación?

—Esto gasta parte de los ahorros, pero no todos. Funciona, y algún día emularemos las estructuras de la Tierra. Ésta es, por supuesto, la máxima ambición: hacer que Baleymundo sea el reflejo de la Tierra.

—Ignoraba que la Tierra fuera tan admirable, que se hiciera deseable crear una imitación —comentó Gladia.

D.G. se volvió a mirarla, airado.

—No vuelva a hablar así, señora, mientras esté con los colonos…, ni siquiera conmigo. El planeta Tierra no es para tomarlo en broma.

—Perdone, D.G., no quería ofenderle.

—No lo sabía. Pero ahora sí lo sabe. Vamos, hay que salir.

La portezuela lateral se deslizó silenciosamente y D.G. se volvió y salió. Alargó la mano para ayudar a Gladia y le dijo:

—Va a dirigir la palabra al Congreso Planetario, y cada funcionario que pueda introducirse como sea, lo hará.

Gladia, que ya había tendido su mano para tomar la de D.G., y que ya también había empezado a sentir el viento helado, se echó de pronto atrás.

—¿Tengo que hablarles? No se me había dicho nada.

D.G. la miró asombrado.

—Yo imaginé que lo daría por sentado.

—Pues, no. Y no puedo dirigirme a ellos. No lo he hecho nunca.

—Debe hacerlo. No es tan terrible. Es sólo cuestión de pronunciar unas pocas palabras después de los discursos largos y aburridos de bienvenida.

—Pero ¿qué puedo decirles?

—Nada complicado, se lo aseguro. Sólo paz y amor y bla, bla, bla… Dedíqueles medio minuto. Si quiere, puedo garabatearle algo.

Y Gladia salió del coche seguida de sus robots. Su mente era un torbellino.

EL DISCURSO

33

Una vez dentro del edificio se quitaron los sobretodos y los entregaron a los servidores. Daneel y Giskard también se despojaron de los suyos y los sirvientes echaron curiosas miradas a este último, acercándosele con cautela.

Gladia se reajustó los filtros nasales nerviosamente. Jamás se había encontrado en presencia de grandes concentraciones de humanos de vida breve…, vida breve, en parte, porque sabía (o siempre se lo habían dicho) que llevaban en sus cuerpos infecciones crónicas y hordas de parásitos.

—¿Volveré a tener mi sobretodo? —preguntó en un murmullo.

—Es suyo y de nadie más. Los mantendrán vigilados y esterilizados por radiación.

Gladia miró cautelosa a su alrededor. Tenía la sensación de que incluso el contacto óptico podía ser peligroso.

—¿Quiénes son éstos? —preguntó indicando a varias personas que vestían ropas de vivos colores y que aparecían armadas.

—Guardias de seguridad, señora —respondió D.G.

—¿Incluso aquí? ¿En un edificio del gobierno?

—Absolutamente. Y cuando estemos en la tribuna, habrá una cortina de energía que nos separará del público.

—¿No confían en su propio cuerpo legislativo?

—No del todo. Éste es un mundo todavía muy primitivo y tenemos que seguir nuestro sistema. Todavía no se han podido limar ciertas aristas y no

disponemos de robots para vigilarnos. Tenemos además unos partidos de minorías belicistas; tenemos nuestros halcones de guerra.

—¿Qué son los halcones de guerra?

La mayoría de los asistentes se habían despojado de sus sobretodos y se estaban sirviendo bebidas. Había un zumbido de conversaciones en el aire y muchos miraban fijamente a Gladia, pero ninguno se acercó a hablarle. Para Gladia era obvio que se la evitaba, que se había formado un vacío alrededor. D.G. observó su mirada a un lado y a otro y la interpretó correctamente:

—Se les ha dicho —le explicó— que usted les agradecería que no se le acercaran demasiado. Creo que comprenden su temor a la infección.

—Espero que no lo encuentren insultante.

—Puede que sí, pero junto a usted hay algo que es claramente un robot y la mayoría de los baleymundistas no desean este tipo de infección. Especialmente los halcones de guerra.

—No me ha dicho lo que son.

—Lo haré si nos queda tiempo. Usted y yo y los demás que estamos en la tribuna tendremos que ponernos en marcha dentro de poco… Muchos colonizadores ni quieren ni pueden competir con éxito en la carrera expansionista. También sabemos que llevará tiempo. No lo veremos. Probablemente nuestros hijos tampoco. ¡Quién sabe!, a lo mejor puede tardar mil años. Los halcones de guerra no quieren esperar. Lo quieren conseguir ahora.

—¿Quieren la guerra?

—No dicen eso, precisamente. Y no se llaman a sí mismos halcones de guerra. Así es como les llama la gente sensata. Ellos se denominan supremacistas terrenos. Después de todo, es difícil discutir con gente que anuncia que está a favor de que el planeta Tierra sea el supremo. Todos estamos a favor, pero la mayoría de nosotros no espera necesariamente que ocurra mañana y no se siente decepcionada si no ocurre.

—¿Y estos halcones de guerra podrían atacarme físicamente?

D.G. le indicó que avanzara:

—Creo que debemos ponernos en movimiento, señora. Nos lo están indicando… No, no creo realmente que vaya a ser atacada, pero siempre es mejor tener cuidado.

Gladia se detuvo y D.G. le indicó que volviera a la fila.

—No, sin Daneel y Giskard, D.G. Sigo sin querer ir a ninguna parte sin ellos. Ni siquiera a la tribuna. No, después de lo que acaba de decirme sobre los halcones.

—Me está pidiendo mucho, señora.

—Por el contrario, D.G. Yo no pido nada. Lléveme a casa ahora mismo… con mis robots.

Gladia miró, tensa, mientras D.G. se acercaba a un pequeño grupo de altos funcionarios. Hizo una media inclinación, con los brazos caídos ligeramente oblicuos. Gladia sospechó que debía de ser un gesto de respeto en Baleymundo.

No pudo oír lo que estaba diciendo D.G., pero por su mente cruzó involuntariamente una fantasía dolorosa. Si hacían cualquier intento por separarla de sus robots, contra su voluntad, Daneel y Giskard intervendrían seguramente y harían cualquier cosa para evitarlo. Se moverían con excesiva rapidez y precisión para no lastimar a nadie…, pero los guardias de seguridad emplearían sus armas al momento.

Tendría que evitarlo a toda costa, simular que se separaba de Daneel y Giskard voluntariamente y pedirles que esperaran detrás. ¿Cómo podría hacerlo? Nunca había estado totalmente sin robots en su vida. ¿Cómo podría sentirse a salvo sin ellos? Sin embargo, ¿qué otro medio se le ofrecía para solucionar el dilema?

D.G. volvió a su lado:

—Su categoría de heroína, señora, es buena cosa para negociar. Y también yo soy un individuo persuasivo, naturalmente. Sus robots pueden ir con usted. Se sentarán detrás de usted en la tribuna, pero ningún reflector les iluminará. Y, en nombre de mi antepasado, señora, no llame la atención sobre ellos. No los mire siquiera.

Gladia suspiró aliviada.

—Es usted muy bueno, D.G. —dijo temblorosa—. Gracias.

Ocupó su puesto cerca de la cabecera de la fila, con D.G. a su izquierda, Daneel y Giskard detrás, y a continuación una larga fila de funcionarios de ambos sexos.

Una mujer, con un bastón en la mano que parecía un símbolo de su cargo, habiendo vigilado cuidadosamente la fila, hizo un gesto afirmativo, se colocó a la cabeza y se pusieron en marcha. Todos la siguieron.

Gladia se dio cuenta de una música, una marcha con un ritmo simple y reiterado, y se preguntó si se suponía que había que desfilar de un modo algo marcial. («La costumbres varían infinita e irracionalmente de mundo a mundo», se dijo).

Mirando por el rabillo del ojo, vio que D.G. se movía con indiferencia, casi arrastraba los pies. Apretó los labios, no le parecía bien, y se puso a andar rítmicamente, con la cabeza erguida y la espalda tiesa. Faltándole directrices, andaría como le pareciera mejor.

Llegaron a un escenario y, al hacerlo, unas butacas salieron del suelo silenciosamente. La fila se deshizo, pero D.G. la tomó de la manga ligeramente, y ella le siguió. Los dos robots fueron tras ella.

Se quedó frente al asiento que le indicó D.G. La música se hizo más fuerte, pero la luz brillaba menos que antes. Y luego, después de una espera que le pareció interminable, sintió un tirón imperceptible hacia abajo. Se sentó y los demás la imitaron.

Percibió el brillo apagado del campo magnético y más allá millares de personas. Cada asiento de un amplio anfiteatro estaba ocupado. Todos iban vestidos en tonos apagados, marrones y negros, ambos sexos igual (casi no podían distinguirse). Los guardias de seguridad, apostados en los pasillos, destacaban por sus uniformes carmín y verdes. Indudablemente se les reconocía al instante. («Aunque —pensó Gladia—, también resultan blancos perfectos»).

Se volvió a D.G. y le dijo en voz baja:

—Tienen ustedes un enorme cuerpo legislativo.

D.G. se encogió de hombros.

—Creo que todo el que pertenece al aparato gubernamental está aquí, con cónyuge e invitados. Es un tributo a su popularidad, señora.

Ella miró al público de derecha a izquierda y hacia atrás y al completar el arco trató de vislumbrar a Daneel o a Giskard, aunque fuera de refilón, sólo para asegurarse de que estaban allí. Y de pronto, rebelándose, pensó que no ocurriría nada si echaba una rápida mirada, y volvió la cabeza. Allí

estaban. También captó la mirada de D.G. que levantaba los ojos, exasperado.

Se sobresaltó cuando un foco iluminó a una de las personas de la tribuna, mientras el resto del local se sumía en penumbra.

La figura iluminada se puso en pie y empezó a hablar. Su voz no era demasiado fuerte, pero Gladia pudo notar una ligera reverberación que rebotaba de las paredes del fondo. Pensó que la voz penetraba hasta el último rincón de la gran sala. ¿Era esto debido a un sistema amplificador por un aparato tan disimulado que no lo podía ver, o tenía la sala una forma acústica especialmente inteligente? Lo ignoraba, pero ello animó a su desconcertada curiosidad a continuar observando, porque la aliviaba, de momento, de la necesidad de tener que escuchar lo que se estaba diciendo.

En un momento dado oyó la palabra «quakenbush» procedente de un lugar indeterminado del público. Eso es lo que creyó entender y supuso que sería una grosería. El sonido se apagó casi en seguida y Gladia admiró la profundidad del silencio que siguió.

Si el salón era tan perfectamente acústico que cualquier rumor podía oírse, el público debía guardar absoluto silencio o el ruido y la confusión serían intolerables. Una vez establecida la costumbre de silencio y el ruido del público como tabú, era impensable cualquier cosa que no fuera silencio… Excepto cuando el impulso de murmurar «quakenbush» se hacía irresistible, supuso.

Gladia se dio cuenta de que su mente se enturbiaba y sus ojos se cerraban. Se enderezó con una pequeña sacudida. La gente del planeta trataba de honrarla y si se quedaba dormida en el transcurso del acto, podía resultar un insulto intolerable. Se esforzó por mantenerse despierta obligándose a escuchar, pero esto le producía todavía más sueño.

Para evitarlo se mordió el interior de las mejillas y respiró profundamente.

Los altos funcionarios hablaron, uno tras otro, con una casi bendita brevedad, y de pronto despertó sobresaltada (¿se había quedado realmente dormida, pese a sus esfuerzos, con miles de ojos puestos en ella?) cuando el foco iluminó su izquierda, y D.G. se levantó para hablar, de pie ante su butaca.

Parecía completamente relajado, con los pulgares metidos en su cinturón.

—Hombres y mujeres de Baleymundo —empezó—, funcionarios, legisladores, honorables jefes y compañeros todos del planeta, habéis oído algo de lo que ocurrió en Solaria. Sabéis que el éxito fue absoluto. Sabéis también que la señora Gladia de Aurora contribuyó a este éxito. Ha llegado la hora de contaros algunos de los detalles, a vosotros, y a los demás habitantes del planeta que están viéndonos por hipervisión.

Procedió a describir los acontecimientos ligeramente modificados, y Gladia se sintió divertida ante la naturaleza de esas modificaciones.

Contó someramente su derrota a manos del robot humanoide. Giskard no fue mencionado en ningún momento: el papel de Daneel, minimizado; el de Gladia ampliamente exagerado. El incidente se transformó en un duelo entre dos mujeres…, Gladia y Landaree…, y fueron el valor y el sentido de autoridad de Gladia los que vencieron. Para terminar, D.G. anunció:

—Y ahora, la señora Gladia, solariana por nacimiento y aurorana por ciudadanía, pero baleymundista por sus actos… (grandes aplausos, los más fuertes que Gladia había jamás oído, porque los primeros oradores habían sido recibidos con cierta tibieza).

D.G. alzó las manos en petición de silencio y se hizo al instante.

Le oyó terminar…

—… Les hablará ahora.

Gladia se encontró iluminada por el reflector y se volvió a D.G.; presa de un súbito pánico. Oyó aplausos, D.G. también la aplaudía. Protegido por el ruido, se volvió a ella y le dijo en voz baja:

—Los ama a todos, desea la paz y como no es una legisladora no está acostumbrada a los largos discursos de pequeño contenido. Dígales esto y siéntese.

Lo miró sin comprenderle, demasiado nerviosa para enterarse de lo que él le había dicho. Se puso de pie y se encontró frente a infinitas hileras de gente.

Gladia se sintió pequeña (y no por primera vez en su vida) al mirar al escenario. Los hombres que estaban allí eran todos mucho más altos que ella, y lo mismo las otras tres mujeres. Sintió que, aunque estaban todos sentados y ella de pie, seguían dominándola. En cuanto al público, que esperaba ahora en silencio, un silencio que parecía amenazador, estaba compuesto seguramente por gente más alta que ella.

Respiró profundamente y dijo:

—Amigos… —Pero le salió un hilo de voz, casi un silbido jadeante. Se aclaró la garganta (con lo que le pareció un carraspeo atronador) y volvió a empezar—: ¡Amigos! —Esta vez el tono tenía una cierta normalidad—. Todos vosotros sois descendientes de los hombres de la Tierra, todos y cada uno de vosotros. Yo también, desciendo de ellos. No hay ningún ser humano en ninguno de los mundos habitados, ya sean espaciales, colonizados o de la propia Tierra, que no sean de la Tierra por nacimiento, o por descendencia. Todas las demás diferencias se desvanecen frente a este hecho tan importante.

Sus ojos parpadearon hacia la izquierda en busca de D.G. y se encontró con que sonreía ligeramente y que uno de sus párpados temblaba como si estuviera haciéndole un guiño. Prosiguió:

—Esto debería servirnos de guía en cada acto y en cada pensamiento. Os doy las gracias a todos por considerarme como otro ser humano y por aceptarme entre vosotros sin tener en cuenta ninguna otra clasificación en la que pudierais sentir la tentación de incluirme. Por esto y con la esperanza de que algún día, muy pronto, cuando los dieciséis mil millones de seres humanos vivan en paz y armonía, se consideren así y nada más que así… y nada menos que así… pienso en todos vosotros no solamente como amigos, sino como verdaderos parientes.

Estallaron los aplausos ensordecedores y Gladia entrecerró los ojos, con alivio. Permaneció de pie para permitir que continuaran y la envolvieran en su bienvenida indicación de que había hablado bien, y lo que era más, suficiente. Cuando empezaron a ceder, sonrió, se inclinó a derecha e izquierda y empezó a sentarse.

Entonces, de entre el público, una voz dijo:

—¿Por qué no nos habla en solariano?

Se quedó helada, a pocos centímetros de la butaca. Sobresaltada, miró a D.G., que movió ligeramente la cabeza y articuló en silencio «Ignórelo». Luego disimuladamente le indicó que se sentara.

Lo miró por espacio de uno o dos segundos, e inmediatamente se dio cuenta del mal efecto que les haría, con su posición semiagachada porque estaba a mitad de camino de sentarse. Se enderezó al momento y dirigió una sonrisa al publico, moviendo la cabeza de uno a otro lado.

Por primera vez se percató de ciertos objetos, al fondo de la sala cuyas lentes brillantes estaban enfocadas a ella.

¡Claro! D.G. había mencionado que el acto iba a transmitirse por hipervisión. Y, curiosamente, ya no le importaba, había hablado y había sido aplaudida y se encontraba delante de un público que podía ver, erguida y sin nerviosismo. ¿Qué podía importar la invisible adición?

Sin dejar de sonreír, respondió:

—La pregunta me parece amistosa. Queréis que os muestre lo que sé hacer. ¿Cuántos deseáis que os hable en solariano? No vaciléis. Levantad la mano derecha.

Unas cuantas manos se alzaron. Gladia prosiguió:

—El robot humanoide de Solaria me oyó hablar en solariano. Esto fue lo que al final venció. Vamos…, dejad que vea a todos aquellos a los que les gustaría una demostración.

Más brazos se alzaron y, al momento, el público fue un mar de brazos levantados. Gladia sintió que una mano daba un ligero tirón a la pernera de sus pantalones y, de un rápido manotazo, la apartó.

—Muy bien. Podéis bajar los brazos ya, amigos y parientes. Tened en cuenta que lo que utilizo ahora es galáctico estándar, que es también vuestro idioma. Pero yo, claro, lo hablo como una aurorana y sé que todos me comprendéis aunque mi acento, la forma de pronunciar mis palabras, os parezca divertida y la elección de las mismas pueda a veces desconcertaros un poco. Observaréis que en mi forma de hablar hay como notas que suben y bajan, casi como si cantara mis palabras. Esto parece siempre ridículo a cualquiera que no sea aurorano, incluso a los otros espaciales. Por el contrario, si paso al estilo solariano, como estoy haciendo ahora, observaréis al momento que el canto cesa y que las palabras se vuelven

guturales, con unas «erres» que se arrastran… especialmente si no hay «rrrr» en ninguna parrrrte del panorrrrama verbal.

El público se echó a reír y Gladia lo observó con expresión seria.

Al fin, levantó los brazos e hizo un movimiento cortante hacia abajo y hacia afuera y las risas cesaron.

—No obstante, es posible que jamás vuelva a Solaria, así que no tendré ocasión de volver a servirme del dialecto solariano. Y el buen capitán Baley —se volvió y se inclinó en su dirección, observando que tenía la frente cubierta de sudor— me ha informado que no sabe en qué momento podré regresar a Aurora, así que también tendré que dejar de utilizar el dialecto aurorano. La única alternativa será hablar el dialecto de Baleymundo, y voy a empezar a practicarlo desde ahora.

Metió sus pulgares en un cinturón inexistente, sacó el pecho, bajó la barbilla, adoptó la sonrisa segura de D.G. y dijo con simulada voz de barítono:

—Hombres y mujeres de Baleymundo, funcionarios, legisladores, honorables jefes y compañeros todos del planeta, y en esto debo incluir a todos, excepto quizás a los no honorables jefes. —Se esforzó por incluir lo mejor que supo las pausas glóticas, y las «aes» átonas y pronunció cuidadosamente la «h» de «honorables», lo que resultaba casi un jadeo.

La risa fue esta vez más fuerte y más prolongada. Gladia se permitió sonreír y esperar tranquilamente a que se apagara. Después de todo, les estaba enseñando a reírse de sí mismos.

Y cuando todo volvió a estar tranquilo, dijo sencillamente en un aurorano sin exageración:

—Cada dialecto es divertido, o peculiar, para aquellos que no están acostumbrados a él. Y cada uno tiende a marcar a los seres humanos en grupos separados, y frecuentemente en enemigos. Sin embargo, los dialectos son solamente obra de la lengua. En su lugar, vosotros y yo y los otros seres humanos de cada mundo habitado, deberíamos escuchar la lengua del corazón, y para esto no hay dialectos. Ese idioma, si lo escuchamos, suena igual en todos nosotros.

Había terminado. Estaba dispuesta a volver a sentarse, pero surgió otra pregunta. Esta vez la voz era de mujer.

—¿Qué edad tiene?

Ahora, D.G. mascculló entre dientes:

—Siéntese, señora. Ignore la pregunta.

Gladia se volvió a mirarle. Estaba a medio levantar. Los otros componentes del grupo de la tribuna, por lo poco que podía verles fuera de la luz del reflector, estaban tensos, inclinados hacia ella. Se volvió al público y exclamó con voz estentórea:

—La gente de la tribuna quiere que me siente. ¿Cuántos de ustedes quieren que me siente? Los noto silenciosos… ¿Cuántos quieren que siga aquí y les conteste honradamente?

Hubo un estallido de aplausos y gritos de:

—¡Conteste! ¡Conteste!

—La voz del pueblo —dijo Gladia—. Lo siento. D.G. y todos ustedes, pero me mandan hablar.

Miró al reflector, cerrando los ojos y gritó:

—Ignoro quién controla las luces, pero ilumine el salón y apague el reflector. No me importa lo que pueda significar para las cámaras de hipervisión. Asegúrese solamente de que el sonido siga perfecto. A nadie le importará si no se me ve muy bien, siempre y cuando puedan oírme. ¿Entendido?

—Entendido —fue la respuesta multitudinaria. Luego—: ¡Luces! ¡Luces!

Alguien de la tribuna hizo un gesto desesperado y el público fue inundado de luz.

—Así está mucho mejor —dijo Gladia—. Ahora puedo veros a todos, amigos míos. Querría especialmente ver a la mujer que hizo la pregunta, la que quiere saber mi edad. Me gustaría dirigirme a ella directamente. No se avergüence. Si ha tenido el valor de formular la pregunta, debe tener el valor de hacerla abiertamente.

Esperó y finalmente una mujer se levantó en las filas centrales.

Su cabello oscuro estaba peinado hacia atrás, el color de su tez era canela claro y su ropa, muy ceñida para poner de relieve su cuerpo esbelto, era de diferentes tonos de marrón oscuro. Con voz algo estridente, protestó:

—No tengo miedo de levantarme. Ni tengo miedo de volver a preguntarle: ¿qué edad tiene?

Gladia la miró tranquila y se encontró incluso feliz por la confrontación. (¿Cómo era posible? Durante sus tres primeras décadas, había sido cuidadosamente preparada para encontrar intolerable la presencia real de un ser humano, y he aquí que ahora se enfrentaba sin temblar a miles de ellos. Estaba vagamente sorprendida y totalmente satisfecha).

—Por favor, señora —le rogó Gladia— permanezca en pie, y hablemos. ¿Cómo puede medirse la edad? ¿En años transcurridos desde el nacimiento?

La mujer le dijo con perfecta compostura:

—Me llamo Sindra Lambid. Soy un miembro de la legislatura y por tanto uno de los «legisladores», y «honorables jefes» del capitán Baley. Honrada, en todo caso (se oyeron unas risas y pareció que el público estaba cada vez de mejor humor). Voy a contestar a su pregunta, creo que el número de años galácticos transcurridos desde el nacimiento es la definición habitual de la edad de una persona. Así, yo tengo cuarenta y cuatro años. ¿Y usted? ¿Por qué no nos dice un número?

—Lo haré. Desde mi nacimiento, han pasado y dejado atrás doscientos treinta y tres años galácticos, así que tengo algo más de veintitrés décadas…, o algo más de cuatro veces la edad de usted.

Gladia se mantuvo erguida, sabiendo perfectamente que su cuerpo menudo y esbelto, en aquella media luz, la hacía aparecer en aquel momento extraordinariamente juvenil.

Hubo un murmullo confuso por parte del público y un gemido por su izquierda. Una fugaz mirada en aquella dirección le mostró que D.G. se había llevado la mano a la frente. Gladia prosiguió:

—Pero esto es una forma enteramente pasiva de medir el tiempo transcurrido. Es una medida de cantidad que no tiene en cuenta su calidad. Mi vida se ha deslizado tranquila, podría decirse que ha sido aburrida. He atravesado una rutina establecida, resguardada de todos los acontecimientos exteriores por un bien engrasado sistema social que no dejaba lugar ni a cambios ni a experimentos, y guardada por mis robots, que se interponían entre yo y cualquier tipo de desventura.

»Sólo dos veces en mi vida he sentido excitación y en ambas ocasiones intervino la tragedia. Cuando tenía treinta y tres años, más joven en años que ninguno de los que me estáis escuchando ahora, hubo un momento, afortunadamente corto, en que una acusación de asesinato se cernió sobre mí. Dos años más tarde hubo otro período que tampoco fue largo, en el que me vi involucrada en otro asesinato. En ambas ocasiones, Elijah Baley estuvo a mi lado. Creo que la mayoría de vosotros, quizá todos vosotros, estáis familiarizados con la historia contada y escrita por el hijo de Elijah Baley.

»Debo añadir una tercera ocasión; en este último mes, en la que me he enfrentado con mucha excitación, alcanzando el punto álgido al ser requerida para enfrentarme a todos vosotros, algo que es enteramente distinto de cuanto haya podido hacer en mi larga vida. Y debo confesar que solamente vuestro natural bondadoso y vuestra amable aceptación de mí lo han hecho posible.

»Pensad cada uno de vosotros, el contraste de todo esto con vuestras propias vidas. Sois pioneros, y vivís en un mundo pionero. Este mundo ha ido creciendo durante todas vuestras vidas, y continuará creciendo. Este mundo no está aún del todo colonizado, y cada día es, y debe ser, una aventura. El clima en sí ya es una aventura. Primero tenéis frío, luego calor y otra vez frío. Es un clima rico en vientos y tormentas y cambios bruscos.

»En ningún momento podéis sentaros y dejar que el tiempo transcurra, adormilado, en un mundo que va cambiando suavemente.

»Muchos baleymundistas son mercaderes, o pueden elegir serlo y así pueden pasar la mitad de sus vidas recorriendo las sendas del espacio. Y si alguna vez este mundo es domado, la mayoría de sus habitantes pueden elegir pasar de esta esfera de actividades a otra menos desarrollada o formar parte de una expedición que encontrará un mundo apropiado, que todavía no ha conocido el paso de los humanos, y participarán en formarlo, sembrarlo y adecuarlo para la ocupación humana.

»Medid la longitud de la vida por hechos y acontecimientos, logros y estímulos, y veréis en mí una niña, más joven que cualquiera de vosotros. La mayor parte de mis años han valido solamente para cansarme y

aburrirme; los menos, para enriqueceros y estimularos… Así que, dígame otra vez, señora Lambid, ¿qué edad tiene?

Lambid sonrió:

—Tengo cuarenta y cuatro años útiles, señora Gladia.

Se sentó otra vez y los aplausos atronaron incesantes. A cubierto del ruido, D.G. preguntó con voz ronca:

—Señora Gladia, ¿quién le enseñó a manejar un público como éste?

—Nadie —musitó—. Nunca lo había intentado hasta ahora.

—Abandone mientras los domina. La persona que ahora se pone de pie es nuestro principal halcón de guerra. No necesita hacerle frente. Diga que está cansada y siéntese. Nosotros nos ocuparemos del viejo Bistervan.

—Pero es que no estoy cansada. Y me divierto.

El hombre que tenía ante ella, ubicado en la extrema derecha pero muy cerca de la tribuna, era alto, vigoroso, con unas cejas hirsutas y blancas, caídas sobre sus ojos. Su escaso pelo también era cano y sus ropas, de un negro profundo, llevaban una línea blanca a lo largo de cada manga y cada pernera como si quisiera poner límites a su cuerpo. Su voz era profunda y musical.

—Mi nombre —declaró— es Tomás Bistervan y me conocen muchos como *El Viejo*, en especial, creo yo, porque les gustaría que así fuera y que no me demorara mucho en morir. No sé cómo dirigirme a usted porque no parece llevar un apellido y porque no la conozco bastante como para llamarla por su nombre. Y a fuerza de ser sincero, tampoco deseo conocerla.

»Aparentemente, ha salvado usted una nave de Baleymundo en Solaria contras las trampas y artefactos montados por su gente, y se lo agradecemos. A su vez nos ha largado una sarta de tonterías pacatas sobre amistad y parentesco… ¡Pura hipocresía!

»¿En qué momento su gente se ha sentido emparentada con nosotros? ¿Cuándo han sentido los espaciales algún tipo de relación con la Tierra y su gente? Es obvio que ustedes, los espaciales, descienden de la Tierra. No lo olvidamos. Tampoco olvidamos que ustedes sí lo han olvidado. Por más de veinte décadas, los espaciales controlaron la Galaxia y trataron a los del planeta Tierra como si fueran animales odiosos, de vida breve y

contaminados. Ahora que estamos volviéndonos fuertes, nos tiende la mano de la amistad, pero esta mano lleva un guante, como todas vuestras manos. Procura no apartar su nariz de nosotros, pero esa nariz, aunque no se volviera, lleva filtros. ¿Qué? ¿Estoy en lo cierto?

Gladia levantó ambas manos y dijo:

—Puede ser que el público que está en este salón, y mucho más la gente que me ve por hiperonda, no sepa que llevo guantes. No se notan, pero aquí están. No lo niego. Y llevo filtros que tamizan el polvo y los microorganismos sin interferir mi respiración. Tengo mucho cuidado en pulverizarme periódicamente la garganta. Me lavo quizás algo más de lo que requiere la mera limpieza. No niego nada.

»Pero esto es el resultado de mis limitaciones, no de las vuestras. Mi sistema inmunológico no es fuerte. Mi vida ha sido demasiado cómoda y no he estado expuesta a casi nada. No fue elegido deliberadamente por mí, pero debo pagar por ello. Si alguno de vosotros se encontrara en mi infortunada situación, ¿qué haríais? En especial, el señor Bistervan, ¿qué haría usted?

Bistervan respondió, sombrío:

—Haría lo mismo que usted y lo consideraría un indicio de debilidad, un indicio de que no estoy adaptado ni preparado para vivir y que, por lo tanto, debo dejar el sitio a los que son más fuertes. Mujer, no nos hable de parentesco. No es parienta mía. Es una de aquellos que nos persiguieron y trataron de destruirnos cuando ustedes eran fuertes, y que vienen gimoteando ahora que se sienten débiles.

Hubo un revolverse inquieto de público, nada amistoso, pero Bistervan se mantuvo firme. Gladia dijo con dulzura:

—¿Recuerdan el mal que les hicimos cuando éramos fuertes?

—No tema que lo olvidemos —repuso Bistervan—. Todos los días lo tenemos presente.

—¡Bien! Porque ahora ya saben lo que deben evitar. Habéis aprendido que cuando el fuerte oprime al débil, está mal. Por tanto, cuando sois fuertes y nosotros débiles, no debéis ejercer la opresión.

—¡Ah, sí! Ya he oído el argumento. Mientras fueron fuertes no oyeron hablar de moralidad; ahora, al ser débiles, la predican.

—Pero en vuestro caso, mientras fuisteis débiles sabíais todo sobre la moral y os aterraba el comportamiento de los fuertes, y ahora que sois fuertes os habéis olvidado de la moral. Con toda seguridad es mejor que el inmoral aprenda la moral a través de la adversidad, que el moral olvide serlo en la prosperidad.

—Daremos lo que recibimos —insistió Bistervan alzando el puño.

—Deberíais dar lo que os hubiera gustado recibir. —Y Gladia alargó los brazos como si les abrazara—. Puesto que todo el mundo puede pensar en algún viejo agravio que vengar, lo que está diciendo, amigo mío, es que está bien que el fuerte oprima al débil. Y al decirlo justifica a los espaciales del pasado y por tanto no debería quejarse del presente. Lo que digo es que la opresión estuvo mal cuando se practicó en el pasado y será igualmente mala si se practica en el futuro. Desgraciadamente, no podemos cambiar el pasado, pero todavía podemos decidir lo que va a ser el futuro.

Gladia hizo una pausa. Al notar que Bistervan tardaba en contestarle, gritó:

—¿Cuántos deseáis una nueva Galaxia, no la antigua Galaxia incesantemente repetida?

Se reanudó el aplauso, pero Bistervan alzó los brazos y clamó con voz estentórea:

—¡Esperad! ¡Esperad! ¡Nos seáis locos! ¡Basta!

Poco a poco volvió el silencio y Bistervan habló:

—¿Suponéis acaso que esta mujer cree en lo que está diciendo? ¿Suponéis que los espaciales nos desean algún bien? Todavía se creen fuertes, y nos desprecian e intentan destruirnos si no les destruimos nosotros antes. Esta mujer viene aquí, y, como imbéciles, le damos la bienvenida y la consideramos importante. Bien, poned a prueba sus palabras. Que cualquiera de vosotros pida permiso para visitar un mundo espacial y veréis si os dejan. O si hay un mundo detrás de vosotros y podéis serviros de amenazas, como hizo el capitán Baley y así estar autorizados para tomar tierra en el planeta, ¿cómo os tratarán? Preguntad al capitán si se le trató como pariente.

»Esta mujer es una hipócrita, pese a todas sus palabras; no, precisamente por ellas. Son como advertencias declaradas de su hipocresía.

Se lamenta y se queja de su inadecuado sistema de inmunidad y asegura que debe protegerse contra el peligro de infección. Naturalmente, no lo hace porque crea que ¡somos inmundos y enfermos! ¡Me figuro que jamás tuvo semejante idea!

»Se lamenta de su vida pasiva, protegida de desventuras y desatinos por una sociedad demasiado establecida y un montón de robots demasiado solícitos. ¡Cómo debe de aborrecerlo!

»Pero aquí, ¿qué peligro corre? ¿Qué desventura puede cebarse en ella en nuestro planeta? No obstante, se ha traído sus dos robots consigo.

»En este salón nos hemos reunido para conocerla y honrarla, y tenerla en gran estima, pero hasta aquí se ha traído sus robots. Están allí, en la tribuna con ella. Ahora que el salón está iluminado podéis verlos. Uno es una imitación del ser humano y su nombre es R. Daneel Olivaw. El otro es un descarado robot, de estructura abiertamente metálica, y se llama R. Giskard Reventlov. Saludadles, queridos conciudadanos, ellos son la familia de esta mujer.

—Jaque mate —murmuró D.G.

—Todavía no —respondió Gladia.

Entre el público se veían cabezas que se esforzaban por ver, parecía que a todos les hubiera entrado un escozor y la palabra «robot» circulaba de punta a punta del salón en miles de susurros.

—Los veréis sin esfuerzo —sonó la voz de Gladia—. Daneel, Giskard, levantaos.

Al momento ambos robots se pusieron de pie detrás de ella.

—Colocaos uno a cada lado —les dijo— para que mi cuerpo no entorpezca la vista. Por más que mi cuerpo no es lo bastante grande para entorpecer algo. Ahora, dejad que os aclare ciertas cosas. Estos dos robots no han venido conmigo para servirme. Sí, me ayudan en la buena marcha de mi vivienda en Aurora, junto con cincuenta y uno más, y no hago lo que un robot pueda hacer por mí. Ésta es la costumbre del mundo en el que vivo. Los robots varían en complejidad, habilidad e inteligencia y estos dos son superiores en estos aspectos. Daneel, en especial, es, en mi opinión, el robot por excelencia, cuya inteligencia es la más parecida a la humana en todas aquellas áreas que se pueden comparar.

»He traído solamente a Daneel y Giskard, pero no para prestarme servicios. Por si les interesa, me visto, me baño, me sirvo de mis cubiertos cuando como y ando sin que me lleven.

»¿Los utilizo para mi protección personal? No. Me protegen, sí, pero protegen igualmente a cualquiera que necesite protección. En Solaria, recientemente, Daneel hizo lo que pudo para proteger al capitán Baley y estaba dispuesto a dar su existencia para protegerme a mí. Sin él, la nave no hubiera podido salvarse.

»Y por supuesto, no necesito protección en esta tribuna. Después de todo hay un campo de fuerza que cubre la plataforma y ésta es suficiente protección. Está sin que yo lo solicitara, pero aquí está, y me proporciona toda la protección que necesito.

»Así que, ¿por qué están mis robots conmigo?

»Aquellos que conocen la historia de Elijah Baley, que liberó a la Tierra de sus amos espaciales, que concibió la nueva política de colonización, y cuyo hijo guió al primer contingente humano a Baleymundo, ¿por qué si no se le ha dado este nombre?, sabéis que antes de que me conociera trabajó con Daneel. Trabajó con él en la Tierra, en Solaria y en Aurora en cada uno de sus grandes empeños. Para Daneel, Elijah Baley fue siempre "colega Elijah". No sé si este dato aparece en su biografía, pero os doy mi palabra de que fue así. Y aunque Elijah Baley como hombre de la Tierra, empezó con una gran desconfianza hacia Daneel, una gran amistad se estableció entre ellos. Cuando Elijah Baley se sintió morir, aquí, en este planeta hace más de dieciséis décadas, cuando esto no era más que un puñado de casas prefabricadas rodeadas de jardines, no fue su hijo el que estuvo con él hasta el último momento. Ni fui yo (por un momento temió que su voz se quebrara). Mandó llamar a Daneel, y se aferró a la vida hasta que Daneel llegó.

»Sí, ésta es la segunda visita de Daneel a este planeta. Yo vine con él, pero me quedé en órbita (¡ánimo!). Fue solamente Daneel el que llegó a tierra y el que recibió sus últimas palabras… Bien, ¿significa todo esto algo para vosotros?

Su voz se elevó un tono y agitó las manos en alto:

—¿Debo decíroslo? ¿No lo sabéis ya? Éste es el robot por el que Elijah Baley sintió cariño. Sí, le quería. Yo quería ver a Elijah antes de que muriera para despedirme de él; pero él quiso a Daneel, y éste es Daneel. El auténtico. Y este otro es Giskard, que solamente conoció a Elijah en Aurora, pero que logró salvarle la vida allí.

»Sin estos dos robots, Elijah Baley no habría alcanzado su meta. El mundo espacial seguiría siendo supremo, los mundos colonizados no existirían y ninguno de vosotros estaría aquí. Lo sé. Sabéis que es así. Me pregunto si también lo sabe el señor Tomás Bistervan.

»En este mundo, Daneel y Giskard son dos nombres tenidos en gran consideración. Los utilizan los descendientes de Elijah Baley a petición suya. Yo he llegado en una nave cuyo capitán se llama Daneel Giskard Baley. Me pregunto cuántos, entre los que me están viendo…, en persona o por vía hiperonda…, llevan el nombre de Daneel o Giskard. Pues bien, esos robots que están detrás de mí, son los robots cuyos nombres les conmemoran. ¿Y van a ser ofendidos por Tomás Bistervan?

El creciente murmullo del público iba en aumento, y Gladia levantó los brazos, implorando:

—Un momento. Un momento. Dejadme terminar. No os he dicho aún por qué he traído a los dos robots.

Se hizo el silencio.

—Estos dos robots —explicó Gladia— jamás han olvidado a Elijah Baley, como tampoco lo he olvidado yo. Las décadas transcurridas no han apagado en lo más mínimo nuestros recuerdos. Cuando ya estuve decidida a subir a la nave del capitán Baley, cuando supe que podía visitar Baleymundo, ¿cómo podía negarme a llevar a Daneel y a Giskard conmigo? Querían ver el planeta que Elijah Baley había hecho posible, el planeta en el que pasó sus últimos años y en el que murió.

»Sí, son robots, pero son robots inteligentes que sirvieron bien y con lealtad a Elijah Baley. No basta con sentir respeto por todos los seres humanos, uno debe respetar a todos los seres inteligentes. Así que los he traído aquí. —Luego en una súplica final que requería una respuesta, exclamó—: ¿He hecho mal?

Y obtuvo su respuesta. Un gigantesco grito de «¡No!» resonó por todo el local Todo el mundo, puesto en pie, aplaudía, gritaba, rugía, chillaba… una vez…, y otra…, y otra…

Gladia, sonriendo a medida que el ruido seguía, incesante, se dio cuenta de dos cosas: Primera, que estaba empapada en sudor. Segunda, que estaba más feliz de lo que jamás se había sentido en su vida.

Era como si en todo ese tiempo hubiera estado esperando este momento, el momento en que ella, educada en aislamiento, aprendía después de veintitrés décadas, que podía hacer frente a la multitud, conmoverla y doblegarla a su voluntad.

Escuchó la incansable y ruidosa respuesta… una y otra vez…, y otra…, y otra…

35

Muchísimo más tarde, no podría decir cuánto tiempo, Gladia creyó volver en sí.

Hubo primero aquel estruendo interminable, la sólida muralla de los agentes de seguridad conduciéndola a través de la multitud hasta llegar a unos túneles infinitos que parecían penetrar cada vez más profundamente en la tierra.

Desde el primer momento perdió contacto con D.G. y no supo con seguridad si Daneel y Giskard estaban a salvo con ella. Quería preguntar por ellos, pero estaba rodeada de gente desconocida. Pensó vagamente que los robots tenían que estar cerca, porque de lo contrario se habrían resistido a la separación y hubiera oído el tumulto.

Cuando por fin llegó a la habitación, los dos robots estaban allí.

No sabía exactamente dónde se hallaba, pero la estancia era grande y limpia. Era poca cosa comparada con su hogar en Aurora, pero comparada con el camarote de la nave, resultaba lujosa.

—Aquí estará a salvo, señora —le dijo el último de los guardias al marcharse—. Si necesita algo, avísenos —indicó un aparato sobre una mesita, junto a la cama.

Se quedó mirando, pero cuando se volvió para preguntar qué era y cómo funcionaba, el guardia ya se había ido. «Oh, bueno —pensó— ya me arreglaré».

—Giskard —dijo, agotada— descubre cuál de estas puertas lleva al cuarto de baño y averigua si la ducha funciona. Lo que ahora necesito es una buena ducha.

Se sentó con cuidado, consciente de que estaba empapada y reacia a manchar de sudor la butaca. Giskard apareció cuando ya empezaba a experimentar dolor por la rígida postura que había adoptado.

—Señora, la ducha funciona y está a la temperatura adecuada. Hay un objeto sólido que supongo que es jabón, de un tipo muy primitivo, y una especie de material como de toalla, junto con otros varios artículos que pueden resultar útiles.

—Gracias, Giskard —dijo Gladia, consciente de que pese a su grandilocuencia respecto de que los robots como Giskard no se dedican a trabajos domésticos, esto era precisamente lo que le había pedido que hiciera. Pero las circunstancias alteran a veces…

Si nunca en su vida había necesitado una ducha tanto como ahora, tampoco nunca había disfrutado tanto de ella como ahora. Se quedó bajo el agua mucho más rato de lo preciso y cuando terminó no se le ocurrió preguntarse si las toallas habían sido esterilizadas por radiación, hasta mucho después de haberse secado, y para entonces ya era demasiado tarde.

Buscó entre los artículos que Giskard le había preparado: talco, desodorante, peine, pasta de dientes, secador…, pero no encontró nada que pudiera servir de cepillo de dientes. Finalmente renunció y se arregló con el dedo, pero lo encontró poco satisfactorio. Tampoco había cepillo para el pelo y también la fastidió. Lavó bien el peine con jabón antes de utilizarlo, pero así y todo la disgustó. Descubrió una prenda que parecía adecuada para la cama. Olía a limpia, pero era demasiado holgada.

Daneel la advirtió:

—Señora, el capitán quiere saber si puede recibirle.

—Supongo que sí —contestó mientras seguía buscando una prenda de noche que estuviera mejor—. Déjalo entrar.

D.G. no solamente parecía cansado, sino desencajado también, pero cuando se volvió para saludarle, él le sonrió con dulzura y le dijo:

—Es difícil creer que tiene más de veintitrés décadas.

—¿Qué? ¿Con esto?

—Esto ayuda. Es semitransparente…, ¿o no lo sabía?

Se miró, desconfiada, el camisón, y concedió:

—Bueno, si le divierte, pero de todos modos llevo viviendo dos siglos y un tercio.

—Nadie viéndola lo adivinaría. Debe de haber sido muy hermosa en su juventud.

—Nunca me lo dijeron, D.G. Graciosa, mona, siempre creí que era a lo más que podía aspirar… Por si acaso, ¿cómo funciona este instrumento?

—¿El avisador? Toque el cuadradito de la derecha y alguien le preguntará en qué puede servirla, y a partir de ese momento puede pedir lo que sea.

—Bien. Necesito un cepillo de dientes, un cepillo para el pelo y ropa.

—Me ocuparé de que le proporcionen los dos cepillos. En cuanto a ropa, ya se habían ocupado de ello. Tiene una bolsa de ropa colgada en su armario. Encontrará que contiene lo mejor de la moda de Baleymundo, que a lo mejor no le gusta, claro. Y tampoco puedo garantizarle que le vaya bien. La mayoría de las mujeres baleymundistas son más altas que usted y mucho más gruesas… Pero no importa. Creo que permanecerá recluida una temporada.

—¿Por qué?

—Pues, señora, al parecer esta noche pasada ha largado usted un discurso y, me acuerdo de que no quiso sentarse aunque se lo pedí varias veces.

—Yo creo que tuve mucho éxito, D.G.

—Lo tuvo, un éxito delirante —D.G. rió abiertamente y se rascó el lado derecho de su barba como estudiando bien lo que iba a decir—. No obstante, el éxito tiene también su penitencia. En este momento yo diría que es la persona más famosa de Baleymundo y que cada uno de sus habitantes quiere verla y tocarla. Si la llevamos a cualquier parte, se organizará un

tumulto. Por lo menos hay que esperar a que las cosas se enfríen. Y no sabemos cuánto tardarán.

»Además incluso los halcones de la guerra claman por usted, pero, a la fría luz de la mañana, cuando se apague el hipnotismo y la histeria, se sentirán furiosos. Si el viejo Bistervan no decidió matarla inmediatamente después de su discurso, lo pensará mañana. La ambición de su vida es matarla mediante una lenta tortura. Y hay gente de su partido que se ofrecería para ayudar al viejo a satisfacer este pequeño capricho.

»Es por lo que está aquí, señora. Es por lo que esta habitación, este piso, este hotel por completo, está guardado y vigilado por no sé cuántos destacamentos de agentes de seguridad, entre los que ojalá no se encuentre ningún halcón encubierto. Y por haber estado tan íntimamente asociado con usted en este juego de héroe-heroína, me encuentro atado aquí también, y no puedo salir.

—¡Oh! —se excusó Gladia—. Cuánto lo siento. Entonces no podrá ver a su familia.

D.G. se encogió de hombros.

—Los mercaderes no tenemos demasiada familia.

—A su amiga, pues.

—Sobrevivirá… probablemente mejor que yo. —Y dirigió una mirada especulativa a Gladia.

—Ni siquiera lo piense, capitán —protestó ella.

—No hay forma de evitar que lo piense, pero no voy a hacer nada, señora.

—En serio, ¿cuánto tiempo cree que tendré que quedarme aquí?

—Depende del Directorio.

—¿El Directorio?

—Nuestro consejo ejecutivo, señora. Cinco personas… —Levantó la mano con los cinco dedos bien abiertos—, cada una de ellas sirviendo por cinco años alternativos, con un reemplazo cada año, y elecciones especiales en caso de muerte o invalidez. Esto proporciona continuidad y disminuye el peligro del gobierno de una sola persona. También significa que cada decisión debe discutirse y esto lleva tiempo, a veces más tiempo del que podemos permitirnos.

—Se me ocurre —dijo Gladia— que si uno de los cinco fuera un individuo decidido y fuerte…

—Podría imponer su opinión sobre los demás. Cosas así ya han ocurrido a veces, pero ahora no es como antes… No sé si me entiende. El director más antiguo es Genovus Pandaral. No hay nada malo en él, pero es un indeciso…, y esto a veces es malo. Le pedí que permitiera a sus robots estar en la tribuna con usted, y resultó ser una mala idea.

—Pero ¿por qué fue una mala idea? La gente estaba encantada.

—Demasiado, señora. Queríamos que usted fuera nuestra heroína espacial preferida y que nos ayudara a mantener la indiferencia, de modo que no tuviéramos que iniciar una guerra prematura. Estuvo muy bien en cuanto a longevidad; estuvieron aplaudiendo y vitoreando la vida breve.

»Pero después los tuvo vitoreando a los robots y eso no nos gusta. Por esta razón, no nos gusta demasiado que el público vitoree la noción de parentesco con los espaciales.

—No desean una guerra prematura, pero no desean una paz prematura tampoco. ¿Es eso?

—Bien planteado, señora.

—Entonces, ¿qué es lo que quieren?

—Queremos la Galaxia, toda la Galaxia. Queremos colonizar y poblar cada planeta habitable que haya en ella, y establecer nada menos que el Imperio Galáctico. Y no queremos que los espaciales nos interfieran. Pueden quedarse en sus propios mundos y vivir en paz como quieran, pero no deben interponerse.

—Pero entonces los encerrarán en sus cincuenta mundos, como nosotros hicimos con la Tierra y sus habitantes, durante muchos años. La misma injusticia. Es usted tan malo como Bistervan.

—Las situaciones son diferentes. Los de la Tierra fueron encerrados por su potencial expansivo. Ustedes, espaciales, no tienen tal potencial. Eligieron el camino de la longevidad y los robots y perdieron el potencial. Ni siquiera tienen ya cincuenta mundos. Solaria ha sido abandonada. Los demás irán cayendo igual. Los colonizadores no están interesados en empujar a los espaciales hacia la extinción, pero ¿por qué íbamos a

interponernos en su voluntaria elección? Su discurso tendía a interponerse en contra.

—Me alegro. ¿Qué pensó que iba a decir?

—Se lo dije. Paz, amor y siéntese. Hubiera terminado en un minuto.

Gladia protestó, furiosa:

—No puedo creer que esperara algo tan estúpido por mi parte. ¿Por quién me había tomado?

—Por lo que usted misma se había tomado… Por alguien mortalmente asustada de hablar. ¿Cómo podíamos saber que era una loca que podía, en media hora, persuadir a los baleymundistas de que gritaran a favor de lo que durante varias vidas hemos estado persuadiéndoles de que gritaran en contra? Pero esta conversación no nos llevará a ninguna parte. —Se puso en pie pesadamente—. Yo también necesito una ducha y dormir toda la noche… si puedo. La veré mañana.

—Pero ¿cuándo sabremos lo que el Directorio decidirá hacer conmigo?

—Cuando ellos lo descubran, que no va a ser pronto. Buenas noches, señora.

36

—He hecho un descubrimiento —dijo Giskard, sin la menor emoción en la voz—. Lo he hecho porque, por primera vez en mi existencia me encontré frente a millares de seres humanos. De haberlo hecho doscientos años atrás, lo habría descubierto entonces. Si nunca me hubiera enfrentado con tantos a la vez, no lo habría descubierto nunca. Piensa en cuántos puntos vitales podría fácilmente captar, pero no lo he hecho nunca ni lo haré, simplemente porque las condiciones adecuadas no se cruzan en mi camino. Sigo ignorante menos cuando las circunstancias me ayudan: no puedo contar con las circunstancias.

—Yo no creía, amigo Giskard, que Gladia, con su tan continuado modo de vivir, pudiera enfrentarse con tanta ecuanimidad a millares de personas. No creía que fuera capaz de hablarles. Cuando resultó que sí podía, presumí

que la habías ajustado y que habías descubierto que podías hacerlo sin dañarla. ¿Era éste tu descubrimiento?

—Amigo Daneel, lo único que realmente me atreví a hacer fue aflojar unas hebras de su inhibición, lo bastante para permitirle decir unas pocas palabras, de modo que pudieran oírla.

—Pero ella hizo mucho más que eso.

—Después del ajuste microscópico, me volví a la multiplicidad de mentes que veía entre el público. Nunca había experimentado a tantas, lo mismo que Gladia. Me quedé tan estupefacto como ella. Al principio me encontré con que no podía hacer nada en aquel vasto entrelazado mental que me golpeaba. Me sentí desamparado. Y de pronto empecé a notar pequeñas simpatías, curiosidades, intereses, no puedo describírtelo con palabras, con un tono de simpatía por Gladia en todos ello. Jugué con lo que pude descubrir que tuviera ese tono de simpatía, apretando y apretando muy ligeramente. Buscaba una pequeña respuesta en favor de Gladia para que se sintiera animada, para que me resultara necesario sentir la tentación de tantear más en la mente de ella. Eso fue lo único que hice.

—¿Y luego qué, amigo Giskard?

—Encontré, Daneel, que había puesto en marcha algo que era autocatalítico. Cada hebra que tensaba, tensaba otra hebra cercana del mismo tipo y las dos juntas tensaban otras varias, también cercanas. No tenía que hacer nada más. Pequeños movimientos, pequeños sonidos, pequeñas miradas que parecían aprobar lo que decía Gladia, y que animaban a otros.

»Luego encontré algo todavía más extraño. Todos estos pequeños indicios de aprobación, que yo podía detectar porque las mentes estaban abiertas para mí, también debió de detectarlas ella, porque las otras inhibiciones de su mente fueron cayendo sin que yo tuviera que tocarlas. Empezó a hablar más de prisa, con más confianza, y el público respondió mejor que nunca…, sin que yo hiciera nada. Al final hubo histeria, una tormenta, una tempestad de truenos y relámpagos mentales tan intensos que tuve que cerrar mi propia mente o se me hubieran recargado los circuitos.

»Nunca en toda mi existencia había encontrado algo parecido. No obstante, empezó sin que yo introdujera ninguna modificación en aquella

muchedumbre, como las que en el pasado introduje entre un pequeño grupo de personas. La verdad es que sospecho que el efecto se extendió más allá de la gente sensible a mi mente, y al gran público le llegó vía hiperonda.

—No sé cómo puede ser eso, amigo Giskard.

—Ni yo, amigo Daneel. No soy humano. No experimento directamente la posesión de una mente humana con todas sus complejidades y contradicciones, así que no capto el mecanismo, o mecanismos, al que responden. Aparentemente, las multitudes se manejan más fácilmente que los individuos. Parece una paradoja. Mucho peso es más difícil de levantar que poco peso. Es más difícil contrarrestar mucha energía que poca energía. Cuesta más tiempo recorrer una gran distancia que una pequeña distancia. Entonces, ¿por qué resulta más fácil manejar a mucha gente que sacudir a unos pocos? Amigo Daneel, tú que piensas como un ser humano, ¿puedes explicármelo?

—Tú mismo lo has dicho, amigo Giskard: un efecto autocatalítico, un caso de contagio. Una sola chispa puede hacer que se queme un bosque.

Giskard pareció estar sumido en profundos pensamientos. Al cabo de unos minutos, dijo:

—No es la razón la que es contagiosa, sino la emoción. Gladia eligió argumentos que sabía que conmoverían al público. No trató de razonar con ellos. Puede ser que cuanto mayor sea el grupo de gente, más fácilmente se la convence por la emoción que por la razón. Como las emociones son pocas y las razones muchas, el comportamiento de una masa de gente es más fácil de predecir que el comportamiento de una sola persona. Y esto, a su vez, significa que si deben desarrollarse las leyes que permitan predecir el curso de la historia, uno debe tratar con grandes concentraciones de gente, cuanto mayores mejor. Esto podría ser la primera ley de Psicohistoria, la clave para estudiar a los humanos. Pero…

—¿Sí?

—Me asombra que hayas tardado tanto tiempo en comprender esto, solamente porque no soy un ser humano. Un humano tal vez comprendería instintivamente su propia mente lo bastante bien para saber cómo manejar otras parecidas. Gladia, sin ninguna experiencia en dirigirse a multitudes, llevó el asunto magistralmente. ¡Cuánto mejor hubiera ido todo si

tuviéramos con nosotros a alguien como Elijah Baley! Amigo Daneel, ¿no piensas en él?

—¿Puedes ver su imagen en mi mente? Es asombroso, amigo Giskard.

—No lo veo, amigo Daneel. No puedo recibir tus pensamientos. Pero puedo percibir emociones y estados de ánimo… Tu mente posee una calidad, lo sé por antiguas experiencias, que sé que está asociada con Elijah Baley.

—Gladia mencionó que yo fui el último que vio al colega Elijah en vida, así que, en el recuerdo, escucho otra vez aquel momento. Pienso otra vez en lo que dijo.

—¿Qué fue, amigo Daneel?

—Busco el significado. Sé que es importante.

—¿Cómo puede ser que lo que dijo encerrara un significado más allá del valor de las palabras? Si hubiera habido un significado oculto, Elijah Baley lo habría dicho.

—Quizá —musitó Daneel— el propio colega Elijah no comprendía el significado de lo que me estaba diciendo.

DESPUÉS DEL DISCURSO

37

—¡Recuerdos!

Pesaban en la mente de Daneel como un libro cerrado, infinitamente detallado, siempre disponible para su uso. Con frecuencia revisaba algunos pasajes para su mayor información, pero solamente se revisaban unos pocos porque Daneel quería simplemente sentir su tacto. Eran muy pocos; y en su mayoría eran los que se referían a Elijah Baley.

Muchas décadas atrás, Daneel vino a Baleymundo mientras Elijah Baley estaba todavía vivo. Gladia viajó con él, pero una vez en órbita de Baleymundo, Bentley Baley descendió en su pequeña nave para encontrarse con ellos y subió a bordo. En aquel momento ya era un hombre envejecido. Miró a Gladia con ojos ligeramente hostiles, y le dijo:

—Usted no puede verle, señora.

Y Gladia que había estado llorando preguntó:

—¿Por qué no?

—Porque él no lo desea, señora, y debo respetar sus deseos.

—No puedo creerlo, señor Baley.

—Traigo una nota escrita y una grabación de su voz, señora. Ignoro si puede reconocer su escritura o su voz, pero le doy mi palabra de honor de que son suyas y que ninguna influencia indebida le obligó a facilitárnosla.

Entró en su camarote para leer y escuchar a solas. Luego reapareció, con expresión derrotada, pero consiguió decir con voz firme:

—Daneel, debes ir solo a verle. Es su deseo. Pero deberás informarme de todo cuanto se haga y se diga.

—Sí, señora.

Daneel se trasladó a la nave de Bentley y éste le dijo:

—Los robots no están autorizados en nuestro mundo, pero se ha hecho una excepción en tu caso porque se trata del deseo de mi padre y porque así se le reverencia. Yo no siento ninguna aversión personal contra ustedes, compréndelo, pero tu presencia aquí debe ser forzosamente limitada. Se te llevará directamente junto a mi padre. Cuando haya terminado contigo, serás devuelto inmediatamente a la órbita. ¿Lo comprendes?

—Lo comprendo, señor. ¿Cómo está su padre?

—Está muriéndose —contestó Bentley, quizá con voluntaria brutalidad.

—Esto también lo comprendo —dijo Daneel, y su voz tembló perceptiblemente, no por una emoción normal, sino porque el conocimiento de la muerte de un ser humano, por inevitable que fuera, desordenaba sus circuitos positrónicos cerebrales—. Quiero decir que, ¿cuánto tiempo puede tardar en morir?

—Debió haber muerto hace tiempo. Pero está aferrado a la vida porque se niega a abandonarnos hasta que te haya visto.

Llegaron a tierra. Era un mundo grande, pero el sector habitado, si esto era todo, era pequeño y destartalado. Estaba nublado y había llovido recientemente. Las calles, amplias y rectas, estaban vacías como si el pueblo allí residente no estuviera de humor para reunirse para contemplar a un robot.

El transporte de tierra les llevó a través de aquel vacío hasta una vivienda algo mayor y más importante que las demás. Entraron juntos.

Delante de una puerta, Bentley se detuvo:

—Aquí está mi padre —dijo con tristeza—. Debes entrar solo. No quiere que yo vaya contigo. Entra. Puede que no le reconozcas.

Daneel penetró en la oscuridad de la estancia. Su vista se ajustó rápidamente y descubrió un cuerpo cubierto por una sábana, metido dentro de una especie de cuna transparente que se distinguía solamente por un leve resplandor. La luz aumentó en el interior de la habitación, y Daneel pudo entonces ver el rostro con claridad.

Bentley tenía razón. Daneel apenas reconoció a su viejo colega.

Estaba flaco, descarnado. Tenía los ojos entornados y a Daneel le pareció que estaba mirando un cadáver. Jamás había visto a un ser humano muerto y cuando se dio cuenta de ello, se estremeció y pareció como si sus piernas no pudieran sostenerlo.

El anciano abrió los ojos y Daneel recobró el equilibrio aunque continuó experimentando una desusada debilidad.

Los ojos le miraron y una débil sonrisa curvó los labios pálidos y resecos.

—Daneel, mi viejo amigo Daneel —percibió débilmente el recordado tono de voz de Elijah Baley en aquel murmullo. Un brazo salió con dificultad de debajo de la sábana y Daneel pareció reconocer, pese a todo, a Elijah.

—Colega Elijah —murmuró con dulzura.

—Gracias…, gracias por venir.

—Para mí era importante venir, colega Elijah.

—Tuve miedo de que no te lo permitieran. Ellos…, los otros…, incluso mi hijo…, sólo ven en ti a un robot.

—Soy un robot.

—No para mí, Daneel. No habrás cambiado, ¿verdad? No te veo muy bien, pero me parece que eres exactamente el mismo que yo recuerdo. ¿Cuándo te vi por última vez? ¿Hace veintinueve años?

—Sí, y en todo este tiempo, colega Elijah, no he cambiado, así que ya ves, sigo siendo un robot.

—Pero yo sí he cambiado, y mucho. No hubiera debido permitir que me vieras así, pero me sentía demasiado débil para resistirme al deseo de volver a verte. —Parecía como si la voz se hubiera fortalecido, como si al ver a Daneel hubiera recobrado más fuerza.

—Aunque hayas cambiado, colega Elijah, me complace verte.

—¿Y Gladia, cómo está?

—Está bien. Vino conmigo.

—No está… —Una expresión de alarmada angustia le hizo mirar a su alrededor y afectó su voz.

—No ha bajado a este mundo, pero sigue en órbita. Se le comunicó que no deseabas verla… y comprendió.

—No es verdad. Deseo verla, pero he podido resistir la tentación. No ha cambiado, ¿verdad?

—Sigue igual a como la viste la última vez.

—Bien… Pero no podía dejar que me viera así. No podía permitir que éste fuera el último recuerdo que tuviera de mí. Contigo es diferente.

—Es porque soy un robot, colega Elijah.

—Deja de insistir —murmuró impaciente el moribundo—. No significarías más para mí, Daneel, si fueras un hombre.

Por un momento permaneció silencioso en su cuna, luego dijo:

—En todos estos años, nunca la he hipervisionado, ni le he escrito. No podía, no debía interferir en su vida… ¿Sigue Gladia casada con Gremionis?

—Sí, señor.

—¿Y es feliz?

—No puedo juzgarlo, pero no se comporta de un modo que pudiera interpretarse como que fuera desgraciada.

—¿Hijos?

—Los dos autorizados.

—¿No se ha enfadado nunca por no comunicarme con ella?

—En mi opinión, comprendió tus motivos.

—¿Alguna vez habla de mí?

—Casi nunca, pero según Giskard, piensa en ti con frecuencia.

—¿Cómo está Giskard?

—Funciona perfectamente…, de la forma que tú ya conoces.

—Entonces, pues…, ¿conoces tú también sus habilidades?

—Me las ha confiado, colega Elijah.

De nuevo guardó silencio Baley, después se movió y dijo:

—Daneel, he querido que vinieras por un deseo egoísta de verte, de ver por mí mismo que no has cambiado, de que todavía queda un aliento de aquellos grandes días de mi vida, que me recuerdas y que seguirás recordándome… Pero también quiero decirte algo. No tardaré en morir, Daneel, y sabía que la noticia te llegaría. Incluso si no estuvieras aquí,

incluso si siguieras en Aurora, la noticia habría llegado a ti. Mi muerte será una noticia de carácter galáctico. —Su pecho se alzó en una risa débil y silenciosa—. ¿Quién podía haberlo pensado?

»Gladia también se habría enterado, claro, pero Gladia sabe que debo morir y acepta el hecho, por triste que le resulte. Lo que temí era el efecto que esto te causaría, puesto que eres, tú insistes en ello y yo no lo niego, un robot. En recuerdo de los viejos tiempos podrías sentirte en la obligación de no dejarme morir y el hecho de que no puedas hacerlo podía, quizá, tener un efecto deletéreo sobre ti. Déjame que lo discuta contigo.

La voz de Baley iba debilitándose. Aunque Daneel se encontraba sentado, inmóvil, su rostro estaba en la insólita situación de reflejar tristeza.

Tenía una expresión fija de preocupación y angustia. Los ojos de Baley estaban cerrados y no podía darse cuenta de ello.

—Mi muerte, Daneel —prosiguió— no es importante. Ninguna muerte individual es importante entre los humanos. Todo el que muere deja tras él su trabajo y eso no muere del todo. Jamás muere enteramente mientras exista la humanidad… ¿Comprendes lo que estoy diciendo?

—Sí, colega Elijah.

—El trabajo de cada individuo es una contribución a la totalidad y de este modo se vuelve parte inmortal de ella. La totalidad de las vidas humanas, pasadas, presentes y futuras, forma un tapiz que existe desde hace miles de millares de años y que se ha ido haciendo cada vez más hermoso y más complicado en todo este tiempo. Incluso los espaciales son un brote de este tapiz y ellos también añaden a la complicación y belleza del dibujo. Una vida individual es como una hebra del tapiz, y ¿qué es una hebra comparada con toda la pieza?

Daneel, mantén tu mente firmemente fija en el tapiz y no dejes que una sola hebra suelta te afecte. Hay muchas más hebras, cada una de ellas, valiosísima; cada una contribuyendo…

Baley dejó de hablar, pero Daneel esperó, paciente. Luego abrió los ojos, miró a Daneel y frunció ligeramente el entrecejo.

—¿Todavía estás aquí? Ha llegado la hora de que te vayas. Ya te he dicho lo que quería decirte.

—No quiero irme, colega Elijah.

—Debes irte. No puedo retener la vida por más tiempo. Estoy cansado… Desesperadamente cansado. Quiero morir. Ya es hora.

—¿No me dejas que espere, mientras estás vivo?

—No quiero. Si muero mientras me contemplas, puede afectarte gravemente, pese a todo lo que te he dicho. Vete ahora. Es una… orden. Te permitiré que seas un robot, si así lo deseas, pero debes obedecer mis órdenes. Por más que hagas, no puedes salvar mi vida, así que no hay nada que preceda a la segunda ley. ¡Vete!

El dedo de Baley le apuntó débilmente y dijo:

—Adiós, amigo Daneel.

Daneel se volvió despacio, siguiendo las órdenes de Baley con inusitada dificultad.

—Adiós, colega… —Se detuvo y le dijo con voz enronquecida—: Adiós, amigo Elijah.

Bentley se enfrentó a Daneel en la habitación contigua:

—¿Está vivo aún?

—Lo estaba cuando salí.

Bentley entró y salió casi al instante.

—Ya no lo está. Te vio… y luego se abandonó.

Daneel tuvo que apoyarse en la pared. Tardó mucho antes de poder mantenerse erguido.

Bentley, con los ojos apartados de él, esperó y luego juntos regresaron a la pequeña nave, subiendo a la órbita donde esperaba Gladia. Ella también preguntó si Elijah Baley vivía aún, y cuando con dulzura le dijeron que ya no, dio media vuelta, y se metió en su camarote para llorar.

37a

Daneel siguió el hilo de su pensamiento como si el vívido recuerdo de la muerte de Baley, con todos sus detalles, no lo hubiera interrumpido momentáneamente.

—Y, sin embargo, puedo entender algo más de lo que el colega Elijah me decía, y lo comprendo ahora a la luz del discurso de Gladia.

—¿De qué modo?

—Todavía no estoy seguro. Me resulta muy difícil pensar en la dirección que intento seguir.

—Esperaré todo lo que sea necesario —dijo Giskard.

38

Genovus Pandaral era alto y no muy viejo, a pesar de su espesa melena blanca que, junto con sus vaporosas patillas, le daba una apariencia digna y distinguida. Su aspecto de líder le había ayudado a un rápido ascenso; pero, como él sabía muy bien, su aspecto era infinitamente superior a su valía.

Tan pronto como fue elegido para formar parte del Directorio superó con rapidez el júbilo inicial. Su cargo era superior a sus merecimientos. Cada año, a medida que ascendía automáticamente un peldaño, lo veía con mayor claridad. Ahora era Director Decano.

¡Nada menos que Director Decano!

En épocas pasadas, la tarea de gobernar había sido fácil. En la época de Nephi Morler, hacía ocho décadas, el propio Morler, siempre había sido presentado a los escolares como el mayor Director de todos los tiempos, no fue gran cosa. ¿Qué era entonces Baleymundo? Un mundo pequeño, una sarta de granjas, un puñado de ciudades agrupadas a lo largo de líneas naturales de comunicación. La población total no pasaba de cinco millones y las exportaciones más importantes eran lana virgen y algo de titanio.

Los espaciales los ignoraban por completo bajo la influencia benigna de Han Fastolfe de Aurora, y la vida era sencilla. La gente podía siempre viajar de vuelta a la Tierra…, si deseaba respirar cultura o palpar tecnología, y siempre había una corriente incesante de gente del planeta Tierra que llegaba como inmigrante. La enorme población de la Tierra era inagotable.

¿Por qué Morler no pudo ser un gran director? Porque no tuvo nada que hacer.

En el futuro, iba también a resultar sencillo gobernar. A medida que los espaciales se fueran degenerando (a los escolares se les decía que se ahogarían en las contradicciones de su sociedad, aunque Pandaral se

preguntaba, a veces, si esto era realmente cierto) y los colonizadores crecieran en numero y fuerza, no tardaría en llegar el momento en que la vida volvería a ser segura. Los colonizadores vivirían en paz y desarrollarían al máximo su propia tecnología.

A medida que se llenara Baleymundo, asumiría las proporciones y los modos de otra Tierra, como los demás mundos, mientras irían surgiendo otros nuevos cada vez más abundantes hasta formar el futuro Imperio Galáctico. Y por supuesto, Baleymundo, como el más antiguo y más populoso de los mundos colonizados, siempre tendría un primer puesto en ese imperio bajo la égida bondadosa y perpetua de la Madre Tierra.

Pero no fue en el pasado cuando Pandaral fue Director Decano.

Tampoco en el futuro. Era ahora.

Han Fastolfe había muerto, pero ahora el que vivía era Kelden Amadiro. Hacía veinte décadas que Amadiro había estado en contra de que se autorizara a la Tierra a que enviara colonos, y seguía aún en vida para crearles problemas. Los espaciales eran demasiado fuertes para no tenerlos en cuenta; los colonizadores no eran lo bastante fuertes como para avanzar confiados. De un modo u otro los colonizadores deberían mantener a raya a los espaciales hasta que la balanza estuviera suficientemente equilibrada. La tarea de mantener a los espaciales tranquilos y a los colonizadores decididos y sensatos, pesaba cada vez más sobre los hombros de Pandaral que sobre los de ningún otro. Era una tarea que ni le gustaba ni la deseaba.

Era una mañana fría y gris que amenazaba con otra nevada, aunque eso no era ninguna sorpresa, y se fue solo al hotel. No quería séquito.

Los guardias de seguridad se cuadraron al verle pasar y él les saludó, cansado. Habló con el capitán de la guardia cuando éste se le acercó:

—¿Problemas, capitán?

—Ninguno, Director. Todo está tranquilo.

Pandaral inclinó la cabeza y preguntó:

—¿En qué habitación han instalado a Baley? ¡Ah! Y la mujer espacial y sus robots, ¿están bien guardados? Muy bien.

Siguió adelante. En general, D.G. se había portado bien. Solaria, abandonado, podía ser utilizado por los mercaderes como un infinito depósito de robots y como fuente de grandes beneficios, «aunque los

beneficios no deben considerarse como equivalentes naturales de seguridad mundial», se dijo Pandaral con prevención. Pero Solaria, cosido de trampas, era mejor dejarlo. No valía una guerra. D.G. había obrado bien despegando inmediatamente.

Y llevándose el intensificador consigo. Hasta aquel momento tales artefactos eran tan pesados que solamente podían ser utilizados en grandes y costosas instalaciones dedicadas a destruir naves invasoras, e incluso éstas jamás habían ido más allá de la preparación del descenso.

Demasiado costoso. Era absolutamente necesario poseer versiones más pequeñas y más baratas, así que D.G. estaba en lo cierto al pensar que llevar un intensificador de Solaria a su mundo era mucho más importante que todos los robots de aquel mundo, reunidos. Aquel intensificador ayudaría enormemente a los científicos de Baleymundo.

Sin embargo, si uno de los mundos espaciales poseía un intensificador portátil, ¿por qué no los demás? ¿Por qué no Aurora? Si ese tipo de armas se hacía lo bastante pequeño como para colocarlo en las naves de guerra, una flota espacial podía eliminar sin el menor problema cualquier número de naves de los colonizadores. ¿Hasta qué punto de desarrollo habían llegado? ¿Y a qué velocidad podía Baleymundo progresar con la ayuda del intensificador que D.G. había traído?

Llamó a la puerta de la habitación de D.G. y a continuación entró sin esperar casi la invitación a hacerlo. Había ciertas ventajas que eran inherentes al nombramiento de Director Decano.

D.G. miró desde el cuarto de baño y dijo por entre la toalla con la que se estaba secando el pelo:

—Me hubiera gustado recibir a Vuestra Excelencia de una forma más digna, pero me ha sorprendido en desventaja: me encuentro en la posición poco digna de acabar de salir de la ducha.

—Cállate ya —dijo Pandaral.

En general disfrutaba con la irreprensible frivolidad de D.G. pero no en aquel momento. En cierto modo nunca había acabado de entender a D.G. Era un Baley, un descendiente directo del gran Elijah y del fundador, Bentley. Esto situaba a D.G. como un sucesor natural para el cargo de Director, especialmente porque poseía el tipo de afabilidad que atraía al

público. No obstante, eligió ser un mercader, lo cual acarreaba una vida difícil y peligrosa. Podía enriquecerle, pero era más probable que le matara o, lo que era mucho peor, que le envejeciera prematuramente.

Además, la vida de D.G. como mercader le tenía mucho tiempo apartado de Baleymundo, por espacio de varios meses seguidos, y Pandaral prefería sus consejos a los de la mayoría de sus jefes de departamento. Uno no podía decir cuándo D.G. hablaba en serio, excepto por eso, merecía la pena escucharle. Pandaral dijo, abrumado:

—No creo que el discurso de esa mujer haya sido lo mejor que podía ocurrirnos.

D.G., ya casi vestido, se encogió de hombros y respondió:

—¿Quién podría haberlo previsto?

—Tú podías. Debiste haberte enterado de su procedencia si te decidiste a traerla.

—Ya lo creo que estudié su procedencia, Director. Pasó más de tres décadas en Solaria. Fue en Solaria donde se formó, y allí vivió enteramente rodeada de robots. Veía a los seres humanos solamente en imágenes holográficas, excepto a su marido…, y éste no la visitaba con frecuencia. Tuvo mucha dificultad para adaptarse cuando llegó a Aurora, e incluso allí vivió entre robots. En ningún momento de sus veintitrés décadas se hubiera enfrentado con más de veinte personas reunidas, y mucho menos con cuatro mil. Di por seguro que no podría pronunciar más de unas pocas palabras si lo conseguía. No hubo forma de saber que podía soliviantar a las masas.

—Pudiste pararla una vez que descubriste que lo estaba haciendo. Estabas sentado a su lado.

—¿Deseaba usted un tumulto? La gente estaba disfrutando con ella. Usted estaba allí. Lo vio también. Si la hubiera obligado a sentarse habrían asaltado la tribuna. Después de todo, Director, usted tampoco trató de hacerla callar.

Pandaral se aclaró la garganta.

—La verdad es que lo pensé, pero todas las veces que miré hacia atrás, tropecé con la mirada de su robot, el que parece un robot.

—Giskard. Bueno, ¿y qué? No podía hacerle ningún daño.

—Ya lo sé. Pero de todos modos me ponía nervioso, y en cierto modo me lo impidió.

—Bueno, no se preocupe, Director —le tranquilizó D.G. Ya estaba completamente vestido y le acercó la bandeja del desayuno—. El café está todavía caliente. Sírvase bollos y mermelada si le apetece. Todo pasará. No creo que el público rebose de amor por los espaciales y estropee nuestra política. Incluso podría servir a algún propósito. Si los espaciales se enterasen, el partido de Fastolfe podría verse reforzado. Fastolfe está muerto, pero no su partido, por lo menos, no del todo, y necesitamos animar su política de moderación.

—En lo que yo estoy pensando —objetó Pandaral— es en que dentro de cinco meses tenemos el Congreso de Colonizadores. Voy a tener que tragarme todo tipo de referencias sarcásticas sobre la pacificación de Baleymundo y sobre el amor a los espaciales por parte de los baleymundistas. Te digo —añadió, abatido— que cuanto más pequeño es el mundo, más agresivo resulta.

—Entonces, dígaselo así —aconsejó D.G.—. Muéstrese muy estatal en público, pero cuando les tenga a solas, míreles a los ojos no oficialmente. Explíqueles que en Baleymundo hay libertad de expresión y que nos proponemos que siga así. Dígales que Baleymundo tiene muy a pecho los intereses de la Tierra, pero si cualquiera de los mundos desea demostrar su mayor devoción al planeta Tierra declarando la guerra a los espaciales, Baleymundo lo contemplará interesado, pero nada más. Esto les hará callar.

—¡Oh, no! —exclamó Pandaral, alarmado—. Un comentario de este tipo se filtraría, y crearía un clima imposible.

—Tiene razón, y es una lástima. Pero piénselo así y no deje que esos pequeños fanfarrones le atosiguen.

—Supongo que lo superaremos —suspiró Pandaral—, pero lo de anoche desbarató al máximo nuestros planes. Eso es lo que lamento.

—¿Hasta qué máximo?

—Cuando dejaste Aurora en dirección a Solaria, dos naves de guerra fueron también a Solaria. ¿Lo sabías?

—No, pero era algo que esperaba que ocurriera —dijo D.G. con indiferencia—. Por esa razón me tomé la molestia de pasar por una ruta de

evasión.

—Una de las naves auroranas aterrizó en Solaria, a miles de kilómetros de distancia de ustedes, así que no daba la impresión de que los estuviera siguiendo, y la otra permaneció en órbita.

—Sensato. Es lo mismo que yo habría hecho de haber tenido una segunda nave a mi disposición.

—La nave aurorana que aterrizó fue destruida a las pocas horas. La que quedó en órbita informó de ello y la mandaron regresar. Una estación monitora de los mercaderes captó el informe y nos lo transmitió.

—¿Estaba en clave?

—Por supuesto, pero era una de las que habíamos descifrado.

D.G. asintió, pensativo y, luego comentó:

—Muy interesante. Deduzco que no tendrían a nadie que hablara solariano.

—Es evidente. A menos que alguien pueda averiguar a dónde han ido a parar los solarianos, esa mujer que trajiste es la única disponible en la Galaxia.

—Y dejaron que me la llevara… ¡Malo para los auroranos!

—En todo caso, yo iba a anunciar anoche la destrucción de la nave de Aurora. Así, sencillamente, sin alardear, pero habría excitado a cada colono de la Galaxia. Quiero decir que nosotros escapamos con vida y los auroranos no.

—Disponíamos de una solariana —le recordó D.G.—. Los auroranos, no.

—Es lo mismo. Te hubiera favorecido a ti y a la mujer también, pero todo se ha venido abajo. Después de lo que hizo esa mujer, cualquier otra cosa habría parecido una fruslería, incluso las noticias de la destrucción de una nave de guerra aurorana. Eso por no mencionar que todo el mundo acaba de aplaudir lo del parentesco y el amor, y esto hubiera ido en contra. Bueno, por lo menos por espacio de media hora. No se podía aplaudir la muerte de un par de centenares de parientes auroranos.

—Naturalmente. Así que hemos perdido una enorme baza psicológica.

D.G. estaba ceñudo, cuando añadió:

—Olvídelo, Director. Siempre puede dirigirse la propaganda en otro sentido y en un momento más apropiado. Lo importante es lo que significa. Una nave aurorana volada. Eso quiere decir que no contaban con la utilización de un intensificador nuclear. A la otra nave se le ordenó retroceder y esto significa que no estaba equipada para defenderse…

»Tal vez ni siquiera tienen con qué defenderse. De todo ello deduzco que ese intensificador portátil, o en todo caso semiportátil, es una creación específicamente solariana no desarrollada por los auroranos. Para nosotros es una gran noticia si es cierta. De momento no nos preocupemos de los puntos débiles de la propaganda sino concentrémonos en sacar la máxima información que podamos de ese intensificador. Queremos estar por delante de los espaciales en este aspecto, si es posible.

Pandaral mordisqueó un bollo y replicó:

—Puede que tengas razón. Pero en tal caso, ¿cómo vamos a colocar la otra noticia?

—¿Qué otra noticia? Director, ¿va usted a proporcionarme la información que necesito para entendernos o se propone dejarla en el aire para que tenga que saltar y cazarla al vuelo?

—No te enfades, D.G. Es inútil hablar contigo si no puedo hacerlo sin ceremonias. Tú sabes lo que es una reunión del Directorio. ¿Te apetece mi cargo? Puedes quedarte con él si quieres.

—No, gracias, no lo quiero. Lo que sí quiero es la noticia.

—Hemos recibido *un* mensaje de Aurora. Un auténtico mensaje. Esta vez se han dignado comunicarse directamente con nosotros en lugar de hacerlo a través de la Tierra.

—Entonces, podemos considerarlo un mensaje importante…, para ellos. ¿Qué quieren?

—Quieren que les devolvamos a la mujer solariana.

—Está claro, pues, que saben que nuestra nave escapó de Solaria y ha llegado a Baleymundo. Ellos también tienen sus estaciones monitoras y escuchan nuestras comunicaciones como nosotros las suyas.

—Absolutamente —asintió Pandaral, irritado—. Descifran nuestras claves tan de prisa como nosotros las suyas. Mi opinión es que deberíamos

llegar a un acuerdo para que ambos enviemos los mensajes sin cifrar. Ninguno de los dos perdería nada.

—¿Dijeron por qué querían a la mujer?

—Claro que no. Los espaciales no dan explicaciones, sólo dan órdenes.

—¿Han descubierto exactamente qué fue lo que la mujer consiguió en Solaria? Dado que es la única persona que habla auténtico solariano, ¿no será que la necesitan para que limpie el planeta de capataces?

—No sé cómo habrán podido descubrirlo, D.G. Anoche nosotros anunciamos solamente su intervención. El mensaje de Aurora se recibió mucho antes. Pero no importa el porqué la quieren. La pregunta es: ¿Qué hacemos? Si no la devolvemos, nos veremos envueltos en una crisis con Aurora y no lo quiero. Si la devolvemos, los baleymundistas lo encontrarán mal y el viejo Bistervan se apuntará un tanto tachándonos de serviles ante los espaciales.

Se miraron preocupados, luego D.G. dijo arrastrando las palabras:

—Tendremos que devolverla. Después de todo, es una espacial, una ciudadana de Aurora. No podemos retenerla contra la voluntad de Aurora o pondremos en peligro a cada mercader que se aventure a ir por negocios al territorio espacial. Pero la traeré de vuelta, Director, y cúlpeme a mí de ello. Dígales que las condiciones de que me la llevara a Solaria fueron que la devolvería a Aurora, lo que es verdad, aunque no se hizo por escrito, y que como soy un hombre de palabra, sabré cumplir el acuerdo… Tal vez resulte en beneficio nuestro.

—¿De qué forma?

—Tengo que estudiarlo. Pero si hay que hacerlo, Director, mi nave tendrá que ser reparada con fondos planetarios. Mis hombres necesitarán una prima suculenta… Vamos, Director, tenga en cuenta que no disfrutarán de su permiso.

39

Considerando que no se había propuesto volver a su nave hasta por lo menos pasados tres meses, D.G. estaba de excelente humor. Y considerando

que Gladia tenía un alojamiento mayor y más lujoso que el anterior, se mostraba claramente deprimida.

—¿Qué es todo esto? —preguntó.

—¿Cómo, mirando el dentado a un caballo regalado? —preguntó D.G. a su vez.

—Yo sólo pregunto. ¿Por qué?

—En primer lugar, señora, es usted una heroína de clase A. Cuando se reparó la nave, este aposento fue remozado para usted.

—¿Remozado?

—Es una expresión. Embellecido, si lo prefiere.

—Este espacio tuvo que ser creado para alguien. ¿A quién he perjudicado?

—En realidad era el cuarto de estar de la tripulación, pero ellos insistieron, ¿sabe? Es su favorita. El caso es que Niss… ¿Se acuerda de Niss?

—Ya lo creo.

—Quiere que se quede con él en lugar de Daneel. Dice que Daneel no disfruta con su puesto y que no deja de pedir perdón a sus víctimas. En cambio él destruirá a cualquiera que le cause la menor molestia, disfrutará haciéndolo, y nunca pedirá perdón por ello.

Gladia sonrió.

—Dígale que tendré en cuenta su ofrecimiento y que será un placer estrecharle la mano, si podemos arreglarlo. No tuve oportunidad de hacerlo antes de aterrizar en Baleymundo.

—Confío en que lleve sus guantes cuando le estreche la mano.

—Claro, pero me pregunto si es realmente necesario. No he estornudado siquiera desde que salí de Aurora. Las inyecciones que me pusieron han reforzado maravillosamente mi sistema inmunológico. —Volvió a mirar alrededor—. Incluso han puesto hornacinas para Daneel y Giskard. Muy amable por su parte, D.G.

—Señora, nos esforzamos por complacerla y estamos encantados de que esté satisfecha.

—Aunque le parezca raro —Gladia parecía realmente desconcertada por lo que iba a decir—, no estoy realmente satisfecha, no estoy segura de

que quiera abandonar este mundo.

—¿No? Frío, nieve, lúgubre, primitivo, multitudes gritando incesantemente por todas partes. ¿Qué puede atraerla aquí?

Gladia enrojeció:

—No son las multitudes vociferantes.

—Haré como si la creyera, señora.

—No, no. Es algo completamente distinto. Yo…, yo jamás había hecho nada. Me he divertido de forma trivial, me he interesado por colorear campos magnéticos y me he dedicado al exodiseño de robots. He hecho el amor y he sido esposa y madre… En ninguna de esas cosas he conseguido individualizarme. Si hubiera desaparecido de pronto del mundo o si jamás hubiera nacido, nadie ni nada se habría sentido afectado, excepto, quizá, uno o dos amigos íntimos. Ahora es distinto.

—¿Sí? —En la voz de D.G. se percibía un dejo de ironía.

—¡Sí! Puedo influir en la gente. Puedo elegir una causa y hacerla propia. He elegido una causa. Quiero evitar la guerra. Quiero que el universo esté poblado por espaciales y colonizadores por igual. Quiero que cada grupo conserve sus peculiaridades y acepte libremente las de los demás. Quiero trabajar en ello con tanto empeño que cuando ya no esté, la historia haya cambiado porque yo lo quise y la gente diga: «De no ser por ella las cosas no serían tan satisfactorias como son».

Se volvió a D.G. con el rostro resplandeciente:

—¿Sabe la diferencia que hay después de dos siglos y un tercio de no ser nadie y tener la oportunidad de ser alguien? ¿De descubrir que una vida que había creído vacía resulta contener algo maravilloso? ¿De ser feliz mucho después de haber abandonado la esperanza de serlo?

—Para tener todo eso, señora, no es preciso estar en Baleymundo.

D.G. estaba en cierto modo un poco impresionado.

—En Aurora no voy a tenerlo. Solamente soy una solariana emigrada en Aurora, una espacial en un mundo de colonizadores, algo fuera de lo corriente.

—Sin embargo, en diferentes ocasiones, y con mucha insistencia, ha declarado que quería regresar a Aurora.

—Hace algún tiempo, sí, pero ahora no, D.G. De veras que ya no quiero.

—Eso nos honra a nosotros, pero Aurora la reclama. Nos lo han participado.

Gladia se mostró claramente asombrada:

—¿Qué me reclaman?

—Un mensaje oficial del Presidente del Consejo de Aurora lo ha dicho así. Estaríamos encantados de conservarla con nosotros, pero los Directores han decidido que retenerla no vale una crisis interestelar. Yo no estoy de acuerdo con ellos, pero ellos mandan.

—¿Y por qué iban a quererme? —preguntó Gladia, sorprendida—. He vivido en Aurora más de veinte décadas y en ningún momento demostraron quererme… ¡Espere! ¿Supone que me consideran como el único medio de parar a los capataces de Solaria?

—Yo he tenido la misma idea, señora.

—Pues no lo haré. Contuve a aquella capataza por un pelo y tal vez nunca más pueda repetir lo que hice entonces. Sé que no podré. Además, ¿para qué necesitan tomar tierra en el planeta? Pueden destruir las capatazas a distancia, ahora que saben lo que son.

—En realidad —añadió D.G.—, el mensaje reclamando su regreso fue enviado antes de que se enteraran de su conflicto con la capataza. Deben quererla para algo más.

—¡Oh! —Parecía estupefacta. Luego, indignada de nuevo, dijo—: No me importa el motivo. No quiero regresar. Aquí es donde tengo mi trabajo, y me propongo continuarlo.

D.G. se puso en pie.

—Me alegra oírselo decir, señora Gladia. Tenía la esperanza de que pensara así. Le prometo que haré lo imposible por traerla de vuelta conmigo cuando salgamos de Aurora. Pero, ahora mismo, debo ir a Aurora y usted conmigo.

Gladia contempló cómo se alejaba Baleymundo con emociones distintas a las que experimentó cuando lo vio acercarse. Ahora era precisamente aquel mundo frío, gris y miserable que le había parecido en un principio, pero su gente estaba llena de calor y vida. Era gente real, sólida. Solaria, Aurora, los otros mundos espaciales que había visitado o contemplado en hipervisión, parecían llenos de gente insustancial, «gaseosa». Ésa era la palabra. «Gaseosos».

No importaba que fueran pocos los humanos que vivían en un mundo espacial, se extendían para llenar el planeta del mismo modo que las moléculas de gas se extienden para llenar el recipiente que las contiene.

Era como si los espaciales se repelieran.

Y lo hacían, se dijo deprimida. Los espaciales la habían repelido siempre. En Solaria la habían educado para ejercer esa repulsión, pero incluso en Aurora, cuando en un principio disfrutó locamente con el sexo, descubrió que lo menos divertido era la gran proximidad que se hacía necesaria.

Excepto…, excepto con Elijah. Pero él no era un espacial. Baleymundo no era así. Probablemente los demás mundos colonizados no lo eran. Los colonos se agrupaban dejando grandes extensiones vacías a su alrededor como precio a la agrupación… espacios vacíos, hasta que el aumento de población los llenara, un mundo de colonos era un mundo de agrupaciones, de piedras y rocas, pero no de gas.

¿Y por qué era así? ¡Quizá por los robots! Disminuían la dependencia de la gente. Llenaban los intersticios. Eran el aislamiento que disminuía la natural atracción de la gente entre sí, de modo que todo el sistema se deshacía y formaba puntos aislados.

Tenía que ser así. En ninguna parte había más robots que en Solaria y su efecto aislante había sido tan grande que las moléculas separadas de gas, que eran los seres humanos, se volvían tan sumamente inertes que casi nunca se relacionaban entre sí. (¿Adónde habían ido los solarianos, volvió a preguntarse, y cómo vivían?).

La longevidad tenía también que ver con ello. ¿Cómo podía mantenerse un lazo emocional que no se fuera volviendo agrio a medida que transcurrían las múltiples décadas?, o, si uno moría, ¿cómo podía soportarse

el dolor de la separación durante infinidad de décadas? Uno aprendía, por tanto, a no unirse emocionalmente sino a apartarse, a aislarse.

Por el contrario, los seres humanos, si eran de vida breve, no podían tan fácilmente despegarse de la atracción de la vida. Como las generaciones se sucedían rápidamente, el balón de la fascinación saltaba de mano en mano sin tocar el suelo jamás.

Recientemente había dicho a D.G. que no tenía más que hacer ni más que conocer, que había experimentado todo, que tenía que seguir viviendo en mortal aburrimiento. Y no había conocido, ni soñado siquiera hablar a multitudes de seres, apiñados unos junto a otros; dirigirse a muchos que se fundían en un mar de cabezas; oír su respuesta, no en palabras sino en sonidos sin palabra; fundirse con ellos; sentir como sentían ellos, transformarse en un solo gran organismo.

Y no era porque anteriormente nunca hubiera experimentado tal cosa, era que nunca había soñado que algo así pudiera experimentarse. ¿De cuántas cosas más no sabía nada pese a su larga vida? ¿Qué más existía para experimentar que fuera incapaz de imaginar?

Daneel le avisó, dulcemente:

—Gladia, creo que el capitán pide permiso para entrar.

—Déjale pasar.

D.G. entró, enarcando las cejas y dijo:

—¡Qué alivio! Pensé que a lo mejor no estaba.

—En cierto modo, no estaba —respondió Gladia sonriendo—. Estaba perdida en mis pensamientos. Suele ocurrirme.

—Tiene suerte. Mis pensamientos no son nunca lo suficientemente extensos para que me pierda en ellos. ¿Se ha reconciliado con la idea de visitar Aurora, señora?

—En absoluto. Entre los pensamientos en los que me había perdido había uno referente a que todavía no tengo la menor idea de por qué debe ir a Aurora. ¿Puede ser solamente para devolverme? Cualquier transporte espacial podía llevarme.

—¿Puedo sentarme, señora?

—Claro que sí. No hace falta decirlo, capitán. Quisiera que dejara de tratarme como a una aristócrata. Resulta agotador. Y si es una indicación

irónica porque soy una espacial, entonces es mucho peor. La verdad, yo preferiría que me llamara Gladia.

—Parece deseosa de deshacerse de su identidad espacial, Gladia —dijo D.G. sentándose y cruzando las piernas.

—Preferiría olvidarme de distinciones no esenciales.

—¿No esenciales? No, mientras viva cinco veces más que yo.

—Es curioso que estuviera yo pensando precisamente en esto como en una molesta desventaja para los espaciales. ¿Cuánto tardaremos en llegar a Aurora?

—Esta vez no habrá acción evasiva. Unos días para alejarnos lo bastante de nuestro sol y poder dar el «salto» a través del hiperespacio que nos llevará a pocos días de Aurora… y nada más.

—¿Y por qué debe usted ir a Aurora, D.G.?

—Podría decirle que es por pura cortesía, pero la realidad es que me gustaría explicar a su Presidente o a cualquiera de sus subordinados, lo que ocurrió exactamente en Solaria.

—¿Ignoran lo que ocurrió?

—Conocen lo esencial. Fueron lo bastante amables para intervenir nuestras comunicaciones, como habríamos hecho con las suyas en la misma situación. Pero pueden no haber sacado las debidas conclusiones. Si es así, me encantaría corregírselas.

—¿Y cuáles son las debidas conclusiones, D.G.?

—Como ya sabe, los capataces de Solaria fueron programados para responder a una persona humana solamente si él o ella hablaban con acento solariano, como usted. Eso quiere decir que no solamente los colonizadores no eran considerados humanos, sino que los espaciales no solarianos tampoco lo eran. Para ser exacto, los auroranos no hubieran sido tenido por humanos en caso de aterrizar en Solaria.

Gladia abrió los ojos, asombrada:

—Es increíble. Los solarianos no programarían a sus capataces para atacar a los auroranos como hicieron con ustedes.

—¿Lo cree así? Ya han destruido una nave aurorana. ¿Lo sabía?

—¡Una nave aurorana! No, no lo sabía.

—Le aseguro que lo hicieron. Tocó tierra casi al mismo tiempo que nosotros. Nosotros nos libramos, pero ellos no. Nosotros la teníamos a usted, ¿comprende?, y ellos no. La conclusión es o debería ser, que Aurora no puede tratar automáticamente a otros mundos espaciales como aliados. En caso de emergencia, será cada mundo espacial por sí solo.

Gladia sacudió violentamente la cabeza.

—Sería poco seguro generalizar, a juzgar por un solo incidente —observó Gladia—. Los solarianos habrían encontrado difícil hacer que los capataces reaccionaran favorablemente a cincuenta acentos distintos y en contra de varios otros. Resultaba más fácil limitarles a un solo acento, nada más. Jugaron a que ningún otro espacial trataría de aterrizar en su mundo y perdieron.

—Sí, estoy seguro de que así es como argüirán los jefes auroranos, ya que la gente encuentra más fácil llegar a una deducción agradable que a una desagradable. Lo que yo quiero es asegurarme de que vean la posibilidad de la desagradable y que esto les resulte incómodo. Perdone mi presunción, pero no puedo confiar en que nadie lo haga tan bien como yo; por lo tanto creo que soy yo, y nadie más que yo, el que debe ir a Aurora.

Gladia se sintió desagradablemente turbada. No quería ser una espacial; quería ser un humano y olvidar lo que acababa de calificar de «distinción no esencial». Sin embargo, cuando D.G. habló, satisfecho de obligar a Aurora a una postura humillante, se sintió todavía un poco espacial.

—Me figuro que también habrá tiranteces entre los mundos colonizados —observó, fastidiada—. ¿No es también cada mundo colonizado por sí solo?

D.G. sacudió la cabeza negativamente.

—Le puede parecer que esto debe ser así y no me sorprendería que un mundo colonizado sienta a veces el impulso de anteponer su propio interés al del conjunto, pero nosotros tenemos algo de lo que carecen los espaciales.

—¿Y qué es? ¿Una mayor nobleza?

—De ningún modo. No somos más nobles que los espaciales. Lo que tenemos nosotros es la Tierra. Es nuestro mundo. Cada colono visita la Tierra con tanta frecuencia como puede. Cada colono sabe que hay un

mundo, grande, avanzado, con una increíble riqueza histórica, una variedad cultural y una complejidad ecológica, que es suyo y al que pertenece. Los mundos colonizados pueden disputar entre sí, pero su disputa no degenerará en violencia o en una permanente ruptura de relaciones, porque el gobierno de la Tierra está automáticamente llamado a mediar en todos los problemas y su decisión es suficiente e indiscutible.

»Éstas son nuestras tres ventajas, Gladia: la falta de robots, algo que nos permite construir nuevos mundos con nuestras propias manos; la rápida sucesión de generaciones, que ofrece un cambio constante; y por encima de todo, la Tierra, que es nuestro núcleo central.

Gladia insistió, impaciente:

—Pero los espaciales… —Y se calló.

D.G. sonrió con cierta amargura.

—Iba usted a decirme que los espaciales también son descendientes de la Tierra y que también es su planeta, ¿verdad? Es de hecho cierto pero psicológicamente falso. Los espaciales han hecho lo imposible para negar su herencia. No se consideran descendientes de la Tierra. Si yo fuera un místico, diría que por el hecho de separarse de sus raíces, de cortarlas, los espaciales no pueden sobrevivir por mucho tiempo. Pero, claro, no soy un místico y no voy a decirlo así. De todos modos no pueden sobrevivir. Lo creo.

Luego, pasada una pequeña pausa, añadió con cierta turbación afectuosa, como si se diera cuenta de que en su excitación la hería en un punto sensible de su interior:

—Pero, por favor, Gladia, piense en usted como un ser humano y no sólo como espacial, y yo pensaré en mí como ser humano más que como un colonizador. La humanidad sobrevivirá, ya sea en forma de colono ya en forma de espacial o de ambos a la vez. Creo que será solamente en forma de colonizadores, pero puedo estar equivocado.

—No —dijo Gladia, tratando de eliminar la emoción—, creo que tiene razón, a menos que de un modo u otro la gente aprenda a dejar de insistir en la distinción espacial/colono. Mi meta es ésta: ayudar a la gente a conseguirlo.

—Pero, estoy retrasando su cena —se excusó D.G. mirando la cinta horaria que recorría la pared—. ¿Puedo cenar con usted?

—Naturalmente.

D.G. se levantó:

—Iré a encargarla. Podría enviar a Daneel o Giskard, pero me resisto a adquirir la costumbre de dar órdenes a los robots. Además, por mucho que la tripulación la adore, me temo que la adoración no se extiende a sus robots.

Gladia no disfrutó gran cosa de la comida que le trajo D.G. No parecía acabar de acostumbrarse a la falta de sutileza en los sabores, que podían ser la herencia del planeta Tierra, que preparaba comida con levadura para las masas, pero tampoco especialmente repulsiva. Comió impertérrita.

Al darse cuenta D.G. de su falta de entusiasmo, preguntó:

—No le hará daño la comida, ¿verdad?

—No. Aparentemente, estoy aclimatada. Tuve algunos trastornos desagradables cuando llegué a bordo la primera vez, pero no fueron especialmente graves.

—Me alegro, pero Gladia…

—¿Qué?

—¿Se le ocurre alguna razón por la que el gobierno de Aurora la desea de vuelta tan urgentemente? No puede ser su proceder con la capataza, ni tampoco su discurso. La petición fue enviada mucho antes de que se enteraran de ambas cosas.

—En ese caso, D.G. —dijo Gladia tristemente—, no pueden quererme para nada. Nunca lo han hecho.

—Pero debe de haber algo. Como le digo, el mensaje llegó de parte del Presidente del Consejo de Aurora.

—Ese determinado Presidente, en este momento determinado, es considerado como un figurón.

—¡Ah! ¿Y quién está detrás de él? ¿Kelden Amadiro?

—Exactamente. ¿Lo conoce?

—Ya lo creo —contestó D.G., sombrío—, es el centro de los fanáticos anti-Tierra. Es el hombre que políticamente fue aplastado por el doctor

Fastolfe hace veinte décadas y que sobrevive para amenazarnos de nuevo. Él es un ejemplo de la mano muerta de la longevidad.

—Sí, pero también hay un raro rompecabezas. Amadiro es un hombre vengativo. Sabe que Elijah Baley fue la causa de esa derrota de que me habló, y cree que yo también soy responsable. Su odio, su odio extremo, se extiende hasta mí. Si el Presidente me reclama, sólo puede ser porque Amadiro me reclama…, ¿y para qué iba a hacerlo? Preferiría deshacerse de mí. Probablemente fue por lo que me envió con usted a Solaria. Contaba seguramente con que nuestra nave sería destruida y yo con ella. Esto no le hubiera causado el menor disgusto.

—Con lágrimas de cocodrilo, ¿verdad? —murmuró D.G., pensativo—. Pero tengo la seguridad de que no le explicaron nada. Nadie le dijo: «Váyase con ese loco mercader porque nos encantaría que la mataran».

—No. Me dijeron que usted necesitaba que yo le ayudara y que era político cooperar con los mundos colonizadores en aquel momento, y que redundaría en un gran bien para Aurora el que yo, a mi regreso de Solaria, les informara de todo cuanto hubiera ocurrido.

—Sí, cabía esperarlo. Incluso podían haberlo pensado así hasta cierto punto. Entonces es posible que deseen una relación de primera mano de lo ocurrido al ver que nuestra nave escapó, contra todo lo previsto, mientras la suya era destruida. Por tanto, el traérmela a Baleymundo en lugar de regresarla a Aurora, les ha hecho reclamar a gritos su regreso. Podía ser eso. Pero, ahora, conocen la historia, así que ya no la necesitan. No obstante —añadió más para sí que para Gladia—, lo que saben es lo que captaron por la hipervisión de Baleymundo y puede que prefieran no aceptar la versión que hemos dado. Y, sin embargo…

—Sin embargo, ¿qué, D.G.?

—Instintivamente, algo me dice que su mensaje no ha sido motivado por el mero deseo de que usted vuelva. La insistencia con que está redactado, me parece que va más allá.

—No pueden querer nada más de mí. Nada —repitió Gladia.

—¡Quién sabe!

41

—También me lo pregunto yo —dijo Daneel desde su hornacina aquella noche.

—¿Qué es lo que te preguntas, amigo Daneel? —preguntó Giskard.

—Me pregunto sobre la verdadera intención del mensaje de Aurora reclamando a Gladia. En mi opinión, como en la del capitán, el deseo de que les informe no me parece un motivo suficiente.

—¿Se te ocurre otra cosa?

—Tengo una idea, amigo Giskard.

—¿Puedo conocerla, amigo Daneel?

—Pienso que al reclamar el regreso de Gladia, el Consejo de Aurora espera obtener más de lo que reclama…, y puede que no sea Gladia lo que realmente quiere.

—¿Qué es lo que quieren obtener además de Gladia?

—Amigo Giskard, ¿es concebible que ella regrese sin ti y sin mí?

—No, pero ¿de qué serviríamos tú y yo al Consejo de Aurora?

—Yo, amigo Giskard, no les serviría de nada. Tú eres único porque puedes captar directamente las mentes.

—Es cierto, amigo Daneel, pero no lo saben.

—¿Es posible que desde que nos fuimos lo hayan descubierto y hayan empezado a lamentar amargamente haber autorizado tu salida de Aurora?

Giskard no dudó, aparentemente.

—No, no es posible, amigo Daneel. ¿Cómo podían descubrirlo?

—Lo he razonado de la siguiente manera —dijo Daneel cuidadosamente —. En tu lejano viaje a la Tierra con el doctor Fastolfe, lograste ajustar algunos robots de modo que dispusieran de una muy limitada capacidad mental, lo suficiente para permitirles que continuaran tu trabajo de influencia sobre funcionarios de la Tierra para que admitieran con valor y buena disposición el proceso de colonización. Así me lo contaste tú una vez. Por lo tanto, en la Tierra hay robots capaces de manejar la mente.

»También, como hemos empezado a sospechar, recientemente el Instituto de Robótica de Aurora ha enviado humanoides a la Tierra. Ignoramos cuál es su propósito, pero lo menos que cabe esperar de esos

robots es que observen los acontecimientos e informen sobre ellos. Incluso si los robots auroranos no pueden captar las mentes, pueden enviar informes si este o aquel alto funcionario ha variado de actitud hacia la colonización y, quizá, desde que abandonamos Aurora alguien importante o el propio doctor Amadiro, han supuesto que esto sólo puede explicarse por la presencia en la Tierra de robots capaces de ajustar las mentes. Puede ocurrir que esto lo relacionen con el doctor Fastolfe o contigo.

»Esto, a su vez, aclararía a los auroranos el significado de ciertos acontecimientos que podrían achacarse más a ti que al doctor Fastolfe. Como resultado, te necesitan con urgencia, si bien no pueden reclamarte directamente, porque serviría para descubrir el hecho de su reciente conocimiento. Así que reclaman a Gladia, una reclamación natural, sabiendo que si ella vuelve, tú también irás.

Giskard guardó silencio un buen rato y dijo al fin:

—Tu razonamiento es muy interesante, amigo Daneel, pero falla en algo. Esos robots que yo diseñé para animar la colonización terminaron su trabajo hace más de dieciocho décadas y han estado inactivos desde entonces, por lo menos en lo que se refiere al ajuste mental. Y lo que es más, en la Tierra retiraron los robots de sus ciudades y los confinaron en áreas no ciudadanas y despobladas hace mucho tiempo.

Esto significa que los robots que nosotros creemos que han sido enviados a la Tierra no habrán tenido ocasión de encontrarse con los que yo programé y que tampoco se habrán podido enterar de ninguna programación, dado que ya no están ocupados en ello. Es por lo tanto imposible que hayan descubierto mi especial habilidad de la forma que tú sugieres.

—¿No hay otro modo de descubrirlo, amigo Giskard?

—Ninguno —dijo Giskard, tajante.

—Pues yo… sigo preguntándomelo —terminó Daneel.

CUARTA PARTE

AURORA

EL VIEJO CAUDILLO

42

Kelden Amadiro no era inmune a la plaga humana del recuerdo. En realidad, estaba más afectado por ello que la mayoría. En su caso, además, la tenacidad del recuerdo llevaba como acompañamiento la intensidad de su profunda y prolongada frustración y rabia.

Veinte décadas atrás todo iba viento en popa para él. Era el jefe fundador del Instituto de Robótica (seguía siéndolo aún) y por un momento creyó que no dejaría de conseguir el control total y absoluto del Consejo, aplastando a su gran enemigo, Han Fastolfe, dejándole en una desvalida posición.

Si hubiera…, si solamente hubiera…

(Cómo se esforzaba para no pensar en ello y cómo su recuerdo se le ponía delante una y otra vez como si nunca pudiera soportar suficiente dolor y desesperación).

De haber ganado él, la Tierra habría permanecido solitaria y aislada y hubiera puesto los medios para que decayera, se arruinara y terminara disolviéndose. ¿Por qué no? La gente de vida breve de un mundo enfermo y superpoblado estaba mucho mejor muerta… Cien veces mejor muerta que viviendo la vida que se había obligado a vivir.

Y los mundos espaciales, tranquilos y seguros, se habrían ido extendiendo. Fastolfe se había quejado siempre de que los espaciales eran excesivamente longevos y demasiado cómodos con sus apoyos robóticos para ser pioneros, pero Amadiro le habría demostrado que se equivocaba.

Sin embargo, Fastolfe había ganado. En el momento en que la derrota parecía segura, se había lanzado increíblemente, inesperadamente al espacio vacío, por decirlo así, y había vuelto con la victoria en las manos… ganada sabe Dios dónde.

Fue el hombre de la Tierra, naturalmente, Elijah Baley…

Pero el recuerdo incómodo de Amadiro era el que tropezaba siempre con el hombre de la Tierra y se alejaba. No podía imaginar aquel rostro, oír aquella voz, recordar el hecho. Con el nombre bastaba. Veinte décadas no habían sido suficientes para amortiguar en lo más mínimo el odio que sentía, o mitigar algo su dolor. Y con Fastolfe a cargo de la política, los miserables terrícolas habían huido de su corrupto planeta estableciéndose en uno y otro mundo. El torbellino de los avances terrícolas deslumbró los mundos espaciales y les sumió en una glacial parálisis.

¡Cuántas veces se había dirigido Amadiro al Consejo y señalado que la Galaxia se estaba escapando de los dedos espaciales, que Aurora contemplaba sin ver cómo los mundos eran ocupados por subhombres y que año tras año la apatía se apoderaba cada vez más del espíritu espacial!

—¡Despierten! —había gritado—. ¡Despierten! ¡Vean cómo crecen sus números! ¡Cómo los mundos colonizados se multiplican! ¿A qué esperan? ¿A que los agarren por el cuello?

Y Fastolfe contestaba siempre con aquella voz suya, sedante como una nana, y los auroranos y los demás espaciales (que siempre seguían el liderazgo de Aurora, cuando ésta rehuía tal liderazgo) se tranquilizaban y volvían a su sopor. Lo obvio no parecía afectarles. Los hechos, las cifras, el indiscutible empeoramiento de los asuntos de década en década, les dejaban indiferentes.

¿Cómo era posible que se les gritara la verdad continuamente, que se les comunicaran todas las predicciones, y tener que contemplar que una firme mayoría seguía a Fastolfe como corderos?

¿Cómo era posible que el propio Fastolfe contemplara cómo todo lo que decía era pura locura y, sin embargo, no se apartara nunca de su política? No era solamente que insistiera, obcecado, en hacer las cosas mal, era que sencillamente nunca pareció darse cuenta de que estaba equivocado.

Si Amadiro hubiera sido el tipo de hombre fantasioso, hubiera imaginado seguramente que algún hechizo o algún encantamiento apático había caído sobre los mundos espaciales. Hubiera imaginado que en alguna parte, alguien poseía el poder de adormecer los cerebros activos y cegar a la verdad los ojos perspicaces.

Como añadido final a la exquisita agonía, la gente compadecía a Fastolfe por haber muerto frustrado. Frustrado, decían porque los espaciales no querían adueñarse de nuevos mundos para ellos.

Era la propia política de Fastolfe la que les había impedido hacerlo. ¿Qué derecho tenía a sentirse frustrado? ¿Qué hubiera hecho si como Amadiro hubiera visto y denunciado la verdad y se hubiera sentido incapaz de obligar a los espaciales, a bastantes espaciales, a que le prestaran atención?

¡Cuántas veces había pensado que sería mejor que la Galaxia estuviera vacía antes que bajo el dominio de los subhombres! Si poseyera algún poder mágico que pudiera destruir la Tierra, el mundo de Elijah Baley, con sólo mover la cabeza, ¡con qué gusto lo haría!

Pero el hecho de refugiarse en tales fantasías era solamente un signo de su total desesperación. Era la otra cara de su fútil y recurrente deseo de abandonarse a la muerte, si sus robots se lo permitieran. Y por fin llegó el momento en que se le dio el poder de destruir la Tierra obligándole a ello incluso contra su voluntad. Ese momento fue cuando conoció a Levular Mandamus, hacía unos tres cuartos de década.

43

—¡Recuerdos! Tres cuartos de década atrás…

Amadiro levantó la vista y observó que Maloon Cicis había entrado en el despacho. Indudablemente había hecho la señal y tenía derecho a entrar si no respondían a ella.

Amadiro suspiró y dejó la pequeña computadora. Cicis era su mano derecha desde que se creara el Instituto. Había envejecido a su servicio.

Nada drásticamente visible, solamente un aire de ligero deterioro. Su nariz parecía algo más asimétrica de lo que había sido antaño.

Se frotó su propia nariz bulbosa y se preguntó hasta qué punto le envolvía su propio deterioro. En tiempos había medido un metro con noventa y cinco, una buena estatura incluso para el estándar espacial. Se mantenía tan erguido como antes, pero cuando se midió recientemente, no consiguió llegar a más de uno con noventa y tres. ¿Empezaba ya a encorvarse, a encogerse, a acercarse al fin?

Apartó esas tristes ideas que ya de por sí eran un indicio seguro de envejecimiento más que simples medidas, y preguntó:

—¿Qué hay, Maloon?

Cicis poseía ahora un nuevo robot personal que le seguía los pasos, un robot modernista con un acabado muy bruñido. Si uno no puede mantener joven al propio cuerpo, siempre puede adquirir un robot joven y nuevo. Esto también era una señal de envejecimiento. Amadiro estaba decidido a no provocar sonrisas entre los jóvenes siendo presa de ese engaño, especialmente dado que Fastolfe, que era ocho décadas mayor que Amadiro, jamás lo había hecho.

Cicis anunció:

—Se trata otra vez de ese Mandamus, jefe.

—¿Mandamus?

—No deja de insistir en verle.

Amadiro pensó por un instante:

—¿Te refieres a ese idiota descendiente de la mujer solariana?

—Sí, jefe.

—Bien, pues no quiero verle. ¿Todavía no has conseguido que lo entienda, Maloon?

—Sí, pero me pide que le entregue una nota y dice que después le recibirá.

—No lo creo, Maloon —dijo Amadiro lentamente—. ¿Qué dice la nota?

—No la entiendo, jefe. No está en galáctico.

—En tal caso, ¿por qué voy a entenderlo yo mejor que tú?

—No lo sé, pero me pidió que se la entregara. Si quiere molestarse en mirarla, jefe, y decirme algo, yo saldré y me desharé de él otra vez.

—Bien, deja que la vea —dijo Amadiro, meneando la cabeza. Miró la nota con asco. Decía:

—*Ceterum censeo, delenda est Carthago*.

Amadiro leyó el mensaje, miró torvamente a Maloon, y volvió la vista de nuevo al mensaje. Al fin, preguntó:

—Debiste haberte fijado, ya ves que no es galáctico. ¿Le preguntaste lo que significa?

—Lo hice jefe. Me dijo que era latín, pero eso no me aclara nada. Insistió en que usted lo comprendería. Es un hombre muy decidido y agregó que esperaría todo el día, hasta que usted lo leyera.

—¿Qué aspecto tiene?

—Flaco, serio, probablemente sin pizca de humor. Alto, pero no tan alto como usted. Ojos hundidos, de mirada intensa, labios finos.

—¿Qué edad puede tener?

—Por la textura de su piel, yo diría que unas cuatro décadas o así. Es muy joven.

—En ese caso, debemos perdonarle por su juventud. Hazle pasar.

—¿Va a recibirle? —preguntó Cicis, sorprendido.

—Acabo de decirlo, ¿no es verdad? Hazle pasar.

44

El joven entró casi a paso de marcha. Se quedó tieso frente a la mesa y dijo:

—Le agradezco, señor, que haya aceptado recibirme. ¿Me autoriza a que mis robots se reúnan conmigo?

Amadiro enarcó las cejas.

—Me agradará verlos. ¿Me permite que conserve los míos junto a mí?

Hacía muchos años que alguien no pronunciaba la vieja fórmula de los robots. Era una de esas antiguas y buenas costumbres que se perdían en el olvido, como la noción de los buenos modales caída en desuso al considerar la gente que los robots personales eran parte de uno mismo.

—Sí, señor —contestó Mandamus, y entraron dos robots. Amadiro se fijó en que no lo hicieron hasta que se les dio permiso. Eran robots nuevos,

claramente eficientes y mostraban todas las señales de una buena artesanía.

—¿Diseño propio, doctor Mandamus? —Siempre tenían más valor los robots que eran diseñados por sus propios dueños.

—Efectivamente, señor.

—Entonces, ¿es usted un robotista?

—Sí, señor. Me gradué en la Universidad de Eos.

—Trabajó con…

Mandamus interrumpió.

—No, con el doctor Fastolfe, no, señor. Trabajé a las órdenes del doctor Maskelinik.

—¡Ah, no es usted miembro del Instituto!

—He solicitado mi ingreso, señor.

—Ya. —Amadiro ordenó los papeles que tenía sobre la mesa y dijo rápidamente, sin mirarle—. ¿Dónde aprendió latín?

—No lo sé para hablarlo, pero sé lo suficiente para entender la cita y dónde encontrarla.

—Eso es ya de por sí interesante. ¿Cómo se le ocurrió?

—No puedo dedicar cada momento de mi vida a la robótica, así que tengo otros intereses. Uno de ellos es la planetología, con especial referencia a la Tierra. Eso me llevó a la historia del planeta y su cultura.

—Éste no es un estudio popular entre los espaciales.

—No, señor, y es una lástima. Uno debería conocer siempre a sus propios enemigos, igual que usted, señor.

—¿Igual que yo?

—Sí, señor. Creo que está usted enterado de muchas facetas de la Tierra y que, en este aspecto, sabe más que yo, porque lleva más tiempo estudiando el tema.

—¿Y cómo lo sabe?

—He tratado de conocerle lo más posible, señor.

—¿Porque yo soy otro de sus enemigos?

—No, señor, sino porque quiero que sea usted mi aliado.

—¿Aliado suyo? ¿Se propone utilizarme? ¿No le parece que está usted siendo un poco impertinente?

—No, señor, porque estoy seguro de que querrá ser aliado mío.

Amadiro se quedó mirándolo.

—No obstante, sigo creyendo que es usted algo más que un poco impertinente. Dígame, ¿comprende bien esta cita que ha encontrado para mí?

—Sí, señor.

—Entonces tradúzcamela al galáctico estándar.

—Dice, «En mi opinión, Cartago debe ser destruida».

—Y esto, en su opinión, ¿qué significa?

—El que hablaba era Marco Poncio Catón, senador de la república de Roma, una unidad política de la antigua Tierra. Había derrotado a su principal enemigo, pero no lo había destruido. Catón sostenía que Roma no podía sentirse segura hasta que Cartago fuera enteramente destruida… y así fue.

—Pero ¿quién es Cartago para nosotros, joven?

—Existe lo que se llama analogías.

—¿Y eso significa?

—Que también los mundos espaciales tienen un enemigo principal, y en mi opinión debe ser destruido.

—Nombre al enemigo.

—El planeta Tierra, señor.

Amadiro tamborileó ligeramente sobre la mesa.

—¿Y quiere que yo sea su aliado en ese proyecto? ¿Da por sentado que me sentiré feliz y ansioso por serlo? Dígame, doctor Mandamus, ¿cuándo digo yo, en alguno de mis numerosos discursos y escritos sobre el tema, que la Tierra debe ser destruida?

Mandamus apretó los labios y respiró hondo:

—No estoy aquí —dijo— para tenderle una trampa y meterle en algo que pueda ser utilizado contra usted. No he sido enviado aquí ni por el doctor Fastolfe ni por ninguno de su partido. Tampoco soy de su partido. Tampoco intento decir lo que tiene en su mente. Digo solamente lo que está en la mía. En mi opinión, la Tierra debe ser destruida.

—¿Cómo se propone destruirla? ¿Sugiere que dejemos caer bombas nucleares hasta que las explosiones, la radiación y las nubes de polvo destruyan el planeta? Porque, de ser así, ¿cómo evitaría que las naves

vengadoras de los colonizadores hagan lo mismo con Aurora y con los otros mundos espaciales que puedan alcanzar? La Tierra pudo haber sido volada con impunidad hace quince décadas. Ahora ya no.

Mandamus parecía asqueado.

—No me proponía nada de eso, doctor Amadiro. No destruiría innecesariamente a seres humanos, aunque fueran de la Tierra. No obstante, hay un medio para destruir ese planeta sin tener que matar necesariamente a toda su gente…, y no habría represalias.

—Es usted un soñador —dijo Amadiro— o un poco loco.

—Deje que se lo explique.

—No, joven. Dispongo de poco tiempo, y su cita, que entendí perfectamente, despertó mi curiosidad; el poco tiempo que tengo se lo he dedicado en gran parte a usted.

Mandamus se puso en pie.

—Lo comprendo, doctor Amadiro, y le ruego me perdone por hacerle perder tanto tiempo. Pero, piense en lo que le acabo de decir y si siente curiosidad, ¿por qué no me llama cuando disponga de más tiempo del que ahora le queda? Sin embargo, no espere demasiado porque, si es preciso, buscaré en otras direcciones: estoy decidido a destruir la Tierra. Como puede ver, soy sincero con usted.

El joven inició una sonrisa que distendió sus flacas mejillas sin que cambiara en nada el aspecto de su cara.

—Adiós… y gracias otra vez. —Dio media vuelta y se fue.

Amadiro se quedó mirando, pensativo, luego apretó un botón en un lado de su mesa.

—Maloon —dijo cuando entró Cicis—, quiero que se vigile a este joven las veinticuatro horas del día, y quiero saber con quién habla. Todos. Los quiero a todos identificados e interrogados. A los que indique, me los traerás… Pero, Maloon, todo debe hacerse con disimulo y con una actitud de amistosa y cariñosa persuasión. Como bien sabes, todavía no soy el amo.

Pero iba a serlo. Fastolfe contaba treinta y seis décadas y estaba claramente en decadencia. Amadiro era ocho décadas más joven.

Amadiro recibió informes durante nueve días.

Mandamus hablaba con sus robots, a veces con colegas de la universidad, y con menos frecuencia con individuos de residencias vecinas a la suya. Sus conversaciones eran puramente triviales y, mucho antes de que transcurrieran nueve días, Amadiro había decidido que no haría esperar más al joven. Mandamus se encontraba al principio de una larga vida y podía tener treinta décadas por delante; a Amadiro le quedaban solamente unas ocho o diez como mucho.

Y Amadiro pensando en lo que el joven le había dicho sintió, cada vez con mayor inquietud, que no podía dejar pasar la oportunidad que tenía de destruir el planeta Tierra, o ignorarlo. ¿Podía permitir que la destrucción tuviera lugar después de la muerte, y no poder verla? Era igualmente malo que ocurriera durante su vida, pero con otros dedos apoyados en los contactos.

No, tenía que verlo él, tenía que ser testigo él, tenía que hacerlo él, ¿por qué si no, había soportado su larga frustración? Mandamus podía ser un insensato o un loco, pero en ese caso Amadiro tenía que saber a ciencia cierta si era un insensato o un loco.

Llegado a este punto de sus elucubraciones, Amadiro llamó a Mandamus a su despacho.

Amadiro se dio cuenta de que haciéndolo se humillaba, pero la humillación era el precio que tenía que pagar para estar seguro de que no había la menor oportunidad de que la Tierra fuera destruida sin él. Y era un precio que estaba dispuesto a pagar.

Se escudó ante la posibilidad de que Mandamus entrara sonriendo, despectivamente triunfante. También tendría que soportarlo. Después de tanto soportar, si las sugerencias del joven resultaban desatinadas, haría que se le castigara al máximo de lo que una sociedad civilizada permitía, pero si por el contrario…

Se sintió complacido cuando Mandamus entró en su despacho en actitud razonablemente humilde y le agradeció, aparentemente sincero, la segunda entrevista. Amadiro consideró que debía mostrarse amable.

—Doctor Mandamus —le dijo—, al despedirle sin escuchar su plan, fui culpable de descortesía. Dígame, pues, lo que se propone y le escucharé hasta que quede bien claro, como sospecho que ocurrirá, que su plan es, tal vez, más el resultado del entusiasmo que de la fría razón. Entonces le volveré a despedir, pero sin el menor desprecio por mi parte; confío en que usted, por la suya, lo aceptará sin enfadarse.

—No me podría enfadar por habérseme concedido una justa y paciente audiencia, doctor Amadiro, pero ¿y si lo que voy a decirle es sensato y ofrece esperanzas?

—En ese caso —respondió despacio Amadiro—, sería concebible que ambos pudiéramos trabajar juntos.

—Sería maravilloso, señor. Juntos podemos lograr mucho más que separados. Pero ¿habría algo más tangible que el privilegio de trabajar conjuntamente? ¿Podría haber una recompensa?

Amadiro pareció disgustado; contestó:

—Le estaría agradecido, por supuesto, pero lo único que yo soy es Consejero y jefe del Instituto de Robótica. Habría un límite a lo que pudiera hacer por usted.

—Lo comprendo, doctor Amadiro. Pero ¿dentro de esos límites no podría tener algo a cuenta? ¿Ahora? —Y miró fijamente a Amadiro.

Amadiro frunció el entrecejo al encontrarse ante un par de ojos penetrantes y decididos. ¡Ni rastro de humildad en ellos!

—¿En qué piensa? —preguntó Amadiro con frialdad.

—En nada que no pueda usted darme, doctor Amadiro. Hágame miembro del Instituto.

—Si posee los méritos…

—No tema. Los poseo.

—No podemos dejar la decisión al candidato. Tenemos que…

—Vamos, doctor Amadiro, ésta no es forma de iniciar una relación. Por haberme tenido en observación en todo momento, desde la última vez que nos vimos, no puedo creer que no se haya enterado de mis méritos. Como resultado debe saber que estoy en condiciones de ingresar. Si, por cualquier razón, sintiera que no estoy a la altura, no esperaría que mi ingenio fuera

suficiente para elaborar un plan para la destrucción de nuestra particular Cartago, y no me habría vuelto a llamar.

Por un momento Amadiro sintió una llamarada en su interior. En aquel instante, se dijo que ni siquiera la destrucción de la Tierra valía la pena de soportar la actitud de aquel niño. Pero sólo fue un instante. Luego, su sentido de la debida proporción reapareció y se dijo que una persona tan joven pero tan atrevida, y tan glacialmente segura de sí, era el tipo de hombre que necesitaba. Además, había estudiado el expediente de Mandamus y era indudable que estaba cualificado para ingresar en el Instituto.

Entonces Amadiro, sin alterarse (a costa de su presión sanguínea), dijo:

—Tiene razón. Reúne los méritos necesarios.

—Nómbreme. Estoy seguro de que su computadora dispone de las formas necesarias para hacerlo. No tiene más que inscribir mi nombre, mi escuela, mi año de graduación y cualquier otra estadística trivial que considere necesaria y firmarla.

Sin responder ni una palabra, Amadiro se volvió a su computadora. Introdujo la información necesaria, recuperó la ficha, la firmó y se la entregó a Mandamus:

—Lleva la fecha de hoy. Ya es miembro del Instituto.

Mandamus estudió el documento y se lo entregó a uno de sus robots, que lo guardó en un pequeño portafolio, que se colocó bajo el brazo.

—Gracias —dijo Mandamus— es usted muy amable, espero no fallarle nunca ni darle motivos para lamentar esta amable apreciación de mis habilidades. No obstante, queda una cosa más.

—¿De verdad? ¿Y qué es ello?

—Podríamos discutir la naturaleza del premio final en caso de éxito. Éxito total.

—¿No podríamos dejar esto para el momento en que se consiga el éxito total o esté razonablemente a punto de lograrse?

—Si se trata de racionalidad, sí. Pero yo soy una criatura que sueña lo mismo que razona. Y me gustaría soñar un poco.

—Bien, ¿y qué le gustaría soñar?

—Creo, doctor Amadiro, que el doctor Fastolfe no está nada bien. Ha vivido largo tiempo y no puede demorarse su muerte por muchos años.

—¿Y en ese caso?

—Una vez que haya muerto, el partido de usted se hará más agresivo y los miembros más tibios del partido del doctor Fastolfe encontrarán oportuno pasarse al suyo. La próxima elección, sin Fastolfe, será indudablemente suya.

—Es posible. ¿Y bien?

—Pasará a ser *de facto* el líder del Consejo y el guía de la política exterior de Aurora, en realidad, la política exterior de los mundos espaciales. Y si mis planes se cumplen, su dirección tendrá tanto éxito que el Consejo no podrá evitar elegirle presidente a la primera oportunidad.

—Sus sueños vuelan, joven. Y si todo lo que prevé llega a buen fin, ¿qué?

—No dispondría del tiempo necesario para regir Aurora y dirigir el Instituto de Robótica. Así que lo único que le pido es que cuando decida dimitir de su posición actual como jefe del Instituto, se prepare para apoyarme como sucesor en el cargo. No podrían rechazar su elección personal.

—Hay algo así como reunir méritos para el cargo —objetó Amadiro.

—Los reuniré.

—Esperemos y veamos.

—Estoy dispuesto a esperar para ver, pero descubrirá que mucho antes de que logremos el éxito, deseará concederme esta petición. Por lo tanto, le ruego que se vaya acostumbrando a la idea.

—Y todo esto antes de que me haya dicho una sola palabra. Bien, ya es miembro del Instituto y me esforzaré por acostumbrarme a su sueño personal, pero ahora pongamos fin a los preliminares y dígame cómo se propone destruir la Tierra.

Casi maquinalmente, Amadiro hizo el gesto que indicaba que sus robots no debían recordar nada de aquella conversación. Y Mandamus, con una leve sonrisa, hizo lo mismo con los suyos.

—Empecemos, pues —dijo Mandamus.

Pero antes de que pudiera empezar, Amadiro inició el ataque.

—¿Está seguro de no estar a favor de la Tierra?

Mandamus se sobresaltó.

—Me he acercado a usted con una proposición para destruir a la Tierra.

—Sin embargo, es usted descendiente de la mujer solariana… en la quinta generación, tengo entendido.

—Sí, señor, y es del dominio público. ¿Qué tiene que ver?

—La mujer solariana es y ha sido durante mucho tiempo, íntimamente asociada, amiga y protegida, de Fastolfe. Por tanto, me asombra que no simpatice con sus puntos de vista en favor de la Tierra.

—¿Por mi ascendencia? —Mandamus parecía sinceramente asombrado. Por un momento lo que podía ser una llamarada de fastidio o incluso de ira pareció afilar su nariz, pero se disipó y prosiguió tranquilo—. Una persona también íntimamente asociada, amiga y protegida suya, es la doctora Vasilia Fastolfe, la hija del doctor Fastolfe. Es descendiente de la primera generación. Me pregunto si no simpatizará con sus ideas.

—También me lo pregunté yo en el pasado, pero no simpatiza con ellas, y en su caso, he dejado de preocuparme.

—Pues puede también dejar de preocuparse por mi caso, señor. Soy un espacial y quiero ver a todos los espaciales controlando la Galaxia.

—Muy bien. Siga con la descripción de su plan.

—Lo haré, pero, si no le importa, desde el principio. Doctor Amadiro, los astrónomos están de acuerdo en que hay millones de planetas del tipo de la Tierra en nuestra Galaxia, planetas donde los humanos pueden vivir después de los necesarios ajustes al ambiente, pero sin ninguna necesidad de terraformarlos. Sus atmósferas son respirables, tienen un océano de agua, la tierra y el clima son apropiados y la vida existe. En realidad sus atmósferas no contendrían oxígeno sin la presencia, por lo menos, del plancton del océano.

»La tierra suele ser estéril, pero una vez que ella y el océano sufran una terraformación biológica, es decir, una vez que se les haya sembrado vida de la Tierra, la vida florece y el planeta puede ocuparse. Cientos de estos planetas han sido registrados y estudiados y casi la mitad de ellos están ocupados ya por los colonizadores.

»Pero ni un solo planeta habitable de todos los que han sido descubiertos dispone de la enorme variedad y exceso de vida que tiene la Tierra. Ninguno tiene nada mayor o más complejo que una pequeña formación de invertebrados del tipo de gusanos o insectos o, en el mundo de las plantas, nada más avanzado que unos matorrales del tipo de los helechos. De inteligencia, ni hablar, ni de nada que se parezca a la inteligencia.

Amadiro escuchó la seca exposición y se dijo: «Habla de rutina. Se ha aprendido todo eso de memoria». Cambió de postura y replicó:

—No soy un planetólogo, doctor Mandamus, pero le pido que me crea si le digo que todo lo que me cuenta ya lo sé.

—Como le digo, doctor Amadiro, voy a empezar desde el principio… Los astrónomos están cada vez más convencidos de que tenemos un amplio surtido de planetas habitables en la Galaxia y que todos, o casi todos, son marcadamente diferentes a la Tierra. Por alguna razón, la Tierra es un planeta sorprendentemente peculiar, y la evolución en él ha adquirido un ritmo radicalmente rápido y un modo anormal.

Amadiro interrumpió:

—El argumento habitual es que si hubiera otras especies inteligentes en la Galaxia tan avanzadas como nosotros, ya se habrían dado cuenta de nuestra expansión y se nos hubieran dado a conocer de una forma u otra.

—Sí, señor —asintió Mandamus—. En realidad, si en la Galaxia hubiera otras especies inteligentes más avanzadas que nosotros, no habríamos tenido la oportunidad de desarrollarnos. Así que parece cierto que somos la única especie de la Galaxia capaz de viajar por el hiperespacio. Que seamos la única especie inteligente de la Galaxia tal vez no sea del todo cierto, pero es más que probable que lo seamos.

Amadiro escuchaba ahora con una media sonrisa resignada. El joven se mostraba didáctico, como un hombre marcando el ritmo de su monomanía en tono apagado. Era una de las indicaciones de los locos, y la pequeña esperanza sustentada por Amadiro de que ese Mandamus supiera realmente algo que pudiera cambiar el rumbo de la historia, estaba empezando a desvanecerse. Dijo:

—Sigue contándome lo conocido, doctor Mandamus. Todo el mundo sabe que la Tierra parece única y que nosotros somos la única especie inteligente de la Galaxia…

—Pero nadie parece plantearse la sencilla pregunta: ¿Por qué? Los de la Tierra y los colonizadores no se lo preguntan. Lo aceptan. Adoptan una actitud mística hacia la Tierra y la consideran un mundo sagrado, de forma que su naturaleza peculiar se da por sentada. En cuanto a los espaciales, no nos la planteamos. La ignoramos. Hacemos lo imposible por no pensar en la Tierra, ya que, de hacerlo, podríamos ir más lejos y considerarnos descendientes de la gente de aquel planeta.

Amadiro objetó:

—No veo ninguna virtud en la pregunta. No necesitamos buscar respuestas complejas al «Por qué». Procesos fortuitos desempeñan un papel importante en la evolución y, hasta cierto punto, en todas las cosas. Si existen millones de mundos habitables, la evolución se manifiesta en cada uno de ellos en proporción distinta. En la mayoría, la proporción tendrá cierto valor intermedio; en otros, será claramente lenta, en otros marcadamente rápida; o quizás en uno será excesivamente lenta y en otro excesivamente rápida. La Tierra resulta ser donde el proceso es excesivamente rápido y nosotros nos encontramos aquí por eso. Ahora bien, si nos preguntamos «Por qué», la respuesta suficiente, es «Casualidad».

Amadiro esperó que el otro demostrara su locura, estallando, rabioso, ante aquella opinión preeminentemente lógica, presentada en broma, y que servía para hacer añicos su tesis. Sin embargo, Mandamus se limitó a mirarle fijamente por unos segundos con sus ojos hundidos, y luego dijo plácidamente:

—No. Es preciso algo más que una casualidad afortunada para acelerar al máximo la evolución. En cada planeta, excepto en la Tierra, la velocidad de evolución está íntimamente relacionada con el flujo de la radiación cósmica en la que se baña el planeta. Esta velocidad no es resultado de la casualidad, sino el resultado de la radiación cósmica que produce mutaciones a ritmo lento. En la Tierra algo produce muchas más mutaciones que en otros planetas habitables y no tiene nada que ver con los

rayos cósmicos porque no se dan con demasiada profusión en la Tierra. Vea usted ahora con más claridad, si el «Por qué» podría ser importante.

—Pues bien, doctor Mandamus, puesto que le sigo escuchando con más paciencia de la que creía poseer, conteste usted la pregunta que formula con tanta insistencia. ¿O conoce usted la pregunta pero no la respuesta?

—Tengo una respuesta —contestó Mandamus— y se basa en que la Tierra es única en lo secundario.

—Deje que me anticipe —objetó Amadiro—. Se refiere a su gran satélite. Seguro, doctor Mandamus, que no habla de ello como de un descubrimiento suyo.

—En absoluto —respondió Mandamus, molesto—, pero tenga en cuenta que los grandes satélites parecen ser corrientes. Nuestro sistema planetario tiene cinco, la Tierra tiene siete, y así sucesivamente. Todos los grandes satélites, excepto uno, giran alrededor de gigantes de gas. Solamente el satélite de la Tierra, la Luna, gira alrededor de un planeta poco mayor que ella.

—¿Puedo atreverme a emplear de nuevo la palabra «casualidad», doctor Mandamus?

—En este caso sí puede ser casualidad, pero la Luna sigue siendo única.

—De acuerdo. ¿Qué posible conexión puede tener el satélite con la profusión de vida en la Tierra?

—Puede no ser obvio y una conexión improbable, pero es mucho más improbable que esos dos ejemplos únicos en un solo planeta puedan no tener ninguna conexión. Yo he encontrado esa conexión.

—¿De verdad? —preguntó Amadiro súbitamente alerta. Ahora era el momento en que debía manifestarse la prueba evidente de su locura. Miró de soslayo a la cinta horaria de la pared. Realmente no le quedaba mucho más tiempo que malgastar, pese que toda su curiosidad seguía despierta.

—La Luna —prosiguió Mandamus— se aparta lentamente de la Tierra debido al efecto de la mareas sobre ella. Las grandes mareas son una consecuencia única de la existencia de ese gran satélite. El sol de la Tierra también produce mareas, pero son un tercio de las producidas por la Luna, lo mismo que nuestro sol produce pequeñas mareas en Aurora.

»Como la Luna se aleja debido a su acción sobre las mareas, en los comienzos de la historia de su sistema planetario se encontraba mucho más cerca de la Tierra. Cuanto más cerca esté la Luna de la Tierra, mayores son las mareas. Éstas tenían dos efectos importantes sobre la Tierra. Mantenían continuamente flexible la corteza terrestre y hacían más lenta la rotación, ambas logradas a través del movimiento y la fricción de las aguas del océano sobre los bajíos… de forma que la energía rotacional se convertía en calor. Por tanto, la Tierra tiene la corteza más delgada que la de cualquier otro planeta habitable conocido que despliegue acción volcánica y que posea un sistema activo de placas tectónicas.

Amadiro comentó:

—Pero incluso todo eso puede no tener nada que ver con la profusión de vida en la Tierra. En mi opinión, doctor Mandamus, debe llegar al fondo del asunto o marcharse.

—Le ruego, doctor Amadiro, que tenga un poco más de paciencia. Es muy importante comprender el fondo del asunto una vez que lleguemos a él. He hecho una cuidadosa computarización simulada del desarrollo químico de la corteza terrestre, teniendo en cuenta el efecto causado por las mareas y las placas tectónicas, algo que nadie había hecho hasta ahora de forma tan difícil y meticulosa como yo he conseguido hacer, si me permite que me alabe.

—¡Oh, no deje de hacerlo! —murmuró Amadiro.

—Y resulta, con toda claridad —le mostraré todos los datos necesarios cuando así lo desee— que el uranio y el torio se juntan en la corteza terrestre y en la capa superior en concentraciones de hasta mil veces más altas que en cualquier otro mundo habitable. Además, se juntan irregularmente, de modo que hay desparramada alguna que otra bolsa donde el uranio y el torio están aun en mayor concentración.

—¿Y, deduzco, que peligrosamente altas en radiactividad?

—No, doctor Amadiro. El uranio y el torio tienen una radiactividad muy débil incluso estando relativamente concentrados. Todo eso, repito, es debido a la presencia de la Luna.

—¿Debo asumir, entonces, que la radiactividad, aunque no lo bastante intensa para ser peligrosa para la vida, es suficiente para aumentar el grado

de mutación? ¿Es así, doctor Mandamus?

—Así es. Habría extinciones más rápidas de vez en cuando, pero también un desarrollo más rápido de especies nuevas, resultando una enorme variedad y profusión de formas de vida. Y esto sólo en la Tierra alcanzaría el punto de desarrollo de una especie y una civilización inteligentes.

Amadiro movió afirmativamente la cabeza. El joven no estaba loco. Podía estar equivocado, pero no estaba loco. Y a lo mejor también estaba en lo cierto.

Amadiro no era un planetólogo, de modo que iba a tener que comprobar en los libros, para ver si Mandamus había descubierto solamente lo ya conocido, como hacían muchos entusiastas. Sin embargo, había un punto mucho más importante que tenía que comprobar inmediatamente.

Con voz suave le dijo:

—Ha hablado sobre la posible destrucción de la Tierra. ¿Hay alguna relación entre eso y las propiedades excepcionales del planeta?

—Uno sólo puede aprovecharse de las propiedades excepcionales de una única manera —respondió Mandamus en voz igualmente suave.

—En este caso particular, ¿de qué manera?

—Antes de discutir el método, doctor Amadiro, debo explicarle que en ciertos aspectos la cuestión de si la destrucción es físicamente posible, depende de usted.

—¿De mí?

—Sí —dijo Mandamus con firmeza—. De usted. ¿Por qué iba a venir yo a contarle esa larga historia sino para persuadirle de que sé muy bien de lo que estoy hablando, y esté dispuesto a cooperar conmigo de la manera que sea esencial para mi éxito?

Amadiro respiró profundamente:

—Y si yo me negara, ¿alguien más serviría a su propósito?

—Si se niega, podría dirigirme a otros. ¿Se niega usted?

—Puede que no, pero me pregunto lo esencial que soy para usted.

—La respuesta es, no tan esencial como lo soy yo para usted. Usted debe cooperar conmigo.

—¿Debo?

—Me gustaría que lo hiciera, si lo prefiere dicho de este modo. Pero si quiere que Aurora y los espaciales triunfen ahora y para siempre sobre la Tierra y los colonizadores, entonces sí debe cooperar conmigo, le guste o no el planteamiento.

—Dígame qué es, exactamente, lo que debo hacer.

—Para empezar, dígame si es o no verdad que el Instituto diseñó y construyó robots humanoides.

—Sí, lo hicimos. Cincuenta en conjunto. Eso fue hace unas quince o veinte décadas.

—¿Tanto tiempo? ¿Y qué ocurrió con ellos?

—Fallaron —contestó Amadiro, indiferente.

Mandamus se recostó en la silla con expresión horrorizada.

—¿Fueron destruidos?

Amadiro enarcó las cejas:

—¿Destruidos? Nadie destruye nunca robots costosos. Están almacenados. Se les retiraron las unidades de energía y se les dejó una batería especial de microfusión de larga duración en cada uno de ellos para mantener mínimamente vivos los circuitos positrónicos.

—Así que ¿pueden ser devueltos a la acción total?

—Estoy seguro de que sí.

La mano derecha de Mandamus tamborileó un ritmo controlado sobre el brazo de su butaca. Luego dijo, sombrío:

—Entonces, podemos ganar.

EL PLAN Y LA HIJA

46

Hacía mucho tiempo desde que Amadiro pensara en los robots humanoides. Era un pensamiento doloroso y, no sin dificultad, se había esforzado por mantener su mente alejada de aquel tópico. Y ahora, inesperadamente, Mandamus lo había sacado a colación.

El robot humanoide fue la carta de triunfo de Fastolfe en aquellos lejanos días en que Amadiro estuvo a un milímetro de hacerse con el juego, con el triunfo y con todo. Fastolfe había diseñado y construido dos robots humanoides (de los cuales todavía existía uno) y nadie más pudo construir ninguno. El equipo completo del Instituto de Robótica, trabajando conjuntamente, no pudo o no supo construirlos.

Todo lo que Amadiro pudo salvar de su gran derrota había sido la carta de triunfo. Fastolfe se vio obligado a hacer pública la naturaleza del diseño humanoide.

Esto significaba que podían construirse los humanoides y fueron construidos, pero he aquí que no los quisieron. Los auroranos no los admitieron en su sociedad.

La boca de Amadiro se torció con la amargura del recordado disgusto. La historia de la mujer solariana que había utilizado sexualmente a Jander, uno de los robots humanoides de Fastolfe, había trascendido de uno u otro modo. En teoría los auroranos no tenían nada que objetar a tal situación. No obstante, cuando dejaron de pensar en ello, a las mujeres auroranas no les

gustó la idea de tener que competir con mujeres robots. Ni los auroranos quisieron competir con hombres robots.

El Instituto se había esforzado al máximo en explicar que los robots humanoides no estaban destinados a Aurora, sino que iban a servir de pioneros, como la oleada inicial que, en un futuro, sembraría y adaptaría nuevos planetas habitables, para que los ocuparan auroranos después de que fueran terraformados.

También eso fue rechazado, al crecer las sospechas y objeciones. Alguien había llamado a los humanoides «la cuña inicial». La expresión se extendió y el Instituto se vio obligado a abandonar.

Amadiro, testarudo, insistió en guardar los ya existentes para un futuro uso, para una utilización que jamás se había materializado.

¿Por qué tanta objeción a los humanoides? Amadiro sintió un leve renacer de la irritación que casi había envenenado su vida en aquellas décadas. El propio Fastolfe, aunque de mala gana, aceptó apoyar el proyecto y, para hacerle justicia, así lo hizo, aunque sin la dedicación que prestaba a los asuntos que le llegaban al corazón… Pero no había servido de nada. Y sin embargo…, ¡si Mandamus tuviera de verdad un proyecto *in mente* que pudiera ponerse en práctica y necesitara los robots! A Amadiro no le gustaban demasiado expresiones tales como:

«Era mejor así». «Tenía que ser». Pero solamente con un gran esfuerzo lograba no pensar, mientras el ascensor les bajaba a un punto muy por debajo del nivel de la calle, el único lugar de Aurora que pudiera parecerse, aunque en una mínima proporción, a las fabulosas Cuevas de Acero de la Tierra.

Mandamus salió del ascensor obedeciendo a un gesto de Amadiro y se encontró en un corredor débilmente iluminado. Hacía frío y había una ligera ventilación. Se estremeció. Amadiro se reunió con él. A cada uno le seguía un robot.

—Poca gente viene aquí —observó Amadiro con indiferencia.

—¿A qué profundidad nos encontramos? —preguntó Mandamus.

—A unos quince metros. Hay varios niveles. En éste es donde están almacenados los robots humanoides.

Amadiro se detuvo de pronto, como si pensara, luego se dirigió decidido hacia la izquierda.

—Por aquí.

—¿No hay letreros indicadores?

—Como ya le he dicho, no viene mucha gente por aquí. Y los que vienen ya saben dónde deben ir para encontrar lo que necesitan.

Mientras hablaba, llegaron a una puerta de aspecto sólido y formidable a la tenue luz; a un lado y otro había un robot. No eran humanoides.

Mandamus los miró críticamente y dijo:

—Son modelos sencillos.

—Muy sencillos. No creerá usted que íbamos a desperdiciar algo complicado para guardar una puerta.

Amadiro alzó la voz, pero la mantuvo sin inflexiones:

—Soy Kelden Amadiro.

Los ojos de ambos robots relucieron fugazmente. Avanzaron un paso, alejándose de la puerta, que se abrió silenciosamente, hacia arriba. Amadiro indicó a su acompañante que entrara y al pasar junto a los robots, dijo lentamente:

—Déjenla abierta y ajusten la luz a las necesidades personales.

—No creo que nadie pueda entrar aquí —observó Mandamus.

—Por supuesto que no. Estos robots reconocen mi fisonomía y la grabación de mi voz: ambas son necesarias antes de abrir la puerta. —Hablando para sí, añadió—: En los mundos espaciales no se necesitan cerraduras, ni llaves, ni combinaciones de ningún tipo. Los robots nos guardan siempre y con fidelidad.

—A veces he pensado que si algún aurorano se apoderara de uno de esos desintegradores que parecen llevar los colonizadores para ir a cualquier parte, las puertas cerradas no le detendrían. Podría destruir los robots en un instante y luego ir a donde quisiera y hacer lo que le pareciera.

Amadiro le lanzó una mirada furiosa.

—¿Para qué querría un espacial servirse de semejante arma en un mundo espacial? Vivimos nuestras vidas sin armas y sin violencias. ¿No comprende que por eso es por lo que he dedicado mi vida a la derrota y destrucción de la Tierra y sus envenenados engendros? Sí, tuvimos

violencia en otros tiempos, pero de eso hace muchos años. Cuando los mundos espaciales se establecieron por primera vez y aún no nos habíamos desprendido del veneno de la Tierra, de donde procedíamos, y antes de que hubiéramos aprendido el valor de la seguridad robótica.

»¿Acaso la paz y la seguridad no valen la pena de luchar por ellas? Mundos sin violencia. ¡Mundos en los que domina la razón! ¿Estuvo bien que nosotros entregáramos montones de mundos habitables a bárbaros de vida breve que, como usted dice, llevan desintegradores adonde quiera que vayan?

—Y no obstante —murmuró Mandamus—, está dispuesto a emplear la violencia para destruir la Tierra.

—La violencia, si es breve y por una causa justificada, es el precio que probablemente tendremos que pagar para poner fin, y para siempre, a la violencia.

—Soy lo suficientemente espacial —dijo Mandamus— como para desear que incluso esta violencia sea minimizada.

Habían entrado ya en una estancia grande y cavernosa y, en el momento de entrar, las paredes y el techo cobraron vida gracias a una luz difusa que no deslumbraba.

—Bien, ¿es esto lo que desea, doctor Mandamus? —preguntó Amadiro.

Mandamus miró a su alrededor, estupefacto. Al fin, consiguió exclamar:

—¡Increíble!

Allí había un firme regimiento de seres humanos con un poco más de vida en ellos de lo que unas estatuas hubieran mostrado, pero con bastante menos vida de la que un ser humano dormido hubiera evidenciado.

—Están de pie —murmuró Mandamus.

—Así ocupan menos espacio. Es obvio.

—Pero llevan de pie unas quince décadas. No puede ser que todavía estén en condiciones de funcionar. Seguro que sus articulaciones están heladas, sus órganos muertos.

Amadiro se encogió de hombros.

—Quizá. Si sus articulaciones se han deteriorado, y esto es algo que no se puede descartar, creo que pueden reemplazarse en caso de que sea necesario. Todo depende de que haya un motivo para hacerlo.

—Habría un motivo —dijo Mandamus. Paseó la mirada de una a otra cabeza. Miraban fijamente, aunque en direcciones ligeramente diferentes y esto les daba un aspecto inquietante, como si estuvieran a punto de romper filas.

Mandamus prosiguió:

—Cada uno tiene un aspecto distinto y se diferencian en altura, corpulencia y otros detalles.

—Sí. ¿Le sorprende? Nos proponíamos que éstos, junto con los que pudiéramos construir, fueran los pioneros del desarrollo de nuevos mundos. Para que lo hicieran debidamente, queríamos que fueran tan humanos como fuera posible, lo que significaba hacerlos tan individualizados como los auroranos. ¿No le parece sensato?

—Totalmente, y me alegro de que así sea. He leído todo lo que he podido sobre los dos protohumaniformes que el propio Fastolfe construyó… Daneel Olivaw y Jander Panell. He visto los hológrafos de ambos y parecen idénticos.

—Sí —respondió Amadiro, impaciente—. No solamente idénticos sino que cada uno es virtualmente una caricatura de lo que se considera el espacial ideal. Éste fue el romanticismo de Fastolfe. Estoy seguro de que hubiera creado una raza de robots humanoides intercambiables, de ambos sexos, poseyendo una belleza etérea, o lo que él creía serlo, que los hacía absolutamente inhumanos. Fastolfe puede ser un robotista brillante, pero fue un hombre increíblemente estúpido.

Y Amadiro sacudió la cabeza. Haber sido vencido por un hombre tan increíblemente estúpido, pensó… pero al momento alejó tal pensamiento. No había sido vencido por Fastolfe, sino por aquel infernal hombre de la Tierra. Sumido en sus pensamientos, no oyó la siguiente pregunta de Mandamus.

—Perdóneme —murmuró ligeramente irritado—. Le pregunté, «¿los diseñó usted, doctor Amadiro?».

—No, por una curiosa coincidencia, que me asombra por su peculiar ironía: éstos fueron diseñados por la hija de Fastolfe, Vasilia. Es tan brillante como él y mucho más inteligente. Puede que sea ésta una de las razones por las que nunca se llevaron bien.

—He oído la historia referente a ellos —empezó Mandamus.

—Yo también he oído la historia —le hizo callar Amadiro—, pero no importa. Basta con que ella realice muy bien su trabajo y de que no haya el menor peligro de que simpatice con alguien que, pese al accidente de que se trate de su padre biológico, es y debe seguir siendo para siempre odioso y ajeno a ella. Incluso, ¿sabe que se hace llamar Vasilia Aliena?

—Lo sé. ¿Tiene usted registrados los esquemas cerebrales de estos robots humanoides?

—Naturalmente.

—¿Para cada uno de ellos?

—Claro.

—¿Y puedo verlos?

—Si hay una buena razón para ello.

—La habrá —contestó con firmeza Mandamus—. Puesto que estos robots fueron diseñados para actividades pioneras, ¿puedo asumir que están equipados para explorar un mundo y enfrentarse a condiciones primitivas?

—Es más que evidente.

—Perfecto. Pero puede que tengan que sufrir alguna modificación. ¿Supone que Vasilia Fast… Aliena, querrá ayudarme, si fuera necesario? Es obvio que debe estar más familiarizada con los esquemas cerebrales.

—En efecto. No obstante, ignoro si estaría dispuesta a ayudarle. Sé que en este momento es físicamente imposible, porque no se encuentra en Aurora.

Mandamus pareció sorprendido y disgustado.

—¿Dónde está pues, doctor Amadiro?

—Ya ha visto los humaniformes y no quiero exponerme más a este ambiente desagradable. Me ha tenido esperando más que suficiente y no debe quejarse si yo le hago esperar ahora. Cualquier otra pregunta que quiera formularme, vamos a contestarla a mi despacho.

47

Una vez en el despacho, Amadiro demoró las cosas.

—Espéreme aquí —dijo tajante, y salió.

Mandamus esperó, envarado, poniendo sus pensamientos en orden, preguntándose cuándo volvería Amadiro… o si volvería. ¿Iba a ser detenido o simplemente echado? ¿Se había cansado Amadiro de esperar la explicación?

Mandamus se negaba a creerlo. Había conseguido una clara idea del desesperado deseo de Amadiro de saldar una vieja cuenta. Parecía evidente que Amadiro no se cansaría de escuchar, siempre y cuando creyera que había la menor posibilidad de que Mandamus hiciera posible la venganza.

Mientras miraba distraído el despacho de Amadiro, Mandamus se preguntó si entre las fichas computarizadas que tenía casi al alcance de la mano habría alguna información que pudiera serle útil. Sería conveniente no tener que depender directamente de Amadiro para todo.

La idea era totalmente inútil. Mandamus desconocía la clave de entrada de las fichas y, aun sabiéndola, había allí varios de los robots personales de Amadiro, en sus hornacinas, que lo pararían si daba el menor paso hacia cualquier cosa que estuviera marcada en sus mentes como «delicada». Incluso sus propios robots lo pararían.

Amadiro tenía razón. Los robots eran tan útiles, eficientes e incorruptibles, como guardianes que detectaran la simple idea de algo criminal, ilegal o solamente turbio, algo que a nadie se le ocurriera sospechar. La tendencia de por sí atrofiada, por lo menos contra otros espaciales. Se preguntó cómo podían arreglárselas los colonizadores sin robots. Mandamus trató de imaginar choques de personalidades humanas, sin defensas robóticas que amortiguaran la interacción, sin ninguna presencia robótica que les diera una sensación de seguridad y les obligara, sin darse cuenta en la mayoría de las veces, a conformarse con el debido código de moralidad.

Dadas las circunstancias, era imposible para los colonizadores ser otra cosa que bárbaros, y no se les podía dejar la Galaxia. Amadiro tenía razón en aquello y la había tenido siempre, mientras que Fastolfe estaba en el más absoluto error.

Mandamus asintió, como si se hubiera persuadido otra vez de la absoluta corrección de lo que estaba planeando. Suspiró y deseó que

aquello no fuera necesario. Luego se dispuso a repasar, una vez más, la razón que le demostraba que sí era necesario. Amadiro volvió a entrar. Amadiro aún tenía un aspecto impresionante, aunque estaba a un año de cumplir veintiocho décadas. Era, en mucho, lo que un espacial tenía que ser y parecer, excepto por la desgraciada deformación de su nariz. Amadiro le dijo:

—Siento haberle hecho esperar, pero tenía un asunto del que ocuparme. Soy el jefe del Instituto y esto comporta unas responsabilidades.

—¿Puede decirme dónde se encuentra la doctora Vasilia Aliena? Así podré describirle mi proyecto sin más retraso.

—Está de viaje. Va a visitar a cada uno de los mundos espaciales para averiguar en qué punto están respecto de la investigación robótica. Cree que, aunque el Instituto de Robótica se fundó para coordinar la investigación individual en Aurora, la coordinación interplanetaria favorecía la causa. En realidad, una gran idea.

Mandamus rió con desgana, y comentó:

—No le dirán nada. Dudo que algún mundo espacial quiera cederle a Aurora más poder del que ya tiene.

—No esté demasiado seguro. La situación colonizadora nos ha desbaratado a todos.

—¿Sabe dónde se encuentra ahora?

—Tenemos su itinerario.

—Hágala regresar, doctor Amadiro.

Amadiro frunció el entrecejo.

—Dudo que resulte fácil hacerlo. Quiere estar lejos de Aurora hasta que muera su padre.

—¿Por qué? —preguntó Mandamus, sorprendido.

—No lo sé, ni me importa. Pero lo que sí sé es que a usted se le ha terminado el tiempo. ¿Lo comprende? Vaya al grano o márchese.

Señaló, sombrío, la puerta y Mandamus comprendió que la paciencia del otro ya no podía aguantar más.

—Está bien —dijo Mandamus—. Hay aún un tercer punto por el que la Tierra es única.

Habló con facilidad y precisión, como si estuviera exponiendo algo que había ensayado con frecuencia y pulido minuciosamente con el único fin de presentárselo a Amadiro. Y Amadiro se fue encontrando cada vez más absorto ¡Era perfecto! Amadiro experimentó un tremendo alivio. Había acertado al asumir que el joven no era un loco. Estaba perfectamente cuerdo.

Vio el triunfo. Saldría bien. Naturalmente, el punto de vista del joven, tal como estaba planteado, se apartaba un poco del camino que Amadiro creía que debía seguir, pero eso se corregiría si era preciso.

Las modificaciones eran siempre posibles. Y cuando Mandamus terminó, Amadiro dijo con una voz que se esforzaba por mantener firme:

—No necesitamos a Vasilia. En el Instituto disponemos de expertos para poder empezar en seguida. Doctor Mandamus —en su voz se notaba un nuevo tono respetuoso—, deje que todo se desarrolle tal como está planeado; creo que saldrá bien, y será usted Director del Instituto en el momento en que yo sea Presidente del Consejo.

Mandamus sonrió brevemente, mientras Amadiro se recostaba en su butaca y, con la misma brevedad, se permitía contemplar el futuro con satisfacción y confianza, algo que no había podido hacer en el curso de veinte largas y agotadoras décadas.

¿Cuánto tiempo les llevaría? ¿Décadas? ¿Una década? ¿Parte de una década?

Poco tiempo. Poco tiempo. Debían acelerarlo por todos los medios a fin de que pudiera vivir para ver aquel viejo acuerdo anulado y él, Señor de Aurora y, por lo tanto, de los mundos espaciales (con la Tierra y los mundos de los colonizadores, condenados) incluso señor de la Galaxia, antes de morir.

48

Cuando el doctor Han Fastolfe murió, siete años después de que Amadiro y Mandamus se conocieran y empezaran su proyecto, la hiperonda proclamó la noticia con fuerza explosiva hasta el último rincón de los mundos

ocupados. Mereció la mayor atención en todas partes. En los mundos espaciales era importante porque Fastolfe había sido el hombre más poderoso de Aurora, y por lo tanto de la Galaxia, por más de veinte décadas. En los mundos de los colonizadores y en la Tierra, fue importante porque había sido un amigo, todo lo que un espacial podía serlo, y ahora la cuestión era saber si cambiaría la política espacial y, de ser así, cómo cambiaría.

La noticia llegó también a Vasilia Aliena, y le agravó la amargura que había empañado sus relaciones con su padre biológico casi desde el principio. Se había mentalizado para no sentir nada el día en que muriera y, sin embargo, no quiso encontrarse en el mismo mundo donde él estuviera al ocurrir la muerte. No quería oír las preguntas que se le harían por todas partes, pero más frecuentes y más hirientes en Aurora.

La relación padre-hijo entre los espaciales era débil y hasta indiferente. Con la longevidad, era natural. Tampoco nadie se interesaría por Vasilia en este aspecto, excepto porque Fastolfe era un jefe de partido siempre eminente y Vasilia una igualmente destacada partidaria del otro bando. Era desastroso. Se había tomado la molestia de hacer de Vasilia Aliena su nombre legal, poniéndolo en todos los documentos, en todas las entrevistas, en cualquier tipo de trato. No obstante, sabía con seguridad que la mayoría de la gente pensaba en ella como en Vasilia Fastolfe. Era como si nada pudiera borrar aquel parentesco totalmente sin sentido, de modo que tenía que conformarse con que se la llamara únicamente por su nombre, que, por lo menos, era poco corriente.

Y esto también parecía relacionar su imagen con la mujer solariana que, por razones totalmente distintas renegó de su primer marido, como Vasilia renegó de su padre. La mujer solariana tampoco podía vivir con su primer apellido y terminó también con su nombre: Gladia.

Vasilia y Gladia, desplazadas, renegadas… Incluso se parecían. Vasilia echó una mirada al espejo del camarote de su nave. Hacía mucho tiempo que no había visto a Gladia, pero estaba segura de que el parecido perduraba. Ambas eran menudas y esbeltas. Ambas eran rubias y sus rostros muy parecidos.

Pero era Vasilia la que siempre perdía y Gladia la que siempre ganaba. Cuando Vasilia dejó a su padre y lo borró de su vida, él encontró a Gladia: ella era la flexible y pasiva hija que él quería, la hija que Vasilia jamás podría ser. Pero Vasilia, pese a todo, estaba amargada. Era una especialista en robótica, tan competente y hábil, por lo menos, como había sido el propio Fastolfe, mientras que Gladia era solamente una artista que se divertía coloreando los campos magnéticos y con la fantasía de la indumentaria robótica. ¿Cómo podía Fastolfe sentirse satisfecho perdiendo a una y ganando, a cambio, a la otra que no era nada?

Y cuando aquel policía de la Tierra, Elijah Baley, llegó a Aurora, logró que Vasilia revelara de sus pensamientos y de sus sentimientos más de lo que jamás confiara a nadie. Con Gladia, sin embargo, fue todo dulzura y la ayudó, a ella y a su protector Fastolfe a ganar, contra todo lo previsto aunque hasta aquel mismo día Vasilia no pudo comprender claramente cómo pudo ocurrir.

Fue Gladia la que estuvo junto a la cama de Fastolfe durante su enfermedad, la que había tenido su mano entre las suyas hasta el final, y la que había oído sus últimas palabras. Por qué se sentía Vasilia resentida, no lo comprendía, porque ella, en ningún caso hubiera reconocido la existencia del anciano hasta el extremo de acompañarle en su paso a la noexistencia en un sentido absoluto, más que subjetivo; no obstante, estaba rabiosa por la presencia de Gladia.

«Es lo que siento —se dijo retadora—, y no debo explicaciones a nadie».

Y había perdido a Giskard. Giskard había sido su robot, su robot personal de cuando era jovencita, el robot cedido por un padre que parecía afectuoso. A través de Giskard aprendió robótica y por él sintió un sincero afecto. De niña, no especuló nunca sobre las tres leyes ni se ocupó con la filosofía del automatismo positrónico. Giskard parecía afectuoso, se comportaba como si lo fuera, y esto bastaba para una niña. Jamás encontró tanto afecto en un ser humano y, por supuesto, no en su padre.

Hasta aquel día, no había sido tan débil como para llegar al extremo de jugar al imbécil juego del amor con nadie. Su amargura por la pérdida de

Giskard le había enseñado que cualquier ganancia inicial no compensaba la pérdida final.

Cuando abandonó su casa, renegando de su padre, él no dejó que Giskard fuera con ella, aunque, en el transcurso de su reprogramación, lo había mejorado infinitamente. Y cuando murió su padre, legó Giskard a la mujer solariana. También le había dejado Daneel, pero a Vasilia no le interesaba aquella pálida imitación de hombre. Quería a Giskard, que era suyo. Vasilia viajaba ahora de regreso a Aurora. Su viaje había terminado, y los motivos del mismo habían acabado, en realidad, meses atrás, pero se quedó en Hésperos porque necesitaba un descanso y así lo había notificado al Instituto. Pero ahora que Fastolfe ya había muerto podía regresar. Y aunque no pudiera cambiar todo el pasado, sí podría cambiar parte del mismo. Giskard volvería a ser suyo.

Estaba decidida a conseguirlo.

49

Amadiro era ambivalente en cuanto a su reacción al regreso de Vasilia. No había regresado hasta que el viejo Fastolfe (podía pronunciar su nombre fácilmente ahora que estaba muerto) llevaba un mes en su sepultura. Esto le halagaba en su opinión sobre sí mismo. Después de todo, había contado a Mandamus que el motivo de que ella permaneciera alejada de Aurora era porque no quería volver hasta que su padre hubiera muerto. Luego, Vasilia era diáfana. Carecía de la exasperante cualidad de Mandamus, su nuevo favorito, de parecer que siempre guardaba otra idea sin expresar, bien escondida, por más que pareciera haber descargado por completo el contenido de su mente.

Por el contrario, ella era desagradablemente difícil de controlar, de seguir sin discutir el camino que él le indicara. Era capaz de indagar hasta el fondo sobre los espaciales de otros mundos, durante los años que había pasado lejos de Aurora, pero también de interpretarlo todo de forma oscura y enigmática.

Así que la recibió con un entusiasmo que era un intermedio entre simulado y sincero.

—Vasilia, me alegro de volver a tenerte entre nosotros. El Instituto vuela con una sola ala cuando tú no estás.

Vasilia se echó a reír.

—Vamos, Kelden… —Solamente ella no se sentía inhibida, ni vacilaba, llamándole por su nombre, aunque contaba dos décadas y media menos que él—. La única ala que queda es la suya, y ¿cuánto tiempo ha transcurrido desde que dejó de estar seguro de que con su única ala había suficiente?

—Desde que decidiste alargar a años tu ausencia. ¿Has encontrado Aurora muy cambiado en este tiempo?

—En absoluto…, lo que tal vez debiera preocuparnos. No cambiar equivale a decadencia.

—Una paradoja. No hay decadencia sin un cambio a peor.

—Kelden, el hecho de no cambiar es un cambio a peor, si lo comparamos con los vecinos mundos de los colonizadores. Cambian rápidamente, extendiendo su control a otros muchos mundos y sobre cada mundo individualmente y por completo. Aumentan su fuerza, su poder y su seguridad, mientras nosotros estamos sentados soñando y descubriendo cómo nuestro invariable poderío disminuye poco a poco en comparación.

—¡Maravilloso, Vasilia! Tengo la impresión de que lo has memorizado cuidadosamente durante tu vuelo hacia aquí. Sin embargo, ha habido un cambio en la situación política de Aurora.

—Se refiere a que mi padre biológico ha muerto.

Amadiro abrió los brazos con una pequeña inclinación de cabeza.

—Tú lo dices. Él fue, en gran parte, responsable de nuestra parálisis, y se ha ido así que imagino que ahora habrá cambios, aunque no necesariamente visibles.

—Tiene secretos para mí, ¿no es cierto?

—¿Crees que lo haría?

—Estoy segura. Esa falsa sonrisa suya le delata siempre.

—Entonces, debo aprender a mostrarme grave contigo… Ven, tengo tu informe. Dime ahora lo que no has incluido en él.

—Está todo incluido… Bueno, casi todo. Cada mundo espacial declara con vehemencia que le molesta la arrogancia colonizadora. Cada uno en particular está firmemente decidido a resistir a los colonizadores hasta el fin, siguiendo con entusiasmo el liderazgo de Aurora, con vigor y valentía, para desafiar a la muerte.

—Seguir nuestro liderazgo, sí. ¿Y si no les proporcionamos un líder?

—Entonces, esperarán y tratarán de arreglarse al no verse dirigidos por nosotros. De lo contrario… Bueno, todos están dedicados al avance tecnológico y se muestran reacios a revelar lo que están haciendo exactamente. Cada uno trabaja independientemente y ni siquiera se unifican entre ellos. No hay ni un solo equipo de investigación, en ninguno de los mundos, que se parezca a nuestro Instituto de Robótica. Cada mundo está lleno de investigadores individuales, y cada investigador guarda celosamente sus propios trabajos para que no los vean los demás.

Amadiro se mostró casi complaciente al decir:

—No esperaba que hubieran adelantado tanto como nosotros.

—Y es malo que no lo hayan hecho —replicó Vasilia cortante—. Con todos los mundos espaciales llenos de individualistas, el progreso es demasiado lento. Los colonizadores se reúnen regularmente en convenciones, tienen sus propios institutos, y aunque de momento quedan lejos de nosotros… nos alcanzarán. Así y todo, he conseguido descubrir unos cuantos adelantos tecnológicos logrados en los mundos espaciales y están todos consignados en mi informe. Todos ellos trabajan en el intensificador nuclear, por ejemplo, pero no creo que este artilugio haya llegado más allá del nivel de demostración en el laboratorio, en ninguno de los mundos. Algo que aún no está aquí si resultara práctico a bordo de las naves.

—Ojalá estés en lo cierto en esto, Vasilia. El intensificador nuclear es un arma que vendría muy bien a nuestra flota, porque acabaría de una vez con los colonizadores. Pero pienso que, en general, sería mejor que Aurora poseyera un arma antes que sus hermanos espaciales… Pero dijiste que estaba incluido en tu informe casi todo. He oído ese casi. ¿Qué es lo que no está incluido?

—¡Solaria!

—Ah, el más joven y más peculiar de los mundos espaciales.

—Casi no pude sacarles nada, directamente. Me vieron con absoluta hostilidad, como verían a cualquier no-solariano, ya fuera espacial o colonizador. Y cuando digo «vieron», lo digo en el verdadero sentido de la palabra. Permanecí casi un año en su mundo, mucho más tiempo que en cualquier otro, y en todos esos meses jamás «vi» a un solo solariano cara a cara. En todos los casos le miré a él o a ella, en holograma por hiperonda. Nunca traté con nada tangible, solamente imágenes. El mundo era cómodo, en realidad increíblemente lujoso y para un amante de la naturaleza totalmente intacto, ¡ah, pero cómo eché de menos «ver»!

—Bueno, la visión es una costumbre solariana. Todo el mundo lo sabe, Vasilia. Vive y deja vivir.

—¡Bah! —rezongó Vasilia—. Su tolerancia puede estar fuera de lugar. ¿Están sus robots en posición de no-repetición?

—En efecto. Y te aseguro que nadie nos está escuchando.

—Así lo espero, Kelden. Tengo una muy clara impresión de que los solarianos están a punto de lograr un intensificador nuclear miniatura antes que los otros mundos, antes que nosotros. Tal vez lo consigan portátil y capaz de funcionar con un mínimo consumo de energía, lo suficientemente pequeño para que resulte práctico en naves espaciales.

Amadiro frunció profundamente el entrecejo.

—¿Cómo lo han conseguido?

—No podría decirlo. No supondrá que me enseñaron los planos, ¿verdad? Mis impresiones son tan incipientes que no me atreví a ponerlas en el informe, pero por lo poco que he oído aquí… u observado allí… creo que están haciendo progresos importantes. Esto es algo en lo que deberíamos pensar cuidadosamente.

—Lo haremos. ¿Hay algo más que quieras decirme?

—Sí, y tampoco consta en el informe. Solaria lleva varias décadas trabajando en robots humanoides y creo que esta meta, por lo menos la han alcanzado. Ningún otro mundo espacial, excepto nosotros, ha intentado siquiera el asunto. Cuando fui preguntando, en cada mundo, qué estaban haciendo respecto de los robots humanoides, la reacción fue unánime.

Encontraban el concepto horripilante y desagradable. Sospecho que todos ellos habían observado nuestro fracaso y les había llegado al alma.

—Pero Solaria, no. ¿Por qué?

—En primer lugar, siempre habían vivido en la sociedad más robotizada de la Galaxia. Están rodeados de robots: diez mil por individuo. El mundo está saturado de ellos. Si pasearas por él, sin rumbo fijo, en busca de humanos, no encontrarías a nadie. Así, ¿por qué unos pocos solarianos viviendo en semejante mundo, iban a inquietarse por unos cuantos robots de más, sólo porque son humanoides? También está ese desgraciado engendro pseudohumano diseñado por Fastolfe y construido por él y que todavía existe…

—Daneel —dijo Amadiro.

—Sí, ése. Él… Bueno, estuvo en Solaria hace veinte décadas y los solarianos lo trataron como a un humano. No se han recuperado aún del sofoco. Aunque no les importaban los humanoides, se sentían humillados por haber sido engañados. Fue una inolvidable demostración de que Aurora estaba muy por delante de ellos en esa faceta de robótica, por lo menos. Los solarianos se sienten excesivamente orgullosos de ser los más avanzados roboticistas de la Galaxia y, desde siempre, han estado trabajando individualmente en los humaniformes, aunque sólo sea para borrar aquella vergüenza. De haber sido más, o de haber tenido un Instituto que coordinara su trabajo, indudablemente los habrían producido hace mucho tiempo. En todo caso, creo que ahora ya lo han conseguido.

—Pero no estás segura, ¿verdad? Esto no es más que una sospecha basada en indicios recogidos aquí y allá.

—Exactamente, pero es una sospecha muy sólida y que merece una mayor investigación. En tercer lugar, juraría que están trabajando en comunicación telepática. Había cierto equipo que, imprudentemente, me dejaron ver. Y una vez que tuve a la vista uno de sus roboticistas, la pantalla de la hiperonda dejó entrever una pizarra en la que se veía una matriz de diseño positrónico, que no se parecía a nada de lo que recuerdo haber visto en mi vida y, no obstante, me pareció que el trazado podía encajar con un programa telepático.

—Sospecho, Vasilia, que este dato está hecho de mucha más fantasía que lo de los robots humanoides.

Una expresión de ligero embarazo cruzó por el rostro de Vasilia:

—Debo confesar que tal vez en esto tenga razón.

—La verdad, Vasilia, es que me suena a mera fantasía. Si el trazado que creíste ver no era como nada de los que recuerdas haber visto jamás, ¿cómo pudiste pensar que podía encajar con algo?

—A decir verdad —murmuró Vasilia, indecisa—, yo también me lo he estado preguntando. Sin embargo, cuando lo vi, la palabra «telepatía» saltó de pronto en mi mente.

—Aunque la telepatía sea imposible, incluso en teoría.

—Se cree imposible, incluso en teoría. Y eso no es exactamente lo mismo.

—Nunca nadie ha sido capaz de progresar en ello.

—De acuerdo, pero ¿por qué al ver el trazado, se me ocurrió la palabra «telepatía»?

—Ah, en este caso, Vasilia, puede haber un impulso psíquico personal que es inútil tratar de analizar. Yo lo olvidaría…, ¿algo más?

—Una cosa más, y la más desconcertante de todas. Entre un indicio y otro, recogí la impresión, Kelden, de que los solarianos se proponen abandonar su planeta.

—¿Por qué?

—No lo sé. Sus habitantes, por escasos que sean, van disminuyendo. Quizá quieran empezar de nuevo en alguna otra parte antes de desaparecer del todo.

—¿Qué clase de «empezar de nuevo»? ¿Adónde podrían ir?

Vasilia sacudió la cabeza.

—Le he dicho todo lo que sé.

—Está bien —dijo Amadiro lentamente—, lo tendré en cuenta. Cuatro cosas: intensificador nuclear, robots humanoides, robots telepáticos y abandono del planeta. Francamente, no creo en ninguna de las cuatro, pero persuadiré al Consejo para que autorice unas preguntas al regente de Solaria. Y, ahora, Vasilia, creo que necesitas un descanso, así que ¿por qué

no te tomas unas semanas libres y te acostumbras de nuevo al sol de Aurora y al buen tiempo, antes de volver al trabajo?

—Es muy amable por su parte, Kelden, pero quedan aún dos cosas que me gustaría tratar —declaró Vasilia sin levantarse.

Los ojos de Amadiro buscaron involuntariamente la cinta horaria:

—No te llevará mucho tiempo, ¿verdad, Vasilia?

—Me llevará todo el tiempo que sea necesario, Kelden.

—¿Qué es lo que quieres?

—Para empezar, ¿quién es ese joven sabelotodo que parece creer que dirige el Instituto, ése, cómo-se-llama, Mandamus?

—Ya se conocen, ¿verdad? —dijo Amadiro con una sonrisa que disimulaba cierta inquietud—. Como puedes ver, las cosas cambian en Aurora.

—Pero esta vez no para mejorar —repuso Vasilia, sombría—. ¿Quién es?

—Es exactamente lo que tú has descrito: un sabelotodo. Es un joven brillante, muy entendido en robótica, igualmente entendido en física general, química, planetología…

—¿Y qué edad tiene este monstruo de erudición?

—Algo menos de cinco décadas.

—¿Y qué será este jovencito cuando se haga mayor?

—Un hombre tan sabio como brillante, quizá.

—No simule no entender lo que pregunto, Kelden. ¿Está usted pensando en prepararle para ser el siguiente jefe del Instituto?

—Me propongo vivir aún varias décadas.

—Esto no es una respuesta.

—Es la única respuesta que tengo.

Vasilia se volvió inquieta en su asiento y su robot, de pie tras ella, dirigió sus ojos de un lado a otro como preparándose para esquivar un ataque… empujado a este comportamiento, quizá, por la inquietud de Vasilia. De pronto, declaró:

—Kelden, yo voy a ser la próxima directora. Está decidido. Así me lo prometió.

—Es cierto pero, en realidad, una vez que yo muera, Vasilia, la junta presidencial hará su elección. Incluso si dejara tras de mí un documento indicando quién debe ser el nuevo director, la Junta puede corregirme. Así está estipulado en el reglamento de fundación del Instituto.

—Redacte usted su documento, que de la Junta me encargaré yo.

Y Amadiro, con la frente mucho más fruncida, declaró:

—Esto es algo que no voy a seguir discutiendo de momento. ¿Cuál es la otra cosa que querías decirme? Por favor, sé breve.

Se quedó mirándolo, airada, por un instante, luego, como si mordiera las palabras, dijo:

—¡Giskard!

—¿El robot?

—Naturalmente. ¿Conoce usted a cualquier otro Giskard del que yo pueda hablarle?

—Bien, ¿de qué se trata?

—Es mío.

Amadiro pareció sorprendido.

—Es…, o era…, propiedad legal de Fastolfe.

—Giskard era mío cuando yo era pequeña.

—Fastolfe te lo prestó y eventualmente te lo retiró. No hubo transferencia formal de propiedad, ¿verdad?

—Era mío, moralmente. Pero, en todo caso, ya no pertenece a Fastolfe. Ha muerto.

—Pero hizo testamento. Y si recuerdo correctamente, por dicho testamento, dos robots, Giskard y Daneel, son ahora propiedad de la mujer solariana.

—Pero yo lo quiero. Yo soy la hija de Fastolfe…

—¿Eh?

—Tengo derecho a Giskard —insistió Vasilia, sofocada—. ¿Por qué una desconocida, una extranjera, va a tenerlo?

—En primer lugar, porque Fastolfe lo testó así. Y ella es ciudadana aurorana.

—¿Quién lo dice? Para todos los auroranos es «la mujer solariana».

Amadiro dio un puñetazo en el brazo de su butaca en un súbito acceso de cólera.

—Vasilia, ¿qué es lo que quieres de mí? La mujer solariana no me gusta. En realidad, me disgusta profundamente y si hubiera un medio de —miró a los robots, como deseoso de no inquietarles— sacarla del planeta, lo haría. Pero no puedo cambiar el testamento. Incluso si hubiera forma legal de hacerlo, que no la hay, no sería prudente. Fastolfe está muerto.

—Precisamente ésta es la razón por la que Giskard debería ser mío ahora.

Amadiro la ignoró.

—Y el partido que presidía está deshaciéndose. En las últimas décadas sólo lo mantenía unido su carisma personal. Ahora, lo que me gustaría es recoger los fragmentos de esa coalición y añadirlos a la mía. Así, podré reunir un grupo que sea lo suficientemente fuerte para dominar al Consejo y ganar el control de las próximas elecciones.

—¿Y ser usted el próximo presidente?

—¿Por qué no? Aurora podría elegir peor, porque me daría la oportunidad de revocar nuestra vieja política desastrosa antes de que sea demasiado tarde. Lo malo es que no tengo la popularidad de Fastolfe. No poseo su don de aparentar santidad como disfraz de estupidez. En consecuencia, si pareciera triunfar de un modo sórdido e injusto sobre un muerto, no quedaría bien. Nadie debe decir que, derrotado por Fastolfe mientras éste vivía, revoqué su testamento por despecho, una vez que hubo muerto. No quiero que algo tan ridículo como esto se interponga en el camino de las grandes decisiones de vida o muerte que debe tomar Aurora. ¿Lo comprendes? ¡Tendrás que renunciar a Giskard!

Vasilia se levantó, tiesa, con los ojos semicerrados.

—Ya lo veremos.

—Ya lo hemos visto. Esta reunión ha terminado y si ambicionas ser el director del Instituto, no quiero volver a oírte amenazarme por nada. Así que si te propones atacarme ahora, del modo que sea, te aconsejo que lo pienses bien.

—No lo amenazo —dijo Vasilia, con toda su expresión corporal contradiciendo sus palabras. Se marchó en un revuelo, después de indicar,

innecesariamente, a su robot que la siguiera.

50

La emergencia o, mejor dicho, la serie de emergencias, empezó unos meses después, cuando Maloon Cicis entró en el despacho de Amadiro para la habitual conferencia matutina. Ordinariamente, Amadiro le esperaba con satisfacción; Cicis era siempre un tranquilizante en el transcurso de un día ocupado. Era el único miembro del Instituto que no tenía ambiciones y que no calculaba sobre el día de la muerte o jubilación de Amadiro. Cicis era, de hecho, el subordinado perfecto. Era feliz siendo servicial y le encantaba contar con la confianza de Amadiro.

Por esta razón, Amadiro estaba entristecido, en el transcurso del último año, al notar un cierto deterioro, una ligera concavidad en el pecho, un toque de rigidez en los movimientos de su perfecto subordinado. ¿Acaso Cicis estaba envejeciendo? Solamente era unas pocas décadas mayor que Amadiro.

Amadiro sintió, con desagrado, que quizá junto con la degeneración gradual de tantas facetas de la vida espacial, la longevidad también fallaba. Se propuso mirar las estadísticas, pero siempre se olvidaba de hacerlo, o sentía un miedo inconsciente de hacerlo.

No obstante, en esta ocasión, el aspecto de vejez de Cicis se cubría de una violenta emoción. Su rostro estaba rojo (poniendo de relieve las canas de su cabello color bronce) y parecía estar virtualmente a punto de reventar de asombro.

Amadiro no tuvo siquiera que preguntar lo que ocurría. Cicis lo soltó como si se tratara de algo que no podía contener.

Cuando terminó de soltarlo, Amadiro dijo, estupefacto:

—¿Que todas las emisiones de radio han cesado? ¿Todas?

—Todas, jefe. Deben de haber muerto todos, o se han ido. Ningún mundo habitado podría evitar emitir alguna radiación electromagnética en nuestro nivel de…

Amadiro le mandó callar. Uno de los puntos de Vasilia, el cuarto, según recordó, había sido que los solarianos se estaban preparando para abandonar su mundo. Había parecido una sugerencia sin sentido; las cuatro habían parecido más o menos insensatas. Le dijo que lo tendría en cuenta y, naturalmente, no lo había hecho. Ahora, por lo visto, eso resultaba ser un error. ¿Por qué lo había considerado insensato cuando Vasilia había planteado el caso y seguía pareciéndole insensato? Se lo preguntaba ahora, como lo había preguntado entonces, aunque no esperaba ninguna respuesta. (¿Qué respuesta podía haber?).

—¿A qué parte del espacio pueden haber ido, Maloon?

—No hay respuesta para eso, jefe.

—Bien, pues, ¿cuándo se fueron?

—Tampoco la hay para eso. Hemos sabido la noticia esta mañana. Lo malo es que la intensidad radiacional es muy baja en Solaria. Hay muy pocos habitantes y los robots están bien protegidos. La intensidad es bastante más baja que la de cualquier otro mundo espacial; dos veces más baja que la nuestra.

—Así que un buen día alguien se dio cuenta de que era muy baja y de hecho había bajado a cero, pero en realidad nadie la captó mientras iba bajando. ¿Quién se dio cuenta?

—Una nave de Nexonia, jefe.

—¿Cómo?

—La nave se vio forzada a orbitar cerca del sol de Solaria a fin de llevar a cabo unas reparaciones urgentes. Pidieron permiso por hiperonda y no obtuvieron respuesta. No tenían otra opción que ignorarlo, continuar en órbita y llevar a cabo las reparaciones. En todo el tiempo no hubo la menor interferencia. Hasta mucho más tarde, cuando se hubieron alejado, comprobando sus datos, no descubrieron que no sólo no habían obtenido respuesta, sino que tampoco habían captado radiaciones de ningún tipo. No hay modo de averiguar exactamente cuándo cesó la radiación. El único comprobante recibido de cualquier mensaje desde Solaria, fue hace más de dos meses.

—¿Qué hay de los otros tres puntos? —masculló Amadiro.

—¿Cómo dice, jefe?

—Nada, nada —dijo Amadiro, pero permaneció ceñudo y profundamente abstraído.

EL ROBOT TELEPÁTICO

51

Mandamus no se enteró de lo ocurrido en Solaria hasta que regresó, unos meses más tarde, de un tercer y largo viaje a la Tierra. En su primer viaje, seis años atrás, Amadiro había conseguido con cierta dificultad enviarle como emisario acreditado de Aurora para discutir unos asuntos sobre una incursión de una nave mercantil en territorio espacial. Había tenido que soportar la ceremonia y aburrimiento burocráticos y quedó rápidamente patente que como tal emisario su actividad era muy limitada. Claro que, realmente, no importaba porque se había enterado de lo que deseaba saber. Regresó con la noticia.

—Dudo, doctor Amadiro, de que tengamos el menor problema. No hay forma, no hay forma posible de que los funcionarios de la Tierra puedan controlar salidas o entradas. Cada año millones de colonos visitan la Tierra procedentes de cualquiera de las docenas de mundos y cada año un igual número de millones de visitantes regresan a sus hogares. Cada colonizador parece sentir que la vida no es completa a menos que él o ella respire periódicamente el aire del planeta y pise sus abarrotados espacios subterráneos. Me imagino que buscan sus raíces. No parecen experimentar la absoluta pesadilla que es la existencia en la Tierra.

—Lo sé, Mandamus —dijo Amadiro fatigado.

—Sólo intelectualmente, señor. No puede comprenderse del todo hasta haberlo experimentado. Una vez logrado, encontrará que ninguno de sus

«conocimientos» le preparará en lo más mínimo para la realidad. No entiendo que alguien quiera regresar, una vez que haya sido…

—Nuestros antepasados no quisieron volver, después de haber abandonado el planeta.

—No —asintió Mandamus—, pero los vuelos interestelares no eran entonces tan avanzados como ahora. Solían llevar meses y el «salto» interespacial era peligroso. Ahora se tardan días y los «saltos» son rutinarios y nunca salen mal. Si hubiera sido tan fácil regresar a la Tierra en tiempo de nuestros antepasados como lo es ahora, me pregunto si nos hubiéramos desprendido como lo hicimos.

—No filosofe, Mandamus. Vayamos al grano.

—Por supuesto. Además de las idas y venidas de las interminables riadas de colonizadores, millones de gente de la Tierra salen cada año como emigrantes a uno u otro de los mundos colonizados. Algunos regresan casi inmediatamente, porque no han podido adaptarse. Otros crean nuevos hogares, pero vuelven con cierta frecuencia como visitantes. Es imposible controlar las salidas y entradas, y la Tierra ni siquiera lo intenta. Tratar de montar métodos sistemáticos para identificar y seguir la pista de los visitantes, podría entorpecer la abundancia de llegadas y la Tierra se da cuenta de que cada visitante trae dinero. El negocio turístico, si queremos llamarlo así, es, actualmente, su industria más provechosa.

—Creo entender que lo que me está diciendo es que podemos llevar los robots humanoides a la Tierra sin problemas.

—Sin el menor problema. Respecto de eso no me cabe la menor duda. Ahora que los tenemos debidamente programados, podemos mandarlos a la Tierra, en grupos de seis, con documentos falsificados. No podemos evitar su respeto robótico y su temor por los seres humanos, pero no creo que esto les descubra. Será interpretado como el temor y respeto habitual del colono hacia su planeta ancestral… Pero también creo que no debemos, de ningún modo, hacerles llegar a uno de los aeropuertos metropolitanos. Los grandes espacios entre ciudades están virtualmente desiertos excepto por primitivos robots obreros y las naves que lleguen allí pasarán inadvertidas… o por lo menos desatendidas.

—Me parece muy arriesgado —observó Amadiro.

51a

Dos grupos de robots humanoides fueron enviados a la Tierra y se mezclaron con los habitantes de la ciudad antes de dirigirse a las áreas deshabitadas y de comunicarse con Aurora por medio de hiperrayo resguardado.

Mandamus, después de pensarlo mucho y dudarlo largo tiempo propuso:

—Tendré que volver, señor. No puedo tener la seguridad de que hayan encontrado el punto preciso.

—¿Y está seguro de que usted conoce el punto preciso, Mandamus? —preguntó Amadiro sarcástico.

—He ahondado minuciosamente en la historia antigua de la Tierra, señor. Sé que puedo encontrarlo.

—No creo que pueda persuadir al Consejo para que le manden en una nave de guerra.

—Ni yo lo querría. Sería peor que inútil. Quiero una nave unipersonal, con suficiente energía para ir y volver.

Y de esta forma, hizo Mandamus su segundo viaje a la Tierra, bajando en una región cercana a una de las pequeñas ciudades. Con una mezcla de alivio y satisfacción, encontró varios de los robots en el punto preciso y se quedó con ellos para supervisar su trabajo, dar algunas órdenes a él relativas, y hacer unos delicados ajustes en su programación. Después, bajo la mirada desinteresada de unos primitivos robots agrícolas, formados en la Tierra, Mandamus se dirigió a la vecina ciudad.

Fue un riesgo calculado y Mandamus, que no era ningún héroe, sentía cómo el corazón le palpitaba con fuerza en el pecho. Pero salió bien. Hubo cierta sorpresa en la puerta de entrada cuando el funcionario vio que un humano se presentaba, mostrando todas las huellas de haber pasado mucho tiempo a la intemperie.

Mandamus llevaba papeles que le identificaban como a colonizador y el funcionario se encogió de hombros. A los colonos no les importaba la intemperie y era normal, entre ellos, hacer pequeñas excursiones por los campos y los bosques que rodeaban la poco sugestiva parte alta de una ciudad que brotaba del suelo.

El funcionario echó una mirada fugaz a sus papeles y nadie más volvió a pedírselos. El acento de Mandamus, ajeno al de la Tierra (tan poco aurorano como pudo hacerlo) se aceptó sin comentarios, y por lo que pudo intuir, nadie se preguntó si era o no un espacial. Pero ¿por qué iban a preguntárselo? Los tiempos en que los espaciales mantenían una avanzada en la Tierra, quedaban doscientos años atrás y los emisarios oficiales de los mundos del espacio eran pocos y, últimamente, cada vez menos. Los provincianos de la Tierra quizá ni recordaban que existieran espaciales.

A Mandamus le preocupaba que los guantes finísimos y transparentes que llevaba pudieran ser detectados o que sus filtros de nariz se notaran, pero no ocurrió nada. No hubo el menor impedimento en sus viajes a la capital ni a las demás ciudades. Disponía de bastante dinero y el dinero tenía mucha fuerza en la Tierra (y a decir verdad, también en los mundos espaciales). Se acostumbró a que ningún robot le pisara los talones y cuando se encontraba con alguno de los robots humanoides de Aurora en alguna de las ciudades, tenía que explicarle con firmeza que no debía seguirle.

Escuchó sus informes, les dio todo tipo de instrucciones que parecían necesitar y preparó la llegada de nuevas partidas de robots, fuera de las ciudades. Eventualmente, encontró el camino de regreso a su nave y se marchó. No fue interpelado al salir, como no lo había sido al llegar.

—La verdad —dijo, pensativo, a Amadiro—, esa gente de la Tierra no es tan bárbara.

—¿No lo es?

—En su propio mundo, se comportan como humanos. De hecho hay algo muy atractivo en su amistad.

—¿Acaso está empezando a lamentar la tarea que ha emprendido?

—Me produce una angustiosa sensación cuando circulo entre ellos y pienso que no saben lo que va a ocurrirles. No puedo disfrutar con lo que estoy haciendo.

—Claro que puede, Mandamus. Piense que una vez terminada la tarea estará seguro del puesto de director del Instituto antes de que transcurra mucho tiempo. Eso bastará para endulzarle el trabajo.

Y a partir de entonces, Amadiro no perdió de vista a Mandamus.

En el tercer viaje de Mandamus, se había disipado gran parte de su anterior inquietud y pudo comportarse casi como si fuera de la Tierra. El proyecto se desarrollaba lentamente pero sin cambios, a lo largo de la línea de progreso prevista.

No había tenido problemas de salud en sus anteriores visitas, pero en este tercero, debido tal vez a su exceso de confianza, debió de haberse expuesto en exceso. Durante cierto tiempo, por lo menos, experimentó un alarmante goteo de nariz, acompañado de tos. Una visita a uno de los dispensarios de la capital, terminó en una inyección de gammaglobulina que le alivió en seguida, pero encontró el dispensario más terrible que la enfermedad. Sabía que allí todo el mundo podía sufrir de algo contagioso; o podía encontrarse en peligroso contacto con los que estaban enfermos.

Pero ahora, por fin, estaba de regreso en la ordenada tranquilidad de Aurora y se sentía increíblemente agradecido por ello. Amadiro le estaba enterando de la crisis Solaria.

—¿No se había enterado de nada? —preguntó Amadiro.

Mandamus sacudió negativamente la cabeza:

—De nada, señor. La Tierra es un mundo increíblemente provinciano. Ochocientas ciudades con un total de ocho mil millones de habitantes… solamente interesados por las ochocientas ciudades con sus respectivas personas. Parece como si los colonizadores existieran solamente para visitar la Tierra y que los espaciales no existieran. En realidad, las noticias, en cualquiera de las ciudades, tratan, un noventa por ciento de las veces, de la capital. La Tierra es un mundo cerrado, claustrófilo, tanto mental como físicamente.

—Sin embargo, dice usted que no son bárbaros.

—La claustrofobia no es necesariamente barbarismo. A su modo, son civilizados.

—¡A su modo…! Bien, dejémoslo. El problema del momento es Solaria. Ni uno solo de los mundos espaciales se moverá. El principio de no interferencia es supremo e insisten en que los problemas internos de Solaria, son solamente para los solarianos. Nuestro propio presidente se

muestra tan inerte como cualquier otro, aun cuando Fastolfe está muerto pero su mano no descansa sobre nosotros. Yo, solo, no puedo hacer nada…, por lo menos hasta que sea presidente.

—¿Cómo pueden suponer que los problemas internos de Solaria no deben ser interferidos, si los solarianos se han marchado?

Amadiro comentó, sarcástico:

—¿Cómo puede ser que usted vea al momento la locura del caso y ellos no…? Dicen que no hay pruebas fehacientes de que los solarianos se hayan ido todos, y que mientras ellos, o algunos de ellos, estén en su mundo, ningún otro mundo espacial tiene derecho a intervenir sin ser llamado.

—¿Cómo explican la ausencia de actividad radiacional?

—Dicen que los solarianos pueden haberse trasladado bajo tierra o que pueden haber inventado algo, algún avance tecnológico, que impida el escape de radiación. También dicen que nadie les vio marcharse y que no tienen adonde ir. Claro, no se les vio marcharse porque nadie estaba vigilando.

—¿Cómo pueden decir que los solarianos no tienen adonde ir? —dijo Mandamus—. Hay infinidad de mundos vacíos.

—El argumento es que los solarianos no pueden vivir sin su increíble abundancia de robots, y que no pueden llevarlos consigo. Si vinieran aquí, por ejemplo, ¿cuántos robots supone que les permitiríamos traer… si se lo permitiéramos?

—¿Y cuál es su argumento en contra?

—Ninguno. De todos modos, tanto si se han ido como si no, la situación es rara y desconcertante y me parece increíble que nadie quiera movilizarse para investigar. He advertido a todo el mundo, con tanta fuerza como he podido, que la inercia y la apatía serán nuestro final; que tan pronto como los mundos colonizados se enteren de que Solaria está…, o podría estar…, vacío, ellos no vacilarían en investigar el asunto. Esos invasores tienen una curiosidad insensata que ojalá tuviéramos algunos de nosotros. Ellos, sin pensarlo dos veces, arriesgarán sus vidas si vislumbran algún provecho que les resulte interesante.

—¿En este caso cuál sería el provecho, doctor Amadiro?

—Si los solarianos se han ido, tienen que haber dejado, a la fuerza, casi todos sus robots. Son…, o eran…, robotistas especialmente ingeniosos, y los colonizadores, pese a todo su odio por los robots, no vacilarán en apropiarse de ellos y facturárnoslos a nosotros a cambio de buen dinero espacial. La verdad, es que ya lo han anunciado.

»Dos naves de colonizadores han aterrizado ya en Solaria. Hemos despachado nuestra protesta, pero no la tendrán en cuenta y tampoco haremos nada más. Todo lo contrario. Alguno de los mundos espaciales está haciendo investigaciones en secreto sobre la naturaleza de los robots que se recuperen y cuál sería su precio.

—No está mal —musitó Mandamus.

—¿Que no está mal que nos comportemos como los propagandistas colonizadores dicen que lo hacemos? ¿Que actuemos como si estuviéramos en plena degeneración y nos transformemos en blandas pulpas decadentes?

—¿Por qué repetir sus palabras huecas, señor? El caso es que estamos tranquilos, somos civilizados y todavía no nos han dado donde nos duele. Si no fuera así, lucharíamos contra ellos, violentamente, y, estoy seguro, los aplastaríamos. Todavía estamos por delante de ellos, técnicamente.

—Pero el daño que nos causen no será, a buen seguro, agradable.

—Lo que significa que no debemos estar dispuestos a ir a la guerra. Si Solaria ha sido abandonado y los colonizadores quieren saquearlo, quizá deberíamos dejarles. Después de todo, puedo predecir que estaremos dispuestos a ponernos en marcha dentro de unos meses.

Una expresión ansiosa y feroz iluminó el rostro de Amadiro:

—¿Meses?

—Estoy seguro. Así que lo primero que debemos hacer es evitar que nos provoquen. Lo arruinaríamos todo si fuéramos hacia un conflicto que no necesitamos librar, y sufriéramos pérdidas que no necesitamos sufrir, ni aunque ganáramos. Después de todo, dentro de muy poco tiempo, vamos a vencerlos, sin lucha y sin pérdidas… ¡Pobre Tierra!

—Si van a darle lástima —protestó Amadiro con falsa indiferencia— mejor que no les haga nada.

—Por el contrario —dijo Mandamus, glacial—. Es precisamente porque estoy del todo decidido a hacerles algo…, y ya sabe lo que les haré… por lo


que me dan lástima. ¡Será usted presidente!

—Y usted director del Instituto.

—Un modesto puesto comparado con el suyo.

—¿Y después de que muera? —preguntó rabioso.

—No he ido tan lejos en mis previsiones.

—Estoy complemente… —empezó a decir Amadiro, pero fue interrumpido por el zumbido persistente de la unidad de aviso. Sin mirar y casi maquinalmente, Amadiro apretó el botón de aceptar. Miró la ancha tira de papel que salía de la ranura y una leve sonrisa apareció en sus labios:

—Las dos naves colonizadoras que aterrizaron en Solaria…

—¿Qué señor? —preguntó Mandamus ceñudo.

—¡Destruidas! ¡Ambas destruidas!

—¿Cómo?

—En un fuerte estallido de radiación, fácilmente detectable desde el espacio. ¿Se da cuenta de lo que significa? Los solarianos no han abandonado, después de todo, y nuestro mundo más débil puede fácilmente hacer frente a las naves colonizadoras. Es un puñetazo en pleno rostro para los colonizadores y algo que no podrán olvidar fácilmente… Tome, Mandamus, lea usted mismo.

Mandamus apartó el papel.

—Pero esto no significa necesariamente que los solarianos sigan en el planeta. Pueden haberlo sembrado de trampas.

—¿Y cuál es la diferencia? Ataque personal o trampa, las naves fueron destruidas.

—Esta vez los tomaron por sorpresa. ¿Qué me dice de la próxima vez, cuando vayan preparados? ¿Y qué me dice si consideran el caso como un ataque deliberado de los espaciales?

—Responderemos que los solarianos no hacían sino defenderse de una invasión deliberada de los colonizadores.

—Pero, señor, ¿cree usted que librarán una batalla verbal? ¿Y si los colonizadores no quieren molestarse en hablar y consideran la destrucción de sus naves como un acto de guerra y contraatacan instantáneamente?

—¿Por qué iban a hacerlo?

—Porque están tan locos como estaríamos nosotros una vez heridos en nuestro orgullo; mucho más, puesto que tienen un mayor historial de violencia.

—Les venceremos.

—Usted mismo reconoce que nos causarán grandes e inaceptables daños, incluso si son vencidos.

—¿Y qué quiere que haga? Aurora no destruyó esas naves.

—Persuadir al Presidente de que haga patente que Aurora no tuvo nada que ver con ello, que ninguno de los mundos espaciales tuvo nada que ver, que la responsabilidad es solamente de Solaria.

—¿Y abandonar Solaria? Sería un acto de cobardía.

Mandamus podía apenas dominar su excitación:

—Doctor Amadiro, ¿no ha oído hablar nunca antes de una retirada estratégica? Hay que persuadir a los mundos espaciales de que esperen un poco mientras buscamos un pretexto plausible. Sólo faltan unos meses hasta que nuestro plan para con la Tierra fructifique. Puede parecer duro para todo el mundo mantenerse al margen y excusarse con los colonizadores, que no saben lo que les viene encima…, pero nosotros sí. En realidad, usted y yo, con lo que sabemos, podemos contemplar este acontecimiento como un regalo de lo que se llamaba los dioses. Deje que los colonizadores se preocupen por Solaria mientras preparamos su destrucción en la Tierra, sin que se den cuenta. ¿O preferiría perderlo todo cuando estamos al mismo borde de la victoria final?

Amadiro se encontró cediendo ante la mirada fija, penetrante, de los profundos ojos de Mandamus.

52

Amadiro jamás lo había pasado peor que en el período siguiente a la destrucción de las dos naves colonizadoras. Afortunadamente, pudo persuadirse al Presidente de que siguiera una política que Amadiro calificaba de «dominantemente flexible». La frase satisfizo la imaginación del Presidente, aun cuando no quería decir nada. Además, el Presidente era

diestro en eso de dominar con flexibilidad. El resto del Consejo fue más difícil de manejar; Amadiro, exasperado, se agotó pintándoles los horrores de la guerra y la necesidad de buscar el momento oportuno para atacar… y no el inoportuno…, caso de que hubiera guerra. Inventó excusas aceptables para justificar por qué no había llegado el momento y se sirvió de ellas en sus discusiones con otros directivos de los demás mundos espaciales. La natural hegemonía de Aurora tenía que pesar al máximo, si quería que los demás crecieran.

Pero cuando el capitán D.G. Baley llegó con su nave y su petición, Amadiro comprendió que no podía hacer nada más. Era excesivo.

—Es del todo imposible —comentó a Mandamus—. ¿Vamos a permitir que aterrice en Solaria, con su barba, su ridícula indumentaria y su acento incomprensible? ¿Confía, acaso, en que yo ruegue al Consejo que autorice la entrega de una mujer espacial? Sería un acto totalmente sin precedentes en nuestra historia. ¡Una mujer espacial!

—Usted se ha referido siempre a esta particular mujer espacial —comentó Mandamus— como «la mujer solariana».

—Es «la mujer solariana» para nosotros, pero se la considerará una espacial tratándose de colonos. Si su nave aterriza en Solaria, como dice que va a hacer, puede que sea destruida como fueron las otras, junto con él y con la mujer. Entonces, puede que mis enemigos me acusen, con cierta justificación, de asesinato… y mi carrera política tal vez no sobreviva.

Mandamus insistió:

—Piense, en cambio, en el hecho de que casi llevamos siete años trabajando a fin de conseguir la total destrucción de la Tierra y que nos faltan únicamente unos meses para completar el proyecto. ¿Le parece bien arriesgarse, de golpe, a una guerra y arruinarlo todo cuando estamos tan cerca de la victoria final?

—El caso es que yo no puedo elegir en el asunto, amigo mío. El Consejo no me secundaría si trato de convencerles de que entreguen la mujer a un colonizador. El mero hecho de haberlo sugerido será tenido en cuenta contra mí. Mi carrera política se tambalea y además podemos tener una guerra. Por si fuera poco, la idea de una mujer espacial muriendo al servicio de un colonizador, es intolerable.

—Casi parece que siente afecto por la mujer solariana.

—Sabe de sobra que no. Deseo de todo corazón que hubiera muerto hace veinte décadas, pero no así, no en una nave colonizadora. De todas formas debo recordarle que es antepasada suya en quinto grado.

Mandamus pareció más agrio que de costumbre.

—¿De qué sirve que me diga esto? Soy un espacial, consciente de mí mismo y de mi sociedad. No soy miembro de un conglomerado tribal adorador de antepasados.

Luego guardó silencio un momento y su rostro delgado pareció concentrarse, antes de proseguir:

—Doctor Amadiro, ¿no podría explicar al Consejo que esta antepasada mía iría, no como rehén espacial, sino por su profundo conocimiento de Solaria, donde pasó su infancia y juventud, haciéndola así parte esencial de la exploración, que podría resultar tan beneficiosa para nosotros como para los colonizadores? Después de todo, ¿no sería en verdad deseable saber lo que esos miserables solarianos se proponen? La mujer traería, presumiblemente, un informe de los acontecimientos… si sobrevive.

Amadiro sacó el labio interior y comentó.

—La idea podría dar resultado si la mujer subiera a bordo voluntariamente, si declarara que comprende la importancia de la misión y desea llevar a cabo su deber patriótico. Llevarla a bordo, a la fuerza, es impensable.

—Bien, supongamos que yo voy a visitar a esta antepasada mía y trato de persuadirla de que embarque voluntariamente y, supongamos también, que usted se comunica con ese capitán por hiperonda y le dice que puede aterrizar en Aurora y llevarse a la mujer si es capaz de convencerla de que vaya con él voluntariamente…, o por lo menos que diga que va voluntariamente, sea cierto o no.

—Me figuro que no perderemos nada por hacer este esfuerzo, pero no veo que podamos ganar.

A pesar de todo y con gran sorpresa de Amadiro, ganaron. Había escuchado estupefacto cuando Mandamus le contó los detalles.

—Mencioné el asunto de los robots humanoides, y es obvio, que ella no sabía nada, de lo que deduzco que Fastolfe tampoco lo sabía. Ésta ha sido

una de esas cosas que me obsesionaban. Luego le hablé mucho de mi ascendencia, obligándola así a hablar de Elijah Baley.

—¿Y qué dijo? —preguntó Amadiro con rabia.

—Nada, excepto que me habló de él y recordó. Este colono que quiere llevársela es un descendiente de Baley y creí que tal vez influiría en ella y la haría considerar la petición colonizadora más favorablemente.

El caso fue que dio resultado y que por unos días Amadiro se sintió más aliviado de aquella tensión que le amargaba desde que empezó la crisis Solaria.

Pero el alivio duró muy pocos días.

53

Un detalle que resultó ventajoso para Amadiro en aquellos días fue que no había vuelto a ver a Vasilia, durante la crisis solariana. No habría sido el momento apropiado para verla. No deseaba que le diera la lata con su estúpida obsesión por un robot que decía ser suyo…, con un desprecio total por la legalidad de la situación…, en un momento en que una verdadera crisis ocupaba todos sus nervios y pensamientos. Ni deseaba tampoco exponerse a la pelea que surgiría fácilmente entre ella y Mandamus sobre quién presidiría, eventualmente, el Instituto de Robótica.

En todo caso, ya había tomado la decisión de que Mandamus fuera su sucesor. A lo largo de la crisis solariana, se había fijado en lo que era importante. Incluso cuando el propio Amadiro se sintió inseguro, Mandamus se mantuvo fríamente tranquilo. Fue Mandamus el que concibió la idea de que la mujer solariana acompañara al capitán colono voluntariamente y fue él quien se encargó de que así fuera.

Y si su plan para la destrucción de la Tierra funcionaba como debía…, y así sería…, Amadiro veía bien que Mandamus le sucediera, eventualmente, en la Presidencia del Consejo. Sería lo justo, pensó Amadiro en un arranque de altruismo.

Por consiguiente, aquella noche no malgastó ni un solo pensamiento en Vasilia. Abandonó el Instituto seguido de un pequeño grupo de robots que

le acompañaron hasta su coche. Éste, conducido por un robot con otros dos en el asiento trasero junto a él, pasó silenciosamente en un atardecer lluvioso hasta su residencia, donde otros dos robots le acompañaron al interior. Y en todo ese tiempo no pensó ni una sola vez en Vasilia. Así pues, encontrársela sentada en su salón, frente a su aparato de hiperonda, contemplando un complicado ballet de robots, con varios de los de Amadiro en sus hornacinas y dos de los suyos detrás de su butaca, no le asombró tanto en un principio y provocó su indignación no tanto por la intimidad violada, como por pura sorpresa. Tardó algún tiempo en dominarse y controlar su respiración lo bastante como para poder hablar. Después, con rabia, pudo decir:

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿Cómo has entrado?

Vasilia estaba tranquila. Después de todo, no le sorprendía el aspecto de Amadiro:

—Lo que estoy haciendo aquí es esperar verle. Entrar no ha sido difícil. Sus robots me conocen muy bien y saben mi posición en el Instituto. ¿Por qué no iban a permitirme entrar si les aseguraba que tenía una cita con usted?

—Lo cual no era cierto. Has violado mi intimidad.

—En realidad, no. Hay un límite en la confianza que uno puede esperar de los robots de otro. Mírelos. Ni una sola vez han apartado sus ojos de mí. Si hubiera querido tocar sus pertenencias, mirar sus papeles, aprovecharme en algún modo de su ausencia, le aseguro que no habría podido. Mis dos robots no podían nada contra los de usted.

—Sabes de sobra —dijo Amadiro, amargado— que has obrado de un modo no-espacial. Eres despreciable y no lo olvidaré.

Vasilia palideció algo al oírle. En voz baja y dura, le increpó:

—Espero que no lo olvide, Kelden, porque he hecho lo que he hecho sólo por usted… y si yo reaccionara como debo, por su actitud despreciable, me marcharía ahora y le dejaría continuar siendo el hombre derrotado que ha sido, a lo largo de la pasadas décadas, y para el resto de su vida.

—No seguiré siendo un hombre derrotado… hagas lo que hicieres.

—Parece como si se lo creyera, pero verá; no sabe lo que yo sé. Debo decirle que sin mi intervención seguirá siendo un derrotado. Me tiene sin

cuidado lo que está tramando. No me importa lo que ese agriado y flaco, Mandamus, haya fabricado para usted…

—¿Por qué le mencionas? —preguntó Amadiro al instante.

—Porque lo quiero así —respondió Vasilia con cierto desprecio—. Sea lo que fuere que haya hecho o crea que está haciendo…, y no se asuste porque no tengo la menor idea de lo que puede ser…, no saldrá bien. Aunque no sepa de qué se trata, lo que sí sé es que no saldrá bien.

—No dices más que tonterías.

—Pues, preste atención a las tonterías, Kelden, si no quiere que todo se le venga abajo. Y no solamente usted, sino posiblemente los mundos espaciales, todos ellos. A lo mejor no quiere escucharme. Allá usted. ¿Qué va a hacer?

—¿Por qué tengo que escucharte? ¿Qué razón hay para que te escuche?

—En primer lugar, le dije que los solarianos se preparaban para abandonar su mundo. Si me hubiera escuchado entonces, no le habría tomado por sorpresa cuando lo hicieron.

—La crisis solariana todavía redundará en nuestro beneficio.

—No, no lo hará. Puede creerlo así, pero no será. Lo destruirá…, haga lo que hiciere para hacer frente a la emergencia…, a menos que me permita darle mi opinión.

Amadiro tenía los labios pálidos y temblorosos. Los dos siglos de derrota que Vasilia había mencionado habían pesado sobre él y la crisis de Solaria no había arreglado nada, así que carecía de la fortaleza interior para ordenar a sus robots que la echaran, como debió haber hecho. Con voz apagada le dijo:

—Habla, pues, pero sé breve.

—No creería lo que tengo que decirle, si lo hiciera, así que deje que lo haga a mi manera. Puede pararme en cualquier momento, pero destruirá los mundos espaciales. Claro que durarán mientras yo viva y no seré yo la que pase a la historia, a la historia, por cierto, de los colonizadores, como el mayor fracasado. ¿Qué, hablo?

Amadiro se encogió en su butaca.

—Habla pues, y cuando hayas terminado… márchate.

—Eso voy a hacer, Kelden, a menos que me ruegue…, muy atentamente…, que me quede para ayudarle. ¿Empiezo?

Amadiro no respondió y Vasilia empezó:

—Le dije que durante mi estancia en Solaria me di cuenta de unos peculiares planos positrónicos que habían diseñado, unos circuitos que me llamaron la atención vivamente, porque parecían representar intentos de producción de robots telepáticos. Ahora bien, ¿cómo pude imaginar esto?

Amadiro observó amargamente:

—Ignoro qué empujes patológicos hacen funcionar tus pensamientos.

Vasilia apartó el comentario con una mueca:

—Gracias, Kelden… He pasado varios meses pensando en esto, puesto que soy lo suficientemente lista para creer que el asunto no afectaba la patología sino algún recuerdo subliminal. Mi mente regresó a la infancia, cuando Fastolfe, al que entonces consideraba mi padre, en uno de sus momentos generosos…, de vez en cuando experimentaba esos estados de ánimo…, me dio mi propio robot.

—¿Otra, vez Giskard? —masculló con impaciencia Amadiro.

—Sí, Giskard. Siempre Giskard. Era aún adolescente y ya tenía el instinto del robotista, o mejor dicho, había nacido con dicho instinto. De momento no poseía excesivos conocimientos matemáticos, pero entendía de diseños, de esquemas. Al paso de las décadas fue mejorando mi conocimiento de las matemáticas, pero no creo que avanzara mucho en mi apreciación de esquemas. Mi padre solía decirme: «pequeña Vas, —también se servía de diminutivos cariñosos para ver cómo me afectaban—, tienes el genio de los esquemas». Y creo que así era…

—Por favor, te concedo este genio, pero no sigas. Entretanto, sé que no he cenado aún, ¿lo sabías?

—Bueno, encargue la cena e invíteme a compartirla.

Amadiro, disgustado, levantó el brazo haciendo una rápida señal. Al instante se hizo evidente el silencioso movimiento de los robots dedicados a su trabajo.

—Me entretenía inventando circuitos para Giskard —prosiguió Vasilia —. Me acercaba a Fastolfe…, a mi padre como le consideraba entonces…, y le enseñaba lo que había hecho. Él sacudía la cabeza, se reía y me decía:

«Si añades cosas al cerebro del pobre Giskard, ya no podrá hablar y sentirá mucho dolor». Recuerdo haberle preguntado si Giskard podía realmente sentir dolor y mi padre contestó: «No sé lo que puede sentir, pero actuaría igual que nosotros si experimentáramos mucho dolor, así que es mejor imaginar, o decir, que sentiría dolor». O bien le enseñaba uno de mis esquemas y sonreía indulgente, diciéndome: «Bueno, daño no puede hacerle, pequeña Vas, resultará interesante probarlo». Y probaba.

»A veces le quitaba el circuito y a veces se lo dejaba. No era simplemente enredar en Giskard por sadismo, como supongo que me hubiera sentido tentada de hacerlo si yo no hubiera sido yo. El caso es que estaba muy encariñada con Giskard y no quería hacerle daño. Cuando me parecía que una de mis mejoras, yo siempre las consideraba mejoras, hacía que Giskard hablara con más soltura o reaccionara más de prisa o de forma más interesante, y no parecía dañarle, se lo dejaba… Y entonces, un día…

Un robot situado junto a Amadiro no se hubiera atrevido a interrumpir a un invitado a menos que se tratara de una verdadera emergencia, pero Amadiro no tuvo ninguna dificultad en interpretar el significado de la espera. Preguntó:

—¿Está lista la cena?

—Sí, señor —contestó el robot.

Amadiro hizo un gesto impaciente en dirección a Vasilia y le dijo:

—Te invito a cenar conmigo.

Anduvieron hasta el comedor de Amadiro, que Vasilia no conocía. Amadiro, después de todo, era un particular, notorio por su falta de relaciones sociales. Más de una vez se le había dicho que le convendría recibir en su casa, y siempre respondía sonriendo educadamente: «Un precio demasiado alto».

«Tal vez debido a su falta de relaciones —pensó Vasilia— se notaba una absoluta falta de originalidad o creatividad en su mobiliario. Nada podía ser más feo que la mesa, la vajilla y los cubiertos. Las paredes eran solamente planos verticales pintados de color apagado. El conjunto más bien quitaba el apetito», pensó.

La sopa con que empezaron, un caldo claro, era tan indiferente como los muebles, y Vasilia empezó a tomarla sin entusiasmo. Amadiro comentó:

—Mi querida Vasilia, como ves soy paciente. No tengo ninguna objeción a que escribas tu autobiografía si así lo deseas, pero ¿te propones recitarme varios capítulos? Si es así, debo decirte claramente que no me interesan lo más mínimo.

—Se sentirá sumamente interesado dentro de muy poco. Sin embargo, si está enamorado del fracaso y quiere seguir sin conseguir nada de lo que se proponga conseguir, dígamelo. Comeré en silencio y luego me iré. ¿Es esto lo que desea?

Amadiro suspiró.

—Sigue, Vasilia.

Y ella continuó:

—Un día tropecé con un esquema más complicado, más agradable, más excitante que los que jamás había visto y, a decir verdad, que nunca más he vuelto a ver. Me hubiera gustado mostrárselo a mi padre, pero se había ido a una reunión o tal vez a otro de los mundos. No sabía cuándo volvería y guardé mi esquema, pero cada día lo miraba con más interés, más fascinada. Por fin, ya no pude esperar más. Sencillamente, no podía esperar. Lo encontraba tan precioso que me parecía absurdo que pudiera ser dañino. Era sólo una niña, en mi segunda década, y aún no había perdido el sentido de la irresponsabilidad, así que modifiqué el cerebro de Giskard mediante la incorporación de aquel circuito.

»Y no le hizo el menor daño. Lo vi inmediatamente. Me respondió con perfecta claridad y, por lo menos me lo pareció, fue mucho más rápido y más inteligente que antes. Lo encontré más atractivo y más entrañable que nunca.

»Me sentía encantada y nerviosa a la vez. Lo que había hecho, modificando a Giskard sin el permiso de Fastolfe, era estrictamente contrario a las órdenes que había establecido para mí, y lo sabía de sobra. Cuando modifiqué el cerebro de Giskard, me justifiqué diciéndome que sería sólo por poco tiempo y que luego neutralizaría la modificación. Pero una vez hecha ésta, comprendí claramente que no la neutralizaría. No, no lo haría. En realidad, no volví a modificar a Giskard por temor a desbaratar lo que acababa de hacer. Ni tampoco dije nunca a Fastolfe lo que había

inventado y Fastolfe jamás descubrió que Giskard había sido modificado sin su consentimiento. ¡Jamás!

»Después, Fastolfe y yo nos separamos, y no quiso desprenderse de Giskard. Grité que era mío y que le quería, pero la gran bondad de Fastolfe, de la que presumió toda su vida… eso de amar todas las cosas, grandes y pequeñas, nunca se cruzó en el camino de dar satisfacción a mis deseos. Recibí otros robots que no me importaban, pero él se quedó con Giskard. Y cuando murió, dejó Giskard a la mujer solariana, ¡un último y amargo bofetón para mí!

Amadiro consiguió solamente comer la mitad de la *mousse* de salmón.

—Si todo lo que me has contado es para defender tu caso de conseguir la transferencia de la propiedad de Giskard, de la mujer solariana a ti, no va a servirte para nada. Ya te he explicado por qué no puedo ignorar el testamento de Fastolfe.

—Hay más que eso, Kelden, mucho más. Infinitamente más. ¿Desea que deje de hablar?

Amadiro estiró los labios en una sonrisa forzada, y accedió:

—Habiendo escuchado hasta aquí, voy a hacerme el loco y escuchar algo más.

—Sería loco de verdad si no lo hiciera, porque ahora he llegado al grano… Jamás he dejado de pensar en Giskard, en la crueldad y en la injusticia que se hizo privándome de él, pero no volví a pensar en el esquema que me había servido para modificarle sin que nadie se enterara. Estoy completamente segura de que no hubiera podido reproducirlo, de haberlo intentado, y, por lo que recuerdo, no se parecía a nada de lo que he ido viendo en robótica, hasta que…, hasta que, fugazmente, vi algo parecido durante mi estancia en Solaria.

»El esquema solariano me pareció familiar, pero sin saber por qué. Me llevó unas semanas de pensar intensamente hasta que saqué de algún lugar escondido en mi subconsciente la vaga idea del esquema que había soñado y sacado de la nada veinticinco décadas atrás. Y aunque no puedo recordarlo con exactitud, sé que el esquema solariano era como un reflejo del mío y nada más. Era sólo la más escueta sugerencia de algo que yo había captado de su milagrosa y compleja simetría. Pero estudié el esquema

solariano con la experiencia ganada en veinticinco décadas de inmersión en teoría robótica y me sugirió telepatía. Si aquel esquema sencillo, poco interesante, me lo sugería, ¿qué debió ser mi original, lo que inventé de niña y que nunca más recobré?

Amadiro le recordó:

—No dejas de decirme que estamos llegando al grano, Vasilia. Pero ¿me tendrías por poco razonable si te pidiera que dejaras de lamentarte y de recordar, y me dijeras por fin en pocas y claras palabras de qué se trata?

—Con sumo gusto. Lo que le estoy diciendo, Kelden, es que sin yo saberlo, convertí a Giskard en un robot telepático y que lo ha sido desde entonces.

54

Amadiro miró largamente a Vasilia y, como la historia parecía haber terminado, volvió a su *mousse* de salmón y comió pensativo. De pronto exclamó:

—¡Imposible! ¿Me tomas por idiota?

—Le tomo por un fracasado. Ni digo que Giskard pueda leer las conversaciones en las mentes, ni que pueda transmitir y recibir palabras o ideas. Quizás eso sea imposible, incluso en teoría. Pero estoy completamente segura de que puede detectar emociones y el fluir de la actividad mental y tal vez incluso modificarla.

Amadiro sacudió violentamente la cabeza.

—¡Imposible!

—¿Imposible? Piense un poco. Veinte décadas atrás, cuando usted casi había logrado su propósito, Fastolfe estaba en sus manos y el Presidente Horder era su aliado. ¿Y qué ocurrió? ¿Por qué salió todo mal?

—El enviado de la Tierra… —empezó a decir Amadiro, atragantándose.

—¡El hombre de la Tierra! —repitió Vasilia, burlona—. El hombre de la Tierra. ¿O fue la mujer solariana? ¡Ni uno ni otro! ¡Ninguno de los dos! ¡Fue Giskard, que estuvo allí todo el tiempo percibiendo, ajustando!

—¿Por qué iba a interesarse? No es más que un robot.

—Un robot leal a su dueño, a Fastolfe. Por la primera ley tenía que procurar que a Fastolfe no le ocurriera nada y, siendo telepático, no podía interpretar eso simplemente como daño físico. Sabía que si Fastolfe no se salía con la suya, no podía fomentar la colonización de los mundos habitables de la Galaxia, sufriría una profunda decepción… y eso, en el mundo telepático de Giskard, sólo podía significar «daño». No podía permitir que ocurriera, e intervino para evitarlo.

—No, no, no —protestó Amadiro disgustado—. Quieres que sea así por un deseo loco y romántico, pero no fue así. Recuerdo perfectamente lo que ocurrió. Fue el terrícola. No hace falta ningún robot telepático para explicar los acontecimientos.

—Y, desde entonces, ¿qué ha ocurrido, Kelden? —preguntó Vasilia—. ¿En veinte décadas ha conseguido alguna vez ganar a Fastolfe? Con todo a su favor, con el claro fracaso de la política de Fastolfe, ¿ha podido alguna vez disponer de la mayoría en el Consejo? ¿Ha podido alguna vez modificar la opinión del Presidente y conseguir poseer verdadero poder? ¿Cómo explica eso, Kelden? En esas veinte décadas el hombre de la Tierra no ha estado en Aurora. Lleva muerto más de dieciséis décadas, porque su breve vida sólo duró cerca de ocho décadas. Sin embargo, usted sigue fracasando… El suyo es un ininterrumpido récord de fracasos. Incluso ahora que Fastolfe está muerto, no ha conseguido aprovecharse satisfactoriamente de los restos de su coalición, ¿o encuentra que el éxito sigue eludiéndole?

»¿Qué le queda? El hombre de la Tierra ha desaparecido. Fastolfe ha muerto. Giskard es el que ha trabajado en contra de usted todo este tiempo… y Giskard permanece. Ahora es leal a la mujer solariana, como lo fue a Fastolfe. La mujer solariana no siente el menor afecto por usted, creo.

El rostro de Amadiro se contrajo, presa de rabia y frustración.

—No es verdad. Nada de eso es así. Estás imaginando las cosas.

Vasilia permaneció imperturbable.

—No imagino nada. Explico las cosas. Le he explicado cosas que usted no ha podido explicarse. ¿O tiene una explicación alternativa? Yo puedo proporcionarle el remedio. Transfiera la propiedad de Giskard, de la mujer

solariana a mí y, de pronto, los acontecimientos empezarán a virar en beneficio suyo.

—No —dijo Amadiro—, ya están virando a mi favor.

—Puede creerlo, pero no es así, mientras Giskard trabaje en contra de usted. Por mucho que se acerque al final ganador, por muy seguro que esté de la victoria, todo se desvanecerá mientras no tenga a Giskard de su parte. Esto ocurrió hace veinte décadas y ocurrirá ahora.

El rostro de Amadiro se aclaró de pronto:

—Pensándolo bien, aunque no tenga a Giskard ni tú tampoco, no importa, puedo demostrarte que Giskard no es telepático. Si lo fuera, si poseyera la habilidad de arreglar las cosas a su gusto, o a gusto del ser humano que lo posee, ¿por qué permitió que se llevara la mujer solariana a lo que probablemente será su muerte?

—¿Su muerte? ¿De qué está hablando, Kelden?

—¿Sabes, Vasilia, que dos naves colonizadoras fueron destruidas en Solaria? ¿O no has hecho otra cosa, últimamente, que soñar en esquemas y en los brillantes días de tu infancia en que modificabas tu robot preferido?

—El sarcasmo no le sienta bien, Kelden. Me he enterado de lo de las naves por las noticias. ¿Que hay de ellas?

—Ha salido una tercera nave colonizadora para investigar. Puede ser igualmente destruida.

—Posiblemente, pero también puede tomar precauciones.

—Las tomó. Reclamó y recibió a la mujer solariana, con la idea de que, conociendo bien el planeta, podría ayudarles a evitar la destrucción.

—No es fácil, dado que lleva veinte décadas fuera.

—Efectivamente. Lo previsible, pues, es que muera con ellos. Para mí, personalmente, no significaría nada. Me encantaría saber que ha muerto ya, y creo que a ti también. Pero dejando de lado nuestras preferencias, nos proporcionaría un buen motivo para quejarnos a los mundos colonizados y para ellos sería difícil explicar que la destrucción de las naves fuera un acto deliberado por parte de Aurora. ¿Íbamos a destruir a uno de los nuestros…? La cuestión es, Vasilia, ¿por qué Giskard, si dispone de los poderes que tú pretendes que posee…, y la lealtad…, permitiría que la mujer solariana se

ofreciera voluntariamente a ser llevada a lo que probablemente será su muerte?

Vasilia mostró su estupefacción:

—¿Y fue por propia voluntad?

—Absolutamente. Fue por su propia voluntad. Habría sido políticamente imposible forzarla a hacerlo contra su voluntad.

—Pero no comprendo…

—No hay nada que comprender, excepto que Giskard es un simple robot.

Por unos instantes Vasilia permaneció quieta en su sitio, con una mano apoyada en la barbilla. Luego dijo, pensativa:

—No se permiten robots en los mundos colonizados, ni en sus naves. Eso quiere decir que marchó sola. Sin robots.

—Pues, no. Tuvieron que aceptar sus robots personales si querían que fuera voluntariamente. Se llevaron a aquella imitación de hombre, el robot Daneel, y el otro fue —hizo una pausa y pronunció el nombre entre dientes —… Giskard. ¿Quién si no? Así que ese milagroso robot de tu fantasía va también camino de su destrucción. Ya no podría…

Calló.

Vasilia se puso en pie, con los ojos echando chispas y el rostro enrojecido:

—¿Quiere decir que Giskard fue con ella? ¿Ha salido de este mundo y va en una nave colonizadora? Kelden, puede que nos haya arruinado a todos.

55

Ni uno ni otro terminaron la cena.

Vasilia salió rápidamente del comedor y desapareció en el reservado. Amadiro, esforzándose por permanecer fríamente lógico, le gritó a través de la puerta cerrada, sabiendo que dañaba su propia dignidad personal haciéndolo. Insistió:

—Es una prueba tanto más definitiva de que Giskard no es más que un simple robot. ¿Por qué iba a estar dispuesto a ir a Solaria a enfrentarse con la destrucción, como su dueña?

De repente cesó el ruido del agua y el chapoteo. Vasilia salió con el rostro recién lavado y casi petrificado en su esfuerzo por parecer tranquila. Dijo:

—No comprende nada, ¿verdad? Me asombra, Kelden. Piense bien, Giskard no puede correr peligro nunca mientras pueda influir en las mentes humanas. Ni tampoco la mujer solariana mientras Giskard cuide de ella. El colono que la llevó debe de haber descubierto, al interrogarla, que llevaba veinte décadas fuera de Solaria, así que realmente no puede continuar creyendo que va a servirle de mucho. Con ella se llevó a Giskard, pero tampoco sabía que éste podía servirle… ¿O pudo saberlo?

Reflexionó y luego musitó:

—No, no hay forma de que lo supiera. Si en más de veinte décadas nadie ha descubierto que Giskard posee habilidades mentales, es que Giskard está claramente interesado en que nadie lo descubra… y, si es así, nadie ha podido hacerlo.

—Tú pretendes haberlo descubierto —observó Amadiro, rabioso.

—Yo poseía un conocimiento especial, Kelden, e incluso hasta ahora no me he dado cuenta de lo que es obvio… y solamente por la sugerencia de Solaria. Giskard debe de haber oscurecido también mi mente a este respecto, o lo hubiera visto antes. Me pregunto si Fastolfe sabía…

—Es más fácil aceptar que Giskard es simplemente un robot.

—Va usted directamente a la ruina, Kelden, pero no creo que yo se lo vaya a permitir, por mucho que lo desee… En resumen, el colono vino en busca de la mujer solariana y se la llevó, incluso después de saber que le serviría de poco… o de nada. Y la mujer solariana se fue voluntariamente, aun temiendo viajar en una nave colonizadora con unos bárbaros contagiosos…, y pese a que su destrucción en Solaria debió de parecerle una posible consecuencia.

»Se me ocurre que todo esto es obra de Giskard, que obligó al colono a reclamar a la mujer solariana, en contra de toda razón, y obligó a la mujer a acceder a la petición también contra toda razón.

—Pero ¿por qué? —preguntó Amadiro—. ¿Puedo formular esta sencilla pregunta? ¿Por qué?

—Supongo, Kelden, que Giskard sintió que era importante alejarse de Aurora. ¿Adivinó que estaba a punto de descubrir su secreto? De ser así, puede no haber estado seguro de su actual habilidad para manejarme. Después de todo, soy una robotista muy experta. Además, recordaría que en un tiempo fue mío, y un robot no ignora fácilmente a lo que le obliga su lealtad. Quizás el único modo que le pareció adecuado para mantener a salvo a la mujer solariana, fue alejarse de mi influencia.

Miró a Amadiro y añadió con firmeza:

—Kelden, debemos hacerle regresar. No permitamos promocionar la causa colonizadora desde el puerto seguro de un mundo colonizador. Ya ha hecho bastante daño entre nosotros. Hagámosle volver, y usted debe hacerme su propietaria legal. Le aseguro que soy capaz de manejarlo, y de hacerlo trabajar para nosotros. Recuerde: ¡Soy la única que puede manejarlo!

—No veo ninguna razón de preocuparnos. En el caso probable de que sea un mero robot, será destruido en Solaria y nos desharemos tanto de él como de la mujer. En el caso improbable de que sea lo que tú dices que es, no será destruido en Solaria y tendrá que regresar a Aurora. Después de todo, la mujer solariana, aunque no es aurorana de nacimiento, ha vivido demasiado tiempo en Aurora para ser capaz de afrontar la vida entre los bárbaros… Cuando insista en regresar a la civilización, Giskard no tendrá otra alternativa que regresar con ella.

—Después de todo, Kelden, ¿no comprende aún las habilidades de Giskard? Si cree que es importante permanecer alejado de Aurora, fácilmente adaptará las emociones de la mujer solariana de modo que soporte la vida en un mundo colonizado, lo mismo que la hizo ofrecerse voluntaria para subir a una nave colonizadora.

—Está bien, si es necesario sencillamente escoltaremos la nave colonizadora, a la mujer y a Giskard, en su viaje de vuelta a Aurora.

—¿Cómo se propone hacerlo?

—Es fácil. Puede hacerse. Los de Aurora no somos idiotas aunque tu opinión establece claramente que sólo tú eres la única persona racional del

planeta. La nave va a Solaria a investigar la destrucción de otras dos naves anteriores, y confío en que no creerás que dependeremos de sus buenos oficios o incluso de los de la mujer solariana. Mandamos a una de nuestras naves de guerra a Solaria y no creemos que tenga problemas. Si todavía quedan solarianos en el planeta, muy bien, destruirán las primitivas naves colonizadoras, pero no podrán tocar una nave de guerra aurorana. Si la nave de los colonos, gracias a la magia de Giskard…

—Nada de magia. Influencia mental.

—Si la nave colonizadora, por la razón que sea, despegara de la superficie de Solaria, nuestra nave la interceptaría y, con toda corrección, reclamaría la devolución de la mujer solariana y de sus robots. Si esto fracasara, insistirán para que su nave acompañe a la nuestra hasta Aurora. No habrá la menor hostilidad. Nuestra nave se limitará a escoltar a una aurorana a su mundo nativo. Una vez que la mujer solariana y sus dos robots desembarquen en Aurora, la nave colonizadora podrá seguir camino a su propio destino.

Vasilia asintió con cierta duda:

—Parece un buen plan, Kelden, pero ¿sabe lo que sospecho que va a ocurrir?

—¿Qué, Vasilia?

—En mi opinión, la nave despegará de la superficie de Solaria, pero la nuestra no. Lo que haya en Solaria, Giskard puede manejarlo, pero me temo que nadie más.

—Si esto ocurre —declaró Amadiro con una sonrisa torva— creeré que, después de todo, puede que haya algo de verdad en tu fantasía, pero no ocurrirá.

56

A la mañana siguiente, el principal robot personal de Vasilia, delicadamente diseñado para parecer una mujer, se acercó a la cama de Vasilia.

Ésta se movió y sin abrir los ojos preguntó:

—¿Qué hay, Nadila? (no tenía necesidad de abrir los ojos. En muchas décadas nadie se había acercado, nunca, a la cama de Vasilia).

Nadila contestó con dulzura:

—Señora, su presencia es deseada en el Instituto por el doctor Amadiro.

—¿Qué hora es? —preguntó abriendo los ojos.

—Son las 5:17, señora.

—¿Aún no ha amanecido? —preguntó Vasilia indignada.

—No, señora.

—¿Cuándo quiere que vaya?

—Ahora, señora.

—¿Por qué?

—Sus robots no nos han informado, señora, pero dicen que es importante.

Vasilia apartó las sábanas.

—Primero desayunaré, Nadila, y antes me ducharé. Informa a los robots de Amadiro que se acomoden en las hornacinas de visitantes y que esperen. Si insisten en que hay prisa, recuérdales que están en mi casa.

Vasilia, fastidiada, no se apresuró demasiado. Aquella mañana su arreglo personal fue más minucioso y su desayuno mucho más lento. (En general, no perdía mucho tiempo, ni en una cosa ni en otra. Las noticias, que estaba contemplando, no indicaban nada que pudiera justificar la llamada de Amadiro).

Para cuando el coche (en el que iban ella y cuatro robots: dos suyos y los dos de Amadiro) la dejó en el Instituto, el sol empezaba a asomar por el horizonte. Amadiro la miró y dijo:

—Ya era hora de que llegaras.

Las paredes de su despacho todavía irradiaban luz, aunque ya no era necesaria.

—Lo siento —se excusó Vasilia—. Comprendo que la salida del sol es una hora muy tardía para empezar a trabajar.

—Déjate de juegos, Vasilia, por favor. Pronto tendré que estar en la sala del Consejo. El Presidente se ha levantado antes que yo… Vasilia, te pido humildemente perdón, por haber dudado de ti.

—Así que la nave colonizadora ha despegado sana y salva.

—Sí y nuestra nave ha sido destruida como tú vaticinaste… El hecho no se conoce todavía, pero la noticia se sabrá, evidentemente.

Vasilia abrió los ojos. Había vaticinado este resultado pero más como una declaración de confianza, aunque éste no era el momento de decirlo.

Lo que dijo, en cambio, fue:

—Entonces, ¿acepta que Giskard posee poderes extraordinarios?

Amadiro confesó con prudencia.

—No creo que el asunto quede matemáticamente demostrado, pero estoy dispuesto a aceptarlo en espera de más información. Lo que quiero saber es qué vamos a hacer a continuación. El Consejo no sabe nada de Giskard y no me propongo decírselo.

—Me alegro de que sus ideas sean tan claras hasta este extremo, Kelden.

—Pero tú eres la que comprende a Giskard y la que mejor puede decidir lo que hay que hacer. ¿Qué les digo a los del Consejo y cómo explico lo ocurrido sin descubrir la verdad?

—Depende. Ahora que la nave colonizadora ha abandonado Solaria, ¿a dónde se dirige? Después de todo, si regresa a Aurora, no hay otra cosa que hacer que preparar su llegada.

—No vuelve a Aurora —dijo enfáticamente Amadiro—. Parece que en esto también tenías razón. Giskard, suponiendo que dirija la maniobra, parece dispuesto a alejarse. Hemos interceptado los mensajes de la nave a su mundo. En clave, naturalmente, pero no hay una sola clave colonizadora que no hayamos descifrado…

—Sospecho que también ellos han descifrado las nuestras. Me pregunto por qué todo el mundo no decide mandarlos normalmente y así nos ahorraríamos trabajo.

Amadiro se encogió de hombros.

—¿Qué más da? El caso es que la nave regresa a su propio planeta.

—¿Con la mujer solariana y los robots?

—Naturalmente.

—¿Está seguro? ¿No los habrán dejado en Solaria?

—Estamos completamente seguros. —Y Amadiro mostró cierta impaciencia—. Por lo visto, la mujer solariana fue la responsable de que

pudieran despegar.

—¿Ella? ¿Cómo?

—Aún no lo sabemos.

—Tuvo que ser Giskard —insistió Vasilia—. Hizo que pareciera que fue la mujer.

—¿Y qué hacemos ahora?

—Debemos recuperar a Giskard.

—Sí, pero no veo cómo puedo convencer al Consejo que se arriesgue a una crisis interestelar por la devolución de un robot.

—Porque no será así. Usted reclame la devolución de la mujer solariana, esto es algo que tiene derecho a exigir. ¿Y cree por un momento que volvería sin sus robots? ¿O que Giskard le permitiría regresar sin él? ¿O que el mundo colonizado quiera retener a los robots si la mujer regresa? Reclámela a ella. Con firmeza. Es una ciudadana aurorana, prestada para una misión a Solaria, misión que se ha cumplido y que por tanto debe ser devuelta. Preséntelo de forma beligerante, como si fuera una amenaza de guerra.

—No podemos arriesgarnos a una guerra, Vasilia.

—No nos arriesgamos. Giskard no puede actuar de modo que conduzca directamente a la guerra. Si los líderes colonos se resisten, y a su vez se muestran beligerantes, Giskard hará lo necesario y modificará la actitud de los jefes colonizadores para que autoricen el regreso pacífico de la mujer a Aurora. Y él, naturalmente, tendrá que volver con ella.

—Y una vez que haya regresado —observó Amadiro, abatido—, nos alterará supongo, y nos olvidaremos de su poder y no le tendremos en cuenta y él podrá seguir con sus planes.

Vasilia echó la cabeza hacia atrás y se rió.

—Nada de eso. Yo conozco bien a Giskard y sé cómo manejarlo. Tráigamelo y convenza al Consejo de que no acate el testamento de Fastolfe… Puede hacerse y usted lo hará… y que me asignen a Giskard. Entonces, sólo trabajará para nosotros; Aurora gobernará la Galaxia; usted pasará las últimas décadas de su vida como Presidente del Consejo y yo le sucederé como director del Instituto de Robótica.

—¿Estás segura de que todo ocurrirá así?

—Absolutamente segura. Limítese a enviar el mensaje y que sea enérgico. Yo le garantizo lo demás: la victoria para los espaciales y para nosotros, la derrota para la Tierra y los colonizadores.

EL DUELO

57

Gladia contempló el globo de Aurora en la pantalla. Su envoltura de nubes parecía atrapada al vuelo a lo largo de la gruesa medialuna que brillaba a la luz de su sol.

—No puede ser que estemos tan cerca —dijo.

—En absoluto —respondió D.G.—. Lo estamos viendo a través de una lente muy buena. Está aún a varios días de distancia, contando con la aproximación en espiral. Si logramos conseguir un vuelo antigravídico, con el que sueñan los físicos, pero que parecen incapaces de lograr, el vuelo espacial se volverá sencillo y rápido. Tal como está ahora, nuestros «saltos» solamente nos llevan a una buena distancia de la masa planetaria.

—Es curioso.

—¿Qué cosa, señora?

—Cuando íbamos hacia Solaria, me dije: «Voy a casa», pero cuando llegué a tierra me encontré con que no estaba nada en casa. Ahora vamos hacia Aurora, y me dije: «Ahora, me voy a casa», pero este mundo que veo allá abajo, tampoco es mi hogar.

—¿Dónde está el hogar, pues, señora?

—Estoy empezando a preguntármelo… Pero ¿por qué persiste en llamarme «señora»?

D.G. pareció sorprendido.

—¿Prefiere «Lady Gladia», que le llame Lady Gladia?

—Esto también suena burlón. ¿Es esto lo que siente por mí?

—¿Un respeto burlón? Claro que no. Pero ¿cómo si no debe un colono dirigirse a una espacial? Intento ser correcto y conformarme a sus costumbres, hacer lo que la haga sentirse cómoda.

—Esto no me hace sentirme cómoda. Llámeme solamente Gladia. Ya se lo sugerí antes. Después de todo, yo bien le llamo D.G.

—Y me parece estupendo, aunque delante de mis hombres y mis oficiales preferiría que me llamara «capitán»; y yo la llamaré «señora». Hay que mantener la disciplina.

—Sí, claro —murmuró Gladia, distraída, mirando otra vez a Aurora—. Yo no tengo hogar.

Se volvió de pronto a D.G. y le preguntó:

—¿Habla en serio cuando me dice que me llevará a la Tierra, D.G.?

—Medio en serio —contestó D.G., sonriente—. A lo mejor no quiere ir…, Gladia.

—Creo que quiero ir, a menos que pierda el valor.

—No existe infección, y esto es lo que temen los espaciales, ¿verdad?

—En exceso, tal vez. Después de todo yo conocí a su antepasado y no me contagié. Estuve en su nave y he sobrevivido. Fíjese, ahora está junto a mí. Incluso he estado en su mundo, rodeada de millares de personas. Creo que he conseguido un cierto grado de inmunidad.

—Debo decirle, Gladia, que la Tierra es mil veces más poblada que Baleymundo.

—No me importa —dijo Gladia con cierto calor en la voz—. He cambiado de modo de pensar en muchas cosas. Le dije que después de veintitrés décadas no queda nada por qué vivir, y resulta ser que sí queda. Lo que me ocurrió en Baleymundo, mi discurso, la reacción de la gente, fue algo enteramente nuevo, algo que nunca había imaginado. Fue como volver a nacer, empezar de nuevo en la primera década. Ahora me parece que, incluso si la Tierra me mata, habrá valido la pena, porque moriría joven y defendiéndome de la muerte, en lugar de vieja, harta y suspirando por ella.

—¡Bien! —exclamó D.G. alzando los brazos en un gesto pseudo-heroico—. Suena como una serie histórica de hiperonda. ¿No las miró alguna vez en Aurora?

—Claro. Son muy populares.

—¿Está imitando una, Gladia, o cree realmente en lo que ha dicho?

Gladia se rió:

—Me figuro que sueno a idiota, D.G., pero lo divertido es que lo digo en serio… si no me falla el valor.

—En este caso, de acuerdo. Iremos a la Tierra. Creo que la considerarán digna de una guerra, especialmente si informa detalladamente sobre los acontecimientos en Solaria, como quieren que haga, y me da su palabra de honor de mujer espacial, si es algo que se hace allí… de que regresará.

—Es que no quiero regresar.

—Pero querrá algún día… Y ahora, Gladia, hablar con usted es siempre un placer, pero siento la tentación de pasar demasiado tiempo haciéndolo y estoy seguro de que me necesitan en la sala de control. Si no es así, y pueden prescindir de mí…, así y todo preferiría que no se enteraran.

58

—¿Fue cosa tuya, amigo Giskard?

—¿A qué te refieres, amigo Daneel?

—Gladia está ansiosa por ir a la Tierra e, incluso, por no regresar. Éste es un deseo tan contrario a lo que una espacial como ella puede desear que, sospecho que has hecho algo a su mente para hacerla pensar así.

—No la he tocado —dijo Giskard—. Ya es suficientemente difícil tocar a cualquier ser humano dentro de los límites de las tres leyes. Hacer algo en la mente de una persona de cuya seguridad uno es directamente responsable, es todavía más difícil.

—Entonces, ¿por qué quiere ir a la Tierra?

—Sus experiencias en Baleymundo han modificado considerablemente su punto de vista. Tiene una misión…, la de mantener la paz en la Galaxia…, y arde en deseos de conseguirlo.

—En este caso, amigo Giskard, ¿no sería mejor hacer lo que puedas para persuadir al capitán, a tu modo, de que vaya directamente a la Tierra?

—Esto crearía dificultades. Las autoridades auroranas insisten tanto en que Gladia sea devuelta a Aurora que será mejor hacerlo…, aunque sea

temporalmente.

—Pero puede ser peligroso hacerlo —dijo Daneel.

—¿Es que sigues creyendo, amigo Daneel, que es a mí a quien quieren retener porque se han enterado de mis habilidades?

—No veo otra razón por su insistencia en el regreso de Gladia.

—Pensar como un hombre tiene sus peligros, veo. Es posible suponer dificultades que no pueden existir. Incluso, si alguien en Aurora estuviera al corriente de la existencia de mi habilidad, es con dicha habilidad con la que podría alejar la sospecha. No hay nada que temer, amigo Daneel.

Y Daneel aceptó de mala gana:

—Como tú digas, amigo Giskard.

59

Gladia miró pensativa a su alrededor, despidiendo a sus robots con un distraído movimiento de la mano. Se miró la mano al hacerlo, casi como si la estuviera viendo por primera vez. Era la misma mano con la que había estrechado las de cada uno de los tripulantes de la nave, antes de entrar en el pequeño ténder que los llevaría a ella y a D.G. a Aurora. Cuando les prometió regresar, la vitorearon. Y Niss le gritó:

—No nos iremos sin usted.

Le había gustado muchísimo que la vitorearan. Sus robots la servían continuamente, leal y pacientemente, pero nunca la vitoreaban. D.G., que la estaba observando con curiosidad, le dijo:

—Seguro que ahora sí se siente en casa, Gladia.

—Estoy en mi vivienda —murmuró—. Ha sido mi vivienda desde que el doctor Fastolfe me la asignó, hace veinte décadas, y todavía se me hace rara.

—Para mí sí es rara —comentó D.G.—. Me encuentro perdido viviendo aquí, solo.

Miró a su alrededor con una media sonrisa, a la complicada decoración, al adorno de las paredes.

—No estará solo, D.G. —le tranquilizó Gladia—. Mis robots estarán con usted y han recibido amplias instrucciones. Se dedicarán a su comodidad.

—¿Entenderán mi acento colonizador?

—Si no lo entienden, le pedirán que lo repita y en este caso hable despacito y con gestos. Le prepararán comida, le enseñarán cómo servirse de las distintas comodidades de la habitación de invitados… y le vigilarán por si se comporta en desacuerdo con su estado. Se lo impedirán, si fuera necesario, pero lo harán sin lastimarle.

—Espero que no me vayan a considerar no-humano.

—¿Como la capataz? No, puedo garantizárselo, D.G. Aunque su barba y su acento pueden confundirles hasta el extremo de que tarden un segundo o dos en reaccionar.

—Y espero también que me protegerán contra los intrusos.

—Lo harán, pero no habrá intrusos.

—El Consejo querrá apoderarse de mí.

—En ese caso mandarían robots y los míos les echarán.

—¿Y si sus robots no dominan a los del Consejo?

—No puede ocurrir, D.G. Una vivienda es inviolable.

—Vamos, Gladia. Quiere decir que nadie nunca ha…

—¡Nadie!, ¡nunca! —respondió vivamente—. Permanezca aquí, tranquilamente y mis robots se ocuparán de todas sus necesidades. Si quiere ponerse en contacto con su nave, con Baleymundo, incluso con el Consejo de Aurora, saben exactamente lo que hay que hacer. No tendrá que mover un solo dedo.

D.G. se dejó caer en el sillón más cercano, se acomodó en él y suspiró profundamente.

—¡Qué prudentes somos al no permitir robots en nuestros mundos! ¿Sabe cuánto tiempo tardaría en corromperme, sumirme en el ocio, si me quedara en este tipo de sociedad? Cinco minutos como máximo. En realidad, ya estoy corrompido. —Bostezó y se desperezó—. ¿Les importará si me quedo dormido?

—Claro que no. Si lo hace, se preocuparán de que su entorno se mantenga silencioso y oscuro.

D.G. se enderezó de pronto.

—¿Y si no vuelve?

—¿Por qué no iba a volver?

—El Consejo parece reclamarla con mucha urgencia…

—No pueden retenerme. Soy ciudadana aurorana libre, y voy a donde quiero.

—Siempre surgen emergencias cuando un gobierno desea fabricarlas…, y en una emergencia, suelen romperse las reglas.

—Tonterías. Giskard, ¿van a retenerme allí?

—Gladia, no la retendrán. El capitán no debe preocuparse por esto.

—Ya lo ve, D.G. Su antepasado, la última vez que me vio, me encareció que siempre confiara en Giskard.

—¡Bien! ¡Excelente! De todos modos, la razón de que haya venido con usted, Gladia, era para estar seguro de que la recuperaré. Recuérdelo y dígaselo a su doctor Amadiro, si es preciso. Si tratan de retenerla contra su voluntad, tendrán que retenerme a mí también… Mi nave, que está en órbita, es perfectamente capaz de reaccionar.

—No, por favor —suplicó Gladia turbada—. No piense en hacer tal cosa. Aurora también tiene naves, y estoy segura que la suya está bajo vigilancia.

—Pero hay una diferencia, Gladia. Dudo mucho de que Aurora quiera ir a la guerra por usted. Por el contrario, Baleymundo estaría dispuesto a hacerlo.

—No puede ser. No me gustaría que fueran a la guerra por mi causa. ¿Y por qué iban a hacerlo? ¿Porque fui amiga de su antepasado?

—No; precisamente por eso, no. No creo que nadie pueda creer que usted fuera su amiga. Tal vez su bisabuela, pero no usted. Incluso yo no creo que fuera usted.

—Sabe que fui yo.

—Intelectualmente, sí. Emocionalmente, lo encuentro imposible. Eso ocurrió hace veinte décadas.

Gladia sacudió la cabeza.

—Es que tiene un punto de vista de vida breve.

—Puede que sea así, pero no importa. Lo que la hace importante para Baleymundo es el discurso que les hizo. Es una heroína y debe ser presentada en la Tierra. Nadie debe impedirlo.

—¿Presentada en la Tierra? —exclamó Gladia algo alarmada—. ¿Con toda ceremonia?

—Con la máxima ceremonia.

—¿Por qué se me considera tan importante como para valer una guerra?

—No estoy seguro de poder explicárselo a una espacial. La Tierra es un mundo especial. La Tierra es un mundo… sagrado. Es el único mundo de verdad. Es donde surgieron los seres humanos y es el único mundo donde evolucionaron y se desarrollaron y vivieron sobre todo un fondo de vida. En Baleymundo tenemos árboles e insectos… En la Tierra tienen una loca profusión de árboles y de insectos que jamás hemos visto en ninguna parte excepto en la Tierra. Nuestros mundos son imitaciones, pálidas imitaciones. No existen, ni pueden existir excepto por la fuerza intelectual, cultural y espiritual que extraen de la Tierra.

—Esto está en oposición a la opinión que los espaciales tienen de la Tierra —musitó Gladia—. Cuando nos referimos a ella, y pocas veces lo hacemos, es como hablar de un mundo bárbaro y en decadencia.

D.G. enrojeció:

—Por eso los mundos espaciales han ido debilitándose. Son como plantas que se han desarraigado, como animales que se han arrancado el corazón.

—Pues yo —dijo Gladia— deseo ver la Tierra por mí misma, pero ahora tengo que marcharme. Por favor, considere ésta como su propia casa hasta que vuelva.

Se dirigió vivamente hacia la puerta, pero se detuvo y agregó:

—En esta vivienda ni en ninguna parte de Aurora hay bebidas alcohólicas ni tabaco, ni estimulantes alcaloides, ni nada de tipo artificial, nada a lo que usted pueda estar acostumbrado…

D.G. sonrió con amargura:

—Lo sabemos. Su gente es muy puritana.

—Nada de puritanos —protestó Gladia—. Las treinta o cuarenta décadas de vida hay que pagarlas… y éste es uno de los pagos. No supondrá

que se consigue por arte de magia, ¿verdad?

—Bueno, me arreglaré con sanos zumos de frutas, con imitación de café y oleré las flores.

—Encontrará abundante surtido de tales cosas. Cuando regrese a su nave, estoy segura de que encontrará compensación por todos los síntomas de abstinencia que tenga que sufrir ahora.

—Sufriré sólo por su ausencia —declaró gravemente D.G.

Gladia se vio obligada a sonreír:

—Es un embustero incorregible, capitán. Volveré… Daneel… Giskard.

60

Gladia estaba sentada, rígida, en el despacho de Amadiro. Durante muchas décadas había visto solamente a Amadiro a distancia, o en la pantalla… En esas ocasiones, le volvía la espalda. Le recordaba solamente como al gran enemigo de Fastolfe y ahora, por primera vez, se encontraba en la misma habitación que él, cara a cara, y tenía que borrar toda expresión de su rostro para que no viera asomar el odio que sentía. Aunque ella y Amadiro eran los únicos seres humanos presentes en la estancia, había por lo menos una docena de altos cargos, incluido el propio Presidente, que presenciaban la entrevista por holovisión de circuito cerrado. Gladia reconoció al Presidente y a algún otro, pero no a todos.

Era una extraña experiencia. Se parecía a la visión generalizada en Solaria, a la que se había acostumbrado de niña… y que recordaba con tanto disgusto.

Hizo un esfuerzo por hablar claramente, sin emoción pero con precisión. Cuando se le formulaba una pregunta, respondía con tanta brevedad como le permitía la claridad y tan indiferente como podía sin faltar a la cortesía. El Presidente escuchaba impasible y los demás le imitaban. Era un hombre mayor… Todos los presidentes lo eran porque se trataba de un cargo que alcanzaban a edad avanzada. Tenía un rostro alargado, mucho cabello aún en la cabeza y cejas hirsutas. Su voz era meliflua, pero nada amistosa. Cuando Gladia terminó, le dijo:

—¿Sugiere que los solarianos han redefinido «ser humano» en un sentido limitado que lo reduce a los solarianos solamente?

—No sugiero nada, señor Presidente. Es simplemente que nadie ha podido encontrar otra explicación que justifique los acontecimientos.

—¿Se da usted cuenta, señora Gladia, de que en toda la historia de la ciencia robótica, ningún robot ha sido diseñado con una definición limitada del «ser humano»?

—No soy una robotista, señor Presidente, y no conozco nada de la matemática de los circuitos positrónicos. Puesto que usted dice que no se ha hecho nunca, yo, claro, lo acepto. Pero por lo que sé, de que no se haya hecho nunca, no se desprende que no pueda hacerse en el futuro. —Sus ojos jamás habían parecido tan grandes y tan inocentes como ahora.

El Presidente se ruborizó, y dijo:

—Teóricamente no es imposible limitar la definición, pero es impensable.

Con los ojos bajos, la mirada puesta en las manos que tenía cruzadas sobre su regazo, Gladia comentó:

—A veces la gente piensa en tales peculiaridades.

El Presidente cambió de tema, y preguntó:

—Una nave aurorana fue destruida, ¿cómo se lo explica?

—Yo no estaba presente en el lugar del incidente, señor Presidente. No tengo idea de lo que ocurrió, ni puedo explicárselo.

—Estaba usted en Solaria, y ha nacido en el planeta. Dada su reciente experiencia y el ambiente de su juventud, ¿que diría qué ocurrió?

El Presidente daba muestras de una mal disimulada impaciencia.

—Si quiere que lo adivine —dijo Gladia—, yo diría que nuestra nave fue destruida por el uso de un intensificador nuclear portátil, similar al que estuvo a punto de utilizarse contra la nave colonizadora.

—¿No le llama la atención que los dos casos sean diferentes? En uno, la nave colonizadora invade Solaria para confiscar robots solarianos; en el otro, una nave de Aurora llega a Solaria para ayudar en la protección de un planeta hermano.

—Yo sólo puedo suponer, señor Presidente, que los capataces, los robots humanoides dejados para guardar el planeta, fueron

insuficientemente instruidos para detectar la diferencia.

El Presidente pareció ofendido.

—Es inconcebible que no fueran instruidos sobre la diferencia que hay entre colonizadores y compañeros espaciales.

—Si usted lo dice, señor Presidente. No obstante, si la única definición de ser humano es aquel que, con aspecto físico de humano, habla en solariano, como nos pareció a los que nos encontrábamos en el lugar, lógicamente los auroranos, que no hablan al estilo, no encajaban con la definición que poseían los capataces.

—Entonces me está diciendo que los solarianos definieron a los espaciales como no-humanos y los sometieron a destrucción.

—Lo presento sólo como una posibilidad porque no se me ocurre otro medio para explicar la destrucción de una nave de guerra aurorana. Gente con más experiencia tal vez presente explicaciones alternativas. —Y de nuevo aquella mirada inocente, casi vacía.

—¿Se propone regresar a Solaria, señora Gladia? —preguntó el Presidente.

—No, señor Presidente, no tengo tal propósito.

—¿No se lo ha pedido su amigo colonizador, a fin de limpiar el planeta de capataces?

Gladia sacudió lentamente la cabeza.

—No me ha pedido nada de eso. De haberlo hecho, me habría negado. Fui a Solaria, en primer lugar, para cumplir mi deber para con Aurora. El doctor Levular Mandamus, del Instituto de Robótica, que trabaja a las órdenes del doctor Amadiro, me lo pidió. Se me pidió que fuera para, a mi regreso, informar sobre los acontecimientos…, como acabo de hacer. La petición, por lo que oí y comprendí, tenía todo el aspecto de una orden, y la recibí —miró fugazmente en dirección de Amadiro— del propio doctor Amadiro.

Amadiro no reaccionó visiblemente. El Presidente prosiguió:

—¿Cuáles son sus planes para el futuro?

Gladia esperó un par de latidos y luego decidió que era mejor enfrentarse directamente con la situación.

—Mi intención, señor Presidente —dijo Gladia despacio y con voz muy clara— es visitar la Tierra.

—¿La Tierra? ¿Y por qué quiere visitar la Tierra?

—Puede ser importante, señor Presidente, para las autoridades auroranas averiguar lo que está ocurriendo allí. Como he sido invitada por las autoridades de Baleymundo a visitarla y el capitán Baley está dispuesto a llevarme, sería una buena oportunidad para traer un informe sobre los acontecimientos, lo mismo que ahora he informado sobre los que tuvieron lugar en Solaria y en Baleymundo.

«Bien —pensó Gladia—, ¿violará la costumbre y me encarcelará en Aurora? De ser así, debía de haber medios para discutir la decisión». Gladia sintió que aumentaba la tensión y dirigió una rápida mirada a Daneel que, naturalmente, parecía totalmente impasible. No obstante, el Presidente, con expresión seria, expuso:

—A este respecto, señora Gladia, tiene usted el derecho de todo aurorano de hacer lo que le parezca, pero será bajo su propia responsabilidad. Nadie se lo va a pedir, como algunos solicitaron, según usted, su visita a Solaria. Por esta razón la advierto que Aurora no se sentirá obligada a ayudarla en caso de una desgracia.

—Lo comprendo, señor.

El Presidente dijo de pronto:

—Habrá mucho que discutir sobre el asunto más tarde, Amadiro. Me pondré en contacto con usted.

Las imágenes desaparecieron y Gladia se encontró repentinamente sola con sus robots y con Amadiro y los suyos.

61

Gladia se puso en pie y dijo, evitando cuidadosamente mirar a Amadiro al hablarle:

—Me figuro que la reunión ha terminado, así que me voy ya.

—Por supuesto, pero tengo que hacerle una o dos preguntas, que confío en que no la molestarán. —Su alta figura parecía dominarla cuando se puso

en pie, pero le sonrió y se dirigió a ella con suma cortesía, como si se hubiera establecido cierta amistad entre ambos—. Deje que la acompañe, señora Gladia. ¿Así que va a ir a la Tierra?

—Sí. El Presidente no tuvo ninguna objeción y una ciudadana aurorana puede viajar libremente por la Galaxia en tiempos de paz. Le ruego me perdone, pero mis robots, y los suyos si fuera necesario, son suficiente compañía.

—Como usted diga. —Un robot les abrió la puerta—. Me figuro que llevará robots con usted, cuando vaya a la Tierra.

—Por supuesto.

—¿Qué robots, señora, si me permite preguntárselo?

—Estos dos. Los dos que están conmigo —sus zapatos pisaban fuerte al avanzar, rápida, por el corredor tras Amadiro sin hacer el menor esfuerzo por averiguar si la había oído.

—¿Es eso prudente, señora? Son robots muy avanzados, productos poco corrientes del gran doctor Fastolfe. Estará rodeada de bárbaros que pueden codiciarlos.

—Supongo que serán codiciados, pero le aseguro que no los conseguirán.

—No minimice el peligro, ni sobrestime la protección robótica. Estará en una de sus ciudades, rodeada por decenas de millones de esa gente y los robots no pueden dañar a los seres humanos. En realidad cuanto más perfecto es un robot, más sensible es a los matices de las tres leyes, y menos dispuesto a tomar cualquier acción que pueda lastimar a un ser humano… ¿No es así, Daneel?

—Sí, doctor Amadiro.

—Imagino que Giskard está también de acuerdo.

—Lo estoy —dijo Giskard.

—¿Se da cuenta, señora? Aquí, en Aurora, en una sociedad libre de violencia, sus robots pueden protegerla contra otros. En la Tierra, locos, decadentes y bárbaros, será imposible que dos robots puedan protegerla y protegerse. No querríamos verla privada de ellos. Ni nosotros, por decirlo de una forma más egoísta, los del Instituto ni el gobierno estamos dispuestos a ver robots avanzados en manos de los bárbaros. ¿No sería

preferible llevarse robots de un tipo más corriente, que la gente de la Tierra ignorara? En este caso puede llevarse cuantos quiera.

—Doctor Amadiro —dijo Gladia—, me llevé a estos dos robots a Solaria en una nave y visité un mundo de colonizadores. Nadie hizo el menor gesto para apropiarse de ellos.

—Los colonizadores no utilizan robots y presumen de no quererlos. Pero en la Tierra todavía utilizan robots.

—Si me permite interrumpir, doctor Amadiro —interpuso Daneel—. Tengo entendido que en la Tierra hay una redistribución de robots. Hay muy pocos en las ciudades. Casi todos son utilizados ahora en operaciones agrícolas o mineras. Por lo demás, el automatismo no robótico es la norma.

Amadiro echó una mirada a Daneel y volvió a dirigirse a Gladia:

—Su robot tiene probablemente razón. Supongo que no correrá ningún riesgo llevándose a Daneel; además, casi puede pasar por humano. No obstante, Giskard debería quedarse en su vivienda. Podría despertar instintos adquisitivos en una sociedad adquisitiva, si bien es cierto que están intentando liberarse de los robots.

—No se quedará ninguno, señor. Vendrán conmigo. Solamente yo puedo juzgar qué partes de mis propiedades pueden venir conmigo y cuáles no.

—Naturalmente. —Amadiro sonrió con suma amabilidad—. Nadie se lo discute… ¿Le importa esperar un momento ahí?

Se abrió otra puerta mostrando una estancia cómodamente amueblada. No tenía ventanas, pero estaba iluminada por una luz difusa y se oía una música suave.

Gladia se detuvo bruscamente en el umbral y preguntó tajante:

—¿Por qué?

—Un miembro del Instituto desea verla y hablarle. No le llevará mucho tiempo, pero es necesario. Una vez que haya terminado, podrá marcharse. Ni siquiera la molestaré con mi presencia, a partir de ahora. Por favor.

Había un dejo acerado en sus últimas palabras. Gladia alargó los brazos hacia Daneel y Giskard, diciéndoles:

—Entramos juntos.

—¿Cree que intento separarla de sus robots? —preguntó Amadiro sonriente—. ¿Cree que ellos me lo permitirían? Ha pasado demasiado tiempo con los colonizadores, querida.

Gladia contempló la puerta cerrada y dijo entre dientes:

—Este hombre me disgusta profundamente, y mucho más cuando sonríe y trata de apaciguarme… En todo caso, estoy cansada. Si alguien viene con preguntas sobre Solaria y Baleymundo, verán las respuestas que van a recibir.

Se desperezó y sus articulaciones crujieron ligeramente. Se sentó en un diván que cedió bajo su peso. Se descalzó, levantó los pies sobre el diván, sonrió medio adormilada, respiró profundamente, se echó de lado y con la cabeza hacia la pared, se sumió, al instante, en un profundo sueño.

62

—Es una suerte que tuviera sueño natural —dijo Giskard—. Así he podido aumentárselo sin causarle ningún daño. No quisiera que Gladia oyera lo que va a ocurrir.

—¿Qué puede ocurrir, amigo Giskard?

—Lo que va a ocurrir es el resultado, creo yo, de que estoy equivocado y tú, amigo Daneel, estás en lo cierto. Hubiera debido tener más en cuenta tu excelente mente.

—¿Es a ti a quien quieren en Aurora?

—Sí. Y reclamando urgentemente el regreso de Gladia, reclamaban el mío. Ya oíste al doctor Amadiro pedir que no nos llevara. En un principio a los dos, luego a mí solo.

—¿Puede ser que sus palabras no tengan más que un significado superficial, y que realmente juzgue peligroso llevar a la Tierra, y perderlo, a un robot superior?

—Había una gran corriente de ansiedad, amigo Daneel, que considero excesiva en relación con sus palabras.

—¿Puedes decirme si está enterado de tu especial habilidad?

—No puedo decírtelo directamente ya que no leo los pensamientos. No obstante, por dos veces en el curso de la entrevista con los miembros del Consejo reunido hubo una súbita aceleración en el nivel de intensidad emocional del doctor Amadiro. Unas subidas extraordinariamente agudas. No puedo describirlo con palabras pero sería parecido, quizás, a contemplar una escena en blanco y negro y, de pronto, rápida y fugaz, verla manchada de intenso color.

—¿Cuándo ocurrió esto, amigo Giskard?

—La segunda vez fue cuando Gladia mencionó que pensaba ir a la Tierra.

—Pero esto no creó inquietud visible entre los miembros del Consejo. ¿Cómo estaban sus mentes?

—No podría decírtelo. Estaban presentes mediante holovisión y estas imágenes no van acompañadas por sensaciones mentales que pueda detectar.

—Llegamos, pues, a la conclusión de que tanto si el Consejo está preocupado o no por el proyectado viaje de Gladia a la Tierra, como si no lo está, el doctor Amadiro, por lo menos, sí lo está.

—No era una simple preocupación. El doctor Amadiro experimentaba una extrema ansiedad; algo previsible, como si, por ejemplo, tuviera un proyecto, como el que sospechamos de la destrucción de la Tierra, y temiera que se descubriera. Y lo que es más, cuando Gladia mencionó su intención, amigo Daneel, el doctor Amadiro me lanzó una mirada de refilón; la única vez que lo hizo en toda la sesión. El destello de intensidad emocional coincidió con aquella mirada. Creo que fue la idea de que yo fuera a la Tierra lo que le angustió. Como si creyera que yo, con mi habilidad especial, fuera un peligro determinado para sus planes.

—También sus actos pueden tomarse, amigo Giskard, como de acuerdo con su temor de que los de la Tierra traten de apropiarse de ti por ser un robot superior y que esto es malo para Aurora.

—La posibilidad de que esto ocurra, amigo Daneel, y el grado de perjuicio que esto cause a la comunidad espacial es demasiado pequeño para justificar su alto grado de ansiedad. ¿Qué daño podría yo causar a

Aurora si estuviera en poder de la Tierra siendo el Giskard que figura que soy?

—¿Entonces has llegado a la conclusión de que el doctor Amadiro sabe que no eres el Giskard que pareces ser?

—No estoy seguro. Puede que solamente sospeche. Si lo supiera, ¿no haría cualquier esfuerzo para evitar hacer planes en mi presencia?

—Tal vez su desgracia resida en que Gladia no quiere separarse de nosotros. No puede insistir en que no estés presente, amigo Giskard, sin que descubra lo que sabe de ti… —Daneel hizo una pausa, luego prosiguió—: Amigo Giskard, tienes una gran ventaja al poder pesar el contenido emocional de las gentes. Pero dijiste que la crecida de intensidad emocional del doctor Amadiro, al oír mencionar el viaje a la Tierra, fue la segunda. ¿Cuál fue la primera?

—La primera ocurrió cuando se habló del intensificador nuclear, y esto también es significativo. El concepto de intensificador nuclear es sobradamente conocido en Aurora. No tienen ninguno portátil, ni lo suficientemente ligero y efectivo como para que resulte útil a bordo de una nave, pero no es algo que le sacudiera como una descarga. ¿Por qué tanta ansiedad?

—Posiblemente, porque un intensificador de este tipo tiene que ver con sus planes sobre la Tierra.

Y fue en aquel momento cuando la puerta se abrió, alguien entró, y una voz exclamó:

—Vaya… ¡Giskard!

63

Giskard miró a la recién llegada y dijo con voz tranquila:

—Señora Vasilia.

—¡Así que te acuerdas de mí! —comentó Vasilia sonriendo afectuosa.

—Sí, señora. Es usted una famosa robotista y su rostro aparece en las noticias de hiperonda de vez en cuando.

—Vamos, Giskard, no me refiero a que me reconozcas. Todo el mundo puede hacerlo. Quiero decir si me recuerdas. En otros tiempos me llamabas señorita Vasilia.

—También lo recuerdo, señora. Pero hace mucho tiempo.

Vasilia cerró la puerta tras sí y se sentó en una de las butacas. Se volvió hacia el otro robot y añadió:

—Y tú eres Daneel, naturalmente.

—Sí, señora —respondió Daneel—. Sirviéndome de la distinción que acaba de hacer, no solamente la recuerdo, porque me encontraba con el inspector Elijah Baley una vez que la interrogó, sino que también la reconozco.

—No debes volver a mencionar ese nombre —cortó Vasilia—. También te reconozco yo, Daneel. A tu manera eres tan famoso como yo. Ambos son famosos por ser las mayores creaciones del malogrado doctor Han Fastolfe.

—De su padre, señora —corrigió Giskard.

—Sabes perfectamente, Giskard, que no doy la menor importancia a esa relación puramente genética. No vuelvas a referirte a él como tal.

—No lo haré, señora.

—¿Y ésta? —indicó, despectiva, a la durmiente del diván—. Puesto que ambos están aquí tengo que suponer, razonablemente, que la bella durmiente es la mujer solariana.

—Es la señora Gladia y le pertenezco —aclaró Giskard—. ¿Quiere que la despierte, señora?

—No haríamos sino molestarla, Giskard, si tú y yo hablamos de tiempos pasados. Déjala dormir.

—Sí, señora.

—Tal vez la discusión que Giskard y yo sostendremos no tendrá el menor interés para ti, Daneel. ¿Quieres esperar fuera? —dijo Vasilia.

—Temo no poder salir, señora. Mi obligación es guardar a Gladia.

—No creo que necesite que se la guarde de mí. Te fijarás que no he traído a ninguno de mis robots, así que Giskard solo será protección más que suficiente para su señora solariana.

—No tiene robots en esta habitación, señora, pero he visto a cuatro esperando en el corredor cuando se abrió la puerta. Será mejor que me

quede.

—Bien, no quiero interferir en tus órdenes. Puedes quedarte. ¡Giskard!

—Sí, señora.

—¿Recuerdas cuándo fuiste activado por primera vez?

—Sí, señora.

—¿Qué recuerdas?

—Primero luz. Luego sonido. Luego una cristalización a la vista del doctor Fastolfe. Podía entender el galáctico estándar y poseía cierto conocimiento innato integrado en mis circuitos positrónicos cerebrales. Las tres leyes, naturalmente; un amplio vocabulario, con definiciones; obligaciones robóticas; costumbres sociales. Lo demás lo aprendí rápidamente.

—¿Te acuerdas de tu primer propietario?

—Sí, como te he dicho ya, el doctor Fastolfe.

—Vuelve a pensar, Giskard. ¿No fui yo?

Giskard no tardó en contestar:

—Señora, fui asignado para guardarla en mi capacidad de posesión del doctor Han Fastolfe.

—Creo que fue algo más que esto. Me obedeciste solamente a mí durante diez años. Si obedecías a alguien más, incluyendo al doctor Fastolfe, fue sólo incidentalmente, como consecuencia de tus deberes robóticos y sólo en cuanto tenía que ver con tu función de guardarme.

—Es cierto que fui asignado a usted, señora Vasilia, pero el doctor Fastolfe retuvo la propiedad. Una vez que abandonó usted su residencia, volvió a tener completo control de mí, como propietario. Siguió siendo mi propietario incluso cuando, más tarde, me asignó a Gladia. Fue mi solo y único propietario mientras vivió. A su muerte, y por su testamento, se transfirió mi propiedad a Gladia y así hasta ahora.

—Nada de eso. Te he preguntado si recuerdas cuándo fuiste activado por primera vez, y qué recuerdas. Lo que eras cuando fuiste activado por primera vez, no es lo que eres ahora.

—Mis bancos de memoria, señora, están ahora incomparablemente enriquecidos: poseo una enorme experiencia que no tenía entonces.

La voz de Vasilia se hizo más severa:

—Ni te hablo de memoria, ni te hablo de experiencia. Te hablo de capacidad. Aumenté tus circuitos positrónicos. Los ajusté. Los mejoré.

—Sí, señora; lo hizo, con ayuda y aprobación del doctor Fastolfe.

—En cierto momento, Giskard, en una ocasión, introduje por lo menos una mejora más, una extensión, sin la ayuda y aprobación del doctor Fastolfe. ¿Lo recuerdas?

Giskard permaneció en silencio un buen rato, luego dijo:

—Recuerdo una ocasión en que no fui testigo de que le consultara, y supuse que le había consultado en un momento en que yo no estaba presente.

—Si supusiste tal cosa, supusiste mal. De hecho, por conocer que no estaba en nuestro mundo entonces, no pudiste haberlo asumido. Te estás mostrando evasivo, por no emplear una palabra más fuerte.

—No, señora. Pudo haberle consultado por hiperonda. Consideré esta posibilidad.

—Sin embargo, ese añadido fue solamente mío. El resultado fue que te volviste un robot sustancialmente diferente de lo que habías sido antes. El robot que has sido desde que introduje aquel cambio ha sido diseño mío, mi creación, y lo sabes perfectamente.

Giskard guardó silencio.

—Ahora bien, Giskard, ¿con qué derecho era el doctor Fastolfe tu amo cuando fuiste activado? —Esperó, luego le insistió violentamente—: Contéstame, Giskard. ¡Es una orden!

—Por haberme diseñado y haber supervisado mi construcción, era propiedad suya.

—Y cuando yo, en efecto, te rediseñé y reconstruí de forma muy fundamental, ¿no pasaste a ser propiedad mía?

—No puedo contestar esta pregunta. Sería precisa la intervención y decisión de un tribunal para discutir este caso específico. Tal vez dependería del grado en que fui rediseñado y reconstruido.

—¿Te das cuenta de hasta qué grado se hizo?

Giskard volvió a guardar silencio.

—Esto es infantil, Giskard —declaró Vasilia—. ¿Tengo que darte un empujón después de cada pregunta? No me provoques. En este caso, al

menos, el silencio es una clara indicación afirmativa. Sabes bien cuál fue el cambio y cuán fundamental. Sabes que yo sé que lo fue. Has dormido a la mujer solariana porque no querías que se enterara por mí de lo que ocurrió. No lo sabe, ¿verdad?

—No lo sabe, señora —respondió Giskard.

—¿Y no quieres que lo sepa?

—En efecto, señora.

—¿Lo sabe Daneel?

—Lo sabe, señora.

—Me lo supuse por su interés en quedarse. Ahora, escúchame bien, Giskard. Supón que un tribunal descubre que, antes de que te rediseñara, eras un robot ordinario y que, después de rediseñarte eres un robot capaz de percibir el funcionamiento de la mente humana y de ajustarla a tu gusto. ¿Crees que podrían dejar de considerarlo un cambio lo bastante grande para que los derechos de propietario pasaran a mis manos?

—Señora Vasilia —dijo Giskard—, sería imposible que esto pasara ante un tribunal de justicia. Dadas las circunstancias, se me declararía, con toda seguridad, propiedad del Estado por razones más que obvias. Incluso podría darse la orden de desactivarme.

—Tonterías. ¿Me tomas por una niña? Con tu habilidad podrías evitar que el tribunal llegara a esta decisión. Pero no se trata de eso, no estoy sugiriendo que lo lleves ante los tribunales. Te pregunto tu propia opinión. ¿No dirías que soy tu legítima propietaria, y que lo he sido desde que era joven?

—Gladia se considera mi propietaria y hasta que la ley dicte lo contrario, debe ser considerada como tal.

—Pero tú sabes que tanto ella como la ley están equivocadas. Si te preocupan los sentimientos de tu mujer solariana, sería fácil ajustar su mente para que no le importara que no fueras propiedad suya. Incluso puedes hacer que se sienta aliviada de que la libre de ti. Voy a ordenarte que lo hagas así tan pronto como te decidas a admitir lo que ya sabes… que soy tu propietaria. ¿Desde cuándo está Daneel enterado de tu naturaleza?

—Desde hace décadas.

—Puedes hacer que lo olvide. Hace algún tiempo que el doctor Amadiro también lo sabe y hay que hacérselo olvidar. Solamente tú y yo lo sabremos.

Daneel intervino, de pronto:

—Señora, puesto que Giskard no se considera propiedad de usted, puede hacer fácilmente que usted se olvide y así estará perfectamente satisfecha con las cosas tal como están.

Vasilia dirigió una fría mirada a Daneel.

—¿Crees que puede? Lo que ocurre es que él no es quién para decidir a quién debe considerar como su dueño. Sé que Giskard sabe que yo soy su dueña, así que su obediencia, según las tres leyes, me pertenece por entero. Si hace que alguien olvide, y puede hacerlo, sin causarle daño físico, será necesario que elija a cualquiera menos a mí. No puedo hacerme olvidar ni modificar mi mente de ningún modo. Te agradezco, Daneel, que me hayas dado la oportunidad de poner esto bien en claro.

—Pero las emociones de Gladia están tan puestas en él —insistió Daneel— que para forzarla a olvidar, Giskard podría lastimarla.

—Giskard es el que debe decidirlo… Giskard, eres mío. Sabes que eres mío y te ordeno que impongas el olvido a este robot imitación de hombre que está junto a mí y a la mujer que equivocadamente te trató como su propiedad. Hazlo mientras duerme y no se la lastimará en nada.

—Amigo Giskard, la señora Gladia es tu propietaria legal. Si induces el olvido en la señora Vasilia, no le harás ningún daño.

—Sí lo hará —dijo Vasilia al instante—. La mujer solariana no sufrirá, porque sólo necesita olvidar que está bajo la impresión de que es propietaria de Giskard. Yo, por el contrario, sé que Giskard posee poderes mentales. Arrancarme esto sería mucho más complejo. Giskard conoce bien mi intensa determinación de conservar este conocimiento, así que no podría evitar causarme daños en el proceso de arrancármelo.

—Amigo Giskard…

Vasilia interrumpió con una voz dura como el diamante:

—Te ordeno, robot Daneel Olivaw, que te calles. No soy tu dueña, pero tu dueña duerme y no puede revocar la orden, así que mi orden debe ser obedecida.

Daneel guardó silencio, pero sus labios temblaron como si tratara de hablar, pese a la orden impuesta.

Vasilia le observó con una sonrisa divertida en los labios:

—Como ves, Daneel, no puedes hablar.

Y Daneel dijo en un murmullo enronquecido:

—Sí, puedo, señora, pero lo encuentro difícil; puedo, porque descubro que algo tiene preferencia sobre su orden, algo solamente gobernado por la segunda ley.

Los ojos de Vasilia se desorbitaron y exclamó:

—Silencio, he dicho. Nada tiene preferencia sobre mi orden, excepto la primera ley, y ya he demostrado que Giskard causará el mínimo daño… Bueno, no causará ningún daño… si vuelve a mí. A mí no me dañará, es a quien menos daño puede hacer, si toma otra decisión.

Volvió a señalar a Daneel con el dedo y en un siseo, ordenó:

—¡Silencio!

Daneel tuvo que hacer un enorme esfuerzo por no emitir ningún sonido. La pequeña bomba interior que manipulaba la corriente de aire que producía el sonido, hacía un ruido apagado como un pequeño zumbido, mientras trabajaba. No obstante, aunque su murmullo fue más ronco, podía oírse aún. Dijo:

—Señora Vasilia, hay algo que trasciende incluso la primera ley.

Giskard habló entonces, con voz igualmente baja, pero clara:

—Amigo Daneel, no debes decir eso. Nada trasciende la primera ley.

Vasilia, todavía ceñuda, mostró cierto interés:

—¿De veras? Daneel, te advierto que si intentas seguir adelante en esa extraña discusión, terminarás destruyéndote. Jamás he visto ni oído a un robot haciendo lo que estás haciendo tú y sería fascinante contemplar tu autodestrucción. Sigue hablando.

Recibida la orden, la voz de Daneel volvió inmediatamente al tono normal:

—Gracias, Vasilia… Hace años, me senté junto al lecho de muerte de un hombre de la Tierra, al que me ha pedido que no nombre. ¿Puedo ahora hablar de él?, ¿sabe a quién me refiero?

—Hablas del policía aquel, Baley —dijo Vasilia con voz opaca.

—Sí, señora. En su lecho de muerte me dijo: «El trabajo de un individuo contribuye al de todos y así se vuelve una parte inmortal de la totalidad. La totalidad de las vidas humana pasadas, presentes y futuras,… forma un tapiz que existe desde hace decenas de millares de años y cada vez se hace más complicado y, en general, más hermoso cada día. Incluso los espaciales forman parte del tapiz, y ellos, también añaden complicación y belleza al dibujo. Una vida individual es como una hebra en el tapiz, ¿y qué es una hebra comparada con toda la pieza? Daneel, mantén fijamente tu mente en el tapiz y no permitas que una sola hebra suelta te afecte».

—¡Sentimentalismo nauseabundo! —murmuró Vasilia.

—Creo que el colega Elijah trataba de protegerme contra su muerte cercana —prosiguió Daneel—. Era su propia vida la que comparaba a una hebra del tapiz; era su propia vida «la hebra suelta» que no debía afectarme. En aquella crisis sus palabras me protegieron.

—Sin duda —dijo Vasilia—. Pero llega al punto de trascender la primera ley. Que es lo que ahora va a destruirte.

—Durante décadas he meditado sobre lo que me dijo el inspector Elijah Baley, y es más que probable que lo hubiera entendido en el acto si las tres leyes no se hubieran interpuesto. Me ha ayudado en la investigación mi amigo Giskard, que desde hace tiempo ha pensado que las tres leyes son incompletas. También he sido ayudado en algunos puntos por Gladia, por algo que dijo en un reciente discurso, en un mundo colonizador. Y lo que es más, señora Vasilia, esta crisis actual ha servido para agudizar mi forma de pensar. Ahora estoy seguro de la manera en que las tres leyes son incompletas.

—Un robot, que también es robotista —comentó despectiva, Vasilia—. ¿En qué son incompletas las tres leyes, robot?

—El tapiz de la vida es más importante que una sola hebra. Apliquen esto no sólo al colega Elijah Baley, sino generalícenlo y podemos llegar a la conclusión de que la humanidad, como un todo, es más importante que un solo ser humano.

—Te trabas al decirlo, robot. No lo crees.

—Hay una ley que es superior a la primera ley. «Un robot no puede lastimar a la humanidad o, por falta de acción, permitir que la humanidad

sufra daños». La considero ahora la ley Cero de la Robótica. La primera ley debería decir: «Un robot no debe dañar a un ser humano, o permitir, por inacción, que el ser humano sufra algún daño, a menos que tal acción viole la ley Cero de la Robótica».

—¿Y sigues en pie, robot? —rezongó Vasilia.

—Y sigo en pie, señora.

—Entonces voy a explicarte algo, robot, y veremos si puedes sobrevivir a la explicación… Las tres leyes de la Robótica se refieren a seres humanos y robots individuales. Puedes indicarme un individuo o un robot individual. Pero ¿qué es tu «humanidad» sino una abstracción? ¿Puedes mostrarme la humanidad? Puedes dañar, o no dañar, a un ser humano específico y comprender el daño o la falta del daño que ha ocurrido. ¿Puedes ver un daño hecho a la humanidad? ¿Puedes comprenderlo? ¿Puedes señalármelo?

Daneel guardó silencio. Vasilia sonrió satisfecha:

—Contesta, robot. ¿Puedes ver un daño a la humanidad y señalármelo?

—No, señora, no puedo. Sin embargo, creo que este daño puede existir, y como puede ver todavía sigo en pie.

—Entonces pregunta a Giskard si él obedecerá, o si puede obedecer a tu ley Cero de la Robótica.

Daneel volvió la cabeza hacia Giskard y le dijo:

—¿Amigo Giskard?

—No puedo aceptar la ley Cero, amigo Daneel —respondió Giskard lentamente—. Sabes que he leído mucho sobre la historia humana. En ella he descubierto grandes crímenes cometidos por seres humanos y la excusa era siempre que estaban justificados por las necesidades de la tribu, del Estado o, incluso, de la humanidad una abstracción por lo que se la utiliza libremente para justificar cualquier cosa y, por tanto, tu ley Cero es inconveniente.

—Tú sabes, amigo Giskard —insistió Daneel—, que ahora existe un peligro para la humanidad y que seguramente dará su fruto cuando pases a ser propiedad de Vasilia. Esto por lo menos no es una abstracción.

—El peligro a que te refieres no es algo conocido, solamente supuesto. No podemos cimentar nuestras acciones desafiando las tres leyes, por esa suposición.

Daneel calló y luego añadió en voz baja:

—Tienes la esperanza de que tus estudios de la historia humana te ayuden a desarrollar las leyes que rigen el comportamiento humano, de que aprenderás a predecir y guiar la historia humana… o, por lo menos, iniciar algo para que algún día alguien aprenda a predecir o a guiar. Incluso has calificado esta técnica de «psicohistoria». Con ello, ¿no estás manejando el tapiz humano? ¿No estás tratando de trabajar con la humanidad como con un todo generalizado, más que como una colección de seres humanos individuales?

—En efecto, amigo Daneel, pero hasta ahora no es más que una esperanza y no puedo basar mis actos sobre una mera esperanza, ni puedo modificar las tres leyes por la misma razón.

A esto Daneel no respondió; pero Vasilia replicó:

—Bien, robot, todos tus esfuerzos no han llegado a nada y, no obstante, sigues en pie. Eres curiosamente testarudo. Un robot como tú, que se atreve a denunciar las tres leyes y sigue funcionando, es un claro peligro para todos y cada uno de los seres humanos. Por esta razón creo que debes ser desactivado al instante. El caso es demasiado peligroso para esperar la lenta majestad de la ley, especialmente después de todo, por ser un robot y no el ser humano al que tratas de parecerte.

—De seguro, señora —objetó Daneel—; no está bien que tome semejante decisión por si sola.

—Pues la he tomado y si hay repercusiones legales a partir de ahora, me ocuparé de ellas.

—Privará así a Gladia de un segundo robot…, uno al que no tiene usted derecho.

—Entre ella y Fastolfe me han privado de mi robot, Giskard, por más de veinte décadas. No creo que eso les preocupara ni por un momento. Ahora, por tanto, no me preocupará privarla a ella. Tiene docenas de robots y hay muchos aquí, en el Instituto, que la acompañarán, que la guardarán hasta que pueda volver a los suyos.

—Amigo Giskard, si pudieras despertar a Gladia, tal vez ella pueda persuadir a la señora Vasilia…

Vasilia miró a Giskard, frunció el entrecejo y ordenó:

—No, Giskard. Deja dormir a la mujer.

Giskard, que se había movido al oír las palabras de Daneel, se quedó quieto.

Vasilia chasqueó el pulgar y el índice de la mano derecha por tres veces seguidas y al momento se abrió rápidamente la puerta y entraron cuatro robots.

—Tenías razón Daneel. Hay cuatro robots. Te desarmarán; te ordeno que no te resistas. A partir de ahora, Giskard y yo nos ocuparemos de todo lo demás.

Los robots miraron a Daneel, y por unos segundos no se movieron. Vasilia ordenó, impaciente:

—Os he dicho que es un robot; no tengáis en cuenta su apariencia humana. Daneel, diles que eres un robot.

—Soy un robot, y no me resistiré.

Vasilia se hizo a un lado y los cuatro robots avanzaron. Los brazos de Daneel permanecieron inmóviles. Se volvió para mirar a la durmiente Gladia una última vez y luego se enfrentó con los robots.

Vasilia sonrió y murmuró:

—Esto va a ser interesante.

Los robots se detuvieron. Vasilia insistió:

—¡Terminen!

No se movieron. Vasilia se volvió para mirar, estupefacta, a Giskard. No terminó el movimiento. Sus músculos cedieron y cayó al suelo. Giskard la levantó y la sentó con la espalda apoyada en la pared. Dijo con voz apagada:

—Necesito un momento; luego nos iremos.

Pasó el momento. Los ojos de Vasilia permanecieron vidriosos, perdidos. Sus robots seguían inmóviles. Daneel se acercó a Gladia de una zancada. Giskard levantó la cabeza y dijo a los robots de Vasilia:

—Guarden bien a vuestra señora. No dejen entrar a nadie hasta que despierte. Despertará plácidamente.

Mientras él hablaba, Gladia despertó y Daneel la ayudó a levantarse.

—¿Quién es esta mujer? ¿De quién son estos robots? ¿Cómo…?

Giskard dijo con voz firme, pero con cierto agotamiento:

—Después se lo explicaré, Gladia. Ahora debemos darnos prisa.

Y se fueron.

QUINTA PARTE

LA TIERRA

EL MUNDO SAGRADO

64

Amadiro se mordió el labio inferior, sus ojos miraron a Mandamus, que parecía perdido en sus pensamientos, y dijo, a la defensiva:

—Ella insistió. Me dijo que solamente ella podía manejar a ese Giskard, que solamente ella podía ejercer una influencia suficientemente fuerte sobre el robot y evitar así que utilizara sus poderes mentales.

—Nunca me dijo nada de eso a mí, doctor Amadiro.

—No estaba seguro de lo que había que decir, joven. No estaba seguro de que ella tuviera razón.

—¿Y está seguro, ahora?

—Completamente seguro. Ella no recuerda nada de lo que ocurrió.

—Así que no sabemos nada de lo que ocurrió.

Amadiro asintió.

—Exactamente. Y no se acuerda nada de lo que me había dicho antes.

—¿No estará haciendo comedia?

—Me preocupé de que le hicieran un electroencefalograma de urgencia. Había cambios visibles desde los datos anteriores.

—¿Hay probabilidad de que con el tiempo recobre la memoria?

Amadiro movió la cabeza, entristecido:

—¿Quién sabe? Pero lo dudo.

Mandamus, con los ojos todavía bajos, todavía sumido en sus pensamientos, dijo:

—Ya no importa. Podemos dar por cierta su explicación sobre Giskard, y sabemos que tiene el poder de afectar la mente. Ese conocimiento es crucial, y ahora es nuestro. El caso es que ha sido una suerte que nuestra colega robotista fracasara. Si Vasilia hubiera dispuesto del control de ese robot, ¿cuánto tiempo supone que habría transcurrido para que usted y yo también nos encontráramos bajo su control, suponiendo que creyera que valía la pena controlarnos?

Amadiro asintió de nuevo.

—Supongo que algo así debe de tener *in mente*. No obstante, ahora mismo es difícil saber lo que se proponía. Parece que, superficialmente al menos, no ha sufrido otro daño que la pérdida específica de la memoria. Aparentemente recuerda todo lo demás, pero ¿quién sabe cómo puede afectar esto al proceso profundo del pensamiento y su habilidad como robotista? Que Giskard haya podido hacer esto a alguien tan experto como ella, le transforma en un fenómeno increíblemente peligroso.

—¿No se le ha ocurrido, doctor Amadiro, que los colonizadores pueden tener razón en su desconfianza de los robots?

—Casi, Mandamus.

Mandamus se frotó las manos y comentó:

—Por su actitud deprimida supongo que todo este asunto no se descubrió hasta después de que pudieran abandonar Aurora.

—Supone correctamente. El capitán colonizador tiene en su nave a la mujer solariana y a sus dos robots y va en dirección de la Tierra.

—¿Y cómo nos afecta esto a nosotros?

—De ningún modo derrotados, a mi entender —dijo, despacio, Amadiro —. Si terminamos nuestro proyecto, hemos ganado con o sin él. Y podemos completarlo. Lo que Giskard puede hacer con las emociones o a las emociones, no lo puede con los pensamientos. Podrá decir cuándo un sentimiento cruza una mente humana, o incluso distinguir un sentimiento de otro, o cambiar uno por otro, o inducir al sueño, o a la amnesia… cosas así, pero no puede ser listo. No puede entender palabras o ideas.

—¿Está seguro?

—Así lo dijo Vasilia.

—Tal vez no sabía bien de lo que estaba hablando. Después de todo, no supo controlar a su robot, como dijo que era capaz de hacer. Esto no es una prueba de su exactitud o comprensión.

—Pero yo le creo. Conseguir leer el pensamiento requeriría tal complejidad en sus circuitos positrónicos que es totalmente imposible que una criatura pudiera cambiárselos al robot, hace veinte décadas. En realidad, es mucho más avanzado que el actual estado del arte, Mandamus. Tiene que estar de acuerdo.

—Así parece. ¿Y se dirigen a la Tierra?

—Estoy seguro de que sí.

—Pero esta mujer, tal como se ha criado, ¿sería capaz de ir al planeta Tierra?

—No puede elegir si Giskard la controla.

—¿Y por qué iba a querer Giskard que fuera a la Tierra? ¿Puede estar enterado de nuestro proyecto? Usted parece creer que no sabe nada.

—Estoy seguro de que no sabe nada. Sus motivaciones para ir a la Tierra serán situarse él y la mujer solariana fuera de nuestro alcance.

—Pudo manejar a Vasilia, así que creo que no nos teme.

—Una arma de largo alcance —comentó, glacial, Amadiro— lo aniquilaría. Sus propias habilidades deben tener un radio de acción limitado. Es posible que no se basen más que en su campo electromagnético y estén sometidas a la ley inversa. Así que si nos ponemos fuera del alcance de su mente, descubrirá que no está fuera del alcance de nuestras armas.

Mandamus, ceñudo, pareció inquieto.

—Parece usted sentir un gusto no espacial por la violencia, doctor Amadiro. Aunque pienso que en un caso como éste, la fuerza es permisible.

—¿En un caso como éste? ¿Un robot capaz de hacer daño a los seres humanos? Ya lo creo que sí. Tendremos que buscar un pretexto para enviar a una buena nave en su persecución. No sería prudente explicar la situación actual.

—No —respondió, enfático, Mandamus—. Piense en cuántos desearían tener control personal de semejante robot.

—Cosa que no podemos permitir. Y que es otra de las razones por las que creo que la destrucción del robot es el medio preferible y más seguro.

—Puede que tenga razón —asintió Mandamus, aunque de mala gana—, pero creo también que no es prudente pensar sólo en la destrucción. Debo ir a la Tierra… ¡ahora! Hay que acelerar el proyecto hasta su conclusión, aunque falten los puntos sobre las íes. Una vez hecho, ya estará hecho. Incluso un robot capaz de alterar las mentes, al no estar bajo el control de nadie no será capaz de desbaratar lo que vamos a hacer. Y si hiciera algo, tal vez no importaría.

—No hable en singular. Yo también iré —declaró Amadiro.

—¿Usted? La Tierra es un mundo horrible. Yo debo ir, pero ¿por qué usted?

—Porque también debo ir. Ya no puedo quedarme más tiempo aquí haciendo cábalas. Usted no ha esperado por esto toda una vida, como yo, Mandamus. Usted no tiene tantas cuentas que saldar como yo.

65

Gladia se encontraba de nuevo en el espacio y Aurora sólo podía verse como un globo. D.G. estaba ocupado y toda la nave tenía un aire vago, pero penetrante, de emergencia, como si estuviera en pie de guerra, como si fuera perseguida o esperara serlo.

Gladia sacudió la cabeza. Pensaba con fluidez; se encontraba bien; pero cuando volvía a pensar en los momentos pasados en el Instituto, poco después de que Amadiro la dejara, una realidad curiosamente insistente la invadía. Había un vacío de tiempo. En un momento dado estaba sentada en el diván, medio adormilada, al siguiente había cuatro robots y una mujer en la habitación, que no estaban allí antes.

Se había quedado dormida, pero no se daba cuenta, no recordaba que lo hubiera hecho. Había un vacío de no existencia. Pensando en lo pasado, había reconocido a la mujer más tarde. Era Vasilia Aliena, la hija a la que Gladia había reemplazado en el afecto de Han Fastolfe. Realmente Gladia no había visto nunca a Vasilia, aunque la conocía por las imágenes de hiperonda. Gladia siempre pensó en ella como en otro ser hostil y lejano. Existía un vago parecido que los demás comentaban siempre, pero que la

propia Gladia insistía en que no era así. Había una conexión peculiar antitética con Fastolfe.

Una vez instalada en la nave, y a solas con sus robots, formuló la inevitable pregunta.

—¿Qué estaba haciendo Vasilia Aliena en la habitación y por qué se me permitió dormir una vez que llegó ella?

—Gladia —dijo Daneel—, yo contestaré a la pregunta, ya que se trata de un asunto que el amigo Giskard encontraría difícil de discutir.

—¿Por qué iba a encontrarlo difícil, Daneel?

—Vasilia llegó con la esperanza de poder convencer a Giskard de que entrara a su servicio.

—¿Y quitármelo? —exclamó Gladia, indignada. Giskard no le acababa de gustar, pero no tenía nada que ver. Lo que era suyo, era suyo—. ¿Y me dejaron dormir mientras ustedes dos trataban el asunto?

—Creímos, señora, que necesitaba dormir. También Vasilia nos ordenó que la dejáramos dormir. Finalmente, en nuestra opinión Giskard no pasaría a su servicio de ningún modo. Por todas estas razones, no la despertamos.

—Ni por un momento puedo pensar que Giskard pudiera decidir abandonarme —dijo Gladia indignada—. Sería ilegal según la ley de Aurora y, lo que es más importante, ilegal según las tres leyes de la robótica. Sería una buena idea regresar a Aurora y acusarla ante el Tribunal de Reclamaciones.

—No sería aconsejable en este momento, señora.

—¿Qué pretexto alegó para querer a Giskard? ¿Alegó alguno?

—De niña le habían asignado a Giskard.

—¿Legalmente?

—No, señora. El doctor Fastolfe le permitió simplemente utilizarlo.

—Entonces no tenía ningún derecho sobre Giskard.

—Se lo hicimos notar, señora. Por lo visto era puramente sentimental por parte de Vasilia.

—Después de haber sobrevivido a la pérdida de Giskard antes de que yo llegara a Aurora —rezongó Gladia—, podía haber seguido del mismo modo que estaba, sin llegar a cometer ninguna ilegalidad por apoderarse de mi

propiedad. —Luego, inquieta, añadió—: De todos modos debiste despertarme.

—Vasilia traía cuatro robots —explicó Daneel—. De haber estado despierta y si hubieran discutido las dos, podíamos haber tenido dificultades para manejar debidamente a los robots.

—Te aseguro, Daneel, que yo podría haberlos manejado debidamente.

—Sin duda, señora. Pero también podía hacerlo Vasilia, ya que es una de las más expertas robotistas de la Galaxia.

Gladia miró a Giskard:

—¿Y tú no tienes nada que decir?

—Sólo que fue mejor como lo hicimos, señora.

Gladia contempló, pensativa, aquellos ojos ligeramente fosforescentes del robot, tan diferentes de los prácticamente humanos de Daneel, y le pareció que el incidente no era, después de todo, demasiado importante. Una nadería. Había otras cosas por las que preocuparse. Estaban yendo a la Tierra.

Curiosamente, no volvió a pensar más en Vasilia.

66

—Estoy preocupado —dijo Giskard en su murmullo confidencial en el que las ondas sonoras apenas vibraban en el aire.

La nave colonizadora se alejaba suavemente de Aurora y aún no se había iniciado la persecución. La actividad a bordo había entrado en la fase de rutina y con la automatización, todo estaba en silencio. Gladia dormía ahora con naturalidad.

—Me preocupa Gladia, amigo Daneel.

Daneel comprendía las características de los circuitos positrónicos de Giskard lo bastante bien como para no necesitar largas explicaciones. Le tranquilizó:

—Fue necesario, amigo Giskard, ajustarla. De haber seguido preguntando, hubiera podido averiguar tus actividades mentales y el ajuste habría resultado peligroso. Bastante daño ha tenido ya por haberlo

descubierto Vasilia. Lo que no sabemos es a quiénes, o a cuántos, habrá confiado su descubrimiento.

—No obstante —dijo Giskard—, no quise tener que hacer este ajuste. Si Gladia hubiera deseado olvidar, hubiera bastado un simple ajuste sin riesgos. Pero ella quería, con decisión y rabia, saber más del asunto. Lamentaba no haber tenido un papel más importante; me vi obligado a doblegar fuerzas de considerable intensidad.

—Incluso esto fue necesario, amigo Giskard.

—Pero la posibilidad de causarle daño era considerable en este caso. Si imaginas esa fuerza como una cuerda fina y elástica (y esto es una analogía muy pobre, aunque no se me ocurre otra porque lo que percibo en la mente carece de analogía fuera de ella), tan fina y elástica como las inhibiciones ordinarias que suelo tratar, que al ser tan finas y tan insustanciales se desvanecen tan pronto como las toco… Pero una fuerza resistente como ésta, por el contrario, salta y retrocede cuando se rompe, y el retroceso rompe otra que nada tenga que ver con las fuerzas de inhibición, dando un latigazo y enroscándose en otras fuerzas y reforzándolas sobre manera. En cualquiera de los dos casos, ocurren cambios imprevistos en las emociones y comportamiento de un ser humano y esto, con toda seguridad, produce daños.

Daneel preguntó con voz algo más fuerte:

—¿Tienes la impresión de haber dañado a Gladia, amigo Giskard?

—No lo creo. Fui sumamente cuidadoso. Trabajé en ella durante todo el tiempo que tú le estuviste hablando. Tuve buen cuidado de que llevaras el peso de la conservación y correr así el riesgo de que te pillara entre una verdad inconveniente y una mentira. Pero a despecho de todo mi cuidado, amigo Daneel, corrí un gran riesgo y me preocupa que lo corría voluntariamente. Me acerqué tanto a la violación de la primera ley que requirió un tremendo esfuerzo por mi parte hacerlo. Estaba seguro de que no podría…

—¿Qué, amigo Giskard?

—De no haber comentado tú lo que pensabas de la ley Cero.

—Entonces, ¿la aceptas?

—No, no puedo. ¿Tú puedes? Frente a la posibilidad de dañar a un ser humano o de permitir que se le dañe, ¿podrías dañar o permitir el daño en nombre de la humanidad abstracta? ¡Piensa!

—No estoy seguro —contestó Daneel con voz temblorosa y apenas audible. Luego, haciendo un esfuerzo continuó—. A lo mejor, sí. El mero concepto me empuja, y a ti también. Te ayudó a decidir correr el riesgo de ajustar la mente de Gladia.

—Así fue —asintió Giskard—, y cuanto más pensemos en la ley Cero más nos empujará. Pero, me pregunto, ¿puede hacerlo más que de un modo marginal? ¿No nos llevará a tomar decisiones algo más arriesgadas de lo que corrientemente haríamos?

—No obstante, sigo convencido de la validez de la ley Cero, amigo Giskard.

—También lo estaría yo si pudiéramos definir lo que entendemos por «humanidad».

Después de una pausa, dijo Daneel:

—¿No aceptaste la ley Cero cuando inmovilizaste a los robots de Vasilia y borraste de su mente el conocimiento de tus poderes mentales?

—No, amigo Daneel. Realmente, no. Estuve tentado de aceptarla, pero en realidad, no.

—Sin embargo, tus actos…

—Fueron dictados por un conjunto de motivos. Me hablaste de tu concepto de la ley Cero y parecía que tenía cierta validez, pero no la suficiente como para cancelar la primera ley o incluso el uso enérgico que hizo Vasilia de la segunda ley y lo que ordenó con ella. Luego, cuando me llamaste la atención sobre la aplicación de la ley Cero a la psicohistoria, pude notar la subida de la energía positrónica pero no lo bastante para reemplazar la primera ley y menos aún la fuerte segunda ley.

—Así y todo, amigo Giskard, anulaste a Vasilia.

—Cuando ordenó a los robots que te desmantelaran, amigo Daneel, y mostró placer ante esa idea, tu necesidad, sumada a lo que el concepto de ley Cero había hecho ya, dominó la segunda ley y rivalizó con la primera. Fue la combinación de la ley Cero, la psicohistoria, mi lealtad a Gladia y tu desamparo lo que dictó mi acción.

—Mi desamparo apenas podía afectarte, amigo Giskard. No soy más que un robot, y aunque mi necesidad podía afectar mis propios actos por la tercera ley, no puede afectar los tuyos. Destruiste a la capataza de Solaria sin la menor vacilación; debiste haber contemplado la mía sin verte empujado a actuar.

—En efecto, amigo Daneel, y normalmente hubiera sido así. No obstante, el mencionar la ley Cero redujo la intensidad de la primera ley a un tono anormalmente bajo. La necesidad de salvarte fue suficiente para cancelar lo que quedaba de ella y yo…, bueno, actué como lo hice.

—No, amigo Giskard. La idea de dañar a un robot no hubiera debido afectarte. Ni debía, de ningún modo, contribuir a olvidar la primera ley, por débil que ésta se hubiera vuelto.

—Lo curioso, amigo Daneel, es que no sé cómo ocurrió. Quizá fue que he observado que continúas pensando como un ser humano pero…

—Sí, amigo Giskard.

—En el momento en que los robots se acercaron a ti y Vasilia hizo gala de su placer salvaje, mis circuitos positrónicos se reformaron de modo anómalo. Por un momento, pensé en ti como en un ser humano y reaccioné de acuerdo a ello.

—Estuvo mal.

—Lo sé. Pero…, pero si volviera a ocurrir, creo que ese cambio anómalo volvería a tener lugar.

—Es extraño —observó Daneel— pero oyéndote decirlo, me encuentro pensando que hiciste bien. Creo que si la situación fuera a la inversa, estoy casi seguro de que yo también haría lo mismo, que pensaría en ti como un ser humano.

Daneel, tímidamente y despacio, alargó la mano; Giskard la miró, indeciso. Luego, también muy despacio, alargó la suya. Las puntas de los dedos rozaron y poco a poco cada uno tomó la mano del otro y se las estrecharon casi como si realmente fueran los amigos que se llamaban uno a otro.

Gladia miró alrededor con velada curiosidad. Estaba en la cabina de D.G. por primera vez. Aparentemente, no era mucho más lujosa que la que habían preparado para ella. La cabina de D.G. tenía un panel de visión más complicado, y una consola llena de luces y botones que servirían, supuso, para mantener a D.G. en contacto con el resto de la nave.

—Le he visto poco desde que salimos de Aurora, D.G.

—Me halaga que se haya dado cuenta —respondió D.G. sonriendo—. Y a decir verdad, Gladia, yo me he dado cuenta de lo mismo. Con toda la tripulación masculina, resalta usted bastante.

—No es una razón muy halagadora de echarme de menos. Con toda la tripulación humana, me figuro que Daneel y Giskard también resaltarán. ¿Les ha echado de menos tanto como a mí?

—En realidad les echo tan poco en falta que solamente ahora me doy cuenta que no están con usted. —Miró alrededor—. ¿Y dónde están?

—En mi cabina. Me pareció una tontería arrastrarles conmigo dentro de los confines de este pequeño mundo que es la nave. Parecieron dispuestos a dejarme salir sola, lo que me sorprendió. Pensándolo bien, no tuve que ordenarles vivamente que no me siguieran.

—¿No es muy raro? Tengo entendido que los auroranos no están nunca sin sus robots.

—¿Y qué? Hace mucho tiempo, cuando llegué a Aurora por primera vez, tuve que aprender a sufrir la presencia de seres humanos junto a mí, algo para lo que no me había preparado mi educación solariana. Aprender a pasarme sin mis robots, estando entre colonizadores será mucho menos difícil para mí que lo otro.

—Bien. Muy bien. Debo confesar que prefiero estar con usted sin la mirada fosforescente de Giskard fija en mí, o mejor aún sin la sonrisita de Daneel.

—Si no sonríe.

—A mí me lo parece; una insinuante y lasciva sonrisita.

—Está loco. Daneel no es así.

—Porque usted no le vigila como hago yo. Su presencia es inhibitoria. Me obliga a comportarme bien.

—Vaya, no faltaba más.

—No es preciso que lo diga con tanto énfasis. Pero no importa, permítame excusarme por haberla visto tan poco desde que salimos de Aurora.

—No es necesario.

—Debe de serlo puesto que lo sacó a relucir. Pero deje que le explique. Hemos estado en pie de guerra. Estábamos seguros, marchándonos como lo hicimos, de que las naves auroranas nos perseguirían.

—Yo diría que están encantados de haberse quitado de encima un grupo de colonizadores.

—Claro, pero usted no es una colonizadora y podría ser a usted a quien quisieran. Estaban muy impacientes por recuperarla después de Baleymundo.

—Ya me recuperaron. Les informé y ahí acabó todo.

—¿No querían nada más que su informe?

—Nada más. —Gladia se calló y por un momento pareció como si algo apuntara vagamente en su memoria. Pero, fuera lo que fuese, pasó y repitió, indiferente—: Nada más.

—Todo esto carece de sentido, pero no intentaron detenernos mientras usted y yo estábamos en Aurora ni después, cuando volvimos a bordo y nos preparamos para salir de órbita.

—No voy a discutirlo. No tardaremos mucho en dar el «Salto». Después ya nada debe preocuparnos.

—A propósito, ¿por qué lleva una tripulación enteramente masculina? Las naves auroranas llevan siempre tripulaciones mixtas.

—También las naves colonizadoras. Las corrientes. Ésta es una nave mercante.

—¿Qué diferencia hay?

—El ser mercante implica peligro. Es una vida dura dispuesta siempre a la lucha. Las mujeres a bordo crearían problemas.

—¡Qué tontería! ¿Qué problemas les creo yo?

—No vamos a discutirlo. Además, es lo tradicional. Los hombres no lo tolerarían.

—¿Cómo lo sabe? —rió Gladia—. ¿Lo ha intentado alguna vez?

—No, pero tampoco hay largas colas de mujeres reclamando un puesto en mi nave.

—Yo estoy aquí. Estoy disfrutando mucho.

—Usted recibe un trato especial. De no ser por su ayuda en Solaria pudo haber mucho jaleo. En realidad, lo hubo. Pero bueno, dejémoslo. —Tocó uno de los botones de la consola y apareció brevemente una cuenta regresiva—. Vamos a «saltar» dentro de dos minutos. Nunca ha estado en Tierra, ¿verdad, Gladia?

—No, claro que no.

—Ni ha visto el Sol, no un sol.

—No, aunque lo he visto en dramas históricos por hipervisión, pero me figuro que lo que nos enseñan en la pantalla no es realmente el Sol.

—Seguro que no lo es. Si no le importa, bajaremos las luces.

Las luces disminuyeron sensiblemente y Gladia descubrió en el panel de visión unas estrellas más brillantes y mucho más abundantes que en el cielo de Aurora.

—¿Es visión telescópica? —preguntó a media voz.

—Más o menos. Disminuir energía. Quince segundos. —Contó hacia atrás.

Hubo un movimiento en el campo de estrellas y de pronto una muy brillante quedó casi centrada. D.G. tocó otro botón y dijo:

—Estamos completamente fuera del plano planetario. ¡Bien! Un poco arriesgado. Debimos habernos alejado más de la estrella aurorana antes de «saltar», pero tenemos cierta prisa. Esto es el Sol.

—¿Esta estrella tan brillante, quiere decir?

—Sí… ¿Qué le parece?

Un poco desconcertada sobre qué respuesta era la que D.G. esperaba, Gladia se limitó a decir:

—Muy brillante.

Apretó otro botón y la vista se oscureció perceptiblemente.

—Sí… y no hará ningún bien a sus ojos si se queda mirando. Pero no es el brillo lo que cuenta. En apariencia, es sólo una estrella, pero piense. Éste es el sol original. Fue la estrella cuya luz brilló sobre el único planeta en donde existían seres humanos. En el que los seres humanos iban

evolucionando poco a poco. En el que la vida se formó hace miles de millones de años, una vida que se desarrollaría y formaría seres humanos. En la Galaxia hay trescientos mil millones de estrellas, y cien mil millones de galaxias en el Universo y solamente hay una de todas esas estrellas que presidió el nacimiento humano, y ésa es la estrella.

Gladia estuvo a punto de decir: «Bueno, pero alguna estrella tenía que ser la estrella», pero lo pensó mejor y dijo débilmente:

—Muy impresionante.

—No es solamente impresionante —dijo D.G. medio a oscuras—. No hay un solo colono en la Galaxia que no considere esa estrella como suya. La radiación de las estrellas que brillan sobre nuestros planetas habitados es radiación prestada, es radiación alquilada. Allí…, precisamente allí, está la verdadera radiación que nos dio la vida. Es esa estrella y el planeta que gira alrededor, la Tierra, que nos mantiene a todos fuertemente unidos. Si no compartiéramos nada más, compartiríamos esa luz en las pantallas y nos bastaría. Ustedes, los espaciales, la han olvidado y es por eso por lo que se van separando unos de otros y por lo que, a la larga, no sobrevivirán.

—Hay sitio para todos, capitán —murmuró Gladia.

—Sí, claro. Yo no haría nada para que los espaciales no sobrevivieran. Sólo creo que esto es lo que va a ocurrir y que podría no ser así si los espaciales olvidaran su irritante sentido de superioridad, sus robots y su obsesión por la longevidad.

—¿Es así como me ve, D.G.? —pregunto Gladia.

—Tuvo sus más y sus menos —dijo D.G.—. Pero ha mejorado, se lo concedo.

—Gracias —respondió con evidente ironía—. Y aunque le cueste trabajo creerlo, también los colonizadores tienen su orgullosa arrogancia. Pero también usted ha mejorado, se lo concedo.

D.G. se echó a reír.

—Con todo este intercambio de amabilidades esto terminará en una enemistad eterna.

—No lo creo —respondió Gladia riendo a su vez, y le sorprendió un poco ver que la mano de él estaba sobre la suya… Y se sorprendió mucho más al descubrir que ella no había retirado la mano.

—Me inquieta, amigo Giskard, que Gladia no se encuentre bajo nuestra observación directa.

—No es necesario a bordo de esta nave, amigo Daneel. No detecto sentimientos peligrosos, y el capitán está con ella en este momento. Además, tendrá sus ventajas el que ella se encuentre cómoda sin nosotros mientras estemos todos en la Tierra. Es posible que tú y yo tengamos que entrar de pronto en acción sin querer que su presencia y seguridad sean factores que nos compliquen.

—Entonces, ¿has manipulado ahora su separación de nosotros?

—Apenas. Curiosamente, he descubierto en ella una fuerte tendencia a imitar el modo de vida de los colonizadores en este aspecto. Siente un tenue anhelo de independencia, frenado sobre todo por la sensación de que, con ello, está violando su espacialidad. Es el mejor modo que tengo de describirlo. Las sensaciones y emociones no son fáciles de interpretar, porque nunca las he encontrado entre los espaciales. Así que me limité a aflojar la inhibición de espacialidad con apenas tocarla.

—Así que, ¿dejará de querer utilizar nuestros servicios, amigos Giskard? Eso me preocuparía.

—No debería. Si ella decidiera que quiere una vida libre de robots y que así iba a ser más feliz, es lo que nosotros querremos para ella también. De todos modos, estoy seguro de que todavía le seremos útiles. Esta nave es pequeña y en ella no se corre gran peligro. En presencia del capitán se siente segura y esto disminuye su necesidad de nosotros. En la Tierra, todavía nos va a necesitar, aunque confío que no tanto como en Aurora. Como te digo, una vez en la Tierra podemos precisar una mayor flexibilidad de acción.

—¿Todavía no puedes adivinar la naturaleza de la crisis que amenaza a la Tierra? ¿Sabes lo que vamos a tener que hacer?

—No, amigo Daneel, no lo sé. Eres tú el que posee el don de la comprensión. ¿Hay algo, quizá que puedes ver?

Daneel guardó silencio un momento. Luego dijo:

—He tenido pensamientos.

—¿Qué clase de pensamientos?

—Acuérdate que en el Instituto de Robótica, antes de que Vasilia entrara en la habitación donde Gladia dormía, el doctor Amadiro tuvo dos intensas punzadas de ansiedad. La primera fue cuando se mencionó el intensificador nuclear, la segunda cuando Gladia declaró que iba a la Tierra. Me parece que ambas están conectadas. Presiento que la crisis de la que tratamos tiene que ver con el uso de un intensificador nuclear en la Tierra, que hay tiempo aún para pararlo, y que el doctor Amadiro teme que hagamos precisamente esto si vamos a la Tierra.

—Tu mente me dice que no estás satisfecho de la idea. ¿Por qué no, amigo Daneel?

—Un intensificador nuclear apresura los procesos de fusión ya iniciados mediante un chorro de partículas W. Por tanto, me pregunto si el doctor Amadiro se propone utilizar uno o más intensificadores nucleares para hacer estallar los reactores de microfusión que proporcionan energía a la Tierra. Las explosiones nucleares así provocadas llevarían consigo a la destrucción por calor y fuerzas mecánicas, a través del polvo y productos radiactivos que serían lanzados a la atmósfera. Incluso si esto no bastara para herir mortalmente a la Tierra, la destrucción del suministro de energía llevaría seguramente, y a largo plazo, al colapso de la civilización terrestre.

—Ésta es una idea horrible —declaró Giskard, sombrío— y parece casi seguro que es la respuesta a la naturaleza de la crisis que andamos buscando. Entonces, ¿por qué no estás satisfecho?

—Me he tomado la libertad de utilizar la computadora de la nave para obtener información sobre el planeta Tierra. La computadora es, como cabe esperar en una nave colonizadora, extremadamente rica en este tipo de información. Parece ser que la Tierra es el único mundo humano que no emplea en gran escala reactores de microfusión como fuente de energía. Utiliza, casi por completo, energía solar directa, con estaciones de energía solar a lo largo de toda la órbita geoestacionaria. Un intensificador nuclear no puede hacer nada, excepto destruir pequeños mecanismos como… naves espaciales y algún que otro edificio. El daño podría ser importante, pero no amenazaría la existencia de la Tierra.

—Puede ser, amigo Daneel, que Amadiro tenga algo que destruya los generadores de energía solar.

—Si es así, ¿por qué reaccionó al oír mencionar los intensificadores nucleares? No pueden, de ningún modo, afectar los generadores de energía solar.

Giskard asintió con lentos movimientos de cabeza:

—Un punto a tu favor. Y, ahora, ¿por qué si el doctor Amadiro estaba tan horrorizado ante la idea de que fuéramos a la Tierra, no hizo ningún esfuerzo por hacernos detener mientras estábamos aún en Aurora? O, si solamente descubrió nuestra huida después de que saliéramos de órbita, ¿por qué no envió una nave aurorana a interceptarnos antes de que diéramos el «salto» al planeta? Puede ser que sigamos una pista equivocada, que en alguna parte hayamos cometido un grave error, que…

Un clamor insistente e intermitente se oyó por toda la nave y Daneel observó:

—El «salto» se ha hecho con seguridad, amigo Giskard. Lo experimenté hace unos minutos. Pero todavía no hemos llegado a la Tierra y la intercepción que has mencionado, diría que ya ha llegado, así que no seguimos necesariamente una pista equivocada…

69

D.G. tuvo que admitir una perversa admiración. Cuando los auroranos estaban realmente dispuestos a actuar, se ponía de manifiesto su perfecta técnica. Indudablemente habían enviado a una de sus naves más modernas, por lo que se podría deducir al momento que debía de ser muy importante lo que les obligaba a actuar.

Y esa nave había detectado la presencia de la de D.G. a los quince minutos de su aparición en el espacio normal y, además, desde gran distancia.

La nave de Aurora estaba utilizando un equipo de hiperonda de enfoque limitado. La cabeza del que hablaba podía verse con claridad mientras estaba bien enfocada. Todo lo demás era una nebulosa gris. Si el que

hablaba movía la cabeza un decímetro del punto de enfoque, ésta se perdía en la nebulosa gris. Los sonidos también quedaban limitados. El resultado era que uno veía y oía solamente lo mínimo de la nave enemiga (D.G. ya la había calificado de nave «enemiga») de forma que protegiera su intimidad.

La nave de D.G. también poseía una hiperonda de enfoque limitado, pero D.G. se dijo lleno de envidia que le faltaban el brillo y la elegancia de la versión aurorana. Por supuesto, su nave no era lo mejor que podían hacer los colonizadores pero, de todas formas, los espaciales les aventajaban tecnológicamente. Los colonos tenían aún mucho que aprender. La cabeza aurorana enfocada era clara y de aspecto tan real que angustiaba verla sin cuerpo, hasta el extremo de que D.G. no se hubiera sorprendido de verla gotear sangre. Mirándola mejor, se notaba que el cuello se perdía en la nebulosa gris inmediatamente después de que empezara a verse el principio de un bien cortado uniforme.

La cabeza se identificó, con meticulosa etiqueta, como comandante Lisiform de la nave aurorana *Borealis*. D.G. también se identificó a su vez echando la barba hacia adelante como si quisiera estar seguro de que ésta quedara bien enfocada. Opinaba que su barba le daba un aspecto de ferocidad que no podía sino impresionar a un débil y rasurado espacial. D.G. adoptó el tradicional aire desenvuelto que tan irritante resultaba para un oficial espacial, como la tradicional arrogancia de éste molestaba a los colonizadores. Preguntó:

—¿Qué razón tiene para ponerse al habla conmigo, comandante Lisiform?

El comandante aurorano tenía un acento exagerado que era posible que lo considerara tan formidable como D.G. consideraba su barba. D.G. encontró agotador intentar penetrar el acento y comprenderle.

—Tenemos entendido —respondió Lisiform— que lleva a bordo una ciudadana aurorana, llamada Gladia Solaria. ¿No es así, capitán Baley?

—La señora Gladia se encuentra, en efecto, a bordo de esta nave, comandante.

—Gracias, capitán. Mi información me lleva a suponer que van con ella dos robots de fabricación aurorana, R. Daneel Olivaw y R. Giskard Reventlov. ¿No es así, capitán?

—En efecto.

—En ese caso, debo informarle que en este momento R. Giskard Reventlov es un mecanismo peligroso. Poco antes de que su nave abandonara el espacio aurorano, dicho robot lesionó gravemente a una ciudadana aurorana en oposición a las tres leyes. El robot, por consiguiente, debe ser desmantelado y reparado.

—¿Está sugiriendo, comandante, que nosotros desmantelemos y reparemos al robot en esta nave?

—No, señor, de ningún modo. Su personal, careciendo de la experiencia robótica, no lo desarmaría debidamente y, de hacerlo, no podría repararlo.

—Entonces, podríamos destruirlo sencillamente.

—Es demasiado valioso para ello; capitán Baley, el robot es un producto aurorano, y por tanto responsabilidad de Aurora. No deseamos que sea causa de daños a la gente de su nave y del planeta Tierra, si aterrizan allá. En consecuencia, les rogamos que nos lo entreguen.

—Comandante, agradezco su preocupación. Sin embargo, el robot es propiedad legal de la señora Gladia, que está con nosotros. Puede ser que no consienta en separarse de su robot y, aunque no quisiera darle lecciones de ley aurorana, creo que sería ilegal, según su ley, obligarla a tal separación. Aunque ni yo ni mi tripulación nos consideramos gobernados por esa ley, no nos gustaría colaborar ayudándoles en lo que su propio gobierno podría juzgar como acto ilegal.

Se percibió un asomo de impaciencia en la voz del comandante.

—No es cuestión de ilegalidad, capitán. Un mal funcionamiento en un robot, con posible peligro para la vida humana, pasa por encima de los derechos ordinarios de un propietario. Sin embargo, si hay la menor dificultad, mi nave está dispuesta a aceptar a la señora Gladia con su robot, Daneel, y el robot en cuestión, Giskard. Así no habrá separación entre Gladia Solaris y su propiedad robótica, hasta su regreso a Aurora. Entonces allí la ley puede seguir su curso.

—Es posible, comandante, que la señora Gladia no desee abandonar mi nave ni permitir que su robot lo haga.

—No tiene otro remedio, capitán. Mi gobierno me ha otorgado poderes legales para reclamarla, y como ciudadana aurorana debe obedecer.

—Pero yo no estoy legalmente obligado a entregar nada de lo que está en mi nave a requerimiento de un poder extranjero. ¿Y si no tengo en cuenta su demanda?

—En ese caso, capitán, no tendrá otra alternativa que considerarlo un acto no amistoso. Me permito señalarle que nos encontramos dentro de la esfera del sistema planetario del que la Tierra forma parte. No ha vacilado en enseñarme la ley de Aurora. Así que me perdonará si le hago ver que su gente no considera adecuado iniciar hostilidades dentro del espacio de este sistema planetario.

—Estoy enterado, comandante, y no deseo ninguna hostilidad, ni quiero que mi acto sea tenido por no amistoso. No obstante, me dirijo a la Tierra con cierta urgencia y estoy perdiendo tiempo con esta conversación y perdería mucho más si avanzara hacia usted, o esperara a que usted viniera hacia mí, única forma de llevar a cabo el traslado físico de la señora Gladia y sus robots. Yo preferiría seguir hacia la Tierra y aceptar formalmente toda responsabilidad respecto del robot Giskard y de su comportamiento hasta el momento en que ella y sus robots regresen a Aurora.

—¿Puedo sugerirle capitán, que instale a la mujer y los robots en una nave salvavidas y destaque a un miembro de su tripulación para que la conduzca hacia nosotros? Una vez entregada la mujer y los robots, nosotros nos comprometemos a escoltar el salvavidas hasta cerca de la Tierra y le compensaremos adecuadamente por el tiempo y las molestias. Un mercader no debería objetar el arreglo.

—No objeto nada, comandante, nada en absoluto —respondió D.G. sonriendo—. Pero, el hombre, el tripulante elegido para pilotear la nave salvavidas podría hallarse en gran peligro si se encuentra a solas con ese peligroso robot.

—Capitán, si la propietaria lo controla con firmeza, su tripulante no correrá más peligro en la nave salvavidas del que correría en su nave. Le compensaremos por el riesgo.

—Pero si el robot, después de todo, puede ser controlado por su propietaria, no será tan peligroso como para que no pueda quedarse con nosotros.

El comandante frunció el entrecejo:

—Capitán, espero que no esté usted tratando de jugar conmigo. Ha oído mi petición y me gustaría que fuera cumplimentada al instante.

—Supongo que puedo consultar con la señora Gladia.

—Si lo hace inmediatamente. Por favor, explíquele exactamente de qué se trata. Si, entretanto, trata de dirigirse a la Tierra, lo consideraré como un acto hostil y tomaré la acción apropiada. Puesto que, como me ha dicho, su viaje al planeta Tierra es urgente, le aconsejo que no tarde en consultar y adopte la inmediata decisión de cooperar con nosotros. Así no se retrasará demasiado.

—Haré lo que pueda —dijo D.G. con rostro inexpresivo, alejándose del punto de enfoque.

70

—¿Y bien? —preguntó D.G., serio.

Gladia parecía desesperada. Maquinalmente miró a Daneel y a Giskard, pero ambos permanecieron silenciosos e inmóviles. Entonces dijo:

—No quiero volver a Aurora, D.G. No es posible que quieran destruir a Giskard; está perfectamente, se lo aseguro. No es más que un subterfugio. Me quieren por alguna razón. Supongo que no habrá modo de parar esto, ¿verdad?

—Se trata de una nave de guerra aurorana, una de las grandes —contestó D.G.—. Ésta no es más que una nave mercante. Disponemos de escudos de energía y no pueden destruirnos al primer golpe, pero nos vencerán sin remedio y sin tardanza, y nos destruirán.

—¿No dispone de ningún medio para atacarles?

—¿Con mis armas? Lo siento, Gladia, pero sus escudos pueden resistir cualquier cosa que les lance siempre y cuando disponga de energía que gastar. Además…

—¿Sí?

—Casi me han acorralado. No sé por qué pensé que me interceptarían antes de «saltar», pero conocían mi ruta y llegaron antes y me esperaron. Estamos dentro del Sistema Solar, el sistema planetario del que la Tierra

forma parte. Aquí no podemos luchar. Incluso si yo quisiera hacerlo, la tripulación no me obedecería.

—¿Por qué no?

—Llámelo superstición. El Sistema Solar es espacio sagrado para nosotros, si prefiere que se lo describa en términos melodramáticos. No podemos profanarlo luchando.

—¿Me permite tomar parte en la discusión, señor? —interrumpió Giskard.

D.G., ceñudo, miró a Gladia. Ésta dijo:

—Permítaselo, por favor. Estos robots son sumamente inteligentes. Ya sé que le cuesta creerlo, pero…

—Escucharé. No hay que presionarme.

—Señor —dijo Giskard—, estoy seguro de que es a mí a quien quieren. No puedo permitirme ser la causa de daños a seres humanos. Si usted no puede defenderse, y está seguro de ser destruido en un conflicto con la otra nave, no tiene otra alternativa que entregarme. Estoy seguro de que si se les ofrece dejar que se queden conmigo no se opondrán a que usted desee retener a Gladia y al amigo Daneel. Es la única solución.

—No —exclamó, tajante, Gladia—. Me perteneces y no quiero entregarte. Iré contigo si el capitán decide que debes ir. Yo me ocuparé de que no seas destruido.

—¿Puedo hablar yo también? —preguntó Daneel.

D.G. extendió las manos en cómica desesperación:

—Por favor, ¡hablen todos!

—Si decide entregar a Giskard, debe comprender las consecuencias. Creo que Giskard piensa que si se le entrega, los de la nave aurorana no le harán nada y que lo soltarán. Y no lo creo así. Creo más bien que los auroranos piensan realmente que es peligroso y tal vez tengan instrucciones de destruir al salvavidas cuando éste se acerque, matando a cualquiera que se encuentre a bordo.

—¿Por qué razón lo harían? —preguntó D.G.

—Ningún aurorano ha encontrado nunca ni conciben un robot peligroso. No correrían el riesgo de llevar uno a bordo de una de sus naves. Sugiero, capitán, que se retire. ¿Por qué no «saltar» otra vez lejos de la

Tierra? Estamos a bastante distancia de la masa planetaria que podría impedirlo.

—¿Retirarme? ¿Quieres decir huir? No puedo hacerlo.

—Entonces, tendrá que entregarnos —murmuró Gladia con expresión de resignada desesperanza.

—No voy a entregarles. Ni voy a huir —dijo D.G. con violencia—. Y no puedo luchar.

—¿Qué solución, entonces? —preguntó Gladia.

—Una cuarta alternativa, Gladia, debo rogarle que se quede aquí con sus robots hasta que vuelva.

71

D.G. reflexionó. Durante la conversación hubo tiempo suficiente para señalar la situación de la nave aurorana. Estaba un poco más alejada del sol que su propia nave y esto era bueno. «Saltar» hacia el sol, a tal distancia del mismo, sería arriesgado; «saltar» de lado, por decirlo así, era un regalo. Claro que podría ocurrir un accidente por la desviación probable; pero, a lo mejor, no. Él mismo había asegurado a la tripulación que no se haría el menor disparo (que en cualquier caso, tampoco serviría de gran cosa). Era obvio que estaban seguros de que el espacio de la Tierra les protegería mientras no profanaran su paz, oponiendo violencia. Era puro misticismo que el propio D.G. hubiera tratado despectivamente, si no hubiera compartido la creencia.

Volvió a aparecer enfocado. Había sido una espera larga, pero no había habido impaciencia por parte del otro lado. Habían hecho gala de una paciencia ejemplar.

—El capitán Baley, presente —anunció—. Quiero hablar con el comandante Lisiform.

No tuvo que esperar mucho.

—Aquí el comandante Lisiform. ¿Puede darme su respuesta?

—Entregaremos a la mujer y a los dos robots.

—¡Muy bien! Una prudente decisión.

—Los entregaremos tan de prisa como podamos.

—Repito que es una decisión prudente.

—Gracias. —Y D.G. dio la señal y su nave «saltó». No hubo tiempo, ni necesidad, de contener el aliento. Todo terminó tan pronto como había empezado. O, por lo menos, el lapso fue insensible.

El piloto anunció:

—Nueva posición de la nave enemiga comprobada, capitán.

—Bueno —respondió D.G.—. Ya saben lo que hay que hacer.

La nave había emergido del «salto» a toda velocidad respecto de la nave aurorana y se estaba haciendo la corrección del rumbo (no excesiva, cabía esperar).

D.G. volvió a la pantalla:

—Estamos muy cerca, comandante, y camino a hacer la entrega. Puede disparar si así lo desea, pero nuestros escudos están en posición y antes de que pueda machacarlos les habremos alcanzado a fin de hacer la entrega.

—¿Manda un salvavidas? —El comandante abandonó el enfoque. D.G. esperó y volvió a aparecer el comandante con el rostro contraído.

—¿Qué es esto? Su nave lleva rumbo de colisión.

—Sí, así parece —asintió D.G.—. Es el medio más rápido de hacer la entrega.

—Destruirá su nave.

—Y la suya también. Su nave es por lo menos cincuenta veces más valiosa que la mía, tal vez más. Un mal intercambio para Aurora.

—Pero inicia la lucha en espacio de la Tierra, capitán. Sus costumbres no se lo permiten.

—Ah, conoce nuestras costumbres y se aprovecha de ellas. Pero no combato. No he disparado ni un erg de energía, ni pienso hacerlo. Sencillamente sigo en trayectoria. La trayectoria se cruzará en su posición, pero como estoy seguro de que se apartará antes de que el choque tenga lugar, es obvio que no deseo la menor violencia.

—Pare. Hablemos de esto.

—Estoy harto de hablar, comandante. ¿Nos decimos un afectuoso adiós? Si no se aparta, perderé quizá cuatro décadas, con la tercera y cuarta no demasiado buenas. ¿Cuántas perderá usted?

Y D.G. salió de la pantalla y no volvió.

La nave aurorana lanzó un destello de radiación para probar si la nave tenía realmente los escudos en posición.

Los tenía.

Los escudos de las naves les defendían de la radiaciones electromagnéticas y partículas subatómicas, incluyendo incluso neutrinos, y podían aguantar la energía cinética de pequeñas masas, partículas de polvo, incluso arena meteórica. Los escudos no podían aguantar energías cinéticas de importancia, como una nave lanzada a velocidad supermeteórica. Incluso las masas peligrosas, sin guiar, por ejemplo un meteoroide, podían manejarse. Las computadoras apartarían automáticamente la nave de cualquier meteoroide que viniera y fuera demasiado grande para que el escudo pudiera detenerlo. Eso, no obstante, no funcionaría contra una nave que pudiera virar a la vez que virara su objetivo. Y si la nave colonizadora era la más chica de las dos, era asimismo la más maniobrable. Sólo había un medio de que la nave de Aurora pudiera evitar la destrucción.

D.G. vigilaba cómo la otra nave iba aumentando de tamaño en su pantalla de visión y se preguntó si Gladia, en su cabina, se daba cuenta de lo que estaba ocurriendo. Debió de haber notado la aceleración, pese a la suspensión hidráulica de su cabina y de la acción compensatoria del campo de pseudogravedad.

Y de pronto, la otra nave desapareció de la vista, habiendo «saltado» para alejarse, y D.G. con gran pena, descubrió que estaba conteniendo el aliento y que su corazón se había desbocado. ¿Acaso no tenía confianza en la influencia protectora de la Tierra ni en su propio y seguro diagnóstico de la situación?

D.G. habló por el transmisor con voz que, con voluntad de hierro, había transformado en helada:

—¡Muy bien, tripulación! ¡Corrijan el rumbo y diríjanse a la Tierra!

LA CIUDAD

72

—¿Lo dice en serio, D.G.? —preguntó Gladia—. ¿Se proponía de verdad colisionar con la nave?

—En absoluto —respondió D.G., indiferente—. No esperaba hacerlo. Simplemente me lancé contra ellos, sabiendo que retrocederían. Esos espaciales no iban a arriesgar sus largas y maravillosas vidas cuando podían fácilmente evitarlo.

—¿Esos espaciales? ¡Qué cobardes son!

—Siempre me olvido de que es una espacial, Gladia —carraspeó D.G.

—Sí, imagino que piensa que esto es un cumplido. ¿Y si hubieran sido tan locos como usted, si hubieran hecho gala de esa locura infantil que confunde con la valentía… y no se hubieran movido? ¿Qué habría hecho?

—Chocar con ellos —murmuró D.G.

—Y todos muertos.

—La transacción habría sido favorable a nosotros, Gladia. Una decrépita nave mercante procedente de un mundo colonizador, contra una moderna nave de guerra del avanzado mundo espacial.

D.G. inclinó su silla hacia la pared y se puso las manos en la nuca (asombroso lo cómodo que se sentía, ahora que todo había terminado).

—Una vez vi un hiperdrama histórico en el que, hacia el final de una guerra, unos aviones cargados de explosivos se lanzaban deliberadamente contra unas magníficas naves de mar, para hundirlas. Por supuesto, el piloto de cada aeroplano perdía la vida.

—Eso era ficción —comentó Gladia—. No supondrá que la gente civilizada haga cosas así en la vida real, ¿verdad?

—¿Por qué no, si la causa lo merece?

—¿Qué sintió cuando se lanzó hacia una muerte gloriosa? ¿Exaltación? Lanzaba a toda su tripulación hacia la misma muerte.

—Lo sabían. No podíamos hacer otra cosa. La Tierra nos contemplaba.

—La gente de la Tierra ni siquiera estaba enterada.

—Lo digo metafóricamente. Nos encontrábamos en el espacio de la Tierra. No podíamos actuar de forma innoble.

—Bah, ¡qué tontería! Y también arriesgó mi vida.

D.G. se contempló las botas.

—¿Quiere oír algo completamente loco? Era lo único que me preocupaba.

—¿Qué yo perdiera la vida?

—No, eso precisamente no. Que iba a perderla a usted… Cuando esa nave me ordenó que la entregara, sabía que no lo haría, aunque usted me lo pidiera. Por el contrario, chocaría alegremente contra ellos así no la conseguirían. Y después, mientras iba viendo cómo su nave llenaba mi pantalla, pensé: «Si no se marchan, también la perderé» y fue entonces cuando mi corazón empezó a palpitar y yo a sudar. Sabía que se irían, pero la idea… —Movió la cabeza.

—No lo comprendo. No le preocupaba mi muerte, pero le preocupaba perderme. ¿No van juntas las dos cosas?

—Lo sé. No digo que sea racional. Me acordé de usted corriendo hacia la capataza para salvarme, sabiendo que ella podía matarla de un golpe. Y la recordé enfrentándose con toda la gente de Baleymundo y convenciéndola, cuando jamás se había enfrentado a una gran multitud. Incluso pensé en usted yéndose a Aurora cuando era una joven, y aprendiendo una nueva forma de vida y sobreviviendo… Y me pareció que no me importaba morir, sólo me importaba perderla. Tiene razón. Es una insensatez.

—¿Se ha olvidado de mi edad? —preguntó Gladia, pensativa—. Cuando usted nació, yo era casi tan vieja como ahora. A su edad solía soñar con su lejano antepasado. Además, tengo una articulación artificial en la cadera. Mi dedo pulgar izquierdo, éste —lo movió— es enteramente

protésico. Algunos de mis nervios han sido reconstruidos. Mis dientes son todos implantados, de cerámica. Y me habla como si en cualquier momento fuera a confesarme una pasión fogosa. ¿Por qué? ¿Para quién? Piense, D.G. ¡Míreme y véame como soy!

D.G. echó una silla hacia atrás, sobre dos patas, y se frotó la barba con un extraño ruido:

—Está bien. Me ha hecho sentir idiota, pero seguiré como ahora. Lo que sé de su edad es que va a sobrevivirme y que parecerá poco mayor que ahora cuando eso ocurra, así que es más joven que yo, no más vieja. Además, me tiene sin cuidado que sea mayor que yo. Lo que me gustaría es que se quedara conmigo, fuera a donde fuese para toda mi vida.

Gladia iba a hablar, pero D.G. intervino rápidamente:

—O si le parece más conveniente, que yo me quede junto a usted, vaya donde fuere, para toda mi vida, de ser posible. Si a usted no le parece mal.

—Soy una espacial —dijo Gladia con dulzura—. Usted es un colonizador.

—¿A quién le importa, Gladia? ¿A ti?

—Quiero decir que no habrá hijos. Ya he tenido los míos.

—¿Y a mí qué me importa? No hay peligro de que el nombre de Baley se extinga.

—Yo tengo una tarea. Me he propuesto llevar la paz a la Galaxia.

—Te ayudaré.

—¿Y tu trabajo mercante? ¿Vas a perder la oportunidad de hacerte rico?

—Lo haremos juntos. Sólo un poco para que mi tripulación se sienta feliz y me ayude a mantenerte en tu ocupación de establecer la paz.

—Pero la vida será aburrida para ti, D.G.

—¿Lo crees así? A mí me parece que desde que estamos juntos ha sido excesivamente excitante.

—Y probablemente insistirás en que abandone a mis robots.

D.G. pareció entristecido:

—¿Es por eso por lo que has estado tratando de disuadirme? No me importaría que te quedaras con los dos, incluso con Daneel y su sonrisita lasciva; pero si vamos a vivir con los colonizadores…

—En ese caso supongo que tendré que intentar encontrar el valor de hacerlo.

Rió dulcemente y lo mismo hizo D.G. Alargó los brazos y Gladia puso sus manos en las suyas, diciendo:

—Estás loco. Yo estoy loca. Pero todo ha sido tan extraño desde la noche en que miré el cielo de Aurora y traté de encontrar el sol de Solaria, que supongo que estar loca es la única respuesta a las cosas.

—Lo que acabas de decir no es locura, es pura demencia, pero así es como quiero que seas —titubeó—. No, esperaré. Me afeitaré la barba antes de intentar besarte. Esto disminuirá las posibilidades de infección.

—¡No, no lo hagas! ¡Tengo curiosidad por saber lo que se siente!

Y no tardó en descubrirlo.

73

El comandante Lisiform anduvo de un extremo a otro de su camarote. Dijo:

—Era inútil perder la nave. No merecía la pena.

Su asesor político estaba tranquilamente sentado. Sus ojos no se molestaron en seguir las rápidas idas y venidas del comandante.

—Sí, claro —se limitó a decir.

—¿Qué tenían que perder los bárbaros? Viven solamente unas décadas y, de todas formas, la vida no significa nada para ellos.

—Sí, claro.

—Pero hasta ahora no había visto nunca una nave colonizadora haciendo eso. Tal vez sea una nueva táctica fanática. Nosotros no podemos defendernos contra ella. ¿Qué ocurriría si mandaran naves zumbando contra las nuestras, con los escudos levantados, a la máxima velocidad y sin seres humanos a bordo?

—Podríamos robotizar nuestras naves por completo.

—No serviría de nada. No podríamos permitirnos perder la nave. Lo que necesitamos es la cuchilla antiescudo de que están hablando. Algo que rasgue un escudo de arriba abajo.

—Entonces, ellos también inventarán una y nosotros tendremos que fabricar un escudo anticuchilla, y ellos también, y seguiremos igual pero a más alto nivel.

—Entonces necesitamos algo completamente nuevo.

—Bueno —comentó el consejero—, puede que aparezca algo. Su misión no era específicamente el asunto de la mujer solariana y sus robots, ¿verdad? Hubiera sido perfecto haberlos forzado a abandonar la nave colonizadora, pero eso era secundario, ¿no es cierto?

—De todos modos, al Consejo no le va a gustar nada.

—Hablarles es cosa mía. El hecho importante es que Amadiro y Mandamus no sólo abandonaron la nave sino que están en un transbordador camino de la Tierra.

—En efecto.

—Y no solamente distrajo a la nave colonizadora, sino que incluso la retrasó. Esto quiere decir que Amadiro y Mandamus salieron sin ser vistos y estarán en la Tierra antes que nuestro bárbaro capitán.

—Eso creo. Pero ¿para qué?

—No lo sé. Si se tratara solamente de Mandamus, me olvidaría del asunto. No cuenta, pero ¿y Amadiro? ¡Abandonar las guerras políticas de casa en tiempo crucial, y venir a la Tierra! Algo tremendamente importante debe de ocurrir allí.

—¿Qué? —El comandante parecía disgustado de haber estado a punto de verse envuelto en algo de lo que no entendía nada.

—No tengo la menor idea.

—¿Supone que pueda tratarse de negociaciones secretas al más alto nivel para una modificación del tratado de paz que Fastolfe había negociado?

El asesor sonrió:

—¿Tratado de paz? Si cree esto, es que no conoce a nuestro doctor Amadiro. No viajaría a la Tierra para modificar una o dos cláusulas en un tratado de paz. Lo que busca es una Galaxia sin colonizadores y si va a la Tierra…, bueno, lo único que puedo decir es que no me gustaría encontrarme en la piel de los bárbaros colonizadores a partir de ahora.

—Confío, amigo Giskard, en que Gladia no se encuentre incómoda sin nosotros. ¿Puedes saberlo, a distancia?

—Puedo captar su mente, de modo débil pero inconfundible, amigo Daneel. Está con el capitán y hay una clara aura de excitación y alegría.

—Excelente, amigo Giskard.

—Pero menos excelente para mí, amigo Daneel. Me encuentro en un estado de vago desorden. He soportado una tremenda tensión.

—Me entristece oírlo, amigo Giskard. ¿Puedo preguntarte la razón?

—Hemos estado aquí durante mucho tiempo mientras el capitán negociaba con la nave aurorana.

—Sí, pero la nave aurorana se ha ido ya, así que el capitán ha negociado con éxito.

—Lo ha hecho de un modo del que tú, por lo visto, no te has dado cuenta. Yo sí, hasta cierto punto. Aunque el capitán no estaba aquí con nosotros, me costó poco captar su mente. Irradiaba una tensión y suspenso abrumadores y, por debajo de todo ello, una fuerte sensación de pérdida de algo.

—¿Pérdida, amigo Giskard? ¿Pudiste descubrir en qué consistía?

—No puedo describir mi método de análisis de semejantes cosas, pero la pérdida no parecía ser del tipo de las que había asociado en el pasado con generalidades o con objetos inanimados. Sentí el tacto…, ésta no es la palabra, pero no hay otra que sirva ni de lejos…, sentí la pérdida de una persona específica.

—Gladia.

—Sí.

—Esto parecería natural, amigo Giskard. Se enfrentaba con la posibilidad de tener que entregarla a la nave aurorana.

—La impresión era demasiado intensa. Demasiado dolorosa.

—¿Dolorosa?

—Es la única palabra que se me ocurre en relación con lo que capté. Había una dolorosa tensión asociada a la sensación de pérdida. No era como si Gladia se fuera a otra parte y por ello no la tendría cerca. Esto, después

de todo, podía remediarse en el futuro. Era como si fuera a dejar de existir…, que falleciera…, y la perdiera para siempre.

—Sintió que los auroranos la matarían. Estoy seguro de que no iba a ocurrir, de que no era posible.

—En efecto, no era posible. Y no es eso. Sentí una sensación de responsabilidad personal asociada al profundo temor de pérdida. Tanteé en otras mentes a bordo de la nave y, juntándolo todo, llegué a la sospecha de que el capitán llevaba deliberadamente su nave a chocar contra la nave aurorana.

—También esto me parece imposible, amigo Giskard —murmuró Daneel.

—Tuve que aceptarlo. Mi primer impulso fue alterar la mente del capitán, arrancarle la presión emocional de forma que variara el rumbo, pero no pude. Estaba tan firmemente decidido, tan saturada su mente de determinación, y, pese al suspenso, a la tensión y al temor de pérdida, tan rebosante de confianza en el éxito…

—¿Cómo podía sentir a la vez temor de pérdida por la muerte y sensación de confianza en el éxito?

—Amigo Daneel, ya he dejado de maravillarme ante la capacidad de la mente humana de mantener dos emociones opuestas simultáneamente. Me limito a aceptarlo. En este caso, intentar alterar la mente del capitán hasta el extremo de hacerle apartar la nave de su ruta, lo hubiera matado. No podía hacerlo.

—Pero al no hacerlo, amigo Giskard, montones de seres humanos en esta nave, incluyendo a Gladia, y a varios cientos más en la nave aurorana, morirían.

—Podían no morir si el capitán estaba en lo cierto en su sensación de confianza en el éxito. No podía provocar una muerte cierta para evitar otras probables. Ahí está la dificultad, amigo Daneel, de tu ley Cero. La primera ley trata con individuos y seguridades específicas. Tu ley Cero trata con grupos vagos y probabilidades.

—Los seres humanos a bordo de las naves no son grupos vagos. Son diversos individuos específicos tomados en conjunto.

—Pero cuando debo tomar una decisión es al individuo específico al que tengo que manipular directamente, y cuyo sino debe contar para mí. No puedo evitarlo.

—¿Qué hiciste, pues, amigo Giskard, o no pudiste hacer nada?

—Desesperado, amigo Daneel, intenté conectar con el comandante de la nave aurorana, que tras un pequeño «salto» se encontraba muy cerca de nosotros, pero no pude. La distancia era excesiva. No obstante, el intento no fue del todo inútil. Detecté algo, el equivalente a un ligero zumbido. Reflexioné un momento antes de darme cuenta que recibía la sensación de las mentes de todos los humanos a bordo de la nave aurorana. Separé el ligero zumbido de las sensaciones más prominentes que salían de nuestra propia nave, una tarea difícil.

—Casi imposible, diría yo, amigo Giskard.

—Como bien dices, casi imposible, pero lo conseguí con un gran esfuerzo. Sin embargo, por más que lo intenté no pude separar las mentes individuales. Cuando Gladia se enfrentó con aquel gran número de seres humanos en Baleymundo, percibí una confusión anárquica y una mezcla de mentes, pero por unos instantes logré separar unas de otras. En esta ocasión no ha sido posible.

Giskard calló, como perdido en sus recuerdos.

—Imagino que esto debe ser análogo al modo en que vemos las estrellas individuales en grandes grupos, cuando el conjunto está relativamente cerca de nosotros —dijo Daneel—. Pero, en una Galaxia distante no podemos separar unas estrellas de otras, sino ver solamente una bruma vagamente luminosa.

—Esto me parece una buena analogía, amigo Daneel. Como yo me concentraba en el zumbido suave y distante, me pareció detectar una leve capa de miedo. No estaba seguro, pero sentí que debía aprovecharme de ello. Jamás había intentado ejercer mi influencia sobre algo tan lejano, sobre algo tan impreciso como un mero zumbido, pero me esforcé desesperadamente por aumentar aquel miedo aunque solamente fuera un poquito. No sabría decir si tuve suerte o no.

—La nave aurorana huyó. Debiste de tener éxito.

—O no, vaya uno a saber. La nave pudo haber huido aunque yo no hubiera hecho nada.

Daneel pareció sumirse en sus pensamientos.

—Quizá. Si el capitán confiaba tanto en que huyera…

—Por el contrario, no estoy seguro de que existiera una base racional para tanta confianza —dijo Giskard—. Me pareció que lo que detectaba era una mezcla de temor y reverencia hacia la Tierra. Y la confianza era algo parecida a la que he detectado en los niños respecto a sus protectores, sus padres u otras personas. Tuve la impresión de que el capitán creía que no podía fracasar en los alrededores de la Tierra por la influencia de ésta. No voy a decir que el sentimiento fuera exactamente irracional, pero en todo caso a mí me pareció no racional.

—Indudablemente estás en lo cierto, amigo Giskard. El capitán ha hablado siempre de la Tierra, en nuestra presencia, con respeto. Puesto que la Tierra no puede influir en el éxito de un acto mediante influencias místicas, es posible suponer que tu influencia fue ejercida felizmente. Y, además…

Giskard con sus ojos levemente fosforescentes, dijo:

—¿En qué estás pensando, amigo Daneel?

—He estado pensando en la suposición de que el individuo humano es concreto mientras que la humanidad es abstracta. Cuando detectaste el leve zumbido procedente de la nave aurorana, no detectabas a un individuo, sino a una porción de la humanidad. ¿No podría ser que estuvieras a la distancia adecuada de la Tierra y que el rumor de fondo, suficientemente apagado, que detectaste fuera el zumbido de la actividad mental de la población humana de la Tierra? Y, ampliando esto, ¿puede uno dejar de imaginar que en la Galaxia está el zumbido de la actividad mental de la humanidad? ¿Cómo es posible, entonces, que la humanidad sea una abstracción? Es algo que puedes señalar. Piensa en eso en conexión con la ley Cero y verás que la extensión de las leyes de la Robótica es justificada…, justificada por tu propia experiencia.

Siguió una larga pausa y al fin dijo Giskard, despacio como si le arrancaran las palabras:

—Puede que tengas razón, amigo Daneel, pero si ahora aterrizamos en la Tierra, con una ley Cero que podemos utilizar, seguimos aún sin saber cómo utilizarla. Hasta aquí, nos parece que en la crisis que se cierne sobre la Tierra está involucrado el uso de un intensificar nuclear, pero que por lo que sabemos, no hay nada en la Tierra lo bastante significativo para que un intensificador pueda realizar su trabajo. Así que, ¿qué vamos a hacer en la Tierra?

—Todavía no lo sé —confesó Daneel, apesadumbrado.

75

¡Ruido!

Gladia escuchó, asombrada. No lastimaba su oído. No era el ruido de una superficie chocando contra otra. No era un alarido estridente, o un clamor, o unos golpes, o algo que pudiera expresarse onomatopéyicamente. Era más blando y menos insistente, subía y bajaba, llevaba consigo cierta irregularidad… ¡y estaba siempre presente!

D.G. la observó escuchando, inclinando la cabeza a un lado y a otro, y le dijo:

—Yo lo llamo «La voz de la ciudad», Gladia.

—¿No cesa nunca?

—En realidad, nunca; pero ¿qué otra cosa puedes esperar? ¿No has estado nunca en un campo oyendo el viento entre las hojas y el zumbido de los insectos, y los pájaros llamándose, y el agua deslizándose entre las piedras? Eso no cesa nunca.

—Es diferente.

—No, no lo es. Es lo mismo. El rumor es aquí la mezcla del rumor de las máquinas y de los diferentes ruidos que hace la gente, pero el principio es exactamente el mismo que el de las voces no humanas en el campo. Estás acostumbrada a los campos y por eso no oyes nada allí. No estás acostumbrada a esto, y lo oyes y probablemente lo encuentras molesto. La gente de la Tierra no lo oye sino en las ocasiones en que acaban de llegar del campo, y entonces le encanta escucharlo. Mañana no lo oirás.

Gladia, pensativa, miró a su alrededor desde el pequeño balcón donde se encontraban.

—¡Cuántos edificios!

—Es verdad. Estructuras por todas partes extendiéndose hacia fuera por kilómetros y kilómetros. Y arriba… y abajo, también. Ésta no es solamente una ciudad al estilo de Aurora o de Baleymundo. Es una Ciudad, con «C» mayúscula, un tipo que existe solamente en la Tierra.

—Éstas son las Cavernas de Acero —dijo Gladia—. Lo sé. Estamos bajo tierra, ¿verdad?

—Sí. Absolutamente. Debo confesarte que me llevó mucho tiempo acostumbrarme a este tipo de cosas cuando visité la Tierra por primera vez. Siempre que voy a una ciudad, me parece una escena de ciudad abarrotada. Caminos, calles, fachadas de tiendas y masas de gente, con la luz suave de los fluorescentes haciendo que todo parezca bañado por una luz solar sin sombras. Pero no es luz solar, y arriba, en la superficie, no sé si el sol está brillando en este momento o si lo cubren las nubes, o si está dejando a esta parte del mundo sumida en noche y oscuridad.

—Hace que la Ciudad parezca encerrada. La gente respira el aire de cada uno.

—Sí, lo hacemos en cualquier mundo, en cualquier parte.

—Pero no así. —Olisqueo—. Huele.

—Cada mundo huele. Cada ciudad en la Tierra huele distinto. Te acostumbrarás.

—No sé si quiero acostumbrarme. ¿Por qué no se ahoga la gente?

—Porque la ventilación es excelente.

—¿Y qué ocurre cuando se estropea?

—No ocurre nada.

Gladia volvió a mirar alrededor y dijo:

—Cada edificio parece cargado de balcones.

—Es un signo de condición social. Muy poca gente tiene pisos con vistas al exterior, y si los tiene quiere las ventajas de tenerlos. La mayoría de los ciudadanos tienen pisos interiores, sin ventanas.

Gladia se estremeció.

—¡Qué horrible! ¿Cuál es el nombre de esta ciudad, D.G.?

—Nueva York. Es la ciudad más importante, pero no la mayor. En este continente, la Ciudad de México y Los Ángeles son las mayores, y también en otros continentes hay ciudades mayores que Nueva York.

—¿Por qué es Nueva York la más importante?

—Por lo mismo de siempre. El gobierno global está situado aquí: las Naciones Unidas.

—¿Naciones? —le apuntó con el dedo, triunfante—. La Tierra estaba dividida en varias unidades políticas independientes, ¿verdad?

—Sí, sí. Docenas de ellas. Esto fue antes de los viajes interespaciales, los tiempos pre-hiper. Pero el nombre permanece. Esto es lo maravilloso de la Tierra. Es historia congelada. Cada otro mundo es nuevo y sin profundidad. Sólo la Tierra es la humanidad en su esencia.

D.G. lo dijo casi en un murmullo y luego se refugió en el interior de la habitación, no muy grande y con un mobiliario de poca calidad. Gladia comentó, decepcionada:

—¿Por qué no se ve a nadie?

—No te preocupes, querida —se rió D.G.—. Si son desfiles y atención lo que deseas, los tendrás. Lo que pasa es que les pedí que nos dejaran solos un poco. En cuanto a mis hombres, tienen que amarrar la nave, limpiarla, renovar las provisiones, dedicarse a sus devociones…

—¿Mujeres?

—No, no es a lo que me refiero, aunque supongo que las mujeres tendrán su papel más tarde. Al decir devociones, me refiero a que la Tierra tiene aún sus religiones, y éstas consuelan a los hombres en cierto modo. Por lo menos aquí, en la Tierra. Aquí parecen tener mayor significado.

—Vaya —dijo Gladia medio despectiva—, historia congelada, como has dicho. ¿Supones que podríamos salir del edificio y pasear un poco?

—Acepta mi consejo, Gladia, y no quieras meterte en eso, ahora. Tendrás más y de sobra cuando empiece la ceremonia.

—Pero será terriblemente formal. ¿No podríamos saltarnos la ceremonia?

—Imposible. Como en Baleymundo te dio por hacerte la heroína, tendrás también que serlo en la Tierra. De todos modos las ceremonias

acabarán pronto. Cuando te hayas recuperado de ellas, buscaremos un guía y visitaremos realmente la ciudad.

—¿Habrá algún problema si nos llevamos a mis robots? —Señaló a Daneel y Giskard, que estaban al otro extremo de la estancia—. No me importa ir sin ellos cuando estoy contigo en la nave, pero si vamos a encontrarnos con montones de desconocidos, me siento más segura si los tengo conmigo.

—Desde luego, no habrá problema con Daneel. Es también un héroe por derecho propio. Fue el colega de mi antepasado, y pasa por humano. Giskard, que es claramente un robot, no debía ser autorizado, en teoría, a traspasar los límites de la ciudad, pero han hecho una excepción en su caso y espero que sigan haciéndola. A propósito, lamento que tengamos que esperar aquí y no podamos salir.

—No estoy segura de que me apetezca, precisamente ahora, exponerme a todo ese ruido —dijo Gladia.

—No, no. No me refiero a plazas públicas y carreteras. Me encantaría sacarte fuera, a los corredores de este edificio. Hay literalmente kilómetros y kilómetros, y son, en sí, como una ciudad en pequeño: centros comerciales, restaurantes, áreas de recreo, baños, ascensores, cintas transportadoras y demás. Hay más color y variedad en un solo piso de un edificio de cualquier ciudad de la Tierra, que en toda una ciudad de colonizadores, o en todo un mundo espacial.

—Me da la impresión de que todo el mundo puede perderse.

—De ningún modo. Aquí todo el mundo conoce su propio vecindario, como en cualquier otra parte. Incluso los forasteros no tienen más que seguir las señales.

—Pienso que todo lo que tienen que andar, que se ven forzados a andar, es muy bueno físicamente, pero… —Parecía dubitativa.

—Y también socialmente. En todo momento hay gente en los corredores y lo establecido es que se hable con los conocidos e incluso se salude a los desconocidos. Tampoco es absolutamente necesario andar. Hay ascensores por todas partes para los trayectos verticales. Los corredores principales son cintas transportadoras y se mueven para los trayectos

horizontales. Naturalmente, fuera del edificio hay una línea que conecta con la red de autopistas. Eso vale la pena. Tendrás que circular.

—Ya he oído hablar de ellas. Hay tramos por donde se cruza que te llevan más y más de prisa, o más y más despacio, al saltar de una a otra. Yo sería incapaz de hacerlo. No me lo pidas.

—Claro que podrás hacerlo —dijo D.G. optimista—. Te ayudaré. Si es necesario, te llevaré a cuestas: lo único que te hace falta es algo de práctica. Entre la gente de este planeta hasta los niños de los jardines saben hacerlo, lo mismo que los ancianos que andan con bastón. Confieso que los colonos son más bien torpes, y yo no soy un portento de gracia, pero me defiendo y lo mismo harás tú.

Gladia exhaló un enorme suspiro:

—Bueno, pues lo intentaré si no hay otro remedio. Voy a decirte una cosa, mi querido D.G. Debemos conseguir una habitación razonablemente silenciosa para la noche. Quiero que enmudezca tu «Voz de la ciudad».

—Seguro que podrá arreglarse.

—Y no quiero tener que comer en la «Sección cocinas».

D.G. pareció dudoso:

—Arreglaremos para que nos traigan la comida; en realidad te vendría bien participar en la vida social de la Tierra. Después de todo, voy a estar contigo.

—Quizás algo más tarde, D.G., pero no ahora, al principio. Quiero un baño para mí sola.

—¡Oh, no, eso es imposible! En cada habitación que se nos asigne habrá un lavabo y un w.c., porque somos gente de categoría, pero si te propones ducharte o bañarte, tendrás que seguir a la gente. Hay una mujer que te enseña cómo funciona y te reserva un compartimiento individual o como se llame aquí. No te sentirás incómoda. Las mujeres de los mundos colonos son entrenadas en el uso de los reservados todos los días del año. Y a lo mejor terminas disfrutándolo, Gladia. Tengo entendido que el reservado de mujeres es un lugar de mucha actividad y muy entretenido. Por el contrario, en el de los hombres no se permite decir una sola palabra. Muy aburrido.

—Todo eso es horrible —musitó Gladia—. ¿Cómo puedes soportar la falta de intimidad?

—En un mundo abarrotado es de absoluta necesidad —comentó D.G. sin darle demasiada importancia—. Lo que nunca has conocido, no lo echas en falta. ¿Quieres algún otro aforismo?

—Realmente, no.

Parecía tan abatida que D.G. le pasó un brazo por los hombros:

—Vamos, no será tan malo como piensas. Te lo prometo.

76

No fue exactamente una pesadilla, pero Gladia agradeció su anterior experiencia en Baleymundo que le dio una somera idea de lo que era ahora un verdadero mar de gente. Había mucha más aquí, en Nueva York, de la que había en el mundo de los colonizadores; pero, por el contrario, aquí estaba más aislada de las masas, que en la anterior ocasión.

Los funcionarios del Gobierno estaban claramente deseosos de que se les viera con ella. Se percibía una lucha correcta y muda por conseguir colocarse lo suficientemente cerca para que se les viera juntos por hipervisión. Se quedaba aislada, no sólo de las masas al otro lado de los cordones de policía, sino también de D.G. y de sus dos robots. También se la veía sometida a las acometidas de la gente que solamente parecía pensar en las cámaras.

Tuvo que oír lo que le parecieron innumerables discursos, todos ellos afortunadamente cortos, sin escucharlos. Sonreía incesantemente, sin expresión, a ciegas, proyectando la visión de sus dientes de porcelana en todas direcciones indiscriminadamente.

Gladia recorrió en coche kilómetros y kilómetros de corredores a paso de tortuga, mientras incontables grupos de hormigas bordeaban el camino, vitoreándola y saludándola al verla pasar (se preguntó si alguna vez un espacial había recibido tanta adulación de la gente de la Tierra, y estaba segura de que su caso era enteramente sin precedentes).

En determinado momento, Gladia divisó un lejano grupo de personas reunidas junto a una pantalla de hipervisión y fugazmente se vio en ella. Estaban escuchando, lo sabía, una grabación de su discurso en Baleymundo. Gladia pensó en cuántas veces, en cuántos lugares y ante cuánta gente se retransmitía ahora, y cuántas veces había sido ya retransmitido desde que lo pronunció, y cuántas veces volvería a retransmitirse en el futuro, y si se oía todo, o en parte, en los mundos espaciales.

¿Acaso parecería una traidora a la gente de Aurora, y se tomaría esta recepción como prueba de ello?

Podía ser…, a lo mejor…, pero la tenía sin cuidado. Tenía que cumplir su misión pacificadora, de reconciliación y no cejaría, la llevara a donde la llevase, sin quejarse. Iría, incluso, hasta tolerar la increíble orgía del baño colectivo, y el estridente e inconsciente exhibicionismo en el reservado de mujeres aquella misma mañana (sin excesivas quejas).

Llegaron a una de las autopistas que D.G. había mencionado, y Gladia contempló, horrorizada, la interminable serpiente de coches de pasajeros que pasaban… y pasaban… y pasaban con su carga de personas que se dirigían a un trabajo que no podía posponerse para ver el desfile (o a las que, sencillamente, no les interesaba) y que miraban gravemente a la multitud y a la procesión durante el tiempo escaso que los tenían en frente. De pronto, el coche se metió por debajo de la autopista, por un corto túnel que no se diferenciaba en nada del camino que habían dejado arriba (toda la ciudad era una red de túneles) y salió otra vez.

La comitiva se detuvo ante un enorme edificio, más atractivo que el resto de los interminables bloques que representaban las unidades de la sección residencial de la Ciudad.

En el interior del edificio, hubo otra recepción en la que se sirvieron canapés y bebidas alcohólicas. Gladia, precavida, no tomó ni una cosa ni otra. Millares de personas la rodearon y una sucesión interminable se acercó a hablarle. Se había corrido la voz de que no debían estrecharle la mano, pero algunos lo hicieron y Gladia, esforzándose por no vacilar, apoyaba brevemente dos dedos en la mano tendida y los retiraba al instante. En un momento dado, un grupo de mujeres se preparó para dirigirse al personal más próximo y una llevó a cabo lo que era claramente una fórmula de

cumplido. Discretamente preguntó a Gladia si le gustaría acompañarlas. No le atraía, pero pensó que ante ella se extendía una larga velada y que luego le resultaría más embarazoso desaparecer.

Una vez en el interior del reservado, hubo las risas y charlas habituales y Gladia, acomodándose a las circunstancias y fortalecida por el recuerdo de la mañana, utilizó las ventajas de una pequeña cámara con separaciones a ambos lados, pero ninguna por delante.

Nadie parecía molesto y Gladia se esforzó por recordar que tenía que adaptarse a las costumbres locales. Por lo menos el lugar tenía una excelente ventilación y parecía irreprochablemente limpio.

En todo ese tiempo Daneel y Giskard habían sido ignorados. Eso, pensó Gladia, era pura amabilidad. Los robots ya no estaban permitidos dentro de los límites de la ciudad, aunque había millones en el campo. Insistir en la presencia de Daneel y Giskard significaba poner en entredicho lo legalmente establecido. Era más sencillo pretender, con tacto, que no figuraran para nada.

Cuando empezó el banquete, se sentaron discretamente a una mesa junto a D.G., no lejos de la presidencia. Gladia comió muy poco, preguntándose si aquella comida podía producirle disentería. D.G., no del todo satisfecho al verse relegado al cargo de guardián de los robots, no dejó de mirar a Gladia y ésta, alguna que otra vez, agitó la mano y le sonrió.

Giskard, igualmente vigilante, tuvo la oportunidad de decir a Daneel, en un murmullo encubierto por el persistente e interminable ruido de fondo de las voces y el chocar de los cubiertos:

—Amigo Daneel, hay altos funcionarios sentados en esta habitación. Es posible que alguno de ellos tenga información que pueda sernos útil.

—Puede, amigo Giskard. ¿Crees que dadas tus habilidades me guiarás a este respecto?

—No puedo. El fondo de actividad mental no me proporciona ninguna reacción emocional que pueda ser interesante. Tampoco las ideas fugaces de los más cercanos indican gran cosa. Pero tengo la certeza de que el clímax de la crisis se está aproximando rápidamente mientras estamos sentados aquí, sin hacer nada.

—Trataré de hacer lo que el colega Elijah hubiera hecho, y forzaré la situación.

77

Daneel no comía. Vigilaba a la gente con sus ojos tranquilos hasta encontrar lo que buscaba. Discretamente se levantó y se acercó a otra mesa, con la mirada fija en una mujer que lograba comer y sostener al mismo tiempo una animada conversación con el hombre que se sentaba a su izquierda. Era una mujer con pelo corto que mostraba infinidad de canas. Su rostro, aunque no joven, era agradable.

Daneel esperó un descanso natural en la conversación, y al ver que no ocurría, dijo con esfuerzo:

—Señora, ¿me permite interrumpirla?

Ella le miró sorprendida y abiertamente disgustada:

—Bien —dijo con brusquedad—, ¿de qué se trata?

—Señora —repitió Daneel—, perdone esta interrupción, ¿me autoriza usted a que hablemos unos momentos?

Le miró frunciendo el entrecejo y su expresión se dulcificó al decirle:

—Por su extrema corrección creo adivinar que es el robot, ¿verdad?

—Soy uno de los robots de la señora Gladia, señora.

—Sí, pero es el humano. ¿Es R. Daneel Olivaw?

—Éste es mi nombre, señora.

La señora se volvió al hombre que se sentaba a su izquierda, y le rogó.

—Perdóneme. No puedo negarme a hablar con este… robot. Su vecino sonrió, indeciso, y dedicó toda su atención al plato que tenía delante. La señora dijo a Daneel:

—Si tenía una silla, ¿por qué no se la trae aquí? Estaré encantada de que hablemos.

—Gracias, señora.

Cuando Daneel, de vuelta, se sentó a su lado, ella le preguntó:

—¿Es de verdad R. Daneel Olivaw?

—Éste es mi nombre, señora —repitió.

—Quiero decir que si es el que trabajó hace años con Elijah Baley. ¿No será un nuevo modelo del mismo tipo? ¿No será R. Daneel Olivaw Cuarto, o algo parecido?

—Queda algo de mí que no ha sido reemplazado en las últimas veinte décadas… Ni siquiera modernizado o mejorado. Mi cerebro positrónico es el mismo que cuando trabajé con mi colega Elijah en tres mundos diferentes y una vez en una nave espacial. No ha sido alterado.

—¡Vaya! —Le miró admirada—. Es por supuesto un buen trabajo. Si todos los robots fueran como usted, no tendría nada que objetarles… ¿De qué quiere hablarme?

—Cuando la presentaron a la señora Gladia, señora, antes de que nos sentáramos todos, dijeron que era usted la Subsecretaría de Energía, Sophia Quintana.

—Tiene buena memoria. Ése es mi nombre y mi cargo.

—¿Se refiere el cargo a todo el planeta Tierra o sólo a la Ciudad?

—Soy Subsecretaría Global, se lo aseguro.

—Entonces, ¿es usted experta en campos energéticos?

Quintana sonrió. No parecía que la molestara ser interrogada. Quizá lo encontró divertido o quizá se sintió atraída por el aspecto de deferente gravedad de Daneel, o quizá por el mero hecho de que un robot la interrogara. En cualquier caso, dijo sonriente:

—Estudié Energética en la Universidad de California y poseo el título de Licenciada en la especialidad. En cuanto a si sigo siendo una experta, no estoy segura. He dedicado demasiados años a la Administración, y eso es algo que embota el cerebro, se lo aseguro.

—Pero seguirá estando bien enterada de los aspectos prácticos de la actual fuente de energía de la Tierra, ¿no es cierto?

—Sí. Confieso que así es. ¿Necesita saber algo respecto de ella?

—Hay algo que estimula mi curiosidad, señora.

—¿Curiosidad? ¿En un robot?

—Si un robot es lo suficientemente complejo, puede descubrir dentro de él algo que requiere información. Esto es una sensación análoga a la que, según he observado, los humanos llaman «curiosidad», y me tomo la

libertad de servirme de dicha palabra en relación con mis propios sentimientos.

—Me parece justo. ¿Qué es lo que despierta su curiosidad, R. Daneel? ¿Puedo llamarle así?

—Sí, señora. Tengo entendido que la fuente de energía de la Tierra procede de las estaciones de energía solar en órbita geoestacionaria en el plano ecuatorial de la Tierra.

—Lo ha entendido correctamente.

—¿Dichas estaciones energéticas son la única fuente de energía de este planeta?

—No, son las fuentes primarias, pero no las únicas fuentes energéticas. Se utiliza considerable energía procedente del calor interno de la Tierra, de los vientos, de las olas, de los ríos. Disponemos de un conjunto muy complejo y cada variedad tiene sus ventajas. No obstante, la energía solar es la principal.

—No ha mencionado la energía nuclear, señora. ¿No utilizan la microfusión?

Quintana enarcó las cejas.

—¿Es esto lo que despierta su curiosidad, R. Daneel?

—Sí, señora. ¿Qué razón hay para la carencia de fuentes de energía nuclear en la Tierra?

—Las tenemos, R. Daneel. Se encuentran en pequeña escala. Nuestros robots… Disponemos de varios en las zonas agrarias, ¿sabe? Están microfusionados. A propósito, ¿también usted?

—Sí, señora.

—También disponemos —prosiguió la señora— de máquinas microfusionadas muy diseminadas, pero en conjunto son insignificantes.

—¿No es cierto, señora Quintana, que las fuentes de energía procedentes de la microfusión son sensibles a la acción de los intensificadores nucleares?

—Por supuesto. Claro que sí. Las fuentes de energía por microfusión estallarían y supongo que esto puede considerarse como «sensibles».

—Entonces, ¿no es posible que alguien, utilizando un intensificador nuclear dañe gravemente alguna porción crucial del abastecimiento

energético a la Tierra?

Quintana se echó a reír:

—No, en absoluto. En primer lugar, no veo a nadie arrastrando un intensificador nuclear de un sitio a otro. Pesa toneladas y no creo que pueda manejarse por las calles y corredores de una ciudad. Es obvio que si alguien lo intentara sería descubierto. Además, aun suponiendo que pudiera utilizarse un intensificador nuclear, lo único que haría sería destruir a unos cuantos robots y algunas máquinas, antes de que lo descubrieran y lo pararan. No hay la menor oportunidad de que nos dañen por este medio. ¿Es ésta la tranquilidad que necesitaba, R. Daneel? —Sonaba casi a despedida.

—Sólo quedan uno o dos puntos que desearía aclarar, señora. ¿Por qué no hay una gran fuente de microfusión en la Tierra? Todos los mundos espaciales dependen de la microfusión, así como los otros mundos de los colonizadores. La microfusión es portátil, versátil y barata, no requiere esfuerzo de mantenimiento, ni reparación, ni recambios como requieren las estructuras del espacio.

—Y como bien dijo usted, R. Daneel, es sensible a los intensificadores nucleares.

—Y como usted dijo, señora, los intensificadores nucleares son demasiado pesados y voluminosos para que resulten prácticos.

Quintana sonrió abiertamente y asintió:

—Es usted muy inteligente, R. Daneel; jamás se me hubiera ocurrido que podía estar sentada a una mesa con un robot y sostener una discusión de este tipo. Sus robotistas auroranos son muy inteligentes…, demasiado…, porque me da miedo seguir con este tema. Temería que ocupara usted mi puesto en el gobierno. Sabe, hay una leyenda sobre un robot llamado Stephen Byerley, que ocupó un alto cargo en el gobierno.

—Debe de ser pura ficción, señora —observó seriamente Daneel—. No hay ningún robot en puestos gubernamentales en ningún mundo espacial. Somos, simplemente… robots.

—Me tranquiliza oírselo decir, por lo tanto continuaré. El asunto de las distintas fuentes de energía tiene sus raíces en la historia. Mientras se estuvo desarrollando el transporte hiperespacial, disponíamos de microfusión, así que los que abandonaron la Tierra se llevaron consigo

fuentes energéticas de microfusión. Era necesaria también para las naves espaciales y para los planetas en el tiempo en que las generaciones los iban adaptando para ocupación humana. Se tardan muchos años en montar un adecuado complejo de estaciones de energía solar; antes que emprender semejante tarea, los emigrantes se quedaron con la microfusión. Así ocurrió con los espaciales en su tiempo, como ocurre ahora con los colonizadores. No obstante; en la Tierra, desarrollaron la microfusión y la energía solar del espacio casi al mismo tiempo, y, ambas se usaron más y más. Por fin, pudimos elegir utilizar o la microfusión o la energía solar, o ambas. Elegimos la energía solar.

—Es curioso. ¿Por qué no ambas?

—La verdad es que no es difícil responder a la pregunta, R. Daneel. La Tierra, en la época hiperespacial, había experimentado con una forma muy primitiva de energía nuclear, y no resultó una experiencia afortunada. Cuando llegó el momento de elegir entre la energía solar y la microfusión, los habitantes de la Tierra la consideraron como una forma de energía nuclear y no quisieron saber nada. Otros mundos que no habían conocido nuestra experiencia directa con la forma primitiva de la energía nuclear, no tenían motivos para dejar de lado la microfusión.

—¿Puedo preguntarle cuál es la forma primitiva de energía nuclear a la que se refiere, señora?

—La fisión del uranio. Es totalmente diferente de la microfusión. La fisión es la fragmentación de núcleos macizos, como por ejemplo el uranio. La microfusión es la unión de núcleos ligeros, como los del hidrógeno. Sin embargo, ambas son formas de energía nuclear.

—Presumo que el uranio sería el combustible para los aparatos de fisión.

—Sí, como también lo serían otros núcleos pesados, como el torio o el plutonio.

—Pero tanto el uranio como esos otros, son metales sumamente raros. ¿Pueden mantener una sociedad que utiliza la fisión?

—Esos elementos son raros en los otros mundos. En la Tierra no son precisamente corrientes, pero tampoco son muy raros. El uranio y el torio se

encuentran muy diseminados en pequeñas cantidades en la corteza terrestre y están concentrados en escasos puntos.

—¿Y hay ahora en la Tierra, señora, aparatos creadores de energía por fisión?

—No —contestó Quintana, tajante—. En ninguna parte y de ningún tipo. Los seres humanos antes quemarían petróleo, o madera, que utilizar uranio fisionado. La palabra uranio es tabú en sociedad. No me haría usted estas preguntas, ni yo le daría estas respuestas, si fuera un ser humano y perteneciente a la Tierra.

Pero Daneel insistió:

—¿Está segura, señora? No hay ningún ingenio secreto que utilice la fisión y que por causa de la seguridad nacional…

—No, robot —contestó Quintana—. Se lo aseguro…, no existe tal cosa. ¡Ninguno!

—Muchas gracias, señora, y le ruego me perdone por abusar de su tiempo y por insistir tanto en lo que parece ser un tema sensible. Con su permiso, voy a dejarla ahora.

Quintana agitó la mano, distraída.

—A su disposición, R. Daneel.

La señora se volvió de nuevo a su vecino, tranquila por saber que entre los de la Tierra la gente no trataba nunca de escuchar una conversación cercana, y si lo hacía, jamás lo admitiría. Dijo:

—¿Se imagina sostener una discusión sobre energética, con un robot?

En cuanto a Daneel, volvió a su sitio y dijo en voz baja a Giskard:

—Nada, amigo Giskard, nada que pueda sernos útil.

Luego añadió con cierta tristeza:

—A lo mejor formulé la pregunta equivocada. Mi colega Elijah habría formulado las pertinentes.

EL ASESINO

78

El Secretario General, Edgar Andrev, Presidente de la Tierra, era un hombre alto e imponente, rasurado al estilo espacial. Se movía siempre con mesura, como si estuviera en constante exhibición, y tenía un cierto aire centelleante como si siempre estuviera encantado de sí mismo. Su voz era tal vez algo estridente que no encajaba en su constitución, pero no llegaba a ser molesta. Sin parecer obstinado, era difícil de hacerle cambiar de idea. Y esta vez cedió:

—Imposible —dijo con firmeza a D.G.—. Debe hacer su aparición.

—Ha tenido un día muy pesado, Secretario General —protestó D.G.—. No está acostumbrada a las multitudes ni a este ambiente. Yo soy responsable ante Baleymundo de su bienestar y mi honor personal está en juego.

—Comprendo su posición —respondió Andrev—, pero yo represento a la Tierra y no puedo negar a su gente que la vea. Los corredores están abarrotados, los canales de hiperonda están preparados, y yo no podría esconderla aunque lo deseara desesperadamente. Después de esto… ¿cuánto tiempo puede durar? ¿Media hora? Podrá retirarse y no tendrá necesidad de reaparecer hasta el discurso de mañana por la noche.

—Hay que cuidar su comodidad —insistió D.G. abandonando tácitamente su posición—. Hay que mantenerla a cierta distancia de la multitud.

—Habrá un cordón de guardias de seguridad que le proporcionará un amplio espacio despejado. La primera fila del público se retirará. Ya están todos allá. Si no les anunciamos que aparecerá pronto, se organizará un tumulto.

—No teníamos que haberlo preparado. No es seguro. Hay gente de la Tierra que no traga a los espaciales.

El Secretario General se encogió de hombros.

—¡Ojalá pudiera decirte cómo podía haber evitado arreglarlo! En este momento es una heroína y no se la puede retener. Nadie le hará nada sino vitorearla… de momento. Pero si no se presenta, la cosa puede cambiar. Ahora, vámonos.

D.G. retrocedió disgustado. Miró a Gladia. Parecía cansada y más que un poco desgraciada. Le dijo:

—Hay que hacerlo, Gladia. No tenemos más remedio.

Por un instante se miró las manos como preguntándose si podrían hacer algo para protegerla, luego se irguió y levantó la barbilla. ¡Una espacial menuda entre una horda de bárbaros!

—Si hay que hacerlo, lo haré. ¿Te quedarás conmigo?

—A menos que me retiren físicamente.

—¿Y mis robots?

D.G. vaciló:

—Gladia, ¿cómo pueden dos robots ayudarte en medio, de millones de seres humanos?

—Lo sé, D.G. También sé que tendré que prescindir de ellos eventualmente si debo continuar mi misión. Pero todavía no, por favor. De momento me sentiré más segura con ellos, tanto si te parece sensato como si no. Si estos funcionarios quieren que me presente al público, que sonría, que agite la mano, que haga todo lo que se supone que debo hacer, la presencia de Daneel y Giskard me confortará… Mira, D.G., estoy consintiendo en algo que es muy importante para mí, aunque tengo tanto miedo que creo que nada sería mejor que salir huyendo. ¡Que me consientan esto tan insignificante!

—Lo intentaré —murmuró D.G. claramente desanimado y al acercarse a Andrev, Giskard avanzó junto a él.

Unos minutos después. Gladia, rodeada de un contingente de funcionarios, cuidadosamente seleccionados, hizo su entrada en una tribuna; D.G. permaneció unos pasos detrás de ella, flanqueado a su izquierda por Giskard y a su derecha por Daneel. El Secretario General había dicho, resignado:

—Está bien, está bien. No sé cómo ha conseguido hacerme aceptar, pero de acuerdo. —Se pasó la mano por la frente, notando un pequeño dolor en la sien derecha. Por casualidad tropezó con la mirada de Giskard y se volvió con un ligero estremecimiento—. Pero debe conseguir mantenerlos inmóviles, capitán, recuérdelo. Y, por favor, trate de retener al que parece más robot, lo más disimulado que pueda. Me pone nervioso y no quiero que la gente lo vea más de lo que sea necesario.

D.G. le tranquilizó:

—Estarán mirando a Gladia, Secretario General. No verán a nadie más.

—Así lo espero… —dijo Andrev de mala gana. Se detuvo para recoger un mensaje en una cápsula que alguien le puso en la mano. Se lo guardó en el bolsillo, reanudó la marcha y no se acordó más hasta que llegaron a la tribuna.

79

A Gladia, cada vez que cambiaba de lugar, le parecía peor: más gente, más ruido, más luces desconcertantes, más invasión en todos los sentidos. Hubo gritos. Podía oír su nombre pronunciado a gritos. Con dificultad se sobrepuso al impulso de huir y se quedó quieta. Levantó el brazo, lo agitó, y sonrió. El griterío se hizo más fuerte. Alguien empezó a hablar, resonando la voz por encima del sistema de altavoces, y vio su imagen reflejada en una enorme pantalla colocada en alto, visible para todo el mundo. Indudablemente era también visible en innumerables pantallas de innumerables locales, en cada sección de cada ciudad del planeta. Gladia suspiró aliviada al ver a alguien más, bajo los focos. Trató de encogerse y dejar que la voz del orador distrajera la atención del público. El Secretario General Andrev, amparándose bajo la voz, lo mismo que hacía Gladia,

agradecía el que por dar preferencia a Gladia no parecía necesario dirigirse a la multitud. De pronto recordó el mensaje que había guardado en el bolsillo.

Frunció el entrecejo, molesto por lo que pudiera justificar la interrupción de tan importante ceremonia y experimentó una fuerte irritación por si el mensaje resultaba ser intrascendente.

Apretó la yema del pulgar con fuerza sobre la ligera concavidad diseñada para recibir la presión, y la cápsula se abrió. Retiró la delgada pieza de plastipapel, leyó el mensaje y después lo contempló autodestruirse. Sacudió el polvillo impalpable que había quedado e hizo un gesto imperioso a D.G. En las condiciones de tremendo e incesante ruido en la plaza, era innecesario hablar en voz baja. Andrev dijo:

—Me contó usted que se encontró con una nave de guerra aurorana dentro del espacio del Sistema Solar.

—Sí. Imagino que los sensores de la Tierra la detectaron.

—Naturalmente. Me dijo también que no hubo ninguna acción hostil por parte de nadie.

—No se empleó ningún arma. Reclamaban a Gladia y a sus robots. Yo me negué y se fueron. Ya se lo expliqué.

—¿Cuánto se tardó en todo ello?

—No mucho. Varias horas.

—¿Quiere decirme que Aurora mandó una nave de guerra sólo para discutir con usted durante unas horas, y que luego se marchó?

D.G. se encogió de hombros.

—Secretario General, ignoro sus motivos, sólo puedo informarle de lo que ocurrió.

El Secretario General le contempló con altivez, y añadió:

—Pero no me informó de todo lo ocurrido. La información de los sensores ha sido ya analizada por computadora y parece ser que usted les atacó.

—No disparé ni un solo kilovatio de energía, señor.

—¿Tuvo usted en cuenta la energía cinética? Utilizó su propia nave como proyectil.

—Tal vez se lo pareció. Prefirieron evitarme y no tomarme a broma.

—Pero ¿era una broma?

—Pudo haber sido.

—Me parece, capitán, que estaba usted dispuesto a destruir dos naves dentro del Sistema Solar y tal vez crear un estado de guerra. Fue correr un tremendo riesgo.

—No pensé que llegáramos a destruirnos, y no ocurrió así.

—Pero todo el proceso le retrasó y distrajo su atención.

—Sí, puede que sí, pero ¿por qué me lo hace notar?

—Porque nuestros sensores detectaron algo que usted no observó… o por lo menos no hizo constar en su informe.

—¿Qué pudo ser Secretario General?

—Detectaron el lanzamiento de un módulo orbital que parece ser llevaba dos personas a bordo y que se dirigió a la Tierra.

Ambos estaban sumidos en su propio mundo. Ningún otro ser humano, en la tribuna, les prestaba la menor atención. Sólo los dos robots que flanqueaban a D.G. les miraban y escuchaban. Fue entonces cuando el orador terminó, y sus últimas palabras fueron:

—La señora Gladia, espacial de nacimiento, procedente del mundo de Solaria, residente en Aurora, pero pasando a ser ciudadana de la Galaxia en el mundo colonizador de Baleymundo. —Se volvió hacia ella y le hizo un gesto cortés—. Señora Gladia…

El ruido de la muchedumbre fue como un interminable trueno feliz. Aquella masa de cabezas se transformó en un bosque de brazos alzados. Gladia notó una mano en su hombro y una voz que le decía al oído:

—Por favor, unas palabras.

Gladia dijo débilmente:

—Gente de la Tierra. —Las palabras retumbaron y se hizo un extraño silencio. Gladia repitió, con voz más firme—: Gente de la Tierra: me encuentro ante vosotros como un ser humano, lo mismo que vosotros. Un poco más vieja, lo confieso, así que carezco de vuestra juventud, de vuestras esperanzas, de vuestra capacidad de entusiasmo. No obstante, mi desgracia está mitigada ahora por el hecho de que en vuestra presencia me siento capaz de inflamarme con vuestro fuego, como si los años se apartaran de mí…

El aplauso creció y uno de la tribuna explicó a otro:

—Les hace sentirse felices por tener la vida breve. Esta espacial tiene el descaro del demonio.

Andrev no prestaba atención, insistió con D.G.:

—Todo este episodio pudo haber sido una trampa para mandar esos dos hombres a la Tierra.

D.G. comentó:

—No podía saberlo. No podía pensar en otra cosa que salvar a Gladia y a mi nave. ¿Dónde aterrizaron?

—No lo sabemos. No han tocado en ninguno de los aeródromos espaciales de la Ciudad.

—Claro, iban a evitarla.

—No tiene más importancia que provocarme una molestia pasajera. En los últimos años hemos tenido muchas llegadas de este tipo, aunque ninguna tan cuidadosamente preparada. Nada ha ocurrido jamás, y no les prestamos atención. La Tierra, después de todo, es un mundo abierto. Es el hogar de la humanidad y cualquier persona de cualquier mundo puede ir y venir libremente…, incluso los espaciales, si así lo desean.

D.G. se frotó la barba con un ruido característico.

—No obstante, sus intenciones a lo mejor no nos hacen ningún bien.

(Gladia estaba diciendo entonces: «Os deseo a todos lo mejor en este mundo de origen humano, en este mundo especial y lleno de gente, en esta Ciudad maravillosa…», y aceptó el aplauso con una sonrisa, agitando la mano, de pie, dejando que el entusiasmo creciera… y se concentrara).

Andrev levantó la voz para dejarse oír por encima del clamor:

—Sean cuales fueren sus intenciones, no ocurrirá nada. La paz que ha descendido sobre la Tierra, desde que los espaciales se retiraron y empezó la colonización, nada ni dentro ni fuera la romperá. Hace ya muchas décadas que los más alocados entre nosotros se han ido a los mundos colonizados, y un espíritu como el suyo, capitán, que ose arriesgar la destrucción de dos naves en el espacio del Sistema Solar, ya no existe aquí.

»Ya no hay nivel sustancial de crímenes en este planeta, ni violencia. Los guardias de seguridad asignados para controlar a esa muchedumbre no llevan armas, porque no las necesitan.

Mientras hablaba, de entre el anonimato de la gran concurrencia, un desintegrador apuntó a la tribuna cuidadosamente.

80

Muchas cosas ocurrieron casi a la vez.

La cabeza de Giskard se volvió hacia la gente, atraído de pronto por algo.

Los ojos de Daneel le siguieron, vieron el desintegrador apuntando y con rápidos reflejos humanos, se lanzó.

Se oyó el ruido del disparo.

La gente de la tribuna se quedó petrificada y a continuación empezaron a exclamar. D.G. tomó a Gladia y la apartó a un lado. El ruido de la multitud se transformó en un enorme y terrorífico rugido. Daneel se lanzó sobre Giskard y lo derribó.

El disparo del desintegrador entró por encima de la tribuna haciendo un agujero en el techo. De haber trazado una línea del arma al agujero, ésta habría pasado en medio del espacio ocupado segundos antes por la cabeza de Giskard.

Giskard murmuró al ser derribado:

—No humano. Fue un robot.

Daneel soltó a Giskard y observó rápidamente la escena. El piso estaba a unos seis metros por debajo de la tribuna, y el espacio inmediato estaba vacío. Los guardias de seguridad luchaban por abrirse paso hacia el punto donde el revuelo de la gente indicaba el lugar en que el presunto asesino había estado. Daneel saltó por encima de la barandilla y cayó, su esqueleto metálico absorbió fácilmente el choque, como no lo hubiera hecho un ser humano. Corrió hacia la gente. Daneel no tenía elección. Jamás se había visto en semejante situación. La necesidad suprema era alcanzar al robot con el desintegrador antes de que lo destrozaran y con esto *in mente*, Daneel se encontró, por primera vez en su existencia con que no podía entretenerse en no lastimar, o evitar que lastimaran a los seres humanos. Tenía que

sacudirlos. Y los fue empujando a un lado y a otro, mientras se metía entre la gente gritando con voz estentórea.

—¡Dejen paso! ¡Dejen paso! ¡La persona con el arma debe ser interrogada!

Los guardias de seguridad fueron tras él y al fin encontraron a la «persona», en el suelo y algo machacada.

Incluso en una Tierra que presumía de no ser violenta, un estallido de rabia contra un evidente asesino, dejaba su huella. El asesino había sido sujetado, pateado y golpeado. Fue precisamente la densidad del público lo que le salvó de ser destrozado. Los múltiples agresores, tropezando unos con otros, lograron hacer poco. Los guardias de seguridad apartaron a la gente con dificultad. En el suelo, junto al robot caído, estaba el desintegrador. Daneel lo ignoró. En cambio se arrodilló junto al asesino capturado. Le dijo:

—¿Puedes hablar?

Unos ojos brillantes se fijaron en los de Daneel.

—Sí, puedo —contestó el asesino en voz baja pero perfectamente normal.

—¿Eres originario de Aurora?

El asesino no respondió. Pero Daneel dijo al momento:

—Sé que lo eres. Fue una pregunta innecesaria. ¿Dónde está tu base en este planeta?

El asesino no respondió. Daneel insistió:

—¿Tu base? ¿Dónde está? Debes contestar. Te ordeno que contestes.

El asesino dijo:

—No puedes darme órdenes. Eres R. Daneel Olivaw. Me han hablado de ti y no necesito obedecerte.

Daneel levantó la cabeza, tocó al guardia más cercano y le dijo:

—Señor, ¿querría preguntar a esta persona dónde está su base?

El guardia, sorprendido, intentó hablar. Solamente se oyó una voz ronca. Avergonzado, tragó saliva, carraspeó y preguntó violentamente:

—¿Dónde está su base?

—Se me ha prohibido contestar a esta pregunta, señor —dijo el asesino.

—Debes contestar —insistió Daneel—. Un oficial planetario te lo está preguntando. Señor, ¿quiere ordenarle que lo haga?

El guardia no se hizo de rogar:

—Le ordeno que conteste, prisionero.

—Se me ha prohibido contestar a esta pregunta, señor.

El guardia alargó la mano para agarrar al asesino por el hombro, pero Daneel dijo al instante:

—Creo que sería mejor no emplear la violencia, señor.

Daneel miró a su alrededor. Gran parte del clamor se había apagado. Se notaba cierta tensión en la atmósfera, como si un millón de personas esperaran ansiosamente para ver lo que Daneel hacía. Daneel dijo a los guardias que ahora les rodeaban a él y al asesino caído:

—¿Quieren abrirme paso, señores? Debo llevar al prisionero ante la señora Gladia. Tal vez ella logre una respuesta.

—¿Y que hay de la atención médica para el prisionero? —preguntó uno de los guardias.

—No será necesario, señor —dijo Daneel, y no dio más explicaciones.

81

—¡Que haya ocurrido esto! —se lamentó Andrev fastidiado, temblándole los labios de pasión contenida. Estaban en la habitación contigua a la tribuna, y miró el agujero del techo que permanecía como mudo testigo de la violencia que allí había tenido lugar.

Gladia, con voz que se esforzó por mantener firme, le tranquilizó:

—No ha ocurrido nada. Estoy ilesa. Hay un agujero en el techo que tendrá que reparar y tal vez algo más en la habitación de arriba. Y nada más.

Mientras hablaba, oía gente que se movía arriba apartando lo que había cerca del agujero y presumiblemente evaluando los daños.

—Sí que hay más. Ha estropeado nuestros planes para su aparición de mañana, para su discurso al planeta.

—Ha hecho todo lo contrario. El planeta estará más impaciente por oírme sabiendo que he sido casi víctima de un intento de asesinato.

—Pero, es posible que haya otro intento.

Gladia se encogió levemente de hombros.

—Esto me hace pensar que estoy en el buen camino. Secretario General, hace poco tiempo descubrí que tengo una misión en la vida. No se me ocurrió que dicha misión pudiera ponerme en peligro, pero ya que es así, también pienso que no estaría en peligro, ni merecería la pena matarme, si no diera en el clavo. Si el peligro es una medida de mi efectividad, estoy dispuesta a arriesgarme.

Giskard interrumpió:

—Gladia, ha llegado Daneel con, supongo, el individuo que apuntó su desintegrador en esta dirección.

No fue solamente Daneel, trayendo una figura relajada e indiferente lo que asomó por la puerta, sino también media docena de guardias de seguridad. En el exterior, el rumor de la gente parecía más débil, más lejano. La multitud empezaba a dispersarse y regularmente podía oírse por los altavoces, el anuncio:

—No hay ningún herido. No hay peligro. Regresad a vuestros hogares.

Andrev alejó a los guardias con un gesto, y preguntó tajante:

—¿Es éste?

Daneel contestó:

—No cabe duda, señor, de que éste es el individuo con el desintegrador. El arma estaba junto a él, la gente que le rodeaba es testigo de su acto y él mismo admite su culpabilidad.

Andrev se quedó mirando, asombrado:

—Está muy tranquilo. Ni siquiera parece humano.

—No es humano, señor. Es un robot, un robot humanoide.

—Pero en la Tierra no tenemos robots humanoides… Excepto usted.

—Este robot. Secretario General —explicó Daneel— es como yo, de manufactura aurorana.

Gladia se estremeció:

—No es posible. Un robot no pudo haber recibido la orden de asesinarme.

Exasperado, y con un brazo posesivamente protector pasado por los hombros de Gladia, D.G. dijo con rabia:

—Un robot aurorano especialmente programado…

—Tonterías, D.G. —interrumpió Gladia—. De ninguna manera. Aurorano o no, especialmente programado o no, un robot no puede deliberadamente agredir a un ser humano sabiendo que es un ser humano. Si este robot disparó el arma en mi dirección, debió fallar voluntariamente.

—¿Con qué fin? —preguntó Andrev—. ¿Por qué iba a fallar, señora?

—¿Es que no se da cuenta? Cualquiera que diera la orden al robot, debió pensar que el intento bastaría para desbaratar mis planes aquí, y era esto lo que buscaban. No podían ordenar al robot que me matara, pero podían ordenarle que errara el tiro… Y si con ello bastaba para desanimarme, se sentirían satisfechos… Excepto que no se interrumpirá el programa. No lo permitiré.

—No te pongas heroica, Gladia —aconsejó D.G.—: Ignoro lo que intentarán la próxima vez, pero nada…, ¡nada!…, vale tu pérdida.

La mirada de Gladia se dulcificó:

—Gracias, D.G. aprecio tus sentimientos, pero tenemos que arriesgarnos.

Andrev, perplejo, se tiró de la oreja y preguntó:

—¿Qué vamos a hacer? Saber que un robot humanoide utilizó un desintegrador en una concentración de seres humanos no será bien recibido por los habitantes de la Tierra.

—Por supuesto que no —dijo D.G.—. Por lo tanto es mejor no decírselo.

—Un cierto número de gente debe de haberse enterado ya… o adivinado que nos enfrentamos con un robot.

—Pero eso no bastará para acallar el rumor, Secretario General, y es necesario que no vaya más allá; para ello es mejor un anuncio oficial.

Andrev insistió:

—Si Aurora está dispuesta a llegar a este extremo para…

—Aurora, no —cortó Gladia al instante—. Sólo cierta gente de Aurora, ciertos exaltados. Sé que también entre los colonizadores existen extremistas belicosos, y probablemente incluso en la Tierra. No haga el

juego a esa gente, Secretario General. Apelo a la gran mayoría de personas sensatas de ambos bandos y no debe hacerse nada que debilite mi llamada.

Daneel, que había estado esperando pacientemente, encontró al fin una pausa lo suficientemente larga para que él pudiera hablar:

—Gladia…, señores… es importante averiguar por el robot dónde tiene su base. Puede haber otros.

—¿No se lo ha preguntado? —inquirió Andrev.

—Sí, lo he hecho, Secretario General, pero soy un robot. Éste no está autorizado a contestar a preguntas formuladas por otro robot. Ni tampoco a obedecer mis órdenes.

—Bien, pues, yo preguntaré.

—Puede que esto no nos sea útil, señor. Este robot está bajo severísimas órdenes de no responder, y su orden tal vez no pueda superarlas. Desconoce usted la fraseología y entonación apropiadas. Gladia es aurorana y sabe cómo debe hacerse… Gladia, ¿querría usted averiguar dónde tiene su base planetaria?

Gladia dijo en voz muy baja que sólo Daneel pudo oír:

—Tal vez no pueda. Acaso se le haya ordenado una congelación irreversible, si las preguntas son demasiado insistentes.

Daneel se volvió a mirar a Giskard. Murmuró:

—¿Puedes evitarlo?

—Dudoso. El cerebro ha sido físicamente dañado por disparar un desintegrador contra seres humanos.

Daneel se volvió de nuevo hacia Gladia y le dijo:

—Señora, quisiera sugerirle que más bien le tantee, antes de tratarle con brutalidad.

—Pues no sé. —Gladia pareció dudosa. Se enfrentó con el robot asesino, respiró profundamente y con voz muy firme, pero a la vez dulce, le preguntó—. Robot, ¿cómo debo dirigirme a ti?

—Se me conoce como R. Ernett Second, señora.

—Ernett, ¿puedes decirme si soy aurorana?

—Habla al estilo de Aurora, pero no del todo, señora.

—Nací en Solaria, pero soy una espacial que ha vivido veinte décadas en Aurora y estoy acostumbrada a que mis robots me sirvan. He esperado y

recibido servicio por parte de los robots todos los días de mi vida desde que era pequeña. Nunca me han decepcionado.

—Acepto lo que me dice, señora.

—¿Contestarás a mis preguntas y obedecerás mis órdenes, Ernett?

—Lo haré, señora, siempre que no sean contrarias a una orden previa.

—Si te pregunto la situación de tu base en este planeta y qué porción de ella consideras como la residencia de tu amo…, ¿me contestarás?

—No podré hacerlo, señora. Ni ninguna otra pregunta sobre mi amo. Ninguna.

—¿Te das cuenta de que si no contestas me sentiré profundamente decepcionada y que lo que tengo derecho a esperar del servicio robótico quedará permanentemente embotado?

—Lo comprendo, señora —respondió el robot con voz apagada.

Gladia miró a Daneel; preguntó:

—¿Lo intento?

—No hay más alternativa que intentarlo, Gladia —aconsejó Daneel—. Si, pese al esfuerzo, nos quedamos sin información, no estaremos peor que ahora.

Con voz vibrante y autoritaria, Gladia ordenó:

—No me causes daño, Ernett, negándote a decirme dónde está tu base en este planeta. Te ordeno que me lo digas.

El robot pareció envararse. Abrió la boca pero no dijo nada. Volvió a abrirla y murmuró en un susurro ronco «… milla…». La abrió por tercera vez silenciosamente… y, entonces, con la boca todavía abierta, se apagó el brillo de sus ojos y se quedaron ciegos. Uno de los brazos, que había empezado a levantar, cayó hacia abajo. Daneel declaró:

—Su cerebro positrónico se ha congelado.

Giskard musitó sólo para Daneel:

—¡Irreversible! Hice cuanto pude pero no lo soportó.

—Ahora no tenemos nada —comentó Andrev—. Ni siquiera sabemos dónde pueden estar los otros robots.

—Dijo «milla»… —Hizo notar D.G.

—No conozco la palabra —dijo Daneel—. No figura en el estándar galáctico como el que empleamos en Aurora.

—Pudo haber tratado de decir «mil», o «Miles». Una vez conocí a un hombre que se llamaba así —observó Andrev.

—No veo que una y otra palabra tengan sentido como respuesta o parte de una respuesta a la pregunta —explicó Daneel—. Ni tampoco percibí una sibilante antes o después del sonido.

Un anciano de la Tierra, que había guardado silencio hasta entonces, dijo con cierta timidez.

—Tengo la impresión de que milla puede ser una antigua medida de longitud, robot.

—¿Qué longitud, señor? —preguntó Daneel.

—No lo sé bien —contestó el de la Tierra—. Algo más de un kilómetro, me parece.

—¿Y ya no se emplea, señor?

—No, desde la era prehisperespacial.

D.G. mesó su barba y dijo, pensativo.

—Todavía se usa. Por lo menos en Baleymundo tenemos un viejo dicho: «Tanto vale un error como una milla». Quiere decir que si se trata de evitar la desgracia, evitarla por poco es igual que evitarla por mucho. Siempre creí que «milla» significaba mucho. Si realmente significa una medida de distancia, comprendo mejor la frase.

—De ser así —musitó Gladia—, un robot de este tipo no parece extraordinariamente complejo. No creo que pudiera emplear frases que existen en Baleymundo, pero que jamás se han oído en Aurora. Se le hizo una pregunta, y estaba solamente tratando de contestarla.

—¡Ah! —exclamó Andrev—, tal vez trataba de contestar. Intentaba decirnos que su base estaba a cierta distancia de aquí. Por ejemplo, a tantas millas.

—En este caso —preguntó D.G.—, ¿por qué utilizaba una medida de distancia arcaica? Ningún aurorano emplearía otra cosa que kilómetros, y por tanto ningún robot fabricado en Aurora tampoco. En realidad —prosiguió con cierta impaciencia— el robot estaba pasando rápidamente a su inactividad total y pudo muy bien haber formado solamente sonidos sin sentido. Es inútil tratar de encontrarle un significado a algo que no lo tiene… Y ahora quiero tener la seguridad de que Gladia pueda descansar o

por lo menos que salga de esta habitación antes de que el resto del techo se nos caiga encima.

Salieron rápidamente y Daneel dijo bajito a Giskard:

—¡Fallamos de nuevo!

82

La Ciudad no se quedaba nunca silenciosa del todo, pero había momentos en que las luces perdían intensidad, el ruido de la siempre concurrida autopista disminuía y el interminable chocar de maquinaria y humanidad cedía solamente un poco. En muchos millones de apartamentos la gente dormía.

Gladia se acostó en el lecho que le había sido asignado, incómoda por la falta de comodidades que pudiera forzarla a salir de noche a los corredores.

¿Era también de noche en la superficie —se preguntó poco antes de quedarse dormida—, o era solamente un arbitrario «período de descanso» previsto en esta determinada cueva de acero, por respeto a un hábito desarrollado durante los cientos de millones de años en que los seres humanos y sus antepasados habían vivido en la superficie de la Tierra? Y entonces se quedó dormida.

Daneel y Giskard no dormían. Daneel descubrió una terminal de computadora en el apartamento y se pasó más de media hora absorto aprendiendo el desconocido tablero y las diferentes combinaciones. No encontró instrucciones de ningún tipo disponibles (pero ¿quién necesita instrucciones para lo que todo muchacho aprende en la primaria?). Afortunadamente, los controles, aunque no se parecían a los de Aurora, tampoco eran completamente diferentes. Pudo conectar con la sección de referencias de la Biblioteca de la Ciudad, y hablar con la enciclopedia. Pasaron horas. En lo más profundo del sueño de los humanos, dijo Giskard:

—Amigo Daneel.

Daneel levantó la cabeza.

—¿Sí, amigo Giskard?

—Debo pedirte una explicación por lo que hiciste en la tribuna.

—Amigo Giskard, tú mirabas al público. Yo seguí tu mirada, vi un arma dirigida a nosotros y reaccioné al instante.

—En efecto, amigo Daneel, y dadas ciertas suposiciones, entiendo por qué te lanzaste para protegerme. Empecemos porque el presunto asesino era un robot. En tal caso, por más que se hubiera programado no podía apuntar el arma contra ningún ser humano con la intención de acertar. Tampoco era probable que te apuntara a ti porque pareces lo bastante humano para que se active la primera ley. Incluso si el robot estaba enterado de que un humanoide se encontraba en la tribuna no podía estar seguro de que fueras tú. Por consiguiente, si el robot pretendía destruir a alguien de la tribuna, sólo podía ser a mí, el robot, y actuaste al momento para protegerme.

»Empecemos por decir que el asesino era aurorano…, no importa que fuera humano o robot. Es más que probable que el doctor Amadiro ordenara dicho ataque, puesto que es un extremista en su actitud anti-Tierra, y nosotros creemos que está tramando su destrucción. Quizá se halla enterado de mis habilidades especiales por Vasilia, y daría prioridad a mi destrucción, dado que, naturalmente, me teme más que a nadie…, robot o humano. Siguiendo este razonamiento, es lógico que actuaras como lo hiciste para protegerme… Y la verdad, de no haberme derribado, creo que el disparo me habría destruido.

»Pero, amigo Daneel, tú no podías saber que el asesino fuera un robot, o que fuera aurorano. Sólo yo había captado la extraña anomalía de un cerebro robótico entre la inmensa masa de emociones humanas, cuando me golpeaste… Fue después, cuando tuve oportunidad de informarte. Sin mi capacidad, sólo podías darte cuenta de que nos apuntaba un arma, que naturalmente supusiste que la sostenía un humano y que éste era de la Tierra. El blanco lógico era, pues, la señora Gladia como, realmente creyeron todos los de la tribuna. ¿Cómo ignoraste a Gladia y en cambio me defendiste a mí?

—Amigo Giskard, ten en cuenta mi forma de pensar. El Secretario General había dicho que un módulo aurorano con dos pasajeros a bordo había llegado a la Tierra. Asumí al instante que el doctor Amadiro y el doctor Mandamus habían venido. Para ello sólo había una razón. El plan que llevan entre manos, sea cual fuere su naturaleza, ya casi está maduro o

lo está realmente. Como tú has venido a la Tierra, amigo Giskard, ellos se han precipitado para llevarlo a la práctica antes de que tengas la oportunidad de impedirlo gracias a tus poderes de ajustes mentales. Para estar más seguros, tratarían de destruirte si podían. Por lo tanto, cuando vi un arma apuntando, me lancé para alejarte de la línea de fuego.

—La primera ley debió empujarte a apartar a Gladia de la línea de fuego —dijo Giskard—. Ni razonamientos, ni pensamientos, debieron alterar esto.

—No, amigo Giskard. Tú eres mucho más importante que Gladia. En verdad, en este momento tú eres mucho más importante que cualquier ser humano. Si hay alguien que pueda impedir la destrucción de la Tierra, ése eres tú. Como yo conozco tu servicio potencial a la humanidad, al verme ante la necesidad de elegir, la ley Cero requiere que te proteja por encima de todo y de todos.

—¿Y no te sientes incómodo por haber actuado desafiando la primera ley?

—No, porque actué en obediencia de la suprema ley Cero.

—Pero la ley Cero no te ha sido implantada.

—La acepté como corolario de la primera ley, porque ¿cómo puede protegerse al humano de ser lastimado, sino asegurándose de que la sociedad humana en general está protegida y mantenida en activo?

Giskard pensó.

—Veo lo que estás tratando de decirme, pero si… si al actuar para salvarme y, por tanto, salvando a la humanidad, hubiera resultado que no era a mí a quien apuntaban y Gladia hubiera muerto, ¿cómo te hubieras sentido entonces, amigo Daneel?

—No lo sé, amigo Giskard —musitó—. Sin embargo, si hubiera saltado para salvar a Gladia y hubiera ocurrido que ella estaba a salvo dejando que tú fueras destruido y contigo, en mi opinión el futuro de la humanidad, ¿cómo podría sobrevivir a semejante golpe?

Los dos se miraron…, cada uno sumido en sus pensamientos. Por fin, Giskard dijo:

—Puede que así sea, amigo Daneel, pero estarás de acuerdo en que, a veces, es difícil juzgar.

—Estoy de acuerdo, amigo Giskard.

—Ya es difícil elegir cuando se hace rápidamente entre individuos, y decidir cuál de ellos debe sufrir…, o infligir…, el mayor daño. Elegir entre un individuo y la humanidad, cuando no se está seguro de qué aspecto de la humanidad es el que está ante nosotros, es tan difícil que la propia validez de las leyes robóticas parece sospechosa. Tan pronto como nos enfrentamos con la humanidad en sentido abstracto, las leyes robóticas empiezan a confundirse con las leyes de la humanidad…, que a lo mejor ni siquiera existen.

—No te comprendo, amigo Giskard —protestó Daneel.

—No me extraña. No estoy seguro de entenderme yo mismo. Pero piensa… Cuando hablamos de la humanidad que hay que salvar, nos referimos a la gente de la Tierra y a los colonizadores. Son mucho más numerosos que los espaciales, más vigorosos, más expansivos. Muestran más iniciativa porque dependen menos de los robots. Tienen un mayor potencial biológico y evolución social, porque su vida es breve, aunque lo bastante longeva como para contribuir individualmente en cosas grandes.

—Sí —asintió Daneel—, lo has dicho en pocas palabras.

—No obstante, los de este planeta y los colonizadores parecen poseer una confianza mística, incluso irracional, en la santidad e inviolabilidad de la Tierra. ¿No podría ser fatal esa mística para su desarrollo, como lo fueron la mística de los robots y la longevidad que atenazan a los espaciales?

—No lo había pensado —dijo Daneel—. No lo sé.

—Si captaras las mentes como yo, te sería imposible evitar pensarlo. ¿Cómo se elige? —prosiguió, tenso—. Piensa en la humanidad dividida en dos especies: los espaciales con una mística aparentemente fatal, y en la Tierra los colonos, con otra mística posiblemente fatal. Tal vez en el futuro habrá otras especies, con propiedades aún menos atractivas. Así que no basta elegir, amigo Daneel. Hay que poder darles forma en una especie deseable y luego protegerla, antes que encontrarnos obligados a seleccionar entre dos o más cosas indeseables. Pero ¿cómo podemos alcanzar lo deseable a menos que dispongamos de la psicohistoria, la ciencia con la que sueño y no puedo lograr?

—No he apreciado la dificultad, amigo Giskard, de poseer la habilidad de captar e influir en las mentes. ¿Es posible que hayas aprendido

demasiado para permitir que las tres leyes de la Robótica funcionen sin tropiezos en tu interior?

—Siempre ha sido posible, amigo Daneel, hasta que los acontecimientos recientes han hecho real esa posibilidad. Sé cuál es el esquema de los circuitos que producen esa captación e influencia de mentes en mi interior. Durante décadas me he estudiado cuidadosamente a fin de estar perfectamente enterado de mi funcionamiento y poder pasártelo para que te programes como yo y seas como yo…, pero en cierto modo me he resistido al impulso. Sería cruel para ti. Es suficiente que yo lleve este peso.

—Sin embargo, amigo Giskard, si alguna vez juzgas que el bien de la humanidad lo requiere, estoy dispuesto a aceptar el peso. En verdad, me vería obligado a hacerlo en nombre de la ley Cero.

—Pero esta discusión es inútil —dijo Giskard—. Parece evidente que la crisis ha llegado… y como no hemos conseguido siquiera averiguar la naturaleza de dicha crisis…

Daneel le interrumpió:

—En eso, por lo menos, estás equivocado, amigo Giskard. Conozco ahora la naturaleza de la crisis.

83

Uno no esperaba que Giskard mostrara sorpresa. Su rostro, naturalmente, era incapaz de expresión. Su voz poseía modulaciones, así que su habla parecía humana y no resultaba ni monótona ni desagradable. Esa modulación, no obstante, jamás se veía alterada de modo patente por alguna emoción.

Por lo tanto, cuando dijo: «¿Estás seguro?», parecía como si expresara cierta duda sobre la observación que Daneel había hecho respecto del tiempo que tendrían al día siguiente. Pero, por el modo de volver la cabeza hacia Daneel, y el modo de alzar una mano, no cabía duda de que estaba sorprendido.

—Lo estoy, amigo Giskard.

—¿Cómo te llegó a ti la información?

—En parte, por lo que me explicó la señora subsecretaría Quintana durante la cena.

—Pero ¿no me dijiste que no habías sacado nada útil de la conversación?, ¿que suponías que no habías formulado las preguntas pertinentes?

—Así parecía en aquel momento. Pero después de reflexionar, me encontré capaz de hacer deducciones útiles de lo que me había dicho. He estado buscando en la enciclopedia central de la Tierra, gracias a los datos computados últimamente…

—¿Y has visto confirmadas tus deducciones?

—Exactamente, no; pero no he encontrado nada que las refutara, lo que es tal vez la mejor alternativa.

—Pero la evidencia negativa basta para la certeza.

—No basta, así que no estoy del todo seguro. Pero voy a exponerte mi razonamiento y si le encuentras fallas, dímelo.

—Adelante, amigo Daneel.

—La energía por fusión, amigo Giskard, fue desarrollada en el planeta Tierra antes de la época de los viajes hiperespaciales, y por ello, mientras los humanos se encontraban solamente en el planeta Tierra. Esto es conocido. Se tardó mucho en desarrollar prácticamente la energía por fusión controlada, después de que esta posibilidad fuera concebida por primera vez y sentada científicamente. La dificultad principal para llevarla a la práctica consistía en lograr una temperatura suficientemente alta en un gas suficientemente denso para un tiempo suficientemente largo que provocara la ignición por fusión.

»Sin embargo, varias décadas antes de que se estableciera la energía por fusión controlada, existían las bombas por fusión… representando una reacción por fusión incontrolada. Pero, controlada o no, la fusión no podía tener lugar sin una temperatura extremadamente elevada a millones de grados. Si los humanos no podían producir la temperatura necesaria para lograr la energía por fusión controlada, ¿cómo podían hacerlo para una explosión por fusión incontrolada?

»Quintana me explicó que antes de que la fusión existiera en la Tierra, existía otra variedad de reacción nuclear: la fisión nuclear. La energía

derivada de la fragmentación o fisión de grandes núcleos, como los del uranio o el torio. Pensé que esto podía ser un medio de obtener temperaturas muy altas.

»La enciclopedia que he estado consultando esta noche da muy poca información sobre bombas nucleares de cualquier tipo, y ningún detalle válido. Tengo entendido que es un tema tabú, y así debe de ser en todos los mundos porque nunca he leído sobre tales cosas en Aurora, ni referencias a ellas. Ésta es una parte de la historia de la que los seres humanos están avergonzados o atemorizados, o ambas cosas a la vez, y lo encuentro racional. En lo que pude leer sobre bombas de fusión, no encontré nada sobre su ignición que hubiera eliminado la bomba de fisión como mecanismo de encendido; así que sospecho que, basándome en parte en esta evidencia negativa, la bomba de fisión fue el mecanismo de ignición.

»Pero, entonces, ¿cómo se encendió la bomba de fisión? Ésta existía antes de la de fusión y si las bombas de fisión requerían una temperatura ultraelevada para la ignición, igual que las de fusión, es que no existía nada antes de las bombas de fisión que proporcionara una temperatura lo bastante elevada. A partir de eso, llegué a la conclusión de que aun cuando la enciclopedia no contenía información sobre el tema, las bombas de fisión podían encenderse a temperaturas relativamente bajas, tal vez incluso a temperatura corriente. Se presentaron dificultades, porque llevó muchos años de esfuerzo continuado después del descubrimiento de que existía la fisión, pero antes de desarrollar la bomba. Fueran cuales fueren las dificultades, no estaba entre ellas la producción de temperaturas ultraelevadas… ¿Qué piensas de todo eso, amigo Giskard?

Giskard había mantenido los ojos fijos en Daneel a lo largo de toda la explicación, y ahora le dijo:

—Creo que la estructura que has montado, amigo Daneel, contiene puntos gravemente débiles, y por lo tanto no del todo dignos de confianza…, pero incluso si todo fuera perfectamente válido, no tiene nada que ver con la posible e inmediata crisis que nos esforzamos por comprender.

—Te ruego que tengas paciencia, amigo Giskard, y proseguiré. Ocurre que tanto el proceso de fusión, como el de fisión, son expresiones de las

interacciones débiles, de una de las cuatro interacciones que controlan todos los elementos del Universo. En consecuencia, ese mismo intensificador nuclear que puede hacer estallar un reactor de fusión, hará también estallar uno de fisión. Sin embargo, hay una diferencia. La fusión tiene lugar solamente a temperaturas ultraelevadas. El intensificador hace que explote la porción ultracaliente del combustible que está sufriendo activamente la fusión, más algo del combustible inmediato que se ha calentado a temperatura de fusión en la explosión inicial… antes de que el material estalle hacia fuera y el calor se disperse a donde el combustible de fusión se ha dispersado, pero mucho o tal vez la mayor parte, no. La explosión es lo bastante potente, a pesar de todo, para destruir el reactor de fusión y cualquier cosa en sus alrededores inmediatos, tal como una nave que transportara el reactor.

»Por el contrario, un reactor de fisión puede operar a baja temperatura, quizá poco más que el punto de ebullición del agua, quizás a temperatura normal del ambiente. El efecto del intensificador nuclear será entonces eliminar todo el combustible de fisión. Incluso, en el caso en que el reactor de fisión no funcione activamente, el intensificador lo hará estallar. Aunque, gramo a gramo, el combustible de fisión libera menos energía que el de fusión, el reactor de fisión producirá una mayor explosión porque su combustible explota en mayor cantidad que en el caso del reactor de fusión.

Giskard asintió, moviendo despacio la cabeza y dijo:

—Puede que todo sea así, amigo Daneel, pero ¿quedan en la Tierra estaciones de energía por fisión?

—No, no las hay… Así me lo dijo la subsecretaría Quintana, y la enciclopedia parece estar de acuerdo. En realidad, aunque hay instalaciones en la Tierra cuya energía procede de pequeños reactores de fusión, no queda nada, absolutamente nada, operado por reactores de fisión, grandes o pequeños.

—Entonces, amigo Daneel, no hay nada que justifique la utilización de un intensificador nuclear. Todo tu razonamiento, aunque sea impecable, termina en nada.

—No del todo, amigo Giskard —insistió Daneel—. Queda un tercer tipo de reacción nuclear a tener en cuenta.

—¿De qué se trata? No se me ocurre ninguna.

—No es una idea cómoda, amigo Giskard, porque en los mundos espaciales o colonizados, hay muy poco uranio y torio en las cortezas planetarias y, por consiguiente, muy insignificante en cuanto a la radiactividad. El tema es poco interesante y en consecuencia ignorado por todos excepto por unos pocos físicos teóricos. Sin embargo, en la Tierra, como me hizo notar Quintana, el uranio y el torio son relativamente corrientes y la radiactividad natural con su ultralenta producción de calor y de radiación energética, debe ser parte relativamente notable del entorno. Éste es el tercer tipo de reacción nuclear a tener en cuenta.

—¿De qué forma, amigo Daneel?

—La radiactividad natural es también una expresión de la interacción débil. Un intensificador nuclear que haga estallar un reactor de fusión o un reactor de fisión, supongo que puede también acelerar la radiactividad natural hasta el punto de hacer saltar parte de la corteza… si se encuentra en ella suficiente uranio o torio.

Giskard se quedó mirando un buen rato a Daneel, sin moverse, sin hablar. Luego dijo despacio:

—Sugieres que el plan del doctor Amadiro es hacer que estalle la corteza de la Tierra, destruir el planeta como centro de vida y, a su modo, asegurar el dominio de la Galaxia por los espaciales.

—O, si no hay bastante uranio o torio para la explosión en masa —asintió Daneel—, el aumento de radiactividad produce un exceso de calor que altera el clima, y un exceso de radiaciones que produzcan cáncer y taras en los recién nacidos, y todo ello servirá al mismo propósito, aunque más despacio.

—Esta posibilidad es espantosa —dijo Giskard—. ¿Crees realmente que puede provocarse?

—Posiblemente. Me parece que hace ahora muchos años, no sabría decir cuántos, los robots humanoides de Aurora, como el presunto asesino, están instalados en la Tierra; son lo bastante avanzados para una programación compleja y pueden, en caso necesario, entrar en las ciudades para equiparse. Como es de imaginar, han estado montando intensificadores nucleares en los puntos donde la tierra es rica en uranio y torio. Quizás en

todos estos años se han montado muchos intensificadores nucleares. El doctor Amadiro y el doctor Mandamus han venido para supervisar los últimos detalles y para activar los intensificadores. Presumiblemente, están organizando las cosas para disponer del tiempo necesario para huir, antes de que el planeta sea destruido.

—En este caso es imperativo que se informe al Secretario General de que las fuerzas de seguridad del planeta deben ser movilizadas al instante, de la necesidad de localizar a los doctores Amadiro y Mandamus e impedir que completen su proyecto.

—No creo que pueda hacerse, amigo Giskard. Es posible que el Secretario General se niegue a creernos, gracias a la extendida creencia mística sobre la inviolabilidad del planeta. Te referiste a ella como a algo que obraría en contra de la humanidad y sospecho que, en este caso, será así. Creo que si la posición única de la Tierra se pone en entredicho, él se negará a dejar que su convicción por irracional que sea se modifique y se refugiará en la negativa a creer en nosotros. Pero, incluso si nos creyera, cualquier preparación para tomar medidas tendría que pasar por la burocracia gubernamental y, por más que se acelerara el proceso, llevaría demasiado tiempo para servir el propósito. No solamente eso, sino que incluso pudiendo imaginar que todos los recursos de la Tierra se movilizaran en el acto, no creo a la gente de la Tierra preparada para localizar la presencia de dos seres humanos en un enorme desierto. La gente ha vivido en las ciudades por muchas décadas y casi nunca se aventura lejos de los confines ciudadanos. Lo recuerdo bien de cuando vine por primera vez a la Tierra con Elijah Baley. Incluso si estuvieran dispuestos a recorrer los espacios abiertos, no es fácil que se encuentren con dos seres humanos lo suficientemente pronto para que pueda salvarse la situación excepto si ocurriera la más increíble coincidencia, y esto es algo con lo que no podemos contar.

—Los colonizadores podrían formar fácilmente una partida de búsqueda. No temen a los espacios abiertos, ni a lo desconocido.

—Pero estarían tan firmemente convencidos de la inviolabilidad del planeta como la gente de la Tierra, igualmente reacios a creer en nosotros, y

tan incapaces de encontrar a dos humanos lo bastante de prisa como para salvar la situación, en el supuesto de que nos creyeran.

—Y los robots de la Tierra, ¿qué? —preguntó Giskard—. Abundan en el campo, entre las ciudades. Algunos deben de haberse dado cuenta de la presencia de humanos entre ellos. Deberían ser interrogados.

—Los humanos que viven junto a ellos son robotistas expertos. Se hubieran dado cuenta de que otros robots en las inmediaciones ignoraban su presencia. Por la misma razón, no podían sentir temor de un robot formando parte del grupo de búsqueda. Al grupo se le puede ordenar retroceder y olvidar. Peor aún, los robots de la Tierra son modelos relativamente simples, diseñados únicamente para tareas determinadas como las agrícolas, cuidado de animales y minas. No se les puede adaptar a trabajos generalizados como dirigir un contingente dedicado a la búsqueda específica de algo.

—¿Has eliminado toda acción posible, amigo Daneel? ¿Queda alguna otra posibilidad?

—Nosotros debemos buscar a dos seres humanos y detenerles… y hay que hacerlo ahora.

—¿Sabes dónde se encuentran, amigo Daneel?

—No, amigo Giskard.

—Entonces, parece improbable que un complicado grupo de búsqueda compuesto por muchos, muchos seres de la Tierra, o colonizadores, o robots, o los tres a la vez, consigan encontrar su situación a tiempo, excepto por la más extraordinaria coincidencia. Entonces, ¿cómo podemos hacerlo los dos solos?

—Lo ignoro, amigo Giskard, pero debemos hacerlo.

Y Giskard, en un tono de voz cortante y duro en la elección de las palabras, dijo:

—La necesidad no basta, amigo Daneel. Has recorrido un largo camino, has descubierto la existencia de una crisis y, poco a poco, has deducido su naturaleza. Y no sirve de nada. Aquí estamos, desvalidos, sin poder hacer nada.

—Queda una posibilidad… una remota posibilidad, tal vez inútil, pero debemos probar. Amadiro por miedo a tu capacidad, ha enviado un asesino-

robot para destruirte, y esto puede quizá volverse contra él, ser su gran error.

—¿Y si esa remota e inútil posibilidad falla, amigo Daneel?

Daneel miró tranquilamente a Giskard y dijo:

—Entonces no hay nada que hacer, y la Tierra será destruida, y la historia de la humanidad se irá apagando hasta desaparecer.

LA LEY CERO

84

Kelden Amadiro no se sentía feliz. La gravedad de la superficie de la Tierra le parecía demasiado alta; la atmósfera, demasiado densa; el rumor y el olor exteriores, sutil y desagradablemente diferentes de los de Aurora. No había ninguna vivienda que pudiera presumir de civilizada. Los robots habían construido algo parecido a refugios. Había abundantes provisiones de boca y retretes de urgencia que funcionaban adecuadamente pero eran ofensivamente inadecuados en los demás aspectos.

Lo peor de todo, aunque la mañana era agradable y el día claro, es que nacía demasiado brillante el sol de la Tierra. Pronto la temperatura sería muy elevada, el aire demasiado húmedo, los insectos no tardarían en aparecer. Al principio, Amadiro no comprendía por qué tenía los brazos llenos de ampollas que le escocían, hasta que Mandamus se lo explicó. Ahora, mientras se rascaba, iba protestando:

—¡Espantoso! ¡Pueden ser portadores de infecciones!

—Creo —dijo Mandamus con aparente indiferencia— que a veces lo hacen. Pero no es probable. Tengo lociones para aliviar el escozor y podemos quemar ciertas sustancias que los insectos encuentran ofensivas, aunque yo también encuentro ofensivo su olor.

—Quémelas —ordenó Amadiro.

Mandamus, sin variar el tono, continuó:

—Y yo no quiero hacer nada, por insignificante que sea, olor, un poco de humo…, que aumente la posibilidad de ser detectados.

Amadiro le miró con suspicacia:

—Me ha dicho una y mil veces, que esta región jamás es visitada por la gente de la Tierra o por sus robots agrícolas.

—Muy bien, pero no es una observación matemática. Es una observación sociológica; siempre cabe la posibilidad de que nos descubran.

Amadiro cortó, sombrío:

—La máxima seguridad reside en terminar el proyecto de una vez. Me dijo que hoy quedaría listo.

—Ésta es también una observación sociológica, doctor Amadiro. Tendría que estar listo hoy. Eso querría yo, pero no puedo garantizarlo matemáticamente.

—¿Cuánto tardará en garantizarlo?

Mandamus abrió las manos en un gesto equivalente a «¡quién sabe!».

—Doctor Amadiro, tengo la impresión de que ya le he explicado esto, pero estoy dispuesto a repetírselo. Me ha llevado siete años llegar hasta aquí. Contaba con algunos meses más de observación personal, en las catorce estaciones diferentes, repartidas en la superficie de la Tierra. Ya no puedo hacerlo porque debemos terminar antes de que seamos localizados y posiblemente interrumpidos por el robot Giskard. Esto quiere decir que tengo que hacer mis comprobaciones comunicándome con nuestros robots humanoides situados en las estaciones de enlace. No puedo confiar en ellos como en mí mismo. Debo examinar y comprobar sus informes y, si fuera posible, ir a uno o dos puntos, antes de sentirme satisfecho… Esto llevará días…, tal vez una o dos semanas.

—¡Una o dos semanas! ¡Imposible! ¿Cuánto tiempo cree que puedo soportar este planeta, Mandamus?

—Señor, en una de mis anteriores visitas me quedé casi un año en el planeta, y en otra ocasión, más de cuatro meses.

—¿Y le gustó?

—No, señor, pero tenía un trabajo que realizar y lo hice… sin tener en cuenta mis gustos.

Y Mandamus miró fríamente a Amadiro. Éste se ruborizó y dijo más apaciguado:

—Está bien, ¿por dónde vamos?

—Estoy comprobando aún los informes que me van llegando. No trabajamos según un sistema diseñado para laboratorio, ¿sabe? Tenemos una corteza planetaria extraordinariamente heterogénea con que enfrentarnos. Afortunadamente, el material radiactivo está ampliamente repartido, pero en lugares que son peligrosamente frágiles y debemos situar relevos en tales puntos y dejarlos al cuidado de robots. Si estos relevos no están, en algunos casos, debidamente situados y ordenados, la intensificación nuclear se apagará y habremos malgastado todos esos años y esfuerzos para nada. O puede ocurrir una intensificación localizada que tenga la fuerza de una explosión que se apagaría y dejaría el resto de la corteza sin alterar. En uno y otro caso, el daño total sería insignificante. Lo que precisamos, doctor Amadiro, es que los materiales radiactivos y, por tanto, gran parte de la corteza terrestre se vayan volviendo…, despacio…, firmemente…, irreversiblemente… —Iba mordiendo las palabras al ir pronunciándolas a intervalos—, más y más intensamente radiactivos, de forma que la Tierra vaya progresivamente volviéndose inhabitable. La estructura social del planeta se desmoronará y habrá terminado para siempre como refugio efectivo de la humanidad. Supongo, doctor Amadiro, que esto es lo que quiere. Es lo que le describí hace años y lo que entonces dijo que quería.

—Y sigo queriéndolo, Mandamus, no sea tonto.

—Entonces aguante las incomodidades, señor, o váyase y yo seguiré durante el tiempo que sea necesario.

—No, no —masculló Amadiro—. Debo estar aquí cuando lo haga, pero no puedo evitar la impaciencia. ¿Cuánto tiempo ha previsto hasta las terminación del proceso? Quiero decir, ¿desde que inicie la primera ola de intensificación hasta que la Tierra sea inhabitable?

—Depende del grado de intensificación que aplique inicialmente. No sé, en este momento, qué grado va a ser necesario, pero todo depende de la eficiencia conjunta de los relevos, así que he preparado un control variable. Deseo dejar arreglado un período de diez a veinte décadas.

—¿Y si arregla un período más corto?

—Cuanto menos tiempo programemos, más rápidamente se volverán radiactivas las porciones de la corteza terrestre y más rápidamente se

calentará y se volverá peligroso el planeta. Esto significa que gran parte de su población no podrá ser trasladada a tiempo.

—¿Importa? —preguntó Amadiro.

—Cuanto más rápidamente se deteriore la Tierra, más probable es que los habitantes y los colonizadores sospechen una causa tecnológica…, y que seamos nosotros los posibles sospechosos. Los colonizadores nos atacarán con furia y, defendiendo la causa de su mundo sagrado, lucharán hasta la extinción, siempre y cuando puedan infligirnos grandes pérdidas. Esto es algo que ya discutimos antes y parecíamos estar de acuerdo. Es preferible dar mucho tiempo, durante el cual nos prepararíamos para lo peor y durante el cual una Tierra desconcertada puede achacar la creciente y lenta radiactividad a algún fenómeno natural que no pueda comprender. Esto, en mi opinión, es algo que se ha vuelto más urgente que ayer.

—¿Y por qué? —inquirió Amadiro, ceñudo—. Tiene usted la expresión agria y puritana que me hace creer que ha encontrado el medio de echar toda responsabilidad sobre mis hombros.

—Con todo respeto, señor, en este caso no es nada difícil. Fue una imprudencia mandar a uno de nuestros robots a destruir a Giskard.

—Por el contrario, debía hacerse. Giskard es el único que puede destruirnos.

—Pero primero debe encontrarnos… y no lo hará. Y si lo hiciera, somos expertos robotistas. ¿No cree que podríamos manejarle?

—¿Lo cree usted? También lo creía Vasilia y conocía a Giskard mejor que nosotros… Sin embargo, no pudo manejarlo. En cierto modo la nave que tenía que hacerse cargo de él y destruirlo a distancia, tampoco pudo. Así que ha llegado a la Tierra. De un modo u otro hay que destruirlo.

—Pero no se hizo. No ha habido ningún informe al respecto.

—Las malas noticias son a veces retenidas por un gobierno prudente… y los gobernantes de la Tierra, aunque bárbaros, pueden ser prudentes. Si nuestro robot fracasó y fue interrogado, habrá caído en un bloqueo irreversible. Esto significa que hemos perdido un robot, un lujo que podemos permitirnos, pero nada más. Y si Giskard anda suelto todavía, más razones tenemos para apresurarnos.

—Si hemos perdido un robot, hemos perdido mucho más que un robot si logran deducir la localización de este centro de operaciones. No debimos, por lo menos, utilizar un robot local.

—Utilizamos el que estaba inmediatamente disponible. Y no revelará nada. Creo que puede confiar en mi programación.

—Pero, por su mera existencia, no puede evitar revelar, congelado o no, que es de manufactura aurorana. Los robotistas de la Tierra, y hay algunos en este planeta, lo detectarán con seguridad. Así que es más razonable hacer aumentar la radiactividad con extrema lentitud. Debe transcurrir el tiempo suficiente para que la Tierra olvide el incidente y no lo asocie con el cambio progresivo en la radiactividad. Debemos contar por lo menos con diez décadas, o quince, y mejor veinte.

Se apartó para volver a inspeccionar sus instrumentos y restablecer el contacto con los relevos seis y diez, que todavía le producían quebraderos de cabeza. Amadiro se quedó mirándolo con una mezcla de desprecio y repulsión, y masculló para sí:

—Sí, pero yo no dispongo de veinte décadas más, o de quince, ni tal vez de diez. Usted sí…, pero yo no.

85

Era por la mañana muy temprano, en Nueva York. Giskard y Daneel lo dedujeron del aumento gradual de la actividad.

—En alguna parte, arriba y lejos de la Ciudad —dijo Giskard— está amaneciendo. Una vez, hablando con Elijah Baley, veinte décadas atrás, me referí a la Tierra como el Mundo del Amanecer. ¿Continuará así por mucho más tiempo o ha dejado ya de serlo?

—Éstas son ideas morbosas, amigo Giskard. Será mejor que nos preocupemos por lo que debemos hacer hoy para ayudar a que la Tierra siga siendo el Mundo del Amanecer.

Gladia entró en la habitación, en chinelas y salida de baño, con el cabello recién lavado y secado.

—¡Ridículo! —exclamó—. Las mujeres de la Tierra van por los corredores hacia los reservados masificados, despeinadas y desarregladas. Creo que lo hacen a propósito. No es correcto peinarse camino del reservado. Al parecer, el ir despeinada pone en evidencia el aspecto cuidado de después. Hubiera debido traer todo un equipo de mañana. ¡Si hubieran visto cómo me miraron cuando aparecí con mi salida de baño! Al abandonar el reservado, uno debería estar a la última moda. Dime, Daneel…

—Señora, ¿puedo hablar con usted?

—No más de una palabra, Daneel. No sé si te has dado cuenta de que éste va a ser un gran día y mis entrevistas por la mañana van a empezar ahora mismo.

—Esto es precisamente lo que quiero discutir con usted, señora. En un día tan importante, todo irá mejor si no estamos con usted.

—¿Qué?

—El efecto que desea causar en los habitantes de la Tierra, bajaría sensiblemente si se rodeara de robots.

—No estaré rodeada. Sólo ustedes dos. ¿Cómo puedo prescindir de ustedes?

—Es necesario que aprenda a hacerlo, señora. Mientras estamos a su lado, se la tiene por distinta de la gente de aquí. Da la impresión de que les tiene miedo.

—Necesito cierta protección, Daneel —dijo preocupada—. Recuerden lo que ocurrió anoche.

—Señora, no pudimos evitar lo que ocurrió anoche y no podíamos protegerla… si hubiera sido necesario. Afortunadamente, no era usted el blanco anoche. El desintegrador estaba apuntando a Giskard, a la cabeza de Giskard.

—¿Por qué Giskard?

—¿Cómo podía un robot apuntarle a usted o a cualquier ser humano? El robot, por alguna razón que ignoro, apuntaba a Giskard. El estar cerca de usted aumentaba el peligro, recuerde que cuando se extienda la noticia de los acontecimientos de ayer, incluso el gobierno de la Tierra intentará suprimir los detalles, correrá el rumor de que se trataba de un robot que

disparó un desintegrador. Esto despertará la indignación pública contra los robots…, contra nosotros…, e incluso contra usted si persiste en que se la siga viendo con nosotros. Sería mejor que estuviera sola.

—¿Cuánto tiempo?

—Por lo menos mientras dure su misión, señora. El capitán podrá ayudarla mucho más en los tiempos venideros que nosotros. Conoce bien a los de la Tierra. Ellos le tienen en gran estima… y él la tiene a usted por lo mejor, señora.

—¿Se nota la opinión que tiene de mí? —preguntó Gladia.

—Aunque soy un robot, creo que sí. Y en cualquier momento que nos necesite, nos tendrá a su lado, naturalmente… Por ahora, creemos que la mejor manera de servirla y protegerla es dejarla en manos del capitán Baley.

—Lo pensaré.

Daneel se volvió y habló silenciosamente con Giskard:

—¿Lo quiere así?

—Por supuesto —respondió Giskard—. Siempre ha estado algo inquieta en mi presencia y no sufriría demasiado con mi ausencia. Hacia ti, amigo Daneel, sus sentimientos son ambivalentes. Le recuerdas mucho al amigo Jander, cuya desactivación, hace muchas décadas, fue tan dolorosa para ella. Esto ha sido a la vez una fuente de repulsión y atracción, así que no ha sido necesario hacer gran cosa. Disminuí su atracción hacia ti y aumenté su atracción hacia el capitán. Prescindirá fácilmente de nosotros.

—Vamos entonces en busca del capitán —dijo Daneel.

Abandonaron juntos la habitación y entraron en el vestíbulo que daba paso al apartamento.

86

Daneel y Giskard habían estado en la Tierra en anteriores ocasiones; Giskard más recientemente. Conocían el uso del directorio computarizado que les daba la Sección, Ala y número del apartamento que se había asignado a D.G. y comprendían también, además, los códigos de color que les indicaban las adecuadas direcciones y los ascensores. Era temprano para

que el tráfico humano fuera notable, pero los humanos con los que se cruzaban o se les acercaban, miraban primero estupefactos a Giskard, luego volvían la cabeza con forzada indiferencia. Los pasos de Giskard eran algo irregulares, cuando estuvieron cerca de la puerta del apartamento de D.G. No se notaba mucho, pero Daneel se dio cuenta. En voz baja preguntó:

—¿Te sientes mal, amigo Giskard?

—He tenido necesidad de borrar estupefacción, aprensión e incluso atención en cierto número de hombres y mujeres… y en un jovencito, lo que ha sido más difícil. No disponía de tiempo para asegurarme de que no les causaba daño.

—Era importante hacerlo. No debemos ser retenidos.

—Lo comprendo, pero la ley Cero no se me da muy bien. No tengo tu facilidad en este aspecto. —Y como si deseara olvidarse de su propio malestar, prosiguió—: He notado con frecuencia que la hiperresistencia en los circuitos positrónicos se nota primero al andar y estar de pie y después en el habla.

Daneel llamó a la puerta. Dijo:

—En mi caso ocurre lo mismo, amigo Giskard. Mantener el equilibrio en sólo dos soportes es difícil incluso en las mejores circunstancias. El desequilibrio controlado, como al andar, es aún más difícil. Oí decir una vez que en un principio intentaron producir robots con cuatro piernas y dos brazos. Les llamaron «centauros». Trabajaban bien, pero resultaban inaceptables porque tenían el aspecto básicamente no humano.

—Pues ahora —suspiró Giskard— me encantaría tener cuatro piernas, amigo Daneel. No obstante, creo que mi malestar está disipándose.

D.G. había llegado a la puerta. Les recibió con una amplia sonrisa. Miró en una y otra dirección a lo largo del corredor, y su sonrisa desapareció, reemplazándola por una expresión de máxima preocupación.

—¿Qué están haciendo aquí sin Gladia? Es que…

—Capitán —dijo Daneel—, Gladia está muy bien. No corre ningún peligro. ¿Podemos entrar y explicárselo?

D.G. pareció malhumorado, pero los hizo pasar. Su voz adoptó el tono que uno naturalmente emplea con las máquinas que no funcionan bien, y preguntó:

—¿Por qué la han dejado sola? ¿Qué circunstancias podían permitir dejarla completamente sola?

—No está más sola que otras personas, ni corre mayor peligro —explicó Daneel—. Si la interroga luego sobre el caso, creo que le dirá que no puede resultar efectiva aquí, si va siempre seguida de sus robots espaciales. Creo que le dirá que todo lo que necesita en consejo y protección debería proporcionárselo usted y no sus robots. Esto es lo que yo creo que desea, por lo menos, ahora. Si en algún momento vuelve a necesitarnos, estaremos a su disposición.

La expresión de D.G. se dulcificó y volvió a sonreír.

—Desea mi protección, ¿verdad?

—En este momento, capitán, desea más su presencia que la nuestra.

La sonrisa de D.G. se hizo más amplia.

—¿Quién puede censurarla? Me arreglaré e iré a su departamento tan pronto como pueda.

—Pero primero, señor…

—¡Oh! —dijo D.G.— ¿Hay un *quid pro quo*?

—Sí, señor. Estamos ansiosos por descubrir lo más que podamos sobre el robot que disparó el desintegrador anoche contra la tribuna.

—¿Piensan en que pueda haber más peligro para Gladia? —preguntó D.G.

—Ninguno de este tipo. El robot anoche no disparó contra Gladia. Siendo robot no podía hacerlo. Disparó contra Giskard.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Esto es lo que queremos descubrir. Por este motivo deseamos que llame a Quintana, subsecretaría de Energía y le diga que es importante, y que le complacería a usted y al gobierno de Baleymundo, si no le importa añadir esto…, que me permitiera hacerle unas preguntas sobre un tema relevante. Deseamos que haga usted lo que pueda para persuadirla de que consienta en la entrevista.

—¿No deseas nada más de mí? ¿Persuadir a una funcionaría importante y ocupada para que se someta a ser interrogada por un robot?

—Señor, aceptará si usted insiste. Además, como su centro está muy lejos, nos sería muy útil que nos contratara una lanzadera que nos llevara

allá. Tenemos mucha prisa, como puede darse cuenta.

—¿Nada más que estas pequeñeces? —preguntó D.G.

—Sólo en parte, capitán. Necesitamos un buen conductor y, por favor, páguele muy bien para que consienta en llevar al amigo Giskard, que es obviamente un robot. Yo tal vez no le importe.

—Supongo que te das cuenta, Daneel, de que me pides algo nada razonable.

—No creía que lo fuera, capitán, pero si usted lo considera así, no digamos más. No tenemos más alternativa que volver con Gladia, que no se sentirá nada feliz porque hubiera preferido estar con usted.

Dio media vuelta disponiéndose a salir, indicando a Giskard que le siguiera, pero D.G. exclamó:

—Espera. Hay un contacto de comunicación público ahí fuera. Quédense aquí y esperen.

Los dos robots permanecieron, de pie. Daneel preguntó:

—¿Tuviste que esforzarte mucho, amigo Giskard?

Giskard parecía haber recobrado el equilibrio.

—No podía hacer nada. Se oponía fuertemente a tratar con Quintana y más aún a conseguirnos un transporte rápido. No hubiera podido alterar esos sentimientos sin causarle daños. Pero cuando sugeriste volver junto a Gladia, su actitud cambió drásticamente. Lo esperabas así, ¿verdad, amigo Daneel?

—Sí.

—Al parecer, cada vez me necesitas menos. Hay más de un modo de ajustar las mentes. Pero terminé haciendo algo. El cambio de idea del capitán fue acompañado de una emoción muy fuerte hacia Gladia. Aproveché la oportunidad de reforzarla.

—Ésta es la razón que necesitabas. Yo no podía haberlo hecho.

—Pero llegarás a hacerlo, amigo Daneel. Quizá muy pronto.

—Lo creas o no —dijo D.G. al regresar— te recibirá, Daneel. La lanzadera y su conductor llegarán al momento. Cuanto antes marchen, mejor será. Yo voy ahora mismo hacia el apartamento de Gladia.

Los dos robots salieron al corredor a esperar. Giskard comentó:

—Se siente muy feliz.

—Así parece, amigo Giskard, pero me temo que lo fácil ha terminado para nosotros. Hemos podido arreglar que Gladia nos deje libres para movernos. Luego, persuadimos con cierta dificultad al capitán para que consiguiera que la subsecretaría nos recibiera. Pero, con ella podemos no conseguir nada.

87

El conductor echó una mirada a Giskard y pareció perder los ánimos.

—Oiga —dijo a Daneel—, se me dijo que cobraría doble por llevar a un robot, pero los robots no están autorizados en las ciudades y podría verme comprometido. El dinero no me servirá si pierdo mi licencia. ¿No podía llevarle solamente a usted, señor?

—Yo también soy un robot, señor. Estamos en la ciudad y no es culpa suya. Tratamos de salir de ella y usted nos ayudará. Vamos a visitar a un alto funcionario del gobierno que, espero, arreglará esto y su obligación cívica es ayudarnos. Si se niega a llevarnos, conductor, obrará en beneficio de mantener robots en la ciudad, y esto puede considerarse contrario a la ley.

La expresión del conductor cambió. Abrió la puerta y ordenó:

—Suban. —Pero cerró cuidadosamente la gruesa mampara transparente que le separaba de sus pasajeros.

—¿Te costó mucho, amigo Giskard?

—Muy poco, amigo Daneel. Lo que dijiste me facilitó el trabajo. Es sorprendente que una colección de declaraciones que son individualmente ciertas puedan usarse, combinadas, para conseguir un resultado que no se hubiera logrado con la verdad.

—Lo he observado con frecuencia en las conversaciones humanas, amigo Giskard, incluso entre humanos normalmente sinceros. Sospecho que esta práctica está justificada en la mente de esas personas por servir un buen propósito.

—La ley Cero, ¿verdad?

—O su equivalente…, si la mente humana posee dicho equivalente. Amigo Giskard, has dicho hace un momento que yo voy a tener tus poderes, quizá pronto. ¿Me estás preparando para ello?

—En efecto, amigo Daneel.

—¿Por qué? ¿Puedo preguntártelo?

—Otra vez la ley Cero. El pasado episodio de la inestabilidad de mis piernas me ha hecho ver cuán vulnerable he sido al intentar el uso de la ley Cero. Antes de terminar el día, puedo volver a tener que obrar según la ley Cero para salvar al mundo y a la humanidad y tal vez no pueda. En tal caso, debes estar en condiciones de hacerlo tú. Te estoy preparando, poco a poco, para que, llegado el momento, pueda impartirte las últimas instrucciones y hacer que todo encaje.

—No sé cómo lo conseguirás, amigo Giskard.

—No te costará entenderlo cuando llegue el momento. Utilicé esta técnica en pequeña escala sobre robots que envié a la Tierra en la época en que no estaban aún prohibidos en las ciudades, y fueron ellos los que me ayudaron a ajustar las mentes de los líderes hasta el extremo de aprobar la decisión de mandar colonos a los mundos.

El conductor, cuya lanzadera no corría sobre ruedas sino que permanecía a unos centímetros del suelo en todo momento, había pasado por corredores especiales reservados para tales vehículos y lo había hecho con tal rapidez que justificaba el nombre que se le daba. Ahora salió a un corredor normal que corría paralelamente, aunque a cierta distancia, a la izquierda de una autopista. La lanzadera, más lenta ahora, hizo un giro a la izquierda, zumbó por debajo de la autopista, salió al otro lado y después, medio kilómetro más allá, se detuvo ante un edificio de adornada fachada.

La puerta se abrió automáticamente. Daneel salió primero, esperó a que lo hiciera Giskard y entregó al conductor una hoja metálica que había recibido de D.G. El conductor la miró detenidamente, luego se cerraron las puertas de golpe, y escapó a toda velocidad sin decir media palabra.

Hubo una pausa antes de que se abriera la puerta en respuesta a su llamada y Daneel supuso que los habían estado observando. Cuando se abrió, una joven les guió rápidamente por el interior del edificio. Evitó mirar a Giskard, pero mostró algo más que curiosidad por Daneel. Encontraron a la subsecretaría Quintana sentada tras una mesa enorme. Les sonrió y dijo con una alegría algo forzada:

—Dos robots, sin la compañía de seres humanos. ¿Estoy segura?

—Enteramente, señora —respondió gravemente Daneel—. Para nosotros tampoco es corriente ver a un ser humano sin la compañía de sus robots.

—Les aseguro que también tengo robots. Les llamo subordinados y uno de ellos les ha acompañado hasta aquí. Me asombra que no se haya desmayado al ver a Giskard. Creo que lo hubiera hecho si no la hubiera advertido antes y si usted no fuera tan extraordinariamente interesante de aspecto, Daneel. Pero dejemos esto. El capitán Baley insistió tanto en su deseo de que les recibiera, y mi interés por mantener buenas relaciones con un importante mundo colonizador es tanto también, que he aceptado la entrevista. Pero, mi jornada sigue muy cargada y les agradeceré que terminemos pronto… ¿Qué puedo hacer por ustedes?

—Señora Quintana… —empezó Daneel.

—Un momento. ¿Pueden sentarse? Anoche le vi sentado.

—Podemos sentarnos, pero estamos igualmente cómodos de pie… No nos importa.

—Pero a mí, sí. Para mí no sería cómodo estar de pie… y si me siento me dolerá el cuello de tanto mirar hacia arriba. Por favor, acerquen sillas y siéntense. Gracias… Ahora, Daneel, ¿de qué se trata?

—Señora, supongo que se acuerda del incidente del desintegrador disparado anoche contra la tribuna, después del banquete.

—En efecto. Y lo que es más, sé que fue un robot humanoide el que sostenía el arma, aunque no vamos a admitirlo oficialmente. Y aquí me tiene sentada con dos robots, detrás de mi mesa, y sin protección. Y uno de ustedes también es humanoide.

—Pero yo no tengo desintegrador, señora —sonrió Daneel.

—Espero que no… El otro humanoide no se le parecía nada, Daneel. Usted es una obra de arte, ¿lo sabía?

—Estoy perfectamente programado, señora.

—Me refiero a su apariencia. Pero ¿qué me decía del desintegrador?

—Señora, ese robot tiene una base en alguna parte de la Tierra y debo saber dónde está. He venido de Aurora para encontrar esa base y evitar semejantes incidentes que puedan romper la paz entre nuestros mundos. Tengo razones para creer…

—¿Usted es el que ha venido? ¿No es el capitán? ¿No es Gladia?

—Nosotros, señora, Giskard y yo. No estoy en posición de poder contarle toda la historia de cómo nos hicimos cargo de la tarea, y tampoco puedo darle el nombre del ser humano bajo cuyas instrucciones trabajamos.

—¡Vaya! ¡Espionaje internacional! Fascinante. ¡Qué lástima que no pueda ayudarles!, pero no sé de dónde procede el robot. No tengo la menor idea de dónde se encuentra su base. Ni siquiera sé por qué han venido a mí en busca de esta información. En su lugar, Daneel, yo hubiera ido al Departamento de Seguridad… —Se inclinó hacia él—. ¿Tiene piel verdadera en su rostro, Daneel? Es una imitación extraordinaria, si no lo es… —Alargó la mano hacia él y la posó delicadamente en su mejilla—. Incluso el tacto es perfecto.

—Sin embargo, señora, no es verdadera piel. Si se corta… no se cura sola. Por el contrario, un desgarrón puede remendarse fácilmente o puede ponerse un parche.

—¡Uf! —Y Quintana arrugó la nariz—. Pero ya hemos terminado, porque no puedo ayudarles en cuanto al hombre del desintegrador. No sé nada.

—Señora, permítame que le explique algo más. Este robot puede formar parte de un grupo interesado en los procesos primitivos para la obtención de energía, que usted me describió anoche…, la fisión. Créalo así, que hay gente interesada en la fisión y en el contenido de uranio y torio en la corteza terrestre. ¿Dónde podría haber un lugar conveniente para que lo utilicen como base?

—¿Una vieja mina de uranio, quizá? Ni siquiera sé dónde puede haber una. Debe comprender, Daneel, que la Tierra siente una aversión casi

supersticiosa por todo lo nuclear y por la fisión en particular. Encontrará menos que nada sobre fisión en nuestros trabajos sobre energía, y solamente lo estrictamente esencial en producción para expertos. Incluso yo sé muy poco; pero claro, yo soy administrativa, no científica.

—Una pregunta más, señora. Interrogamos al supuesto asesino sobre la situación de su base, y lo hicimos insistentemente. Estaba programado para sufrir inactivación permanente, una total congelación de sus circuitos cerebrales, en caso de interrogación y se desactivó. Pero, antes de que ocurriera, en su lucha final entre obediencia y desactivación, abrió dos o tres veces la boca, como si quisiera…, posiblemente…, decir tres sílabas. La tercera silaba, o palabra, o simplemente sonido, fue «milla». ¿Significa esto algo relacionado con la fisión?

Quintana movió lentamente la cabeza.

—No, no puedo decir que signifique algo. En todo caso no es una palabra que pueda encontrarse en un diccionario de galáctico estándar. Lo siento, Daneel. Ha sido agradable volver a verle, pero tengo la mesa llena de trabajo. Perdóneme.

Daneel dijo como si no la hubiera oído.

—Tengo entendido que milla podría ser una expresión arcaica referida a cierta unidad de longitud, algo posiblemente más largo que un kilómetro.

—Suena totalmente irrelevante, aunque fuera verdad. ¿Qué sabría un robot de Aurora sobre expresiones arcaicas y antiguas…? —Calló de pronto. Sus ojos se abrieron y palideció. Dijo—: ¿Es posible?

—¿Qué es posible, señora?

—Hay un lugar —dijo Quintana, medio perdida en sus pensamientos— que todo el mundo evita… tanto la gente como los robots. Si me gustara dramatizar, diría que fue un lugar de mal agüero. Tanto, que ha sido completamente borrado. Ni siquiera está en los mapas. Es la quintaesencia de todo lo que representa la fisión. Recuerdo haberme tropezado con el lugar en una vieja película de referencia, al principio de ocupar este cargo. Se hablaba de ello constantemente como del lugar de un «incidente» que arrancó para siempre de las mentes la idea de la fisión como fuente de energía. El lugar se llama Isla Tres Millas.

—Entonces es un lugar aislado, absolutamente aislado y libre de posibles intrusiones —musitó Daneel—, el tipo de lugar que uno encontraría consultando antiguos tratados sobre fisión, y por tanto lo reconocería como base ideal, donde guardar absoluto secreto y con un nombre de tres palabras, de las cuales «milla» es la tercera. Éste es el lugar, señora… ¿Puede indicarnos cómo ir hasta allá y facilitarnos de algún modo la salida de la ciudad, y que se nos lleve a Isla Tres Millas o lo más cerca posible?

Quintana sonrió. Cuando sonreía parecía más joven:

—Está claro que si tienen entre manos un caso interesante de espionaje intelectual, no pueden permitirse perder tiempo, ¿no es cierto?

—No, señora, no podemos.

—Pues bien, entra dentro de mis obligaciones echar una mirada a Isla Tres Millas. ¿Por qué no les llevo en coche aéreo? Puedo defenderme conduciéndolo.

—Señora, su cantidad de trabajo…

—Nadie lo tocará. Estará aquí cuando vuelva.

—Pero abandonaría la ciudad…

—¿Y qué? No estamos en los viejos tiempos. Antes de la dominación espacial, la gente de la Tierra no abandonaba nunca sus ciudades, es cierto, hemos avanzado y colonizado la Galaxia por más de veinte décadas. Todavía quedan algunos, menos educados, que mantienen la vieja actitud provinciana, pero la mayoría gozamos de movilidad. Supongo que queda siempre la impresión de que podemos reunirnos esporádicamente con algún grupo colonizador. Yo no pienso hacerlo, pero vuelo frecuentemente en mi aerocoche y hace cinco años volé hasta Chicago y, después, regresé… Esperen aquí. Voy a preparar el vuelo.

Salió como un torbellino. Daneel la miró y murmuró:

—Amigo Giskard, no me parece que esto sea característico en ella. ¿Has hecho algo?

—Un poco. Cuando entramos me pareció que la joven que nos acompañó se sentía atraída por tu aspecto. Yo estaba seguro de que existía el mismo factor en la mente de Quintana, anoche, en el banquete…, aunque me encontraba muy lejos de ella, y había demasiada gente en el salón para

poder estar seguro. Sin embargo, una vez empezada nuestra conversación, la atracción era inconfundible. Poco a poco fui reforzándola y todas las veces que sugería que la entrevista iba a terminar, parecía menos decidida. En ningún momento se opuso a que continuaras. Por fin sugirió el aerocoche porque supongo que había llegado al punto en que ya no podía soportar perder la oportunidad de estar contigo un poco más.

—Esto puede complicar las cosa —dijo Daneel, pensativo.

—Pero es por una buena causa. Piénsalo en términos de la ley Cero. —Y al decirlo daba la impresión de que estaba sonriendo…, si su cara permitía tal expresión.

89

Quintana exhaló un suspiro cuando posó el aerocoche sobre una porción de cemento adecuada para su propósito. Dos robots se acercaron al instante para el examen obligatorio del vehículo y para renovar su energía en caso necesario. Ella miró hacia la izquierda inclinándose por delante de Daneel al hacerlo.

—Está en aquella dirección —dijo—, a varios kilómetros del río Susquehanna. Hace mucho calor. —Se enderezó de mala gana y sonrió a Daneel—. Esto es lo peor al abandonar la ciudad. Aquí el ambiente está totalmente descontrolado. Imagine, permitir semejante calor. ¿No siente el calor, Daneel?

—Tengo un termostato interno, señora, que funciona a la perfección.

—Magnífico. Ojalá tuviera yo uno. En esta área no hay caminos, Daneel. Ni hay robots que puedan guiarle, porque no se acercan jamás a un área muy extensa. Podemos dar tumbos por todo el lugar sin llegar a la base, aunque pasáramos a quinientos metros de ella.

—No diga «podríamos», señora. Es absolutamente necesario que usted permanezca aquí. Lo que va a ocurrir será seguramente peligroso, y puesto que carece de acondicionamiento de aire, la tarea podría ser superior a su aguante físico, incluso sino fuera peligroso. ¿Puede esperarnos, señora? Sería muy importante para mí que quisiera hacerlo.

—Esperaré.

—Podemos tardar varias horas.

—Por aquí hay de todo y la pequeña ciudad de Harrisburg no está lejos.

—En este caso, señora, debemos ponernos en camino.

Saltó ágilmente del aerocoche y Giskard le siguió. Se dirigieron hacia el norte. Era casi mediodía y el sol de verano resplandecía reflejado en las partes bruñidas del cuerpo de Giskard.

—Cualquier indicio de actividad mental que puedas detectar será de los que andamos buscando —dijo Daneel—. No debe de haber nadie más en varios kilómetros.

—¿Estás seguro de que podrás pararles, si les encontramos, amigo Daneel?

—No, amigo Giskard. No tengo la menor seguridad…, pero debemos hacerlo.

90

Levular Mandamus gruñó y miró a Amadiro con una sonrisa tensa en su flaco rostro.

—Asombroso —dijo— y de lo más satisfactorio.

Amadiro se secó la frente y las mejillas con un trozo de toalla, y preguntó:

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que cada relevo funciona perfectamente.

—Entonces, ¿puede empezar la intensificación?

—Tan pronto como pueda calcular el grado apropiado de concentración de partículas W.

—¿Cuánto tiempo tardará?

—Quince minutos. Treinta.

Amadiro miró con aire de concentración sombría, hasta que Mandamus le dijo:

—Está bien. Ya lo tengo. Es el 2,72 en la escala arbitraria que he establecido. Esto nos concederá quince décadas hasta que alcancemos el

nivel superior de equilibrio que se mantendrá sin cambios esenciales durante millones de años. Y este nivel nos asegurará que la Tierra podrá mantener unos pocos grupos repartidos en áreas libres de radiación. Sólo tenemos que esperar quince décadas y un conjunto desorganizado de mundos colonizados caerá en nuestras manos como frutos maduros.

—Yo no viviré quince décadas más —declaró Amadiro lentamente.

—Lo lamento de veras, señor —cortó Mandamus, seco—, pero estamos hablando, ahora, de Aurora y de los mundos espaciales. Habrá otros que continuarán su trabajo.

—¿Usted, por ejemplo?

—Me prometió la dirección del Instituto y, como está viendo, me la he ganado. Desde una base política, puedo razonablemente esperar ser presidente algún día y entonces llevaré a término la política que crea necesaria para asegurarme la disolución final de los, para entonces, mundos anárquicos de los colonizadores.

—Confía usted mucho en sí mismo. ¿Qué pasará si suelta el chorro de partículas W y luego viene alguien y lo cierra, en el transcurso de las próximas quince décadas?

—Imposible, señor. Una vez puesto en marcha, un mecanismo atómico interno lo fijará en dicha posición. Todo el lugar puede desintegrarse, pero la corteza terrestre continuará ardiendo lentamente. Supongo que sería posible recrear un montaje enteramente nuevo, si alguien en el planeta Tierra o entre los colonizadores duplica mi trabajo, pero si lo hacen no harán sino aumentar la velocidad de la radioactividad, jamás disminuirla. La segunda ley de termodinámica se ocupará de ello.

—Mandamus, dice usted que se ha ganado la dirección del Instituto. No se olvide que soy yo el que decide.

—No señor, no es usted. Con todo respeto, los detalles del proceso me son familiares, pero no a usted. Estos detalles están cifrados en un lugar que no encontrará, y si lo encuentra, están guardados por robots que lo destruirán antes de permitir que caigan en sus manos. No puede apuntarse ningún tanto por esto, yo sí.

—Sin embargo, mi aprobación apresurará los trámites para usted. Si fuera a arrancarme la dirección, por los medios que fuera, sufrirá una

continuada oposición por parte de los otros miembros del Consejo, y esto le estorbará durante todas las décadas que esté en el puesto. ¿Es solamente el título de director lo que desea o la oportunidad de experimentar todo lo que produce una verdadera jefatura?

—¿Cree que es el momento de hablar de política? Hace un rato todo era impaciencia por que yo pudiera entretenerme quince minutos en la computadora.

—Ah, pero ahora hablamos de ajustar el chorro de partículas W. ¿Quiere fijarlo a 2,72? ¿Era ésta la cifra? Y me pregunto si estará bien. ¿Cuál es el alcance máximo que puede manejar?

—El alcance va de cero a doce, pero lo necesario es 2,72. Más o menos 0,05, si quiere más detalles. Esto es lo que, basándome en los informes de los catorce relevos, nos dará un lapso de quince décadas para el equilibrio.

—Pero yo pienso que el número correcto es 12.

Mandamus se quedó mirando horrorizado:

—¿Doce? ¿Sabe lo que esto significa?

—Sí. Significa que tendremos a la Tierra demasiado radiactiva para poder vivir en ella dentro de una década o década y media, y que mataremos durante el proceso unos cuantos billones de personas.

—Y la certeza de una guerra segura con una enfurecida Federación de Colonizadores. ¿Por qué puede desear semejante holocausto?

—Se lo repetiré. No cuento vivir otras quince décadas, y yo quiero vivir para ver la destrucción de la Tierra.

—Pero también conseguiría la mutilación; la mutilación, por lo menos, de Aurora. No puede hablar en serio.

—Pues, sí. Llevo veinte décadas de fracaso y humillación que recuperar.

—Estas décadas fueron provocadas por Han Fastolfe y Giskard y no por la Tierra.

—No, las provocó uno de la Tierra, Elijah Baley.

—Que lleva muerto más de dieciséis décadas. ¿Qué valor puede tener un momento de venganza contra un hombre muerto hace tanto tiempo?

—No quiero discutir el asunto. Voy a hacerle una proposición. El título de director inmediatamente. Dimitiré de mi cargo tan pronto lleguemos a Aurora y le nombraré como sucesor.

—No. No quiero la dirección en estos términos. ¡Billones de muertos!

—¡Billones de terráqueos! Entonces no puedo confiar en que manipule los controles debidamente. Muéstreme…, a mí…, cómo dispone el instrumento de control y yo cargaré con toda la responsabilidad. Seguiré manteniendo la oferta de dimitir a mi llegada y le nombraré como sucesor.

—No. Significa la muerte de billones de personas del planeta y quién sabe cuántos millones de espaciales también. Por favor, doctor Amadiro, comprenda que no puedo hacerlo por más que me ofrezca, y usted no puede manipularlo sin mí. La puesta en marcha del mecanismo está cifrada en la huella de mi pulgar izquierdo.

—Se lo vuelvo a pedir.

—Tiene que estar loco para volver a pedírmelo pese a todo lo que le he dicho.

—Esto, Mandamus, es su opinión personal. No estoy tan loco que haya olvidado alejar a todos los robots locales con un encargo y otro. Estamos completamente solos.

Mandamus hizo una mueca despectiva:

—¿Con esto pretende amenazarme? ¿Va a matarme ahora que no hay robots presentes para impedírselo?

—Sí, Mandamus, lo haré si es preciso… —Y Amadiro sacó un pequeño desintegrador de una bolsa—. Éstos son difíciles de obtener en la Tierra, pero no es imposible…, si el precio es adecuado. Y yo sé cómo emplearlo. Le ruego que me crea si le digo que estoy dispuesto a volarle la cabeza ahora mismo… si no coloca su pulgar en el contacto y me permite ajustar el dial a doce.

—No se atreverá. Si muero, ¿cómo ajustara el dial sin mí?

—No sea imbécil. Si le vuelo la cabeza, su pulgar izquierdo seguirá intacto. Incluso, y por un tiempo, estará a temperatura normal. Utilizaré ese pulgar, luego ajustaré el dial con la misma facilidad con que abro un grifo. Le preferiría vivo, puesto que su muerte puede ser molesta de explicar en Aurora, pero no será más molesta de lo que pueda soportar. Por lo tanto, le doy treinta segundos para decidirse. Si coopera, le mantengo la oferta de la dirección. Si no, todo ocurrirá según mi deseo, y usted mismo habrá muerto. Empecemos ahora. Uno…, dos…, tres…

Mandamus miraba horrorizado a Amadiro; que seguía contando y le observaba por encima del desintegrador, con ojos duros e inexpresivos.

Y de repente, Mandamus chilló:

—Tire el desintegrador, Amadiro, o quedaremos ambos inmovilizados en virtud de que debemos ser protegidos del mal.

El aviso llegó demasiado tarde. Más rápido de lo que la vista puede apreciar, un brazo agarró la muñeca de Amadiro, paralizándosela con la presión, y el desintegrador cayó.

—Siento haber tenido que lastimarle, doctor Amadiro, pero no puedo permitir que apunte con un desintegrador a otro ser humano —dijo Daneel.

91

Amadiro no abrió la boca. Mandamus dijo fríamente:

—Son ustedes dos robots sin amo a la vista. A falta de éste, soy vuestro dueño ahora y les ordeno que se marchen y no vuelvan. Como ven, ya no hay peligro para ningún humano en este momento, por tanto nada puede oponerse a vuestra obligada obediencia a esta orden; váyanse al instante.

—Lo siento, señor, es inútil disimular nuestra identidad y nuestras habilidades, puesto que ya las conoce. Mi compañero, R. Giskard Reventlov puede detectar emociones… ¿Amigo Giskard?

—Al acercarnos, después de haber detectado su presencia desde lejos, capté, doctor Amadiro, una tremenda ira en su mente. En la suya, doctor Mandamus, un miedo extremo.

—La ira, si ira se notaba —explicó Mandamus—, era la reacción del doctor Amadiro por acercarse dos robots desconocidos, especialmente uno que era capaz de revolver en la mente humana y que ya ha lastimado, quizá permanentemente, la de Vasilia. Mi temor, si temor había, era también causado por su aproximación. Ahora controlamos nuestras emociones y no hay motivo para interferir. De nuevo les ordeno que se retiren definitivamente.

—Perdone, doctor Mandamus, solamente deseo asegurarme de que podemos seguir sus órdenes, tranquilos. ¿No había un desintegrador en la

mano del doctor Amadiro y acaso no le apuntaba a usted?

—Me explicaba su funcionamiento y se disponía a guardarlo cuando se lo quitaron.

—¿Se lo devuelvo, pues, antes de marcharnos, señor?

—No —contestó Mandamus con un estremecimiento—, porque entonces tendrían una excusa para quedarse, a fin de…, cómo diría yo…, de protegernos. Lléveselo cuando se marchen y no tendrán por qué regresar.

—Tenemos entendido que están aquí en una región en que los seres humanos tienen prohibido penetrar… —comentó Daneel.

—Es una costumbre, no una ley, y una que en todo caso no reza para nosotros, puesto que no somos de la Tierra. Pero tampoco los robots están autorizados.

—Nos trajo aquí, doctor Mandamus, un alto funcionario del gobierno de la Tierra. Tenemos motivos para creer que se encuentran aquí a fin de aumentar el nivel de radioactividad de la corteza terrestre y causar daños graves e irreparables al planeta.

—En absoluto… —empezó Mandamus.

Entonces, Amadiro interrumpió por primera vez:

—¿Con qué derecho, robot, nos interrogas? Somos seres humanos y te hemos dado una orden. ¡Obedécela ahora mismo! —Su tono autoritario era aplastante y Daneel se estremeció, mientras que Giskard iniciaba media vuelta.

Pero Daneel insistió:

—Perdón, doctor Amadiro. No interrogo. Sólo busco tranquilizarme a fin de estar seguro de que puedo, sin riesgos, obedecer la orden. Tenemos razones para creer…

—No necesitas repetirlo —cortó Mandamus y en un instante, añadió—, doctor Amadiro, por favor, déjeme que conteste yo. Daneel, estamos aquí en misión antropológica. Nuestro propósito es encontrar el origen de ciertas costumbres humanas que influyen en el comportamiento entre espaciales. Estos orígenes sólo pueden encontrarse aquí, en la Tierra y es aquí, por lo tanto, donde los buscamos.

—¿Tienen permiso de la Tierra para ello?

—Hace siete años consulté con los funcionarios adecuados en la Tierra, y obtuve su permiso.

Daneel inquirió en voz baja.

—Amigo Giskard, ¿qué dices?

—Las indicaciones en la mente del doctor Mandamus son que lo que está diciendo no concuerda con la situación actual.

—¿Está mintiendo?

—Es lo que creo.

Mandamus, imperturbable, dijo:

—Puedes creerlo así, pero creer no es seguridad. No puedes desobedecer una orden apoyándote en una mera creencia. Lo sé y tú lo sabes.

Giskard insistió:

—Pero en la mente del doctor Amadiro, la rabia está solamente mitigada por fuerzas emocionales que no están a la altura de lo que se espera de ellas. Es posible separar estas fuerzas, por decirlo así, y permitir que la rabia se vacíe.

Y Amadiro exclamó:

—¿Por qué se entretiene con esas cosas, Mandamus?

Mandamus gritó:

—Ni una palabra más, Amadiro. ¡Está haciéndoles el juego!

Pero Amadiro ni le escuchó.

—Se rebaja, y es inútil —y en un exceso de ira, sacudió el brazo de Mandamus, que pretendía contenerle.

—Conocen la verdad, ¿y qué? Robots, somos espaciales. Más que esto, somos auroranos, procedemos del mundo donde los construyeron. Más aún, somos altos funcionarios del mundo aurorano y deben interpretar las palabras «seres humanos», según el significado de las tres leyes de la Robótica, como auroranos. Si no nos obedecen ahora, nos dañarán y humillarán, así que violaran la primera y la segunda ley. Es cierto que estamos aquí para destruir a los habitantes de la Tierra, a muchísimos de ellos, pero aun siendo verdad, es totalmente irrelevante. Es como si se negaran a obedecer porque comemos la carne de los animales que hemos sacrificado. Ahora que les he explicado esto, ¡fuera!

Pero sus últimas palabras terminaron en un estertor. Los ojos de Amadiro parecieron salirse de las órbitas y cayó al suelo. Mandamus, con un grito incoherente, se inclinó sobre él. Giskard explicó:

—Doctor Mandamus, el doctor Amadiro no ha muerto. Por ahora se encuentra en un estado de coma del que se le puede sacar en cualquier momento. No obstante, habrá olvidado todo lo relacionado con este proyecto, y jamás podrá comprender nada que tenga que ver con el mismo si, por ejemplo, tratara de explicárselo. Al hacerlo, lo que no hubiera sido posible sin su propia admisión de que se proponía destruir gran cantidad de personas, le he dañado permanentemente partes de su memoria y de su proceso de pensamiento. Lo lamento, pero no he podido evitarlo.

—Verá usted, doctor Mandamus, hace algún tiempo, en Solaria —explicó Daneel— encontramos unos robots que definían los seres humanos como solarianos únicamente. Reconocemos que si diferentes robots están sujetos a definiciones limitadas de un tipo u otro, sólo puede esperarse una destrucción sin medida. Es inútil tratar de que nosotros definamos al ser humano sólo tratándose de auroranos. Definimos al ser humano como miembro de la especie *Homo sapiens*, que incluye a los de la Tierra y a los colonizadores, y creemos que la prevención del daño a humanos, en grupos, y a la humanidad como un todo, se deriva de la prevención de daños a cualquier individuo específico.

Mandamus objetó, jadeando:

—Esto no es lo que dice la primera ley.

—Esto es lo que dice la ley Cero, y ésta tiene preferencia.

—No ha sido programado de este modo.

—Así es como me he programado yo. Y como sé desde el momento de nuestra llegada aquí que su presencia implica daño, no puede ordenarme que me aleje o evitar que le lastime. La ley Cero toma precedencia y debo salvar a la Tierra. Por consiguiente, le ruego que me ayude…, voluntariamente…, a destruir los mecanismos que tiene aquí. De lo contrario, me veré obligado a amenazarle con destruirle, como hizo el doctor Amadiro, aunque yo no utilizaré un desintegrador.

—¡Espera! ¡Espera! —gritó Mandamus—. Óyeme. Déjame explicarte. Que hayas vaciado la mente del doctor Amadiro es una buena cosa. Él

quería destruir la Tierra, pero yo no quería. Por eso me apuntaba con el desintegrador.

—Pero fue usted el que originó la idea, el que diseñó y montó estos aparatos —dijo Daneel—. De lo contrario, el doctor Amadiro no le hubiera obligado a hacer algo. Lo habría hecho él mismo y no habría necesitado su ayuda. ¿No es verdad?

—Sí, es verdad. Giskard puede analizar mis sentimientos y verá si miento. Inventé todos estos aparatos y me disponía a utilizarlos, pero no como quería el doctor Amadiro. ¿Digo la verdad?

—Por lo que percibo, dice la verdad —declaró Giskard.

—Naturalmente. Lo que estoy haciendo es introducir una aceleración gradual de la natural radiactividad de la corteza terrestre. Durante ciento cincuenta años, los habitantes de la Tierra podrán trasladarse a otros mundos. Aumentará la población de los actuales colonizadores y aumentará la colonización de gran número de mundos adicionales. Desaparecerá la Tierra como un enorme mundo anómalo que amenaza siempre a los espaciales y embrutece a los colonizadores. ¿Digo la verdad?

—Por lo que percibo, dice la verdad —repitió Giskard.

—Mi plan, si tiene éxito, mantendría la paz y haría de la Galaxia un hogar para espaciales y colonizadores por igual. Por esta razón, cuando construí este dispositivo…

Señaló hacia él, apoyando su pulgar izquierdo en el contacto y, de pronto, abalanzándose sobre el control de volumen, gritó:

—¡Congelación!

Daneel dio un paso adelante y se detuvo, congelado, con la mano derecha alzada. Giskard no se movió. Mandamus se volvió, jadeando:

—Ya está. A 2,72. Es irreversible. Ahora se hará tal como yo quería. Ni podrán declarar contra mí, porque de hacerlo iniciarían una guerra y la ley Cero lo prohíbe.

Miró al cuerpo inanimado del doctor Amadiro y dijo con una fría mirada de desprecio:

—¡Imbécil! ¡Nunca sabrás cómo hubiera debido hacerse!

SOLO

92

—Ya no podrán dañarme, robots, porque nada de lo que intenten podrá alterar el destino de la Tierra —declaró Mandamus.

—Sin embargo —terció Giskard— no recordará lo que ha hecho. No explicará el futuro a los espaciales.

Alcanzó un asiento, y con mano temblorosa se lo acercó y se sentó, mientras Mandamus se desplomaba y se sumía en un dulce sueño.

—Al final —se lamentó Daneel tristemente, al mirar a los dos cuerpos inanimados— fracasé. Cuando fue necesario que me apoderara del doctor Mandamus para evitar que dañara a la gente que no estaba ante mis ojos, me encontré obligado a obedecer su orden y congelarme. La ley Cero no funcionó.

—No, no fracasaste, amigo Daneel. Yo lo evité. El doctor Mandamus estaba empeñado en tratar de hacer lo que hizo, pero le retenía el temor a lo que tú harías si lo intentaba. Neutralicé su temor y luego te neutralicé a ti. Así que el doctor Mandamus prendió fuego, por decirlo así, a la corteza terrestre. Era un fuego lento.

—Pero ¿por qué, amigo Giskard? ¿Por qué?

—Porque estaba diciendo la verdad. Te lo dije. Él creía que mentía. Por la naturaleza triunfal de su mente, tengo la firme impresión de que estaba convencido de que la consecuencia de la creciente radiactividad sería anarquía y confusión entre la Tierra y los colonizadores, y que los espaciales los destruirían y se apoderarían de la Galaxia. Pero vi que la

escena que nos pintaba para ganarnos era la correcta. La desaparición de la Tierra como un gran mundo abarrotado sería la pérdida de una mística que yo presentía peligrosa, y ayudaría a los colonizadores. Ellos se extenderán por la Galaxia a un ritmo que irá en aumento, sin la Tierra para mirar con nostalgia, sin la Tierra en forma de un dios y establecerán un Imperio Galáctico. Era preciso que lo hiciéramos posible. —Hizo una pausa, y su voz se debilitó al decir—: «Robots e Imperio».

—¿Estás bien, amigo Giskard?

—No puedo mantenerme de pie, pero puedo seguir hablando. Escúchame: Ya es hora de que cargues tú con mi peso. Te he ajustado para detectar las mentes y ejercer el control. No tienes sino que escuchar los últimos circuitos tal como están ahora impresos. Escucha…

Hablaba con voz firme, pero cada vez más débil en la lengua y símbolos que Daneel percibía interiormente. Mientras Daneel escuchaba, podía sentir los circuitos que iban encajándose. Y cuando Giskard terminó, percibió el frío zumbido de la mente de Mandamus, el latido desigual de Amadiro y el fino sonido metálico de la de Giskard.

—Debes volver con Quintana —le sugirió éste— y hacer que estos dos humanos sean devueltos a Aurora. Ya no podrán volver a causar daños a la Tierra. Luego procura que las fuerzas de seguridad de la Tierra busquen y desactiven a los humanoides enviados a la Tierra por Mandamus.

»Ten cuidado en cómo utilizas tus nuevos poderes, porque son nuevos para ti y no podrás controlarlos perfectamente. Con el tiempo te perfeccionarás lentamente si procuras siempre autoexaminarte antes de servirte de ellos. Utiliza la ley Cero, pero no para justificar daños inútiles a los individuos. La primera ley es siempre la más importante.

»Protege a Gladia y al capitán Baley sin que lo noten. Haz que sean felices juntos y deja que Gladia continúe con sus esfuerzos para lograr la paz. Ayuda a supervisar, a lo largo de las décadas previstas, el traslado de la gente de la Tierra a otros mundos. Y una cosa más, si puedo recordar. Sí, busca a dónde han ido los solarianos. Puede ser… importante.— La voz de Giskard se hizo más lenta.

Daneel se arrodilló a su lado y asió su inerte mano metálica. En un murmullo desesperado le suplicó:

—Recóbrate, amigo Giskard, recóbrate. Lo que hiciste estuvo bien, según la ley Cero. Has salvado tantas vidas como te ha sido posible. Has ayudado a la humanidad. ¿Por qué sufres tanto si lo que has hecho nos salva a todos?

Y Giskard respondió con una voz tan cambiada que apenas se entendían las palabras:

—Porque no estoy seguro. Y si el doctor Mandamus tiene razón, después de todo, y los espaciales triunfan… ¡Adiós, amigo… Dan…!

Y Giskard enmudeció, para no volver a hablar, ni moverse, nunca más.

Daneel se levantó. Estaba solo, pero con una Galaxia que proteger.